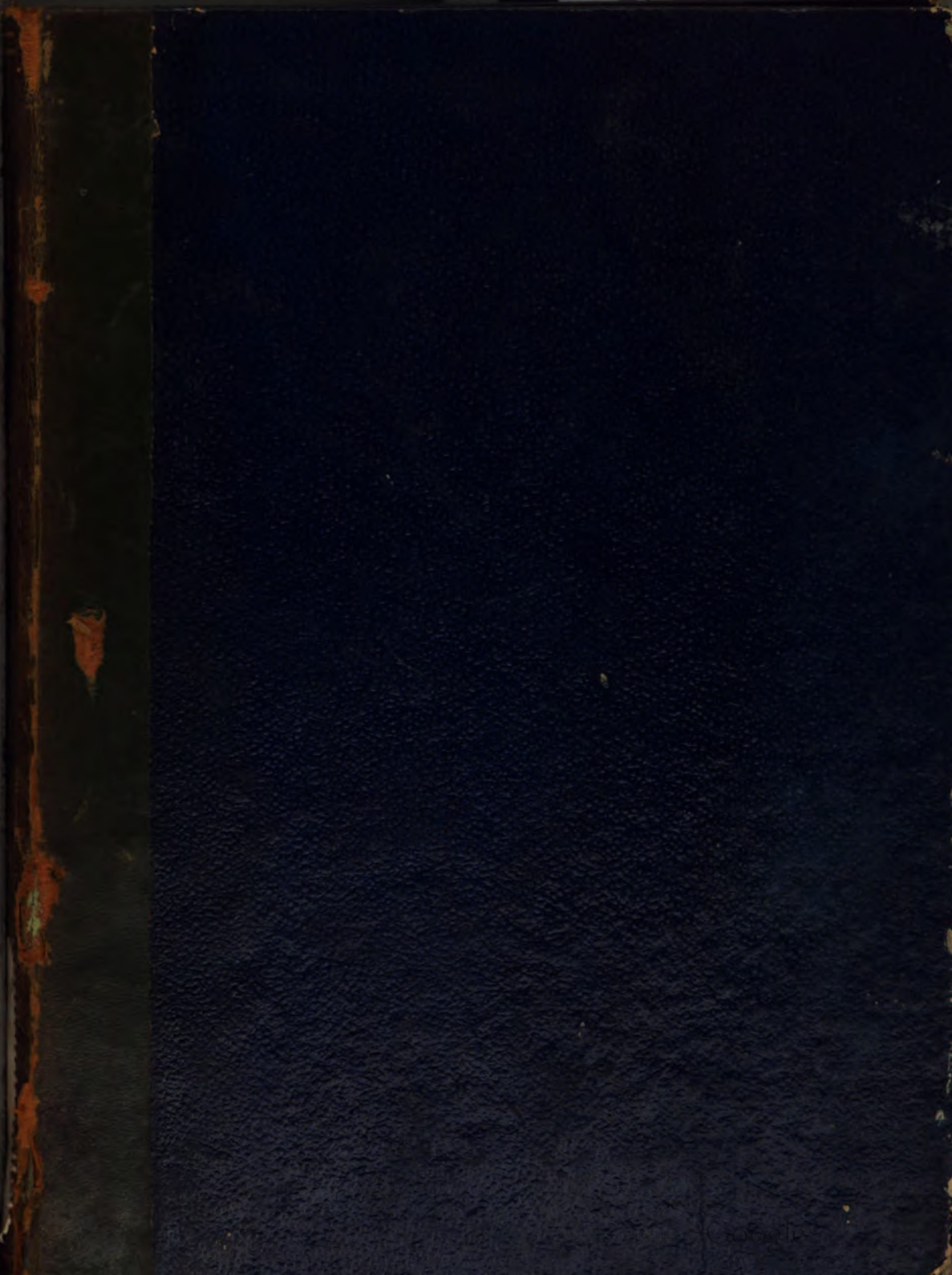
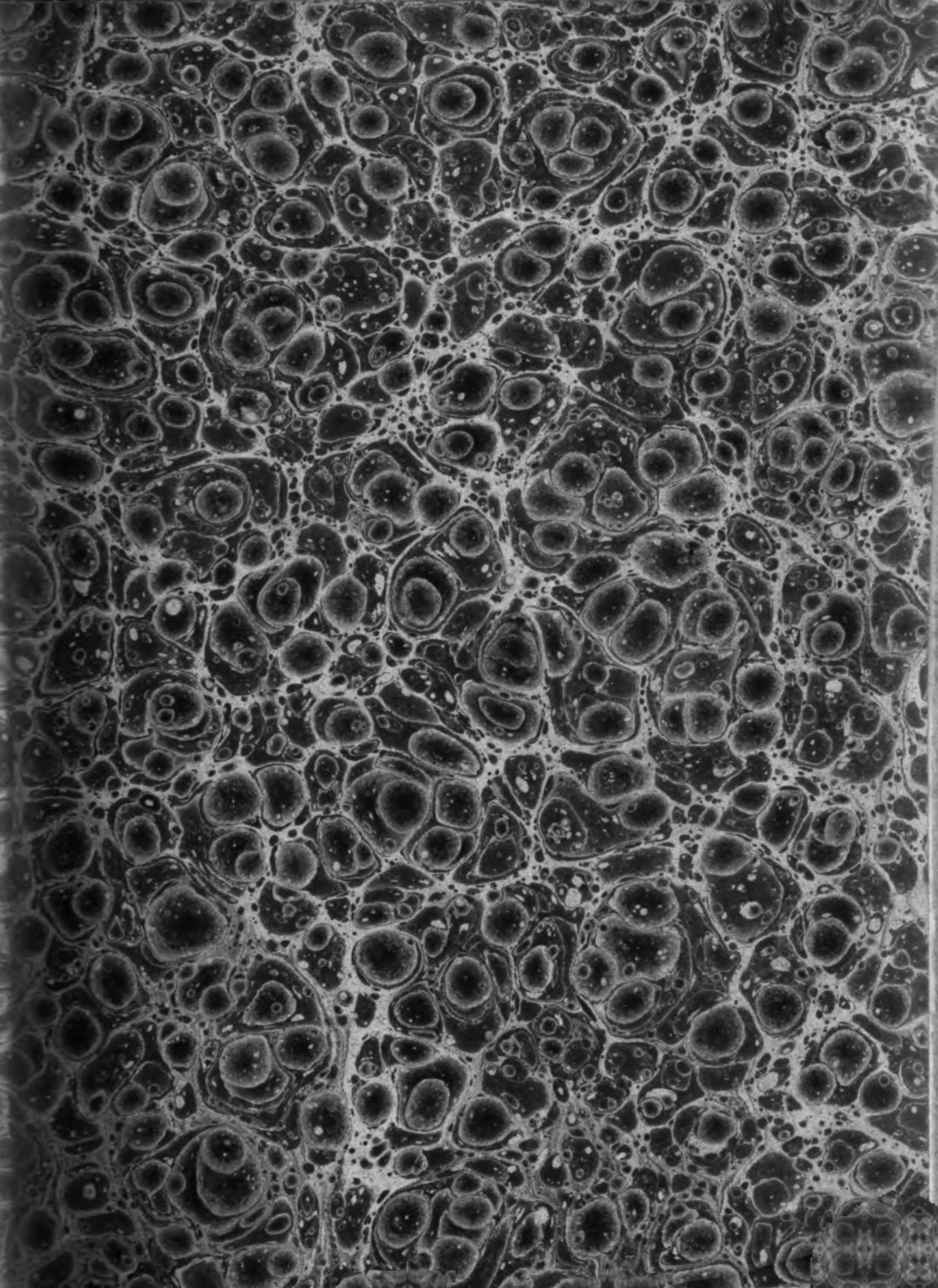



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5320828638



236 = 3 - 6

%-8

LA
MORAL UNIVERSAL
O
LOS DEBERES DEL HOMBRE,

FUNDADOS EN SU NATURALEZA

POR EL BARON DE HOLBACH.

Aumentada con el interesante discurso que publicó este célebre escritor sobre el origen y estado de las preocupaciones.

TRADUCIDO

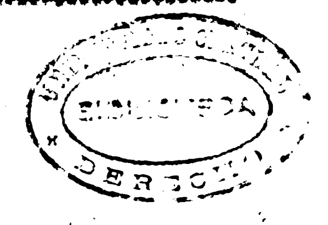
POR EL LITERATO D. J. J. DE MORA.



TOMO I.

MADRID,
Oficina del Establecimiento Central.
1840.





PRÓLOGO.

En tantes siglos como hace que el entendimiento humano trabaja sobre la moral, no vemos que esta ciencia, la mas interesante á los hombres, haya hecho todos aquellos progresos que debiamos prometernos: sus principios están todavía sujetos á disputas, y los filósofos en todos tiempos han estado poco acordes sobre sus fundamentos. En manos de la mayor parte de los de la antigüedad, la filosofia moral, cuyo objeto es ilustrar igualmente la conducta de todos los hombres, fue en lo general abstracta y misteriosa; y por una fatalidad comun á todos los conocimientos humanos, sin atender á la esperiencia se dejó guiar desde luego por el entusiasmo y el deseo de lo maravilloso. De aquí las diferentes hipótesis de tantos filósofos antiguos y modernos, que lejos de aclarar la moral, y de hacerla popular, no han hecho mas que rodearla de espesas tinieblas; de suerte que el estudio mas importante al hombre ha llegado á serle inútil por el empeño que se tomó en hacerle impenetrable. Por una debilidad casi comun á todos los primeros sabios, dieron estos á sus lecciones un tono de inspiracion y de misterio, para hacerlas de este modo mas respetables al imbecil y sencillo vulgo.

La antigüedad no ofrece sistema alguno de moral de partes bien unidas; solo nos presenta en los escritos de la mayor parte de los filósofos, voces vagas é insignificantes, principios sueltos y frecuentemente contradictorios; en ellos no encontramos sino un corto número de preceptos, bellísimos y muy ciertos á veces, pero desunidos, y que no forman un todo perfecto, ó un cuerpo de doctrina capaz de servir de regla constante en la conducta de la vida.

Pitágoras, que fue el primero que tomó el nombre de *filósofo*, ó de amigo de la sabiduría, adquirió sus conocimientos misteriosos entre los sacerdotes del Egipto, de la Asiria y del Indostan; de él no tenemos sino algunos preceptos obscuros, ó mas bien unos enigmas recogidos por sus discípulos, de los cuales seria muy dificil formar un tratado completo. Sócrates, á quien se tiene por el padre de la moral, se dice que la hizo bajar del cielo para ilustrar á los hombres; mas sus principios, tales como nos los presentan Xenofonte y Platon, sus discípulos, aunque adornados de un estilo

elocuente y poético, solo manifiestan al entendimiento nociones confusas, ó imperfectas ideas, hermoseadas con la fuerza de una imaginacion ardiente y exaltada, pero incapaces de producirnos una instruccion sólida y verdadera.

El estoicismo, con sus máximas fanáticas y feroces, de ninguna manera hizo amable y atractiva la virtud para los hombres; las perfecciones imposibles que exigia, solo podian formar del sabio un ente de razon. La moral puramente humana que pretenda sacar al hombre de su esfera, elevarle sobre su naturaleza, hacerle insensible, indiferente al placer y al dolor, impasible á fuerza de razonamientos, y en suma, que le prescriba que deje de ser hombre, podrá muy bien ser admirada por algunos entusiastas; mas nunca podrá convenir á los que, como al hombre, hizo la naturaleza sensibles y sujetos á necesidades y deseos. Los hombres admirarán siempre esta moral austera, reverenciarán á los que la predicar, los mirarán como á unos entes raros y divinos; pero nunca por sus fuerzas llegarán á practicarla.

Si la moral de Epicuro fuese como nos la representan sus contrarios, que la imputan el haber dado una libre rienda á todas las pasiones, ciertamente no era propia para regular la conducta del hombre; pero si, como sostienen sus partidarios, estimulaba al hombre á la virtud, presentándola con los nombres de *placer*; de *bienestar*, de *deleite*, es muy verdadera, y nada tiene que temer á las imputaciones de sus enemigos: su único defecto consiste en no haber sido bien esplicada.

¿Qué moral podia fundarse sobre los caprichosos y ridículos principios de los Cinicos, que solo se proponian llamar la atencion del vulgo con su repugnante impudencia y con su afectada singularidad? La ciencia de las costumbres no podia hacer grandes progresos en la escuela de un Pirron y de sus sectarios, cuyo principio era dudar de las mas claras y evidentes verdades; tampoco podia menos de obscurecerse y de llegar á ser la mas vaga é incierta en Aristóteles, cuyos discípulos á fuerza de distinciones y sutilezas, solo se habian formado, al parecer, el proyecto de embrollar las verdades mas claras y sencillas: sin embargo, la doctrina de estos últimos filósofos, sirviendo por mucho tiempo de guia á la Europa, impidió descubrir los verdaderos principios de la filosofia, manteniendo aprisionado al espíritu humano bajo el yugo de una autoridad tiránica, á la que hubo por fuerza de reverenciar como infalible. Entre los escolásticos, solo fue la moral un juego de espíritu y de imaginacion, y un conjunto de sofismas y de enredos, que hacian casi imposible el descubrimiento de la verdad.

Estas reflexiones ciertas y evidentes nos dan á conocer el juicio que debe formarse de la preocupacion que en tanta veneracion y respeto tiene la sabiduría de los antiguos, asi como de la que se persuade que en la moral *todo está dicho*. Se hallará, pues, que los antiguos filósofos no tuvieron ideas puras y claras de los verdaderos prin-

cipios de esta ciencia; y que si algunas veces los descubrieron, los perdieron con prontitud de vista, y casi nunca sacaron de ellos las consecuencias mas inmediatas y precisas. En cuanto á los que se persuaden que sobre la moral nada resta que decir, creemos poderlos demostrar que hasta aqui no se ha hecho mas que ir acopiando los materiales suficientes para construir un edificio, que las meditaciones reunidas de los hombres podrán algun dia concluir y perfeccionar: los antiguos nos han suministrado una gran parte de estos materiales; algunos modernos despues los han aumentado considerablemente; asi que la posteridad, aprovechándose de las luces y de los defectos de sus predecesores, podrá dar con el tiempo la última mano á esta grande obra. El famoso templo de Efeso se edificó á costa de todos los reyes y pueblos del Asia; el templo de la sabiduría debe erigirse con los trabajos comunes y reunidos de todos los entes racionales.

En general puede decirse con verdad, que los primeros esfuerzos de la filosofia, por falta de sólidos principios, solo produgeron muchos errores mezclados con algunas verdades. El espíritu sutil de los griegos los alejó de la sencillez; su imaginacion llevó las cosas al estremo; la filosofia vino á ser entre ellos una pura charlatanería, la cual cada uno encarecia y ponderaba en su favor; el amor propio de todo cabeza de secta, le hizo creer que él solo habia encontrado la verdad, al paso que todas las sectas se apartaban igualmente de ella por caminos diferentes; asi el objeto de estos pretendidos sábios no parece que fue otro sino el de contradecirse, desacreditarse, combatirse, enredarse y confundirse los unos á los otros con sofismas y sutilezas interminables. La sana filosofia, sinceramente ocupada en la indagacion de lo útil y verdadero, no debe ser fanática ni escesiva, ni proponerse cosas incomprensibles é impraticables; debe prevenirse y armarse igualmente contra el entusiasmo que contra una vanidad pueril y contra el espíritu de oposicion; siempre de buena fe consigo misma, siempre serena, solo debe seguir la razon ilustrada con la esperiencia, la única que nos muestra los objetos tales como son en sí: debe recibir la verdad de manos de cuantos se la presenten, y desechar el error y las preocupaciones, sea cual fuere la autoridad en que se apoyen.

Ademas los filósofos de la antigüedad tuvieron sin duda un fin particular en cubrir de nieblas su doctrina: los mas, para hacerla mas inaccesible al vulgo ignorante, usaron de *doctrina doble*, una pública, y otra particular ó privada, que es muy dificil distinguir en sus escritos; sobre todo despues que el transcurso de tantos siglos ha hecho perder la clave. La filosofía, para ser útil en todas las edades y á todos los hombres, debe ser franca y sincera; la que solo es inteligible en cierto tiempo y para los iniciados en ella, viene á ser un enigma inesplicable á la posteridad.

Por lo tanto, no sigamos ciegamente las ideas de los antiguos; no adoptemos sus opiniones ó sus principios sino en cuanto el exámen nos los mues-

tre evidentes, luminosos y conformes á la naturaleza, á la esperiencia y á la utilidad constante de los hombres de todos los tiempos: aprovechémonos con agradecimiento de una multitud de máximas sabias y verdaderas, que los mas célebres filósofos de la antigüedad nos han tausmitido envueltas con una multitud de errores: distingámoslas, si es posible, de las que el entusiasmo ha producido. Sigamos á Sócrates cuando nos recomienda que nos *conozcamos á nosotros mismos*; escuchemos á Pitágoras y á Platon cuando nos dan preceptos inteligibles: recibamos los consejos de Zenon cuando los hallemos conformes á la naturaleza del hombre: dudemos con Pirron de aquellas cosas cuyos principios hasta aquí no han sido bien desentrañados; empleemos la sutileza de Aristóteles para descubrir lo verdadero, tan frecuentemente confundido con lo falso. Mas en el momente mismo que descubramos el error, no debe la autoridad de estos nombres respetables avasallarlos ni obcecarnos en manera alguna.

Discurriendo sobre la moral, no profundicemos hasta los abismos de una metafísica sutil ó de una tortuosa dialéctica: las reglas de las costumbres, como que son universales, deben ser claras, sencillas, demostrativas y á la comprension y alcance de todos los hombres: los principios fundamentales de nuestras obligaciones han de ser tan evidentes, eficaces y generales, que cada uno pueda convencerse y sacar de ellos las consecuencias relativas á sus necesidades, y á la clase y estado que ocupe en la sociedad.

Las nociones obscuras, abstractas y complicadas, las autoridades á veces sospechosas, un fanatismo exaltado, no pueden ilustrar ni servir de guia segura. Para que la moral sea eficáz, es necesario dar al hombre razon de sus preceptos; es preciso hacerle conocer los motivos poderosos que le estimulan á seguirlos; es forzoso enseñarle en qué consiste la virtud; es indispensable, en fin, hacérsela amar, mostrándosela como el origen de su felicidad. El entusiasmo y la autoridad humana, si para algo sirven, es solo para gobernar por algun tiempo á pueblos ignorantes ó inespertos, cuyo entendimiento no está bien ejercitado todavía.

Asombrar á los hombres para persuadirlos, trastornar el entendimiento humano con enigmas y misterios, deslumbrarle y sorprenderle con maravillas, tal fué por lo comun el método de los primeros sabios que se encargaron de la instruccion y del gobierno de las naciones groseras; mas si estos primeros legisladores recurrieron por imposturas á lo sobrenatural para someterlos á las reglas que quisieron prescribirlos; si para gobernarlos se valieron del entusiasmo que nunca piensa ni reflexiona, y de lo maravilloso, que hace mas impresion en el vulgo que los mejores raciocinios, estos medios no son ya oportunos ni á propósito cuando se habla á pueblos menos salvages, y que han salido de su infancia. El hombre, cuanto es mas racional, mas debe obedecer á la razon; los filósofos deben consultar y seguir su propia naturaleza; y los legisladores obligarle á obedecerla.

Los moralistas modernos, casi siempre arrastrados de la autoridad de los antiguos, han seguido fielmente sus huellas, sin esforzarse por su parte en abrir nuevos caminos para el descubrimiento de la verdad: los mas de ellos por no examinar al hombre con bastante atencion, no le han visto como es en sí; creyeron segun algunos antiguos, que recibia de la naturaleza ideas que llamaron *innatas*, con cuyo ausilio juzgaba sanamente del bien y del mal: miraron la razon, la virtud, la justicia, la benevolencia, la piedad, como cualidades inherentes á la naturaleza humana: segun ellos, ésta ha grabado en todos los corazones las verdades primitivas, el amor del bien, el aborrecimiento del mal moral, sobre todo lo cual el hombre juzgaba sana y rectamente ayudado de un *sentido moral*, esto es, de una cualidad oculta, de un cierto *criterio* que traia consigo al nacer, y que le facilitaba el pronunciar y decidir sobre el mérito ó demérito de las acciones. En vano ha demostrado el profundo Locke que las ideas *innatas* son unas verdaderas quimeras: estos moralistas persisten en su preocupacion, y creen ó intentan persuadir, que el hombre, aun antes de haber esperimentado el bien ó el mal que resulta de las acciones, es capaz de resolver si son buenas ó malas. Nosotros, con el dictámen de filósofos mas ilustrados, haremos ver que el hombre no nace sino con la facultad de sentir, y que su modo de sentir es el verdadero *criterio*, ó la sola regla de sus juicios ó de sus sentimientos morales sobre las acciones, ó sobre las causas cuyos efectos esperimenta: verdad tan palpable, que sorprende ciertamente que haya habido y aun haya hombres á quienes sea necesario demostrársela. En fin, haremos ver que las leyes ó reglas que se supone escritas por la naturaleza en todos los corazones, no son mas que consecuencias necesarias del modo con que los hombres han sido instituidos segun ella, y de la manera con que cultivaron sus disposiciones particulares. El verdadero sistema de nuestros deberes ha de ser el que resulte de nuestra propia naturaleza convenientemente modificada.

Otros, con Cudworth, fundaron la moral en las *reglas* ó en las *conveniencias eternas é inmudables*, que suponen anteriores al hombre, y totalmente independientes de él. Es claro que estos no han hecho mas que transformar en realidad las abstracciones, y suponer modificaciones ó cualidades anteriores á los entes ó sugetos susceptibles de ellas, y relaciones independientes de las cosas entre quienes únicamente pueden subsistir. Sin embargo, si la moral es la regla de los hombres que viven en sociedad, solo puede existir con ellos, y fundarse en las relaciones que se estableciesen recíprocamente. Una moral anterior á la existencia de los hombres y de sus relaciones, sino es por el principio de que deriva la verdadera sancion es una moral aereá, una verdadera quimera. No puede haber ni reglas, ni deberes, ni relaciones, entre entes que solamente existen en los espacios imaginarios.

No hablamos de la moral religiosa, cuyo objeto es el conducir á los hombres por caminos sobrenaturales. Solo pretendemos proponer en esta obra los principios de una moral humana y social, conveniente al mundo en que vivimos, en el que la razon y la esperiencia bastan para guiar á la felicidad presente que se proponen los hombres viviendo en sociedad; los motivos que esta moral presenta son puramente humanos, esto es, únicamente fundados en la naturaleza del hombre, tal y como ella se muestra á nuestros ojos, prescindiendo de las opiniones que dividen al género humano: en las cuales no debe entrar una moral universal para todos los hombres. Antes somos hombres que religiosos, y cualquiera que sea la religion que se abrace, su moral no debe ni puede destruir la naturaleza ni la sociedad.

Los filósofos están todavía divididos acerca de la naturaleza del hombre, y sobre el principio de sus operaciones y facultades, tanto visibles como ocultas: unos, en gran número, pretenden que sus pensamientos, sus voluntades y sus acciones no deben atribuirse á su cuerpo, el cual no es mas que un conjunto de órganos materiales, incapaces de pensar y de obrar, si no fuesen movidos por un alma, ó por un agente espiritual, distinto de este cuerpo, que solo le sirve de cubierta ó de instrumento. Otros, pero muy pocos, contradicen la existencia de este motor invisible, y creen que la organizacion humana basta para obrar el bien y el mal, y para producir los pensamientos, las facultades y los movimientos de que es el hombre capaz.

No nos detendremos, pues, en discutir estas opiniones tan diferentes: para saber lo que el hombre debe hacer en sociedad, no es necesario remontarse tan alto. Asi no examinaremos ni la causa secreta que puede mover al cuerpo, ni los resortes invisibles de que se halla compuesto, dejando estas investigaciones á la metafísica y á la anatomía. Para descubrir los principios de la moral, contentémonos con saber que el hombre obra, y que su modo de obrar es en general el mismo en todos los individuos de su especie, sin embargo de las variaciones esteriores que los distinguen. El modo de ser y de obrar, comun á todos los hombres, es bastante conocido para poder deducir de él con certeza la manera con que deben conducirse en el camino de la vida. El hombre es una criatura sensible; esta disposicion, cualquiera que sea la causa que produzca su sensibilidad, reside esencialmente en él, y basta para hacerle conocer, tanto lo que se debe á sí mismo, como lo que debe á los otros con quienes se halla destinado á vivir sobre la tierra.

Las variedades casi infinitas que se observan entre los individuos que componen la especie humana, no impiden que una misma moral les convenga á todos; ellos son unos mismos en el fondo, y solamente se diferencian en la forma esterior; todos desean ser felices, aunque no pueden serlo de una misma manera. Si se encontrasen hom-

bres de tal modo conformados á quienes no pudiesen convenir los principios de la moral, no dejaria de ser menos cierta por esto: todo lo que se podia inferir en este caso era, que no se habia hecho para unos hombres constituidos diferentemente de todos los demas. No existe moral alguna para los mónstruos, ó para los insensatos; la moral universal solo pertenece á las criaturas racionales y bien organizadas; en estas la naturaleza no varía, y solamente hay que observarla bien, para deducir de ella las reglas invariables que deben cumplir.

No es este lugar de examinar si el hombre está destinado para otra vida; esto es, si su alma sobrevive á la ruina de su cuerpo, ò si la muerte le destruye enteramente: á la metafísica y á la teología pertenece el discurrir estas cuestiones que no pretendemos tocar de modo alguno. La moral que presentamos, es el conocimiento natural de los deberes del hombre en la vida de este mundo; cualquiera que sea la opinion que se adopte acerca de su alma y de la suerte futura de ella, bien que sea inmortal ó que no lo sea, los deberes de la vida social serán siempre los mismos, y para descubrirlos basta saber que el hombre es sensible al placer y al dolor, y que vive con hombres que sienten como él, cuyo afecto y benevolencia debe granjearse para lograr lo que le aplace, y para alejar de sí lo que puede desagradarle.

Sean cuales fueren las teorías que se adopten en este punto, por mucho que sea el escepticismo ó la incredulidad; procediendo de buena fé jamas podrá nadie deslumbrarse de tal modo que dude de su propia existencia, ni de la de los entes que se nos asemejan, de los cuales estamos rodeados, en quienes influyen nuestras acciones y que recíprocamente influyen en nosotros, segun el modo con que los afectan estas mismas acciones. En una palabra, jamas podrá dudarse que existen relaciones necesarias entre los hombres que viven en sociedad, y que contribuyen á su bienestar ó á su infelicidad recíproca.

Si alguno adoptase el sistema de Berckley, escéptico estravagante, en cuya opinion no existia cosa alguna real y verdadera fuera de nosotros, existiendo solo en su imaginacion y en su propío cerebro todos los objetos que la naturaleza presenta al hombre, aun esta hipótesis sutil y caprichosa no escluiria la moral; porque si, como este filósofo lo supone, todo lo que nosotros vemos en el mundo no es mas que una ilusion, ó un sueño contínuo, siguiendo los preceptos de la moral los hombres tendrian al menos sueños seguidos, agradables, útiles á su reposo, conformes á su bienestar durante su sopor en este mundo, y los individuos que asi soñasen no se molestarian los unos á los otros con sueños dañosos y funestos.

Yo no dudo, dice un moderno, *que hay virtud y vicio*, *asi como hay salud y enfermedad*. Las nociones primitivas de la moral son inconcusas y evidentes: de ellas solas pueden deducirse todos los deberes del hombre social; y segun ellas fijarse el camino

que conduzca á la felicidad de la vida presente en los diferentes estados que el destino le coloque, y conforme á las diversas relaciones que medien entre él y las criaturas de su especie.

Esto supuesto, el sistema que intentamos presentar no ataca de ningun modo los cultos ni las opiniones religiosas establecidas en los diferentes pueblos de la tierra; solo se propone indicar á los hombres de cualquier pais ó religion que sean, los medios que la naturaleza les suministra para obtener el bienestar á que ella misma les impele necesariamente, é indicarles los motivos naturales que lo escitan y estimulan tanto á obrar el bien como á huir del mal. En una palabra, una moral humana no tiene por objeto sino la conducta de los hombres en este mundo, dejando á la teología el cuidado de conducirlos á la otra vida. Las religiones de los pueblos varían en los diferentes paises de nuestro globo, mas los intereses, los deberes, las virtudes y el bienestar son unos mismos para todos cuantos le habitan.

Algunos sábios de la antigüedad pretendieron que la filosofia era la *meditacion de la muerte* (1); pero ideas menos lúgubres y mas conformes á nuestros intereses, harán que nosotros la definamos *la meditacion de la vida.* El arte de morir no necesita aprenderse; el arte de vivir bien, interesa mucho mas á los entes dotados de razon, y debiera ocupar todos sus pensamientos en este mundo. El que haya meditado bien sus deberes y los haya cumplido fielmente, gozará de una felicidad verdadera durante su vida, y la dejará sin temor y sin remordimientos. *La vida*, dice Montagne, *no es de suyo ni un bien ni un mal, sino el lugar del bien y del mal, segun que en él se practica el uno ó el otro. En mi dictamen, no el morir sino el vivir felizmente es lo que constituye la humana felicidad.* Una vida adornada de virtudes es necesariamente feliz y dichosa, y ella nos conduce tranquilamente á un término, en el que ninguno podrá arrepentirse de haber seguido el camino designado por la naturaleza. Una moral conforme á la naturaleza, nunca jamas puede desagradar á su autor.

El hombre es siempre un ente sensible, esto es, capaz de amar el placer y de temer el dolor; en toda sociedad se halla rodeado de criaturas sensibles, que como él buscan el placer y temen el dolor; estas no contribuyen al bienestar de sus semejantes sino es cuando el placer que recíprocamente se causan los determina á ello; y rehusan contribuir á este bienestar siempre que los otros los molestan ú ofenden. Hé aqui los principios en que se puede formar una moral universal ó comun á todos los individuos de la especie humana. Por no conocer estos principios incontestables, los hombres se hacen mútua y frecuentemente desgraciados, tanto que muchos sábios han creido que la felicidad se hallaba para siempre desterrada de esta vida.

No adoptemos, pues, estas ideas aflictivas; creamos firmemente que el

(1) *Tota philosophorum vita commentatio mortis est.* Cicer. Tuscul. 1 C. 30 y 31.

hombre ha sido criado para ser feliz; no le aconsejemos que renuncie á la vida social, bajo el pretesto de sustraerse á los inconvenientes que la acompañan; mostrémosle que estos estan contrapesados de otras mucho mayores y mas apreciables ventajas. Los vicios, los delitos y los defectos que atormentan á la sociedad, son consecuencias de la ignorancia, de la inesperiencia y de las preocupaciones que tiranizan todavía á los pueblos, porque son muchas las causas que se han opuesto y oponen de continuo al uso y egercicio de la razon. La moral, como la mayor parte de los conocimientos humanos, ha sido hasta aqui tan imperfecta y tenebrosa, á causa de que no se ha consultado suficientemente la esperiencia, y porque ha sido loca y temerariamente contrariada la naturaleza, que debió seguirse constantemente por guia. Las costumbres de los hombres se hallan tan corrompidas, porque los mismos que debian conducirlos á la felicidad por la observancia de los preceptos de la moral, á causa de no haber conocido sus propios intereses, juzgaron que era preciso que los hombres fuesen ciegos é irracionales para oprimirlos y esclavizarlos mejor de este modo. Si la moral no ha contenido y morigerado á los pueblos, fué porque las potestades de la tierra no la han prestado nunca el auxilio de las recompensas y de los castigos que tienen en sus manos. Los gobiernos injustos han temido la verdadera moral; los gobiernos negligentes la miraron como una ciencia de pura especulacion, cuya práctica era totalmente indiferente á la prosperidad de los imperios; no conocieron que la moral sola es la base firme y segura de la felicidad pública y particular, y que sin ella se arruinan y aniquilan los estados mas poderosos y opulentos.

Asi que, no admitamos los principios insensatos de un filósofo célebre por sus paradojas, que hizo el mayor empeño en probarnos que *los vicios particulares se convertian en provecho de la sociedad* (1); á no ser que este autor haya querido probar á sus conciudadanos con una sátira ingeniosa la imposibilidad de conciliar las virtudes sociales con la pasion desordenada de las riquezas y del lujo, que enteramente las destruye y aniquila. Diremos, por el contrario, que los vicios de los particulares influyen siempre de un modo mas ó menos funesto en el bienestar de las naciones. Los vicios epidémicos les causan frecuentes trastornos y desórdenes, de los que al cabo vienen tarde ó temprano á ser víctimas. Los vicios de los individuos destruyen la felicidad de las familias, y la union de estas forma las naciones. La pretendida actividad que los vicios dan á los hombres, es igual á la que produce una fiebre; los paises donde domina el lujo se asemejan á los enfermos imprudentes, en quienes los alimentos esce-

(1) Madeville, *en la fábula de las abejas.* Es muy probable que el verdadero designio de este ingenioso autor en su obra, ha sido el hacer ver que era preciso renunciar enteramente á las buenas costumbres en un pais como el suyo, donde las miras del gobierno y de los particulares se fijan demasiado en las riquezas. *Véase sobre esto el cap. I de la seccion IV.*

sivos se convierten pronto en veneno. Las riquezas desmedidas de un pueblo solo sirven para hacerle de dia en dia mas vicioso y miserable.

Se nos dirá, quizá, que á un gobierno le es indiferente, con tal que sea rico y poderoso, el cuidar de las costumbres de los hombres; mas responderemos que estas costumbres interesan á todos los ciudadanos, á quien nunca puede ser indiferente el que sus asociados sean buenos ó perversos cuando tienen que vivir con ellos; diremos además que un estado, para ser floreciente y poderoso, necesita mas de virtudes que de riquezas; diremos, en fin, que á una nacion le es mucho mas importante el ser feliz que el tener grandes tesoros y fuerzas, de las que estará muy á peligro de abusar á cada paso. La opulencia y la fuerza de una nacion, malamente confundidas con su verdadera felicidad, son para ella frecuentemente causas próximas de ruina y destruccion.

Los vicios y las pasiones de los particulares jamas son útiles al estado; podrán quizá serlo á los déspotas, á los tiranos y á sus cómplices, que se valen de los vicios de los súbditos para dividirlos de intereses y sojuzgar á los unos por medio de los otros; pero si la utilidad de estos personages es la única que tuvo presente el autor de quien hablamos, entónces ha confundido el interés de una nacion con el de sus mas crueles enemigos. En fin, toda esta obra presentará en cada línea una refutacion de este sistema temerario, y hará ver las funestas consecuencias de la tiranía ó de la negligencia de los que debieran regular las costumbres de los hombres.

Por un efecto de esta misma perversidad ó indiferencia se descuidó la educacion enteramente, ó la que se dió nunca fue capaz de formar hombres sociables y virtuosos. En fin, en el seno de la disipacion y de los insípidos placeres, no se estudia ni se aprende una moral demasiado austéra y molesta para hombres viciosos y frívolos; la mayor parte se contenta con algunas nociones superficiales, creyendo saber bastante para vivir en el mundo. Pocas personas se toman el trabajo de examinar y seguir la série de los principios y motivos que regulan constantemente sus acciones. Todos pretenden ser buenos jueces en la moral, al paso que nada es mas raro que hallar hombres que tengan de ella unas ideas puras y sencillas; todos en la teoría reconocen su utilidad; pero muy pocos se afanan por practicarla: todos con las palabras respetan y ensalzan la virtud, y casi ninguno ha llegado á definirla bien. En fin, en la multitud inmensa de tratados sobre la moral que inundan el universo, apenas se encontrarán máximas y preceptos capaces de ilustrar al hombre sobre sus deberes.

Por otra parte, una preocupacion muy universal intenta persuadir no solo que los antiguos lo han dicho todo, sino tambien que las costumbres antiguas eran mejores que las presentes. Muchas personas admiten sin duda la fabula de la *edad de oro*, ó al menos se imaginan que los pueblos en su origen eran mas virtuosos y mas felices que sus descendientes. Basta la menor

reflexion sobre los anales del mundo para destruir semejante opinion. Las naciones en sus principios no han sido mas que unas tribus salvages, y los salvages no son ni felices, ni sábios, ni verdaderamente sociables. Si acaso estos estuvieron exentos de las infinitas necesidades que despues inventaron el lujo y los vicios que produce, tambien fueron feroces, crueles, injustos, turbulentos y enteramente agenos de justicia y humanidad. Si los primeros tiempos de Roma nos ofrecen en los Curios y en los Cincinatos ejemplos de frugalidad, nos hacen ver por el contrario en todos los romanos una ambicion injusta, pérfida é inhumana, que en ningun modo previene en favor de su moral. En la república de Esparta, cuyas virtudes tanto se nos ensalzan, el hombre de bien ve solo una tropa de foragidos tan malvados como austéros.

La antigüedad nos presenta pueblos guerreros, pueblos poderosos, pero no pueblos virtuosos y sábios. Esto no debe admirarnos; las costumbres de las naciones son siempre el fruto de las ideas que les inspiran los que las gobiernan. La verdadera moral ha tenido que combatir siempre y constantemente las preocupaciones arraigadas en el espíritu de los pueblos, los usos y las opiniones consagradas por el tiempo, y sobre todo los falsos intereses de los que movian la máquina política. ¿Qué moral y qué virtudes sólidas y verdaderas podian tener los romanos, à quien todo inspiraba desde la mas tierna infancia un patriotismo esclusivo que los hacia injustos con los demas pueblos de la tierra? Un filósofo que en Roma hubiese recomendado las virtudes sociales, ¿habría sido escuchado favorablemente por un Senado perverso, cuyo interés consistia en que el pueblo estuviese siempre en guerra, para de este modo oprimirle mas facilmente y tenerle mas sujeto á sus decretos? Semejante filósofo habria quizá sido admirado como un elocuente sofista; pero sus máximas se considerarian como contrarias á los intereses del estado. Un hombre verdaderamente sensible, justo y virtuoso, hubiera pasado en Roma por un mal ciudadano.

Los verdaderos principios de la moral repugnan en todo á las nociones, costumbres, é instituciones opuestas á la sociabilidad que se hallan establecidas en casi todos los pueblos; desenvolviendo á sus ojos las reglas de la justicia, los fundamentos de la autoridad, los derechos de los ciudadanos, ¿cuál es el gobierno que no sospeche al instante que se critica su conducta, y que se quiere atacar su poder? No habiendo sido ni siendo todavia, por lo comun, la política sino el arte fatal de cegar á los pueblos y de esclavizarlos, se ha creido casi siempre interesada en oscurecer las luces y las ideas, y en reducir la razon á un eterno silencio. En fin, la verdadera moral encontró siempre contradictores tercos y obstinados en la ignorancia, la pusilanimidad y la inercia de aquellos mismos ciudadanos que tenian mas necesidad de que ella moderase las pasiones de los que de continuo la oprimian y tiranizaban.

Estos obstáculos son incapaces de arredrar á las almas que están poseidas de un sincéro y ardiente deseo de ser útiles al género humano, é inflamadas del amor de la virtud. La moral es la verdadera ciencia del hombre, la mas importante para él, la mas digna de ocupar toda la atencion y conato de una criatura verdaderamente sociable. A la moral, pues, pertenece fortalecer el espíritu humano, dar racionalidad al hombre, quitarle los andadores de la infancia, y enseñarle á caminar con seguridad y firmeza hácia los objetos realmente apreciables y dignos de que el entendimiento los desee y los busque. Los talentos reunidos de los hombres que piensan, debieran conspirar en dar á conocer así á los pueblos como á sus gefes, sus verdaderos intereses, para desengañarlos de tantas vagatelas, de tan vanos jugetes, y de tantas pasiones ciegas y miserables, que causan sus desgracias é infelicidades. Sobrado tiempo han empleado los talentos en lisongear baja y torpemente al poder y la grandeza, en propagar los errores, en fomentar los vicios, y en ocupar y distraer el fastidio de los hombres: el talento y el ingenio debieran ya trabajar en su instruccion y felicidad. ¿Hay un objeto mas digno de nuestra curiosidad que la ciencia de vivir bien y ser felíz?

La moral es la ciencia de la felicidad; es útil y necesaria á todos los habitantes de la tierra, es útil á las naciones, á los príncipes, á los ciudadanos, á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los padres y á los hijos, á los amos y á los criados; porque á todos estímula igualmente á buscar su bienestar y su dicha. Sin ella, se probará que la política no es mas que un arte infame y funesto para destruir las costumbres de los pueblos; sin ella el género humano se ve de contínuo perturbado por la ambicion de los reyes; sin ella una sociedad no reune sino enemigos siempre prontos á dañarse: sin ella las familias desavenidas y en contínua guerra solo se acarrean desgracias é infelicidades, atormentándose incesantemente con sus caprichos y locuras: sin ella, en fin, todo hombre es contínuo juguete y víctima constante de los vicios y escesos á que le abandona su ciega imprudencia.

En una palabra, la moral es la que regula el destino del Universo; abraza y reune los intereses de toda la especie humana, y manda con razon y justicia á todos los pueblos, á todos los reyes, á todos los ciudadanos, sin que sus decretos sean nunca jamás impunemente violados. La *política*, como bien pronto veremos, no es mas que la moral aplicada á la conservacion de los estados; la *legislacion* es la moral consagrada por las leyes; el *derecho de gentes* es la moral aplicada á la conducta de las naciones entre sí; el *derecho natural* no es otra cosa que el conjunto de las reglas de la moral fundadas en la naturaleza del

hombre. Con tan justo título puede llamarse esta ciencia *universal*, pues que su vasto imperio comprende todas las acciones del hombre en todas las situaciones de la vida.

Los hombres que meditan, deben contribuir á disipar de esta ciencia importante las nubes que por tanto tiempo la hán rodeado, hasta que sus principios, cuidadosamente discutidos y aclarados, tengan aquel grado de certidumbre que convenza los espíritus. Guiada la moral por la esperiencia, no debe afectar el lenguage de la alegoria, ni pedir y presentar del alto empíreo oráculos ambíguos; debe renunciar los delirios y estravagancias del platonismo; abandonar el tono enfadoso y molesto del estoicismo; abjurar la singularidad del cinismo; librarse de los laberintos del aristotelismo; en fin, guiada por la rectitud y la buena fé, debe hablar con sencillez y franqueza, no asombrar con paradojas, y avergonzarse y detestar la charlatanería, de la que tan frecuentemente la han revestido hombres vanos y èngañosos.

Para que la moral sea útil (lo dirémos una y muchas veces) debe ser sencilla y verdadera, y esplicarse con claridad: entonces no se propondrá el deslumbrar y sorprender con vanos adornos y aparatos, que regularmente desfiguran la verdad: no prometerá un supremo bien ideal, vinculado á una apatia insociable, á una dañosa misantropía y á una oscura y permanente tristeza: no aconsejará á los hombres que huyan unos de otros, ni que se aborrezcan mútuamente: no entibiará su amor á la virtud con austéros preceptos, con impracticables consejos, ni con perfecciones inaccesibles: nunca les prescribirá virtudes contrarias á su naturaleza; antes bien los consolará en sus aflicciones y penalidades, diciéndoles que esperen su fin, y que busquen sus remedios; les ordenará que sean hombres, que reflexionen y se cocozcan á sí mismos, y que consulten á su razon, la cual siempre los hará justos, benéficos y sociables, enseñándoles en qué consiste su verdadero bienestar, permitiéndoles los placeres honestos, é indicándoles los medios legítimos de asegurar una sólida felicidad durante una vida libre de oprobio y de remordimientos.

Este es el fin y el objeto de esta obra, en la que se intenta examinar la naturaleza del hombre, su tendencia invariable, los deseos ó pasiones que le mueven, los principios de la vida social, las virtudes que mantienen, y los vicios que perturban su armonía. En la primera parte se procura dar una sencilla teoría de la moral, esponiendo con claridad y precision los principios de esta ciencia de las costumbres. En la segunda se aplican los principios establecidos en la primera á todos los estados de la vida. Aunque temerosos de incurrir en la nota de difusos, no hemos podido menos de repetir y aplicar á veces unos mismos principios, á fin de recordarlos y traerlos á la memoria de aquellos lectores que no pu-

dieren comprenderlos de una vez con exactitud y perfeccion. Una moral elemental exige que se sacrifique la brevedad al deseo de que la entiendan todos. Las obras de un estilo conciso, aunque mas agradables ciertamente á las personas ilustradas, no son siempre útiles á las que buscan en ellas la instruccion; resultando ademas muchas veces oscuridad del laconismo escesivo.

En fin, para unir la autoridad á la razon, se ha enriquecido esta obra con pensamientos notables y máximas útiles sacadas de los antiguos y de los modernos, con el objeto de formar una especie de concordancia, que haga mas fuerte cada uno de los eslabones del sistema moral que se intenta establecer.



LA MORAL UNIVERSAL.

SECCION PRIMERA.

PRINCIPIOS GENERALES Y DEFINICIONES.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA MORAL. — DE LOS DEBERES. — DE LA OBLIGACION MORAL.

La moral es la ciencia de las relaciones que existen entre los hombres, y de los deberes que nacen de estas relaciones. O de otro modo: la moral es el conocimiento de lo que deben necesariamente hacer ó evitar los seres inteligentes y racionales que quieren conservarse y vivir felices en sociedad.

Para que la moral sea universal, debe ser conforme á la naturaleza del hombre en general, esto es, fundada sobre su esencia, ó sobre las propiedades y cualidades que se hallan constantemente en todos los seres de su especie, por las cuales se distingue de los otros animales. De donde se infiere que la moral supone la ciencia de la naturaleza humana.

Ninguna ciencia es ni puede ser mas que el fruto de la esperiencia. Saber una cosa, es haber esperimentado los efectos que produce, la manera con que obra, los diferentes aspectos por los que puede ser considerada. La ciencia de las costumbres, para que sea cierta y segura, debe ser una continuacion y encadenamiento de esperiencias constantes, reiteradas é invariables, las cuales solas pueden producirnos un conocimiento verdadero de las relacio-

nes que existen entre los seres de la especie humana.

Las *relaciones* què existen entre los hombres, son las diferentes maneras con que los unos obran sobre los otros, y por las cuales influyen en su recíproca conveniencia.

Los *deberes* de la moral son los medios que un ser inteligente y capaz de esperiencia debe tomar para conseguir la felicidad á que le impele incesantemente su naturaleza. El andar es un deber para el que quiere ir de un lugar á otro: ser útil es un deber para el que desea grangearse el afecto y la estimacion de sus semejantes: no hacer mal es un deber para el que teme acarrearse el odio y el resentimiento de los que pueden contribuir á su propia felicidad. En una palabra, el deber es la conformidad de los medios con el fin que uno se propone: la sabiduría consiste en proporcionar estos medios al fin, esto es, en dirigirlos útilmente para lograr la felicidad que el hombre naturalmente desea.

La *obligacion* moral es la necesidad de hacer ó de evitar ciertas acciones para la existencia y felicidad que buscamos en la vida social. El que quiere un fin, debe querer los medios que le conduzcan á él. El que quiere ser felis está obligado á seguir el camino que le conduzca á la felicidad, y á separarse del que le desvie de este objeto, so pena de ser desgraciado. El conocimiento de este camino y de estos medios es el fruto de la esperiencia, la cual sola puede darnos á conocer tanto el fin que debemos proponernos, como los caminos mas seguros de llegar á él.

Los *vínculos* que unen á los hombres entre sí, no son mas que las obligaciones y deberes á que estan sujetos, segun las relaciones que existen entre ellos. Estas obligaciones ó deberes son las condiciones sin las cuales no pueden hacerse felices. Tales son los vínculos que unen á los padres con los hijos, á los soberanos con los súbditos, á la sociedad con sus miembros, etc.

Estos principios bastan para convencernos de que el hombre no nace con el conocimiento de los deberes de la moral, y que nada es tan quimérico como la opinion de los que le atribuyen sentimientos morales *innatos*. Las ideas que tiene del bien y del mal, del placer y del dolor, del órden y del desórden, de los objetos que debe buscar ó huir, desear ó temer, son precisamente los resultados de sus esperiencias, con las cuales el hombre no puede contar sino en cuanto sean constantes, reiteradas, y hechas con razon, juicio y reflexion.

El hombre al venir al mundo solo trae consigo la facultad de sentir, que es la que desarrolla sus potencias intelectuales. Decir que nosotros tenemos ideas morales anteriores á la esperiencia del bien ó del mal que nos producen los objetos, es decir que conocemos las causas sin haber esperimentado sus efectos.

CAPITULO II.

DEL HOMBRE Y DE SU NATURALEZA.

El hombre es un ser sensible, inteligente, racional, sociable, el cual en todos los instantes de su duracion anhela incesantemente por su conservacion y felicidad.

A pesar de la variedad prodigiosa que se observa entre los individuos de la especie humana, todos tienen una naturaleza comun, que no se contradice jamás. No hay hombre que no se proponga algun bien en los instantes de su vida; ninguno hay que por los medios que supone los mas acertados, no busque la felicidad y huya de las penalidades. Es verdad que muchas veces nos engañamos en el fin y en los medios, ya por falta de esperiencias, ya por no saber usar de las que tenemos recogidas. La ignorancia y el error son las verdaderas causas de los estravíos de los hombres y de las desgracias que ellos mismos se acarrean.

Por no haberse formado ideas ciertas de la naturaleza del hombre, muchos moralistas se han engañado sobre la moral, y nos han dado fábulas y romances en lugar de la verdadera historia del hombre, siendo para ellos la voz *naturaleza* una palabra vaga é insignificante. Mas como la moral sea la ciencia del hombre, es necesario que desde un principio nos formemos ideas verdaderas y exactas de élla, porque de lo contrario erraríamos á cada paso. Para conocer al hombre no es menester que investiguemos como otros con una metafísica incierta y engañosa los resortes ocultos que le ponen en movimiento; sino que basta considerarle tal y como se presenta á nuestra vista, y segun obra constantemente á nuestros ojos, examinando atentamente las cualidades y propiedades que le son particulares, constantes y visibles.

Esto supuesto, llamaremos *naturaleza* en el hombre el conjunto de propiedades y cualidades que constituyen su ser, que son inherentes á su especie, que la distinguen de las otras especies de animales, ó que le son comunes con ellas. Sin subir hasta el orígen que produce en el hombre la sensacion y el acto de pensar, basta saber, tratándose de la moral, que todo hombre siente, piensa, obra y busca su bienestar en todos los instantes de su duracion: estas son las cualidades que constituyen la naturaleza humana, y que se hallan constantemente en todos los individuos de nuestra especie; sin que haya necesidad de saber mas para descubrir la conducta que todo hombre debe observar para el logro del fin que se propone.

CAPITULO III.

DE LA SENSIBILIDAD. — DE LAS FACULTADES INTELECTUALES.

En el hombre, como en todos los animales, la sensibilidad es una disposicion natural à recibir impresiones agradables ó desagradables, de los objetos que obran inmediatamente sobre él, ó por medio de algunas relaciones. Esta facultad depende de la estructura del cuerpo humano, de su organizacion particular y de los sentidos de que se halla dotado. La organizacion hace al hombre capas de recibir impresiones durables ó pasageras de los objetos que afectan sus sentidos. Estos sentidos son la vista, el tacto, el gusto, el olfato y el oido. Las impresiones que el hombre recibe por estos diferentes conductos, son las impulsiones, los movimientos, las mutaciones que suceden en él, y de las que tiene una ciencia interior, que no es mas que el conocimiento íntimo de las variaciones ó de los efectos que producen en su màquina los objetos que le tocan. Estos efectos se llaman *sensaciones* ó *percepciones*, porque recibidas por sus sentidos, le advierten que los objetos obran sobre él.

Las sensaciones producen las ideas, esto es, las imágenes, vestigios ó impresiones que nuestros sentidos han recibido. El sentimiento contínuo ó renovado de las impresiones ó de las ideas que se han trazado en nosotros, se llama *pensamiento*. La facultad de contemplar estas ideas impresas ó trasadas dentro de nosotros mismos por los objetos que han obrado sobre nuestros sentidos, se llama *reflexion*. La facultad de representarnos de nuevo las ideas ó imágenes que nuestros sentidos nos han comunicado, despues que han desaparecido los objetos que las causaron, se llama *memoria*. El *juicio* es la comparacion de los objetos que tocan ó han tocado nuestros sentidos, la de las ideas que estos objetos han producido ó producen en nosotros, ó la de los efectos que nos hacen ó han hecho sentir. *Talento* se llama la facilidad de comparar con prontitud las relaciones de las causas con los efectos. La *imaginacion* es la facultad de representarnos con viveza y energía las imágenes, las ideas ó los efectos que han producido en nosotros los objetos. La inteligencia, la razon, la prudencia, la prevision, la destreza, la industria etc., no son mas que modificaciones de nuestros modos de sentir.

Todos los animàles dan evidentemente señales mas ó menos notables de sensibilidad: lo mismo que el hombre, los vemos afectados por los objetos que obran sobre ellos; los vemos buscar con ánsia lo que es útil á su conservacion y lo que contribuye á su bienestar: vemos que huyen de los objetos que en alguna ocasion les han causado sensaciones dolorosas: hallamos en ellos reflexion, memoria, prevision, saga-

cidad: en fin, es bien cierto que algunos tienen en sus órganos una finura superior á la del hombre. Lo que llamamos *instinto* en los animales es la facultad de procurarse los medios de satisfacer sus necesidades, el cual se asemeja á lo que se llama en el hombre *inteligencia*, *razon*, *sagacidad*. Muchos hombres hay que por su conducta dan tan pocas señales de inteligencia y de razon, que sus facultades intelectuales parecen muy inferiores á lo que se llama *instinto* en las bestias. El que se entrega á la intemperancia, á la embriaguez, á la cólera, á la venganza, ¿se manifiesta realmente superior á las bestias?

El hombre se diferencia del resto de los animales y se muestra superior á ellos por su actividad, por la energía de sus facultades, por la fuerza de su memoria, por la multiplicidad de sus esperiencias, por su industria, con lo que satisface con mas facilidad todas sus necesidades: en una palabra, el hombre, á fuerza de esperiencias y de reflexiones, no solo recibe las sensaciones presentes, sino que recuerda las pasadas y prevé las futuras: una sagacidad superior le pone en estado de hacer que la naturaleza entera contribuya á su propia felicidad. Mas para esto es necesario que sus facultades se desenvuelvan y egerciten; porque de lo contrario el hombre se quedaria en un embrutecimiento igual al de las bestias, á pesar de las disposiciones naturales con que nace; estas bien ó mal cultivadas le hacen racional ó insensato, bueno ó malo, prudente ó inconsiderado, capaz ó incapaz de reflexion y de juicio, sábio ó ignorante.

Por otra parte, aunque todos los hombres parecen en general formados de una misma manera y sujetos á unas mismas necesidades, sin embargo, la sensibilidad no es la misma en todos los individuos de la especie humana. Esta sensibilidad es mas ó menos viva, segun la mayor ó menor finura y movilidad con que la naturaleza ha dotado sus órganos, y segun la calidad de los fluidos y sólidos que componen su máquina, de donde nace la diversidad de sus temperamentos y facultades.

El *temperamento* es el modo de ser ó de existir particular á cada individuo de la especie humana, que resulta de la organizacion ó de la conformacion que le es propia; de suerte que por una consecuencia de este temperamento, entre los hombres unos son mas sensibles que otros, es decir, mas capaces de ser prontamente movidos y escitados por los objetos que hieren sus sentidos; unos tienen vigor, talento, imaginacion, pasiones vivas, entusiasmo, impetuosidad; y otros son débiles, flojos, estúpidos, perezosos y lánguidos; unos manifiestan una memoria felíz, un juicio recto, son capaces de esperiencia y prevision; al paso que otros aparecen enteramente privados de estas facultades. A unos vemos alegres, vivos, inquietos, disipados; y á otros poltrones, melancólicos, sérios, metidos en sí mismos, etc.

En una palabra, los diferentes grados de sensibilidad producen esta diversidad maravillosa que observamos entre los caractéres, las inclinaciones naturales y los gustos de los hombres;

cualidades que los distinguen tanto como sus fisonomías. Si los hombres se diferencian entre sí, es porque no todos sienten de una misma manera, y por lo tanto no pueden tener precisamente las mismas sensaciones, las mismas ideas, las mismas inclinaciones, las mismas opiniones, ni por consecuencia seguir la misma conducta de vida.

CAPITULO IV.

DEL PLACER Y DEL DOLOR. — DE LA FELICIDAD.

Siendo las fisonomías de los hombres tan diferentes que no se encontrarán dos enteramente semejantes, hay no obstante un punto general sobre el que todos estan de acuerdo; el amor del placer y el temor del dolor. En una misma familia de plantas no se hallan dos que sean exactamente conformes; no hay dos hojas en un mismo árbol que no descubran diferencias á los ojos atentos del observador; y sin embargo, estas plantas, estos árboles y estas hojas son de la misma especie, y sacan igualmente sus jugos nutritivos de la tierra y de las aguas. Puestas en un buen terreno preparado á propósito, beneficiadas por los rayos de un sol apacible, y regadas cuidadosamente, estas plantas se animan, vegetan, crecen, y se ofrecen á nuestra vista alegres y lozanas; mas por el contrario, si se hallan en un suelo árido y malo, se consumen, se marchitan y perecen, por grande que sea el afan en cultivarlas (1).

Entre las impresiones ó sensaciones que producen en el hombre los objetos que hieren sus sentidos, unas, por la conformidad con la naturaleza de su máquina, le agradan y causan placer; y otras, por la turbacion y el trastorno que le ocasionan, le desagradan y producen dolor. Por consecuencia aprueba aquellas y desea que continuen ó se renueven, mientras que desaprueba estas, y procura que huyan ó desaparezcan. Segun el modo agradable ò molesto con que nuestros sentidos

(1) El ingenioso autor de la obra *De l'Esprit*, es de dictámen que la educacion basta para hacer de los hombres lo que se quiera; mas este célebre filósofo no ha observado, al parecer, que si la naturaleza no presenta un sugeto idóneo, es imposible educarle bien. En vano sería sembrar en una roca ó en un pantano. Este punto se tratará mas estensamente cuando se hable de la educacion. *Véase la seccion V, cap. III, de la segunda parte.* Plutarco dice, segun la traduccion de Amiot: "La naturaleza sin doctrina y enseñanza es »una cosa ciega; la doctrina sin la naturaleza »es defectuosa; y el solo uso sin las dos pri»meras, es una cosa imperfecta. Ni mas ni me»nos que en la labranza, es menester que, en »primer lugar, la tierra sea buena; en segun»do, que el labrador sea un hombre esperi»mentado; y en tercero, que sea escogida la »semilla. Asi la naturaleza representa la tier»ra, el maestro al labrador, y la enseñanza y »los ejemplos son la simiente." *V. Plut. Comme il faut nourrir les enfans. Pág. 2. B. tom. 2. op. edic. de Paris de 1621.*

son afectados, amamos ó aborrecemos los objetos, los deseamos ó tememos, los buscamos ó los huimos.

Amar un objeto es desear su presencia, es querer que continúe produciendo en nuestros sentidos impresiones convenientes á nuestra naturaleza, es aspirar á poseerle, para gozar continuadamente y á nuestra voluntad de sus efectos agradables. Aborrecer un objeto, es desear que se aparte de nosotros para que termine la impresion molesta y dolorosa que nos produce. Asi que, amamos á un amigo porque su presencia, su conversacion y sus apreciables cualidades nos causan un placer, y huimos de encontrarnos con un enemigo porque su sola presencia nos turba y nos molesta.

Toda sensacion ó todo movimiento agradable que se escita en nosotros mismos, y del cual deseamos su duracion, se llama *bien*, *placer*; y el objeto que produce esta impresion en nosotros, se llama *bueno*, *útil*, *agradable*. Toda sensacion de la cual deseamos su fin, porque trastorna y desarregla el órden de nuestra máquina, se llema *mal*, *ó dolor*, y el objeto que la produce se dice *malo*, *perverso*, *dañoso*, *desagradable*. El placer constante y continuado se llama *dicha*, *bienestar*, *felicidad*; y el dolor contínuo y permanente *desgracia*, *infortunio*. La felicidad, pues, es un estado de consentimiento y de aprobacion de los modos de sentir que hallamos agradables y conformes á nuestra existencia y conservacion.

El hombre, por su naturaleza, ama necesariamente el placer y aborrece el dolor, porque el placer es conveniente á su naturaleza, esto es, á su organizacion, á su temperamento, al orden necesario à su conservacion; y el dolor, por el contrario, perturba el orden de su máquina, impide que sus órganos llenen sus funciones, y daña su conservacion.

El *orden*, en general, es el modo de ser y de existir, por el que todas las partes de un todo conspiran sin obstáculos al fin para el que le ha destinado su naturaleza. El orden en la máquina humana es esta manera de ser ó de existir, por la cual todas las partes de nuestro cuerpo concurren á su conservacion y al bienestar del todo que componen. El *orden moral ó social*, es el feliz concurso de las acciones y voluntades de los hombres, del que resultan la conservacion y la suerte dichosa de la sociedad. El *desorden* es toda perturbacion y trastorno del orden, ó todo aquello que daña al bienestar de los hombres y de la sociedad.

El placer es un bien cuando es conforme al orden; mas si produce el desorden, ya sea inmediatamente ó en sus consecuencias, este placer es un mal real y verdadero, puesto que la conservacion del hombre y su felicidad permanente son bienes mas apetecibles que los placeres pasageros seguidos de penalidades. Una persona que estando acalorada ó sudando bebe un vaso de helado, siente sin duda un placer muy vivo en aquel momento, mas puede muy bien sobrevenirle una enfermedad que le quite la vida.

El placer deja de ser un bien y se convierte en mal, cuando produce en nosotros próxima ó remotamente efectos dañosos á nuestra conservacion, y contrarios á nuestro perpetuo bienestar etc. Por otra parte, el dolor puede convertirse en un bien preferible al placer mismo, cuando conduce á nuestra conservacion, y nos procura ventajas verdaderas. Un convaleciente sufre con paciencia los estímulos del hambre que le mortifican, y se abstiene de los alimentos que momentáneamente lisongearian su paladar, porque conoce que asi recobrará mas pronto la salud, que mira con razon como una dicha mas apetecible que el placer pasagero de contentar su apetito.

La esperiencia sola puede enseñarnos á conocer los placeres á que podemos entregarnos sin temor, y á distinguirlos de los que pueden atraernos consecuencias peligrosas. Aunque el amor del placer sea esencialmente inherente al hombre, debe sin embargo estar subordinado al amor de su propia conservacion y al deseo de un bienestar durable, que es lo que procura y anhela de contínuo: si quiere ser felís, todo le convence que para conseguir este fin debe hacer eleccion entre sus placeres, usarlos con moderacion, rehusar como dañosos los que fuesen seguidos de amarguras, y preferir los dolores momentáneos, cuando estos pueden producirle una felicidad mayor, mas sólida y mas duradera.

Segun estos principios, los placeres deben distinguirse por su influencia sobre la felicidad de los hombres. Los *placeres verdaderos* son aquellos que la esperiencia nos muestra conformes á la conservacion del hombre, é incapaces de producirle dolor. Los *placeres engañosos* son los que halagando por algunos momentos, llegan á causarle males duraderos. Los placeres racionales son los que convienen á un ser capaz de distinguir lo útil de lo dañoso, lo real de lo aparente: los placeres honestos son aquellos que no son seguidos de arrepentimiento, de vergüenza, ni de remordimientos. Los placeres torpes son los que nos avergüenzan porque nos hacen despreciables á los demas hombres: el placer acaba siempre atormentándonos cuando no es conforme á nuestros deberes. Los placeres legítimos son aquellos que son aprobados por los seres con quienes vivimos en sociedad. Los placeres ilícitos son los que nos estan prohibidos por la ley, etc.

Los placeres ó las sensaciones agradables que sentimos inmediatamente en nuestros órganos, se llaman placeres *físicos*, los cuales, aunque producen en el hombre un modo de existir agradable, no pueden durar largo tiempo sin causar el cansancio y debilidad de los mismos órganos, cuya fuerza es naturalmente limitada; asi que, los mismos placeres pronto llegan á fatigarnos si no ponemos entre ellos intervalos que dejen á los sentidos reposar y recibir nuevas fuerzas. La vista de un objeto resplandeciente nos agrada en un primer momento, pero luego cansa nuestros ojos si por mucho tiempo los tenemos fijos en él. Los

placeres mas vivos son por lo comun los menos duraderos, porque producen sacudimientos muy fuertes y violentos en la máquina humana; de donde se sigue que el hombre sábio y prudente debe ser muy económico y arreglado en el uso de estos placeres por el bien mismo de su conservacion. La templanza, la moderacion y la abstinencia de ciertos placeres, son virtudes fundadas sobre la naturaleza humana.

Como el hombre tiene muchos sentidos necesita egercitarlos alternativamente, porque si no bien pronto se apoderarian de él una languidez y un fastidio insoportables. La naturaleza exige que el hombre varie sus placeres para evitar el hastío, el cual no es otra cosa que la fatiga de nuestros sentidos, causada por las sensaciones uniformes.

Los placeres *intelectuales* son aquellos que esperimentamos dentro de nosotros mismos, ó que producen en nosotros el pensamiento y la contemplacion de las ideas que nuestros sentidos nos han comunicado; ó la memoria, el juicio, el talento y la imaginacion. Estos goces verdaderos nos los procura el estudio, la meditacion y las ciencias: esta suerte de placeres son preferibles á los placeres físicos, porque llevamos dentro de nosotros mismos las causas que los producen, y los renuevan á nuestro arbitrio y voluntad. Cuando la lectura de algun pasage histórico ha grabado en la memoria hechos curiosos, agradables é interesantes, repasando estos hechos y contemplándolos en su interior, el hombre erudito esperimenta un placer análogo y superior en parte al de un curioso que recorre los cuadros y las colecciones de una vasta galería. Cuando la filosofía ha hecho conocer al hombre sus relaciones, sus variedades, sus pasiones y sus deseos, el filósofo se goza en sus meditaciones con la contemplacion de los preciosos materiales que deposita en su cabeza. En fin, el hombre virtuoso disfruta en su interior del bien mismo que hace á los demas, y se alimenta agradablemente con la idea lisongera de ser amado.

Ademas los placeres intelectuales y los gustos que producen, no son mas propios que los que nos inspiran las ventajas esteriores, como las riquezas, las grandes posesiones, las dignidades, el crédito ó el favor, que da y quita á su antojo la fortuna. Siempre podemos disfrutar estos placeres, porque llevamos dentro de nosotros mismos el manantial de que nacen, y del que no puede privarnos ningun hombre; pues solo las enfermedades pueden impedirnos el gozar de nuestras facultades intelectuales y de nuestras virtudes. Estas cualidades inherentes al hombre, son las únicas que pueden merecerle una aficion sincera y un amor desinteresado. Amar á uno por sí mismo, es amarle, no por su opulencia sino por las cualidades agradables, y por las disposiciones interesantes de que goza en la sociedad; que residen habitualmente en él, que le son constantes, y de las cuales solo pueden privarle ciertos accidentes poco comunes en la vida.

CAPITULO V.

DE LAS PASIONES.—DE LOS DESEOS.—DE LAS NECESIDADES.

Las pasiones humanas son los movimientos mas ó menos vivos de amor hácia los objetos que juzga el hombre capaces de producirle impresiones, sensaciones ó ideas agradables; ó por el contrario, son los movimientos de odio y aborrecimiento hácia los objetos que supone capaces de afectarle de una manera dolorosa. Todas las pasiones se reducen á desear algun bien, algun placer, alguna felicidad real ó imaginaria, y à temer y huir algun mal sea verdadero ó aparente. Los *deseos* son los movimientos de amor hácia un bien verdadero ó imaginario, cuya posesion no se tiene. La *esperanza* es el amor de un bien que se aguarda, pero del cual aun no se goza. La *cólera* es un odio ó aborrecimiento repentino del objeto que se considera dañoso, etc.

Nada es mas natural en el hombre que el tener pasiones y deseos; estos movimientos de atraccion que siente á ciertos objetos, y de repulsion respecto de otros, son consecuencias de la analogía ó de la contrariedad entre sus órganos y las cosas que ama y aborrece. Los niños gustan mucho de la leche, de las frutas dulces, de los alimentos azucarados, y detestan las cosas amargas, porque las primeras sustancias producen en su paladar sensaciones agradables, y lo amargo los disgusta y desagrada.

Los estóicos y otros muchos moralistas como ellos, han mirado las pasiones como unas *enfermedades del alma* que debian ser enteramente desarraigadas; segun esto será tambien enfermedad el hambre, deseo tan natural que los estimula á que se alimenten, á que busquen los manjares mas conformes á sus gustos, y que los avisa de una necesidad de su máquina que deben satisfacer, si quieren conservarse. De que muchos hombres sobrecarguen su estómago de alimentos dañosos á la salud, no debe deducirse que el hambré sea una enfermedad, ni que sea desatendible ó vituperable el deseo de satifacerla. El fanatismo es la causa de que en la moral los hombres casi nunca hayan podido convenirse en nada.

A poco que se reflexione se hallará que las pasiones en sí mismas no son ni buenas ni malas; y que solo llegan á ser tales por el uso que se hace de ellas. Naciendo todo hombre con necesidades, nada le es mas natural que el deseo de satisfacerlas; susceptible de placer ó de dolor, nada mas natural que el amar el uno y aborrecer el otro. De donde se concluye que las pasiones y los deseos son esenciales al hombre, inherentes á su naturaleza, inseparables de su existencia, y necesarios á su conservacion. Un ser sensible que aborreciese el placer, que no

procurase su bienestar, que desease el mal, en fin, que no tuviese necesidades algunas, dejaria de ser hombre; y siendo incapaz de conservarse á sí mismo, seria enteramente inútil á los otros hombres.

Se llaman necesidades todas las cosas útiles ó necesarias á la conservacion ó á la felicidad del hombre. Las necesidades *naturales* son el alimentarse, el vestirse, y el propagarse. Las necesidades de todos los hombres son unas mismas, y solo varian en los medios de satisfacerlas. Un pedazo de pan seco le basta al hombre pobre para satisfacer la necesidad de su hambre, cuando el opulento há menester una mesa suntuosa, cubierta de los mas raros manjares, para contentar su apetito, y sobre todo su vanidad que para él ha llegado á ser una necesidad mas urgente que el hambre, á causa de que su imaginacion le representa habitualmente el fáusto como un bien necesario á su felicidad. La piel de los animales sirve para que se cubra un salvage, en vez de que el habitante de un pais donde reina el lujo, se considera desgraciado y se avergüenza si no tiene magníficos y costosos vestidos, en los cuales su imaginacion le presenta un medio de dar á los demas hombres una idea alta de sí mismo.

De este modo la imaginacion, las convenciones, el hábito y las preocupaciones nos aumentan las necesidades que nos alejan de nuestra naturaleza, constituyéndonos en un estado deplorable si no podemos satisfacerlas. No hay cosa mas importante que el limitar nuestras necesidades á fin de poder contentarlas sin penalidad. Nuestras necesidades naturales son en pequeño número y limitadas; mas las necesidades creadas por la imaginacion son insaciables é infinitas. Cuantas mas necesidades tengan los hombres, tanto mas dificil les será el ser felices. La felicidad consiste en el acuerdo de nuestras necesidades con la facultad de satisfacerlas.

Siendo los diferentes grados de sensibilidad en los hombres, segun hemos dicho, las causas de la diversidad prodigiosa que se observa entre ellos, este mismo es el origen de la variedad de sus pasiones, de sus apetitos, de sus necesidades, de sus gustos, y de la voluntad que los determina á la accion. Segun la organizacion particular de cada hombre, que es la que constituye su temperamento, son tambien diversas su imaginacion y sus necesidades. Aunque todos los hombres tengan necesidad de sustentarse, no agradan á todos los mismos alimentos; el estómago de unos pide mayor cantidad que el de otros; y los manjares que aprovechan á unas personas, á otras les perjudican y causan enfermedades peligrosas.

De aqui resulta esta grande variedad que se advierte en las pasiones, las cuales se diferencian no solo en el fin á que se dirigen, sino tambien en su fuerza y duracion. Las necesidades en el hombre suscitan las pasiones; mas como estas necesidades nacen ó del temperamento, ó de la imaginacion, ó del hábito, ó de la educacion, son por lo tanto diferentes en todas las criaturas de nuestra especie, y varia-

bles en un mismo individuo. Todos tienen sed ó necesidad de beber; pero á unos les basta el agua para apagarla, y otros necesitan del vino, como preciso para fortalecer su estómago; otros, acostumbrados á la delicadeza, han menester vinos generosos; y los mejores vinos, en fin, repugnan á ciertas personas enfermas, ó que han perdido el paladar. Este mismo deseo y la necesidad de beber son mucho mas fuertes en un hombre cansado del trabajo, que en un hombre ocioso y descansado. Aquel á quien una imaginacion exaltada pinta con viveza los gustos del amor y la hermosura de su dama, siente en sí una pasion que la necesidad ocasiona, y que la imaginacion irrita sin descanso: y esta pasion es en él mas activa que lo es en otros hombres menos ardientes é irritables.

Las necesidades en los hombres son las cosas que creen ó que suponen equivocadamente necesarias á su conservacion, á sus placeres, á su bienestar. Las necesidades *naturales* son, como acabamos de decir, las cosas que nuestra naturaleza ha hecho necesarias al mantenimiento de nuestro ser en el estado de una vida feliz. Las necesidades imaginarias son las que una imaginacion comunmente desordenada nos pinta como indispensables para nuestra felicidad. Una imaginacion á quien inflama de contínuo el ejemplo, la opinion y los hábitos establecidos en la sociedad, nos hace esclavos de una infinidad de necesidades, que incesantemente nos atormentan y nos condenan á depender de los que pueden satisfacerlas.

Para ser felíz é independiente conviene no tener mas necesidades que las que cada uno pueda satisfacer por sí mismo y sin mucha penalidad; porque si son inmensas requieren inmensos trabajos, y aun estos no suelen bastar, haciéndonos ya entonces tan desgraciados, que para cortarlas de raiz han creido muchos filósofos que se debian violentar los deseos mas inocentes de la naturaleza, ponerse en contradiccion con los deberes sociales, y hacerse imprudentemente verdugos de sí mismos.

Esta moral rigorosa no es propia de los hombres; otra mas sábia y humana les prescribe que satisfagan sus necesidades de un modo que no sea dañoso ni á sí mismos ni á los otros, que las limiten para no ser desgraciados por no poder satisfacerlas, y que pongan cuidado en no multiplicarlas porque de lo contrario los arrastrarán á vicios y delitos. Las necesidades producen los deseos; disminuyendo aquellas, se disminuyen ó se aniquilan estos. Si tantos hombres son infelices y malvados, la causa es, que se forjan necesidades que hacen indomables sus deseos. La felicidad consiste en no desear sino lo que lícitamente se puede obtener.

CAPITULO VI.

DEL INTERÉS PERSONAL Ó DEL AMOR PROPIO.

Nuestros deseos, escitados por las necesidades verdaderas ó imaginarias, constituyen el *interés*, en cuya denominacion se comprende generalmente todo lo que desea el hombre como útil ó necesario á su propia felicidad; en una palabra, la cosa en cuyo goce y posesion cree cada uno que consiste su placer ó su dicha. El interés del voluptuoso está en el goce de los placeres sensuales; el avaro pone el suyo en la posesion de sus tesoros; el hombre vano y fastuoso fija el mayor interés en hacer una loca ostentacion de sus riquezas; el ambicioso, cuya imaginacion se enardece con la idea de dominar á los demas, pone todo su interés en el goce y uso de un gran poder; el literato en la celebridad; en fin, el interés del hombre de bien consiste en ser estimado y querido de sus semejantes. Cuando se dice que los intereses de los hombres son varios, se indica que sus necesidades, sus deseos y sus gustos no son en todos unos mismos, y que cada cual de ellos fija la idea de su bien en diferentes cosas.

No hay, pues, la menor duda en que todos los hombres obran, y les es necesario obrar por interés. La palabra *interés*, como la palabra pasion, solo presenta á nuestro entendimiento la idea de un bien, ó el amor y el deseo de la felicidad. No se puede vituperar en los hombres que sean *interesados*; (cuya palabra significa que tienen necesidades y deseos) sino cuando sus intereses, sus pasiones y sus necesidades les son dañosas á ellos mismos, ó á los otros con cuyos intereses no se avienen los suyos.

Segun sus intereses, los hombres ó son buenos ó malos. En el bien y en el mal, obramos siempre con la mira de alguna ventaja que juzgamos debe resultarnos de nuestra conducta. La idea del bienestar ó el interés que ponemos en los placeres ó en los objetos contrarios á nuestra propia felicidad, constituye lo que se llama *interés mal entendido*, que es el orígen y manantial de los errores y estravíos de aquellos que, faltos de razon, de esperiencia y de reflexion, desconocen con demasiada frecuencia sus verdaderos intereses, y solo escuchan las necesidades imaginarias y las ciegas pasiones que proceden de su ignorancia, de sus preocupaciones, ó de los ímpetus violentos de una imaginacion desarreglada.

El interés personal y las pasiones de que se vale, no son disposiciones reprensibles, sino cuando son contrarias á la felicidad de aquellos con quienes vivimos, es decir, cuando nos hacen observar una conducta que los daña ó incomoda: los hombres no aprueban sino aquello que consideran que les es útil y provechoso; y asi su inte-

rés les obliga á despreciar, aborrecer y condenar todo aquello que contraría su tendencia á la felicidad.

El interés es laudable y legítimo, cuando tiene por objeto cosas verdaderamente útiles para nosotros y para los demas. El amor de la virtud es el interés aplicado á las acciones ventajosas al género humano. Si un sórdido interés es el móvil de las acciones del avaro, otro mas noble anima al hombre bienhechor que aspira al afecto, á la gratitud y al amor de aquellos en quienes recaen los efectos de su generosidad.

Sacrificar su interés, quiere decir sacrificar un objeto que agrada ó que se ama, á otro objeto que agrada ó que se ama con mas fuerza. Un amigo sacrifica por otro una parte de su fortuna, porque estima en mas á su amigo que los bienes que sacrifica. El entusiasmo es la pasion por un objeto que nos ocupa esclusivamente, llevada al estremo de una especie de embriaguez y de delirio, que hace al hombre sacrificarlo todo, y aun á sí propio; mas, como pronto veremos, aun en este caso es siempre á su propio interés, es á sí mismo á quien el hombre hace este sacrificio.

Obrar sin interés sería obrar sin fin ó sin motivo. Un ser intiligente, esto es, que atiende de contínuo á su felicidad, y que sabe emplear los medios propios y conducentes á este fin, no puede por un solo instante perder de vista su interés; mas para que este interés sea laudable, debe conocer que habiéndole colocado la naturaleza en sociedad, su verdadero interés exige que se haga útil y agradable, porque los otros hombres que le rodean, sensibles, amantes de la felicidad, é *interesados* como él, no contribuirán á su bien sino en razon del bien que pueden esperar del mismo. De donde se deduce que la moral debe fundar sólidamente sobre el interés todos sus preceptos para que sean eficaces. La moral debe, pues, probar y convencer al hombre que su verdadero interés le prescribe que ame y practique la virtud, sin la cual no hay para él felicidad sobre la tierra.

Algunos filósofos han fundado la moral en una *benevolencia* innata que suponen inherente à la naturaleza humana; pero esta benevolencia no puede ser mas que el efecto de la esperiencia y de la reflexion, las cuales nos manifiestan que los demas hombres nos son útiles y capaces de contribuir á nuestro propio bien. Una benevolencia desinteresada, esto es, de la cual no resultase para nosotros de parte del que nos la inspira, ni cariño, ni correspondencia, sería un sentimiento sin motivo, ó un efecto sin causa. Por su propio interés muestra el hombre su benevolencia á los demas. Quiere grangearse amigos, esto es, quien por él se interese; ó ejercita este afecto con aquellos cuyas disposiciones benéficas tiene ya comprobadas; ó desea, en fin, merecer su propia estimacion y la de los otros con ella.

Se nos dirá, quizá, que hay ciertas personas virtuosas que llevan su desinterés el estremo de mostrar benevolencia á los ingratos, y que otras la egercitan con los desconocidos que nunca

volverán á ver. Mas tampoco esta benevolencia es desinteresada, porque si nace de la compasion, luego verémos que el hombre compasivo se consuela à sí mismo cuando hace bien á sus semejantes. En fin, harémos ver que todo bienhechor halla siempre en sí propio la recompensa que los ingratos le rehusan, ó que un desconocido no puede demostrarle.

Las pasiones, los intereses, las voluntades y las acciones de los hombres tienen por objeto constante la satisfaccion de su amor propio. Este *amor propio* tan vituperado por algunos moralistas, y confundido malamente por otros con un egoismo insociable, no es real y efectivamente mas que el deseo permanente de conservarse, y ser dichosos. Condenar al hombre porque se ame á sí mismo, es condenarle por ser hombre; pretender que este afecto proviene de su naturaleza corrompida, es lo mismo que decir que una naturaleza mas perfecta le haria desatender su conservacion y su propia felicidad; sostener que este principio de las acciones humanas es vil y bajo, es decir que es bajo y vil el ser hombre.

Si, libres de las preocupaciones de que tanto abundan las obras de muchos moralistas, examinamos al hombre tal como nos le presenta la naturaleza, reconoceremos que no podria existir si perdiese de vista el amor de sí mismo; mientras goza de unos órganos sanos y bien constituidos, no puede odiarse á sí propio, ni manifestarse indiferente al bien ó al mal que le sucede, ni dejar de apetecer la felicidad que no tiene, ni de temer el mal que le amenaza, ni de amar, en fin, á las criaturas de su especie, en cuanto las halla dispuestas y favorables á sus deseos, á su conservacion y á su felicidad. Siempre con relacion á sí mismo, el hombre ama y se une con los demas hombres.

Por el placer que causan á nuestro corazon la presencia, los consejos, los consuelos de un amigo, le amamos tiernamente; nosotros somos los que esperimentamos los efectos agradables del trato y comunicacion que nos estrechan con él. Por el placer que produce un objeto amado en la imaginacion y en los sentidos de su amante, le ama, hasta el estremo á veces de sacrificarse por él. Por el placer que inspira á una tierna madre la vista de un hijo querido, le prodiga esta sus cuidados aun á costa de su salud y de su propia vida. A nosotros mismos es, pues, á quien amamos en los otros, asi como en todas las cosas en que fijamos nuestro amor: à sí propio es á quien ama el amigo en su amigo, el amante en la persona amada, la madre en su hijo, el ambicioso en los honores, el avaro en las riquezas, el hombre de bien en el afecto de sus semejantes; y á falta de estos motivos, en la satisfaccion interior que inspira la virtud.

Si algunas veces parece que el amor propio no tiene parte alguna en nuestras acciones, consiste en que entonces el ánimo se turba, el entusiasmo ciega al hombre, que ni raciocina ni calcula, y en el desórden en que se halla es capaz de sacrificarse por el objeto cuya pasion asi le domina, porque en él creía ser dichoso. Hé aqui como

la sincera amistad ha hecho algunas veces que un amigo se sacrifique por su amigo.

De nosotros mismos nos compadecemos cuando mezclamos nuestras lágrimas con las de un desgraciado; á nosotros nos lloramos cuando lloramos sobre las cenizas de quien merecía nuestro afecto, por los placeres de que le éramos deudores. En fin, al amor de la gloria que le inmortalizará, ó al temor de la ignominia que recaería sobre él, es á lo que se sacrifica y ofrece el héroe en los combates; no hace mas entonces que sacrificar su vida al deseo de la admiracion y la fama, cuya idea acalora su imaginacion y le oculta el peligro; ó bien se sacrifica por el temor de vivir deshonrado, que sería para él el colmo de la desgracia. Por sí mismo es, pues, por quien el guerrero busca el aprecio y teme la ignominia; por su amor propio es por lo que arriesga la vida y desprecia la muerte; sin que, en el calor que agita su imaginacion, examine ni reflexione que si él perece nada serán para él en realidad los frutos de este honor, en que por hábito ha hecho consistir su felicidad.

Así que, no vituperemos el amor que el hombre se tiene á sí mismo: este afecto es natural y necesario á su propia conservacion, á su utilidad y á la de la sociedad. El hombre que se aborreciese, ó que mirase con indiferencia su felicidad, sería un insensato, incapaz de hacer bien alguno á sus semejantes. El hombre que no se amára á sí propio, sería un enfermo para quien el vivir llegaría á serle incómodo y fastidioso, y ningun interés tomaría por los demas. De esta clase son los melancólicos que se quitan la vida á sí mismos; los fanáticos, que enemigos de su especie se inutilizan para la sociedad. Mas no por esto estan exentos de interés ó de amor propio, puesto que aun el aborrecimiento del mundo, de sus placeres y de las cosas que los otros desean se funda en la esperanza halagüeña de que serán algun dia mas dichosos privándose, durante una corta vida, de los objetos que excitan las pasiones de los demás; de que se infiere que, en hacerse infelices por algun tiempo, consultan á su interés y á su amor propio.

En el hombre que reflexiona, va siempre el amor propio acompañado del amor á los otros hombres; y en amar á los que con él tienen relaciones, no hace mas que amarse á sí mismo con mayor eficacia, pues ama en ellos los instrumentos de su propia felicidad. *El que se ama mucho*, dice Séneca, *ama á los demas hombres* (1). En otra parte dice tambien, *que al hombre es necesario enseñarle el cómo ha de amarse, porque sería una locura el dudar de que se ame á sí mismo* (2). En efecto, un ser sociable no

(1) *Qui sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus esse.* Seneca, Epist. VI, *in fine.*

(2) *Modus ergo diligendi præcipiendus est homini, id est quomodo se diligat aut prosit sibi: quin autem se diligat aut prosit sibi dubitare dementis est... Omne animal simul ut ortum est, seipsum et omnes partes suas diligit.* Cicero, de finibus. Lib. II, cap. XI. Arriano dice que todos los actos de los seres animados, y aun los de la Divinidad, nacen del amor propio. *V. Arr. Lib. I, cap. XIX.*

puede amarse á sí mismo verdaderamente, sino interesando á sus semejantes en su felicidad, la que solamente llegará el hombre á conseguir cuando los obligue de antemano con las prévias y buenas disposiciones de su corazon. Siempre es pecar uno contra sí mismo el violar sus deberes para con los demas hombres.

Lejos, pues, de formar el proyecto imprudente de estinguir en el corazon del hombre el amor esencial y natural que se tiene á sí mismo, la moral debe servirse de él para mostrarle el interés que tiene en ser bueno, humano, sociable y fiel á sus deberes: lejos de intentar destruir las pasiones inherentes á su naturaleza, la moral debe dirigirlas á la virtud, sin la cual no puede hombre alguno sobre la tierra gozar de una felicidad verdadera. Esta moral prescribirá á todo hombre el que se ame á sí mismo, indicándole los medios acertados de satisfacer esta necesidad, que le hace estar sobre sí incesantemente, y tomar parte en el bien de los que le rodean. Las pasiones así dirigidas contribuirán á su bienestar, bien viva solo ó bien en sociedad: le harán apreciable como esposo, como padre, como amigo, como ciudadano, como soberano, como súbdito; y en fin, sus pasiones y sus intereses, de acuerdo con los de la sociedad, le harán feliz y dichoso á consecuencia de la dicha y felicidad que gocen por su causa los otros.

Aquel cuyo amor propio sofoca el que debia tener á los demas, es un ente insociable, es un insensato que no ve ni conoce que, viviendo el hombre con otros hombres como él, se halla en una absoluta imposibilidad de ser feliz sin la asistencia y favor de ellos. Nuestras ciegas pasiones, nuestros intereses mal entendidos, nuestros vicios y defectos nos separan de la sociedad, é indisponiendo contra nosotros á nuestros asociados, los constituyen enemigos contrarios á nuestros deseos. Los perversos, á quienes detestamos, viven como si se hallasen solos en la sociedad: el tirano que la oprime, vive temblando en medio de un pueblo que le aborrece; el rico avaro vive despreciado, como un ser inútil; el hombre cuyo corazon por nadie se enternece, no debe esperar que otro se interese por él: en una palabra, no hay en la moral una verdad mas clara y evidente, que la de que el hombre en sociedad no puede ser feliz sin el socorro de los demas hombres.

Ciceron reconoce ademas «que todos nuestros »deseos, nuestras aversiones y nuestros pro»yectos todos tienen por único móvil el placer »ó el dolor, de donde se sigue que todas las »acciones buenas y laudables no tienen otro »objeto sino una vida cómoda y feliz.» *Vid. Cicero, de finibus. Lib. I, cap.* 12. Antes que todos estos autores, Aristóteles habia refutado la opinion de los que en su tiempo, como algunos en el nuestro, miraban el interés ó el amor propio como un principio vil y vicioso. *Aristoteles, Ethica. Lib. IX, cap.* 8. Se ve, pues, que muchos filósofos antiguos conocieron muy bien el verdadero móvil de las acciones humanas, ó el verdadero principio de toda moral, del cual si se alejaron no obstante, fué por no haberle dado toda la debida estension.

CAPITULO VII.

DE LA UTILIDAD DE LAS PASIONES.

Plutarco compara las pasiones á los vientos, sin los cuales un navío no puede navegar. Nada es ciertamente mas inútil que el declamar contra las pasiones; nada mas impracticable que el proyecto de destruirlas. El moralista debe esponer las ventajas de la virtud y los inconvenientes del vicio: la obra del legislador ha de ser el mover, interesar y compeler á cada uno por su propio bien, á que contribuya al interés general. Instruir á los hombres es indicarles lo que deben amar ó temer, es dirigir sus pasiones á objetos útiles y provechosos; es enseñarles á reprimir, y no irritar los deseos que pudieran causarles efectos perjudiciales á sí y á los demas. Oponiendo unas pasiones à otras, el temor á la impetuosidad de los deseos desordenades, el odio y el aborrecimiento á las acciones dañosas, los intereses reales y verdaderos á los aparentes é imaginarios, un bienestar permanente á los caprichos momentáneos, se podrá hacer de las pasiones un uso ventajoso, y dirigirlas á la utilidad pública con la cual está estrechamente unida la de los particulares. Hé aqui como los diversos intereses pueden combinarse con el interés general.

Un hombre libre de pasiones ó deseos, lejos de ser un hombre perfecto, como algunos filósofos han pretendido, sería inútil para sí mismo y para los otros, y contrario á la vida social. El que no fuese susceptible ni de amor, ni de odio, ni de temor, ni de esperanza, ni de placer, ni de dolor; en una palabra, el sábio del estoicismo, sería una masa inerte, incapaz de accion y movimiento (1). ¿Cómo podríamos modificar, instruir y educar á un niño que privado de pasiones careciese de móvil, y fuese insensible al placer y al dolor, á los castigos y á las recompensas? ¿Cómo escitar al bien á unos entes desnudos de pasion y de interés, y por tanto destituidos de motivos que les compeliesen á la accion? ¿Qué podria hacer un legislador de una sociedad de hombres igualmente insensibles á las amenazas que á las recompensas, á las riquezas que á la indigencia, á las alabanzas que á los vituperios, á la gloria que á la ignominia?

La ciencia del político y la del moralista, cuyas miras deben ser unas mismas, consiste en mover, dirigir y arreglar las pasiones de los hombres de un modo que conspiren por ellas á su bien y mútua felicidad. No hay pasion alguna que no pueda ser útil al cuerpo social, y que no sea necesaria á su conservacion y mayor bien.

La pasion del amor, tan justamente

(1) Oyendo las máximas de Epicteto dijo un sábio que este filósofo era ó un *leño* ó una *estátua*.

combatida por sus terribles estragos, es efecto de una necesidad natural é indispensable á la conservacion y multiplicacion de nuestra especie; así que solo debe tratarse de regular el amor de un modo que no sea dañoso ni al amante, ni al objeto amado, ni á la sociedad.

La cólera y el odio, afectos tan funestos algunas veces por sus terribles consecuencias, si se contienen dentro de unos justos límites, son pasiones útiles y necesarias para repeler de nosotros y de la sociedad las cosas que pueden dañarnos. La cólera, la indignacion y el odio son afectos legítimos que la moral, la virtud y el amor del bien público deben escitar en los corazones rectos contra la injusticia y la perversidad.

La codicia del mando, que se llama *ambicion* y que nos es tan detestable, es un afecto natural en el hombre que aspira á que los demas contribuyan á su propia felicidad; mas este afecto es útil á la sociedad, cuando empeña y estimula al ciudadano á ser digno por sus talentos y sus virtudes del mando y del poder.

La pasion de la gloria, que regularmente se mira como un humo que se lleva el viento, no es otra cosa que el deseo de ser estimado de los otros hombres; pero este deseo es necesario á la sociedad, en la cual produce el valor, el honor, la beneficencia, la generosidad, el heroismo y los talentos que sirven á la felicidad ó á los placeres del género humano.

El deseo de las riquezas no es otra cosa que el deseo de los medios de subsistir cómodamente, empeñando á los demas á contribuir á nuestra felicidad particular. Esta pasion bien dirigida, es el manantial de la industria, del trabajo, y de la actividad tan necesaria á la vida social.

El temor, que es por lo comun causa de cobardías y bajezas, es útil y necesario para contener las pasiones, cuyos efectos podrian ser fatales para nosotros mismos y para los demas. El temor de dañar á nuestra conservacion, á nuestra felicidad permanente, es un freno natural de todo el que se ama verdaderamente; el temor de disgustar á los otros es el vínculo de toda sociedad, el principio de toda virtud; en fin, el temor del castigo reprime muchas veces á los hombres mas desenfrenados.

El amor de nosotros mismos que se llama *orgullo ó amor propio*, y que es tan incómodo é insoportable cuando deprime á los demas, es una pasion muy laudable cuando nos retrae de envilecernos con acciones viles y despreciables.

La *envidia*, esta pasion tan comun y tan vil, se ennoblece cuando, en vez de hacernos aborrecer á los hombres grandes y á los sublimes talentos, nos empeña y estimula á imitarlos, y á merecer, como ellos el aprecio de nuestros conciudadanos; convirtiéndose entonces en una laudable emulacion.

No demos, pues, oidos á las vanas declamaciones de una filosofia que hace consistir la virtud y la felicidad en una total privacion de pasiones y deseos. Procuremos, sí, que la educacion siembre en los corazones pasiones útiles á

nosotros y á los demas hombres; que sofoque ó corte de raiz en tiempo oportuno los hábitos de los males que resultarian para nosotros y para nuestros asociados; que escite y promueva la actividad necesaria en la sociedad; que comprima ó destruya las causas de los males y vicios; que dirija las voluntades de los particulares al bien general del cuerpo con el que el bien de los miembros está siempre estrechamente ligado; en fin, que el gobierno, de acuerdo con la moral, se sirva de las pasiones de los hombres para hacerles querer y obrar de un modo el mas conforme á su verdadero interés. El hombre de bien no es el que desconoce las pasiones, sino el que tiene pasiones conformes á su bienestar permanente, inseparable del bienestar de aquellos que han de concurrir con él al logro de su propia felicidad. La sabiduría no nos prohibe el amar; nos prescribe, sí, que amemos solo aquello que es verdaderamente digno de amor; que no deseemos sino lo que podemos lícitamente obtener; que no queramos sino lo que puede hacernos sólidamente dichosos. «*Todo hombre*, di»ce Ciceron, *debe proponerse el hacer »solamente lo que siendo útil á si pro»pio, lo sea tambien á todos los hombres*» (1).

CAPITULO VIII.

DE LA VOLUNTAD Y DE LAS ACCIONES.

La voluntad en el hombre es una direccion, una tendencia, una disposicion interior, que causa el deseo de obtener los objetos que mira como útiles ó agradables, ó el temor de los que juzga contrarios á su bienestar. Esta direccion llega á determinarse por la idea del bien ó del mal considerados en el objeto que escita el deseo ó el temor, el apetito ó la aversion. Nuestra voluntad está vacilante, vaga é indeterminada, mientras que no estamos seguros del bien ó del mal que pueden resultarnos del obejto que contemplamos. Entonces titubeamos, y nos hallamos, por decirlo asi, puestos en una balanza que se alza y se baja, hasta que un nuevo peso la inclina hácia algun lado. Estos pesos que determinan la voluntad del hombre, son las ideas de un interés ó de un placer mas grande, que comparadas con las ideas de un mal ó de un interés menor, hacen que nos resolvamos, deciden nuestra voluntad y nos dirigen hácia el fin ú objeto que juzgamos mas útil para nosotros. Mientras no conocemos suficientemente las cualidades de un objeto, es decir, sus efectos útiles ó dañosos, estamos en la incertidumbre; nos sentimos ya atraidos, ya repelidos por este objeto; en fin, deliberamos. *Deliberar* sobre un

(1) *Unum debet esse omnibus propositum, ut eadem sit utilitas uniuscujusque et universorum.* Cicero de officiis, lib. 1.



objeto, es alternativamente amarle por las cualidades útiles que juzgamos hallar en él, ó aborrecerle por las propiedades dañosas que le atribuimos. Deliberar acerca de nuestras acciones, es pesar las ventajas ó los perjuicios que pueden resultarnos de ellas. Cuando ya nos creemos seguros de los efectos de nuestras acciones, no vacilamos, la voluntad se fija en una cosa, y esta nos dirige y determina conforme á la idea de la felicidad considerada en el objeto, sobre el cual estábamos inciertos, y ya en este caso obramos para obtenerle ó huir de él.

Las *acciones* son los movimientos orgánicos producidos por la voluntad, determinada con la idea del bien ó del mal que reside en un objeto. Todas las acciones del que busca el placer y teme el dolor, se dirigen á conseguir la posesion de los objetos que considera útiles, ó á huir de aquellos que juzga perjudiciales.

Un sencillo ejemplo nos hará entender mejor esta teoría. Si en el momento en que me veo acosado del hambre, mis ojos descubren una fruta que la esperiencia me ha dado á conocer como agradable y provechosa, su vista produce al punto mis deseos; mi voluntad se dirige ó determina hácia este objeto; no titubeo, porque estoy seguro de su bondad: en consecuencia obro ó produzco los movimientos necesarios para obtenerla; corro, me acerco al árbol, tiendo el brazo para coger el objeto de mis deseos, y sin dudar un solo instante le meto ansiosamente en mi boca. Pero si desconozco la naturaleza de esta fruta que se ofrece á mi vista, dudo, titubeo, la examino, la huelo, la parto para desentrañar su forma y sus cualidades, y con temor y cautela la acerco á mis lábios. Cuando el resultado de mi exámen me dá á conocer que la fruta es mala ó que puede dañarme, la voluntad que me escitó el hambre se disipa con el temor del peligro; el deseo de conservarme contrapesa el deseo de lograr un gusto pasagero; me abstengo de comer esta fruta y la arrojo con desprecio.

Se alaba ó se vitupera á los hombres por las acciones que nacen de su voluntad, porque ésta es capaz de ser dirigida ó regulada de un modo conforme al bien de la sociedad. El hombre que vive con otros, se debe suponer que está acostumbrado á no querer sino lo que puede ser agradable á sus asociados, y á detestar ó desatender lo que produzca su odio ó resentimiento. Ademas, el que busca incesantemente la felicidad, debe querer solamente lo que le conduzca á ella con seguridad, y suspender sus acciones hasta que la esperiencia y el exámen le hagan conocer claramente lo que es útil que quiera ó que practique. Si ignoramos la naturaleza de los objetos, nuestro propio interés nos prescribe que los consideremos atentamente, á fin de llegar bien á conocer si son en realidad útiles ó dañosos, y si las acciones necesarias para conseguirlos estan ó no sujetas á inconvenientes. Una criatura racional es aquella que en todas sus acciones se vale de los medios mas seguros para obtener el fin que se propone, y cuyas voluntades y deseos van constantemente dirigidos por la reflexion y la prudencia.

CAPITULO IX.

DE LA ESPERIENCIA.

La moral, como toda otra ciencia, tiene sus sólidos y seguros fundamentos en la esperiencia. Toda sensacion, todo movimiento agradable ó molesto que se escita en nuestros órganos, es un acto; por el placer ó el dolor que sentimos al tiempo que nos hace impresion un objeto, formamos la idea de él, nos instruimos de su naturaleza por sus efectos en nosotros, y adquirimos la esperiencia, la cual podemos definir *el conocimiento de las causas por sus efectos en los hombres.*

El hombre es susceptible de esperiencia, esto es, capaz por su naturaleza de sentir, de recordar sus sensaciones con el auxilio de su memoria, de meditar en ellas y en las ideas que ocasionan en él, de compararlas entre sí, y de saber con esto lo que debe amar ó temer. La esperiencia es la facultad de conocer las relaciones ó el modo con que las cosas criadas obran de un modo recíproco las unas con relacion á las otras. Aplicando el fuego á la pólvora, veo que esta pólvora se inflama con esplosion, y que imprime en mí una sensacion de dolor si me acerco ó me alcanza alguna parte de ella; de esto resulta una esperiencia, y la idea de la pólvora se presentará siempre á mi memoria acompañada de la idea de inflamacion, de esplosion y dolor.

La moral, para ser segura, debe ser una contínua série de esperiencias sobre las cualidades esenciales, las pasiones, las voluntades y las acciones de los hombres y sus efectos. Tener esperiencia, en orden á la moral, es conocer con certeza los efectos que resultan de la conducta de los hombres. Por falta de esperiencia, un niño comete una accion que desagrada á su padre y éste le castiga; así el niño se abstiene de reiterar la misma accion, porque la memoria se la representa acompañada del castigo, es decir, del dolor.

A fuerza de esperiencias es como los hombres pueden conocer lo que deben hacer ó evitar; la esperiencia sola nos descubre la verdadera naturaleza de los objetos que debemos desear ó temer, y las acciones útiles ó dañosas á nosotros y á los demas: sin esperiencia y reflexion, el hombre permanece en una perpétua infancia. *El que repite sus esperiencias*, dice un árabe, *aumenta sus conocimientos*; *mas el hombre crédulo aumenta su ignorancia* (1).

Los hombres están sujetos á engañarse en sus esperiencias: asi la demasiada sensibilidad, como la dureza de sus órganos, hace que muchas veces sean incapaces de formarse de los ob-

(1) *Sentent. arab.* In Erpenii Grammatic. Arab.

jetos ideas verdaderas; que no puedan recordar con exactitud las impresiones recibidas, ni prevean las consecuencias remotas que sus efectos producirán sobre ellos. Un temperamento demasiado ardiente, una imaginacion muy viva, las pasiones impetuosas y los deseos desarreglados, impiden juzgar sanamente de las cosas, trastornan la memoria, y hacen la esperiencia inútil ó defectuosa. Llamamos estúpido á aquel hombre cuyos sentidos están entorpecidos, que apenas siente, que une con dificultad sus ideas, que enlaza penosamente las relaciones de ellas, que tiene falta de memoria. Con tales disposiciones es casi imposible adquirir la esperiencia ó juzgar sana y rectamente de las cosas. Por otra parte, el hombre de talento es por lo comun demasiado sensible, vivo con esceso, de una imaginacion ardiente; y de aqui los errores y los frecuentes estravios de la imaginacion y del talento, cuya fogosidad daña á la reflexion, y por consecuencia á la exactitud de los esperimentos. En fin, el tumulto de las pasiones, la disipacion, el amor desordenado de los placeres, lo mismo que la insensibilidad, la apatía y la estupidez, ponen obstáculos contínuos á los progresos de la razon humana, fruto de la esperiencia.

Asi que, para lograr esperiencias ciertas y seguras, se necesitan un temperaramento bien equilibrado, órganos sanos, juicio y reflexion. Estar bien constituidos, ó tener una buena constitucion, es haber recibido de la naturaleza las disposiciones que se perfecciona con la educacion, para juzgar sana y rectamente de las cosas. La mano trémula y agitada violentamente traza con imperfeccion los caractéres de la escritura, los cuales forma con facilidad y hermosura cuando está el pulso sosegado.

Nuestros sentidos nos engañan, ó nos dan relaciones inciertas de las cosas cuando no los llamamos sucesivamente en nuestro socorro. Una torre cuadrada nos parece á lo lejos redonda, hasta que acercándonos á ella, ó tocándola, rectificamos el error de nuestra vista. Asi tambien la primera impresion de un objeto me le suele pintar como un bien apetecible; mas la esperiencia, ayudada de la reflexion, me enseña luego que este objeto puede dañarme, y que el placer momentáneo que parece prometerme, será tarde ó temprano seguido de pesares y de arrepentimiento.

La prevision está fundada sobre la esperiencia, que me advierte que las mismas causas deben producir los mismos efectos. El que una vez ha gustado una fruta amarga, se abstiene de ella en adelante, porque prevé y presiente la misma sensacion desagradable. Hé aqui como le esperiencia, el juicio y la memoria ponen al hombre en estado de presentir lo venidero, esto es, de ver con anticipacion los efectos que obrarán en él las cosas cuya naturaleza conoce,

CAPITULO X.

DE LA VERDAD.

La esperiencia acompañada de todas las circunstancias que la hacen segura, nos descubre la verdad, que es la conformidad de nuestros juicios con la naturaleza de las cosas, esto es, con las propiedades, las cualidades y los efectos próximos ó remotos de los objetos que obran ó que pueden obrar en nosotros, cuyos efectos la esperiencia nos hace conocer ó prever.

Cuando digo que el fuego escita dolor, digo una verdad, esto es, formo un juicio conforme á la naturaleza del fuego, fundado en la esperiencia constante de todas las criaturas sensibles. Cuando digo que la intemperancia y la disolucion de las costumbres destruyen la salud, formo un juicio confirmado por la esperiencia diaria, la cual nos hace ver que las consecuencias naturales de estos vicios son enervar el cuerpo y reducirle tarde ó temprano á una vida infeliz. Si digo que la virtud es amable, juzgo de una manera conforme á la esperiencia constante de todos los siglos y de todos los hombres.

La verdad consiste en ver las cosas tales como ellas son, en atribuirles las cualidades que realmente tienen, en prever con certidumbre sus efectos buenos ó malos, en distinguir lo útil, laudable y apetecible de lo quimérico y aparente.

El *error* es fruto de las esperiencias mal hechas, de los juicios precipitados, de la inesperiencia total que se llama *ignorancia*, del delirio de la imaginacion, de la turbacion de nuestros sentidos. En una palabra, el *error* es la oposicion entre nuestros juicios y la naturaleza de las cosas. Yo estoy en un error si creo que los placeres deshonestos producen la felicidad; porque la reflexion, la esperiencia y una justa prevision, hubieran debido darme á conocer que estos placeres, seguidos de largas penalidades, me hacen despreciable á los ojos de mis conciudadanos.

Las preocupaciones son juicios destituidos de esperiencias suficientes. Los individuos, y los pueblos estan dominados de una multitud de preocupaciones miserables que los alejan de contínuo de la felicidad, hácia la cual creen encaminarse. Las opiniones de los hombres, sus instituciones, sus usos, y sus leyes tan contrarias muchas veces á la razon, son debidas á la falta de esperiencia, y consagradas por el hábito, se transmiten sin exámen de padres á hijos. Hé aqui como los mas perniciosos errores, las mas falsas ideas, las costumbres mas depravadas y mas opuestas al bien de las sociedades, y los mas crueles abusos se perpetúan lastimosamente entre los hombres.

Por no ver las cosas como ellas son

en sí, los principios de la moral ya son desconocidos á la mayor parte de los hombres. Por eso los vemos sometidos á las preocupaciones mas destructoras, á los mas bárbaros usos, á las opiniones mas falsas de una ciega rutina, cuyo efecto es engañarlos é impedirles el conocer sus intereses y los objetos que deben apetecer ó menospreciar: la verdadera gloria, el verdadero honor, los mas evidentes deberes, y las verdades mas demostradas están oscurecidas por una inmensidad de errores que forman un laberinto, del que dificilmente puede salir el entendimiento humano.

¿Qué moral, seria la que se fundase sobre las preocupaciones, las opiniones, y las costumbres por lo comun tan abominables, como las que se ven establecidas en la mayor parte de los pueblos de la tierra? En casi todo pais la violencia y la fuerza constituyen el derecho y la ley.

Los mas frívolos intereses enemistan á unos pueblos con otros. El homicidio, la guerra, el duelo, la crueldad, el adulterio, el robo, y la infidelidad, no son crímenes á los ojos de muchas naciones que se llaman civilizadas. En una palabra, á vista de la conducta que la mayor parte de los hombres observa, muchos han creido que la moral no tenia principios seguros, que era una pura quimera, y que sus reglas y deberes pendian únicamente del capricho de los legisladores y de las convenciones de los hombres.

La verdad fundada sobre la esperiencia, es la que debe juzgar de los hombres, de sus instituciones, de su conducta y de sus costumbres. La ignorancia y el error son los manantiales del mal moral: la verdad sola, ilustrando à los mortales acerca de la naturaleza de las cosas, podrá hacerlos algun dia mejores y mas racionales.

CAPITULO XI.

DE LA RAZON.

En la moral, la razon es el conocimiento de la verdad aplicada á la conducta de la vida: es la facultad de distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso, los intereses verdaderos de los aparentes y de arreglar por aqui su conducta.

Cuando se dice que el *hombre es un ser racional*, no se quiere dar á entender por esto que traiga consigo al nacer el conocimiento de lo que es ventajoso ó perjudicial, sino solamente que él goza de la facultad de sentir, y de conocer y distinguir lo que es favorable de lo adverso, lo que debe amar y buscar, de lo que debe aborrecer y huir, lo que causa un bien permanente de lo que solo produce un placer momentáneo y pasagero. De donde es forzoso concluir que la razon en el hombre no puede ser sino el fruto tardío de la esperiencia,

del conocimiento de la verdad, y de la reflexion; para lo cual se requiere, como se ha visto, una buena organizacion, un temperamento moderado, una imaginacion arreglada, y un corazon libre de preocupaciones y de pasiones turbulentas. De esta feliz y rara combinacion de circunstancias resulta una razon ilustrada, la única capaz de guiar á los hombres en la conducta de la vida. *Sola la ciencia del bien y del mal*, dice Séneca, *es la que perfecciona el espíritu* (1).

En su infancia muestra el hombre tan poca razon como los brutos: mas ¡qué digo! mucho menos capaz de ayudarse que la mayor parte de las bestias; sin el socorro de sus padres el hombre pereceria á cada instante desde su nacimiento; solo á fuerza de las esperiencias que se graban con mas ó menos facilidad en su memoria, aprende á conservarse, á conocer los objetos, á distinguir los que le agradan de los que le disgustan, los que le causan un bien de los que le producen un mal. Un niño acosado del hambre lleva naturalmente á la boca cuanto coge en sus manos; si percibe entonces por medio del sentido del gusto una impresion agradable, esta esperiencia basta para que fije la idea de placer en el objeto que se le ha producido, desde entonces ama este objeto, le desea, se habitúa á él, tiende la mano para obtenerle, y se irrita y llora si se le rehusa: al contrario si un objeto ha escitado en su paladar una sensacion dolorosa ó desagradable, le aborrece: su sola vista le repugna, porque recuerda la impresion de disgusto que le ha causado; y no se le puede obligar á que le tome sin gritos y lágrimas.

Al nacer el hombre no es mas que una masa inerte, pero capaz de sentir. Poco á poco va aprendiendo á conocer lo que debe amar ó temer, lo que debe querer ó no querer, y los medios que necesita emplear para obtener las cosas que desea, y para evitar ó huir aquellas que pueden dañarle: á fuerza de tiempo aprende á moverse, caminar, hablar, y espresar sus pasiones y deseos. En una palabra, con mucha lentitud aprende á obrar, y reiterando las esperiencias que sus padres, su nutriz, ó sus maestros le ayudan á hacer, adquiere el hábito ó la facilidad de hablar, de escribir y de pensar como los demas hombres (1).

(1) *Una re consumatur animus, scientia bonorum et malorum immutabili.* Seneca epist. 88. pág. 839. Tom. 2. Edit. Varior.

(1) Los autores antiguos, y algunas relaciones modernas, nos hablan de pueblos tan groseros que ignoraban todavia el uso de la palabra. Diodoro de Sicilia atribuye esta ignorancia á los *Ictiophagos*, que segun él, solo tenian algunos gestos para comunicarse sus ideas. Garcilaso de la Vega refiere lo mismo de algunas poblaciones vecinas al imperio de los incas del Perú.

CAPITULO XII.

DEL HÁBITO. — DE LA INSTRUCCION. — DE LA EDUCACION.

Educar, instruir á un niño, desenvolver su razon, es ayudarle á hacer sus esperiencias, es comunicarle las que cada uno ha hecho por sí mismo; es transmitirle las ideas, las nociones y los juicios que ha formado. La esperiencia superior, ó la razon mas egercitada de los padres y de los maestros, es el fundamento natural del imperio ó de la autoridad que tienen sobre la infancia y la juventud. El respeto que se muestra en la sociedad á los ancianos, á los magistrados, á los soberanos, supone en ellos mas esperiencia, mas razon y mayores luces que en los demas hombres. La consideracion que se tiene para con los sábios, los ministros de la religion, los médicos, etc., se funda en la idea de la esperiencia que han adquirido relativamente á los objetos de su profesion. El sábio es digno de aprecio y estimacion porque goza de una razon mas ilustrada que el vulgo.

El hombre llega á ser lo que es con el auxilio de sus esperiencias ó de las que los otros le comunican, siendo la educacion quien le modifica y le forma. De una masa que solo siente, de una máquina casi inanimada, con el socorro de la cultura llega poco á poco á ser un hombre esperimentado que conoce la verdad, y que, segun el modo con que ha sido modificado, manifiesta despues mas ó menos razon.

El hombre en la infancia aprende no solamente á obrar, mas tambien á pensar. Nuestras ideas, nuestras opiniones, nuestros afectos, nuestros intereses, las nociones que tenemos del bien y del mal, del honor y del deshonor, del vicio y de la virtud, nos son inspiradas primeramente por la educacion, y despues por la sociedad: si estas son verdaderas y conformes á la esperiencia y la razon, nosotros somos racionales, rectos y virtuosos; mas si estas ideas son falsas, nuestra alma se llena de errores y de preocupaciones, viniendo á ser como animales sin razon, carecemos de la capacidad necesaria para ser felices y contribuir á la felicidad de los demas.

En la infancia contraemos nuestros hábitos buenos ó malos, esto es, los modos de obrar útiles ó dañosos á nosotros mismos y á los demás. El *hábito*, en general, es una disposicion en nuestros órganos, causada por la frecuencia de unos mismos movimientos, de donde resulta la facilidad de producirlos. Un niño aprende trabajosamente á caminar; mas poco á poco, y á fuerza de egercitar sus piernecitas, adquiere el hábito, anda con soltura, y se mortifica despues cuando se le prohibe el correr. En la tierna infancia el hombre solamente usa de gritos ó sonidos inarticulados; mas poco á poco su lengua con el egercicio pro-

nuncia las palabras, consiguiendo luego hablar con rapidez.

Nuestras ideas, en lo moral, son los efectos del hábito (1). Las nutrices, los maestros y los padres comunican á sus alumnos las nociones verdaderas ó falsas de que estan imbuidos: si sus nociones son conformes á la esperiencia, sus alumnos formarán ideas verdaderas de las cosas y contraerán hábitos ó costumbres convenientes; mas si sus nociones son falsas, las personas à quienes desde la infancia se les hubiese dado á beber en la copa del error, serán irracionales y viciosas.

Las opiniones de los hombres son las asociaciones verdaderas ó falsas de las ideas, las cuales llegan á serles habituales á fuerza de reiterarse en sus cerebros. Si desde la infancia se mostrase la idea de la virtud enlazada siempre con la del placer, de la felicidad, del aprecio y de la veneracion; si los ejemplos perniciosos no desmintiesen despues estas asociaciones de ideas, era ciertamente de esperar que un niño criado de este modo, fuese un hombre de bien y un apreciable ciudadano. Pero si desde su mas tierna infancia el hombre, por las ideas de sus padres ó de sus maestros, se habitúa á fijar la idea de la felicidad en la pompa, el oro, la nobleza del nacimiento y del poder ¿qué es de admirar que sea un hombre vano, avaro, soberbio y ambicioso?

La razon es el hábito contraido de juzgar sanamente de las cosas, y de conocer con prontitud lo que es conforme ó contrario á nuestra felicidad. Lo que se llama *instinto moral* es la facultad de juzgar prontamente, sin dudar, y sin que parezca que la reflexion tenga parte en nuestros juicios. Este instinto ó esta prontitud de juzgar es un efecto natural del hábito adquirido por el egercicio frecuente. En lo físico nos dejamos llevar por instinto hácia los objetos apacibles á nuestros sentidos; y en lo moral sentimos un afecto repentino de aprecio, de admiracion y de amor á las acciones virtuosas, y de horror á las criminales, de las que conocemos al primer aspecto su tendencia y su fin.

La prontitud con que las personas ilustradas y virtuosas ejercen este *instinto* ó tacto moral, ha hecho creer á muchos moralistas que esta facultad era innata en el hombre; pero ciertamente no es otra cosa que el fruto de la reflexion, del hábito y de la cultura, que aprovecha nuestras disposiciones naturales, ó que nos inspira los sentimientos que debemos tener. En la moral como en las artes, el gusto ó la aptitud para juzgar de las acciones humanas es una facultad adquirida por la esperiencia, la cual es nula en un gran número de hombres. El hombre sin cultura, el salvage, el hombre vulgar, no tienen ni el instinto ni el gusto moral de que hablamos; por el contrario, estos por lo comun juzgan

(1) *El carácter*, dice Hobbes, *es fruto del temperamento, de la esperiencia, del hábito, de la buena ó mala fortuna, de las reflexiones, de los discursos, del ejemplo, de las circunstancias. Cambiad estas cosas, y el carácter se cambiará tambien. Las costumbres resultan del hábito convertido en carácter.*

mal de las cosas (1): la multitud admira á veces los enormes delitos, las injusticias y las violencias mas crueles en los héroes y en los conquistadores, á quienes llama grandes hombres. Sola la reflexion y el hábito nos enseñan á juzgar sana y prontamente en la moral, ó á descubrir en un solo momento las bellezas ó deformidades de las acciones de los hombres.

Estas reflexiones nos dan à conocer la importancia de una buena educacion: ella sola puede formar hombres racionales, virtuosos por hábito, capaces de hacerse felices á sí mismos, y de contribuir á la felicidad de sus semejantes. El hombre no debe ser considerado como inteligente y racional, sino cuando toma los medios verdaderos y acertados de ser feliz; y es irracional, imprudente é ignorante cuando sigue un opuesto camino.

Los placeres del hombre son racionales cuando contribuyen á procurarle un bienestar sólido, siempre preferible á los deleites pasageros. Las pasiones y las voluntades del hombre son racionales siempre que se proponen objetos verdaderamente ventajosos para sí: las acciones del hombre son racionales cuando conducen al logro de verdaderos bienes sin dañar á los otros. El hombre, pues, guiado por la razon no quiere, ni desea, ni hace sino lo que le es verdaderamente útil; jamás pierde de vista lo que se debe á sí mismo, y lo que debe á los otros con quienes vive en sociedad. Toda la vida de un ser sociable debe ir acompañada de una atencion contínua con respecto á sí propio y á los demas hombres.

CAPITULO XIII.

DE LA CONCIENCIA.

Las esperiencias que hacemos, las opiniones verdaderas ó falsas que nosotros formamos ó que otros nos comunican, nuestra razon mas ó menos cultivada, los hábitos que contraemos y la educacion que recibimos, desenvuelven en nosotros un sentimiento interior de placer ó de dolor, que se llama *conciencia*. Esta puede ser definida el conocimiento de los efectos que nuestras acciones producen en nuestros semejantes, y por reaccion en nosotros.

A poco que se reflexione se conocerá que la conciencia, lo mismo que el *instinto* ó el sentimiento moral de que acabamos de hablar, es una disposicion adquirida, y que con muy poco fundamento muchos moralistas la han mirado como un sentimiento innato, es decir, como una cualidad inherente á nuestra naturaleza. Cuantas observaciones se hagan en la moral, nos probarán que el hombre es una tabla rasa, mas ó menos dispuesta á recibir las impresiones que se hicieren en ella.

(1) *Interdum vulgus rectum videt, est ubi peccat.* Horat. Epist. 1, lib. II, vers. 63.

Las leyes de la conciencia, dice Montagne, *que creemos nacidas de la naturaleza, nacen de la costumbre; porque respetando cada uno en su interior las opiniones y las costumbres aprobadas y recibidas universalmente, no puede desprenderse de ellas sin remordimiento, ni observarla sin celebridad.* Plutarco habia dicho mucho antes, que *las costumbres y los caractéres son cualidades impresas por el largo transcurso del tiempo; y quien diga que las virtudes morales se adquieren tambien por la costumbre, á mi parecer no hablará fuera de propósito* (1).

Un hombre que no tenga ideas puras de la justicia, ¿cómo podrá tener la conciencia de haber cometido una accion injusta? Es menester haber conocido por nuestra propia esperiencia, ó por la que nos es comunicada, los efectos que las causas producen en nosotros, para juzgar de estas causas; esto es, para saber si nos son favorables ó dañosas. Se necesita de esperiencias y reflexiones multiplicadas para descubrir y prever las influencias de nuestra conducta con los otros, ó para presentir sus consecuencias á veces muy remotas.

Una conciencia ilustrada es la guia del hombre moral; mas esta es solamente el fruto de una grande esperiencia, de un conocimiento perfecto de la verdad, de una razon cultivada, de una educacion reguladora del temperamento, capaz de aprovecharse de la cultura que se le haya dado. Semejante conciencia, lejos de ser en el hombre el efecto de un *sentido moral* inherente á su naturaleza, lejos de ser comun á todas las criaturas de nuestra especie, es en estremo rara, y solo se encuentra en un pequeño número de hombres escogidos, de una fina constitucion, y dotados de una imaginacion viva y de un alma sensible y rectamente educada.

A poco que uno mire alrededor de sí, verá confirmadas estas verdades, y hallará pocos hombres capaces de hacer las esperiencias y las reflexiones necesarias á la conducta de la vida. Son muy raros los que tienen la calma y la tranquilidad de espíritu que se requieren para pesar y prever las consecuencias de sus acciones; en fin, la conciencia de la mayor parte de los hombres está depravada con las preocupaciones, los ejemplos, las falsas ideas y las perversas instituciones que tiranizan la sociedad.

La mayor parte de los hombres tiene una conciencia *errónea*, esto es, que juzga de un modo contrario á la naturaleza de las cosas; esto proviene de las opiniones falsas que se han formado, ó que han recibido de los otros, segun las cuales atribuyen la idea del bien á las acciones que tendrian en realidad por perniciosas, si las examinasen con mayor madurez. Muchas gentes obran el mal, y aun cometen delitos con seguridad de conciencia, porque sus preocupaciones la pervierten.

No hay vicio que no pierda su deformidad cuando se ve aprobado por

(1) Essais de Montagne, lib. 1, cap. 22. Plut. Traité *Comment il faut nourrir les enfans*. Traduc. de Amiot. Plutarch. opp. tom. 2, pág. 2, F. pág. 3. A. Edit. cit. ub. sup.

la sociedad en que vivimos: el delito mismo se ennoblece con el número y la autoridad de los culpados. Ninguno se avergüenza del adulterio ó de la disolucion de costumbres enmedio de un pueblo corrompido. Ninguno se sonroja de ser bajo y adulador en la corte. El soldado no se horroriza de sus robos y crímenes, antes bien se jacta y hace alarde de ellos á presencia de sus camaradas, dispuestos á obrar como él. A poco que se tienda la vista, se encuentran hombres muy injustos, muy perversos, inhumanos, y que sin embargo no se arrepienten ni de sus frecuentes injusticias, considerándolas como acciones y derechos legitimos, ni de sus crueldades, que miran como efectos de un valor laudable, ó como obligacion. Vemos ricos á quienes su conciencia nada dice por haber adquirido una fortuna inmensa á costa de sus conciudadanos. Los viageros nos hablan de salvages que se creen obligados á matar á sus padres luego que la decrepitud los hace inútiles. Hallamos fanáticos y falsos celosos, cuya conciencia infatuada por las ideas falsas de virtud, no perdona medios para esterminar sin piedad y sin remordimientos á cuantos no profesan sus mismas opiniones. En una palabra, hay naciones corrompidas, en que la conciencia no condena á los hombres los robos, los homicidios, los desafios, los adulterios, las seduciones, &c, porque estos delitos y estos vicios estan aprobados ó tolerados por la opinion general, ó no los reprimen las leyes; así que, cualquiera se entrega á ellos sin vergüenza ni remordimientos. Semejantes escesos solamente los evitan algunos hombres mas moderados, mas tímidos y mas prudentes que los otros.

La *vergüenza* es un afecto doloroso, que escita en nosotros la idea del desprecio en que sabemos haber incurrido.

El *remordimiento de la conciencia* es el temor que produce en nosotros la idea de que nuestras acciones han podido merecernos el odio ó el resentimiento de los otros.

El *arrepentimiento* es un dolor interior de haber hecho alguna cosa, de la cual conocemos las consecuencias desagradables ó peligrosas para nosotros mismos.

Los hombres no tienen comunmente ni vergüenza, ni remordimientos, ni arrepentimiento de las acciones que ven autorizadas con el ejemplo, toleradas ó permitidas por las leyes, y practicadas por la multitud: estos sentimientos solo se escitan en ellos cuando conocen que sus acciones son universalmente condenadas, ó que pueden ser castigados por ellas. Un espartano no se avergonzaba de un hurto ó de un robo hecho con maña y destreza, el cual autorizaban las leyes de su pais.

Un déspota, contínuamente aplaudido por sus aduladores, no se avergüenza del mal que hace á sus súbditos. Un arrendador ó administrador de las rentas públicas no se avergüenza de unos tesoros mal adquiridos bajo los auspicios de su soberano. Un duelista no se arrepiente de un asesinato que le honra muchas veces á los ojos de sus conciudadanos. Un fanático, en fin, se complace en las ruinas y desastres que su falso celo causa en la sociedad.

Las reflexiones profundas y contínuas sobre los respetos inmutables y deberes de la moral, son las únicas que pueden ilustrar la conciencia, y mostrarnos lo que debemos hacer ó evitar, á pesar de las falsas nociones que hallemos establecidas. La conciencia es nula, ó poco menos, en las sociedades ó poblaciones muy numerosas, donde los hombres no pueden ser particularmente observados, y los perversos se confunden entre la multitud. Hé aquí por qué las grandes ciudades y las cortes son ordinariamente el centro y abrigo de los pícaros que se vienen à ellas de los pueblos ó de las provincias. Los remordimientos bien pronto se evaporan, y la vergüenza desaparece en el torbellino de los placeres y la disipacion contínua. El atolondramiento, la superficialidad y la frivolidad forman á veces hombres tan peligrosos como la perversidad misma. La conciencía del hombre superficial nada le redarguye, ó su voz se ahoga muy pronto en aquel que se halla en una continua agitacion, que no pesa ni reflexiona cosa alguna, y que nunca pone la atencion necesaria para prever las consecuencias de sus acciones. El hombre que no reflexiona, no tiene tiempo para juzgarse á sí mismo. En los grandes delincuentes, los golpes reiterados de la conciencia producen con el tiempo un endurecimiento que la moral no puede destruir.

La conciencia solamente habla á los que se retiran dentro de sí mismos, y reflexionan sus acciones, y en quienes una buena educacion ha producido el deseo, el interés de agradar, y el temor habitual de hacerse odiosos ó despreciables. Un hombre asi educado es un juez de sí mismo, que se condena cuando ha cometido alguna accion que puede alterar los sentimientos que quisiera escitar contínuamente en aquellos cuya estimacion y cariño son necesarios á su felicidad: que se avergüenza, que se confunde y arrepiente, si alguna vez llega á obrar mal; que se observa en fin, y se corrige, temeroso de esperimentar en adelante estos afectos dolorosos que le obligan al aborrecimiento de sí propio, porque se mira entonces con los mismos ojos que los demas le miran.

Se deduce, pues, que la conciencia supone una imaginacion que nos pinte de un modo vivo y eficaz los afectos que suscitamos en los otros; un hombre sin imaginacion poco ó nada se representa estas impresiones ó afectos, y nunca se pone en el lugar de los otros. Es muy dificil hacer un hombre de bien de un estúpido, á quien su imaginacion nada dice; lo mismo que de un insensato en quien esta imaginacion está en una demencia contínua.

Todo nos prueba que la conciencia, lejos de ser una cualidad innata ó inherente á la naturaleza del hombre, es solo fruto de la esperiencia, de la imaginacion guiada por la razon, del hábito de examinarse el hombre, de la atencion á sus acciones, y de la prevision de las influencias de estas sobre los otros y de su reaccion sobre nosotros mismos.

La buena conciencia es la recompensa de la virtud: consiste en la se-

guridad que las acciones nos dan de los aplausos, de la estimacion, del apego de los seres con que vivimos. Tenemos motivos para estar contentos de nosotros mismos cuando tenemos la certeza de que los otros lo estan. Esto es lo que constituye la verdadera felicidad, el reposo de la buena conciencia, la dicha durable que el hombre desea sin cesar, y hácia la cual debe conducirlo la moral. Solo en una buena conciencia puede consistir el soberano bien, y la virtud es lo que únicamente puede acarrearnos esta ventura.

CAPITULO XIV.

DE LOS EFECTOS DE LA CONCIENCIA EN LA MORAL.

Por una ley constante de la naturaleza, el malvado no puede jamas gozar de una felicidad pura en el mundo. Sus riquezas, su poder no le preservan de sí mismo: en los momentos lúcidos que sus pasiones le dejan, si entra en su corazon es para sufrir las reconvenciones de una conciencia turbada por las horrorosas pinturas que la imaginacion le presenta. Asi es como el asesino, durante la noche y aun estando despierto, cree ver la sombra plañidera del que ha perecido á sus manos; ve las miradas espantosas del público irritado que grita venganza; ve los jueces severos que pronuncian su fallo; en fin, ve el aparato del suplicio, y sabe que lo merece. Este espectáculo imaginario es á veces tan cruel para los hombres dotados de una imaginacion fuerte, que se ha visto á los culpables ofrecerse por sí mismos al golpe de la justicia, y buscar en los tormentos y en la muerte un asilo contra los remordimientos que los agitaban. Tales son los terribles efectos de la desesperacion en algunos hombres, á quienes el horror de sus atentados pone en la imposibilidad de reconciliarse consigo mismos.

Nos engañaríamos sin embargo si creyésemos que la conciencia obra de un modo tan poderoso en todos los culpables. Nada suele decir ella á las almas entumidas; á los seres frívolos y disipados solo habla indirecta y flojamente; su voz enmudece enmedio de la borrasca de las pasiones; ella se opone en vano al impulso del hábito, y este llega à ser una necesidad imperiosa que cierra las puertas á toda reconvencion interior.

No estrañemos, pues, que haya tantos hombres en el mundo criminales casi sin saberlo, y que persistan hasta el sepulcro en los vicios y desórdenes de que nunca se creen reos, despreciando la debida reparacion de las injusticias que han cometido. El mal no se repara sino cuando la conciencia atormenta asíduamente. La continuacion de las heridas que nos hace nos obliga, no solo al arrepentimiento, sino es tambien á destruir, en cuanto

pende de nosotros, el mal cuya idea nos atormenta, y que ha debido hacernos odiosos á los seres con quienes vivimos. Al reparar el mal, el hombre se propone ponerse bien consigo mismo y con los otros; entonces procura alejar de su espíritu las imágenes odiosas que le molestan, y hace cuantos esfuerzos le son posibles por borrar de la opinion de los otros las impresiones poco favorables que su conducta ha debido necesariamente producir.

Hay vicios, hay faltas, hay crímenes que se reparan. Una injusticia hecha á alguno se repara haciéndole justicia, indemnizándole de un modo generoso del daño que se le ha causado. La restitucion repara el crímen del robo. Una declaracion solemne puede reparar las injurias hechas á la reputacion agena. La sumision y el arrepentimiento pueden desarmar el resentimiento producido por una ofensa. El corazon del hombre se dilata siempre que repara el mal cuya idea le comprime y atormenta.

Nada escasea tanto como una reparacion completa, es decir, capaz de borrar en nosotros mismos las cicatrices de la conciencia, y en los otros la memoria del mal que les hemos hecho. El hombre esperimenta dolor y un sentimiento secreto de desprecio de sí mismo cuando se acuerda que se ha hecho aborrecible ó despreciable á los otros seres de su especie, y estos por su parte no pueden poner enteramente en olvido las acciones que los han afligido cruelmente.

La reparacion de los daños cuesta muy caro á la vanidad y á la codicia de los hombres. Supone en efecto una grandeza de alma, un valor de que no son capaces los malos si no se mudan totalmente. Por esto hay tantos culpables que se arrepienten de su conducta y en apariencia renuncian á ella; pero raras veces consienten en reparar el mal de que son autores. Esos infructuosos arrepentimientos, esos sentimientos de justicia abortados, se deben á la ignorancia, ó á la falta de fuerza, ó á la debilidad de los aguijones de la conciencia que no atormenta al hombre lo bastante para que procure desembarazarse de ellos de un todo. La mayor parte de los hombres cuando no estan muy empedernidos en el vicio y en el crímen, pasan la vida luchando consigo mismos, reconviniéndose, buscando sofismas que puedan adormecer su conciencia siempre que despierta para importunarlos.

Los hombres deberian estremecerse si pensáran en las consecuencias inevitables que les acarrean sus pasiones. Por un justo castigo de la naturaleza hay crímenes que no pueden en ningun modo repararse. ¿Cómo se restituye la vida á un amigo fiel que ha perecido en un duelo, gracias al delirio de la cólera? ¿Cómo se reconciliará consigo mismo un tirano, cuyos escesos han hecho desgraciado á un pueblo entero por muchos siglos? ¿Cómo se calman los remordimientos de un conquistador cuando su imaginacion le representa los gritos de las naciones arruinadas? ¿Cómo se tranquiliza la conciencia de un ministro, cuyos pérfidos consejos han aniquilado la ventura de sus conciudadanos? ¿Hay medio alguno de establecer la paz en el

corazon de un juez que, por ignorancia ó por iniquidad, ha hecho perecer al inocente? En fin ¿cómo puede calmarse el corazon del que está viviendo con la sustancia del pobre, de la viuda y del huérfano?

Hombres de este temple no pueden dar oidos al grito de la conciencia: la suya está perpétuamente ahogada por el tumulto de los negocios, de los placeres ruidosos, del vicio descarado, de los aplausos serviles, y por los consuelos pérfidos de impostores que los rodean. Cuando por acaso la conciencia alza el grito, cuando su imaginacion asustada les pinta los efectos á veces irreparables de sus pasiones, fácilmente se la tranquiliza con remedios imaginarios. La supersticion se encarga entonces de espiar todos los crímenes. Algunas esterioridades bastan para aplacar los manes de los que han sido inmolados á la ambicion, á la codicia, á la venganza. Asi se lavan de sus manchas los mayores criminales; pero muy en breve se abandonan á nuevos crímenes, cuyos remordimientos se evitan con tanta facilidad. Así es como se reunen un sin número de circunstancias para aliviar la conciencia de aquellos cuya conducta influye tan eficazmente en el bienestar y en las costumbres de las naciones.

La moral fundada en la naturaleza no tiene remedios que curen las llagas inveteradas de las conciencias habituadas al crímen. Ella no cree que un estéril arrepentimiento repare los daños que se han hecho, ni que una vana pesadumbre baste á tranquilizar al malvado que persiste en su iniquidad. Ella le condena á gemir hasta la muerte bajo el azote de las furias; quiere que sus heridas no se cicatricen jamas; que á falta de castigos que la tiranía no teme de parte de los hombres, ella misma sea quien le castigue. Es en efecto una crueldad y una traicion calmar los remordimientos de los que hacen la desgracia de la tierra. Que esperimenten si pueden todos los tormentos de la vergüenza, del terror y del desprecio de sí mismos hasta que pongan término á los males que ellos producen.

La espiacion única que la moral suministra á los criminales, es romper enteramente con el crímen. Para que los hombres olviden los males que se les ocasionan, es necesario proporcionarles grandes bienes; para corregir sus propios estravios es necesario antes de todo reconocerlos; para aliviar la conciencia, cuando nos echa en cara los males que ha podido causar una conducta criminal, es necesario emplearse en la felicidad de los hombres. Una conciencia siempre serena y sin nubes es una recompensa debida tan solo al hombre inocente. La conciencia del malvado le enseña siempre llagas espantosas. La conciencia del vicioso desengañado le enseña cicatrices. La conciencia del hombre de bien solo le presenta una salud constante. El grande objeto que la moral debe proponerse es conducir á los hombres á que establezcan el órden y la paz en sí mismos, por la ventura que proporcionan á los otros.

SECCION SEGUNDA.

OBLIGACIONES DEL HOMBRE EN EL ESTADO DE NATURALEZA Y EN EL ESTADO DE SOCIEDAD. — DE LAS VIRTUDES SOCIALES.

CAPITULO PRIMERO.

OBLIGACIONES DEL HOMBRE AISLADO Ó EN EL ESTADO DE NATURALEZA.

Bajo dos puntos de vista generales puede considerarse el hombre; solo, ó acompañado por los otros hombres con quienes tiene relaciones. Los moralistas y los filósofos han llamado estado de naturaleza la situacion del hombre aislado, es decir, prescindiendo de todo contacto con los seres de su especie. Aunque el hombre no se halla nunca, ó á lo menos se halla raras veces en estado abstracto, cuando se halla solo, privado de todo vínculo con los demás, incapaz de influir en ellos por sus acciones, y de esperimentar los efectos de las agenas, no por esto deja de estar sometido á las obligaciones que debe desempeñar para consigo mismo.

Las obligaciones, como ya hemos dicho, son los medios necesarios para conseguir el fin que uno se propone. El hombre aislado ó en el estado de naturaleza, tiene sin duda un fin que es el de conservarse y hacer feliz su existencia: dotado de sensibilidad, es decir, capaz de esperimentar placer y dolor, se ve obligado por su naturaleza á amar el uno y aborrecer el otro; tiene deseos, esperanzas, temores, pasiones y voluntades; puede obrar, hacer esperiencias, y por débiles que sean los conocimientos que adquiera en este estado de abandono, puede recoger bastantes datos para arreglar su conducta en su vida solitaria.

Un salvage si viviese solo, ó un hombre arrojado por una borrasca á una isla desierta, si quiere conservarse es preciso que ponga en uso los medios que á ello conducen. Por consiguiente deben tratar de alimentarse; harán una diferencia entre los frutos dulces y los amargos que produce el territorio que habitan; cuidarán de abstenerse de aquellos alimentos que les hayan causado dolores ó enfermedades; usarán solo de aquellos que la esperiencia les haya mostrado como incapaces de hacer daño á su salud, so pena de que su imprudencia sea castigada; resisti-

rán al deseo de comer las cosas que despues de haberles ocasionado sensaciones agradables, hayan producido algun trastorno sensible en su máquina.

Es claro, pues, que el hombre, cualquiera que sea su posicion, está sometido á ciertas obligaciones, es decir, está obligado á tomar los medios necesarios para conseguir el bienestar que desea, ó para evitar el mal que repugna á su naturaleza.

Cuando el hombre vive solo, sus acciones no pueden influir en sus semejantes; pero influyen en sí mismo: un ser sensible, inteligente y racional no puede perderse de vista á sí mismo: cuando no tiene testigos de su conducta su propio testimonio le basta; su conciencia le dice si ha obrado bien ó mal; esperimenta remordimientos y temores cuando sabe que su imprudencia le ha acarreado los males que hubiera podido evitar consultando la esperiencia y la razon.

La conciencia en el hombre aislado es el conocimiento adquirido por la esperiencia, de los efectos que sus acciones pueden producir en él mismo. En el hombre social la conciencia es, como ya se ha dicho, el conocimiento de los efectos que sus acciones deben producir en los otros y en sí mismo de sus resultas.

La vergüenza en el hombre aislado es el menosprecio de sí mismo, escitado por la idea de su insensatez y de su debilidad. El remordimiento es la idea del castigo que la naturaleza reserva á su conducta insensata.

Si reflexionamos sobre lo que nos pasa cuando estamos solos, veremos que el hombre aislado está en la precision de juzgarse á sí mismo, de arrepentirse de sus pasiones y de sus acciones inconsideradas cuando le acarrean consecuencias enfadosas; de avergonzarse de sus vicios y flaquezas; en una palabra, de castigarse por haber faltado á lo que se debe á sí mismo. Aunque esté solo el ser inteligente debe amar el órden y aborrecer el desórden, cuyo teatro está en su interior; debe estar inquieto siempre que sus funciones orgánicas se trastornen; debe esperimentar sentimientos de temor, despecharse contra sí mismo, cuando sospecha que sus fuerzas y sus facultades no son capaces de suministrarle los bienes que apetece, ni de evitarle los males que le amenazan. Por otra parte el hombre solo se llena de satisfaccion cuando ve que en su interior reina el órden, cuando sus facultades le sirven á medida de su deseo, cuando sus fuerzas, su astucia y su industria corresponden á sus miras, ó lo ponen en estado de obtener el bienestar y de rechazar los peligros que podrian presentarse.

Estas reflexiones nos prueban claramente que el hombre considerado en un estado de aislamiento, ó bien en el de naturaleza, debe hacer uso de su razon, consultar la esperiencia, suspender las acciones cuyos efectos le parecen inciertos, negarse á los placeres á los cuales sigue el dolor, y reprimir sus pasiones desordenadas. Aun cuando estuviera solo en el mundo, esta soledad absoluta no le dispensaría en manera alguna de la obligacion de vi-



vir de un modo conforme á su naturaleza. Las cualidades que se llaman *fuerza*, *prudencia*, *moderacion*, *templanza*, son tan necesarias al hombre solo como al hombre en sociedad. Si se niega á someterse á sus obligaciones, el hombre aislado verá muy en breve el castigo que sigue á esta falta. La languidez, la falta de salud, la imposibilidad de gozar de los placeres que desea, el odio de su ser, la incomodidad de toda su existencia, la acusacion de su propia locura, la inquietud continua, la vida convertida en un peso insoportable: á esto se reduce la pena que sufre en su soledad.

Aunque el estado de naturaleza ó del hombre totalmente privado de relaciones con sus semejantes sea puramente ideal, sin embargo, cada uno de nosotros se halla muchas veces por algun tiempo en una soledad completa, sin mas testigo que la conciencia. Entonces es cuando puede aplicar á su conducta los principios que acabamos de establecer; ellos le enseñarán á respetarse y á temerse, á comprimir sus pasiones, á no hacer lo que puede acarrearle arrepentimiento, á no abandonarse á pensamientos que inflamen su imaginacion; en una palabra, á abstenerse de cuanto pudiera obligarle á avergonzarse á sus propios ojos de su imprudencia y de su debilidad.

CAPITULO II.

DE LA SOCIEDAD. — DE LAS OBLIGACIONES DEL HOMBRE SOCIAL.

El hombre no puede ser considerado sino por una abstraccion en estado de soledad, ó privado de toda relacion con los seres de su especie. Lo que se llama estado de naturaleza sería un estado contrario á la misma naturaleza, es decir, opuesto á la tendencia de las facultades del hombre, dañoso á su conservacion y opuesto al bienestar que por un efecto de su constitucion primitiva desea constantemente. Todo hombre es el resultado de una asociacion formada por la union de dos seres de su especie, sin cuyos socorros no le hubiera sido posible conservarse. Nacido en la sociedad, rodeado de seres útiles y necesarios á su conservacion, á sus placeres y á su comodidad, sería contrario á su naturaleza que renunciase á un estado cuya necesidad esperimenta á cada instante, y sin el cual no podría vivir sin hacerse desgraciado.

Cuando se dice que el hombre es un ser social, quiere decirse que su naturaleza, que sus necesidades, sus deseos y sus hábitos le obligan á vivir en sociedad con otros seres que le son semejantes, á fin de preservarse por sus socorros de los males que teme, y de proporcionarse los bienes necesarios á su felicidad.

Una sociedad es el conjunto de muchos seres de la especie humana reunidos con el objeto de trabajar de concierto en su comun ventura. Toda so-

ciedad supone invariablemente este fin: sería contrario á la naturaleza que unos seres contínuamente animados por el deseo de conservarse y de llegar á ser felices, se acercasen unos á otros, se uniesen para emplearse en destruirse ó en hacerse recíprocamente desgraciados. Cuando dos seres se asocian se debe inferir que necesitan uno de otro para conseguir algun bien que desean en comun. Asi pues, la felicidad comun de los asociados es el término necesario de toda sociedad compuesta de seres inteligentes y racionales.

El género humano en su conjunto no es mas que una vasta sociedad compuesta de todos los seres de la especie humana. Las diferentes naciones no deben ser consideradas sino como individuos de esta sociedad general. Los pueblos diversos que vemos en el globo son sociedades particulares que se distinguen de las otras por los nombres de los paises que habitan; si tuvieran mas razon, en lugar de combatirse y de destruirse deberian trabajar en hacerse recíprocamente dichosos. En cada n cion, una ciudad, un pueblo, una poblacion cualquiera forma una sociedad particular compuesta de un cierto número de familias y de ciudadanos interesados igualmente en el bienestar y en la conservacion del todo de que hacen parte. Una familia es una sociedad todavía mas particular compuesta de un número mas ó menos considerable de individuos que tienen el mismo origen, y que se distinguen por el nombre de los que tienen un origen diferente. El matrimonio es una sociedad formada por el hombre y la muger para trabajar en satisfacer sus necesidades, y en contribuir à su felicidad comun. La amistad es una sociedad de dos ó muchos individuos que se juzgan capaces de hacerse recíprocamente felices. Las reuniones durables ó pasageras de los que se asocian para alguna empresa de comercio ó de otra especie no tienen ni pueden tener otro objeto que poner en comun sus fuerzas á fin de proporcionarse ventajas comunes.

En una palabra, inmediatamente que muchos individuos se reunen con el objeto de obtener un fin comun, forman lo que se llama una sociedad. Las asociaciones de diferentes pueblos y de sus gefes se llaman alianzas: su objeto es la defensa, la conservacion, los intereses recíprocos, en fin, las ventajas de los que por sí solos no podrían conseguirlas.

El conocimiento de las obligaciones del hombre para consigo mismo, le conduce directamente al descubrimiento de lo que debe á sus semejantes que viven con él en sociedad. Cualquiera que sea la variedad que se halle entre los individuos de que el género humano se compone, todos estan de acuerdo, como lo hemos visto, en buscar el placer y huir del dolor; la menor reflexion bastaría para enseñar á cada uno lo que debe á los seres organizados, conformados como él, sensibles como él, cuya asistencia, cuyo afecto, cuya estimacion, cuya benevolencia son necesarios á su propia ventura en todos los momentos de su vida. Todo hombre que vive con otros hombres, debe-

ria decirse á sí mismo: "Yo soy hombre, y los hombres que me rodean son seres como yo; soy sensible y tengo mil razones para creer que los otros hombres son, como yo, susceptibles de sentir placer y dolor; el uno me atrae, el otro me rechaza; luego los seres semejantes á mí esperimentan los mismos deseos, y los mismos temores. Aborrezco á los que me hacen mal y á los que me estorban la ventura que apetezco; luego debo ser un objeto desagradable para todos aquellos cuyos deseos se hallan frustrados por mis voluntades y por mis acciones. Amo á los que contribuyen á mi felicidad: estimo á los que me proporcionan una existencia agradable, y estoy dispuesto á manifestarles mi gratitud: luego para ser querido, estimado y apreciado por los seres que se me asemejan, debo contribuir á su bienestar y á su utilidad."

En estas reflexiones tan sencillas y tan naturales se funda toda la moral. Considere el hombre lo que es y lo que desea, y descubrirá que la naturaleza le indica lo que debe hacer para merecer el afecto de los otros, y que esta naturaleza le inclina á la virtud.

CAPITULO III.

DE LA VIRTUD EN GENERAL.

La virtud en general es una disposicion, una voluntad habitual y permanente de contribuir á la felicidad constante de los seres en cuya sociedad vivimos. Esta disposicion no puede fundarse sólidamente sino en la esperiencia, en la reflexion, en la verdad, con cuyo auxilio conocemos nuestros verdaderos intereses y los intereses de aquellos con quienes tenemos relaciones. Cuando carecemos de esperiencias seguras obramos por casualidad y sin regla, confundimos el bien con el mal, podemos hacernos daño á nosotros mismos y á los otros creyendo obrar bien. La virtud no consiste en los movimientos pasageros que nos dirigen hácia el bien, sino en un conjunto de disposiciones sólidas y permanentes. Proporcionar á los hombres placeres frívolos y pasageros acompañados de penas durables, no es ser virtuoso. No hay virtud que favorezca á los hombres en sus vicios, en sus preocupaciones, en sus opiniones falsas, en sus inclinaciones desarregladas. La virtud debe ser ilustrada y proponerse el bien durable de los seres de la especie humana. La virtud debe ser amada porque es útil á la sociedad y á cada uno de sus miembros; lo que es verdaderamente útil es lo que proporciona en todo tiempo la mayor suma de felicidad.

Esta disposicion del ánimo que se llama virtud, debe ser habitual ó permanente en el hombre. Un hombre no es virtuoso por haber hecho algunas acciones útiles á los otros hombres; no merece aquel dictado sino es cuando el hábito escita constantemente en él el

amor de las acciones conformes al bienestar de los otros hombres, y el odio de aquellas que pueden hacerles daño. Este hábito contraido desde temprano se identifica con el hombre de bien, y le dispone en todo tiempo á hacer lo que es ventajoso, y á huir de lo que es contrario á la felicidad de los demás.

Por otra parte el hombre virtuoso puede algunas veces engañarse ó dejarse seducir por el primer aspecto de las cosas; pero acostumbrado á reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones, muy en breve se halla detenido por el temor de los efectos, temor que en él es un hábito que le impide prestarse á la seduccion de las pasiones y de la fantasía, y que le inspira una justa desconfianza.

Sin cesar de ser virtuoso un hombre puede desear el placer; pero muy en breve la razon le llama á su deber manifestándole las consecuencias de las acciones de que es menester hacer uso para lograrlo. La virtud supone reflexion, esperiencia, temor y moderacion. El hombre de bien es un hombre que calcula, que combina con exactitud, que se observa, que teme desagradar; el malvado es un hombre que se deja llevar y que no raciocina sobre su conducta. «La incertidumbre y el trastorno, dice Juvenal, fueron siempre los caractéres del malvado.»

Con razon dice, pues, Séneca que la virtud es un arte que se debe aprender; y en efecto es el fruto, demasiado escaso, de la esperiencia y de la reflexion. Para aprenderlo, para familiarizarse con sus documentos, para identificarse con él, es necesario que el hombre entre en sí mismo: es un hábito que solo se contrae á fuerza de egercicio. Para aprender á amarle es indispensable pesar sus ventajas, saborear sus dulzuras, y contemplar los sentimientos loables que escita en aquellos que sienten su influjo. El hombre que ha conocido el mérito y el precio de la virtud, conoce que tiene en sí bastante fuerza para resistir á los intereses frívolos, á los placeres despreciables comparados con las ventajas reales que la virtud proporciona.

Cuando se dice que la virtud es su propia recompensa, se quiere decir que todo hombre que la practica debe gozar del cariño, de la estimacion, de la gloria, por fin, de un bienestar necesariamente unido á una conducta conforme al bien de la sociedad. El que contribuye á la felicidad de aquellos con quienes vive en relaciones, se hace acreedor á su afecto, y tiene derechos á su propia estimacion, á gozar de las dulzuras de una buena conciencia, la cual basta á indemnizarle de la ingratitud de los hombres.

Algunos moralistas nos representan á la virtud bajo un aspecto muy penoso: nos la pintan como un sacrificio continuo de nuestros mas preciosos intereses, como un odio implacable á los placeres que la naturaleza nos obliga á desear, como un combate terrible contra nuestras pasiones y contra nuestras inclinaciones mas suaves; pero la verdadera sabiduria enseña que para seguir los pasos de la virtud es necesario no aborrecerse á sí mismo. Sus preceptos no nos dicen que renunciemos al placer, sino es que sepamos es-

cogerlo y usarlo con prudencia. No nos prohibe gozar de los beneficios de la naturaleza, pero nos dice que no nos entreguemos á ellos con ceguedad, que no fundemos en ellos nuestra felicidad permanente. No exige de nosotros el sacrificio imposible de todas nuestras pasiones. Nos manda que conozcamos los objetos que debemos amar, y que les sacrifiquemos las pasiones inconsideradas que nos inspiran aquellos objejetos, manantiales de placeres momentáneos seguidos de largas pesadumbres.

En una palabra, la virtud no es contraria á las inclinaciones de la naturaleza; es, como dice Ciceron, la naturaleza perfeccionada. No es austera, no es feroz, no es fanáticamente entusiasta; es un hábito suave de hallar un placer puro y constante en el uso de nuestra razon, que nos enseña á gustar el bienestar que esparcimos entre nuestros semejantes.

No: la verdadera virtud no consiste en un desprendimiento total del amor de sí mismo, en una abnegacion ideal de todo interés, en un desprecio afectado de todo lo que los hombres desean; consiste en amarse verdaderamente, en colocar su interés en objetos loables, en no hacer sino lo que puede acarrear la estimacion, el afecto, el aprecio, la gloria real, en proporcionarse por medios seguros lo que los hombres quieren obtener por medios inciertos y vanos. ¿Es el afecto de nuestros conciudadanos lo que deseamos? Haciéndoles bien lo conseguiremos. ¿Aspiramos á là gloria? Solo se obtiene con acciones generalmente útiles. ¿Deseamos el poder? No lo hay mas agradable ni mas seguro que el que se egerce por medio de los beneficios. Si nuestra ambicion se limita al contento interior, seguramente lo gozaremos por medio de la virtud; pues ella sola nos da el justo derecho de estar contentos de nosotros mismos, aun cuando la injusticia de los hombres nos privase de los homenages que hemos merecido.

No creamos pues que la virtud sea un sacrificio cruel de nuestros intereses: el hombre que la practica es el que mejor conoce el verdadero modo de amarse á sí mismo. ¿Qué es en efecto lo que mas se desea en este mundo sino es hacerse amar, estimar, honrar, respetar de los otros, darles una buena idea de sí, y gozar constantemente de una sastifaccion que no puede arrebatarse de ningun modo? La virtud proporciona todas estas ventajas: ella es el medio mas seguro de conquistar los corazones, de obtener la estimacion pública, de adquirir superioridad, de ejercer en los otros hombres un poder que ellos aprueban.

El verdadero honor es, como despues veremos, el derecho que la virtud nos da á la estimacion de nuestros semejantes. El mérito en general es el conjunto de cualidades útiles ó loables, á que se da cierto valor en la sociedad. La superioridad que un hombre egerce en otro, no puede fundarse sino en las ventajas señaladas y conocidas de que por su medio ó por su influjo gozan los demas; la autoridad legítima, es decir, reconocida por aquellos en los cuales se ejerce, no puede tener por

base sino el bien que se les hace. La verdadera gloria no puede ser á los ojos de un ser racional sino el reconocimiento público, la admiracion general, escitadas por acciones, por talentos, por disposiciones universalmente útiles al género humano.

Tales son las recompensas que la sociedad, por su propio interés, debe tributar á la virtud. Cuando obcecada por la ignorancia le niega el justo galardon que le es debido; cuando sus ideas falsas la hacen insensible al mérito; cuando el gobierno en lugar de escitar á los ciudadanos á ocuparse en el bien público ó en la felicidad conveniente á su naturaleza, aborrece y persigue la virtud, la sociedad no tarda en recibir el castigo de su injusticia y de su locura. Las virtudes necesarias al órden, á la armonía social, á la concordia, á la paz, desaparecen de un todo; los vínculos sociales se relajan ó se rompen; los intereses particulares sepultan al interés general; los ciudadanos se dividen, y el mundo se convierte en una arena donde luchan sin cesar los vicios y las pasiones de los hombres.

Si la virtud escasea, es porque la locura de los hombres la priva muchas veces de las recompensas á que tiene derecho. Las sociedades y los individuos entregados á funestos errores, desconocen sus intereses, tienen ideas falsas del honor, de la gloria, del bienestar, y tributan sus homenages á objetos fútiles, y muchas veces á los crímenes mas atroces. Asi es como la equidad se desconoce totalmente en la mayor parte de los pueblos de la tierra; la fuerza se confunde con el derecho; la autoridad no reside en manos del que hace mas beneficios, sino del que tiene mas fuerza; la gloria pertenece á los atentados que se cometen contra el género humano; la idea del honor à las acciones feroces y crueles; la idea de la superioridad se halla ligada en todos los entendimientos á la vanidad, á las distinciones pueriles, de las que no resulta ningun bien á la sociedad.

Por falta de razon y de luces, la mayor parte de los hombres ignoran qué es la virtud, y prostituyen este respetable nombre dándolo á las disposiciones mas contrarias á la felicidad del género humano. ¿No ha habido naciones enteras que han mirado como la primera de las virtudes al valor guerrero, esta cualidad bárbara que ha arrancado tantas lágrimas á los hombres?

Para amar la virtud es necesario formarse ideas verdaderas de ella, haber meditado sobre sus efectos, conocer sus ventajas reales, haberse penetrado del influjo que necesariamente ejerce en la felicidad general de las sociedades y en la particular de los individuos. El amor de la virtud no es mas que el amor del órden, de la concordia, de la felicidad pública y privada. Toda sociedad necesita de virtudes para conservarse y para gozar de los beneficios de la naturaleza: no hay familia que no halle en la virtud sosiego, consuelos y fuerza; no hay individuo que no esté esencialmente interesado en esperimentar los efectos de la virtud, y en dar prue-

bas de que tiene virtudes. Bajo cualquier punto de vista que se la considere, la idea de la virtud está necesariamente ligada con la de la utilidad, con la del bienestar, con la del contento, con la de la paz. Enmedio de la sociedad mas insensata el hombre de bien, obligado muchas veces á deplorar la depravacion pública de que es víctima, se consuela entrando en sí mismo, y se llena de satisfaccion al hallar en su corazon una alegria pura, un contento sólido, y un derecho incontestable al cariño y á la estimacion de aquellos en cuya suerte puede influir. Esto es lo que constituye el reposo de la buena conciencia, que no es mas que la seguridad de merecer el afecto y la estimacion de los seres con quienes vivimos, y la idea de la superioridad que tenemos con respecto á los malvados, siempre atormentados por sus vicios, y juguetes contínuos de sus propias locuras.

Lo que hemos dicho prueba que el hombre virtuoso es el que merece únicamente el título de hombre social, el que únicamente puede llamarse miembro que contribuye de buena fé al fin que toda sociedad debe proponerse. Examinemos ahora por menor las virtudes sociales ó las disposiciones que segun la esperiencia son las mas á propósito para proporcionar á las naciones y á los ciudadanos una felicidad permanente.

CAPITULO IV.

DE LA JUSTICIA.

La moral, hablando rigorosamente, no propone á los hombres mas que una sola virtud: verdad que no fue desconocida de los filósofos antiguos, uno de los cuales, segun Plutarco, era de opinion que no habia diferencia real entre las virtudes, que no existia mas que una sola, que esta se designaba con diversos nombres, y que la misma virtud se llama sucesivamente justicia, prudencia, templanza etc.

Sin coincidir en la misma opinion, puede decirse que la única obligacion del ser social es ser justo. La justicia es la virtud por escelencia, y sirve de base á todas las otras. Puede ser definida una voluntad, una disposicion habitual y permanente de mantener á los hombres en el goce de sus derechos, y de hacer por ellos todo lo que quisiéramos que se hiciese con nosotros mismos.

Los derechos de los hombres consisten en el libre uso de su voluntad y de sus facultades para proporcionarse los objetos necesarios á su felicidad. En el estado de naturaleza el hombre aislado tiene derecho á usar de todos los medios que juzga convenientes para conservarse y proporcionarse su bienestar. á nadie hace ni puede hacer daño. Sin embargo, hemos visto que aun en este estado los derechos del hombre estan limitados por la razon, la cual le pres-

cribe no hacer de sus facultades sino aquel uso que sea conforme á su conservacion y su felicidad verdadera. El hombre no puede ejercer el derecho de hacerse daño y destruirse, sino escitado por la locura ó por el total desarreglo de su máquina: todo ser inteligente y racional debe pues ser justo consigo mismo; esta clase de derechos estan fijados por la naturaleza; hacerse daño á sí mismo por efecto de una voluntad espontánea, no seria usar, sino abusar de aquellos derechos.

En el estado de sociedad los derechos de los hombres ó la libertad de obrar estan limitados por la justicia, que les manifiesta que no deben obrar sino de un modo conforme al bienestar de la sociedad, en la que deben interesarse por ser parte de ella. Todo hombre que vive en sociedad sería injusto si el egercicio de sus derechos ó de su libertad hiciera algun perjuicio á los derechos, á la libertad, al bienestar de aquellos con quienes está asociado. Los derechos del hombre consisten, pues, en usar de su libertad de un modo conforme á la justicia que debe á los individuos de su especie.

La justicia no despoja al hombre de la libertad ni de la facultad de trabajar en su propia ventura: le impide tan solo egercer este poder de un modo perjudicial á los derechos de todos, derechos que la sociedad debe protejer y conservar. Esto supuesto, la libertad del hombre en la vida social es el derecho que cada ciudadano puede egercer sin hacer daño á los otros. Todo acto de poder que se hace con perjuicio ageno, es injusto, y se llama *licencia*. Todo hombre si no consulta mas que su interés propio, sus pasiones, sus deseos desarreglados, puede ser injusto, desconcer los derechos de los otros y hacerles daño. La sociedad le obliga en bien de todos á ser justo con todos, y arreglar su conducta para que contribuya al bien general.

Las leyes son los medios de que la sociedad se vale para arreglar las acciones de sus miembros é impedirles que se hagan daño unos á otros. Las leyes son las voluntades de la sociedad, ó las reglas de conducta que ella prescribe á cada uno de sus miembros para obligarlos á observar entre sí las obligaciones que les impone la justicia, y para estorbar que se molesten unos á otros en el egercicio de sus derechos.

Las leyes son justas cuando mantienen á cada miembro de la sociedad en sus derechos, cuando le preservan de toda violencia, cuando proporcionan á cada uno el libre uso de su persona, y el goce de los bienes necesarios á su conservacion y á su felicidad. Estos son los objetos que la sociedad debe asegurar igualmente á cada uno de sus miembros: la autoridad que sobre ellos egerce, no tiene otro fundamento que las ventajas que les proporciona: esta autoridad es justa cuando es conforme al fin de la sociedad, es decir, cuando contribuye á la felicidad que debe á los hombres.

CAPITULO V.

DE LA AUTORIDAD.

La autoridad es la facultad de someter las acciones de los hombres á ciertas reglas y condiciones. Toda sociedad debe ejercer un poder sobre los miembros que la componen en bien de ellos mismos, sin lo cual sus pasiones discordes, sus voluntades y caprichos injustos, sus intereses diversos, turbarian à cada instante la tranquilidad pública y la felicidad particular de las familias y de los ciudadanos. Los hombres viven en sociedad para que esta les proporcione su bienestar comun. Cada uno de ellos ve que la vida social le da una seguridad, unas ventajas, unos socorros, unos placeres, de los cuales careceria si viviera separado; por consiguiente cada miembro de una familia, de un cuerpo, de una asociacion cualquiera, se ve obligado á depender de la sociedad general.

Depender de alguno es necesitar de él para conservarse y ser feliz. La necesidad es el principio y el motivo de la vida social: dependemos de aquellos que nos proporcionan las ventajas que nosotros solos no podríamos conseguir. La autoridad de los padres y la dependencia de los hijos tienen por principio la contínua necesidad que estos tienen de la esperiencia, de los consejos, de los socorros, de los beneficios, de la proteccion de sus padres para gozar de los bienes que ellos por sí no pueden proporcionarse. En los mismos motivos se funda la autoridad de la sociedad y de sus leyes que comprenden á todos en bien de todos.

La desigualdad y la diversidad que por una ley de la naturaleza existen entre los hombres, dan una superioridad natural á los que pueden mas que los otros, ya por la fuerza corporal, ya por las dotes del alma, ya por una gran esperiencia, ya por una razon mas ilustrada, ya por virtudes y cualidades útiles á la sociedad. Justo es que el que se halla con la aptitud necesaria para hacer grandes bienes á sus semejantes sea preferido al que para nada es bueno. La naturaleza no somete los hombres á otros hombres, sino es por las necesidades que da á los unos y que no pueden satisfacer sin el socorro de los otros.

Toda superioridad, como ya hemos dicho, para ser justa debe fundarse en ventajas reales proporcionadas á los hombres. Tales son los títulos legítimos del poder, de la grandeza, de la riqueza, de la nobleza, de toda especie de autoridad; tal es el orígen racional de las distinciones y de las clases que se establecen en la sociedad. La obediencia y la subordinacion consisten en someter las acciones á la voluntad de aquellos que parecen capaces de proporcionarnos los bienes que deseamos ó de privarnos de ellos. La

esperanza de algun bien ó el temor de algun mal, son los motivos de la obediencia del súbdito con respecto á su príncipe, del respeto del ciudadano con respecto á los magistrados, de la condescendencia del pueblo con respecto á los grandes, de la dependencia en que estan los pobres de los ricos y de los poderosos.

Pero si la justicia aprueba la preferencia ó la superioridad que los hombres conceden á los que son mas útiles á su bienestar, la justicia la desaprueba siempre que los hombres superiores abusan de su autoridad para dañar á los otros. La justicia se llama equidad, porque á pesar de la desigualdad natural de los hombres, quiere que los derechos de todos sean igualmente respetados, y prohibe á los mas fuertes valerse de sus fuerzas contra los mas débiles.

Por estos principios se echa de ver que la sociedad por medio de aquellos en quienes deposita la autoridad, debe ser obedecida por aquellos que gozan de las ventajas del estado social. Si las leyes son justas, es decir, conformes á la utilidad general y al bien de los hombres que viven juntos, deben obligarlos á todos igualmente, y castigar con mucha justicia á los que las violan. Castigar es causar daño, es privar á alguno de las ventajas de que goza y de que continuaría gozando si hubiera seguido las reglas establecidas por la sociedad ó por los que representan su poder.

La ley debe castigar á los que se muestran rebeldes á la voluntad general, porque su obligacion es conservar los derechos de los hombres y preservarlos de sus pasiones mútuas. La ley puede privar de su bienestar y reprimir á aquellos que turban la felicidad pública, á fin de contener por medio del temor, á los que obcecados por sus pasiones pierden de vista el bien general y se niegan á cumplir las cláusulas del pacto social.

CAPITULO VI.

DEL PACTO SOCIAL.

Este pacto es el conjunto de las condiciones tácitas ó espresas, bajo las cuales cada miembro de una sociedad se obliga con los otros á contribuir al bienestar de todos y á observar recíprocamente las obligaciones que la justicia prescribe. En una palabra, el pacto social es la suma de obligaciones que la vida social impone á los que viven juntos para su ventaja comun.

Reunidos para ser felices los hombres, por esto mismo se hallan obligados á practicar los medios que deben conducirlos á aquel fin. Las cláusulas de este contrato son siempre las mismas, ora esten escritas y publicadas, ó no; son fáciles de conocer, son indispensables, son sagradas, y se fundan en la necesidad de emplear los medios capaces de conseguir el fin que se pro-

ponen los hombres viviendo juntos.

Basta con vivir en la sociedad para tener la obligacion de cooperar al fin de ella, y para estar comprometido, aunque no preceda una declaracion formal, á servir segun los talentos y las fuerzas de cada cual, á defender, á socorrer á los otros hombres, á conformarse á la justicia, á someterse á las leyes que mantienen el órden necesario á la conservacion del todo.

En cambio, la sociedad entera y los depositarios de su autoridad, se hallan natural y necesariamente comprometidos á socorrer, á defender, á proteger, á mantener en sus justos derechos al que bajo esta garantía se obliga á cumplir fielmente las obligaciones de la vida social.

En virtud de estos empeños recíprocos y naturales, cada miembro adquiere derechos á la sociedad; es decir, puede esperar que la obediencia que le presta, que el afecto que le profesa, que los servicios que le tributa, serán recompensados con cierta clase de ventajas, como la proteccion, la seguridad de la persona y de los bienes, la porcion de felicidad que puede gozarse en la vida social. Cada miembro de la sociedad tiene derecho á exigir un bienestar mayor que aquel de que gozaria viviendo aislado; la sociedad no puede privarle de este derecho sin cometer una injusticia, sin contrarestar el fin de su institucion, sin dañar á su propia conservacion y sin convertirse en una reunion de seres injustos, animados de intereses personales, cuyas pasiones estarian continuamente en guerra con el bien público.

El amor sincero de la patria no puede ser en los ciudadanos sino el efecto de las ventajas que la patria les proporciona. Una sociedad sin justicia ó gobernada por leyes inícuas ó parciales, convida á todos sus miembros á ser injustos, malvados é indiferentes á su suerte recíproca.

De la imprudencia y de la insensatez de los pueblos y de los que los gobiernan, resulta que los hombres muchas veces se dejan gobernar por leyes injustas, por usos perversos, por opiniones erróneas, por preocupaciones capaces de aniquilar la felicidad pública. Encadenados por hábitos y costumbres opuestas à la razon, los pueblos se condenan á la desgracia y se llenan de malos ciudadanos, perpétuamente ocupados en hacerse daño públicamente ó en secreto, por intereses particulares, siempre opuestos al interés general.

La reunion, la coincidencia de los intereses particulares con el interés general, solo puede ser efecto de una sociedad fiel en cumplir las cláusulas del pacto social. En esta feliz hipótesis, los ciudadanos obligados por leyes imparciales, respetarian las leyes de la justicia, y todo hombre racional se hallaría en la necesidad de ser virtuoso, es decir, tendria la disposicion habitual de respetar los derechos de sus semejantes.

Las leyes, las costumbres, las instituciones humanas deben pesarse en la balanza de la equidad; la esperiencia y la razon sirven para distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso, lo justo de lo injusto. Por falta de reflexion

la mayor parte de los hombres miran como justo todo lo que las leyes y los usos prescriben ó permiten, y como injusto lo que las leyes y los usos prohiben. Con semejantes principios fácil es confundir, oscurecer, aniquilar todas las ideas de la justicia natural.

Lo que las leyes ó los usos de un pueblo permiten se llama *lícito*; lo que prohiben se llama *ilícito*. Lo que es lícito ó permitido por la ley ó por el uso, puede ser opuesto á la justicia. Entre los lacedemonios el hurto hecho con destreza era lícito ó permitido, sin dejar por esto de ser una accion injusta. La menor reflexion basta para echar de ver que arrebatar á los hombres los bienes de que sale garante la sociedad, es hacer á aquellos hombres un mal gravísimo. En una sociedad de bandidos, como fue al principio la de los romanos, esos conquistadores del mundo, esos azotes de la humanidad, el robo, el homicidio, la violencia egercidas contra los otros pueblos, eran acciones, no solo permitidas, sino tambien aprobadas y elogiadas como otras tantas virtudes.

Infiérese de todo lo dicho, que ni la voluntad muchas veces insensata de los pueblos, ni sus intereses particulares, ni sus usos, ni sus leyes bastan á hacer que sea justo lo que no lo es por su naturaleza. No hay nada verdaderamente justo sino lo que es conforme á los derechos del género humano. La violencia y la conquista pueden ser conformes á los intereses de un pueblo ambicioso; los que satisfacen sus pasiones pueden ser á sus ojos dignos de elogio y de aprecio; pero el pueblo en que reinasen semejantes ideas, no sería mas que un conjunto de malhechores y de asesinos para todo el que tenga ideas sanas del derecho de gentes indignamente violado por una nacion enemiga de todas las otras. El interés permanente del hombre en general, del género humano, de la gran sociedad del mundo, exije que un pueblo respete los derechos de otro, así como el interés general de toda sociedad particular pide que cada uno de los miembros respete los derechos de sus iguales.

No hay nada que dispense á los hombres de ser justos. La justicia es necesaria á todos los pueblos de la tierra, es la piedra angular de toda asociacion; sin ella no puede haber sociedad: su objeto no puede ser otro que poner á los hombres al abrigo de sus recíprocas injusticias. El gobierno y las leyes no pueden tener otro objeto legítimo que invitar y obligar á los ciudadanos á vivir juntos segun las reglas de la justicia. La política no es otra cosa que el conjunto de las reglas inmutables de la justicia fortificadas por las recompensas y por los castigos de la sociedad. Obligar á los hombres á ser justos es obligarlos á ser humanos, benéficos, pacíficos y sociales: es obligarlos á trabajar en bien de sus semejantes, á fin de que adquieran justos derechos á su afecto, á su benevolencia, á sus auxilios.

Ser justo no es otra cosa que cumplir fielmente las obligaciones que prescribe la vida social; es conocer el precio que se debe dar á las disposiciones benévolas de los seres con quienes

vivimos. La justicia enseña al hombre á reprimir sus pasiones porque le dice que si les diera rienda suelta se atraeria el odio y las pasiones de los otros. Guiado por la justicia el hombre, observa la buena fé en los tratados, modera su amor propio, se juzga á sí mismo con imparcialidad, no se arroga lo que no le es debido, tributa á los otros lo que deben exigirle, y contiene los ímpetus del orgullo, de la vanidad, de la envidia, de los celos que producen tantas discordias en la tierra. Apreciarse á sí mismo, ponerse en el lugar que cada uno debe ocupar en la sociedad, ser indulgente y considerado con todos los hombres, manifestar la consideracion, la condescendencia, el respeto que merecen los que gozan de alguna superioridad por las ventajas que producen á la sociedad, ser reconocido con los que hacen beneficios, hacer bien á la humanidad, para merecer su amor y su gratitud, todos estos son actos de justicia.

Es imposible enumerar todas las ventajas que la justicia proporciona á los hombres. Ella sola basta para hacerlos dichosos. Epicuro decia que el hombre justo es el único que puede vivir sin turbacion y sin incomodidad, y que al contrario el injusto vive siempre temeroso y agitado. La falta de justicia es la causa inmediata del mal moral. Por no conocer las ventajas de la equidad, los gobiernos destinados á mantener la justicia degeneran en despotismo y en tiranía. Por haber desconocido los derechos de la equidad, los pueblos en todo tiempo se han destruido unos á otros con guerras funestas, cuyos móviles han sido la ambicion, las pretensiones injustas y la codicia de algunos monarcas. Por no estar bien penetrados de las obligaciones que impone la equidad, los poderosos oprimen á los débiles y quieren gozar, con esclusion de los otros ciudadanos, de los derechos que la justicia atribuye á todos igualmente. La injusticia es la que transforma tantas veces los padres de familia, los esposos, los amos, los ricos y los grandes en tiranos aborrecibles, que sin embargo se atreven á aspirar al afecto, á la sumision, á los homenages sinceros de aquellos á quienes hacen desgraciados.

De donde se colige que la justicia es el fundamento de todas las virtudes, el manantial comun del cual todas ellas nacen, y el centro en que todas ellas terminan. Esta virtud encierra en sí todas las virtudes morales y sociales. La probidad, la integridad, la buena fé, la fidelidad, la humanidad, la beneficencia, la gratitud, en fin, todas las virtudes que el hombre puede practicar, no son mas, como lo veremos muy en breve, que disposiciones fundadas en la justicia, ó por mejor decir, estas virtudes no son otra cosa que la misma justicia mirada bajo diferentes puntos de vista. Asi pues, no exijamos de los hombres sino que sean justos y con esto tendrán todas las prendas necesarias para constituir una sociedad feliz y agradable. El hombre justo es el ser social por excelencia.

CAPITULO VII.

DE LA HUMANIDAD.

La humanidad es el afecto que debemos á los seres de nuestra especie como miembros de la sociedad universal, á quienes la justicia exige que mostremos benevolencia y que demos los socorros que para nosotros mismos exigimos. La humanidad es la calidad esencial del hombre, puesto que por ella conoce todo lo que debe á los otros hombres.

Un ser insensible que busca el placer y que huye del dolor, que desea ser socorrido en sus necesidades, que se ama à sí mismo y quiere ser amado de los otros, conocerá por poco que reflexione que los otros hombres son hombres como él, que tienen los mismos deseos y las mismas necesidades: esta analogía, esta conformidad le manifiesta el interés que debe tomar en todos sus semejantes, sus obligaciones para con todos ellos, lo que debe hacer para contribuir á su felicidad, y lo que debe evitar para no hacerles daño.

La justicia me prescribe cierta benevolencia para con todo aquel que se me presenta, por la razon de que yo exijo los mismos sentimientos de bondad de los seres mas desconocidos entre los cuales puede colocarme la suerte, El chino, el mahometano, el tártaro tienen derecho á mi justicia, á mis socorros y á mi humanidad, porque como hombre me veria precisado á implorar su ayuda si me viese transportado á sus paises.

Por esta razon la humanidad fundada en la equidad reprueba esas antipatías nacionales, esos odios religiosos, esas preocupaciones odiosas que cierran el corazon del hombre á los llamamientos de sus semejantes, ese afecto mezquino que se limita á ciertos hombres conocidos, ese amor esclusivo á los miembros de una sociedad, á los ciudadanos de una nacion, á los individuos de un cuerpo, á los partidarios de una secta. El hombre verdaderamente humano y justo se interesa en la dicha y en la desgracia de todos los seres de su especie. Un alma verdaderamente grande, abraza en su afecto á todo el género humano, y desea ver felices á todos los hombres. Este sentimiento se halla en el principio de las sociedades como en las naciones mas cultas.

Solo un vano sofista puede decir que es cosa imposible amar á todos los hombres, y que el amor del género humano tan recomendado por algunos sábios solo sirve de pretesto para no amar á nadie. Amar á los hombres es desear su bienestar, es desear contribuir á este fin en cuanto lo permitan las propias facultades. El hombre que tiene esa cualidad que llamamos humanidad, está habitualmente dispuesto á dar pruebas de benevolencia y de equidad á todos aquellos que las necesitan. En todos nuestros afectos hay grados fijados por la justi-

cia; debemos profesar mas amor á nuestros padres, á nuestros amigos, à nuestros conciudadanos, á la sociedad de que somos miembros, en fin, á aquellos cuyos beneficios y socorros esperimentamos y de que necesitamos contínuamente, que á unos estraños con quienes solo estamos ligados por los vínculos de la humanidad.

Las necesidades mas ó menos urgentes constituyen mas ó menos sagradas é indispensables las obligaciones de los hombres. ¿Por qué debemos amar mas á nuestra patria que á todo otro pais? Porque nuestra patria comprende las personas y las cosas mas útiles á nuestra felicidad. Un hijo debe á su padre todo su cariño, todo su esmero con preferencia á todos los otros hombres, porque su padre es el ser mas necesario á su felicidad, el ser á que se halla ligado por los vínculos del mayor reconocimiento.

La necesidad es, pues, el principio de todos los lazos que unen á los hombres y los conservan en sociedad. Si se inclinan recíprocamente unos á otros, es en razon de la necesidad que tienen unos de otros. El hombre que no necesitase de ningun otro hombre sería un ser aislado, inmoral, insociable, desprovisto de justicia y de humanidad. El que piensa que puede vivir sin los otros hombres, sueña que está despojado de toda especie de sentimientos.

Los príncipes y los grandes, espuestos á creer que son seres de una especie diferente de los otrós hombres, no creen que deben ser humanos para con ellos. Para interesarse en la suerte de los que padecen es necesario haber padecido, haber esperimentado la desgracia y tenerle miedo. Si la humanidad es una disposicion característica del hombre, ¡cuán pocos hay que merezcan este titulo!

El fin de la moral debe ser la reunion de los intereses de todos los individuos de la especie humana, y sobre todo de los miembros de una sociedad. La política deberia contribuir incesantemente á estrechar los vínculos de la humanidad, ya recompensando à los que practican esta virtud, ya cubriendo de oprobio á los que no la egercen. En una palabra, los hombres deberian conocer que necesitan unos de otros; que el poder supremo, que las distinciones, las dignidades y las riquezas lejos de dar derecho á despreciar á los que no poseen estas ventajas, imponen á los que las poseen la obligacion de ser humanos, de socorrer, de proteger á sus semejantes. El desprecio de la miseria, de la pobreza, de la debilidad, es un ultrage que se hace á la especie humana; el que posee tan bajo sentimiento se coloca en una inferioridad vergonzosa, pierde su dignidad, y todo derecho al afecto y al respeto de sus conciudadanos.

CAPITULO VIII.

DE LA COMPASION Ó PIEDAD.

Compadecer los males de los hombres como la misma voz lo dice, es sentir lo que ellos sienten, es padecer con ellos, es hacerse partícipe de sus penas, es en cierto modo ponerse en su lugar y esperimentar la situacion que los aqueja. La compasion es una disposicion, en virtud de la cual el hombre siente con mayor ó menor energía los males que afligen á los otros

Para esplicar las causas de esta sensibilidad que hace que los hombres se interesen en las penas de sus semejantes, los moralistas han recurrido á la simpatía, es decir, á una causa oculta y quimérica, con la cual nada puede esplicarse. Busquemos el verdadero orígen de la compasion en la organizacion del hombre, en su sensibilidad, en la fidelidad de su memoria, en la actividad de su imaginacion. El que tiene órganos sensibles siente vivamente el dolor, se recuerda exactamente su idea, su imaginacion se la representa con fuerza á vista del hombre que padece; en este caso su máquina esperimenta una verdadera alteracion, se estremece, su corazon se aprieta, padece un dolor verdadero que suele espresarse en las personas muy sensibles por el desmayo y la convulsion. El efecto natural del dolor que esperimenta entonces la persona vivamente afectada, es buscar los medios de que cese en los otros la situacion penosa que se ha comunicado á ella misma. Del alivio dado al que realmente padece, resulta un alivio real en la persona que le socorre, placer suavísimo que se aumenta por la idea de haber hecho un bien, de haber adquirido un derecho al afecto de otro hombre, de haber merecido su reconocimiento; de haber obrado de un modo conveniente á un corazon tierno y sensible, disposicion que todos los hombres desean hallar en sus semejantes, y cuya falta supone una organizacion defectuosa.

La diversa organizacion de los hombres y la fuerza de su imaginacion les impide el ser susceptibles con igual viveza de los males de sus semejantes. En muchos hombres la compasion es nula, ó á lo menos no tiene la fuerza necesaria para determinarlos á poner un término á los males que sufren sus semejantes. Es muy comun ver hombres endurecidos á los males agenos è incapaces de formarse idea de ellos por el hábito del bienestar, por el goce de las comodidades y por la inesperiencia del mal. Por lo comun el hombre desgraciado es mas compasivo que el que no ha esperimentado los reveses de la suerte. Aquel que ha esperimentado los dolores de la piedra ó de la gota está mas dispuesto que otro cualquiera á compadecer á los que tienen las mismas enfermedades. El indigente que sabe lo que son los tormentos del hambre conoce toda su

fuerza y compadece al que los esperimenta; en tanto que el rico, siempre harto, vive ignorando que hay en el mundo millares de hombres desventurados que carecen de todo lo que es necesario ó la vida.

Algunos moralistas opinan que la compasion, ó sea la disposicion á tomar parte en los infortunios agenos, cualidad inherente en las personas sensibles, bien organizadas y educadas de un modo conveniente, debe considerarse como la base de todas las virtudes morales y sociales. Sin embargo, sobran motivos para creer que la piedad escasea mucho en la tierra; el mundo está lleno de seres insensibles cuyos corazones se afectan poco ó nada por las desventuras de sus semejantes. En algunos no existe este sentimiento; en otros es tan débil que el menor interés, la menor pasion y el mas ligero capricho bastan para ahogarlo.

Aunque todos los hombres desean tener la opinion de sensibles, hay pocos que den señales de una sensibilidad verdadera. El primer impulso los conmueve, pero no dura. Hay príncipes que miran sin alterarse las desventuras de un pueblo entero, desventuras que podrian remediar con pronunciar una sola palabra. Hay padres de familia que ven de sangre fria las lágrimas de la esposa, del hijo, ocasionadas por su mal humor, por sus escesos, por sus locuras. Hay hombres codiciosos que ven sin piedad los males de los pueblos reducidos por ellos mismos á la mendicidad. En fin, hay pocos hombres que lleguen á penetrarse de las desgracias de sus semejantes hasta el punto de consolarlos, de darles socorro. Comunmente se huye del molesto espectáculo de la desgracia, y se buscan mil pretestos para escusarse de auxiliar al infeliz que se mira como un ser incómodo y totalmente inútil.

Aun hay mas. La mayor parte de los hombres se creen autorizados por la debilidad ó por la desgracia de los otros á ultrajarlos impunemente, y se complacen bárbaramente en affigirlos, en hacerles conocer la propia superioridad, en tratarlos cruelmente, en ridiculizarlos. De modo que unos seres espuestos tambien á los caprichos de la fortuna, lejos de enternecerse á vista de los desgraciados, agravan sus penas con la altanería, con la sátira y con el desprecio. No hay cosa mas bárbara, mas baja, mas inhumana que el insulto que se hace al débil, al desgraciado, al que se ve privado de todo socorro; no hay cosa que mas repugne al corazon del hombre que verse espuesto al desprecio y á la dureza de sus semejantes.

Para estar habitualmente dispuesto á compadecer y á socorrer á los desgraciados, no basta tener un corazon sensible que, como hemos visto, es un don de la naturaleza; se necesita tambien que esta sensibilidad natural sea cultivada con esmero. La educacion debería egercitar contínuamente la sensibilidad de los príncipes, de los grandes y de los que viven en la opulencia. Desde muy temprano debería ahogar en ellos ese orgullo que les hace creer que de nadie necesitan, y que son seres de un órden superior al pue-

blo ; debería repetírseles sin cesar que son hombres débiles, sujetos á mil accidentes, y que un sin número de circunstancias imprevistas pueden á cada instante sepultarlos en el infortunio; se debería ablandar sus almas endurecidas, por el tierno espectáculo de la miseria ; se debería enardecer su imaginacion pintándole con los rasgos mas fuertes la situacion deplorable á que estan condenados los que comen un pan regado con lágrimas y sudor para satisfacer el lujo y la vanidad de algunos favoritos de la suerte. A vista de estos cuadros ¿qué hombre no sentirá su corazon conmovido? Educado en estas ideas ¿cuál es el monarca, cuál es el potentado, cuál es el poderoso que no escrupulizase de un inútil sobrante, en tanto que otros muchos semejantes suyos agobiados bajo el peso del infortunio maldicen hasta su existencia?

De este modo podría desarrollarse la compasion en los corazones dotados de sensibilidad por la naturaleza ; pero como por desgracia esta disposicion no es muy comun, la equidad debe suplir su falta. Los hombres por muy insensibles que sean deben saber que estan espuestos como los otros al infortunio, y que para tener derecho á la compasion agena deben ser sensibles, tomar parte en las desgracias de los que padecen, y hacer todo lo posible por aliviarlas. El rico desdeñoso debe saber que un accidente imprevisto puede, cuando menos lo aguarda, reducirle al mismo estado en que se halla el infeliz de que aparta la vista. En fin, todo hombre que se cree social debe saber que está obligado á tomar parte en las desventuras de sus semejantes, y á protegerlos y aliviarlos en cuanto se lo permitan sus fuerzas.

Sin embargo, pocos hombres hay que desempeñen tan sagrado deber: cada cual halla pretesto para dispensarse el ser piadoso para con aquellos que mas piedad deberían inspirarle. Así es como un falso celo religioso sirve de pretesto para aborrecer al que se cree que yerra, aun cuando parece cierto que este estravío puede acarrearle desgracias sin cuento; y en virtud de este principio se persigue, se atormenta, se estermina al hombre que podria ser reducido á la verdad por la dulzura, y que debería escitar en nosotros la mas tierna conmiseracion. Del mismo modo miramos sin lástima á los que por falta suya han caido en la miseria, en tanto que deberíamos compadecerlos por esta fatalidad. Los estravíos de los hombres provienen de su temperamento, de su ignorancia, de la educacion que han recibido, de sus indómitas pasiones, de sus descuidos, de su aturdimiento. El hombre de bien huye del malo ; pero sabe que es mas digno de piedad que de odio, puesto que se hace desdichado por sus manos.

CAPITULO IX.

DE LA BENEFICENCIA.

El que se niega á hacer bien cuando puede, á los seres con los que vive en sociedad, viola el pacto social y comete una injusticia. En la sociedad humana todo es recíproco: la beneficencia es el medio mas seguro de atraer las voluntades: su galardon está en el cariño, en el aprecio, en la admiracion de los que esperimentan sus efectos.

La beneficencia es una disposicion habitual á contribuir al bienestar de aquellos con quienes nos liga la suerte, con el fin de merecer su benevolencia y su gratitud. Así pues, la beneficencia no puede ser desinteresada ó desprovista de motivos, que es lo mismo. Si todo hombre por su naturaleza desea el afecto de sus semejantes, no hay cosa mas natural ni mas legítima que poner en uso los medios de adquirirlo. Es cierto que no siempre son recompensados los beneficios con los sentimientos que deberian escitar; pero á pesar de los ingratos, un ser benéfico es siempre digno de aprecio en la sociedad: sus amables y felices disposiciones merecen el aplauso de todos los hombres sensibles, cuyo juicio le indemniza de la iniquidad de los otros.

"El que te da, te quita algo," dice un autor árabe. Todo beneficio da cierta superioridad al que lo hace con respecto al que lo recibe. Aristóteles dice, que el bienhechor ama mas al que recibe el beneficio que este á aquel. Cada cual teme ver en su bienhechor un superior orgulloso que da demasiado precio al bien que ha hecho. Por esto las almas nobles y altivas rehusan muchas veces los beneficios, y desconfian de los auxilios que pueden llegar á serles onerosos. La beneficencia es un arte dificil; consiste principalmente en la consideracion que se debe á la delicadeza del necesitado. A veces se avergüenza uno de los beneficios que recibe, porque se miran como cadenas, como anuncios de servidumbre. Los beneficios hechos con altaneria exasperan al que los recibe y traen en pos la ingratitud. Comunmente es falta del bienhechor si no escita en los corazones los sentimientos que quisiera escitar. Un beneficio no es recibido con agradecimiento sino cuando se cree que el bienhechor no se servirá de él para arrogarse una superioridad incómoda al amor propio. Un beneficio hecho con el objeto de someter al que lo recibe, es un insulto, un ultrage, y debe desagradar en alto grado á todo hombre que quiere conservar su libertad. Las almas bajas y venales estan prontas á recibir á dos manos; pero el hombre de bien, que tiene la conciencia de su propio valor, no pierde jamas el derecho de apreciarse á sí mismo: no recibe beneficios sino es cuando sabe que puede pagarlos con su agradecimiento,

Sensibilidad, virtud, sin estas dos prendas ni se sabe hacer ni recibir beneficios. Un filósofo decia: «Es necesario olvidar el bien que hacemos á los otros y tener solo presente el que recibimos.»

La beneficencia hecha sin tino es mas bien una flaqueza que una virtud: para que sea digna de aprecio, es necesario que le sirvan de reglas la justicia y la prudencia. El que hace bien á los malos, es su juguete y los confirma en su maldad. El que hace bien á un insensato, le hace un mal verdadero, le mantiene en sus viciosas disposiciones. La beneficencia del hombre débil solo produce ingratos: nadie se la agradece, porque todos saben que no tiene la fuerza necesaria para negar lo que se le pide. El hombre benéfico por debilidad, mas bien merece la compasion que el aprecio del sábio, y ordinariamente es víctima de los malvados.

La beneficencia para ser justa debe proponerse el bien público y recompensar la virtud. ¿No es una verdadera insensatez estimular al vicio y á la maldad? «No esparzas, dice Focílides, los beneficios en los malos, porque esto es echar semilla al mar.»

El beneficio hecho sin discernimiento, el favor concedido al hombre indigno, es una injusticia real, cuyo efecto es desanimar el mérito verdadero y los talentos necesarios á la dicha de la vida social. No se puede llamar benéfico al príncipe que colma de favores á hombres viles y perversos, y que derrama los tesoros del estado entre ciudadanos inútiles y corrompidos. Esto es ser verdaderamente injusto para con su pueblo, puesto que á espensas de este recompensa á sus enemigos.

¿Debe estenderse la beneficencia hasta aquellos que nos hacen daño? La mas noble de las venganzas es sin duda aquella que consiste en hacer bien á los que nos han dado motivos de queja; con ella se muda y transforma el corazon del enemigo. ¿Hay cosa mas satisfactoria que ejercer un imperio eficaz en el que nos ha tratado con desprecio? ¿Hay cosa que manifieste mas grandeza, mas verdadera fuerza en el alma que hacer ver al enemigo la imposibilidad en que se halla de turbarnos? «No vengarse del enemigo, dice Plutarco, cuando se presenta una ocasion oportuna, es prueba de humanidad; pero compadecerlo cuando la adversidad le atosiga, y darle los socorros que pide, es la mayor prueba que puede darse de generosidad y de benevolencia.»

La beneficiencia no está vinculada en la grandeza, en la opulencia, en el crédito ni en el poder. Todo ciudadano virtuoso puede ser benéfico en la esfera en que la suerte le ha colocado. Con las virtudes, con los talentos, con la ilustracion y con el trabajo se puede servir útilmente á la patria. El sábio que ilustra á sus conciudadanos, el hombre instruido, el artista hábil, el agricultor laborioso, merecen cariño y aprecio, y pueden ser justamente llamados bienhechores de su patria.

Lo que se llama espíritu público es la beneficencia aplicada á la sociedad en general. Una sábia política deberia escitarla, especialmente en los corazones de los ricos y de los grandes que hallarian en una gloria sólida y en unas distinciones honoríficas la recom-

pensa del acertado uso de sus riquezas, preferible sin duda á los gastos insensatos que no tienen mas objeto que el lujo y la vanidad. El espíritu público ó la beneficencia estendida á toda una nacion, indica un buen gobierno y unos ciudadanos deseosos de merecer la estimacion pública: estas disposiciones prueban que cada uno se interesa en el bien de su patria.

Pero en breve veremos que la modestia debe ser la compañera de la beneficencia. Se dice vulgarmente que mas vale dar que recibir; dar, en efecto, es señal de poder y superioridad, y recibir es señal de inferioridad y pequeñez. El reconocimiento, segun la fuerza de la palabra, es la confesion de la propia dependencia y del poder del bienhechor. Es necesario, pues, que el bienhechor guarde muchas contemplaciones con los que necesitan sus socorros, si quiere merecer su aprecio y reconocimiento. Cualquiera que da pruebas de despreciar á aquellos á quienes hace beneficios, se paga por sus propias manos. El hombre arrogante irrita á los otros y deja de ser mirado como un ser benéfico. La satisfaccion interior que resulta del bien que hacemos á los hombres es un sentimiento natural y legítimo; pero darles á conocer cualquier especie de superioridad, es afligirlos de un modo muy sensible.

La liberalidad es una consecuencia de la beneficencia y consiste en dar parte de los bienes que poseemos á los que los necesitan. La equidad, la prudencia y la razon deben ser las reglas de la liberalidad. La liberalidad sin discernimiento se llama prodigalidad, y es, como pronto veremos, un vicio y no una virtud.

La generosidad es otro efecto de la beneficencia. Consiste en hacer el sacrificio de una parte de nuestros derechos al bienestar de la sociedad ó de aquellos á quienes queremos dar pruebas de nuestro cariño. Esta disposicion tan noble que parece que nos aparta de nosotros mismos, de nuestros mas preciosos intereses y á veces de la vida, se funda en un gran amor á los hombres, en un ardiente deseo de agradarles, en un gran entusiasmo por la gloria, aun cuando falte la esperanza de llegar á disfrutar de ella. Los Codros, los Curcios, los Decios, eran hombres generosos, embriagados de amor á su pátria, hasta el estremo de precipitarse á una muerte segura, con la sola esperanza de merecer la admiracion y el cariño de sus conciudadanos.

Quizás se preguntará cuàl deberá ser la medida de la beneficencia, de la liberalidad, de la generosidad. La equidad es quien fija esta medida, pues ella nos dice que debemos hacer por los otros lo que quisiéramos que se hiciera con nosotros mismos. Mas por otra parte esta misma equidad nos manifiesta que la beneficencia y la generosidad que exigimos de los otros hombres debe graduarse por los sacrificios que por ellos estamos dispuestos á hacer. La beneficencia, la liberalidad, la generosidad, deben tener por objeto primitivo las personas con quienes nos ligan relaciones íntimas. Estas disposiciones se pueden llamar rectamente deudas cuando se trata de la patria, de los padres

de los deudos, de los verdaderos amigos; son actos de beneficencia, de humanidad, de piedad, cuando nos mueven á socorrer á los indiferentes, à los desconocidos, á las personas con quienes estamos débilmente ligados; son rasgos de grandeza de alma cuando se estienden á aquellos que nos han agraviado. «La maldad del hombre, decia Dion, segun Plutarco, aunque difícil de desarraigar, no es por lo comun tan feroz ni tan rebelde que no se corrija y suavice al fin cuando le vencen beneficios reiterados.»

En una palabra, entre todas las virtudes la beneficencia es la que mas contribuye á hacer al hombre precioso á sus semejantes, y á darle la satisfaccion interior en que estriba la buena conciencia. Terminaremos, pues, este capítulo con el consejo que daba Polibio á Scipion, diciéndole que no entrase jamás en su casa sino despues de haberse grangeado un amigo por medio de beneficios. Séneca dice, que donde quiera que se halla un hombre se puede egercer la beneficencia.

CAPITULO X.

DE LA MODESTIA. — DEL HONOR. — DE LA GLORIA.

La modestia es una virtud que consiste en no servirse de los talentos y de las virtudes de un modo desagradable á los hombres con quienes vivimos. La opinion demasiado favorable que formamos de nosotros mismos ofende á nuestros semejantes, los cuales queriendo juzgar libremente de nuestras acciones no pueden llevar á bien que les señalemos el puesto que debemos gozar en su espíritu, ni que les arranquemos las recompensas que no nos han tributado.

Para conocer que la modestia se funda en la justicia, basta que cada uno haya esperimentado cuánto molestan á la sociedad esos hombres soberbios y vanos que solo viven para manifestar su superioridad, y para prodigar á cuantos les rodean el desprecio y el insulto, y esos ridículos personages que hablando sin cesar de su mérito real ó imaginario, fastidian á todo el mundo con su insoportable egoismo. Por otra parte un ser social debe conocerse, penetrarse de sus defectos é imperfecciones, juzgarse con equidad y reprimir por esta consideracion los movimientos de orgullo que se despiertan en su corazon cuando se compara á los otros. La conciencia de nuestros propios defectos es un remedio seguro contra la escesiva opinion que tenemos de nosotros mismos.

Ningun hombre que tiene una justa confianza en su virtud, en su probidad, en sus talentos, puede despreciarse á sí mismo; si este sentimiento fuera posible, sería injusto. Siempre que la conciencia del hombre le dice que ha obrado bien, que posee prendas dignas de aprecio ó talentos útiles, ad-

quiere el derecho de aprobar sus propias acciones y de adquirir la estimacion general; pero perdería estos derechos si se creyera autorizado á traspasar la línea de sus obligaciones; desagradaria, molestaria á todos si despreciára con altanería á unos seres que se estiman á sí mismos, que son y quieren ser iguales y que no reconocen sino á duras penas la agena superioridad.

Solo la modestia es capaz de desarmar la envidia que tantas veces hace á los hombres injustos. Todo hombre verdaderamente grande, ó que posee disposiciones estraordinarias, se muestra en la sociedad como un ser superior á quien todos temen. Esta es sin duda la causa de la aversion y de la envidia que provocan los hombres eminentes, cuyo brillo eclipsa á los que lucen en regiones inferiores. Por medio de la modestia se reducen los hombres á la equidad y olvidan la distancia que les separa de los seres mas distinguidos de su especie.

Es muy natural el temor que inspiran los poderosos: para que este temor se convierta en cariño es necesario que bajen, por decirlo asi, de su elevacion, y que se pongan al nivel de los otros hombres. Está en la naturaleza del hombre temer á los que le parecen mas grandes y mas fuertes que él, porque le recuerdan á cada instante su pequeñez y su humillacion.

Todo hombre verdaderamente social debe acomodarse á la debilidad de los otros: si quiere merecer su afecto y su estimacion debe ser modesto y resistir á los movimientos de un amor propio que le atraería el odio y el desprecio en lugar de la estimacion y del cariño que aguarda. El hombre virtuoso debe desear gozar de una buena opinion; pero la reflexion le prueba que estos deseos se frustran si por su arrogancia, por su orgullo, por su presuncion afligiera á los seres, cuyo aprecio quiere cautivar.

Infiérese de aquí que el deseo de la estimacion y el amor de la gloria guiados por la razon no son incompatibles con la modestia, la cual lejos de quitar su precio al mérito y á la virtud los hace mas interesantes. El que tiene la conciencia de lo que vale, espera tranquilamente que se le haga justicia; el que no está seguro de su propio mérito, se cree obligado á ponerlo en noticia de los otros, y lo que se acarrea su vanidad necia es el desprecio general.

Un amor propio inquieto, un orgullo insensato, una imprudente altanería indican debilidad y desconfianza del propio merecimiento. La virtud real, los verdaderos talentos, la grandeza de alma, el verdadero honor, gozan de la seguridad de sus derechos.

El honor es el legítimo derecho que hemos adquirido por nuestra conducta á nuestra propia estimacion y á la de los demas hombres. La estimacion de la sociedad no se adquiere sino es siendo útil. El hombre no tiene derecho á apreciarse á sí mismo sino es cuando está seguro de haber merecido el aprecio de sus semejantes. Así pues, el hombre de honor, que no debe distinguirse nunca del hombre de bien, solo puede deshonrarse cuando mudan-

do de conducta se priva de todo derecho á su estimacion propia y á la de los demás. Si no le sucede esta desgracia, por mas que le denigren la calumnia y la envidia, por mas que se conjuren contra su reputacion las mas enfadosas circunstancias, jamás perderá la tranquilidad de su conciencia que ningun poder en la tierra puede arrancarle.

Las preocupaciones vulgares dan comunmente el nombre de honor á un orgullo inquieto, á una cosquillosa vanidad, y á la presuncion de unos derechos inciertos á la estimacion pública. Los hombres de honor de esta especie estan siempre exasperados y recelosos, temen que la armazon de su honor se desbarate con una palabra, con un gesto, y á veces se ven obligados á echar mano de los escesos mas criminales para poner á cubierto su honor y para conservar sus derechos imaginarios á la estimacion general. En semejantes nociones se funda el uso bárbaro de los duelos, que lejos de deshonrar en la opinion de las naciones civilizadas, dan la reputacion de gentes de honor á los que cometen semejantes atentados. El verdadero honor no se destruye con una afrenta ni se restablece con un asesinato. El honor no puede ser vulnerado sino es por el que lo posee. El valor es una debilidad cuando no puede sufrir nada. El honor real no puede consistir sino en la virtud, y la virtud no puede ser cruel ni sanguinaria; es pacífica, suave, justa, sufrida y modesta. No es arrogante ni soberbia, porque de este modo se haria odiosa y despreciable.

Ciceron nos enseña que Sócrates maldecia á los que habian separado lo justo de lo honesto, pues miraba esta distincion como el orígen de nuestros males.

La palabra *honesto* en el idioma de los antiguos filósofos se aplicaba á todo lo que ahora llamamos bueno, justo, loable, útil á la sociedad. En efecto, todas estas cosas merecen *honor* que es la raiz de *honesto*. Si es cierto, pues, que solo á la virtud debe tributarse honor, cierto será tambien que las voces *hombre de bien y hombre de honor* son sinónimas. Los mismos filósofos llamaban vergonzoso (*turpe*) á lo que llamamos malo, perjudicial. En virtud de este principio tan fundado en la razon como en las reglas del idioma, la venganza feroz, el homicidio, lejos de ser acciones honrosas, son escesos que deben llenar de infamia y de vergüenza al que los ejecuta.

«El desprecio de la reputacion, dice Tácito, trae consigo el desprecio de la virtud.» Es natural en el hombre desear el aprecio y la buena fama: solo un insensato puede desaprobar este sentimiento, el cual es un poderoso estímulo para escitarnos á hacer bien á los hombres. Solo es digna de vituperio esta pasion cuando tiene por objeto lo que no merece aprecio, ó cuando los medios que emplea son destructores del órden social.

Antonino decia que no se deben desear las alabanzas de la multitud, sino las de aquellas personas que viven segun la naturaleza. Bien supo definir la gloria el que dijo que era la alabanza que dan los buenos, es decir, los que

piensan sanamente y son dignos de alabanza. Solo á la virtud deben tributar los hombres de bien su estimacion, y la virtud solo consiste en aquellas disposiciones que pueden contribuir al bien de los seres de nuestra especie. La gloria es el patrimonio de los que proporcionan grandes bienes á la especie humana; mas no de los que la afligen y conturban. ¡Cuántos hay que han conseguido el dictado de héroes, y que no son nada á los ojos de aquellos que tienen ideas exactas de la gloria! Pero los grandes crímenes ejercen tan poderoso influjo en la imaginacion del vulgo, que muchas veces acata los atentados mas execrables; y de aqui ha resultado que sean colocados en el número de los dioses unos mónstruos que ni aun el nombre de hombres merecian. De tal modo se trastornan y embriagan los pueblos con las preocupaciones, que admiran al que les está haciendo daños horrorosos. La admiracion que se tributa á los héroes de esta especie indica perversidad, bajeza ó estupidez.

Un conquistador se imagina que sus hazañas le conducirán al templo de la gloria; empieza su carrera robando provincias y reinos, y para conseguir un fin tan honesto arruina sus propios estados, sacrifica sus súbditos para esterminar despues á los agenos. La razon no ve en un héroe de alta clase sino un bandido, un perverso sin honor. El sensato Plutarco observa con razon que el sobrenombre de *justo* que se dió á Arístides y que él llama *real y divino*, no era el que deseaban los grandes reyes del Asia. «Mas bien, dice, quieren llamarse conquistadores, rayos de la guerra, vencedores; y aun algunos han visto con satisfaccion que se les apellida *águilas y buitres*, prefiriendo el vano honor de estos títulos que solo indican fuerza y poder, á la sólida gloria que da la virtud.»

El conquistador verdaderamente digno de aprecio es el que se doma á sí mismo y sabe poner un freno á sus pasiones. No sé quien ha dicho que la moral no se entendia con los héroes, en cuyo caso es necesario decir que un héroe no es mas que una bestia feroz que no debe gobernar á los hombres ni vivir con ellos. Los que tienen la bajeza de alabar á estos mal llamados grandes hombres, cuya gloria consiste en pasear el carro de la victoria sobre las naciones aniquiladas, los estimulan al crímen, y unos y otros merecen la infámia.

CAPITULO XI.

DE LA TEMPLANZA. — DE LA CASTIDAD. — DEL PUDOR.

Las pasiones son efectos naturales de la organizacion de los hombres y de las ideas que tienen ó adquieren de la felicidad; pero si el hombre es un ser racional y social, debe tener ideas verdaderas de su bienestar, y debe tratar de conseguirlo por medios compatibles con los intereses de aquellos con quie-

nes le ligan los vínculos sociales. Un insensato que cede á los ciegos impulsos de la pasion, no puede llamarse social, racional, ni inteligente. El ser inteligente es el que toma justas medidas para conseguir su felicidad; el ser social es el que sabe conciliar su bienestar con el de sus semejantes; el ser racional es el que distingue lo verdadero de lo falso, lo útil de lo dañoso, y que sabe que debe poner un freno á sus deseos. El hombre no será nunca lo que debe ser si no observa moderacion en su conducta.

La templanza es el hábito de contener los deseos, los apetitos, las pasiones dañosas al que las posee y á los demas hombres. Esta virtud como todas se funda en la equidad. ¿Qué sería de una sociedad en que fuera lícito á cada cual seguir sus mas desarreglados caprichos? Si por mi propio interés debo desear que los hombres resistan á mi voluntad desordenada, tambien debo reconocer en los otros el derecho de exigir que mi voluntad se encierre en los límites que el interés general prescribe.

Hemos visto que el hombre aislado por su propia conservacion y por su interés durable debe negarse á satisfacer sus apetitos desordenados. ¡Cuánto mayor será esta obligacion en la vida social, en que sus acciones influyen en un gran número de seres que ejercen en él una reaccion positiva y eficaz! Si los escesos del vino son perjudiciales á todo el que á ellos se entrega, mucho mas perjudiciales le serán en la sociedad en que estos escesos le esponen al desprecio y pueden, al mismo tiempo que turban su razon, esponerle á cometer acciones que las leyes castigan.

Para inspirar al hombre esta preciosa virtud de la templanza, algunos moralistas severos le prescriben la privacion total de todos los placeres, y aun exigen que huya de ellos y que los aborrezca. Si el hombre siguiese máximas tan ásperas, estaria en guerra contínua con su propia naturaleza, y se convertiria en un misántropo enemigo de sí mismo y desagradable á la sociedad.

No hay duda que los apetitos del hombre deben sujetarse á la razon: por todas partes halla razones para creer que hay placeres de que debe privarse por su propio bien, pues podrian acarrearle consecuencias terribles á sí mismo y á los demas hombres. De estos placeres seductores debe precaverse siempre el hombre social: esas pasiones injustas y criminales son las que debe combatir sin cesar á fin de contraer el hábito de resistirlas.

El hábito en efecto nos hace fáciles las cosas que desde luego nos parecen imposibles. Uno de los principales objetos de la educacion deberia ser acostumbrar desde muy temprano á los hombres á resistir á los impulsos inconsiderados de sus deseos por miedo de los efectos que de ellos pueden resultar.

El orígen de la templanza es el temor de desagradar á los otros, y de hacerse mal á sí mismo; este temor convertido en hábito basta para equilibrar los esfuerzos de las pasiones que

pueden inducirnos al mal. El hombre que no es susceptible de este temor, no es capaz de reprimir los movimientos de su corazon, y así es que el que se halla colocado en una situacion en que tan saludable temor se debilita ó se disipa, es el que mas perjuicio irroga á la sociedad, Un temor justo y bien fundado de los seres que nos rodean y cuyo influjo en nuestra felicidad conocemos, constituye al hombre verdaderamente social, y le prescribe como obligacion la templanza. Por ella se acostumbra á reprimir las efervescencias repentinas de la cólera ó del odio contra los objetos que se oponen á sus deseos. Por ella se enseña á privarse de los placeres deshonestos, esto es, de los que podrian hacerle odioso ó despreciable en la sociedad. Por ella resiste á las seducciones del amor, pasion que produce tantos estragos en los hombres.

La castidad que resiste á los deseos desarreglados del amor, es una consecuencia de la templanza y del temor de los efectos de la incontinencia. La pasion natural que mueve á un sexo á unirse con el otro es una de las mas violentas en muchos hombres, pero la esperiencia y la razon demuestran cuán peligroso es entregarse á esta clase de apetitos, Las leyes de casi todas las naciones, las opiniones de la mayor parte de los pueblos cultos conformes en esta parte con la naturaleza y con la recta razon, han puesto trabas al amor desarreglado para evitar los desórdenes que podria ocasionar en la sociedad. En las mismas ideas se funda la admiracion que se ha tributado á la continencia absoluta, al celibato, á la privacion total de los placeres legítimos del amor, suponiendo que son otras tantas perfecciones, otros tantos esfuerzos de una virtud sobrenatural.

Los pensamientos inflaman los deseos, enardecen la imaginacion y dan actividad á las pasiones: de donde se infiere que la templanza nos prescribe poner un freno á nuestros pensamientos, desterrar de nuestro espíritu los que pueden despertar ideas impuras, capaces de irritar los deseos de los objetos cuya adquisicion nos está prohibida, Es cierto que meditando sin cesar sobre el placer que un objeto puede causarnos, y que la imaginacion exagera, no hacemos mas que avivar nuestros deseos, darles nuevas fuerzas, convertirlos en hábitos y en necesidades imperiosas que dificilmente pueden domarse en lo sucesivo, «La templanza, dice Demófilo, es el vigor del alma.» Ella supone la fuerza que siempre mereció la consideracion de los hombres.

Estas reflexiones nos conducen á considerar de cuánto precio es el pudor, el cual puede definirse el temor de encender en sí mismo ó en los otros pasiones peligrosas con la vista de los objetos capaces de escitarlas.

No ha faltado quien diga que el sentimiento del pudor no tiene mas fundamento que la preocupacion, las ideas sobre que los hombres se han puesto de acuerdo, los usos de los pueblos cultos; pero el que examine despacio este sentimiento, verá que el pudor se funda en la razon natural, la cual nos dice que si el deleí-

te y el libertinage son capaces de producir los mayores estragos en la sociedad, es evidente que el interés de esta misma sociedad exige que se cubran con esmero los objetos que pueden despertar deseos criminales. Si se nos cita el ejemplo de los salvages que van desnudos, y que no tienen la menor idea del pudor, diremos que los salvages, cuya razon està tan atrasada, no pueden de ningun modo servir de modelo. El impúdico Diógenes decia que el pudor es el color de la virtud.

Por la misma razon la templanza que pone un freno á nuestras acciones y pensamientos, lo pone tambien á nuestras palabras, y condena las espresiones impúdicas, los escrítos obscenos, cuyo efecto inmediato es asustar el pudor y presentar imágenes lascivas capaces de irritar los deseos.

El cinismo y el estoicismo no tuvieron otro objeto al prescribir á sus sectarios la privacion de los placeres y de las comodidades de la vida, que acostumbrarlos á la templanza. Por la misma razon Pitágoras impuso un silencio rigoroso á sus discípulos. Por último, solo con el fin de debilitar las pasiones de los hombres, algunas sectas religiosas han impuesto como obligaciones sagradas la abstinencia, el ayuno, la mortificacion, cuyo efecto natural es acostumbrar á la templanza y á la privacion de cuanto puede estimular los apetitos. Si ha habido legisladores estravagantes que han dado una escesiva latitud á estos pretestos, cierto es sin embargo que se fundan en un principio racional. La medicina nos hace ver que la dieta y el ayuno son remedios seguros para un gran número de enfermedades. La abstinencia total de vino mandada por el Alcoran preservaria á los musulmanes, si la observasen fielmente, de muchas desgracias á que estan espuestos los que se dan á la embriaguez.

Las virtudes que pasan la línea de la moderacion dejan de ser virtudes y se convierten en locuras. Las ideas de perfeccion cuando nos incitan á destruirnos son falsas, y provienen del orgullo que aspira á elevarse sobre la naturaleza humana, ó bien nacen de una imaginacion desarreglada. La verdadera templanza es compañera de la moderacion, que es la que nos hace evitar toda clase de escesos. La verdadera moral siempre guiada por la razon y por la prudencia, exige del hombre que viva segun su naturaleza, y que no aspire á hacerse superior á ella; sabe que los preceptos demasiado rigorosos son inútiles para la mayor parte de los mortales, y solo forman entusiastas, orgullosos ó hipócritas malvados. Los penitentes de la India son unos impostores y no abnegados ni sóbrios. El fanático que cifra la perfeccion en debilitarse y en destruirse poco á poco, llega á ser un miembro inútil de la sociedad.

CAPITULO XII.

DE LA PRUDENCIA.

El hombre que vive en sociedad está obligado á concertar sus movimientos con los de los seres que le rodean porque necesita de su ayuda, de su afecto y de su estimacion, y debe emplear los medios que puedan conciliárselas. Esto es lo que constituye la prudencia que se coloca en el número de las virtudes, y que no es mas que la prudencia y la razon aplicadas á la conducta de la vida. La prudencia puede ser definida el hábito de emplear los medios mas conducentes para conciliarnos la benevolencia y los socorros de los otros hombres y de evitar todo lo que puede serles molesto y desagradable. La esperiencia fundada en el conocimiento de los hombres nos hace prudentes, es decir, nos indica los medios que hemos de emplear para serles gratos, y lo que es necesario evitar para no perder su afecto y su estimacion, de que tan contínua necesidad tenemos.

La justicia es la base de la prudencia como lo es de todas las otras virtudes. Perpétuamente espuestos á llevar con impaciencia las imprudencias, los arrebatos, las faltas y los caprichos de los otros hombres, nos vemos obligados á inferir que una conducta que nos desagrada en ellos, debe necesariamente desagradarles en nosotros, y ser un obstáculo á los sentimientos que deseamos inspirarles.

La circuspeccion, que segun la etimología, consiste en mirar en torno de sí, en fijar la atencion en los seres que nos rodean, es una cualidad necesaria á todo el que quiere vivir en sociedad. El hombre precipitado olvida que vive con otros hombres cuyos derechos debe respetar, con cuyo amor propio debe tener ciertas consideraciones, cuya benevolencia debe cautivarse; obra como un insensato que con los ojos cerrados se precipitaria en la muchedumbre, dando encontrones á todos los presentes, sin pensar que se espone á los golpes de aquellos cuya cólera está provocando.

Tal es la situacion del malo: armado contra todos, está espuesto á los golpes de todos. La imprudencia, la imprevision, el atolondramiento, frutos ordinarios de la ligereza, de la disipacion, de la frivolidad, son fecundos manantiales de contratiempos y de desazones.

El hombre social debe reflexionar, debe observarse á sí mismo, debe pensar en los otros. Si la felicidad es un objeto que merece nuestra atencion, cierto es que cada uno de nosotros tiene el mayor interés en reflexionar lo que hace, en pesar todas sus determinaciones, en examinar si el camino que sigue puede conducirle al término que se propone. El tumulto de los placeres, la disipacion contínua, una vida demasiado agitada son otros tantos obstáculos que se oponen al desar-

rollo de la razon humana. La frivolidad, la ligereza, el descuido, son disposiciones perjudiciales porque nos impiden consagrar á los objetos que mas nos interesan el tiempo que damos al placer y á la diversion. Este es el orígen verdadero de la mayor parte de los males que aquejan nuestra vida. Hay muchos hombres que viven en una infancia perpétua, y mueren sin haber llegado á una madurez moral. Hemos llegado á unos tiempos en que la gravedad de las costumbres parece una cosa ridícula é inoportuna: nadie considera sériamente lo que hace; nadie se ocupa en los objetos mas necesarios á su felicidad durable; cada cual piensa en proporcionarse distracciones pasageras, sin tratar de establecer un sólido bienestar.

«La gravedad, dice el ilustre Diderot, es el baluarte de las costumbres públicas; por eso el vicio empieza conmoviendo á aquella para destruir estas con mas facilidad.» La gravedad en las costumbres es una atencion dirigida á sí mismo, y fundada en el temor de hacer por falta de reflexion acciones capaces de ofender à los seres con quienes vivimos. Esta especie de gravedad es el fruto de la esperiencia ó de una razon ejercitada: conviene á todo ser verdaderamente social, que para merecer la benevolencia de los otros debe medir su conducta y sus palabras, y manifestar en su compostura que presta la atencion necesaria á los objetos que la merecen. La gravedad llega á ser ridícula, y se convierte en afectacion cuando, fundada en una vanidad pueril, trata con la mayor importancia las mas despreciables pequeñeces. Entonces no merece mas que desprecio, porque exige que se tribute respeto á cosas poco dignas de emplear la atencion de unos seres racionales. La gravedad decente y oportuna es la que hace respetar los objetos que realmente importan á la sociedad: ella indica que nos sabemos respetar á nosotros mismos y á los hombres con quienes vivimos. En este caso se apoya en la prudencia, ó en el justo temor de perder la buena opinion de aquellos con quienes tenemos relaciones.

En el uso comun sucede con frecuencia que se confunde la prudencia con la astucia, con el arte muchas veces reprensible de conseguir lo que se desea. La verdadera prudencia es la eleccion de los medios necesarios para hacernos dichosos en el mundo. Ulises era un impostor y no un hombre prudente.

CAPITULO XIII.

DE LA FUERZA. — DE LA GRANDEZA DE ALMA. — DE LA PACIENCIA.

Los moralistas antiguos y modernos han llamado virtud á la fuerza. Algunos han dado este hombre al valor militar, al denuedo que arrostra los peligros y la muerte cuando se trata de los intereses de la patria. Esta dis-

posicion es sin duda alguna útil y necesaria; por consiguiente es una virtud cuando tiene realmente por objeto la justicia, la conservacion de los derechos de la sociedad, la defensa de la felicidad pública; pero la fuerza no es una virtud cuando cesa de tener por base la justicia, cuando se presta á designios inícuos, cuando viola los derechos de los hombres. El valor ó la fuerza de un romano que vemos condecorada con el título de virtud por escelencia, no era mas que un atentado contra los derechos mas santos de todos los pueblos de la tierra. Bajo este punto de vista ha dicho con razon Voltaire, que el valor no es una virtud sino una cualidad feliz, comun á los malvados y á los grandes hombres. Caton ha dicho en el mismo sentido, que hay mucha diferencia entre estimar la virtud y despreciar la vida.

La fuerza es, segun los estóicos, la virtud que combate en favor de la justicia: de lo que se infiere que no puede darse el nombre de virtud á la fuerza de los conquistadores, ni á la de otros tantos hombres á quienes ha dado celebridad la historia. La fuerza del hombre de bien és el vigor del alma, firme en el amor de sus obligaciones é inviolablemente consagrada á la virtud: es una aptitud hija del hábito y de la razon á defender los derechos de la sociedad y á sacrificarle los mas preciosos intereses personales. Las almas penetradas del amor del bien público son susceptibles de un feliz entusiasmo, de una pasion tan vehemente que las arrebata y las hace olvidarse de sí mismas. Los corazones que arden en deseo de gloria no ven mas que este objeto y se inmolan por conseguirlo. El temor de la ignominia suele tener mas poder que el de la muerte. Estas disposiciones se hacen habituales por el ejemplo y por la opinion pública, que dando contínuas fuerzas á las imaginaciones ardientes, las determinan á practicar acciones que suelen parecer sobrenaturales.

Todos los miembros de la sociedad no son susceptibles de este loable ardor, de esta grandeza de alma que no escluye el raciocinio: el valor militar de la mayor parte de los hombres que se consagran á las armas, no es mas que efecto de la imprudencia, de la ligereza, de la temeridad, de la rutina. Las ideas del bien público, de justicia, de patria son nulas para ellos. Poco acostumbrados á reflexionar sobre objetos demasiado vastos para tan frívolos espíritus, combaten ya por temor del castigo, ya por no deshonrarse á los ojos de sus compañeros, cuyo ejemplo los arrastra.

Si el valor militar no es igualmente necesario á todos los miembros de una sociedad, no por esto dejan de ser cualidades muy útiles en todos los estados de la vida el ánimo, la firmeza y la paciencia. La templanza, como ya hemos visto, supone la fuerza de resistir á nuestras pasiones, y de reprimir los impulsos de nuestros deseos desarreglados. Se necesita un cierto grado de fuerza para perseverar en la virtud, la cual en muchas circunstancias parece contraria á nuestro interés.

La fuerza, la constancia y la firmeza serán siempre miradas como dispo-

siciones loables en los seres de nuestra especie. Las mugeres aborrecen á los cobardes, y esto nace de que necesitan protectores. Todos los hombres admiran la fuerza de alma cuando llega hasta el punto de hacer grandes sacrificios, y en general solo amamos aquellos hombres con cuya constancia y firmeza podemos contar. Por la misma razon, la pusilanimidad, la debilidad, la inconstancia nos desagradan: para el trato social buscamos hombres en quienes suponemos un carácter sólido, capaz de resistir á las seducciones momentáneas que alejan á los otros del fin que se proponen.

De tal modo aprecian los hombres la fuerza que la admiran hasta en el crímen; y este es el orígen, como ya lo hemos visto, de la admiracion que los hombres tributan á los destructores del género humano. En general todo lo que muestra gran vigor, gran firmeza, gran tenacidad parece sobrenatural al vulgo que se cree incapaz de tanto esfuerzo.

Tal es sin duda el orígen de la veneracion que escitan en él las grandes austeridades, los géneros de vida estraordinarios, las singularidades por cuyo medio los fanáticos y los impostores cautivan la atencion general. En una palabra, todo lo que indica fuerza física ó moral causa estrañeza y admiracion. «Los hombres, dice un filósofo, solo creen que hay utilidad donde hay dificultad y trabajo, y recelan de lo que es facil.» Por esto son tan admirados ciertos esfuerzos que no prueban virtud, y por esto la moral austera y á veces insocial de los estóicos, ha escitado la veneracion de los antiguos y de los modernos.

La fuerza solo puede merecer el título de virtud cuando es util ó cuando da consistencia á otras virtudes. La fuerza y la firmeza en cosas que no son de utilidad alguna, solo prueban una pueril vanidad: la firmeza en las cosas dañosas ó desagradables proviene de un culpable orgullo y merece desprecio. La verdadera fuerza es la firmeza en el bien: la tenacidad es la firmeza en en el mal. La obstinacion, la aspereza en el carácter, la dureza, un humor implacable, la falta de condescendencia, la groseria, son vicios reales, con los cuales los hombres limitados se figuran que pueden hacerse acreedores á la estimacion general: estas disposiciones que causan estragos y desazones á los hombres, emanan de un orgullo ridículo y mezquino. Rendirse á la razon, no resistir jamas á la equidad ni al impulso noble del corazon, respetar los usos fundados en la razon, someter el amor propio al de los otros, son prendas que nos hacen amables, y que indican mas dignidad y mas fuerza que una inflexibilidad feroz ó que una necia vanidad. La verdadera fuerza es la que nunca se doblega cuando se trata de defender los derechos de la virtud; mas para ser digna de elogios debe ir acompañada de cierta timidez que huye de desagradar á los otros, de ofenderlos, de perder su cariño y su estimacion. Esta especie de timidez es muy compatible con el valor, con la grandeza de alma y con la fuerza: es la verdadera custodia de las virtudes.

Plutarco dice que los que son mas

medrosos y tímidos con respecto á las leyes, son por lo comun los mas valientes é intrépidos en presencia del enemigo; y los que mas temen la mala reputacion, menos temen los trabajos, las penas y las heridas.

La verdadera grandeza de alma supone virtud, sin la cual no sería mas que una vana presuncion. La justa confianza en las facultades propias es la que hace emprender grandes cosas, sin que la intimiden los obstáculos que tan espantosos parecen á los hombres vulgares. La grandeza de alma, fundada en la conciencia de la propia dignidad, hace al hombre virtuoso superior á las injurias, á las afrentas, á las murmuraciones que turban y abaten á los pusilámines. Segun Plutarco, los espartanos, tan famosos por su brio, pedian á los dioses en sus oraciones la fuerza de soportar las injurias: la grandeza de alma las perdona; superior á la envidia, á la maledicencia, á la calumnia, ella desprecia sus tiros impotentes, porque sabe que son incapaces de herirla y de turbar su serenidad. La grandeza de alma es franca y verdadera, porque fortificada en el convencimiento de su mérito propio, no conoce la necesidad de engañar y de servirse de ardides y astucias: medios viles propios tan solo de la flaqueza. La grandeza de alma es benéfica y generosa, porque necesita cierta energía para sacrificar sus intereses á los agenos.

La grandeza de alma da á las acciones del hombre inviolablemente consagrado á la virtud, el vigor que se mira generalmente como un heróico desinterés. «Por ella, dice Séneca, el hombre se goza en la mala opinion que otros tienen de él, cuando sabe que esta mala opinion proviene de una buena accion.» La conciencia segura y tranquila del hombre de bien le hace superior á los juicios del público, y le indemniza de sus iniquidades. El hombre virtuoso parece mas grande á todos cuando soporta con valor las injusticias de la suerte. Entonces mide sus fuerzas con las del destino, y lucha con él à brazo partido. Séneca dice que «no hay espectáculo mas digno de los dioses y de los hombres que el hombre de bien peleando con la suerte.» Mas este espectáculo, indigno sin duda de los dioses que son dueños y señores de la fortuna, debe interesar vivamente á los mortales que tan espuestos estan à sus golpes.

A la fuerza ó grandeza de alma se debe la paciencia, esta prenda llamada pequeñez ó bajeza por muchos que se creen valientes sin serlo. Los hombres deben fortificar sus almas y prepararse de antemano á soportar los males que asedian contínuamente la vida. ¿Qué sería de la sociedad si los que la componen no pudiesen tolerarse unos á otros? Luego la paciencia es una virtud social: ella nos pone en estado de sostener las desgracias de la fortuna, los defectos y flaquezas de los hombres y los infortunios de la vida.

En las contínuas vicisitudes á que estan sujetas las cosas humanas, no hay cosa mas necesaria que estar preparado á sostenerlas con firmeza. «Gran desgracia es, decia Anacarsis, no poder

sufrir ningun mal: es necesario padecer, para padecer menos." En efecto, el que se entrega á contínuos movimientos de impaciencia, el que se irrita al menor obstáculo, no alivia su pena sino que la aumenta; emponzoña á cada instante las heridas que el tiempo podria aliviar. El hombre impaciente es muy desgraciado en la sociedad que le está suministrando á cada paso motivos de incomodidad y de mal humor. El que no tiene paciencia es un hombre débil, cuyo bienestar depende del primero que quiere atormentarle.

La paciencia es madre de la indulgencia tan necesaria, como en breve veremos, en todas las circustancias de la vida. Hay hombres que movidos por una insensata vanidad creen que no deben sufrir nada, y cifran en esto su gloria; pero la esperiencia diaria nos enseña que el hombre suave y paciente inspira un interés general y es mucho mas estimado que el que se deja llevar por la cólera. Sería muy importante que la ferviente juventud se acostumbrase á refrenar la impaciencia, á someterse á la necesidad, contra la cual es inútil rebelarse, preparándose de este modo á resignarse á las calamidades de que nadie está exento.

En una palabra, la fuerza es una virtud que sirve de apoyo á todas las otras. La firmeza es absolutamente necesaria en una sociedad corrompida. Los hombres bajos y pusilánimes no hacen mas que tropezar en los senderos de la vida. Se necesita una audacia generosa para anunciar la verdad. Los que deberian amarla y seguir sus pasos son por lo comun sus mas implacables enemigos.

CAPITULO XIV.

DE LA VERACIDAD.

Sócrates decia que la virtud y la verdad son una misma cosa. Wollaston reduce todas las ideas del bien y del mal moral á la verdad y á la mentira: idea en que hay mas sutileza que exactitud. Séneca es de opinion que el bien está siempre unido con la verdad; porque si no fuera verdadero no seria bien sino apariencia de bien. «La verdad, dice Píndaro, es el fundamento de la mas sublime virtud.»

En efecto, si es cierto que la verdad es para el hombre una necesidad urgente, si es utilísima á todo el género humano, si es el objeto de las investigaciones del ser racional, parece que los moralistas debieran haber colocado la veracidad en el catálogo de las virtudes sociales. Nosotros la definimos una disposicion habitual á manifestar á los hombres lo que es útil y necesario á su felicidad.

Esta virtud como todas las demas se deriva de la justicia; pues se funda en el pacto social que nos obliga á contribuir al bienestar de nuestros semejantes, obligacion que no podemos desempeñar sino es ayudándolos con

nuestros consejos, con nuestra esperiencia, con nuestras luces. Todo hombre social debe decir la verdad á los otros individuos de la sociedad de que es parte, por la misma razon que está obligado á socorrerlos, esto es, á fin de tener el derecho de ser socorrido por ellos.

El que engaña se parece al que pone en circulacion una moneda falsa. El que se niega á comunicar á sus semejantes verdades útiles, puede compararse al avaro que no participa con nadie su tesoro. Los hombres no aman la verdad sino porque les es útil, y dejan de amarla cuando la creen contraria á sus intereses. Mas nuestros estravíos provienen comunmente de que ciframos la idea de la utilidad en cosas dañosas, y por consiguiente la idea de la verdad en lo que equivocadamente creemos útil. Decir la verdad à los hombres es enseñarles lo que es real y constantemente útil á su bienestar, y no lo que solo es útil en virtud de una preocupacion.

Las verdades que vulgarmente se llaman peligrosas son las que se oponen á las preocupaciones públicas; mas estas verdades no por esto dejan de ser útiles, puesto que las mayores calamidades de las naciones se deben á opiniones falsas, á preocupaciones funestas de que ellas mismas son víctimas. Cualquiera que hubiera dicho en Roma que un pueblo conquistador no es mas que una cuadrilla de detestables bandidos, hubiera pasado por insensato, y el Senado ambicioso lo hubiera condenado como perturbador del reposo público y enemigo de la patria. Sin embargo, á los ojos de todo hombre virtuoso este intrépido ciudadano hubiera parecido un verdadero amigo de la paz, del género humano y aun de los mismos romanos, á quienes trataba de preservar de las bárbaras é injustas preocupaciones á que todos los dias se sacrificaban.

Los magistrados de Amíclea, cansados de las falsas noticias que corrian sobre el próximo asedio de aquella ciudad, prohibieron con pena de muerte que se hablase mas de este asunto. Merced al silencio impuesto por esta ley, los enemigos vinieron en efecto, tomaron la ciudad y esterminaron á los habitantes: no hubo un ciudadano que tuviese la generosidad de prevenir á su patria del peligro que la amenazaba. ¿Hubiera sido culpable el que despreciando una ley estravagante hubiera anunciado denodadamente una verdad peligrosa, pero necesaria al bien de sus conciudadanos?

La veracidad solo puede llamarse virtud cuando descubre á los hombres objetos necesarios á su ventura, á su conservacion, á su felicidad permanente. Cesa de ser útil y se convierte en mal, cuando los aflige sin provecho ó cuando hace daño à sus intereses reales. Si yo noticio de repente á una madre tierna, sensible, enferma, que su hijo querido está en peligro de morir, estando ella en la imposibilidad de salvar sus dias, le digo una verdad inútil y dañosa, le causo un mal real, le doy la muerte. Si un tirano envia unos asesinos para degollar á mi amigo virtuoso, ¿estoy obligado á descubrirles que este amigo se ha refugiado

en mi casa? No por cierto: sería un crímen descubrir la verdad á los hombres perversos que se hacen ministros del enemigo de la sociedad. Solo debe decirse la verdad cuando es útil; y siempre es inútil á los malvados.

La prudencia, la razon, la justicia deben distinguir las verdades que se deben decir de las que se deben callar ó disimular; las útiles de las inútiles y peligrosas. Es un crímen ocultar toda verdad que propende al bien de la sociedad. Toda verdad que sin ser provechosa á la sociedad, puede ser dañosa á uno de sus individuos, es perjudicial.

La verdad aplicada á la conducta se llama rectitud, buena fé, franqueza, sencillez, candor y fidelidad. Todas estas disposiciones son apetecibles en la vida social. El hombre recto puede aspirar á la estimacion y á la confianza de todos los que tienen relaciones con él. Los impostores mas descarados desean hallar en los otros las prendas de que estan desprovistos. Querer conocer á los hombres, es desear saber sus disposiciones verdaderas; los que dan muestras de candor, de sencillez; los que tienen, como se suele decir, el corazon en los labios, son muy apreciables en el comercio de la vida. Miramos con recelo á todo hombre sombrío y tétrico porque ignoramos los medios de tratar con él: los caractéres francos gustan generalmente, y á veces, en favor de esta franqueza, cerramos los ojos sobre los defectos de las personas que la poseen. Si la buena fé y la veracidad escasean tanto, es porque desde los mas tiernos años nos acostumbramos á la mentira, al disimulo, á la falsedad: despues los vicios y las malas disposiciones del corazon parece que fuerzan á los hombres á mostrarse enmascarados. El hombre de bien es el que no teme mostrarse à cara descubierta. «El que procede con sencillez, dice un sábio, procede con confianza.»

CAPITULO XV.

DE LA ACTIVIDAD.

La virtud debe ser activa: las virtudes contemplativas son inútiles á la sociedad cuando no puede esperimentar sus efectos saludables. Todos los moralistas confiesan que la ociosidad y la pereza son disposiciones despreciables y que conducen infaliblemente al vicio. El interés de la sociedad exige que cada uno de sus miembros contribuya segun su poder á la prosperidad comun. Era pues natural que se hubiese clasificado como virtudes la actividad, la ocupacion, el amor al trabajo, en el cual solo se puede hallar el medio mas justo y mas honrado de subsistir, ó á lo ménos de sustraerse al fastidio, implacable tirano de todos los ociosos.

Esto supuesto, definirémos la actividad una disposicion habitual á contribuir por nuestro trabajo al bien de la sociedad. Séneca compara con mucha exactitud la sociedad á una bóve-

da sostenida por la presion recíproca de las piedras que la componen. Cada cuerpo, cada órden de ciudadanos, cada familia, cada individuo debe á su modo contribuir á sostener el conjunto, en el cual, para seguir la comparacion del filósofo, no debe haber piedras sueltas, siendo el legislador la clave que sostiene á cada una de ellas en su lugar. El monarca debe atender á todo; sus ministros llevan adelante sus miras; los magistrados hacen observar las leyes; los grandes y los poderosos deben sostener á los débiles; los ricos deben auxiliar á los pobres; el cultivador debe alimentar á la sociedad; el sábio y el artista deben ilustrarla y facilitar sus trabajos; el soldado defiende á los que le mantienen.

El hombre desocupado é inútil que no hace nada en favor de la sociedad, no tiene el menor derecho á las ventajas de la vida social, á la estimacion, á los honores, á las distinciones: estas recompensas solo son debidas á aquellos hombres de quienes la patria saca algunas ventajas. Así es como los intereses particulares se hallan esencialmente unidos con el interés general, y nunca pueden ser separados de él.

Estas reflexiones naturales manifiestan lo que debemos pensar de esos moralistas inconsiderados que aconsejan á los seres sociales convertirse en salvages, apartarse de la sociedad, encerrarse en sí mismos y no tomar la menor parte en el bien general de la sociedad á que pertenecen. Una moral mas sensata prescribe á todo ciudadano que contribuya segun sus fuerzas á la utilidad pública. La sábia política llama á todos los ciudadanos al servicio del estado: guiada por la justicia, no concede galardon alguno sino es al que se distingue de los otros por su actividad, por su talento, por méritos reales y útiles.

En una sociedad justa y bien constituida, no debe ser lícito á nadie aislarse ni vivir sin producir utilidad alguna. Solo se ve en las sociedades corrompidas que el hombre de bien, exasperado y desechado por la injusticia, se encierre y concentre en sí mismo. Una nacion sometida á la tiranía, puede ser comparada á una bóveda hundida por el peso de su clave, y cuyas piedras se han disuelto y separado. En este edificio arruinado no se ve ligazon ni conjunto; los cuerpos son enemigos unos de otros; cada cual vive para sí; los ciudadanos se dispersan; no hay espíritu público; todos los corazones se envuelven en una profunda indiferencia; el sábio se cubre tristemente con el manto de la filosofía, y se reduce á gozar en el círculo estrecho de sus semejantes el bienestar que fuera de él buscaría en vano.

La ambicion es una pasion loable, noble y justa cuando está escitada por la idea de la consideracion que se debe á los que hacen grandes servicios á la patria. Esta pasion es legítima cuando la acompañan la capacidad y la voluntad de hacer felices á un gran número de hombres; pero es muy digna de censura cuando solo se propone el egercicio de un poder injusto; es baja cuando solo quiere egercerlo sobre hombres desgraciados, ó aprovecharse de los restos del naufragio de la pa-

tria. La inaccion y el retiro son obligaciones para el hombre de bien siempre que se halla en la imposibilidad de ser útil; la actividad solo puede llamarse virtud cuando contribuye á la utilidad general.

Reflexionando sobre estos principios, fácilmente se podrán descubrir las causas de la mayor parte de los desórdenes que vemos reinar en las sociedades. Como la política no se propone por lo comun sino los viles intereses de los que la manejan, todos los que participan del poder solo tratan de convertirlo en su propia ventaja. La virtud y los talentos, escluidos de los altos puestos, se arrinconan y descaecén en la inaccion. La sociedad se llena de malvados que no son activos sino para hacerle daño, y de gentes desocupadas que para aligerar el peso del fastidio no buscan mas que placeres frívolos y vicios vergonzosos. Así es como los zánganos maléficos devoran contínuamente la miel de la colmena, á cuyo bien no contribuyen, y en el cual no estan de ningun modo interesados.

Escitar los ciudadanos al trabajo, emplearlos segun las disposiciones de cada cual, prohibirles el permanecer ociosos y el aprovecharse sin hacer nada de los trabajos comunes, tales deberian ser los objetos de una sábia política. Todo hombre que trabaja es un ciudadano digno de aprecio; todo hombre que vive en la inaccion es un miembro inútil, que por sus vicios no tardará en hacerse incómodo á sus conciudadanos. Es necesario haber trabajado para tener derecho á gozar las dulzuras del reposo. El reposo contínuo es un estado que cansa al hombre. La inaccion pone enfermo el ánimo, así como la falta de egercicio llena el cuerpo de dolencias.

CAPITULO XVI.

DE LA SUAVIDAD.—DE LA INDULGENCIA.—DE LA TOLERANCIA.—DE LA CONDESCENDENCIA.—DE LA URBANIDAD.—DE LAS PRENDAS AGRADABLES EN LA VIDA SOCIAL.

De las virtudes sociales que acabamos de examinar emanan aquellas prendas que hacen amables á los que las poseen, y cuya falta suele ser funesta á la armonia social y á la comodidad de la vida. Estas prendas son verdaderamente útiles á la sociedad, puesto que su efecto natural es ligar mas y mas á los individuos que la componen. No son rigorosamente hablando virtudes; pero nacen de las virtudes, y como ellas se fundan en la justicia, la cual nos dice que debemos procurar hacernos amables si queremos que nos amen. Un ser verdaderamente social debe por su interés propio poseer ó adquirir las disposiciones capaces de conciliarle el apego de aquellos, cuyos sentimientos favorables contribuyen á su felicidad. Todo hombre que se ama verdadera-

mente debe desear que otros participen de este sentimiento. El hombre mas vano y mas presuntuoso se aflige cuando se ve privado de la aprobacion de aquellos mismos que desprecia.

La indulgencia y la suavidad son disposiciones muy necesarias en la vida social, pues que nos hacen sobrellevar las faltas y debilidades de los otros hombres. Fúndanse en la equidad, la cual nos hace conocer que para que se nos disimulen las faltas y miserias á que estamos sujetos, debemos disimular las que vemos en aquellos con quienes vivimos. La indulgencia es el fruto de una pasion razonada, del gran hábito de vencernos á nosotros mismos, y de resistir á la cólera que con tanta frecuencia nos escita contra las personas y cosas que nos incomodan. Esta disposicion proviene de la humanidad, virtud que, como ya se ha visto, nos hace amar á los hombres como son en sí. Por medio de la compasion hasta los malos nos inspiran lástima, porque vemos que ellos mismos son las primeras víctimas de sus criminales locuras.

La suavidad y la indulgencia verdaderas son frutos, aunque escasos, de la reflexion, de la esperiencia y de la razon. En los hombres vivos y sensibles son los mayores esfuerzos de la razon humana. Estas prendas no son espontáneas sino en un pequeño número de almas fuertes y tiernas al mismo tiempo, en quienes la naturaleza ha templado la fuerza de las pasiones. Las imaginaciones vivas, los ánimos impetuosos hallan en su temperamento obstáculos invencibles para esta clase de cualidades amables y tranquilas. La suavidad se apodera de todos los corazones: los hombres mas arrebatados le ceden y se dejan desarmar por ella.

Mientras mas ilustrado es el hombre, mas conoce la necesidad de la indulgencia. «La indulgencia, dice Helvecio, es una justicia que la débil humanidad exige de la sabiduría; pero como el conocimiento profundo del corazon humano nos lleva á la indulgencia, á desprendernos del odio, á adoptar los principios de una moral suave y dulce, de aquí nace que los hombres mas ilustrados son por lo comun los mas indulgentes." Los ignorantes y los necios son los hombres menos indulgentes del mundo. Al hombre realmente grande no incomodan las pequeñeces indignas de llamar su atencion, ni echa de ver las ridiculeces y defectos que son de tanta importancia para el vulgo. Los ignorantes estan privados de indulgencia porque no han reflexionado jamás sobre la fragilidad humana, y los necios porque ven en las necedades agenas, y sobre todo en las de los hombres de entendimiento, otros tantos motivos de vengarse de su superioridad. Es necesario haber nacido sensible y suave, es necesario tener una gran dosis de humanidad, y haberse acostumbrado á la moderacion, á la templanza, á la equidad, para adquirir esa indulgencia tan necesaria y tan escasa en la vida social.

La indulgencia considerada con respecto á las opiniones y á los errores de los hombres, se llama *tolerancia*. Consultemos la razon y veremos cuán necesaria es esta cualidad, y que no hay cosa mas tiránica ni mas insensata que

aborrecer y atormentar á nuestros semejantes solo porque no piensan como nosotros. ¿Está en manos del hombre tener ó no tener las opiniones que le han sido inculcadas desde la infancia, y que estan acostumbrados á mirar como esenciales á su ventura?

¿No es tan necio aborrecer á un hombre por sus errores, como por no haber nacido de los mismos padres, por no haber recibido las mismas ideas, por no haber aprendido el mismo idioma que nosotros? Las opiniones verdaderas ó falsas son hábitos contraidos desde la mas tierna edad y tan identificados con el que los ha recibido, que es por lo comun casi imposible desarraigarlos. Tan injusto es aborrecer á uno porque se engaña, como sería aborrecerle porque no tiene buenos ojos, ó porque sus alcances intelectuales no son desmedidos. Los errores de los hombres sobre aquellos objetos que juzgan serles muy importantes, son siempre involuntarios. Si se obstinan en las ideas que han adquirido es porque creen que hay peligro en mudarlas. Querer arrancárselas, es querer que renuncien á su felicidad por darnos gusto. El que hallándose con la fuerza en la mano violenta á otro para obligarle á adoptar sus propias opiniones, le concede el derecho de violentarle cuando sea mas fuerte. El mahometano persigue hoy al bracman y al cristiano; el bracman y el cristiano le perseguirán en su dia.

En una palabra, no hay cosa mas injusta, mas inhumana, mas estravagante, mas contraria al reposo de la sociedad que las persecuciones y los odios en materia de opinion. Quizás habrá quien diga que si las opiniones son peligrosas es necesario ahogarlas, esterminarlas en su principio; y nosotros responderemos que las opiniones solo son peligrosas cuando se procura hacerlas adoptar á los otros por medios violentos. El crímen está siempre en el primero que hace uso de la fuerza. El que quiere tiranizar merece que se le oponga la fuerza, y no puede quejarse si despues se emplean contra él las mismas armas que él ha empleado. Un agresor injusto puede ser justamente rechazado. Se dirá tal vez que el que profesa opiniones verdaderas tiene derecho de usar de la fuerza para traer á la verdad á aquellos que se han descarriado. Pero en materias de opinion cada cual está seguro de tener en su favor á la verdad; y si basta este convencimiento para creerse autorizado el hombre á obligar y á perseguir á los otros, claro es que todos los pueblos de la tierra, cada uno de los cuales cree gozar esclusivamente de la verdad, estarán autorizados á esterminarse unos á otros en defensa de sus respectivos sistemas. De todo esto se infiere que no hay cosa mas á propósito para hacer insociables á los hombres que la falta de tolerancia. Si hay hombre alguno que merezca ser privado de los derechos de la humanidad, es sin duda aquel que quisiera esterminar á todo el que no piensa como él.

Debiendo el hombre social por su propio interés tratar de hacerse agradable, la condescendencia decorosa debe ser mirada como una disposicion loable. Esta condescendencia de que hablamos es una aptitud habitual á

conformarse á las voluntades justas y racionales de los seres con quienes vivimos. El que no quiere prestarse á los deseos y á los placeres legítimos de los otros, manifiesta una índole insociable, y pierde todo derecho á la condescendencia de sus iguales. La condescendencia es uno de los vínculos mas suaves de la vida; ella supone la dulzura del carácter y la flexibilidad que acarrea el cariño de los que nos rodean. En nada se parece á la baja condescendencia con los vicios, á la infame adulacion, cuyo efecto es alimentar las disposiciones mas criminales. Los límites de la condescendencia como los de todas las otras cualidades sociales, estan fijados por la equidad que prohibe conformarnos con la perversidad y con el vicio. La condescendencia es culpable cuando irroga daños positivos, ya á la sociedad, ya á aquellas personas á quienes se tributa; entonces no es mas que una bajeza digna del mayor desprecio.

La condescendencia justa, humana, sociable es el alma de la vida, estrecha la coyunda nupcial, alimenta la amistad, y nos acostumbra á contentar á todos los seres con quienes tenemos relaciones. Contenida en sus justos límites nos hace apreciables á todos los que nos conocen; pero cuando es escesiva, nos atrae el desprecio de los mismos con quienes condescendemos. Debe fundarse en la bondad, en la filantropía, en el deseo de agradar por medios justos; disgusta y envilece cuando tiene por objeto un sórdido interés. El cortesano, el parásito, el adulador testifican á cada paso la prostitucion de sus almas, y se hacen despreciables á los ojos de aquellos que se alimentan con el incienso que les prodigan. El verdadero amigo aprecia á su amigo, y no le pide sino cosas incapaces de degradarle. El amigo sería un tirano si exigiera de su amigo una vil condescendencia.

Para que las cualidades sociales de que hemos hablado sean sinceras, deben fundarse en la bondad, en la dulzura del carácter, don precioso de la naturaleza que no se halla en las almas impetuosas, en los ánimos altaneros, en las personas privadas de educacion y que no se han amoldado al trato delicado de una sociedad escogida. Los hombres vulgares no aprenden á vencerse; sin embargo, la moral suministra á los que quieran consultarla motivos suficientes para combatir los impulsos del orgullo y de un carácter irascible. Ella nos hace ver las ventajas de la equidad, nos enseña que los seres desprovistos de suavidad, de dulzura, de condescendencia chocan generalmente, y con especialidad á los que adolecen de los mismos defectos; nos prueba, en fin, que la suavidad desarma la violencia y consigue mas triunfo que la fuerza y el ardid. Todo hombre racional que se reconcentre en sí mismo puede llegar á domar su carácter y á dar á su conducta el temple necesario para agradar en la sociedad. ¿No vemos en el ejemplo de los cortesanos hasta qué punto puede ser modificado el carácter? En la corte se ven los hombres mas orgullosos, mas coléricos y mas vanos sobrellevar con paciencia los ultrages mas crueles, opo-

niendo un silencio respetuoso á las injurias que les prodigan sus amos.

El hombre social debe hacer contínuas observaciones para reprimirse, para subyugarse, cuando la naturaleza no le ha concedido aquellas prendas que inspiran cariño y aprecio. Un ser susceptible de razon y de reflexion debe entrar en sí mismo, juzgar sus acciones, condenarse cuando yerra, corregir sus propios defectos, so pena de ser castigado por la aversion de todos los que le rodean. El que no sabe ó no quiere reprimir sus pasiones y su índole, molesta necesariamente á los otros, y está muy lejos de atraerse su cariño.

Otras cualidades hay que contribuyen á hacer al hombre agradable en el trato social, y en su número debe ser colocada la urbanidad, que se puede definir el hábito de manifestar á las personas con quienes vivimos los sentimientos y las consideraciones que se deben recíprocamente los seres reunidos en sociedad. A esta clase pertenece tambien el esmero en sujetarse á las leyes del decoro, como igualmente el ingenio, la jovialidad, el buen humor, los conocimientos, ya útiles, ya agradables, las ciencias, las habilidades y el gusto. De ellas trataremos en su debido lugar.

En general la vida social exige que apliquemos nuestra atencion á nosotros mismos, que deseemos agradar á los otros, que adoptemos una justa timidez, á fin de que no haya nada en nuestros discursos y modales que pueda indisponernos con los demas hombres, sin cuyas circunstancias la sociedad seria incómoda y enojosa. Si la justicia prescribe á todo hombre que respete á su semejante, la humanidad le impone la obligacion de mirar con cierta consideracion sus flaquezas. El hombre cuya altivez le impide doblegar su carácter y domar su índole, debe vivir solo y alejarse del trato de los hombres.

Todo el que quiere vivir agradablemente no debe jamas perder de vista á los otros individuos de la sociedad á que él pertenece. Segun un moralista moderno y muy sensato, toda la vida del hombre no es mas que un encadenamiento de atencion á lo presente, de prevision para el porvenir, y de retroceso á lo pasado. Asi pues, como veremos muy en breve, el malvado es un insensato, un aturdido que á impulso de su embriaguez ó de su locura trabaja continuamente en destruir la felicidad que cree alcanzar cometiendo el mal. Ningun hombre se basta à sí mismo, ningun hombre en la sociedad puede ser dichoso á espensas de todos los demas; de lo que se infiere que por la naturaleza misma de las cosas ningun hombre puede hacer daño á sus semejantes sin hacerse daño á sí mismo.

SECCION TERCERA.

DEL MAL MORAL, DE LOS CRIMENES, VICIOS Y DEFECTOS DE LOS HOMBRES.

CAPITULO PRIMERO.

DE LOS CRÍMENES.— DE LA INJUSTICIA. — DEL HOMICIDIO. — DEL ROBO. — DE LA CRUELDAD.

El examen que hemos hecho de las virtudes sociales y de las cualidades apetecibles que de ellas derivan y que las acompañan, prueba que solo practicándolas es como el hombre puede conseguir en la sociedad el afecto, la estimacion y el bienestar que contínuamente anhela. Tan importantes intereses deberian ser motivos bastante poderosos para determinar á todo ser racional ya á cultivar las felices disposiciones que ha recibido de la naturaleza, ya á procurar adquirirlas y hacérselas habituales y familiares en vista de las recompensas que se les tributan, ya en fin á combatir, reprimir y aniquilar, si es posible, las propensiones desarregladas, las pasiones peligrosas, y los vicios y defectos que forzosamente le hacen odioso, despreciable, delincuente y desgraciado. Hagamos ver, pues, á todo hombre del modo mas claro y evidente, que no hay vicio que no sea castigado severamente, tanto por la naturaleza misma de las cosas, como por la sociedad; y que toda conducta dañosa para los demás, viene siempre á recaer sobre el que la practica. *La pena*, dice Platon, *siempre sigue al vicio*: Hesiodo dice que *nace con él.* El hombre deja de ser feliz en el momento mismo que se hace culpable.

Si la virtud es el hábito de contribuir al bienestar de la vida social, el *vicio* debe ser definido, el hábito de dañar y destruir el bien de la sociedad, de la cual, siendo nosotros miembros, indispensablemente hemos de sentir el efecto recíproco. Si la virtud sola merece la estimacion, el afecto y la veneracion de los hombres, el vicio merece su ódio, su desprecio y sus castigos. Si en la virtud solamente consiste la verdadera gloria y el honor verdadero, el vicio no puede causar sino vergüenza é ignominia. Si la buena conciencia, ó la bien merecida es-

timacion de sí mismo, es una dicha reservada á la inocencia y á la virtud; el temor, el oprobio, los remordimientos y el propio desprecio deben ser las atribuciones del crímen. Si solo el hombre virtuoso puede ser tenido por verdaderamente sábio, racional é ilustrado; el vicioso es un ciego, un insensato, un niño sin razon ni esperiencia, que entiende mal, ó no conoce su interés. Si el hombre que practica la virtud es un ser verdaderamente sociable, todo nos manifiesta que el malo es un frenético que trabaja en romper los vínculos de la sociedad, y que echa por tierra la casa misma que le sirve de asilo. En fin, si todas las virtudes se derivan de la justicia, todos los delitos, los vicios y los defectos de los hombres son violaciones mas ó menos graves de la equidad, de los derechos del hombre, y de lo que toda criatura sociable se debe á sí, y á las demas de su especie.

Ofender á sus asociados, es ser el hombre injusto, porque ninguno tiene el derecho de hacer mal á sus semejantes; y ès perjudicarse á sí mismo el grangearse por su conducta el desprecio ó el resentimiento de la sociedad, la cual, por su propia conservacion, está obligada á castigar á los que la ultrajan. Se llaman *delitos*, *crímenes*, *atentados*, las acciones que perturban evidentemente la sociedad. El homicidio, la opresion, la violencia, el adulterio, el hurto, son delitos ó violaciones graves de la justicia, que aterrorizan á todos los ciudadanos; no hay miembro alguno de la sociedad que no esté interesado en el castigo de semejantes escesos, porque cada cual puede ser su víctima: todo hombre que se entrega á ellos, se declara enemigo de todos; en el hecho mismo de cometer uno de estos delitos, declara que renuncia á su union con los otros, y por consecuencia á la proteccion y al bienestar que la sociedad otorga solamente bajo la condicion espresa de ser justo, de contribuir á su felicidad, ó al menos de no poner obstáculo alguno á ella. El malvado desencadena à todos los hombres contra sí, anula sus propios derechos, y se espone al odio y resentimiento de los mismos de quienes necesita para su felidad.

Siendo la vida el mayor de todos los bienes del hombre, es claro que no hay otro alguno que la sociedad deba defender con mayor interés; el homicidio es, pues, mirado justísimamente como el mas negro atentado que se puede cometer. El que priva de la vida á otro hombre, es un injusto, un inhumano, un impío; y por lo tanto un mónstruo contra quien la sociedad debe armarse. El que mata á su bienhechor, añade á estos criminales horrores la mas atroz ingratitud. El que mata á su mismo padre, debe inspirar un horror muy particular, porque éste ha desatendido unos afectos que el hábito debiera haber identificado con él: con razon se supone que, habiendo atropellado los obstáculos y roto los vínculos mas poderosos para no cometer un atentado semejante, el parricida debe haberse familiarizado de tal modo con el crimen, que para él sea ya un juguete la vida de los demás hombres.

Los delitos, lo mismo que las virtudes, son por lo comun efectos del hábito, porque poco á poco regularmente es como los hombres se hacen malvados. El crímen meditado es mucho mas odioso que aquel que solamente es producido de la efervescencia de una pasion repentina, capaz de causar en el hombre una locura momentànea: el que así ha cometido un delito, merece compasion; un solo crímen no siempre anuncia un corazon del todo depravado; mas el crímen reflexivo ó reiterado indica un natural endurecido en el mal, para quien la perversidad se ha hecho habitual y necesaria, y por lo tanto éste es ya entonces indigno de toda piedad y conmiseracion. Los grandes delitos manifiestan un natural indómito, una especie de delirio, ó unas disposiciones funestas, arraigadas con la costumbre, que hacen ordinariamente al hombre capaz de cometer á sangre fria las acciones mas atroces. Los Calígulas, los Nerones, los Comodos fueron ciertamente unos dementes perjudiciales y dañinos, pero mucho menos odiosos que un Tiberio, cuya crueldad fué siempre tranquila y reflexiva.

Pensar con sastifaccion en las ventajas que pueden resultar de un delito, ocuparse de continuo en el interés que puede haber en cometerle, irritar incesantemente la imaginacion con la pintura del provecho que de él ha de provenir, hé aquí los grados que conducen á los hombres al crímen, y que ciegan y oscurecen sus ojos para no ver las consecuencias. El hombre dominado por la cólera desea en aquel momento la destruccion del que le irrita; mas acostumbrado á reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones, tiembla de horror á vista del peligro á que le espondria el ímpetu de una pasion temeraria; y si tiene un alma verdaderamente grande, olvida la injuria que ha recibido, y no piensa jamás en la venganza.

Los grandes crímenes anuncian comunmente la falta de una educacion capaz de moderar á los hombres, esto es, de habituarlos á combatir sus ciegas inclinaciones. Las personas de buena educacion están acostumbradas á no pensar en el crímen sino con horror; la idea sola de un asesinato les hace temblar; el hurto es siempre para ellas la accion mas infame; pero estas mismas personas dejarán de mirar el homicidio bajo el mismo aspecto, cuando la preocupacion les persuada que un desafio es una cosa necesaria á su honor. Otros juzgarán serles permitido el hurto y la rapiña, porque se creerán autorizados para ello por la ley, la costumbre y la opinion: ¡cuántos hombres se imaginan autorizados para apropiarse los bienes de sus conciudadanos con el permiso ó la tolerancia del príncipe!

Para fijar nuestras ideas acerca de las acciones de los hombres, es menester definirlas con exactitud y precision. Esto supuesto, el *hurto* es toda accion que priva á un hombre injustamente y contra su voluntad de lo que tiene derecho á poseer: es una violacion de la propiedad que toda sociedad se obliga á conservar á cada uno de sus miembros. No hay ley alguna que pueda au-

torizar las acciones contrarias al fin de la sociedad. Así ningun hombre justo suscribirá jamás á las opiniones introducidas por la tiranía, y altamente refutadas por la equidad natural, que prohibe á los hombres apoderarse del bien de los otros, y que mira el hurto como un crímen, bajo cualquier nombre que se le diere para encubrirle. Esta misma equidad muestra que las conquistas son verdaderos robos de reinos y provincias, y que las guerras injustas son verdaderos asesinatos. Ella muestra tambien que los impuestos que no tienen por objeto la utilidad pública son robos manifiestos; que los provechos ilícitos, los injustos emolumentos, el rehusar el pago de lo que se debe, las estorsiones, las rapiñas, y las violentas exacciones del despotismo, son hurtos tan criminales como los que se hacen en los caminos públicos (1). Los ladrones comunes pueden disculparse al menos con la miseria, con la falta aun de lo mas preciso, con la necesidad que carece de ley; mas los tiranos y sus cómplices roban para adquirir lo que no necesitan, haciendo de ello un uso evidentemente contrario al bien de la sociedad particular y de todo el género humano.

Cuando una nacion ha llegado á corromperse, fácilmente se familiariza con las acciones mas criminales. Por otra parte, el número y la dignidad de los culpables, como que en cierto modo ennoblece la conducta mas delincuente y deshonrosa; y la negligencia de los legisladores parece tambien que la absuelve y la autoriza. Un grande que de todos toma prestado; un pródigo, que despues de haber locamente disipado su fortuna arruina á sus acreedores; un comerciante, que abusando de la confianza que se deposita en él, trastorna y embrolla sus propios negocios con su falta de conducta y sus temerarias empresas, y hace bancarrota por último, todos estos no son por lo comun ni castigados ni envilecidos; ellos se presentan en el mundo con atrevimiento y desvergüenza, y á veces hacen alarde y aun especulacion de sus infames estafas. A los ojos del hombre justo, todos estos no son mas que ladrones, los cuales debieran ser castigados por las leyes, ó cuando no, desterrados al menos de la compañía de los buenos. Si todos los que viven á costa de otros son verdaderos estafadores, los aduladores y los gorristas del pródigo ó del tramposo son tambien unos verdaderos encubridores de ellos.

La moral nos hace formar el mismo juicio de todos aquellos vendedores de mala fé, que sin pudor y sin remordimientos se aprovechan de la sencillez, del poco conocimiento, ó de la necesidad de los otros, para engañarlos indigna y torpemente.

(1) Los pícaros no se detienen en dar à las cosas sus verdaderos nombres. Cuando los àrabes beduinos han robado una caravana, ó asaltado á los caminantes, dicen ellos que *han ganado* lo que cogen. Los exactores de las rentas públicas llaman tambien á su ocupacion ú oficio, *trabajo*, y dan el nombre de *provechos* al fruto de sus estorsiones, llamando á esto *hacer un buen negocio.* En buena y sana moral, todo hombre que se apodera de los bienes de los otros, ó que, gozando de un sueldo ó recompensa de la sociedad, nada hace en su servicio, es un verdadero ladron.

Muchos mercaderes se persuaden que su profesion los autoriza para aprovechar todas las ocasiones de ganar, que toda ganancia es legítima, y aun aquellos mismos que en cualquiera otra cosa temerian violar las reglas de la probidad mas severa y ofender y lastimar su conciencia, no tienen ni conciencia ni probidad cuando se trata de su negocio. Hay ademas hombres tan perversos que se jactan con el mayor descaro del abuso vergonzoso que hacen de la credulidad de los otros. La ignorancia, demasiado comun en que vive el pueblo, de los verdaderos principios de la justicia, es causa de que, sobre todo en las grandes ciudades, casi todos los vendedores por menor sean malos y ladrones. Solo entre los comerciantes de una clase mas elevada se hallan honor y buena fé, sentimientos que solamente pueden inspirar la buena educacion.

La indigencia, la pereza y el vicio conducen por lo comun á los delitos. Los hombres que tienen lo necesario, que lo adquieren con su trabajo, y carecen de vicios que satisfacer, no se dejan arrastrar del deseo de robar ni perturbar la sociedad. Los vicios hacen cometer los delitos para contentar las pasiones viciosas, que desgraciadamente se hacen habituales. El trabajador cuando está sin ocupacion forzosamente se vicia, entregándose á toda clase de crímenes para saciar sus nuevas necesidades. El hombre opulento y poderoso se llena de vicios y de necesidades, porque se halla ocioso y desocupado; y no bastándole la mayor fortuna para hartar sus codiciosos deseos, se ve obligado á recurrir al delito con la vana esperanza de hacerse mas dichoso.

La *injusticia* puede ser definida en general, una disposicion á violar los derechos de los otros en favor de nuestro interés personal. La *tiranía* es la injusticia que los que la gobiernan egercen contra la sociedad. Fundándose toda autoridad legítima en las ventajas que causa á los hombres sobre quien se egerce la autoridad, se trueca en tiranía luego que se abusa de ella en daño de estos, y en este caso es y se llama usurpacion. Como solo por gozar de las ventajas de la justicia es por lo que los hombres viven en sociedad, se ve claramente que la injusticia aniquila el pacto social, no reuniendo la sociedad en este caso sino enemigos siempre dispuestos á dañarse, esto es, opresores y oprimidos.

La injusticia relaja y disuelve los vínculos de la sociedad conyugal: un marido despótico y tirano no tiene derecho al amor de su esposa: un padre injusto solamente halla enemigos en sus propios hijos; un amo injusto no debe contar con el cariño y aficion de sus criados; todo hombre injusto, en fin, parece que con su conducta anuncia á cuantos tienen relaciones con él, que renuncia á su afecto, que consiente en que le aborrezcan, que de nadie necesita, y que solo piensa en sí mismo. En una palabra, la justicia es el apoyo del mundo, y la injusticia el orígen y manantial de todas las calamidades que le afligen.

Si la humanidad, la compasion, la sensibilidad son virtudes necesarias á

la sociedad, la falta de estas cualidades no puede menos de ser odiosa y criminal. Un hombre que á nadie ama, que niega sus socorros á sus semejantes, que se muestra insensible á sus trabajos, que recibe placer en verlos sufrir, cuando debiera compadecerse de sus miserias, es un mónstruo indigno de vivir en sociedad, y á quien su horrible carácter le condena á huir á un desierto con las fieras que se le asemejan. Ser inhumano, es dejar de ser hombre; ser insensible, es haber recibido de la naturaleza una organizacion incompatible con la vida social; ó bien es haber contraido el hábito de endurecerse á la vista de los males que debiera compadecer. Ser cruel, es encontrar placer en las aflicciones de los demás, crueldad que degrada y hace al hombre inferior á las bestias: el lobo despedaza la presa para comérsela, es decir, para satifacer la urgente necesidad de su hambre, en vez de que el hombre cruel recrea su imaginacion con la idea de los tormentos de sus semejantes, se complace en su duracion, busca modos ingeniosos de hacer mas agudos los aguijones del dolor, y se rerecrea con el espectáculo de los males que ve sufrir á otros.

A poco que se reflexione, nos horrorizaremos al notar cuán inclinados son los mas de los hombres á la crueldad. Un pueblo entero corre á bandadas á ver el suplicio de las víctimas que las leyes condenan á la muerte, y á considerar con una curiosidad ansiosa las convulsiones y agonías del infeliz que los jueces entregan al furor de los verdugos; cuanto mas crueles son sus tormentos, tanto mas escitan estos la atencion de un populacho inhumano, en cuyos rostros, sin embargo, se trasluce al momento el horror que les causa. Un proceder tan estravagante y contradictorio nace de la curiosidad, esto es, de la necesidad de ser el hombre fuertemente conmovido; efecto que ninguna cosa le produce con tanta viveza como es la vista de su semejante hecho víctima del dolor y luchando con la muerte. Una vez satisfecha esta curiosidad, luego tiene entrada la consideracion, esto es, la reflexion, el volver el hombre sobre sí, el que su imaginacion le sustituya en cierto modo al infeliz á quien ve padecer. Al principio de esta horrorosa tragedia, atraido el espectador de su curiosidad, se anima y fortalece con la idea de su propia seguridad, con la comparacion ventajosa de su situacion con la del reo, con la indignacion y el odio que producen los delitos cuyo castigo va á sufrir este desgraciado, y con el espíritu de venganza que la sentencia del juez le inspira: mas por último estos motivos cesan, permitiéndole interesarse en la suerte de un hombre como él, al que la reflexion le demuestra sensible y despedazado por el dolor.

Solo así pueden ser esplicadas estas alternativas de crueldad y de compasion tan frecuentes entre las gentes del pueblo. Las personas bien educadas se hallan regularmente exentas de esta bárbara curiosidad, porque la costumbre de la reflexion las hace mas sensibles, y sus órganos, menos fuertes, apenas podrian resistir y presenciar el

espectáculo de un hombre cruelmente atormentado. De aqui puede inferirse, como se ha dicho en otra parte, que la piedad es fruto del uso del entendimiento y de las facultades del alma, en quien la educacion, la esperiencia y la razon han amortiguado esta cruel curiosidad, que conduce al comun de los hombres al pie de los suplicios.

Los niños son por lo comun crueles, como se ve por el modo con que tratan á los pájaros y animales que caen en sus manos, si bien es cierto que lloran amargamente despues que los han quitado la vida, porque se ven privados de ellos: su crueldad es motivada por la curiosidad, á la cual se junta el deseo de ensayar sus fuerzas ó de egercer su poder. Un niño solamente escucha los impulsos repentinos de sus deseos y de sus temores; si él tuviera fuerzas bastantes, acabaria con cuantos contradicen sus caprichos. Por lo tanto en la edad mas tierna es en la que deben ser reprimidas las pasiones del hombre; entonces deben sofocarse todos los afectos crueles, acostumbrarles á lastimarse de las penalidades agenas, y hacerles egercitar la piedad, tan rara y tan necesaria en la vida social (1).

La historia nos presenta los tronos ocupados frecuentemente por tiranos feroces y crueles; nada es mas raro que príncipes á quienes desde la infancia se les haya enseñado á reprimir sus afectos desarreglados; por el contrario, se les da una idea tan alta de sí mismos, y una idea tan baja de los otros, que miran á los pueblos como destinados por la naturaleza para servirles de juguetes. De este modo llegaron á formarse tantos mónstruos, que se complacieron en sacrificar millones de hombres á sus indómitas pasiones, y aun á sus caprichos pasageros. Al incendiar á Roma, Neron no se propuso otro objeto que el satisfacer su curiosidad; él quiso ver un grande incendio y saciar su orgullo con la idea de su poder, que le permitia emprenderlo todo contra un pueblo esclavizado. El orgullo fue siempre uno de los principales móviles de la crueldad y del olvido de lo que se debe á los hombres.

Lejos de formar el corazon de los poderosos de la tierra tierno y sensible, todo concurre á inspirarles sentimientos feroces: egercitando su ardor guerrero, se los familiariza con la sangre, se los habitúa á contemplar sin piedad millares de hombres pasados á cuchillo, ciudades reducidas á cenizas, campos talados, naciones enteras inundadas en lágrimas; y todo solamente por satisfacer su codicia, ó para recrear sus pasiones. Hasta los placeres y entretenimientos mismos de su ociosidad son góticos y salvages; estos no tienen al parecer otro objeto que el hacerlos insensibles y bárbaros. Tal es la ocupacion importante y diaria que desde muy temprano se les da de

(1) Dícese que una nacion sábia negó la magistratura á un hombre respetable, á causa solo de saber de él que en su juventud se complacia en perseguir y matar las aves. En otro pais, un hombre fue echado del Senado por haber ahogado á un pajarillo que acosado se refugió en su pecho. *Addison*, *Mentor moderno*, n. 61.

perseguir los animales, de acosarlos sin descanso, de estrecharlos hasta el último estremo, y de verlos luchar cruelmente con la muerte (1).

¿Y será este el medio de formar almas tiernas y compasivas? Un príncipe acostumbrado á ver las congojas y agonías de un bruto palpitante bajo el cuchillo ¿se dignará acaso tomar parte alguna en los trabajos y penas de un hombre, que en su dictámen es de una especie inferior á la suya, gracias á sus cortesanos y maestros?

La guerra, este crímen espantoso y frecuente de los reyes, es evidentemente la que perpetúa la injusticia y la inhumanidad sobre la tierra. ¿Es otra cosa el valor guerrero que una verdadera crueldad usada á sangre fria? Un hombre criado en el horror de los combates, acostumbrado á estos asesinatos colectivos que se llaman batallas, que por su profesion debe menospreciar el dolor y la muerte ¿se enternecerá fácilmente de los males de sus semejantes? Un hombre sensible y compasivo sería ciertamente malísimo soldado.

Así la crueldad de los reyes contribuye necesariamente á fomentar esta fatal disposicion en los corazones de un gran número de ciudadanos. Si las guerras han llegado á ser menos crueles que antiguamente, es porque los pueblos, á medida que se alejan del estado bárbaro y salvage, han entrado á juicio consigo y conocido los riesgos á que se espondrian si no pusiesen límites á su inhumanidad; así que, se procura ya conciliar en cuanto es posible la guerra con la piedad. Esperemos, pues, que con el socorro de los progresos de la razon, los soberanos, mas humanos y mas piadosos, renunciarán al placer feroz de sacrificar tantos hombres á sus injustos caprichos. Esperemos que leyes mas humanas y sábias, disminuirán el número de las víctimas jurídicas y moderarán el rigor de los suplicios, que solo escitan la curiosidad del pueblo y alimentan su crueldad sin disminuir el número de los delincuentes.

Para ser inhumano y cruel no se necesita esterminar á los hombres ó hacerles padecer suplicios rigorosos. Todo hombre que por satisfacer su pasion, su furor, su venganza, su orgu-

(1) Nada es mas cruel que la caza del ciervo, placer por lo comun reservado á los reyes y príncipes: este animal se queja y llora cuando se halla acosado. *Quaestuque cruentus, atque imploranti similis,* dice Ovidio: parece que implora la piedad del hombre su enemigo: sin embargo, á las mugeres es á las que ordinariamente se las reserva el privilegio de embotar el cuchillo en su garganta! No hay cosa que contribuya tanto à ser los hombres crueles, como el tolerar que los niños se diviertan y entretengan en atormentar á los animales. Locke habla de una madre juiciosa y prudente, que se complacia en que sus hijos tuviesen pájaros y aves para su recreo, pero que los remuneraba ó castigaba, segun les daban bueno ó mal trato. (*Véase su tratado sobre la educacion.*) Plutarco entre los antiguos, y M. Rousseau en su *Emilio,* han defendido con mucha elocuencia la causa de los brutos contra la crueldad de los hombres. Los papeles ingleses de 1770 refieren, que un cazador, al ver que un pobre llevaba en la mano una cabeza de carnero para comer él, su muger y sus hijos, gritó diciendo: *estos bribones son la causa de que nos cueste tan caro el mantener nuestros perros.*

llo ó su vanidad, causa á los otros una infelicidad duradera, posee un alma dura y debe ser tachado de crueldad; un corazon sensible y tierno debe aborrecer á esos tiranos domésticos que se alimentan diariamente con las lágrimas de sus mugeres, de sus hijos, de sus parientes, de sus criados, y de todos aquellos en quienes egercen su autoridad despótica. ¡Cuántos hombres con su implacable humor hacen sufrir los mas intensos y contínuos suplicios á todos los que les rodean! ¡Cuántos hombres hay que se avergonzarian de pasar por crueles, y que dan á beber de contínuo el veneno de la tristeza á los desgraciados que la suerte ha puesto en su poder! El avaro ¿no se ha endurecido á la piedad? El disoluto, el pródigo, el fastuoso ¿no rehusan por lo comun lo necesario á las personas que mas razon tienen de amar, al paso que todo lo sacrifican á su vanidad, á su lujo, á sus criminales placeres? El descuido, la inatencion, la negligencia, suelen ser muchas veces verdaderas crueldades. Todo aquel que, cuando puede, descuida ó no quiere remediar las desgracias de su semejante, es un bárbaro á quien la sociedad debiera castigar con el vituperio y la infamia, y al que las leyes debieran hacer conocer los deberes de toda criatura sociable.

CAPITULO II.

DEL ORGULLO. — DE LA VANIDAD. — DEL LUJO.

El orgullo es una alta idea que forma el hombre de sí mismo, acompañada del menosprecio de los demás. El orgulloso es injusto en cuanto no se aprecia con equidad; él exagera su propio mérito, y no hace justicia al de los otros. El orgulloso manifiesta su imprudencia y su necedad; aspira á la estimacion, al aprecio y á las consideraciones de los otros, al paso mismo que los ofende con su conducta, no acarreándose por lo comun sino su odio y su desprecio. El orgulloso es un hombre insociable, que se imagina que es el único centro de la sociedad, de la que quiere obtener esclusivamente el respeto y la atencion, sin tener por su parte consideraciones algunas á los derechos de sus asociados. El hombre orgulloso no ve en todo y por todo sino á sí propio; se figura que sus semejantes no existen sino para adorarle y rendirle sus homenages, sin estar obligado por su parte á mostrarles su reconocimiento: el orgulloso es colérico, inquieto, irritable; todo lo cual denota la falta de un mérito real y verdadero: la buena conciencia, esto es, la estimacion merecida de sí mismo y de los demás, produce por sí propia la fortaleza, la confianza y la seguridad, y nunca teme verse privada de sus derechos.

¿No es en realidad desconocer el hombre sus propios intereses el manifestarse orgulloso? El que aflige á los

otros, les da motivo á que examinen los títulos del que pretende elevarse sobre ellos, y raras veces resulta de este exámen que el orgulloso sea digno de la opinion que tiene ó que pretende que tengan de sí mismo. El verdadero mérito nunca es orgulloso, antes bien va regularmente acompañado de la modestia (1), virtud tan necesaria para traer á los hombres á que reconozcan la superioridad que se tiene sobre ellos, la cual siempre con trabajo llegan á confesar.

Todo hombre, sin la menor duda, se ama á sí mismo, y se prefiere á los otros; mas todo hombre desea ver estos sentimientos confirmados por los demás. Para que con justicia pueda apreciarse á sí mismo y ver su amor propio apoyado en el dictámen público, es menester que acredite sus talentos, sus virtudes, unas disposiciones verdaderamente útiles, y unas cualidades que obliguen á los otros hombres al respeto. El amor legítimo de sí mismo, el aprecio fundado sobre la justa confianza de tener merecido el cariño y benevolencia de los otros, lejos de ser vicios, son actos de justicia que deben ser ratificados por la sociedad, y á los cuales esta no puede menos de suscribir.

Prohibir al hombre de bien que se ame, que se estime, que se haga justicia, que reconozca su mérito y valor, es prohibirle que disfrute de la satisfaccion de una buena conciencia, la cual, como hemos visto, no es otra cosa que el conocimiento del juicio ventajoso que produce una laudable conducta. La opinion de su propia dignidad sostiene al hombre de bien contra la ingratitud, que ordinariamente le niega las recompensas que tan justamente tiene merecidas. La confianza que inspira el verdadero mérito permite ciertamente al hombre sábio esta ambicion legítima, que supone la voluntad y el poder de hacer bien á sus semejantes. ¿Qué sería de la sociedad si no les fuese permitido á las almas virtuosas aspirar á los honores, á las dignidades y á los destinos, en los cuales un corazon magnánimo puede egercitar su beneficencia? En fin, los sentimientos de honor, el respeto de sí mismo, la nobleza de ánimo, impiden al hombre virtuoso envilecerse y prestarse á las bajezas y á los medios vergonzosos, con los cuales tantos hombres con el mayor afan se engrandecen, sacrificando su honor á la fortuna. Las almas bajas y rastreras nada tienen que perder, porque acostumbradas al menosprecio de los demás, nunca han sabido apreciarse á sí mismas.

No prohibamos, pues, al hombre virtuoso, benéfico é ilustrado que se aprecie á sí propio cuando tiene derecho para ello; prohibamos, sí, á todo hombre que pretende agradar á la sociedad, el que exagere su propio mérito ó que haga de él un vano alarde en ofensa de los demás, porque perderia desde entonces la estimacion de sus

(1) El que se examina profundamente, dice el filósofo ya citado, reconoce siempre las ventajas de la modestia: ni se ensoberbece de sus luces, ni conoce su propia superioridad. El talento es como la salud, que cuando se disfruta es cuando menos se advierte.

conciudadanos: digámosle que la presuncion ó la confianza infundada de los talentos y de las virtudes que no se poseen, es un orgullo muy ridículo, propio solamente de un necio, que en su delirio se figura estar dotado del mérito que en realidad no tiene. Temamos hacernos despreciables con esta fatuidad que se enamora de sí misma y de las cualidades de que tan destituida se encuentra. Si es cierto que estas cualidades nos adornan, no molestemos á los otros à fuerza de querer hacérselas conocer; si son falsas nos hacemos impertinentes y ridículos en el mismo momento que los otros han llegado á descubrir nuestro error ó impostura. Evitemos la arrogancia y la altanería que tanto ofenden y lastiman; desechemos como una locura toda insolencia, la cual consiste en manifestarse uno orgulloso con aquellos mismos á quienes se debe sumision y respeto: la grosería, la brutalidad y la falta de cortesía son los efectos ordinarios de un orgullo que se hace superior à toda consideracion, rehusando el conformarse con los usos establecidos, y mostrar las deferencias y atenciones que los hombres se deben mútuamente. Todo ser orgulloso cree sin duda que solo él está en la sociedad.

La *impudencia* puede ser definida el orgullo del vicio; la desvergüenza es la osadía ó el descomedimiento de la vergüenza: solo la corrupcion mas completa y escesiva puede hacer que uno llegue á vanagloriarse de lo mismo que debiera avergonzarle á los ojos de sus conciudadanos. El esclavo, el hombre vil ó corrompido, que se gloría de tal, debe ser tenido por un insolente, por un hombre sin vergüenza.

La *vanidad* es un orgullo fundado en ventajas que son inútiles para los demás. *La vanidad*, se dice comunmente, *es la gloria de las pequeñas almas.* Un hombre verdaderamente grande nunca se lisongea de poseer aquellas cosas que reconoce inútiles á la sociedad. El orgullo del nacimiento es una pura vanidad, pues que se funda en una circunstancia casual que no depende en manera alguna de nuestro propio mérito, y de la cual no resulta bien alguno al resto de los hombres. La ostentacion, el fausto, la pompa y el ornato son señales de una vanidad ridícula, y manifiestan que un hombre se estima á sí mismo y quiere ser estimado de los otros por meras esterioridades, en nada interesantes para el público. ¿Qué ventajas resultan de que un hombre deslumbre la atencion de las gentes con sus doradas carrozas, con sus magníficas libreas, con sus costosos frisones? Los convites suntuosos del pródigo no son útiles mas que para algunos gorristas que pagan con adulaciones al necio que los regala.

El lujo es una emulacion de la vanidad que reina entre los ciudadanos de las naciones opulentas. Esta vanidad, alimentada con el ejemplo, llega á ser para los ricos la mas urgente de las necesidades, por quien y á quien se sacrifica todo. En vista de los atentados y delitos que esta vanidad epidémica ocasiona todos los dias, no es posible suscribir al dictámen que algunos escritores, por otra parte bien

intencionados, han formado del lujo. Es verdad que él atrae las riquezas á un estado; mas estas riquezas ¿socorren las miserias del mayor número? No, sin duda: los metales atraidos por el lujo se reconcentran desde luego en un pequeño número de manos, y no salen de ellas sino para alimentar el lujo de las riquezas, sin dar el menor socorro á los labradores, á los ciudadanos laboriosos, ni á las artes verdaderamente útiles, que el lujo mira con desden. Los tesoros del hombre vano estan reservados á su fausto, á su molicie y á sus placeres. Él los reparte á manos llenas entre los aduladores, los corredores de sus vicios, las rameras y los pícaros de toda especie; no conoce el placer de la beneficencia y nunca tiene con que alentar ni socorrer á los virtuosos desgraciados; los dispendios necesarios para su lujo no le dejan medios algunos de hacer bien. La vanidad endurece el alma y cierra el corazon á la benevolencia y á la compasion. En fin, así como de pequeñas causas multiplicadas resultan los mas grandes efectos, de la vanidad pueril del lujo dimana siempre la ruina de los mayores estados. La vanidad nacional es siempre efecto de un gobierno injusto y vano: descontento cada uno con su suerte, solo trata y se afana por salir de su esfera.

Es, pues, igualmente interesante á la política y á la sana moral contener y deprimir el lujo, y curar á los hombres de la fatal vanidad que le produce. Para esto es necesario formarse ideas exactas de este mal contagioso, tan funesto á las sociedades como á los individuos. Parece que debe entenderse por *lujo* todo gasto ó dispendio que solamente tiene por objeto la vanidad, el deseo de igualar ó de esceder á los otros, y el designio de hacer de sus riquezas una inútil ostentacion; ademas deben llamarse *gastos de lujo* todos aquellos que esceden nuestras facultades, ó que debieran ser empleados en usos mas necesarios y conformes á los principios de la moral. El soberano de una nacion opulenta no puede ser acusado de lujo cuando, sin oprimir á sus súbditos, erige ó edifica un palacio cuya magnificencia anuncie á los ciudadanos que aquella es la residencia de un gefe supremo, ocupado en su felicidad y digno de sus respetos. Este mismo soberano puede tambien adornar su habitacion y morada con la pompa y magnificencia que el buen gusto le dicte, con tal que estos adornos no sean comprados á costa de la felicidad pública. Pero un monarca que para saciar su orgullo arruina su pueblo con impuestos, le abisma en la miseria y le insulta despues ofreciendo á su vista soberbios edificios, es un tirano, reo de un lujo criminal, y cuyos enormes y costosos dispendios solo merecen el odio y execracion de las almas justas.

Que un príncipe animado del reconocimiento, construya un asilo espacioso y cómodo para los militares inválidos que le han servido, no podrá por esto acusársele de lujo ó de vanidad; pero si consultando únicamente su inclinacion al fausto, en vez de un retiro de la indigencia erige un soberbio palacio, gravoso para su pueblo,

este monarca ya no es benéfico, sino que trata de satisfacer su orgullo, manifestando un lujo muy inútil, y habria empleado mucho mejor su dinero si omitiese estos vanos ornatos, á fin de sustentar con su importe mayor número de infelices.

Un grande ó un particular opulento pueden sin lujo construir para sí una habitacion agradable, y adornarla con gusto y comodidad; mas son unos insensatos si se proponen igualar la magnificencia de un rey; son criminales si la erigen á costa de sus conciudadanos; y son, en fin, culpables de la locura mas reprensible si contentan su vanidad arruinando á su descendencia.

Todo hombre de conveniencias puede vestirse de un modo que le distinga del pobre; y puede asimismo sin lujo gastar coche y tener un cierto número de criados; pero si cada dia hace ricos vestidos, costosos trenes y preciosas alhajas; si llena su casa de inútiles y ociosos criados, daña y perjudica á todos aquellos á quienes debiera aliviar; él hace, sí, ricos á los plateros, sastres y guarnicioneros, mas priva á los campos de labradores que los cultiven, multiplica los holgazanes y viciosos, y causa un verdadero mal á la sociedad; y si de este modo trastorna y pierde su casa y sus negocios, se perjudica á sí mismo y roba á sus acreedores. En fin, daña á los demás hombres menos pudientes que él, porque su ejemplo anima y fomenta la vanidad, siendo las comodidades y la pompa del rico un lujo destructor para estos.

Los ricos y los grandes pueden muy bien disfrutar los placeres de la mesa, reunir en ella á sus amigos, darles una buena comida y escoger para ella los mejores y mas delicados manjares. ¿Mas no es una vanidad estravagante no contentarse con los frutos y géneros que produce el pais? ¿No es una verdadera locura el querer competir con los banquetes de los soberanos arruinándose enteramente? ¿No es una dureza y crueldad el sacrificar á su vanidad quimérica lo que bastaría para alimentar à muchas familias virtuosas, que ni aun pan tienen para su alimento?

Lo que en el rico es necesario, es un lujo para el pobre. El hombre opulento contrae mil necesidades que el pobre debiera siempre ignorarlas. El uso del tabaco es un lujo ruinoso para el trabajador ó jornalero que apenas gana para vivir. El rico puede frecuentar los espectáculos sin arruinarse, mas el artesano se pierde si se aficiona á ellos.

El lujo, por último, saca á todos los hombres de su esfera, y fomenta en ellos mil necesidades imaginarias, á las que locamente sacrifican con frecuencia las necesidades mas verdaderas y los mas sagrados deberes. En un pais de lujo, lo agradable prevalece siempre sobre lo útil; la vanidad de lucir y de aparentar hace que nadie esté tranquilo y satisfecho; cada uno se escede en gastos, y todos, desde el soberano hasta sus mas ínfimos súbditos, viven descontentos con su suerte. No hay uno que no esté atormentado de una vanidad envidiosa, que le hace avergonzarse de ser sobrepujado por

los otros; cada uno se tiene por despreciable desde que no puede escederlos ó igualarlos. Esta vanidad degenera en una manía tal, que el suicidio no es raro en las ciudades dominadas por el lujo: el sonrojo de verse el hombre abatido y humillado à vista de los otros hombres, le reduce á la desesperacion.

La ambicion que, por las desolaciones que produce en el mundo, se llama la pasion de las grandes almas, no es regularmente sino efecto de una vanidad inquieta y descontenta de su suerte: esta sed insaciable de dominacion y de gloria, es una locura que en lugar de conducir á la verdadera gloria, debiera conducir á la pública execracion. Un conquistador es las mas veces un genio pequeño y miserable, el cual, siendo incapaz de gobernar bien á los antiguos súbditos que el destino le ha confiado, tiene la necia presuncion de creer que gobernará mucho mejor á los nuevos que intenta subyugar. Si Alejandro, por la sabiduría de su conducta y de sus leyes, hubiese hecho felices los estados que habia heredado de sus padres, se le perdonarian quizá sus conquistas en el Asia; mas este héroe, engreido con sus victorias, tiene la necia vanidad de ser tenido por hijo de Júpiter, y muere sin haber dado la mas pequeña señal de sabiduría, de talento, ni de virtud, sin las cuales no existe ciertamente ni honor ni gloria verdadera.

Lo que vulgarmente se llama *honor* en la mayor parte de las naciones, es solo, como hemos visto, una vanidad cosquillosa, la cual, inquieta siempre con el conocimiento de su poco mérito, y temerosa de verse humillada en la opinion de los otros, conduce muchas veces al hombre á los mas terribles escesos. En fuerza de las preocupaciones en que se funda este honor, el hombre culpable de un asesinato, de un verdadero delito, se presenta soberbio y orgulloso enmedio de la sociedad; su feroz vanidad le persuade que tiene derecho á la estimacion pública por haber tenido la audacia de matar á un ciudadano á sangre fria, y de insultar á las leyes.

En fin, de todos los vicios de los hombres, quizá ninguno hace cometer tantos delitos como la vanidad, sin contar las locuras y caprichos á que los precipita á cada paso. Esta vanidad persuade á los poderosos de la tierra que un fausto ruinoso para los pueblos es el único medio de merecer la atencion y respeto de los hombres imbéciles; segun estos principios, las naciones estan condenadas á regar la tierra de sangre y de sudor, para que sus soberbios y orgullosos tiranos luzcan con ostentacion, erijan suntuosos edificios, y conserven el esplendor de su trono. ¡Príncipes! dejad vuestra pompa; gobernad con justicia á vuestros súbditos; trabajad en hacerlos felices, y no tendréis necesidad de ofuscarlos con un vano aparato, indicio seguro de una pequeña alma, que así procura ocultarse bajo la máscara de una grandeza aparente.

Los grandes, los nobles, los ciudadanos mas distinguidos de las naciones, por un efecto de sus preocupaciones, sacrifican de contínuo su feli-

cidad permanente y duradera á las necesidades imaginarias que inventa la vanidad. Así los vemos permutar su tiempo, su libertad, su honor, su fortuna y aun su vida, por títulos, por vanos sonidos, por cintas y por diges; ¡ fútiles distinciones, de las cuales, á falta de mérito y de virtudes, necesitan tantos hombres para hacerse nobles é ilustres á los ojos de sus conciudadanos! Los privilegios injustos, las vanas precedencias, las prerogativas ideales producen ordinariamente contiendas, divisiones y partidos que desunen las cortes, que ponen á las naciones en guerra, y que á veces trascienden y trastornan al universo entero.

La moral, á pesar de no ser atendida, no puede menos de repetir de continúo á los hombres que cultiven su razon, que reflexionen las consecuencias de sus locas vanidades, y que se convenzan de que en la virtud sola consiste la gloria, el honor, la nobleza y la verdadera grandeza. ¡ Cuán pequeños aparecen los mas grandes hombres á los ojos de los que meditan y ven lo pequeñuelo de las causas que ordinariamente mueven la máquina del mundo! Insustanciales y minuciosas disputas, vanas opiniones, hipótesis ridículas y pueriles, tercamente sostenidas por hombres los mas necios y caprichosos, bastan para encender odios inmortales, y para turbar el reposo de las naciones.

La obstinacion, confundida las mas veces con la firmeza, con el amor de la virtud, con el celo por la justicia, no es comunmente sino efecto de una vanidad despreciable, por la cual el hombre forma un punto de honor en no darse por vencido. El hombre terco tiene la locura de creer, que su razon superior no puede engañarle en manera alguna; su amor propio raras veces le permite ser justo; persiste en la injusticia, y se imagina que vá toda su gloria en no retractarse jamás. ¿Hay un estravío mas comun y mas funesto? ¿Qué cosa ciertamente mas horrorosa y mas noble que una franca confesion de su error, y el sincero homenage que se rinde á la verdad? Siempre conocemos una grandeza de alma y una fortaleza admirable en el que sabe sujetar su vanidad, así como despreciamos al hombre terco y porfiado, cuyo inflexible orgullo no quiere ceder jamás. ¡ De cuántos torrentes de sangre no ha sido mil veces inundada la tierra por la obstinacion y terquedad de algunos especuladores y políticos, empeñados en hacer adoptar á las naciones sus dictámenes como oráculos infalibles! ¡Qué de males y desolaciones no ha causado la máxima soberbia y perniciosa de tantos soberanos, persuadidos que se les tenia de que *la autoridad jamás debe retroceder*! Nunca un príncipe es mas grande ni mas amado de su pueblo, que cuando reconoce que ha sido engañado, y remedia los males que han podido causar sus errores.

Amamos á las personas tímidas y dóciles, porque nos prometemos disponer de ellas á nuestro agrado y voluntad; mas sin embargo, esta misma timidez, que tan amable nos es y que frecuentemente confundimos con la

modestia, no suele ser á veces sino efecto de una vanidad secreta, la cual se humilla, temerosa de no ser respetada tanto como ha creido que merece: este amor propio delicado no quiere arriesgarse á los asaltos que conoce no puede sostener.

En una palabra, no hay formas de que el amor propio no se revista para encubrirse. Cuando esta pasion hipócrita no tiene valor para mostrarse á descubiertas, toma tales rodeos y disfraces que apenas pueden conocerlos los mas atentos observadores. Sin equivocacion podemos decir que la vanidad, ó clara ó encubierta, es el móvil universal de la mayor parte de los hombres: muchas veces camina tan de oculto, que hasta nosotros mismos la ignoramos; á cada momento se transforma y nos engaña; y á veces, sin advertirlo nosotros, nos arrastra poco á poco á las mas ofensivas y criminales acciones, que nos causan eternos pesares y arrepentimientos.

Los intereses mal entendidos, un amor propio inconsiderado, una pueril vanidad, hé aqui los verdaderos azotes y castigos de las naciones y de las sociedades particulares: estas por desgracia vienen á ser unas palestras donde cada uno se presenta, por decirlo así, á ostentar y hacer alarde de su vanidad; cada uno quiere en ellas sobresalir, dominar à los otros y hacer siempre uno de los primeros papeles. Así es que entre los entes que se llaman sociables, se hace necesaria una incómoda circunspeccion y un temor contínuo á fin de no ofender las pretensiones impertinentes de cuantos se nos acercan. Los mas íntimos y familiares amigos se hallan espuestos por lo tanto á desavenirse, á separarse para siempre, y aun á quitarse la vida los unos á los otros por una sola indiscreta palabra, insufrible à su vanidad y orgullo. Nada mas dificil ni mas peligroso que vivir entre hombres que hacen consistir su honor y su gloria en vanas puerilidades, las cuales hacen á veces á los ciudadanos de una nacion civilizada tan coléricos, tan vengativos y tan crueles como los salvages mas estúpidos. Al ver los objetos en que los mas de los hombres fijan su vanidad ó sus derechos, podemos mirarlos como unos niños, incapaces de llegar jamas á la edad de la madurez (1). No se ven en el mundo mas que hombres, cuyo amor propio de contínuo se considera lastimado y ofendido por el de los demás; solo vemos en él insensatos que tienen la locura de exigir de todos lo que ellos no conceden á nadie.

Al orgullo, á la presuncion, á una loca vanidad debe atribuirse ciertamente el vicio de esos tiranos de la sociedad que se llaman hombres *delicados* y *exigentes*. Una altivez la mas injusta los persuade que se les falta al respeto á cada momento, y que no se les guardan las atenciones que merecen; siendo asi que ellos son los que

(1) El caballero Digby observa que «los »hombres tienen un deseo tal de parecer su»periores á los otros, que llegan al estremo »de gloriarse de haber presenciado lo que »nunca vieron. De aqui las mentiras y patra»ñas de los viageros, las exageraciones de »los novelistas, etc. etc. etc.»

faltan con mucha frecuencia á lo que deben á sus mismos amigos y á todos los hombres.

Nada es mas incómodo en el comercio de la vida que los hombres de este carácter; nada mas injusto que el orgullo de los que quieren ser amados de todos, no amando ellos á ninguno; nada tan comun como los hombres que desean ser respetados de aquellos mismos á quienes desprecian, manifestándoselo á veces sin la menor reserva ni rodeo. Nada mas insociable que un amor propio que todo lo refiere á sí mismo sin jamás respetar el amor propio de los demas. Los hombres mas exigentes y delicados son por lo comun los que tienen menos derechos á la estimacion de aquellos, de quienes exigen el respeto y la devocion mas completa.

Al considerar la conducta de la mayor parte de los hombres, ocupados de contínuo en sus pueriles vanidades, podemos mirarlos como unos niños á quienes la razon no puede curar de sus locuras. Una necia vanidad y un orgullo despreciable dirigen é inficionan todas sus acciones, y son las palancas que hacen mover al mundo.

Mas por otra parte, aquel que se despreciase enteramente á sí mismo, poco ó nada se afanaria en merecer la estimacion de sus semejantes, que tan apreciable debe ser para todo hombre. Los que se reconocen poco dignos de aprecio y consideracion, se abandonan y cometen bajezas de las cuales su amor propio ya envilecido no se avergüenza: si les queda todavía alguna energía, se hacen impudentes y atrevidos, despreciando altamente el *qué dirán*. Nada es mas peligroso que los hombres envilecidos que han renunciado enteramente á la estimacion pública (1).

Haciéndose el hombre justicia á sí mismo, entrando algunas veces en el fondo de su corazon podrá moderar poco á poco los ímpetus violentos de una vanidad que parece innata en la naturaleza humana. La equidad nos enseña á no encarecernos las cualidades que podemos poseer. Si todo hombre, de buena fé consigo mismo, se preguntase en qué consiste, pues, esta preeminencia que se arroga sobre los otros; si examinase á sangre fria los títulos con que exige los respetos y consideraciones de los demas, y que no teniéndolos, se adjudica de su propia autoridad, es de creer que este examen habitual le haria mas reservado, y desde luego mas apreciable á la sociedad, la cual le agradeceria los sacrificios que hiciese en su obsequio. Hagámonos, pues, verdaderamente estimables, y no necesitaremos de artificios para hacer que nos estimen. ¡Cuántos hombres se ahorrarian de mil inquietudes y penalidades, si reconociesen lo que son!

Por falta de estas sencillas reflexiones, una desagradable vanidad vicia todas las acciones del hombre; puebla la sociedad de una multitud de insensatos, que prefieren el necio placer de

(1) «Decir uno de sí mismo menos bien »de lo que puede y debe, es necedad y no »modestia; contentarse uno con menos de »lo que vale, es cobardia y pusilanimidad, »segun Aristóteles.

parecer felices al de serlo realmente, y llena el trato de las gentes de vanidosos, de fátuos, de impertinentes, de presumidos, de hombres *hechos de persona*, y de atolondrados, que se esfuerzan y fatigan por hacerse ridículos y aun insoportables muchas veces. La mitad del género humano se ocupa de contínuo en burlarse de la otra mitad, en venganza de las ofensas que los unos se hacen á los otros. Cada cual se esfuersa solo en aparentar, en llamar la atencion de las gentes é infundirlas respeto, fingiendo aquellas cualidades que supone capaces de hacerle conseguir la preferencia que ambiciona, mas ninguno entra en su interior, ninguno se fatiga en adquirir las cualidades que el público no podria menos de reconocer y respetar. En fin, ninguno procura mostrar en su conducta aquella modestia que le agrada siempre en los demas. Para conseguir un lugar distinguido en la opinion pública, los mas de los hombres se toman unos trabajos tan molestos como contínuos, y por último solo consiguen regularmente hacerse incómodos y despreciables á los ojos de aquellos mismos, cúyos respetos ansiaban. El camino mas seguro para la estimacion, es el merecerla con virtudes reales y verdaderas. Todo hombre que se aprecia á si mismo en mas de lo que vale, solo consigue por lo comun degradarse, y perder una parte de lo que justamente merece.

CAPITULO III.

DE LA CÓLERA.—DE LA VENGANZA.—DEL MAL HUMOR.—DE LA MISANTROPIA.

La cólera es un aborrecimiento repentino, mas ó menos permanente, á los objetos que juzgamos contrarios á nuestro bienestar. Nada es mas natural que esta pasion en un hombre perpétuamente ocupado en su propia conservacion y felicidad; pero nada tampoco mas necesario á una criatura racional y sociable que reprimir los movimientos impetuosos, tan perjudiciales á sí propio como á los que viven con él. En general la razon prueba que todo hombre en sociedad debe, por su mismo interés, armarse contra todas las impulsiones que le perturban é impiden usar de su juicio, de su reflexion, y de la esperiencia que debe servirle de guia. "El sabio, dice Epi»curo, puede ser ofendido por el odio, »por la envidia, y por el desprecio »de los hombres; pero esté seguro que »en él consiste hacerse superior á to»da injuria con la fuerza de su razon. »La sabiduria es un bien tan sólido, »que impide al que la posee salir de su »estado natural, ó cambiar de carác»ter con la cólera, aun cuando su vo»luntad fuese esta.»

La cólera, lo mismo que todas las pasiones, puede ser detenida, contrapesada y reprimida con el témor de las consecuencias molestas que puede

acarrear tanto á nosotros como á los demas hombres. Todo hombre sociable debe ser racional, es decir, debe distinguir los movimientos naturales que puede seguir sin peligro, de aquellos que prudentemente debe resistir: debe estar habituado à regular sus movimientos de un modo conveniente á la sociedad: debe haberse acostumbrado desde muy temprano á vencerse; y con la costumbre de hacerlo facilitar el vencimiento. Es menester repetirlo: todo hombre que no está habituado á resistir á las propensiones de su naturaleza, es un miembro dañoso en la sociedad. Los príncipes, los grandes, los ricos, asi como las gentes del pueblo, son los mas sujetos á la cólera, porque sus pasiones en la infancia han sido aduladas ó no reprimidas. Sería inutil el hablar aqui de los efectos temibles de la cólera de los reyes, cuando el universo entero ha retumbado en todos tiempos á los espantosos rugidos de estos leones desencadenados, ó á los gritos de las naciones desoladas por sus furores.

Aunque á primera vista los ímpetus de la cólera manifiesten vigor, fortaleza y energía en el alma, los mas de los moralistas han atribuido esta pasion á la debilidad. Efectivamente ella supone una movilidad en los órganos que los pone en estado de ser facilmente afectados; esta descomposicion tan fácil de la máquina, ó esta *irritabilidad*, se advierte sobre todo en las mugeres, á quienes la naturaleza ha hecho por lo comun mas sensibles, mas débiles, y por lo tanto mas sujetas á la cólera que los hombres. Igualmente los niños, desde la edad mas tierna dan con sus gritos, sus lágrimas, sus pataleos y sus convulsiones, señales nada equívocas de la cólera que los agita siempre que no se condesciende con sus caprichos: si sus fuerzas correspondiesen á sus furores, una criatura sería capaz de acabar con su nodriza ó con su madre, cuando le quitan ó no le dan un dulce ó un juguete: poco á poco sus órganos se van fortificando, y se hace mas tranquilo y contenido, castigándosele ademas por sus corages y enojos, que son á veces capaces de poner en peligro su salud y aun su vida; el temor le enseña á contenerse y de este modo va adquiriendo la razon por grados, hallándose insensiblemente criado de un modo conveniente para vivir en sociedad.

Todo hombre que vive con sus semejantes, debe saber que se halla rodeado de otros que, como él, están llenos de defectos, de vanidades, de pasiones y de flaquezas; y por lo tanto debe concluir de aqui, que su propio interés le prescribe soportarlos con indulgencia, y que una cólera continua le pondria en un estado contínuo de guerra con todos aquellos que tratase. El que es propenso á la cólera, es habitualmente desgraciado: todo le ofende, el odio habita de asiento en su corazon, y suscita esta desagradable pasion en todos los que sus furias y enojos horrorizan, y hacen á veces infelices. El hombre colérico no puede jamas gozar de una felicidad durable, á causa de que la menor cosa le inquieta y le perturba. Descontento con todo el mundo, á nadie hace feliz: es

como un tirano enmedio de los esclavos, de cuya aversion recela á cada paso; el terror que inspira está escrito en el rostro de su muger, de sus hijos y de sus criados, los cuales solo descansan en su ausencia.

La dulzura es un medio seguro de desarmar la cólera; sin embargo hay hombres de tal modo dominados de esta pasion, que la dulzura misma los irrita mas aún, y los precipita en una especie de rabia y desesperacion: entonces la vergüenza del mal que han obrado, ó la vanidad, juntándose á la cólera, dá á esta nuevas fuerzas, y la convierte en delirio. Este fenómeno en la moral nos prueba evidentemente que el hombre de natural tranquilo goza de una superioridad que el hombre colérico, aun en su locura, forzosamente reconoce.

En efecto, la cólera es en algunas personas un frenesí, una pequeña rabia, una verdadera locura. A no ser así ¿cómo esplicar la conducta de algunos coléricos? ¿de aquellos, digo, que en los accesos de su ciega furia emprenden con los objetos inanimados, aporrean las mesas y paredes, se hieren muchas veces gravemente, y aun se arrojan á la misma muerte?

Se vé, pues, que el hombre entregado á la cólera, al paso que se hace temible á todo el mundo, debe temerse á sí propio, y nunca puede prever hasta qué punto le llevarán sus furias. Si aun estando solo es capaz de dañarse á sí mismo, ¿qué podrá suceder hallándose en compañía de otros? Jamás el colérico está seguro de volver á su casa, porque siendo incapaz de sufrir nada, puede á cada paso encontrarse con hombres tan coléricos y temibles como él, que le castigarán quizá de su humor insociable. La *cólera*, dice un sábio del Oriente, *comienza por la locura, y acaba con el pesar.*

Aristóteles era de opinion que la cólera podia algunas veces servir de arma á la virtud; mas nosotros dirémos con Séneca y Montagne que en todo caso «esta es un arma de nuevo »uso, porque nosotros, dice aquel, ma»nejamos las demás armas, y ésta nos »maneja á nosotros; nuestra mano no »la guia, sino que es ella quien guia »nuestra mano, siendo dificil enton»ces contenerla.»

Aunque la cólera sea una pasion peligrosa, hay sin embargo una que debemos aprobar. Esta es aquella cólera social que deben necesariamente suscitar en todas las almas justas el crímen, la injusticia y la tiranía, con las cuales no le es permitido á ninguno mostrarse indiferente, debiendo irritar á todo buen ciudadano, ó producir en su corazon una indignacion permanente. Esta cólera legítima, llamada por Ciceron *odio civil*, es una pasion que anima á todos aquellos que se interesan fuertemente en la felicidad del género humano. Todo hombre que no se turba ni altera al ver las injusticias y opresiones que se hacen á sus semejantes, es un débil y mal ciudadano. En este sentido dicen los árabes que *por su cólera es reconocido el sábio.*

La cólera oculta, alimentada en el fondo del corazon, y por largo tiempo reprimida, no es menos cruel en

sus efectos; ella es la que produce la *venganza*. Esta temible pasion, fomentada del pensamiento, atizada de la imaginacion, y fortificada de la reflexion, se hace mas peligrosa todavia que la cólera mas exaltada, la cual pronto se desvanece. La violencia repentina y manifiesta merece mas indulgencia, siendo menos temible que el furor oculto de aquellos hombres tan dueños de sí mismos, que disimulan sus sentimientos hasta el momento que les presenta la ocasion de vengarse á su placer. Por lo regular se puede contar con la bondad de corazon y con la generosidad del que es fácil de irritarse, porque cuanto mas vivas son las llamaradas de su cólera, son menos duraderas; en vez de que jamás es segura ni sincera la reconciliacion de un hombre que disimula y que sabe ocultar y reprimir por largo tiempo en su corazon la cólera nacida de una ofensa. La pasion de la cólera es tanto mas incómoda, cuanto es mas difícil ocultarla: así que, el vengativo es verdugo de sí propio, mientras acecha y espía las ocasiones de ser cruel con otros.

La venganza tiene siempre por móvil el orgullo ó la vanidad. Vengarse, es castigar al que ha escitado nuestra cólera; es hallar un placer en darle á conocer que uno puede hacerle desgraciado. La venganza es comunmente cruel, porque el pensamiento y la imaginacion exageran el ultrage que hemos recibido. El vengativo cree que su venganza es incompleta, si aquel de quien se venga ignora de qué mano le vienen los golpes que recibe. Hé aqui sin duda por qué Calígula recibia un gran placer en mandar venir á su presencia las víctimas que destinaba á perecer en los tormentos; y hé aqui tambien por qué decia á sus satélites *que las hiriesen de modo que sintieran los horrores de la muerte* (1).

Como los hombres son siempre jueces sospechosos y recusables en su propia causa, las leyes de todos los paises civilizados se han reservado el derecho de vengar á los ciudadanos, quitándoles la facultad de castigar las ofensas que reciban. En esta parte las leyes son conformes al interés de la sociedad y de los individuos; son justas, porque impiden á los hombres ser injustos y crueles; y son sociables, pues que de este modo dan á conocer que los hombres espuestos de contínuo á irritarse recíprocamente, deben reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones, y olvidar las ofensas que no suelen ser las mas veces sino pequeñeces y efectos de la humana debilidad. La naturaleza, la justicia, la humanidad, la grandeza de alma, y la filosofía proscriben á una la venganza, y

(1) Italia nos ofrece el ejemplo de una venganza la mas atroz y estraña que ha podido contarse. Una muger de mala vida, irritada de la infidelidad de su amante, disimuló el deseo de vengarse por espacio de dos años que duró su nueva pasion: al cabo de este tiempo volvió este hombre á los amores de su primera dama, la cual le recibió con ardor, y ninguna reconvencion le hizo; mas le clavó un puñal en el corazon inmediatamente despues de haberle dejado cometer un pecado con ella, por el cual, segun su sentir se condenaria el desdichado.

hacen obligatorio el perdon de las injurias (1).

Hubo quien decia que la venganza *era el manjar de los dioses*, es decir, un placer tan grande, que ellos le envidiaban á los mortales. ¡Mas qué dioses podian ser estos, sino aquellos entes vengativos de la mitología, que sensibles á los desprecios de los hombres, solo diferian sus castigos para egecutar despues en ellos una venganza mas ruidosa y horrible! Estos dioses coléricos, implacables, disimulados en sus venganzas, é insociables, no pueden servir de modelos á los hombres que viven en sociedad: todo nos convence de que la vanidad es una verdadera pequeñez, que la indulgencia y la humanidad son virtudes amables y necesarias, y que la verdadera fortaleza supone la paciencia. ¿No es hacerse uno á sí mismo desgraciado, llevar siempre consigo el odio y la rabia en el seno de su corazon? La venganza solo sirve para eternizar las enemistades en el mundo; el placer fútil que nos causa va siempre seguido de eternos arrepentimientos; ella es ocasion de que la sociedad nos tenga por hombres peligrosos: aquel, dice Filemon, *que perdona una injuria*, *obliga á su enemigo á injuriarse á sí propio.* Todo, pues, nos persuade á que el hombre que sabe perdonar, es á los ojos de los demas hombres mucho mas apreciable, mas fuerte, y mas grande que no el insensato que le ha ultrajado, ó que el débil que nada puede sufrir. "Un débil, dice un moderno, » puede combatir; un débil puede ven» cer; mas un débil no puede jamás » perdonar."

La generosidad que hace perdonar las injurias, es un afecto desconocido de las pequeñas almas, de las gentes del pueblo, de los hombres comunes. Los salvages, segun las relaciones de los viageros, son implacables en sus venganzas, las cuales se perpetúan entre ellos de unas razas en otras, hasta la destruccion entera de sus diversas tribus. El espíritu de venganza, que subsiste todavia en muchos pueblos que se precian de civilizados, y la idea que se tiene de que un hombre de valor no debe nunca sufrir una afrenta, son reliquias aun de la barbárie que introdugeron en Europa las naciones feroces y guerreras que en lo antiguo sojuzgaron el vasto imperio de los romanos.

Mas ni hombres de esta naturaleza, ni unos soldados bárbaros y feroces son modelos que han de imitar hombres mas sábios, esto es, mas instruidos en los intereses de la sociedad, y en lo que constituye el valor, la grandeza de alma y la verdadera gloria. El hombre inculto y salvage está muy lejos de reflexionar; sigue ciegamente los impulsos momentáneos de su furor; mas

(1) La filosofía habia enseñado desde el principio á los hombres la doctrina del perdon de las injurias. Plutarco nos dice que los pitagóricos se consideraban obligados á darse la mano, en señal de reconciliacion, antes de ponerse el sol, cuando se habian ofendido los unos á los otros. *Aquel*, dice Menandro, *es el mas virtuoso entre los mortales, que sabe mejor soportar las injurias con paciencia.* Juvenal ha dicho despues, que la venganza es solo un placer para las pequeñas almas.

el hombre civilizado es verdaderamente sociable, y se acostumbra á reprimir las pasiones, cuyas peligrosas consecuencias ha llegado á conocer. Por la esperiencia se distingue el hombre de razon del niño, del salvage y del imprudente (1).

Hay ademas otra cualidad ó disposicion, la cual, aunque no produce los efectos impetuosos de la cólera, ó las crueldades lentas y reflexivas de la venganza, no por esto deja de hacer á muchas personas incómodas y molestas en la sociedad. Hablo, pues, del *mal humor*, el cual es una disposicion habitual á irritarse. El *mal humor* nace por lo comun de un temperamento viciado, é influye de un modo muy enfadoso en el carácter, à menos que este vicio de la organizacion no haya sido cuidadosamente reprimido ó rectificado en la educacion con el hábito, con el trato del mundo ó con la reflexion. Hay personas de tal suerte dominadas por el humor, ó cuya bilis tan fácilmente se exalta, que las mas pequeñas cosas irritan sus ánimos, nunca gozan de la menor serenidad; y podria decirse que se alimentan con hiel y vinagre, y que, acostumbradas al lúgubre placer de atormentarse á sí mismas, no pueden sufrir la paz y el contento de los otros. Todo hombre en quien la cólera es habitual, es tan desgraciado como insociable. Es muy dificil que aquel que vive descontento con todo el mundo, sea capaz de conciliarse la amistad de ninguno.

Por no hacerse unas reflexiones tan naturales, muchos atrabiliarios se constituyen los verdugos de sus familias y de la sociedad. ¿Cuántos esposos hay que, sin motivos algunos para ello, viven como verdaderos enemigos, sin poder mirarse con tranquilidad ó hablarse sin enfado? ¿Cuántos padres melancólicos que no pueden, sin irritarse, mirar los mas inocentes juegos de sus hijos? ¿Cuántos amos que se tendrian por de menos valer si no tratasen con aspereza á sus tímidos criados? Hay hombres que solo parece tienen amigos para hacerles sufrir á todo momento los efectos de su maldito humor. En fin, hay gentes tan llenas de bilis que no se presentan en el mundo sino es para derramarla en todas partes. Todo disgusta é indigna à estos misántropos, á cuyos ojos la naturaleza entera les parece fea y desfigurada.

Las personas dominadas de un humor negro ¿ignoran acaso que en todas las posiciones de la vida el hombre debe amar para ser amado? ¿Hay un estado mas cruel que el de una muger que se ve condenada por toda su vida á sufrir las estravagancias de un marido á quien sus caricias no pueden suavizar su inveterado mal humor? Unos hijos oprimidos y acobardados con el rostro sério y austéro de un padre ¿podrán tener verdadero amor á

(1) En todos los paises donde la justicia no se administra con fidelidad, se ven reinar comunmente las mas crueles venganzas. Cuando la ley no venga al hombre, él se venga á sí mismo, haciéndolo las mas veces sin regla ni medida. Hé aqui la causa, ciertamente, de los frecuentes asesinatos que se cometen en los paises despóticos, en los cuales la justicia es siempre muy mal administrada. Nada precipita mas á los hombres à la desesperacion que la falta de justicia.

este tirano, cuya agradable sonrisa no vieron jamas? Un amo regañon y á quien todo le disgusta ¿podrá nunca estar servido con celo y amor de unos criados contínuamente intimidados? ¿De qué amigos puede ser digno un hombre insociable y brutal, cuyo trato los aflige y los humilla? ¿No es una ridícula presuncion creer que todo el mundo, y aun hasta aquellos mismos que no dependen de él en manera alguna, viven destinados para sufrir el mal humor de un hombre que nada quiere soportar?

Un necio orgullo junto con una bilis exaltable, constituye regularmente el carácter de esos hombres feroces y melancólicos, que con tanta frecuencia empenzoñan el trato de la vida. En vano suelen decir que *no pueden remediarlo*, y que su mal humor es efecto de su temperamento. Trabajando en nuestra enmienda de contínuo, observándonos cuidadosamsnte, combatiendo con los defectos de nuestra organizacion, podemos muy bien corregirlos y ser verdaderamente sociables: la conciencia de nuestros propios defectos debiera inspirarnos indulgencia para con los agenos; mucho mas cuando, por otra parte, el mal humor nos los exagera frecuentemente, y aun algunas veces los defectos y culpas de los otros solo existen en nuestra enferma fantasía. En el acceso de su mal sepárase el hombre bilioso, si lo cree necesario, de la sociedad que le molesta y que le aflige; en los intervalos mas tranquilos pregúntese á sí propio por la razon de su mal humor, y hallará que las mas veces su tristeza y melancolía no tienen fundamento alguno, y que hace muy mal en irritarse contra los demás y en atormentarse á sí mismo.

La indulgencia, la paciencia, la dulzura, el deseo de agradar, son los únicos vínculos que pueden conservar unidas entre sí á unas criaturas imperfectas. La cólera y el mal humor, lejos de remediar cosa alguna, solo sirven de perturbar y disolver la sociedad.

La misantropía, ó la aversion á los hombres, es un mal humor habitual y contínuo que nos hace aborrecer á los mismos con quienes debemos vivir en sociedad. Esta disposicion, verdaderamente inhumana y salvage, proviene de muchas causas á que todo hombre racional debe resistir con el mayor cuidado, y en especialidad de un orgullo sumamente irascible, que nos ciega para no ver nuestros defectos, que aumenta los agenos aun mas de lo que son, y que nos hace juzgarlos con demasiado rigor. El misántropo no conoce ni la indulgencia ni la piedad. La envidia y los celos, pasiones siempre malcontentas, tienen comunmente mucha parte en el mal humor contra el género humano. La bilis se exalta en estremo á vista de la prosperidad de los que el envidioso considera por menos beneméritos que él. La envidia es la filosofía de muchos cortesanos, cuyos malos sucesos los hacen por lo comun mordaces, satíricos y misántropos.

Sin embargo, puede muy bien suceder que el alejarse de la compañía de los hombres proceda alguna vez de un orígen menos impuro. Un hombre justo y sensible puede llegar á indignarse de haber

sido por largo tiempo espectador ó juguete, bien sea de la perversidad, bien sea de la locura de sus semejantes, y desde entonces concebir una grande aversion ó desprecio contra ellos. Aunque esta misantropía fundada sobre una esperiencia incómoda y fatal, parezca menos reprensible que la que nace de la envidia, no obstante se descubre siempre en ella un defecto de justicia, porque envuelve á todos los hombres en la misma condenacion y odio.

La verdadera sabiduría, siempre libre de preocupaciones, no puede aprobar el aborrecimiento de los hombres en un ente criado para vivir con ellos: ella aconseja, sí, la prudencia en evitar la compañía de los insensatos y de los malvados; condena un humor sombrío que no se aviene con ninguno, y da por malo y reprensible un aborrecimiento obstinado, que nos condena á no ser útiles á los demás hombres, ó que destruye la benevolencia universal. El misántropo es las mas veces un malvado, el cual, no sabiendo hacerse amar de ninguno, toma el partido de aborrecer á todo el mundo.

La moral debe trabajar en hacer al hombre sociable, mostrándole que sus intereses van siempre unidos estrechamente con los de sus semejantes: la razon, guiada por la esperiencia, le hará ver que su destino es existir en medio de un mundo donde necesariamente ha de estar molestado, ya por los malos y perversos, ya tambien por los necios é imprudentes, cuyo número es infinito; el hombre, pues, se armará de paciencia, de valor, de indulgencia, á fin de terminar con tranquilidad su carrera; y en fuerza de estas consideraciones procurará enfrenar su indignacion y su cólera, las cuales le inquietarian, le atormentarian y le harian vivir siempre descontento con su suerte, y en un estado perpétuo de guerra con los que le rodean.

El mal humor, la insociabilidad, la misantropía, son vicios reales y verdaderos. Los moralistas que reputan estas cualidades por perfecciones y virtudes, y que persuaden al hombre que hay un mérito real y verdadero en separarse de sus semejantes, en vivir solitario y sin ser de provecho alguno para la sociedad, ignoran clara y visiblemente que la virtud debe ser siempre útil y benéfica.

CAPITULO IV.

DE LA AVARICIA Y DE LA PRODIGALIDAD.

Por pequeña que sea la idea que uno se haya formado de los intereses de la sociedad, y de lo apreciables que son la humanidad, la beneficencia, la compasion y la liberalidad, reconocerá que la avaricia es una cualidad inhumana y despreciable, pues que es incompatible con todas estas virtudes. Esta pasion consiste en una sed inestinguible de las riquezas solo por sí mismas, sin

hacer nunca uso de ellas ni para su propio uso ni para el de los demás. Las riquezas en las manos del hombre sensato, no son la felicidad, pero sí los medios de obtenerla, porque le facilitan el que un gran número de hombres concurran á su propia felicidad. El avaro es un hombre solitario, reconcentrado en sí mismo, y cuyo corazon está siempre cerrado para sus semejantes. Acostumbrado á privarse de todo ¿qué atencion pueden merecerle las necesidades de los otros, ni cómo alargarles una mano benéfica? El avaro solamente vive con su oro; este ídolo inanimado es el objeto único de sus adoraciones y de sus cuidados; le adora en secreto, y le sacrifica perpetuamente todas sus demás pasiones, así como todas las virtudes sociales; nada concede á sus deseos y se aplaude de las privaciones que tolera, las cuales son para él contínuos goces y placeres, puesto que le conducen al fin que se propone, que es el atesorar.

Los moralistas han condenado con mucha razon la avaricia; los poetas han disparado á manos llenas los dardos de la sátira contra ella; mas sin embargo no han examinado con prolijidad las causas ocultas y poderosas que inspiran y alimentan en algunos hombres esta pasion insociable que los ata y enlaza con vínculos indisolubles. Se nos pinta al avaro como á un hombre infeliz, porque se priva de los placeres que los demás deseamos; mas el avaro es poco sensible á estos placeres; él se crea un placer distinto, superior en su imaginacion á todos, y que le ofrece todos los placeres reunidos. ¿Por qué contempla solo y únicamente su tesoro? Porque su tesoro retrata en su fantasía todos los bienes y placeres del mundo; este tesoro le representa la facultad de adquirir honores, palacios, terrenos, haciendas, alhajas preciosas y deleites carnales, caso que sienta los estímulos de la sensualidad. En una palabra, en su cofre el avaro lo ve todo, es decir, ve la facilidad de tener, si él quisiera, todo lo que es objeto de los deseos de los otros; esta posibilidad le basta y no apetece mas; si empleára su dinero en la adquisicion de algun objeto particular, su ilusion cesaría, y no quedándole sino la cosa adquirida ó la memoria de algun placer acabado, no veria ya en su imaginacion la facultad de tener todo lo que se puede adquirir con el dinero.

El avaro se priva de todo, es verdad; mas cada privacion es un placer para él: quizá en esto hará algunas veces sacrificios costosos, mas en toda pasion dominante tambien se sacrifican todas las demas al objeto que esta prefiere. El avaro sabe muy bien que es despreciado y aborrecido; mas á la vista de su cofre se aprecia á sí mismo y considera en él su poderío, su amigo el mas seguro, y en quien se encierra lo que le puede proporcionar las ventajas que no podria esperar del resto de la sociedad. El avaro desconoce la compasion, porque no tiene necesidades, ó al menos porque puede satisfacerlas; tampoco ama á nadie porque su dinero absorve todos sus afectos; rehusa lo necesario á su muger, á sus hijos y á sus criados, porque lo necesario le parece supérfluo: en suma

vive atormentado de mil inquietudes; ¿mas toda pasion no está sujeta al temor é inquietud de perder el objeto que prefiere su amor? El avaro no es mas felíz ni mas desgraciado que el ambicioso, que se aflige y teme perder su poder, que el amante que sospecha de la fidelidad de su amada, ó que el deseoso de gloria que teme igualmente el que esta se le escape. No hay, pues, pasion alguna fuerte y dominante que no cause inquietud y no escite por ciertos momentos vergüenza y remordimientos; mas estas ideas de pesar se ven muy pronto disipadas con las ilusiones que presenta á la imaginacion el objeto de que el hombre se halla fuertemente inflamado.

Asi el avaro es ciertamente infeliz tanto por los tormentos de su misma pasion, como por la idea de los efectos que ella produce en los demas: no solo él priva á los otros hombres de todo, sino que el avaro es capaz de las acciones mas bajas para saciar la sed que incesantemente le abrasa; en fin, en los accesos de su locura, es capaz de ahorcarse si ha perdido su oro, porque esta pérdida le priva del objeto que le daba la vida.

La avaricia, como otras muchas, es una pasion esclusiva que separa al hombre de la sociedad. Sería un error el creer que el hombre es avaro por el bien de los otros. Un padre de familia prudente y justo es económico, sin ser avaro; por tanto resiste á sus gustos y caprichos, se priva de las cosas inútiles, y aminora sus gastos, para consolidar la suerte de sus hijos; mas el avaro es *personal*; no es por el bien y cariño de los demas por lo que se carga de una pasion insoportable para los que no se hallan enteramente infestados de ella. Todos los dias vemos hombres que sin tener herederos, sin amar á sus parientes, sin intencion de hacer nunca el menor bien á nadie, no gozan de su inmensa fortuna, sino que viven en una verdadera indigencia, y hasta los bordes del sepulcro no cesan de acumular tesoros, de los que ellos no usan ni usarán jamás. Los verdaderos avaros aman el dinero por sí y para sí solos, le miran como á un bien real, y no como la representacion de la felicidad, ó como un medio de obtenerla. El hombre sociable y racional mira el dinero únicamente como el medio de lograr los placeres honestos, y el hombre virtuoso no conoce otro placer mayor ni mas verdadero que el de hacer felices: es benéfico y liberal, porque sabe que en el egercicio de la beneficencia consisten las ventajas que tienen las riquezas en comparacion de la pobreza ó de la medianía.

El hijo del avaro es por lo comun pródigo, porque la avaricia del padre le ha mortificado mucho, y por lo tanto se precipita al estremo opuesto: ademas este mismo padre, negando todo á su hijo, no le ha dejado aprender el buen uso que se puede hacer de sus riquezas. El pródigo discurre merecer estimacion y aprecio adoptando un vicio contrario al de su padre.

La prodigalidad es el vicio opuesto á la avaricia. Esta pasion, fundada en la vanidad, consiste en derramar sin medida ni discrecion los bienes de for-

tuna, ó en hacer de sus riquezas un uso poco útil, tanto para sí como para la sociedad. El pródigo no es un hombre benéfico, sino un insensato que no conoce el verdadero uso del dinero, que nada rehusa á sus mas desarreglados deseos, que quiere hacerse célebre y famoso con sus gastos inútiles, ó con una especie de menosprecio afectado de las riquezas, cuyo buen empleo constituye todo su valor. César daba al pueblo romano fiestas que le costaban millones de sestercios; mas estas prodigalidades, efecto de su ambicion, no tenian otro fin que el de corromper mas y mas á un pueblo ya vicioso y pervertido. Las prodigalidades de Marco Antonio y de Cleopatra, que hacian desleir perlas de un inmenso precio para beberlas en un convite, eran verdaderas locuras nacidas de la embriaguez de la opulencia.

La prodigalidad en los príncipes, que por lo comun se condecora con el nombre de beneficencia, es una debilidad delincuente: los pueblos están destinados á gemir oprimidos para que puedan sus monarcas satisfacer esta pasion. Un soberano pródigo se ve muy pronto obligado á ser un tirano, y es cruel con su pueblo porque quiere contentar á los cortesanos que le rodean y que tiene delante de sí, mientras que ni ve á sus vasallos, ni se cuida de que sean dichosos ó no: sus cautelosos ministros cierran todas las sendas por donde pudieran llegar á sus oidos las quejas y clamores del reino.

¿Será por ventura beneficencia robar á la sociedad toda entera, para enriquecer á los mas inútiles ó á los mas dañosos de sus miembros? Las prodigalidades de Neron y de Heliogábalo eran otros tantos ultrages hechos á la miseria pública.

El pródigo se perjudica á sí mismo; una vez arruinada su fortuna, ningunos recursos le quedan en sus amigos; inconsiderado en la eleccion de estos, no ha derramado por lo comun sus larguezas sino entre aduladores, gorristas, hombres sin costumbres ni honor é ingratos, que están muy crecidos de haberle pagado suficientemente con sus débiles complacencias y bajas adulaciones. Solo el hombre sábio y prudente es el que sabe usar de la fortuna, mas el hombre vicioso, vano y frívolo no sabe mas que abusar de ella.

El avaro y el pródigo convienen en una cosa, y es que ni el uno ni el otro saben el uso de las riquezas que ambos desean igualmente. El uno las codicia para acumularlas, el otro para disiparlas; ambos, si tienen la ocasion, usurpan lo ageno, siendo injustos y criminales; los dos se ven aborrecidos y detestados, porque el avaro no hace bien á nadie, y el pródigo solamente á los ingratos. El avaro roba para enriquecerse; mas el pródigo roba y defrauda á sus acreedores, se arruina á sí mismo, y solo enriquece á bribones y hombres despreciables, que son los que saben muy bien aprovecharse de sus locas estravagancias.

CAPITULO V.

DE LA INGRATITUD.

«Nada, ha dicho un antiguo, se es»tingue mas pronto que un benefi»cio (1).» No hay vicio mas detestable, ni mas comun que la ingratitud. Platon la considera como que en sí comprende todos los demas. La ingratitud, pues, consiste en el olvido de los beneficios recibidos, y á veces llega al estremo de aborrecer al bienhechor. Nada es mas odioso, mas injusto, ni mas insociable que esta cualidad criminal: ella hace al que la tiene enemigo de sí mismo en cierto modo, y ademas no puede menos de grangearle el odio de la sociedad entera: cada cual conoce ciertamente que la ingratitud desalienta los corazones benéficos, y destierra del comercio de la vida la compasion, la bondad, la liberalidad y el deseo de hacer bien, vínculos suaves que enlazan entre sí á los hombres. No hay uno que no tome personalmente parte en el odio de los ingratos. Desconocer los beneficios recibidos, anuncia una insensibilidad, una injusticia, una locura, una vileza estraordinaria: mas aborrecer al que nos ha hecho bien, indica una espantosa ferocidad. Si los hombres reunidos deben prestarse mútuamente socorros, ¿que motivos les escitarán á egercer su benevolencia, cuando temen con razon que el premio de ella sea la ingratitud y el odio?

Por desinteresadas que quieran ser la generosidad, la benevolencia y la liberalidad, estas virtudes siempre tienen necesariamente por objeto el adquirir derechos al cariño de aquellos á quienes se obliga con ellas. Ningun hombre hace bien á su semejante con el designio de labrarse en él un enemigo: el ciudadano animoso y magnánimo, en servir á la patria no puede proponerse el fin de llegar á ser odioso y despreciable á sus ojos, porque todo el que hace un bien espera con razon el reconocimiento, el cariño, ó al menos la equidad de aquellos á quienes favorece. Aun cuando la beneficencia se estienda á los mismos enemigos, el que la egercita se gloría de que así se desarmará su odio, y los convertirá en amigos. Los derechos al reconocimiento y á la gratitud son, pues, muy justos y fundados, como que son los motivos naturales de la beneficencia; ni es posible, sin ser loco ó injusto, defraudar al bienhechor de estos derechos: la ingratitud es tan ofensiva y molesta, que es capaz de aniquilar la humanidad en el fondo de los mas virtuosos corazones.

Servir á los ingratos, ó hacer bien á los injustos y enemigos, sería, segun se dice comunmente, la prueba de la virtud mas heróica, de la magnani-

(1) Un español tambien ha dicho: «Al que »le dais, lo escribe en la arena; y al que le »quitais, lo esculpe en el bronce.»

midad mas admirable y de la mas rara generosidad: mas tambien puede serlo muchas veces de la mayor debilidad. Sin embargo, pocos hombres son capaces de un desinterés tan perfecto, el cual supondria un entusiasmo no comun, y una imaginacion fecunda que se indemnizase á sí misma de la injusticia de los otros. Todo hombre que nos favorece, muestra que aspira á nuestro afecto y estimacion, y no podemos rehusárselos sin injusticia: él nos manifiesta evidentemente que nos quiere bien, que se interesa por nosotros, que nos trata, en fin, con aquella consideracion que naturalmente deseamos hallar en nuestros semejantes. Por lo tanto, sean los que fueren sus motivos, nosotros no podemos menos de acreditar nuestro agradecimiento á cualquiera que manifiesta su interés y buena voluntad por nosotros.

Segun estas verdades tan claras y palpables, ¿no es de admirar que haya tantos ingratos en la tierra? No obstante, son muchas las causas que concurren á multiplicarlos. El orgullo y la vanidad son en general los verdaderos manantiales de la ingratitud. Es muy comun el que cada uno pondere y exagere su propio mérito mucho mas de lo que realmente vale; y en este caso mira los beneficios como unas verdaderas deudas: cada cual se cree con razones suficientes para recibir los beneficios que se le dispensan, y así no se considera obligado con ellos. Por otra parte, se nos hace temible la superioridad que damos á aquellos de quienes recibimos los beneficios, y nos figuramos que abusarán de esta superioridad ó de los derechos que adquieren sobre nosotros; nos da vergüenza confesar que dependemos de ellos ó que necesitamos de sus socorros para nuestra felicidad. En fin, siempre tememos que los bienhechores pongan á sus beneficios tan alto precio que no podamos satisfacerle. Los ingratos están bien comparados á los malos deudores, que temen y huyen de encontrarse con sus acreedores. Por último, la envidia, esta pasion fatal que suele irritarse con los beneficios mismos que recibe, y que hace al envidioso injusto y cruel con los que debiera apreciar y querer, es por lo comun la causa de la mas negra ingratitud.

Es tambien preciso confesar que el arte de hacer bien, como hemos advertido hablando de la beneficencia, no es conocido de la mayor parte de los hombres, y que exige una modestia, una delicadeza, un tacto muy fino, á fin de no ofender ó mortificar el amor propio de aquellos á quienes se pretende obligar, y cuya gratitud se quiere merecer. Este amor propio es tan irritable, que el bienhechor necesita de todos los recursos de su talento para no ofender á las personas que desea ver obligadas. Los orgullosos, los hombres vanos, imperiosos y pródigos, no conocen de ningun modo el arte de hacer bien, y así no logran comunmente formar sino ingratos: solo las personas sensibles son las que saben servir y obligar. El orgulloso, cuando hace algun bien, solo se propone estender su imperio, aumentar el núme-

ro de sus esclavos, y mostrarles de contínuo su póder y superioridad. El hombre vano únicamente desea hacer ostentacion de sus riquezas ó de su crédito, y derrama sin distincion sus favores para aumentar su corte. Todos los que en hacer bien solo aspiran á multiplicar á su alrededor aduladores, esclavos, y juguetes de sus fantásticos caprichos, poco reconocimiento pueden prometerse de ellos; estos hombres viles y despreciables siempre se figuran que hacen bastante con sus bajas y serviles complacencias. Sola la virtud modesta es la que puede atraerse la confianza de las almas justas y virtuosas; y solas las almas de esta naturaleza son las verdaderamente reconocidas.

Es muy raro que los grandes sepan en verdad obligar ó hacer bien: poco acostumbrados á la moderacion, obligan con altanería, y exigen regularmente sacrificios muy costosos en cambio de sus favores. Nada es mas sensible y cruel para un alma justa, que el no poder amar ni apreciar á los que le hacen bien, y verse interiormente obligada á odiarlos ó despreciarlos. ¿Cómo es posible amar sinceramente á unos hombres que, con su conducta altanera y sus procedimientos orgullosos, ellos mismos se adelantan desde luego á dispensar á todos aquellos á quien favorecen del reconocimiento y de la gratitud que estos querrian demostrarles? ¿Hay una situacion mas espantosa que la de un buen hijo, á quien la tiranía de su padre le fuerza á no amar al autor de sus dias, cuando su corazon querria poder manifestarle la mas tierna gratitud, y el amor mas sincero y entrañable? Los tiranos en todo género solo hacen ingratos.

Los príncipes, los ricos y los grandes de la tierra tambien se hacen por lo comun culpables de la mas negra ingratitud, á causa de que, elevados sobre los demas, imaginan que ningun hombre tiene derecho de creer que haya podido hacerles servicios dignos de su reconocimiento. Rodeados de embusteros y aduladores, están en la firme persuasion de que todo se les debe de justicia, que nada deben á los que les sirven ni á otra persona alguna, y que la dicha de servirlos es un honor harto grande, por el que se hallan dispensados de la gratitud que exigen de los otros. Los tiranos, siempre inquietos y tímidos, estan prontos por la menor sospecha á pagar los servicios con la desgracia, y muchas veces con la muerte (1). Por otra parte, los servicios distinguidos dan á sus autores un lustre que abrasa é irrita las pequeñas almas de los orgullosos potentados, los cuales son regularmente muy débiles y miserables para envidiar con emu-

(1) El sultan Bayaceto II dió la muerte á Acomath, su visir, el cual habia asegurado su trono, y aumentado considerablemente su imperio, á causa de que, como este príncipe lo reconocia, *se hallaba imposibilitado de recompensar dignamente los servicios que Acomath le habia hecho*. Por igual razon Calígula dió la muerte á Macron, á quien le debia el imperio. Sabedor Tiberio de que el agorero Léntulo en su testamento le habia nombrado su heredero, envió satélites que le matasen, para disfrutar asi mas pronto de su herencia. Luis XI decia que *los grandes beneficios hacian grandes ingratos*.

lacion la gloria adquirida por aquellos ciudadanos, cuyas grandes acciones los ponen al nivel de sus soberbios señores: la envidia no permite nunca á los tiranos que amen sinceramente á los que oscurecen su gloria.

Al temor de la superioridad y á la envidia que escitan los grandes talentos, son debidas, como verémos muy pronto, las demostraciones ofensivas de la mas cruel ingratitud, de que se hacen reos los pueblos enteros con los magistrados y gefes que mas útilmente los han servido. Las repúblicas de Atenas y de Roma nos ofrecen muchos ejemplos memorables de la injusticia de las naciones con sus mas grandes bienhechores. Los hombres en cuerpo ó sociedad jamás se avergüenzan de su ingratitud. El que sirve y hace bien al público, regularmente por nadie se vé recompensado.

A la envidia, siempre reinante, deben atribuirse las injusticias frecuentes del público con aquellos que le han proporcionado los mayores bienes, ó los mas importantes descubrimientos: hé aqui por qué los hombres de talento han sido siempre perseguidos cruelmente, han sido castigados en pago de los servicios que han hecho á sus contemporáneos, y se han visto obligados á esperar de la posteridad mas equitativa la recompensa y la gloria que merecian sus talentos y sus virtudes. El público se compone de un pequeño número de personas justas, y de una multitud inmensa de hombres injustos, débiles y envidiosos, los cuales, oscurecidos por los grandes hombres, hacen todos sus esfuerzos para deprimirlos.

¿Y debemos hacer bien á los ingratos? Sí, que es grandeza de ánimo el despreciar la envidia; es necesario hacer bien á los hombres para su misma confusion y vergüenza; es menester contentarse con el solo dictámen y aprobacion de los hombres de bien; es forzoso apelar de sus contemporáneos ingratos á la posteridad siempre favorable con los bienhechores del género humano. En fin, á falta de los aplausos y de las recompensas merecidas, todo hombre verdaderamente útil á sus semejantes, todo hombre generoso hallará en los aplausos de su propia conciencia el mas dulce premio de los servicios que hiciere á la sociedad. La injusticia y la ingratitud hacen que regularmente la virtud sea la sola y mayor recompensa de sí misma.

CAPITULO VI.

DE LA ENVIDIA. — DE LOS CELOS. — DE LA MURMURACION.

La envidia, este tirano encarnizado del mérito, de los talentos y de la virtud, es una cualidad insociable que hace aborrecer á los que poseen ventajas y cualidades estimables.

Los celos, hijos legítimos de la envidia, son la inquietud que produce en nosotros la idea de una felicidad que suponemos que otros gozan, mirándonos privados de ella nosotros.

El orgullo es el orígen de la envidia; el amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo, le hace aborrecer en los otros las ventajas, por las que logra en la sociedad una superioridad, que cada cual desea para sí. *Aquellos*, dice Sófocles, *que desprecian y ultrajan á los hombres grandes*, *no se figuran que hacen mal en esto*, *porque están seguros de ser celebrados y aplaudidos*. Todo mortal que se distingue por sus talentos, por su mérito, por su feliz suerte, por su crédito, ó por sus riquezas, es objeto de la envidia pública, á causa de que cada uno querria gozar con preferencia á él de todas estas ventajas. Los príncipes, los grandes y los ricos son envidiados, porque se sabe que su poder y su fortuna les proporcionan un imperio, que cada uno desearia egercer en su lugar, vanagloriándose que haria de él mejor uso.

Los celos, por el contrario, suponen una idea baja de sí mismo, una falta de las ventajas ó cualidades que se reconócen, ó que se supone que existen en aquellos que causan los celos. Un amante está celoso de su rival porque teme no tener á los ojos de su amada tantas prendas como el que motiva sus inquietudes. Los pobres viven celosos de los ricos porque aquellos se sienten destituidos de los medios que estos pueden emplear para obtener todos los placeres que los otros no pueden conseguir.

La envidia y los celos son pasiones naturales en todos los hombres; pero pasiones que por su propio reposo y por el bien de la sociedad debe reprimir con el mayor cuidado todo hombre. La vida social es un contínuo tormento para el que es afligido de esta desdichada pasion; todo á sus ojos es un espectáculo de rabia y de dolor; no hay ventajas que otro disfrute que no causen una herida mortal al envidioso. La opulencia de sus conciudadanos le entristece; su elevacion le irrita; su reputacion le ofende; los elogios que se les dan, son puñaladas para él; la gloria que se grangean, le desespera; en una palabra, no hay para el hombre envidioso paz ni tranquilidad alguna: si quiere sustraerse al espectáculo de la felicidad pública, tan moleste á sus ojos, no hay mejor cosa como que huya y se esconda á devorar su propio corazon en una horrorosa soledad.

La envidia es un afecto vergonzoso que ninguno se atreve á manifestar, porque daria en rostro con él á todo el mundo; así qué, se le procura ocultar bajo una infinidad de diferentes formas. Ningun hombre se atreve á confesar que tiene envidia de otro: su pasion se disfraza con el nombre de amor del bien público cuando quiere deprimir á los que le molestan; entonces la envidia se indigna y clama al ver los eminentes destinos concedidos á hombres desnudos de todo mérito; se lamenta de que la opulencia esté en manos de gentes poco merecedoras de poseerla; bajo el pretesto de un amor puro de la verdad, entra en lo mas oculto de los corazones para atribuir motivos odiosos y viles á las mejores acciones, y escudriña en la conducta de los hombres todo lo

que puede rebajarlos de su justo valor, en fin, ama la murmuracion, porque esta degrada á sus rivales.

La envidia suele ser la moral de muchas gentes: el envidioso, poco sensible á los intereses de la virtud ó al bien de la sociedad, es un lince siempre que se trata de manifestar los vicios y defectos ocultos de aquellos cuya felicidad le ofende. La envidia es osada y rabiosa cuando no puede ocultarse con el nombre de celo por la virtud.

Bajo el pretesto de buen gusto, la envidia lo critica todo, y nada encuentra bueno; y escuchando con ánsia sarcasmos y epígramas, la burla y la sátira mas picantes son para ella un manjar delicioso, con las que entretiene por algunos instantes el dolor y la pena que le causan el mérito y los talentos: ella adopta sin exámen alguno la calumnia, porque sabe que ésta deja siempre unas cicatrices muy difíciles de borrar; en una palabra, la malignidad, la perfidia y la perversidad son dignas compañeras de la envidia, con cuyo auxilio logra esta al menos afligir y desalentar al mérito, cuando no consiga sofocarle.

La murmuracion es una verdad dañosa para aquellos en quien recae. El murmurador no es un hombre veraz, es un envidioso, un maligno, un malvado, cuyos discursos solo pueden ser agradables á los que se le asemejan. Si no hubiera envidiosos, la murmuracion sería desterrada de la sociedad, pues que si con tanta ánsia y placer se dá oidos á la murmuracion, es porque deprime á los otros en la opinion pública, y porque cada uno vé un enemigo menos en el hombre grande que es acometido, ó á quien la perversidad procura destruir. *El murmurador*, dice Quintiliano, *no se diferencia del perverso, sino en la ocasion de hacer mal.* Si solamente daña con sus palabras y discursos, es por ser demasiado cobarde para hacerlo tambien con sus acciones.

El murmurador es un hombre vano y soberbio, que descubriendo las enfermedades y flaquezas de los otros, quiere persuadirnos que se encuentra sano y sin ellas. A mas de esto se jacta de ser verídico, siendo así que no es sino un hipócrita que aparenta sentimientos ó afectos virtuosos, falsos en el fondo y en la realidad, pues que no van acompañados de bondad, de indulgencia y de humanidad. El murmurador debiera ser mirado como un enemigo del público; mas sin embargo se le da oidos, y aun con razon pudiera decirse que los hombres solo se reunen y se tratan para tener la miserable complacencia de hablar mal los unos de los otros.

Para curar á los hombres de la envidia y de los celos que tanto los atormentan, así como de la murmuracion y de la calumnia, sería conveniente hacerles ver que todos sus esfuerzos son inútiles contra el mérito y la virtud. En vano la murmuracion se emplea contra el hombre de bien. ¡Ah! ¿No es bien sabido que ningun mortal sobre la tierra está exento de defectos? Una injusta crítica ¿podrá hacer despreciables las producciones del talento? ¿No es muy cierto tambien que el talento es desigual y que está sujeto á

irregularidades y tropiezos? Algunas pequeñas faltas ¿han hecho nunca caer en el olvido las obras inmortales del entendimiento humano? ¿Logrará nunca la calumnia denigrar la probidad? Tarde ó temprano la iniquidad se descubre, confunde al envidioso que la fomenta, y hace que la inocencia, en vez de ser oprimida, aparezca mas amable y mas interesante.

¡Cuán pocos envidiosos habria si se reflexionase cuán pocos hombres hay verdaderamente felices ó dignos de envidia! Los grandes son envidiados porque se supone que son los mas dichosos entre los mortales; ¿pero cómo un hombre que piensa, podrá envidiar á unos cortesanos perpétuamente atormentados de su recíproca envidia, de contínuos sobresaltos, de las mas acerbas pesadumbres y de inquietudes y zozobras tan largas como la vida? El rico es el objeto de los celos y la envidia del pobre; mas para desengañar á este hágasele ver que á pesar de todos los medios que tiene para lograr su felicidad y su reposo, este mismo hombre rico ningun uso hace de ellos; devorado por la sed de las riquezas, nunca se halla harto ni satisfecho; corroido por la ambicion, jamás está contento con su suerte; hastiado de placeres, ninguno ya le sirve de recreo; fatigado, en fin, de su ociosidad, el fastidio le abruma, como que es el mas cruel de todos los tormentos con que la naturaleza puede castigar al hombre que no quiere trabajar. Todo le muestra al pobre laborioso que su destino, que tan lamentable le parece, le exime de una infinidad de necesidades imaginarias, de intrigas y de aflicciones de espíritu, como son las que agitan de contínuo á la grandeza y la opulencia.

Para que los envidiosos ó malignos que prestan oidos á la murmuracion, se desengañen del placer que esta les causa, deben saber que esta misma persona, cuyos horribles discursos oyen con ánsia y placer, y con cuyas mordaces y crueles sátiras se complacen, al dejar su compañía va á divertir á sus espensas á otro corro de gentes igualmente dispuestas y prontas á la murmuracion.

En fin, para sacar de su error al murmurador mismo, que tiene deleite en hacer daño, le diremos que el vil y bajo papel que representa, haciéndole temible, nunca jamas le hace querido ni apreciable. Un ente sociable ¿ambicionará acaso ser tenido por malvado? ¿Hay un oficio mas vil y mas bajo que el de público delator? ¿No es hacerse cómplice de su infámia escucharla con gusto? ¿Y no es, por último, deshonrarse á sí mismo el dispensar su amistad y confianza al infame delator? *El delator*, dice un moderno, *siendo el mas vil de todos los hombres, deshonra á las personas que le tratan, mucho mas que las deshonraria el trato de un verdugo; puesto que la conducta del primero es efecto de su malvado carácter, cuando el verdugo solamente hace su oficio.* Este causa un mal haciendo su deber, mas el otro por gusto y complacencia. ¿Hay un gusto mas detestable que el de correr de casa en casa denigrando á sus conciudadanos, divulgando los hechos

que pueden serles dañosos y quitando á todos la reputacion y el reposo sin provecho alguno de la sociedad? El murmurador nos dirá quizá que es necesario ser uno veráz, y que al público le es importante conocer á los hombres, añadiendo además que él no murmura sino de las personas indiferentes, á las que nada debe. Mas nosotros le contestaremos que la verdad solo es útil al público cuando se trata de crímenes y delitos, mas no de flaquezas y defectos ocultos: el hombre veráz es un cobarde asesino siempre que divulga verdades capaces de quitar la buena opinion, de resfriar la benevolencia y de perjudicar al bien de sus conciudadanos, en razon de que ninguno favorece á aquellos de quienes tiene una mala idea. Por último, nosotros le diremos que un ente sociable debe, aun á las personas desconocidas, á las indiferentes y á las estrañas, sus respetos y consideraciones, y que faltando á estos deberes da motivo á cualquiera para que le denigre á él mismo, y para que divulgue sus faltas secretas. ¿Hay hombre alguno que pueda jactarse de no tener defectos? Si ninguno puede llevar á bien el que se publiquen sus debilidades, se infiere claramente que debemos ocultar las agenas.

Bajo cualquier aspecto que la murmuracion sea considerada, es culpable por los daños, las enemistades y las quejas que produce de contínuo. Ella es ocasion de grandes males y de ningunos bienes, y el murmurador es siempre aborrecido aunque la murmuracion agrade. La murmuracion es hija del odio, del mal genio, de la envidia y de la ociosidad. Ella, pues, no debe gloriarse de un origen tan despreciable. La vaciedad de entendimiento, la incapacidad de vivir ocupado útilmente, y la ociosidad, dan pábulo á este vicio detestable; siendo cierto que el que no sabe hablar de las cosas habla de las personas. Nada es mas útil que saber callar; la locuacidad es uno de los mayores azotes de todas las sociedades.

CAPITULO VII.

DE LA MENTIRA. — DE LA ADULACION. — DE LA HIPOCRESIA. — DE LA CALUMNIA.

El don precioso de la palabra debe servir á los hombres para comunicarse sus pensamientos, para socorrerse mútuamente en sus necesidades, para transmitirse las verdades útiles, y no para destruirse y engañarse recíprocamente. El mentiroso peca contra todos estos deberes, y por consecuencia perjudica á sus asociados. Mentir es hablar contra lo que se piensa, es inducir á los otros en el error, es violar las convenciones en que se funda el comercio del lenguage, el cual llegaría á ser muy funesto si los hombres solo se sirviesen de él para engañarse los unos á los otros. Digamos, pues, con la franque-

za de Montagne: *Ciertamente que el mentir es un maldito vicio. Nosotros no somos hombres, ni vivimos unidos los unos con los otros sino por la palabra: si llegásemos á conocer el horror y el peso de este vicio, le declararíamos la guerra á sangre y fuego con mas ardor y justicia que á todos los demás crímenes.* Aristóteles dice que *la recompensa del embustero es no ser creido aun cuando diga verdad.*

Todos los moralistas estan de acuerdo sobre el horror que debe inspirar la mentira: los que han llegado á contraer este desgraciado hábito, pierden toda la confianza de los hombres, y la palabra, por decirlo así, es inútil en ellos. Este vicio es ciertamente bajo y servil, porque anuncia temor ó vanidad; el hombre de bien es sincero, y nada tiene que temer en decir la verdad, siempre útil y ventajosa para él. Los niños y los criados son los mas sujetos á mentir, porque su conducta inconsiderada los espone á cada paso á regaños y correcciones. Apolonio decia que *el mentir era propio de esclavos.*

Los persas, segun Herodoto, notaban de infámia à los embusteros: las leyes de los indios, por testimonio de Filostrato, ordenaban que todo hombre convencido de mentira fuese declarado incapaz de obtener ninguna magistratura. Esta infámia atribuida á la mentira subsiste todavía entre las naciones modernas, en las cuales un *mentís* ó *miente V.* se reputa un insulto tan grave que se tiene por preciso lavarle con la sangre.

Segun Plutarco, Epeneto acostumbraba decir que *los embusteros son la causa de todos los delitos que se cometen en el mundo.* Tiene razon por cierto: el error y la impostura son los manantiales fecundos de todas las calamidades que afligen al género humano. Prescindiendo de los errores nacidos de la ignorancia de los hombres, hay un gran número que les vienen á estos de los falsarios que han querido abusar de su credulidad, para someterlos con mas seguridad á su imperio y dominacion.

Un impostor nace en la Arabia y divulga en nombre de la divinidad mentiras que logra sean respetadas de una parte de sus conciudadanos; bien pronto estas mentiras tenidas por sagradas, se propagan con la fuerza de las armas en el Asia, el Africa y la Europa; y con ellas se creen autorizados unos fanáticos ambiciosos para conquistar toda la tierra inundándola de sangre. La ley de Mahoma se establece con la violencia, trastorna y muda los tronos, y sobre las ruinas del mundo erige la tiranía musulmana. De este modo los embusteros forman frenéticos que tienen por deber el inquietar al universo; hipócritas que saben aprovecharse de las desgracias de los hombres, y tiranos que encadenan los pueblos, y que los obligan á contribuir con sus vidas al logro de sus injustos proyectos.

Entre los medios de engañar á los hombres, no hay uno que haya producido en todos tiempos mayores infortunios y desgracias que la *adulacion.* Diógenes decia que *el mas dañino de todos los animales salvages era el mur-*

murador; *y de los animales domésticos*, *el adulador*.

La adulacion ha sido bien definida diciendo, que es un comercio de mentiras fundado por una parte en el mas vil interés, y por la otra en la vanidad. El adulador es un embustero que engaña para complacer y hacerse agradable à aquel cuya vanidad intenta seducir. Es un pérfido que le clava un cuchillo untado de miel. *El que os adula, os aborrece*, ha dicho un sábio árabe. En efecto, todo adulador se humilla forzosamente delante del necio á quien inciensa; como esta humillacion no puede menos de ser muy costosa á su vanidad, debe necesariamente aborrecer y detestar al que así le obliga á envilecerse. Los príncipes y los grandes se engañan groseramente, si se creen amados de cuantos los rodean. Ninguno puede amar al que le degrada. A pesar de la bajeza y de la humillacion adoptadas en la corte, ningun adulador hay que no se avergüence interiormente de ellas.

La adulacion, dice Charron, *es peor que el falso testimonio, porque este no corrompe al juez, sino le engaña; en vez de que la adulacion corrompe el juicio, encanta el entendimiento, le hace inaccesible á la verdad.* Si tantos, príncipes obran el mal con tan asombrosa firmeza, es porque se hallan rodeados de aduladores que les aseguran que obran bien, que sus súbditos son felices, que el reino entero los bendice, y que pueden continuar sin temor en dar un libre curso á todas sus pasiones. Así es como estos emponzoñadores públicos hacen inútiles las mas felices cualidades y disposiciones, inficionan á los mejores príncipes desde la infancia, y hacen de ellos estúpidos tiranos, que por grados llegan á ser el azote de sus súbditos. Si no hubiera aduladores, no habria tiranos en la tierra. La adulacion es, pues, una traicion infame; es un crímen horrible que, despues de entregar la sociedad á la tiranía, espone al tirano á terribles revoluciones, y muchas veces á su propia ruina. El adulador es el mas peligroso enemigo tanto de los pueblos como de los reyes.

Todos los hombres aman la adulacion, porque todos tienen mas ó menos orgullo, vanidad y buena opinion de sí mismos. Son muy raros los hombres prudentes ó fuertes que resistan á las asechanzas de los aduladores; todos prestan acogida á la adulacion, aun cuando reconozcan que todo es falsedad en ella; cada cual dice con Terencio, *yo bien sé que tú mientes, mas continúa mintiendo, porque sin embargo me das un gran placer.*

Un poeta célebre afirma con razon, *que no hay quien sea enteramente inaccesible á la adulacion, porque el hombre mismo que manifiesta aborrecer la adulacion, en alabarle de esto es adulado con placer suyo.*

La adulacion comienza siempre cegando á los hombres. Indagando cuidadosamente cuál es el débil de aquellos á quienes pretenden engañar, los aduladores al fin lo hallan; estos son comparados á los ladrones nocturnos, cuyo primer cuidado es apagar las luces en las casas donde entran á robar,

Antistenes decia con igual propiedad, que *las mugeres cortesanas desean á sus amantes todos los bienes menos el juicio y la sabiduria.* Los aduladores desean lo mismo à todos los que quieren cazar en sus redes. *Si no reconoces en tí*, dice Demófilo, *cualidades apreciables*, *está bien seguro de que los otros te adulan.*

Se ha observado con mucha razon que los mas detestables tiranos han sido siempre los mas adulados: esto no es de admirar. Los príncipes mas perversos son por lo comun los mas vanos, los mas sospechosos y los mas temibles; juntándose entonces el temor á la bajeza, esta es conducida por aquel fuera de todo límite, sin que nunca pueda ir bastante lejos cuando se trata de complacer à un tirano, que regularmente suele ser tan estúpido como malvado. La adulacion hace mas orgullosa á la necedad, y da mayor atrevimiento à la perversidad: el mismo poeta dice que *es hacer un gran mal á los tontos*, *el apludirlos.*

La mas baja adulacion, la mas servil, la mas insípida no es desagradable á una pequeña alma; mas para el hombre vano, cuando tiene algun pudor, se necesita una adulacion mas delicada; es menester un veneno preparado por manos mas hábiles; una adulacion grosera ofenderia su vanidad. Tiberio se encogia de hombros al ver las bajezas que los senadores poco diestros emplaban para adularle. Alejandro mismo, que llevó su locura al estremo de que le tuviesen por un dios, reprimió algunas veces á los aduladores que le lisongeaban con poca delicadeza. La adulacion es desagradable cuando indica demasiada bajeza en el que la prodiga. La adulacion vale bien poco aun para las personas mas amantes de ella cuando proviene de un hombre despreciable; para agradarlas, es necesario que el adulador muestre algun mérito, y sobre todo que afecte sinceridad; así qué, ningun hombre puede apreciar las adulaciones inverosímiles, porque siempre desea que estas tengan al menos algunos visos de verdades.

Sea como fuere, la adulacion indica siempre bajeza en el que la prodiga, y necia vanidad en el que se deja sorprender de ella. A primera vista parece que el adulador hace á la persona á quien adula un entero sacrificio de su orgullo y de su amor propio; mas esto no es porque esté libre de estos vicios, sino porque sabe reprimirlos y ocultarlos. Nada es mas comun que el ver á los esclavos mas humildes en presencia del dueño, usar con sus inferiores la mas insolente altanería. Aunque la ambicion sea fruto del orgullo, tambien se humilla á la lisonja, para conseguir la facultad de abatir á los otros, y que sientan el peso de su poder subalterno. Ninguno mas soberbio y feroz que un esclavo, el cual se desquita con los otros de los ultrages que recibe de aquellos á quienes por necesidad adula. Humillándose hasta la tierra, recobra el adulador mayor ímpetu y violencia.

Algunos rígidos moralistas han sido de opinion que jamás era lícito mentir, aun cuando se tratase de la salud del universo entero. Pero una moral

mas humana, en la propuesta hipótesis, hallaria muy dura é insociable una máxima tan absoluta. Una disimulacion que salvase al género humano ¿no sería la accion mas noble de que fuese un hombre capaz? Una disimulacion que salvase á la patria ¿no sería una accion muy virtuosa y digna de un buen ciudadano? Una verdad que la destruyese ¿no sería un crímen horroroso? Una disimulacion que salvase la vida de un padre, de un amigo, de un hombre inocente, injustamente oprimida ¿podria ser mirada como un delito por un hombre justo y sensato? La virtud es siempre útil á las criaturas de nuestra especie. Una verdad perjudicial á uno, y sin provecho para la sociedad, es un mal verdadero: una disimulacion útil á los que debemos amar, y que á ninguno es dañosa, no es vituperable en manera alguna.

La mentira igualmente se halla en las acciones que en las palabras. Hay hombres cuya conducta es una mentira contínua. La hipocresía es una verdadera mentira en las acciones y en las palabras, cuyo objeto es engañar, mostrando en la esterioridad unas virtudes que el hipócrita no tiene. El malvado mas decidido y resuelto es mucho menos peligroso que el pérfido que nos engaña con la máscara de la virtud, porque contra aquel puede uno precaverse, en lugar de que es casi imposible preservarse de los golpes imprevistos del hombre que nos deslumbra con esterioridades engañosas. El hipócrita con razon es comparado al cocodrilo, el cual, segun dicen, como que llora y se lamenta de los que quiere y está pronto á devorar.

La hipocresía requiere mucho arte para engañar por largo tiempo sin deponer la máscara que la encubre; es cien veces menos costoso adquirir las virtudes que la hipocresía afecta, que no el mostrarlas en la apariencia. ¡De cuántos tormentos y afrentas se librarian los hombres, si fuesen mas verídicos, ó siguiesen la máxima de no parecer sino lo que realmente son! Engañar por largo tiempo supone una atencion y un trabajo contínuo, de que pocas gentes son capaces. La mejor y mas sana política consiste en ser el hombre bueno y sincero.

La traicion es una mentira en la conducta ó en los discursos: ésta consiste en hacer mal á los que debemos hacer bien, ó á los que habemos engañado con apariencias de buena voluntad. Ser traidor á la patria, es entregar á sus enemigos la sociedad que estamos obligados á defender: ser traidor á un amigo, es dañar á un hombre á quien hemos asegurado de nuestro afecto y cariño. La traicion supone una cobardía y una depravacion detestable; aquellos mismos que se aprovechan de ella, no pueden apreciar ni querer á los infames que la cometen. Se busca y apetece algunas veces la traicion, pero se aborrece siempre á los traidores, como de quien uno jamás puede fiarse. Todo tirano es un traidor que daña á la sociedad, por cuya felicidad está obligado á velar incesantemente; y todo ciudadano que favorece ó sostiene la tiranía, es un traidor que sus conciudadanos deben mirar con horror.

La vanidad, de que se hallan inficionados tantos hombres frívolos y ligeros, produce una infinidad de mentiras que se llaman *pretensíones vanas é impertinentes*, las cuales atormentan á los que las tienen tanto como á los que se ven precisados á sufrirlas en el comercio de la vida. Si la hipocresía y la impostura son verdaderas mentiras, es evidente que todos los que manifiestan semejantes pretensiones son unos verdaderos embusteros. De aquí es que las personas sensatas no pueden menos de despreciar á una multitud de hombres que con su jactancia, su fatuidad, su afectacion y vanidad introducen de contínuo discordias é inquietudes en la sociedad. Las tertulias donde las gentes se reunen para divertirse y solazarse, son regularmente los parages donde vienen los embusteros á molestarse recíprocamente con sus ridículas pretensiones, sus impertinencias y sus necedades. El uno pretende ser tenido por valiente, el otro por científico, el otro por virtuoso; mas ninguno se afana por adquirir real y verdaderamente estas cualidades que le harian apreciable en justicia. *Sed lo que quereis parecer*; hé aqui la máxima que debe seguir todo hombre sábio y prudente.

Si las vanas pretensiones de los hombres son mentiras que incomodan á la sociedad, y que esta condena por ridículas, hay todavia otras, á las cuales la misma sociedad muestra un justo horror, por los desórdenes espantosos que producen en ella, y de cuyo número es la calumnia. Esta consiste en mentir contra la inocencia, en imputar á esta falsamente defectos ó acciones capaces de privarla de la estimacion pública, y aun de que se le irrogue un injusto castigo. De donde se infiere que este crímen viola insolentemente la justicia, la humanidad, la piedad y, en una palabra, las mas santas virtudes; por consecuencia debe llamar la atencion y el interés de todos los ciudadanos, porque todos estan espuestos á los tiros manifiestos ú ocultos de la calumnia.

A pesar de lo horroroso de semejante crímen, es sin embargo muy comun en la tierra; nada es mas digno de admiracion que la prontitud con que se estiende y propaga entre los hombres. Por un fenómeno muy estraño, al primer aspecto los hombres detestan la calumnia, y sin embargo siempre son sus cómplices y siempre la dan crédito. Para que cese nuestra admiracion basta el atender á los manantiales de este crímen destructor, como son la envidia, la venganza, la cólera, y la malignidad que disfruta un secreto placer en destruir ó conturbar la felidad de los demás. Por otra parte la imprudencia, la superficialidad y el atolondramiento impiden ver las cosas como son en sí, y prever las consecuencias de nuestros discursos. Las mismas causas que producen la calumnia la propagan con la mayor facilidad; y los hombres, que se deleitan en la depresion de los otros, la adoptan sin exámen. La malignidad va siempre estrechamente unida con la envidia. El celo de la virtud suele irritar al hombre de bien pero

crédulo, contra el calumniado, de manera que no le deja pesar tranquilamente las pruebas y testimonios de su causa. En fin, la imprudencia, tan comun entre los hombres, hace que estos no presten la atencion necesaria en el exámen de los hechos que se propalan, sino que los adopten con facilidad y se difundan con la misma, sin prever hasta qué punto esta facilidad puede llegar á ser funesta al desgraciado de quien se sacrifica la reputacion y tal vez la vida.

Discrecion, reflexion y un exámen detenido y maduro, son los únicos medios de preservarse de un crímen tan detestable en sus efectos, y en el cual hasta la credulidad se hace culpable. Los príncipes, perpétuamente rodeados de hombres envidiosos y lisongeros, debieran no dar oidos á los discursos que los esponen muchas veces á sacrificar á los hombres mas virtuosos al odio ó la envidia de algunos malvados, que solo poseen el arte horroroso de hacer mal.

Para no dejarse llevar de la calumnia basta el reflexionar sobre las pasiones de los hombres: ademas la esperiencia acredita cuán pocas personas son capaces de ver bien los hechos mismos de que son testigos; muy pocos hombres cuentan fielmente lo que han visto ú oido; muchas veces es difícil comprobar los hechos que mejor debiéramos saber: las circunstancias que nos parecen indiferentes ó de poco valor, pueden agravar ó atenuar la imputacion: en fin, todo debe hacernos recelar y desconfiar tanto de los otros como de nosotros mismos, porque con mucha facilidad y frecuencia estamos sujetos á engañarnos con la mejor fé del mundo.

Todo, pues, debe hacernos conocer hasta qué punto la mentira puede ser funesta bajo cualquiera forma que se presente: la mentira produce la mala fé, la perfidia, el fraude, la doblez, las charlatanerías, los engaños de toda especie, y las fábulas y patrañas de que tantas naciones se alimentan. Si la veracidad, como hemos visto, es una virtud necesaria, todo lo que conspire á engañar à los hombres debe ser vituperado. Ademas, todo impostor alarma el amor propio de los demas, porque ninguno quiere ser engañado, y cada cual procura vengarse del hombre que ha pretendido engañarle. El afecto que le profesaba se convierte en aborrecimiento y en desprecio; la venganza del amor propio ultrajado, injusto muchas veces, llega al estremo de negar al que nos ofende todo mérito y toda virtud.

Guardémonos, pues, no solo de engañar á los hombres, sino tambien de mantenerlos en sus errores; porque no hay preocupacion, no hay mentira, no hay impostura que no acarree á los hombres las consecuencias mas trascendentales. Aunque no siempre debemos decir todas las verdades á los hombres en particular, porque muchas veces les serian inútiles y dañosas, somos, sí, constantemente deudores de la verdad á la sociedad, como que es luz y guia de ella: la mentira no se proporciona á sí misma sino una utilidad pasagera; se puede ocultar al hombre la verdad y disimulársela en algun caso por

su beneficio; pero jamás puede ni debe engañarse á la sociedad toda entera por su bien, pues para esta los errores generales tienen siempre unas consecuencias que trascienden hasta los siglos mas remotos (1).

CAPITULO VIII.

DE LA PEREZA. — DE LA OCIOSIDAD. — DEL FASTIDIO Y SUS EFECTOS. — DE LA PASION DEL JUEGO, &c.

Todos los hombres miran el trabajo como una penalidad, de la que quisieran eximirse. El hombre laborioso, obligado á ganar el pan con el sudor de su rostro, tiene envidia del rico dado á la ociosidad, siendo así que este tiene mas de que lamentarse que no él. El pobre trabaja para acumular, con la esperanza de que descansará algun dia. Las preocupaciones de algunos pueblos hacen que los hombres miren el trabajo como vil y bajo, y como el atributo despreciable de los desgraciados (1). En una palabra, se advierte generalmente en los hombres una inclinacion natural á la pereza, la cual, mirada bajo su verdadero aspecto, es en la realidad un vicio, una disposicion dañosa para nosotros y para los demas, que la moral condena y que nuestro propio interés, así como el de la sociedad, nos obliga á combatir infatigablemente. La apatía, la indolencia, la molicie, la negligencia, la flojedad, la aversion al trabajo, la ignorancia, son cualidades que nos hacen inútiles y despreciables al cuerpo de que somos miembros, y que nos imposibilitan conseguir el bienestar que todos naturalmente apetecemos. En fin, si, como hemos visto, la actividad ó el amor al trabajo es una virtud real, es evidente que la inaccion y la holgazaneria son vicios ó violaciones de nuestros deberes. Los hombres viven en sociedad para trabajar en beneficio de su mútua felicidad.

La pereza, la negligencia, la inércia son verdaderos crímenes en los soberanos, destinados á velar incesantemente sobre las necesidades, los intereses y la felicidad de las naciones. La ociosidad y la apatía son vicios vergonzosos en un padre de familia, encargado por la naturaleza de trabajar para el bienestar de los que le estan subordinados. La pereza es un defecto punible en los criados, que se han obligado á servir

(1) En los paises cálidos los hombres son indolentes y perezosos, y por consecuencia esclavos, indigentes, displicentes y miserables. La máxima de los habitantes del Indostan es, que *mas vale estar parado que andar, acostarse que sentarse, dormir que velar, y morir que vivir.* El gobierno, aun mas que el clima, hace á los hombres indolentes y perezosos. El despotismo cria esclavos sin aliento ni valor, ó foragidos que infestan los paises. Esta es la verdadera causa y orígen de la pereza, de la miseria y de los desórdenes de ciertos estados de la Europa, los mas favorecidos de la naturaleza.

(1) Véase el cap. X de la seccion IV de esta obra.

y trabajar para sus amos. Todo hombre que recibe recompensas y beneficios de la sociedad, se obliga por su parte á contribuir segun sus fuerzas á la utilidad pública, y será un ladron si faltare á sus promesas. El trabajador, el artesano, el jornalero, han de trabajar, so pena de morirse de hambre ó ser víctimas de los delitos que su pereza les hará cometer tarde ó temprano.

Nunca, dice Jenofonte, *el alma entregada á la pereza produce nada bueno*: un adagio muy sabido nos dice *que la ociosidad es madre de todos los vicios*. De ella, en efecto, nacen los mas locos caprichos, los gustos mas depravados, los placeres mas insensatos, los dispendios mas estravagantes; recursos todos para suplir la falta de ocupaciones útiles, las cuales impedirian á los príncipes, á los ricos y á los grandes el tener que sufrir el peso de la ociosidad que los abruma. *No hay*, dice Demócrito, *una carga mas pesada que la pereza*. Seguramente la pereza va siempre acompañada del fastidio, suplicio rigoroso de que se vale la naturaleza para castigar á los que rehusan el trabajo.

El fastidio es aquella languidez, aquella paralisis mortal que produce en el hombre la falta de sensaciones variadas y agradables. Para evitar el fastidio, es necesario que los órganos, tanto esteriores como interiores de la máquina humana, se hallen en accion de modo que se egerciten sin dolor. El fierro se enmohece si no se le frota de contínuo: lo mismo sucede á los órganos del hombre: el demasiado trabajo los desgasta, y la ociosidad los hace perder la facilidad ó el hábito de cumplir el oficio á que estan destinados.

El pobre trabaja corporalmente para subsistir; luego que sus miembros cesan de trabajar, trabaja su espíritu ó su pensamiento; y como regularmente este espíritu carece de cultura, su falta de ocupacion le conduce al mal: solo el crímen puede suplir al trabajo corporal, una vez abandonado el trabajador á la pereza. *Todo perezoso*, dice Focílides, *tiene sus manos prontas al robo* (1).

El hombre opulento, á quien su estado dispensa del trabajo corporal, tiene su imaginacion en un perpétuo movimiento. Atormentado incesantemente de la necesidad de sentir, busca en sus riquezas medios de variar sus sensaciones, y muchas veces recurre á egercicios bien penosos: la caza, el paseo, los espectáculos, la comida regalada, los placeres sensuales, la disolucion, dan á su máquina sacudimientos variados, los cuales por algun tiempo pueden mantenerle en la actividad necesaria á su bienestar; pero luego que los objetos que le conmovian agradablemente han producido en sus sentidos el efecto de que eran capaces, sus órganos se cansan y fatigan con la repeticion de unas mismas sensaciones; estos necesitan nuevos modos de sentir, y agotada la naturaleza con el abuso de los placeres que produce, queda sumergido el rico imprudente en una

(1) *Phocylid. Carm. vers.* 144. «El trabajo, dice mas adelante, aumenta la virtud. El que no sabe cultivar las artes, debe trabajar con la azada.» *Vers.* 147.

mortal languidez. *No hay*, decia Bion, *quien tenga mas penalidades que aquel que no quiere tener ninguna.*

El buey que trabaja, es ciertamente un animal mas apreciable ó mas útil que el rico ó el grande ociosos. Lo mismo que la vida del cuerpo, la vida social consiste en una accion contínua: Los hombres que nada hacen en obsequio de la sociedad, son unos cadáveres capaces de inficionar á los vivos. Vivir, es hacer bien á sus semejantes, es ser útil, es obrar de un modo conforme al bien de la sociedad. *¡ Amigos yo he perdido este dia!* esclamaba el buen Tito cuando no habia tenido ocasion de hacer algun bien á sus súbditos.

Sin embargo, por una estraña felicidad, los príncipes, los ricos y los poderosos de la tierra, que deberian alentar y vivificar las naciones, se abandonan por lo comun á la indolencia, siendo unos cuerpos muertos, incómodos para los que les rodean; ó si se ocupan de algun modo, y dan con la accion indicios de que viven, es para turbar la tranquilidad pública. La desocupacion habitual en que viven los ricos y los grandes, es visiblemente el verdadero orígen de los vicios que los corrompen, y que comunican á los demás. Escitar todos los ciudadanos al trabajo, ocuparlos útilmente, y perseguir é infamar la ociosidad, es y debe ser uno de los primeros cuidados de todo buen gobierno.

La curiosidad tan inconstante y siempre insaciable, que reina en las sociedades opulentas, es una necesidad continua de esperimentar nuevas sensaciones, capaces de dar algunos instantes de vida y movimientos á unas máquinas entorpecidas: esta necesidad llega á ser tan imperiosa, que para satisfacerla arrostra el hombre peligros é incomodidades innumerables: esta necesidad es la que lleva los hombres á bandadas á los espectáculos y á las novedades de toda especie, donde cada uno espera encontrar algun alivio momentáneo á su languidez habitual. Mas los espíritus vacíos y las almas incapaces de hallar en sí mismas el bien, encuentran en todas partes este fastidio, que les sigue y cerca de contínuo. Este mismo fastidio hallan en las diversiones, en las tertulias, en las concurrencias bulliciosas y lucidas, en las partidas de juego, y en los mismos convites, cenas y bailes donde seguramente creian gozar de los mas vivos placeres.

Solo en sí mismo puede el hombre hallar un asilo contra el fastidio. Para prevenir los siniestros efectos de esta fatal paralisis, es menester que la educacion inspire desde la infancia á las personas que sin necesidad del trabajo gozan de la opulencia, el gusto del estudio, del trabajo de espíritu, de las ciencias y de la meditacion. En el egercicio de sus facultades intelectuales se les puede ofrecer un medio de ocuparse agradablemente, de variar sus recreaciones, y de abrirse un manantial inagotable de placeres útiles á sí mismos y á la sociedad, que los harian felices, y les grangearian el respeto y las consideraciones de todos: en fin, debe hacérselas contraer el hábito del trabajo de espíritu y de cabe-

za, con cuyo auxilio sabrán algun dia sustraerse del fastidio de que se ven afligidas la estólida opulencia, la grandeza ignorante, y la depravada molicie.

Habituando la juventud desde muy temprano á la reflexion, á la lectura, á la investigacion de la verdad, se le facilita un modo de emplear el tiempo agradablemente para sí, y provechosamente para la sociedad. Así se acostumbra el hombre sin penalidad consigo mismo, y se hace útil á lo demas; el trabajo mental, cuando por fortuna se aficiona á él, ocupa sus momentos ociosos, y distrae su alma de futilidades, vanas puerilidades, y gastos ruinosos; y sobre todo de placeres obscenos ó entretenimientos criminales, á que recurren los hombres ociosos para libertarse del fastidio que los persigue.

Todo el mundo se lamenta de la brevedad del tiempo y de la corta duracion de la vida, al paso que casi todo el mundo prodiga este tiempo que llama tan precioso; la mayor parte de los hombres mueren sin haber sabido gozar verdaderamente de nada. El reposo solamente es dulce para el que trabaja; el placer es solo delicioso al que no abusa de él; las diversiones mas gustosas llegan á ser insípidas para el imprudente que se ha entregado á ellas inconsideradamente. Con pesar se sale de un mundo, en que se ha perdido lastimosamente el tiempo por alcanzar un bien que jamas se ha encontrado. El arte de emplear el tiempo es ignorado del mayor número de aquellos mismos que se quejan de su rapidez; una muerte siempre temible da término á una vida de que no se ha sabido sacar partido alguno para su propia felicidad.

La ignorancia es un mal, porque deja al hombre en una suerte de infancia, en una vergonzosa inesperiencia, en una estupidez que le hace inútil á sí mismo, y poco ó nada ventajoso para los demas. Un hombre que no ha cultivado su espíritu, no tiene otros medios de distinguirse en el mundo que su fausto, su pompa, su lujo y su fatuidad; no sabe cómo emplear el tiempo, y á todas partes lleva su displicencia, su necedad y su presencia incómoda; siempre cargado de sí mismo, se hace molesto y pesado á los demas; su estéril conversacion recae siempre sobre pequeñeces indignas de ocupar á un ente racional. Caton decia muy bien, que *los holgazanes son enemigos irreconciliables de las personas laboriosas*; son ciertamente el azote de la sociedad, y quieren que los otros sufran el mal é incomodidad que sufren ellos de contínuo.

El tiempo, tan precioso y siempre tan corto para las personas que saben emplearle útilmente, se hace insoportablemente largo para el ignórante holgazan que le prodiga á fútiles vagatelas, á estravagancias, á conversaciones frívolas, y á ocupaciones muchas veces mas funestas que la misma ociosidad (1). El juego, bueno solo

(1) Entrando un dia el célebre Locke en casa del conde Shastesbury, encontró á este lord y sus amigos enteramente ocupados y embebecidos en el juego. Fastidiado nuestro

para dar al espíritu descanso por algun tiempo, es para el holgazan una ocupacion tan séria, que con frecuencia le espone á la pérdida total de su fortuna: su alma entorpecida necesita sacudimientos fuertes, vigorosos y reiterados, y los halla solamente en una diversion terrible, durante la cual está contínuamente vacilando indecisa entre la esperanza de enriquecerse y el temor de arruinarse.

La ignorancia y la incapacidad de ocuparse con utilidad son las que visiblemente producen y perpetúan la pasion del juego, tan fatal y temible por sus deplorables efectos. Un padre de familia, por dar alguna energía y movimiento á su espíritu, arriesga en una carta ó en un dado su bienestar, su fortuna, la de su muger, y la de sus hijos: una vez esclavo de esta pasion detestable, y acostumbrado á los movimientos vivos y frecuentes que producen el interés, la incertidumbre y las contínuas alternativas del terror y la alegría, el jugador es ordinariamente un furioso, al que nada puede sujetar ni retraer sino es la pérdida de todos sus bienes.

Segun las convenciones de los jugadores entre sí, se llaman en el mundo *deudas de honor* las contraidas en el juego. Conforme á los principios de una moral inventada por la corrupcion, las deudas de esta naturaleza han de ser satisfechas con preferencia á todas las demas; un hombre se cree sin honor si no paga lo que ha perdido en el juego sobre su palabra, mientras que de ningun modo es castigado ó despreciado, aunque descuide ó rehuse el pagar á los mercaderes, á los artesanos y á los pobres jornaleros; ¡causando su descuido ó su mala fé, que familias enteras se vean sumergidas en la miseria mas profunda!

No son estos solos los peligros del juego: esta pasion cruel espone á otros muchos. Los favorecidos del juego manifiestan serenidad; mas aquellos contra quienes la fortuna se declara, están dominados de la mas triste melancolía, y algunas veces esperimentan los furores convulsivos de los frenéticos mas peligrosos. De aquí las frecuentes riñas y pendencias que se mueven entre unos hombres que, buscando en los principios pasar y entretener el tiempo, acaban no raras veces con quitarse la vida.

filósofo de haber sido por tanto tiempo mudo espectador de tan estéril diversion, sacó del bolsillo con aceleramiento su librito de memoria, y se puso á escribir con apariencias de atencion y cuidado: notándolo uno de los jugadores, le rogó que les comunicase las buenas ideas que acaba de apuntar en su librito de memoria: á lo cual contestó Locke dirigiendo la palabra á todos: "Señores, deseando »aprovacharme de las luces y conocimien»tos que debo prometerme de unas personas »de vuestro mérito, me he puesto á escribir la »conversacion que habeis tenido por espacio »de dos horas." Esta respuesta avergonzó de tal modo á los jugadores, que dejaron los naipes, para divertirse de una manera mas conforme á unas personas de talento.

"Debemos, dice Séneca, conceder algun »descanso á nuestro espíritu, y renovar sus »fuerzas con algunos recreos; mas estos mis»mos recreos deben ser siempre ocupaciones »útiles y provechosas." *Sic nos animum aliquando debemus relaxare, et quibusdam oblectamentis reficere sed ipsa oblectamenta opera sint; ex his quoque, si observaberis invenies quod possit fieri salutare.*

Aunque el juego no llegase á producir efectos tan crueles, siempre debe ser condenado si tiene parte en él la avaricia y la codicia. ¿Hay cosa mas insociable y contradictoria que ver á los conciudadanos, á los hombres que se llaman amigos, y que se reunen para divertirse, hacer todos sus esfuerzos para quitarse unos á otros una parte de su fortuna ó toda ella? Nunca el juego debe llegar al estremo de producir una pesadumbre y afliccion al que perdiere. El juego fuerte supone siempre unas almas vilmente interesadas, que desean arruinarse y afligirse recíprocamente.

La ociosidad produce ademas otras muchas estravagancias y crímenes que perturban el reposo y la felicidad de las familias: ella es la que multiplica la disolucion de las costumbres, los galanteos, los desórdenes, los adulterios; si tantas mugeres se estravian del camino de la virtud, es porque no saben en manera alguna ocuparse en cosas que serian mas importantes para ellas.

Tales son los terribles efectos que producen á cada paso la ociosidad y el fastidio, que siempre va en pos de ella.

Al fastidio deben atribuirse casi todos los vicios, los escesivos y locos dispendios, y los estravagantes caprichos de los grandes, de los ricos, y aun de los mismos príncipes, los cuales no conocen otra ocupacion que los placeres, y despues de haberlos prontamente agotado, pasan toda su vida en una languidez contínua, esperando que otros nuevos deleites vengan á dar alguna actividad á sus adormecidos espíritus.

Todo holgazan es un miembro inútil de la sociedad, que no tarda ordinariamente en hacerse tan dañoso á esta, como incómodo y molesto á sí mismo (1). Ocupando al hombre del pueblo sin oprimirle con un trabajo demasiado penoso, se le hará su estado mas agradable, y se le preservará de vicios y delitos. Los malhechores y los malvados no son tan comunes bajo un mal gobierno, sino es porque los hombres aburridos y desalentados con la tiranía, prefieren la ociosidad á una vida laboriosa; forzosamente entonces el crímen es para estos el único medio de subsistir.

La ociosidad de un soberano es un delito tan grande como la tiranía. Los súbditos de un monarca holgazan no pueden con sus mas penosos y ásperos trabajos dar abasto á las necesidades infinitas, á los inmensos caprichos, y á los vicios que ha menester para entretener y ocupar el tiempo.

Si á los príncipes, á los grandes y á los ricos se les acostumbra desde niños á que vivan útilmente ocupados, se les preservará de las locuras y de los escesos en que los precipitan con demasiada frecuencia la ociosidad y la ignorancia. La pereza y los vicios de los grandes son imitados por el pueblo; asi que éste, para satisfacer las

(1) Por las leyes de Solon estaba permitido à todo ciudadano el denunciar al que no tenia ocupacion alguna. Entre los gimnosofistas, no se daba de comer á los jóvenes hasta que daban cuenta y razon de lo que habian hecho durante el dia.

pasiones que el ejemplo le ha inspirado, se entrega ciegamente à lo malo, é insulta atrevidamente las leyes y los suplicios.

Ademas de la ociosidad, cuyos funestos efectos acabamos de esponer, hay todavia una pereza de temperamento la cual, por el entorpecimiento y la inercia que produce, es tan perjudicial como la inaccion y la incapacidad de vivir ocupado: esta pereza puede muy bien compararse á un verdadero letargo. Mientras que las otras pasiones imitan al delirio en su furor y sus accesos, ésta como que adormece las potencias del hombre; el que es dominado de ella, se hace indiferente aun para los objetos que mas interesantes deben ser á todo racional. Los perezosos de esta especie, lejos de avergonzarse de una cualidad tan poco sociable, se aplauden de ella, y encuentran un oculto deleite, y algunas veces se vanaglorían de esto como si fuesen en realidad dichosos, como si fuesen en realidad filósofos.

Es un engaño el creer, dice un moralista célebre, *que solo las pasiones violentas, como la ambicion y el amor, son las que pueden triunfar de las otras. La pereza, por lánguida y macilenta que parezca, no deja por esto de ser comunmente la dueña y señora de las pasiones; triunfa sobre los proyectos y sobre todas las acciones de la vida: consume insensiblemente en sí las pasiones y las virtudes* (1). El mismo dice en otra parte, que *de todas las pasiones, la mas desconocida de nosotros es la pereza; esta es la mas ardiente y la mas perversa de todas, aunque su fuerza sea insensible y muy ocultos los daños que causa. Si consideramos atentamente su poder, veremos que siempre domina en nuestros afectos, en nuestros intereses, y en nuestros placeres. La pereza es el pez Rémora, cuya fuerza, dicen, detiene los navíos. Para dar, en fin, la verdadera idea de esta pasion, es necesario decir, que la pereza es como la bienaventuranza del alma, que la consuela en todas sus pérdidas y equivale á todos los bienes..... De todos los defectos, aquel que con mas facilidad confesamos, es la pereza, persuadidos á que participa de todas las virtudes sociales y pacíficas, y que, sin destruir enteramente las otras, no hace mas que suspender su accion.*

A mas de esto, los que se hallan poseídos de esta suerte de pereza, hacen de ella un mérito y una virtud. Mas esta apatía del corazon, esta indiferencia por todo, esta privacion de toda sensibilidad, este desapego del aprecio y de la gloria no pueden ser mirados de ningun modo como virtudes morales ó sociales: un ser verdaderamente sociable debe interesarse en la felicidad y en las desgracias de los hombres; debe compartir sus placeres y sus penalidades; debe adherirse fuertemente á la justicia; debe estar siempre dispuesto á prestar á sus semejantes los servicios y auxilios de que sea capaz. El perezoso es un peso inútil sobre la tierra, y un muerto en la sociedad. El no puede ser ni buen príncipe,

(1) *Reflexiones morales del D. de la Rochefoucault.*

ni buen padre de familia, ni buen amigo, ni buen ciudadano. Un hombre semejante, reconcentrado en sí mismo, solo existe para sí. Una vida enteramente ociosa, la pereza filosófica de los epicúreos, la apatía de los estóicos, elogiadas por tantos moralistas, son vicios reales y verdaderos: todo hombre que vive con los hombres, vive con ellos para serles útil. Solon queria que todo ciudadano que rehusára tomar parte en las facciones de la república, fuese separado de ella como un miembro corrompido. Si esta ley parece demasiado rigorosa, sería bueno al menos que todo ciudadano indiferente á los males de su patria, ó que en nada contribuye á su felicidad, fuese castigado con el desprecio de los hombres (1).

CAPITULO IX.

DE LA DISOLUCION DE LAS COSTUMBRES. — DE LA VIDA LICENCIOSA. — DEL AMOR Y DE LOS PLACERES DESHONESTOS.

El hombre social, como se ha repetido muchas veces, debe, por su propio interés y el de sus asociados, refrenar sus pasiones naturales, y resistir al ímpetu desordenado de su temperamento. Nada es mas natural al hombre que el amar el placer; pero enseñado de la esperiencia, huye de los placeres que sabe pueden cambiarse en penalidades, teme dañarse á sí, y se abstiene de todo lo que puede hacerle perder la estimacion de sus semejantes.

Esto supuesto, deben contarse en el número de los vicios todas las disposiciones ó cualidades que, bien sea inmediatamente, ó por sus consecuencias necesarias, pueden perjudicar al que se entrega á ellas, ó producir alguna turbacion en la sociedad. Muchos hombres son esclavos de sus mas perversas inclinaciones, porque no raciocinan sobre sus acciones; el vicio es duro, áspero é inconsiderado, en vez de que la razon y la equidad mantienen igual y justa la balanza. Los hombres son viciosos, porque solo piensan en lo presente.

El amor, esta pasion tan locamente alabada de los poetas, y tan deprimida de los filósofos, es un afecto inherente á la naturaleza del hombre; es efecto de una de las mas urgentes necesidades; mas si no se contiene dentro de límites justos, todo nos muestra que es el manantial de los mas espantosos desastres. La naturaleza ha hecho dependientes del amor la conservacion y la multiplicacion de nuestra especie, y por consecuencia la conservacion y la felicidad de la sociedad; así que, el hombre y los animales son sensibles al amor, y buscan con ánsia

(1) "La pereza y la indolencia, dice Demóstenes, tanto en la vida doméstica como en la vida civil, no llegan á conocerse desde luego en el descuido de uno á otro deber, sino en la suma total de ellos." *Demosth. Philippic.* IV.

sus placeres; pero la esperiencia, la templanza y la prudencia nos enseñan y nos habitúan á resistir y refrenar las instigaciones de un temperamento impetuoso, ó de una naturaleza siempre ciega, cuando no vá guiada de la razon.

Hablando de la templanza, hemos probado suficientemente la importancia de esta virtud en la conducta de la vida; sin ella el hombre arrastrado de contínuo por el atractivo del placer, sería siempre y constantemente enemigo de sí mismo, é introduciría el desórden en la sociedad. Hémos hecho ver igualmente las ventajas del pudor, centinela respetable de las costumbres, y hemos probado asimismo, que ocultando los objetos capaces de escitar pasiones destructoras, el pudor oponia fuertes y felices obtáculos á la fogosidad de la imaginacion, á veces indomable, cuando se acalora y enciende.

Regularmente el amor es un niño criado en ociosidad y blandura; ya hemos indicado que esta pasion conduce á los hombres á la disolucion, y se hace en ellos hábito y necesidad: esta pasion llena el vacío inmenso que la ociosidad deja comunmente en la cabeza de los príncipes, de los ricos, de los grandes, y particularmente de las mugeres del gran mundo, á quienes su estado condena al parecer á la inércia y la molicie. Hé aquí, como se ha visto, el verdadero origen de la *galantería*, fruto por otra parte necesario de la comunicacion demasiado frecuente de los dos sexos. La galantería en los hombres desocupados, es el deseo de agradar á todas las mugeres, sin amar con verdad á ninguna. Por inocente que parezca este trato fraudulento, como fundado en la urbanidad y buena crianza, en la deferencia y en las consideraciones debidas al bello sexo, no deja por esto de ser muy peligroso en sus efectos; porque debilita las almas de los hombres (1), y dispone á las mugeres á familiarizarse con las ideas que pueden acarrearles consecuencias las mas funestas. La debilidad no está segura sino es evitando el peligro: es muy dificil que una muger, espuesta de contínuo á las seducciones de un gran número de solicitadores, tenga la fortaleza necesaria para resistirlos. Nada es mas importante que el prever y precaver los peligros de que la virtud, en un mundo depravado, se halla contínuamente rodeada.

Si, como se ha demostrado antes, el hombre solitario, esto es, considerado con relacion á sí mismo, está obligado á resistir á los impulsos de una naturaleza ciega y brutal, y á oponerle las leyes de una naturaleza mas esperimentada, se sigue de aquí que el hombre, en cualquiera situacion que se encuentre, debe, á fin de

(1) César nos enseña, que los antiguos germanos apreciaban sobremanera la castidad como virtud que fortifica á los hombres, y que declaraban infames á los que antes de la edad de veinte años conocian los deleites del amor. Segun el padre Laffiteau, los jovenes, entre los salvages, no pueden usar del matrimonio sino un año despues de su celebracion. *Les moeurs des sauvages*, par le P. Laffiteau: y César *de bello gallico*, lib. VI, cap. 21, casi al principio.

conservarse, combatir y refrenar los pensamientos y deseos que le harian abusar de sus fuerzas con daño siempre de sí mismo. De donde se infiere que los placeres del amor están prohibidos al hombre ó á la muger solitarios: el interés de su conservacion y de su salud exige que no hagan abuso de sí mismos, y teman contraer hábitos ó necesidades que no podrian satisfacer sin que algun mal irremediable fuese la consecuencia de ellas. La esperiencia nos acredita, en efecto, que el hábito de obedecer á los caprichos de un temperamento demasiado fogoso, es de todos los hábitos el mas contrario á la conservacion del hombre, y el mas difícil de estirpar. Se infiere de esto que la templanza, la continencia y la pureza, deben acompañar al hombre aun en lo escondido de un desierto inaccesible al resto de los humanos.

Esta obligacion adquiere todavía mas fuerza en la vida social, en la cual las acciones del hombre no solamente influyen en sí mismo, mas tambien son capaces de influir en los otros. La castidad, la continencia, el pudor, son cualidades respetadas en todas las naciones civilizadas; la impureza, la disolucion, la impudencia son, por el contrario, generalmente miradas como vergonzosas y despreciables. ¿Se fundará acaso esta opinion en preocupaciones, ó en convenciones arbitrarias? Nó; ella tiene por base la esperiencia, la cual nos prueba sin dementirse nunca, que todo hombre entregado por hábito á la disolucion, es comunmente un insensato que se pierde, y que es incapaz de ocuparse útilmente en beneficio de los demas. El disoluto, atormentado de una pasion esclusiva, irrita contínuamente su imaginacion lasciva, y solo piensa en los medios de satisfacer las necesidades que esta imaginacion le crea. Una doncella que ha llegado á violar las reglas del pudor, y que está dominada de su temperamento, aborrece el trabajo, es enemiga de toda reflexion, se mofa de la prudencia, es incapaz de ser una madre atenta y laboriosa, y solo piensa en el deleite sensual: ó cuando con el contínuo abuso este deleite pierde en ella su aliciente, entonces solo trata de sacar provecho de la venta de su hermosura.

Para conocer los efectos que la disolucion, el gusto habitual de los placeres y la relajacion deben causar en las almas virtuosas, basta examinar los resultados de estas brutales cualidades en aquellos que la suerte ha destinado á gobernar imperios, puesto que dichas cualidades destruyen visiblemente en ellas toda actividad, adormeciéndolas en una contínua molicie, que muchas veces, mas que la crueldad, arruina los estados. ¿Qué atenciones pueden esperar los pueblos del Asia de sus voluptuosos sultanes, perpétuamente ocupados en los asquerosos placeres de sus serrallos, donde se sujetan y esclavizan á los caprichos y artificios de sus favoritas ó sus eunucos? Bajo un Neron, ó un Heliogábalo, Roma fué un lupanar, donde las infames prostitutas, desde el centro de la disolucion, decidian de la suerte de los ciudadanos, disipaban las rentas del estado, y distribuian los

honores y gracias á hombres en quienes la corrupcion ocupaba las veces del mérito, del talento y de las virtudes. Una nacion está perdida (1), cuando la relajacion de las costumbres, autorizada con el ejemplo de los gefes y recompensada por ellos, llega á ser universal; entonces el vicio descarado y atrevido no se cubre ya con las sombras del misterio, y la disolucion corrompe y contamina todas las clases de la sociedad: poco á poco la misma honestidad, puesta en ridículo, tiene que sonrojarse de sí misma.

El horror y el desprecio debidos á la disolucion se fundan justamente en sus efectos naturales: las ideas que tenemos de sus infelices víctimas no son efecto de la preocupacion. En las sociedades donde la virtud y el honor de las mugeres dependen del cuidado que tienen ellas de conservar su castidad, donde la educacion las arma y fortifica contra la flaqueza de sus almas ó la fuerza de su temperamento, se puede naturalmente suponer que una jóven que ha quebrantado las lindes del pudor está perdida sin remedio, para nada vale ni sirve, y no puede ser mirada en adelante sino como el instrumento venal de la lascivia pública. Por consecuencia una prostituta está escluida de los concursos decentes; es un objeto de horror para las mugeres honestas; ningunos respetos merece aun de aquellos mismos que por ser disolutos no son escrupulosos en tratarla: desterrada, por decirlo así, de la sociedad, se ve obligada á abandonarse á la disipacion, la intemperancia, el lujo y la vanidad. Incapaz de reflexionar y falta de prevision, solo vive en el dia presente, no piensa en el de mañana, se acaba y consume con sus escesos ó arrastra dolorosamente hasta el sepulcro una vejez indigente, enfermiza y despreciable.

Sin embargo, en obsequio de estos objetos de odio y de desprecio, vemos todos los dias á tantos ricos y á tantos grandes abandonar sus amables y virtuosas esposas, arruinarse voluntariamente y no dejar á su posteridad sino deudas y trampas. Mas la virtud no egerce sus derechos en las almas corrompidas con la disolucion; los hombres depravados desconocen los hechizos del pudor y la honestidad, y necesitan de impudencia y descaro; el vicio descubierto y los coloquios obscenos y torpes los han disgustado para siempre de toda conversacion honesta y de una conducta reservada. Vé aquí por qué los maridos libertinos prefieren las mas veces una cortesana comun y sin mérito á esposas dotadas de prendas y virtudes, pero que no les proporcionan los mismos placeres que encuentran, por un gusto perverso y corrompido, en el trato y comercio con las prostitutas, á quienes ellos no pueden menos en su interior de aborrecer y despreciar, abandonándolas á su desgraciada suerte cuando han llégado á fastidiarse de ellas.

Tales son las consecuencias del amor desarreglado; á este envilecimiento deplorable son traidas las imprudentes jóvenes por los infames seductores, á

(1) *Desinit esse remedio locus, ubi quæ fuerant vitia, mores sunt.* *Senec.* Epis. 39, in fine.

quienes las leyes debieran castigar. Pero en la mayor parte de las naciones la seduccion no es tenida por delito; los que la cometen se vanaglorían de ella como si fuese un triunfo, y hacen alarde de las victorias que consiguen de un sexo frágil y crédulo, cuya debilidad parecece que los autoriza para engañarle del modo mas cruel. ¿Cuál debe ser la depravacion de las ideas en aquellas naciones donde á semejantes acciones no se imponen ni castigos ni infámia? ¿Qué almas tendrán esos mónstruos de lujuria, cuyos atentados son causa de la desolacion y afrenta de las familias virtuosas? ¿Hay una crueldad mayor que la de esos disolutos que por satisfacer un deseo momentáneo entregan por toda su vida las víctimas que han seducido, al oprobio, al llanto y á la miseria? Mas la disolucion, cuando ha llegado á ser habitual, aniquila la piedad en el corazon y la reflexion en el alma, y multiplicando los escesos sofoca en el libertino los remordimientos que los primeros delitos han podido causarle. Por otra parte, siendo tan ciego que no ve los males que se hace á sí mismo ¿cómo ha de acriminarse ni arrepentirse del daño que causa á los demas?

Los que miran la relajacion y la disolucion de las costumbres como cosas sobre que un gobierno debe cerrar los ojos ¿han reflexionado con toda atencion y seriedad sus consecuencias? ¿No se ven á cada paso familias enteras arruinadas por padres libertinos que no trasmiten á sus hijos sino sus gustos depravados, con la imposibilidad de satisfacerlos? Unos ejemplos tan frecuentes ¿no prueban y convencen el esceso de ceguedad y de locura á que conducen las mas veces las inclinaciones vergonzosas? La mayor fortuna no puede resistir á la seduccion de estas sirenas, á la voracidad de estas hambrientas harpías, cuando han llegado á dominar y apoderarse del alma de un disoluto. Nada es bastante á satisfacer los deseos desenfrenados, los estravagantes caprichos, la vanidad impertinente de unas mugeres que no conocen reglas ni medida. La ruina completa de sus amantes es el solo término de sus estafas: entonces el necio arruinado y perdido no puede menos de ceder su lugar á un nuevo mentecato, el cual, cuando le llegue su turno, será tambien robado y destruido: tales son el amor y la constancia que los amantes insensatos pueden esperar de estas criaturas viles y mercenarias que merecen su loca aficion.

Si el libertinage produce diariamente tan deplorables efectos, aun á los ricos y á las personas mas acomodadas ¿qué daños no producirá á las gentes de una fortuna limitada? El libertinage embrutece al hombre de letras adormeciendo su talento; distrae al mercader de su comercio y le transforma en un bribon; saca al artista de su taller; hace que el jornalero se disguste del trabajo que necesita para su diaria subsistencia; en fin, el libertinage, arruinando al hombre opulento, conduce al trabajador al hospital ó á la horca. Pocos son los malhechores á cuya pérdida no hayan contribuido en mucha parte las mugeres de mala vida. Un miserable, las mas veces robe, ase-

sina y comete atentados para saciar la vanidad ó las necesidades de una prostituta, que le arrastrará tarde ó temprano al suplicio.

A este desarreglo de costumbres deben atribuirse ordinariamente las frecuentes pendencias y los sangrientos desafios, que llevan al sepulcro á tantos jóvenes aturdidos. ¡Cuantos imprudentes coléricos, por unos necios celos tienen la cruel estravagancia de arriesgar su misma vida, disputándose los favores públicos, comunes y despreciables de una vil prostituta? ¿No se necesita tener las mas estrañas ideas del honor, para fundarle en la posesion de estas mugeres disolutas que son del primero que llega? Mas es propio del amor, ó mas bien de la disoluta relajacion, el no dar lugar á reflexiones juiciosas y pensamientos racionales.

Prescindiendo del justo desprecio que el libertinage ocasiona á los que se entregan á él; prescindiendo del decaimiento de ánimo que produce, la naturaleza cuida de castigar de un modo directo á los imprudentes, en quienes las ideas de honestidad y de razon no pueden reprimir sus inclinaciones desarregladas. La juventud debiera estremecerse á vista de las enfermedades espantosas con que el placer sensual la amenaza, al contemplar que los frutos de sus desórdenes pueden ademas infestar su mas remota descendencia; pero estas consideraciones no tienen fuerza en el alma de estos hombres embrutecidos que, aun á costa de su misma vida, procuran satisfacer sus abominables y vergonzosas pasiones. El vicio es un tirano que da á sus esclavos un fatal valor, capaz de hacerles arrostrar las enfermedades y aun la muerte.

No parece sino que todo en la sociedad escita y fomenta, sobre todo en los ricos y grandes, el gusto funesto del vicio y de la sensualidad. La educacion pública, los discursos obscenos, los espectáculos poco castos (1), las novelas amorosas y los malos ejemplos contribuyen incesantemente á sembrar en los corazones la semilla de la disolucion; una corrupcion contagiosa se intruduce en ellos por todos los poros, y muchas veces sus almas están ya dañadas y corrompidas, aun antes de que la naturaleza haya dado á los órganos del cuerpo la suficiente consistencia. De aquí esa vejez precoz que se observa, sobre todo, en los grandes y en los habitantes corrompidos de las cortes, cuyas razas miserables y endebles anuncian claramente

(1) Los gobiernos, en algunas naciones, como que en cierto modo autorizan la corrupcion pública con los espectáculos licenciosos. El teatro inglés es ciertamente una escuela de prostitucion. Muchas piezas del teatro francés como *La fille capitaine*, *La femme juge et partie*, *George Dandin*, *L'ecole des femmes*, *etc.*, dan á la juventud lecciones y máximas contrarias á las buenas costumbres. La *opera*, en algunos paises, solo parece que ha sido inventada para fomentar en los corazones el gusto de la disolucion por medio de cantos, máximas y bailes lascivos. Las frecuentes *paradas*, ó revistas militares, hacen perder el tiempo al pueblo, y corrompen sus costumbres. Los dramas menos licenciosos presentan siempre los mas de ellos á la juventud objetos capaces de irritar las pasiones.

los vicios de sus padres. El disoluto no solamente se daña á sí mismo, sino que tambien vincula su debilidad y sus vicios en sus desgraciados descendientes.

No hablaremos aqui de ciertos gustos estravagantes y perversos, contrarios á los designios de la naturaleza, de los cuales están infestadas naciones enteras. Solo sí diremos que estos gustos incomprensibles parecen sin duda efectos de una imaginacion depravada, la cual para reanimar los sentidos desgastados con los placeres comunes, los inventa nuevos y capaces de avivar por algun tiempo á los infelices á quienes su debilidad y aniquilamiento han reducido á la desesperacion. De este modo la naturaleza se venga de los que abusan de los deleites sensuales, y los reduce á buscar el placer por caminos que hacen al hombre inferior á los brutos. Las disoluciones ingeniosas y torpemente estudiadas de los griegos, de los romanos y de los orientales (1) manifiestan que estos pueblos tenian una imaginacion falta ya de recursos para inventar nuevos deleites que bastasen á satisfacer el apetito embotado ya é insensible de unos enfermos que carecian de estímulos naturales.

Se nos preguntará quizá, qué remedios pueden oponerse á la disolucion de las costumbres, que tan radicada vemos en algunos paises, que es casi imposible el estirparla. A esto responderemos que una educacion mas vigilante impediria que la juventud llegase á contraer unos hábitos capaces de influir en el bienestar de toda su vida: diremos que los padres mas arreglados en su conducta, formarian unos hijos menos viciosos: diremos que los soberanos virtuosos influirian con sus ejemplos en sus súbditos: cerrando á los vicios el camino del favor, de los honores, de las dignidades y de las recompensas, un príncipe conseguiria al menos disminuir la corrupcion pública y escandalosa que reina en la corte, como en su centro y domicilio. El ejemplo de los grandes, siempre imitado fielmente de los pequeños, haria volver en breve tiempo la honestidad y el pudor, desterrados tanto hace del seno de las naciones opulentas; estas no tienen sobre los pobres sino la funesta ventaja de poseer muchos mas vicios y torpezas, y muchas menos fuerzas y virtudes.

Cuando hablemos de los deberes de los esposos, haremos ver los inconvenientes tan terribles como funestos que resultan á las familias y á la sociedad, de la infidelidad conyugal, de la *coquetería*, y de esos galanteos que en algunas naciones familiarizadas con la corrupcion, se miran temeraria y osadamente como vagatelas, pasatiempos y gracejos.

Si la razon condena la disolucion, necesariamente ha de proscribir todo

(1) Las relaciones del oriente nos dicen que, por un efecto de la poligamia, los mahometanos ricos, los persas, los mogoles, y los chinos, se hallan por lo comun decaidos y debilitados á la edad de treinta años, ó enteramente insensibles á los placeres naturales, siendo esta sin duda, la causa de los gustos depravados y vergonzosos que reinan en el Asia.

lo que puede provocar á ella; así que, la razon prohibe los discursos y conversaciones licenciosas, las lecturas perjudiciales, los trages provocativos, las miradas deshonestas, etc. : por la misma razon ordena que se aparte la mente de aquellos pensamientos lascivos, que podrian poco á poco conducir á criminales acciones; estas, reiteradas, forman hábitos permanentes que resisten á todos los consejos de la razon. *Es menester*, dice Isócrates, *que el hombre cuerdo sujete no solo sus manos, sino tambien sus ojos.*

Como los placeres del amor son los mas vivos de cuantos la máquina del hombre puede esperimentar, son tambien por su naturaleza los mas difíciles de ser reemplazados: por la misma razon, la esperiencia nos manifiesta que son los mas destructores del hombre; sus órganos no pueden sufrir sin un notable detrimento los movimientos convulsivos que estos placeres les causan. Hé aqui el por qué, arrastrado por sus hábitos, es regularmente el disoluto esclavo de ellos hasta el sepulcro; incapaz ya de satisfacer sus necesidades inveteradas, su imaginacion agitada de contínuo no le permite reposo alguno. Nada es mas digno de compasion que la vejez enferma y despreciable de los hombres cuya vida ha sido consagrada á los placeres sensuales.

CAPITULO X.

DE LA DESTEMPLANZA.

Todo lo que perjudica á la salud del cuerpo, todo lo que invierte las facultades intelectuales ó la razon del hombre, todo lo que le hace dañoso para los demás, ó para sí propio, debe tenerse por vicioso y criminal, y una moral sana no lo puede aprobar. Si la templanza es virtud, la destemplanza es un vicio que se puede definir el hábito de entregarse á los apetitos desordenados del sentido del gusto. Todos los escesos que tienen relacion con el paladar, la gula, la golosina, la embriaguez deben mirarse como otras tantas disposiciones peligrosas para nosotros mismos y para aquellos con quienes vivimos.

Corresponde á la medicina especificar los peligros á que la destemplanza espone al cuerpo humano; y de acuerdo con ella la moral, prueba que el gloton esclavo de una pasion innoble, está sujeto á enfermedades crueles y frecuentes, vegeta en un estado de estupidez, y al cabo halla comunmente una muerte prematura entre los placeres que su estómago no puede soportar.

La moral tambien no ve en el hombre destemplado sino un ser infeliz, cuyo entendimiento poseido de una pasion brutal solo se emplea en discurrir medios inútiles de contentarla. Aquellos paises en que el lujo ha fijado

su residencia, los ricos y poderosos, cuyos órganos ordinariamente se hallan estragados por el abuso que han hecho de ellos, se ven reducidos á buscar arbitrios para vivificar un apetito lánguido en alimentos precoces, raros y costosos: no produciéndoles su pais cosa alguna que les escite, los vereis gravemente ocupados en imaginar combinaciones nuevas para irritar su paladar indolente, poniendo para ello en contribucion á los mares y las regiones mas remotas. A esta flojedad física de la máquina se agrega tambien una vanidad necia, la cual hace mérito de sorprender la vista de los convidados con manjares caros y dispuestos únicamente con el fin de darles una alta idea de la opulencia del que los regala. Este tiene la noble ambicion de que se le aclame por ser el que presenta una comida mas completa y delicada, y no se avergüenza de aspirar á una gloria que corresponderia mejor que á él á su mayordomo ó á su cocinero.

No hay duda en que muchas gentes hacen consistir la ostentacion y la grandeza en los placeres y finura de la mesa y en la vanidad de ofrecer á sus convidados muchos platos bien dispuestos, escogidos y costosos: paréceles que los banquetes suntuosos anuncian gusto, esplendor, nobleza, sociabilidad, y el opulento se goza interiormente así de los aplausos que discurre le dará una multitud de aduladores, de glotones y muchas veces de desconocidos que la casualidad reune para ser testigos y partícipes de tanta prosperidad y grandeza imaginaria. De este modo las casas de los ricos y poderosos se convierten en fondas abiertas para todo el que llega, en que los dueños tienen la necedad de arruinar su fortuna y su salud para obsequiar á personas que apenas conocen y á quienes dan sin embargo el título de amigos. Aunque no hay cosa mas despreciable que las amistades contraidas en semejantes mesas, los que tan fácilmente prodigan el título de amigos, pudieran serlo mejor del cocinero que del dueño de la casa, pues este luego que ha derrotado su fortuna, como suele suceder, se sorprende de verse solo y abandonado de todos ellos, reconociendo bastante tarde que habia prodigado sus favores á una multitud de glotones, cuya sensibilidad estaba ceñida al estómago, y que ninguna cuenta hacen del loco gasto que le ocasionaron fomentando su necia vanidad.

Con efecto el pródigo, segun se ha visto, no es un ser benéfico, sino un estravagante, insensible muchas veces, y que sacrifica su fortuna al deseo de ostentar. ¿Y cómo un hombre verdaderamente sensible dejaria de reprobar el coste muchas veces enorme de sus festines, si se pusiera á considerar que con el caudal que disipa podrian subsistir algunas familias indigentes que carecen de pan para llevar á la boca? Mas los beneficios de esta clase no tienen todo el brillo que requiere la vanidad del hombre poderoso, y este antepone su ruina sosteniendo una necia representacion, á proporcionar el mas ligero auxilio á los necesitados. La indispensable obligacion

de gastar que le parece inherente á su rango ó al destino que egerce en la república, le suministra pretestos para desentenderse de las necesidades mas precisas del pobre.

Los gastos estravagantes de los poderosos y las depredaciones de sus mesas contribuyen tambien á hacer mas desdichada la suerte del indigente, porque con efecto, de estas causas puede derivarse la carestía de las provisiones y comestibles que comunmente se esperimenta en las regiones donde el lujo lo consume todo. Los festines contínuos, los banquetes frecuentes, los estragos y desperdicios de los criados muchas veces consumen y destruyen en un dia, en el recinto de una ciudad, la cantidad de víveres que seria menester para alimentar un mes á los labradores de toda una provincia.

Estos son los efectos ordinarios de ese lujo que todavía encuentra apologistas entre los políticos modernos; pero la reflexion nos le hace ver como destructor del rico cuya fortuna arruina, y del pobre á quien priva muchas veces de lo necesario. La sana política, de acuerdo con la moral, prueba evidentemente que deberia proscribirse, y que la frugalidad es tan útil para la salud y bienestar del pueblo como para la conservacion de la fortuna de los ricos y poderosos, por quien se interesan principalmente los gobiernos.

A la negligencia de estos ó á intereses fútiles y mal entendidos debe atribuirse la borrachera de que comunmente se ve al pueblo bajo inficionado. Son indudables los estragos que el abuso del vino y una crápula habitual causan á las clases inferiores de la sociedad, y sin embargo no se busca ningun remedio; por el contrario, en algunas naciones concurre la razon de estado al fomento de semejante desórden; y con la mira de un beneficio sórdido ó de la percepcion de los derechos que saca el gobierno del consumo de las bebidas, miran algunos como un bien para el estado la destemplanza del pueblo, y temerian que si este se hiciese sóbrio y racional sufriera gran desfalco el tesoro público.

La pereza, la ociosidad y la dificultad de procurarse alimentos conducentes inclinan al pueblo á la borrachera, haciéndole contraer especialmente el uso habitual de los licores fuertes que en poco tiempo le destruyen. Llegan estos á hacérsele necesarios, ya porque vivifican su cuerpo mal alimentado, ya porque escitan sensaciones vivas en su paladar; pero acostumbrándole al mismo tiempo á estar privado de su razon, llegan al cabo á embrutecerle enteramente y á dejarle incapaz de ganar su sustento con el trabajo.

En algunas naciones son de tanta demasía las fiestas de guardar, que parece haberse instituido por la religion para inclinar al pueblo á la destemplanza, acostumbrándole á la ociosidad, porque condenado el trabajador á no valerse de sus brazos y á perder el provecho que sacaria de la ocupacion, procura llenar el tiempo sobrado que le causa tédio, embriagándose, aunque le falte luego el dinero necesario para

llevar pan á sus hijos. Espónele á mas de esto la borrachera á riñas imprevistas, á peligros sin número, y no pocas veces tambien á cometer crímenes. Condenando la ociosidad, precaveria la política muchos desórdenes que contínuameente está obligada á castigar, y no tiene otros medios de reprimir. Aunque la borrachera esté escluida del trato con las personas principales entre algunas naciones, subsiste este vicio en las provincias, y parece ser el comun recurso de todos los desocupados. ¡Cuántos hombres que se precian de racionales no saben cómo emplear el tiempo que se les hace largo, sino ahogando en el vino el poco juicio que les ha quedado! Si en los paises meridionales muestran los habitantes mas sobriedad, los que se crian en el norte piensan hallar en el rigor de su clima razones poderosas para embriagarse habitualmente, y muchas veces hacen gala de su vergonzosa destemplanza. ¡Graciosa vanidad por cierto la que funda un racional en privarse periódicamente del uso de la razon, y hacerse de inferior condicion que los brutos!

No hay duda en que la borrachera es un placer de salvages, y asi vemos esos aduares de hombres, ó por mejor decir de muchachos imprudentes de que está poblado el Nuevo-mundo, subyugados por los licores fuertes que para su mal les han dado á conocer los europeos. Al uso inmoderado de estos funestos bebedizos atribuyen muchos viageros la destruccion casi total de aquellos pueblos escasos de prudencia y de razon.

Pretendia Anacarsis que la vid da tres especies de uvas: la primera que produce la alegría, la segunda la borrachera y la tercera el arrepentimiento. Cada dia nos presenta la esperiencia pruebas palpables de que no hay cosa mas contraria al hombre físico y al hombre moral que la destemplanza: aflojando el cuerpo trae muy apriesa la vejez, los achaques y la muerte; al mismo tiempo que, como dijo Demócrito, *la destemplanza da cortos ratos de alegría y largos sinsabores.* Una vida sensual y delicada nos acostumbra á la molicie que hace al hombre inútil y despreciable; y el esceso del vino, atacando contínuamente al cerebro, embrutece al que se da á él; le inhabilita para el trabajo y para el desempeño de sus demas deberes, embarga la facultad de pensar, y muchas veces le induce á cometer crímenes y sufrir castigos.

El ser que se precia de racional debe atender á su conservacion: el que es verdaderamente sociable procura mantener su serenidad y nunca perturba sus facultades intelectuales, no sea que inadvertidamente y á pesar suyo practique alguna accion que le degrade, y de que tuviera necesidad de arrepentirse luego que vuelva en sí,

CAPITULO XI.

DE LOS PLACERES HONESTOS Y DESHONESTOS.

Una moral adusta y repugnante á la naturaleza del hombre le presenta como criminales todos los placeres; pero otra moral mas humana le escita á la virtud, demostrando que esta sola puede proporcionarle placeres exentos de arrepentimiento y de amarguras. La razon nos permite y ordena que gocemos los beneficios de la naturaleza, que sigamos con regla y medida nuestras inclinaciones y que busquemos deleites y recreos inocentes que no nos perjudiquen á nosotros mismos ni á los demás: de este modo nos enseña á tomar la justa medida de nuestras sensaciones en el interés particular de cada uno y en el buen órden ó el interés general de la sociedad.

Los hombres buscan el placer en todo cuanto hacen; porque es el fin de nuestros deseos y pasiones; pero le encontramos pocas veces, bien sea porque le busquemos donde no está, ó bien porque tengamos la imprudencia de abusar de él.

Mas arriba (seccion I, cap. IV) dejamos definido el placer y distinguimos dos especies principales: dijimos que los placeres que obran inmediatamente en nuestros órganos esternos, se llaman *placeres de los sentidos ó placeres corporales*, y los que se perciben dentro de nosotros mismos se llaman *placeres intelectuales ó placeres del ánimo y del corazon*.

Gran número de moralistas tétricos de todos tiempos ha declamado contra los placeres de los sentidos indistintamente, y algunos los proscriben del todo. Sin embargo, estos placeres en sí mismos nada tienen de criminal, cuando siéndonos realmente útiles, ningun daño pueden causar á los demas. El regalo de la mesa, cuyos abusos acabamos de examinar, no es vituperable en sí mismo, antes bien es muy natural y conforme á la razon gustar de los alimentos mas agradables al paladar, y preferirlos á los que serian insípidos ó ingratos. Pero no es conforme á la sana razon hartarse de dichos alimentos, y por contentar un gusto pasagero esponerse á padecer largas enfermedades: fuera ademas de esto odioso y criminal consumir la sustancia del poder en ostentosos y necios festines. Sería locura arruinar uno su patrimonio por contentar un apetito impertinente; de manera que la pasion desordenada á manjares esquisitos y vinos deliciosos, tan solo es conducente para hacernos pobres y despreciables. Muchas veces un gloton está inconsolable y causa risa á los demas.

Los ojos pueden sin crímen recrearse considerando las bellezas que presenta la naturaleza en sus diversas obras. Una muger hermosa es objeto muy digno de llamar nuestra atencion, y no hay cosa mas natural que agradarse de verla; pero este mismo placer

sería fatal para nosotros si la presencia de aquel objeto amable levántara en nuestros corazones una llama impertinente, y degeneraria en crímen si escitára una pasion capaz de llevarnos á cometer acciones indecorosas y ofensivas al honor de la persona que al principio habíamos admirado.

No hay mal ninguno en escuchar con placer sonidos armoniosos que halagan nuestro oido; pero éste placer trae malas consecuencias, si afemina el corazon y nos lleva á otros deleites sensuales, ó á la vida disoluta, y nos hace perder de vista nuestras primeras obligaciones.

Es muy natural querer y buscar las conveniencias y comodidades de la vida, el preferir los vestidos finos y suaves á los que causan en el tacto una impresion desagradable; pero es pueril y ridículo emplear todas las potencias del alma en estos fútiles adornos, y sería locura arruinar su hacienda por atender á tan necia vanidad. La moral no reprueba el lujo y los placeres que acarrea, sino en cuanto sirven de alimento á gustos y pasiones estravagantes que ordinariamente nos hacen olvidar lo que debemos á la sociedad. El amor del fausto nos hace insensibles á las necesidades de nuestros semejantes, y trae envuelta en nuestra propia ruina la de la patria.

Los espectáculos teatrales y varios entretenimientos que la sociedad ofrece al ocio son desahogos que la razon aprueba, mientras no tienen consecuencias perniciosas; pero la misma razon condena los espectáculos obscenos que corrompen el ánimo de la juventud con la representacion de imágenes lúbricas, y la enseñanza de máximas ponzoñosas. ¿Cómo pudiera dejar de exaltarse la sana moral contra todo lo que cria y fomenta pasiones capaces de asolar la sociedad? ¿Cómo veria en ellos con indiferencia á tantas mugeres débiles y de una imaginacion viva ser víctimas de las pasiones que allí se les pintan cada dia con los caractéres mas risueños y seductores?

Muchos moralistas á quienes se acusa comunmente de una severidad ridícula, han reprobado los espectáculos teatrales en general, mirándolos como un manantial inagotable de corrupcion; y por mas severo que parezca este juicio, no puede menos de adherirse á él en gran parte la sana moral. Si el amor es una pasion funesta por los estragos que produce, si es un mal la vida licenciosa, si es peligrosa la liviandad, ¿qué efectos no han de producir estas pasiones representadas con grande aliciente, en el ánimo de la juventud que no va al teatro sino para atizar los deseos que ya lleva encendidos en su corazon? Sin hablar de aquellos dramas licenciosos que en algunos paises están admitidos ó tolerados, esplicándose sinceramente la juventud, declararia que las formas de una actriz ó las imágenes lascivas que se le representan, es lo que va á buscar al teatro mas bien que á participar de los sentimientos virtuosos que la pieza pueda contener. El suave tósigo del vicio van á beber todos esos voluptuosos desocupados, de que vemos llenos los teatros, y los mas opulentos nos demuestran con su conducta de que

no es ni la virtud ni la ilustracion lo que van á buscar ó á aplaudir. El teatro ciertamente es un escollo donde zozobran á cada instante la fidelidad conyugal, la razon, los bienes y las costumbres.

Sin peligro de engañarse se puede formar el mismo juicio de esas reuniones públicas y nocturnas, conocidas por el nombre de *bailes*, donde el curioso libertinage, las criminales intrigas y las aventuras imprevistas ó concertadas reunen á las personas de ambos sexos. Se hace muy dificil de creer que el deseo de practicar un egercicio útil á la salud sea el que escite una pasion tan viva por el baile en gran número de mugeres delicadas ó de hombres afeminados. Muchos ejemplos prueban que el baile no es un placer inocente para el mayor número de los que se egercitan en él; pues por una necesidad cruel, así de este como de otros placeres sencillísimos en su orígen, nace al instante el abuso en las sociedades corrompidas, y se convierten en veneno, sirviendo para propagar la disolucion. Esta es una necesidad indispensable para las personas opulentas, viciosas y desocupadas que en todo buscan el esceso, como único alimento conducente á sus almas estragadas. La moral mas sencilla debe parecer tétrica y chocante á muchos hombres atolondrados ó sin costumbres, que son incapaces de considerar las resultas comunmente terribles de sus vanas diversiones; y á seres de esta especie no puede dirigir su enseñanza la razon.

En las manos del hombre imprudente y depravado todo degenera, todo se vicia y hace peligroso. La lectura no le agrada sino en tanto que contribuye á fomentar sus inclinaciones desordenadas; y de aquí procede ese considerable número de romances amorosos, de versos y producciones lascivas que forman el único estudio de las gentes mundanas, y en que la frivolidad es el menor defecto, sirviendo principalmente para arraigar apetitos muy contrarios á la prosperidad de las familias y de la sociedad.

Con peligro, pues, de desagradar á muchos, no aprobará de ninguna manera la moral unos placeres ó diversiones de que visiblemente resultan daños reales; porque el hombre de bien hace frente á la opinion, siempre que es contraria á la felicidad pública ó particular, la cual está invenciblemente enlazada con las buenas costumbres. Todos los placeres capaces de fomentar pasiones naturales que deben enfrenarse, no pueden ser inocentes á los ojos de la razon. ¿Y qué, no pudieran divertirse los hombres sin exaltar la imaginacion, sin escitarse al vicio, sin perjudicarse á sí mismos y á los demas? El mal mas grave de los ricos procede de que quieran descansar sin haber antes estado verdaderamente ocupados.

Los juegos varios que se han discurrido para proporcionar algun desahogo á los ánimos fatigados de sus ocupaciones habituales, no son reprensibles sino cuando ocupan el lugar que reclaman aquellas mismas ocupaciones mas importantes. El juego es un cruel insano cuando nos espone á

perder los bienes, y prueba la superfluidad de los que sin recurrir á él no pudieran estar un rato juntos, ni conversar unos con otros. El jugador de profesion es un ente inútil para todo, que está poseido de tédio luego que suelta de la mano los naipes ó los dados.

En una palabra, la razon no condena los placeres de los sentidos, sino el abuso que comunmente se hace de ellos, y la frecuencia demasiada con que nos entregamos á ellos hasta hacerlos insípidos ó contraer una necesidad imperiosa de disfrutarlos, que no nos sea posible contentar sino con detrimento de nosotros mismos ó de los otros.

Los placeres intelectuales ó del ánimo son, como hemos dicho en otro lugar, aquellos que los sentidos nos habian ofrecido renovados por la memoria, contemplados por la reflexion, comparados por el juicio, vivificados, exaltados, hermoseados y multiplicados por nuestra imaginacion. Cuando renovándose, digámoslo asi, en nosotros mismos, nos representamos los objetos ó las sensaciones que nos habian agradado, los consideramos bajo varios aspectos, los comparamos entre sí, y nos los pintamos con caractéres mucho mas seductores á veces que la misma realidad. Pero de igual modo los placeres de los sentidos, los placeres intelectuales pueden hacerse laudables ó reprensibles, honestos ó criminales, provechosos ó nocivos, ya para nosotros, ya para la sociedad.

A la razon le toca gobernar nuestro ánimo y poner coto á nuestra imaginacion, harto propensa á fascinarnos, à embriagarnos y conducirnos al mal. Un ingenio vivo, una imaginacion fogosa son guias muy peligrosas cuando se pierde de vista la antorcha de la razon; la moral debe dirigir nuestros pensamientos y desterrar de nuestro espíritu las ideas que pueden tener consecuencias fatales para nosotros: à los estravíos del pensamiento se siguen muy de cerca los de la conducta.

Los placeres del ánimo pueden ser ó muy honestos ó muy criminales. La ciencia, el estudio, las lecciones útiles dejan en nuestro cerebro huellas ó ideas que hermoseadas luego por una imaginacion brillante, vienen á ser una fuente inagotable de placeres para nosotros mismos y para todos aquellos á quienes comunicamos nuestros descubrimientos. Pero el cerebro del hombre ignorante, desocupado y vicioso, no se llena mas que de imágenes fútiles, lúbricas, deshonestas y capaces de poner sus pasiones y las de los otros en una fermentacion peligrosa. La imaginacion arreglada de un hombre de bien le pinta con verdad las escelencias de la virtud, la gloria que resulta de practicarla, la ternura que inspira, las dulzuras y la tranquilidad de una buena conciencia: la imaginacion alucinada de un ambicioso le representa las frívolas ventajas de un poder incierto del que no sabe usar: la de un fátuo le indica fija la vista de todos en su ostentacion, su adorno, su tren y sus libreas: la de un avaro le señala bienes sin número de que nunca llegará á gozar.

Luego la imaginacion es el manantial comun del vicio y de la virtud, y de los placeres honestos y deshonestos: arreglada por la esperiencia es ella tambien la que exalta á los ojos del hombre de bien los placeres morales, el gusto de la ciencia y los atractivos de la virtud. Estos placeres son enteramente desconocidos de un gran número de ingenios romos ó pervertidos, para los cuales la virtud es un nombre vano, ó para otros faltos de reflexion que no creen ver en ella sino un objeto triste y lúgubre. ¿Qué son la beneficencia, la humanidad y la generosidad para el mayor número de los poderosos sino la privacion de una parte de sus bienes que tienen ellos destinados á procurarse placeres poco sólidos? Estas virtudes presentan una idea muy distinta á aquel que medita sus efectos en el corazon de los hombres, que conoce la reaccion de la gratitud, y que en su propia imaginacion se ve como un objeto digno del amor de sus conciudadanos.

La conciencia es casi nula para el atolondrado que no reflexiona, para aquel á quien obceca la pasion, y para el estúpido que ni piensa ni imagina. Es necesario pintarse con fuerza los sentimientos diferentes que nuestras acciones buenas ó malas producirán en los demás: es necesario haber meditado en el hombre para saber cómo puede afectarse, sea en bien, sea en mal. Sin esta imaginacion pronta y sin esta reflexion de que procede la sensibilidad, no mueven los placeres morales ni se deja oir el clamor de la conciencia. ¿Qué placer hallará en aliviar á otro aquel que no se sienta vivamente afectado de la pintura de sus males ó trabajos? Es preciso haber oido resonar en su corazon los gritos del infortunio para encontrar gusto en su remedio.

El hombre que no siente ó que no piensa, de nada sabe gozar; toda la naturaleza está como muerta para él, y las artes que la representan no afectan á sus ojos cargados. La reflexion y la imaginacion ofrecen á nuestro gusto el encanto y los placeres que resultan de la contemplacion del universo; por ellas el mundo físico y el mundo moral aparecen como un espectáculo magnífico é indefinido, en el cual cada escena recrea vivamente á nuestro entendimiento. Al mismo tiempo que una multitud imprudente é ilusa corre tras de placeres engañosos que no puede fijar, el hombre de bien, sensible é ilustrado, encuentra en todas partes nuevos y multiplicados recreos: despues de haberle hallado en el trabajo, los encuentra muy grandes en desahogos honestos, en conversaciones útiles, y en el exámen de una naturaleza riquísima y variada hasta el infinito: la sociedad, que es tan incómoda para muchos seres que se fastidian al instante de toda reunion, ofrece al hombre que piensa observaciones multiplicadas que perfeccionan su espíritu, y de alli recoge hechos y acumula provisiones conducentes para entretenerle en la sociedad. Los campos que parecen tan uniformes y monótonos á los agitados moradores de nuestras ciudades, le ofrecen á cada paso mil placeres nuevos: el sonoro es-

trépito de las poblaciones y las estravagancias del vulgo son espectáculos interesantes para él: en una palabra, es indudable que los placeres verdaderos solo existen para el ser que siente y medita, demostrándole todos los objetos las escelencias de la virtud, y los inconvenientes que resultan de las locuras y de los defectos de los hombres.

CAPITULO XII.

DE LOS DEFECTOS.—DE LAS IMPERFECCIONES.—DE LAS RIDICULECES Ó CALIDADES DESAGRADABLES EN LA VIDA SOCIAL.

Despues de hecho el exámen de los vicios ó de las disposiciones perjudiciales á la vida social, nos queda que hablar sobre las faltas ó imperfecciones, cuyo efecto es hacernos incómodos ó desagradables á aquellos con quienes vivimos. Asi como los vicios, los defectos de los hombres son resultados de su temperamento, modificado de diversas maneras por el hábito; y se les puede definir privaciones de calidades necesarias para hacerse uno agradable en la sociedad. Como el ser sociable tiene interés constante en agradar á las personas con quienes ha de vivir, no solamente se cree obligado á enfrenar sus pasiones nocivas y reprimir sus apetitos desordenados, sino que tambien procura corregirse de las faltas que pudieran disminuir la benevolencia que quisiera escitar. Cada uno está ciego para ver sus propios defectos, pero el hombre sociable debe estudiarse á sí mismo y procurar verse con los mismos ojos que ha mirado á los demas, juzgando sus imperfecciones propias como juzga de las que percibe en sus semejantes: aquello que en ellos le parece desagradable ó chocante basta para darle á conocer lo que debe chocarles ó desagradarles en él. Este es el beneficio real que puede sacar el sabio de la observacion ó estudio de las imperfecciones y flaquezas de los hombres: aprende á evitar en sus acciones propias lo que le desagrada en la conducta de los otros. Sabe que nada debe omitir para merecer el aprecio general, y que las menores faltas, aunque no causen efectos tan sensibles y tan prontos como el crímen, no dejan de hacer á la larga impresiones profundas en las personas que esperimentan su continuada accion. *El menor recargo*, dice Montagne, *rompe las barreras de la paciencia.* Todos los hombres tienen defectos mas ó menos incómodos para las personas que viven cerca de ellos, y algunas veces nos quejamos de los que tenemos nosotros mismos sin percibirlo, y que solamente nos chocan en los demás. Somos perspicacísimos cuando se trata de considerar las flaquezas é imperfecciones agenas, y ciegos enteramente para reconocer las nuestras. Es muy fácil la esplicacion de este fenómeno. Estamos acostum-

brados por el hábito á nuestro modo de ser, y bueno ó malo le creemos necesario para nuestro bienestar: no sucede lo mismo con las faltas de los otros, á las cuales casi nunca nos acostumbramos. Deseamos que ellos se corrijan, porque sus defectos nos ofenden, y no nos corregimos nosotros porque nos causan placer nuestros defectos, ó no nos parecen tales. Causa sorpresa ver en el mundo algunas personas, que despues de haber vivido juntas mucho tiempo, luego se separan repentinamente y quedan reñidas para siempre; pero cesará de maravillarnos esta conducta si consideramos que ciertos defectos que al principio nos parecieron fáciles de tolerar, dejándose sentir todos los dias han llegado á hacerse insoportables: son como unas picaduras ligeras, que renovadas contínuamente, forman al cabo llagas dolorosas para las cuales no se encuentra remedio. Hé aqui sin duda la razon por qué es tan raro ver perseverar hasta el fin unidas á personas, cuyo humor ó carácter se han avenido bastante para vivir mucho tiempo juntas y con mucha familiaridad; porque esta familiaridad misma pareciendo que les autoriza á sacudir toda sujecion, contribuye á hacerles sentir mejor sus defectos recíprocos; y esta es la causa verdadera de la frecuente desunion que se observa entre los esposos, los parientes y los amigos mas íntimos.

Que se juzgue, pues, imparcialmente á sí mismo el hombre social, corríjase de las faltas capaces de disminuir ó alterar la benevolencia á que aspira; pero por otra parte considere tambien que la humanidad le aconseja que sea indulgente con las imperfecciones de sus semejantes, y de acuerdo con la justicia le demuestra que solo á este precio podrá él mismo lograr que se le toleren sus propias flaquezas. Aquel que no tiene indulgencia es un ser insociable, como llevamos probado, que se condena á sufrir un juicio rigorosísimo de parte de los otros. No hay un hombre en la tierra que esté exento de defectos: y así irritarse contínuamente contra las faltas de los demas, es declararse contrario á la vida social. Sin una indulgencia latísima, génio suave, atencion contínua, conversacion amena y costumbres sencillas, no puede cimentarse la union entre los hombres, los cuales luego que se ven de cerca, suelen dejar de amarse.

El escesivo temor de disgustarse ó verse ofendido por los defectos de sus semejantes, inclina al hombre á la desconfianza y la misantropía, disposiciones muy contrarias á la vida social, y que dan à entender que el sugeto en quien residen es de un carácter sospechoso. Los que no se fian de la virtud de los demás, hacen presumir que apenas la conocen ellos propios. *Todos los hombres son malvados*, decia un misántropo á un hombre muy honrado que le veia con frecuencia. Y *¿en qué conoceis eso?* le respondió este: *en mí mismo*, contestó al punto el primero.

El hombre desconfiado y suspicaz á quien todo le causa temor, es necesariamente muy miserable. Rodeado siempre de lazos y de peligros imaginarios, no conoce el consuelo de la a-

mistad, ni las dulzuras de la quietud interior, ni los placeres que se encuentran en la sociedad. Se considera solo en el mundo, y espuesto á las emboscadas de una multitud de enemigos. La desconfianza contínua es un suplicio largo y cruel de que se sirve la naturaleza para castigar á los tiranos y á todos aquellos que tienen ciencia cierta de haber merecido la enemistad de los hombres. El malvado está siempre alerta y armado de temores y sospechas.

Por otra parte la confianza escesiva está muy lejos de ser una virtud; antes bien da indicios de debilidad é inesperiencia. Solamente despues de haber esperimentado á los hombres puede uno prestarles su confianza; pero ¡desdichado de aquel que no hubiere hallado á ninguno digno de merecerla! La prudencia es la virtud que mantiene el equilibrio necesario entre la desconfianza misantrópica y la confianza escesiva. Peligrosísimo sería fiarse de todo el mundo, y mucha desgracia tambien no poderse fiar de nadie. *Fiarse de todo el mundo y no fiarse de nadie son dos vicios*, dijo Séneca; *pero hay mas parte de bondad en el uno, y mas parte de seguridad en el otro.*

Si son buenas prendas sociales ó virtudes la entereza, el valor, la perseverancia y la fuerza, se infiere que sus contrarias la debilidad, la molicie y la inconstancia serán defectos verdaderos y aun muchas veces vicios imperdonables. La conducta del hombre débil es siempre vacilante; porque como no es él bastante dueño de sí mismo, se agrega al primero que le toma, y va por el camino que le quieren llevar. Es imposible contar con el hombre sin carácter, que obra sin un fin cierto, no opone resistencia al impulso que recibe de afuera, y viene á ser el ludibrio de cuantos con facilidad ejercen jurisdiccion en su ánimo. Como en sus operaciones no hay sistema ni principio alguno, está siempre indeciso, vário y fluctuando entre el vicio y la virtud; pues todo aquel que procede sin principios fijos es tan incapaz de resistirse á sus propias pasiones como á las de los demás. La flojedad comunmente es efecto de una pereza habitual y de un grado de indolencia que llega hasta prestarse á veces á la ejecucion del crimen. Un soberano sin entereza es una peste verdadera de su pueblo. El hombre débil puede ser amado y compadecido, pero nunca puede ser estimado sinceramente porque sin saberlo suele hacer mas daño que el malo consumado, de cuyo conocido proceder no es tan difícil siquiera ponerse á salvo.

No hay cosa mas desagradable y menos segura en el comercio de la vida que ciertos caractéres flojos y pusilánimes, los cuales, digámoslo así, se mudan á cualquier viento. ¿Cómo se ha de contar ni un instante con hombres que casi nunca tienen otro parecer que el de las personas que encuentran en la calle, que están dispuestos á variarle luego que se muden de lugar ó de visita, y que no tienen reparo en abandonar la reputacion de sus amigos mismos al furor de quien quiera deprimirla? Jamás un hombre

flojo, falto de carácter y de firmeza, podrá ser tenido por amigo sólido.

Hay muy pocas personas en el mundo que sean con bastante firmeza lo que son, es decir, que manifiesten un carácter bien pronunciado, y que con paso firme caminen al fin que se proponen: es rarísimo el hombre sólido que siga un plan constantemente y sin perderle de vista. De esta falta resultan las mudanzas, las inconsecuencias y contradicciones que observamos en la conducta del mayor número de los seres con quienes vivimos, á los cuales vemos á cada paso estraviados y seguir su rumbo sin punto fijo, prontos á mudar de camino siempre que el menor interés se ponga de por medio. La moral debe proponerse el fijar de un modo invariable los ojos de los hombres en sus intereses verdaderos, y presentar las razones mas poderosas para no apartarse del camino que conduce á la felicidad.

La falta de seguridad en los principios y de estabilidad en el carácter, es lo que hace tan contagiosos los vicios y defectos de los hombres. El trato del mundo, la concurrencia á la corte y á las casas de los poderosos, y el comercio de las mugeres, al paso que pulimentan el carácter contribuyen muchas veces á borrarle y á pervertir el corazon. Quiere uno agradar, y para ello toma el tono de las personas con quienes trata, y á las veces se hace vicioso ó malo por mera complacencia. La costumbre de sacrificar su voluntad y sus ideas propias á las de otro, hace que ya no nos atrevamos á ser lo que éramos, que no tengamos fisonomía, y que á cada instante variemos de conducta y de principios; pues de otro modo temeríamos que se nos acusára de tiesura, de rareza, de desatencion ó de pedantería. *Conviene ser en el mundo como son todos*, es la máxima comun de muchas gentes sin vigor, sin principios y sin carácter, de que está poblada la tierra; y hé aqui como se estienden los vicios, y los errores se perpetúan, haciéndose al cabo casi todos los hombres muy semejantes unos á otros (1). Hé aqui como el ejemplo arrastra á cada paso por el temor de descontentar á algunos seres depravados; y hé aqui en fin como la ignorancia ó la incertidumbre del término que debe uno proponerse, y la debilidad son los manantiales verdaderos del mal moral, de los vicios, de las estravagancias, y aun á veces tambien de la perversidad que se ve reinar entre los hombres.

Es necesario nervio para ser uno virtuoso en medio de un mundo insensato ó malvado: *Atrévete á ser cuerdo*, dijo un antiguo; pero por falta de luces son muy pocos los que tienen este valor, el cual por otra parte se procura apagar. Con efecto, ejerciendo el gobierno una accion tan poderosa en el ánimo de los hombres, no cabe duda en que influye muchísimo en el carácter y costumbres de los pueblos. El despotismo hace de sus es-

(1) Decia un hombre de talento que las gentes mundanas eran como las monedas, cuyas imágenes estan casi enteramente borradas á fuerza de haber pasado de mano en mano.

clavos autómatas prontos á recibir el impulso que se les quiere dar, y siempre este impulso les conduce al mal. El gobierno militar da á una nacion entera el aire del atolondramiento, de la vanidad, de la arrogancia, de la presuncion y de la licencia. Se necesita tener mucho nervio y firmeza para resistir constantemente las fuerzas que sin cesar están obrando contra nosotros.

La liviandad, el aturdimiento, la disipacion, la frivolidad, presentan á la felicidad social mayor número de obstáculos que la malicia del corazon humano. Hay paises en que se tiene por una gracia la ligereza; pero es muy dificil formar un amigo sólido de un hombre ligero, no pudiéndose contar con su discrecion y estabilidad en sus sentimientos. ¿Quién ha de contar con el que nunca está seguro de sí mismo? La moral para practicarse requiere reflexion, atencion, frecuentes consultas con su conciencia, y un recogimiento interior de que muy pocas personas son capaces; y esta es la razon porque la moral parece tan desabrida á varios espíritus frívolos que la anteponen cualquier consideracion ó bagatela. Solamente la costumbre de pensar puede dar á los seres racionales la facultad de combinar pronto sus relaciones y sus deberes: la felicidad del hombre es un objeto tan serio é importante, que sin embargo parece merecer particular cuidado y que se fijen sus miras en los medios de obtenerlo. *Consúltate dos ó tres veces*, decia el poeta Theognis, *porque el hombre precipitado es siempre un hombre perjudicial.*

Tenemos copiosas pruebas de la importancia de poner freno á nuestra lengua en un mundo desocupado, curioso y lleno de malignidad: con todo eso no hay cosa mas comun que la indiscrecion, que es una necesidad de hablar de que tanta gente parece hallarse atormentada. Esta falta, terrible algunas veces por sus consecuencias, no siempre anuncia mal corazon, aunque puede producir efectos tan crueles como la misma maldad: procede del atolondramiento, de la ligereza, y no pocas veces de una necia vanidad que se pone en alimentar la curiosidad de los otros. El indiscreto está tan falto de reflexion que divulga sus secretos propios, y con tanta facilidad se compromete á sí mismo como á los demas: ordinariamente es débil, y no tiene carácter ni aun fuerza para guardar el depósito que algun necio pudiera confiarle. Aunque la indiscrecion sea á veces tan peligrosa como una perfidia, pasa sin embargo por una falta ligera en este mundo frívolo, desocupado y curioso. La curiosidad, ó el deseo de sondear los secretos de los otros, es un defecto que anuncia comunmente ingenio romo ó cabeza vacía. El curioso suele ser siempre un holgazan que tiene poquísimas ideas, y con cuya discrecion no puede contarse. *Huid del curioso*, decia Horacio, *porque es siempre indiscreto ó hablador.* Por último, hay curiosos por vanidad y que se glorían de poder decir que todo lo saben ó lo han visto: mérito por cierto muy digno de los necios que pasan su vida cerca de los desocupados.

Dificil es hablar bien y hablar mu-

cho; pero ¿dónde hay cosa tan incómoda como esos discursistas y disertadores sempiternos que se figuran estar siempre arengando en la tribuna sin querer nunca bajar de ella? Tiene muy poco miramiento al amor propio de los demas aquel que no les permite hablar cuando les llega su turno; pero muchas gentes estan en la persuasion de que se manifiesta mucho talento hablando mucho, no obstante lo que dice el proverbio trivial de que *un navío lleno mete menos ruido que otro vacio.*

Ademas de esto, es muy raro hallar personas que sepan escuchar, y no hay cosa mas comun que gentes que quieran se las escuche: esta injusticia, este amor propio esclusivo se manifiesta con frecuencia en la sociedad. Habiéndose instituido la conversacion para el recreo y la instruccion de los hombres, se cree cada uno autorizado á contribuir á ella; de manera que cuando uno escluye á los demas les hace una afrenta. Consecuencia de esta vanidad es el hallar á veces personas de talento que se complacen en frecuentar la compañía de los necios. *Necio es*, decia un hombre ilustrado, *pero á lo menos me escucha.* Dice un autor moderno (Moncrif, arte de agradar) *que hay gentes que mas quieren ser reyes de una mala compañia, que ciudadanos de la buena.*

Si el objeto de la conversacion es ilustrar y complacer, puede uno tomar parte en ella cuando discurre que lo podrá conseguir; pero no debe olvidarse que los demas son capaces tambien de contribuir á nuestra instruccion y á nuestro recreo. Conviene oir y callar cuando no tiene uno cosa ninguna útil ó agradable que decir. Ya se ha dicho en otra parte que la murmuracion y la calumnia suelen llenar el vacío de las conversaciones; porque cuando no se sabe qué decir de las cosas suele echarse mano de las personas.

El grande artificio de la conversacion consiste en no ofender ni humillar á nadie, en no hablar sino de lo que se sabe, y en no entretener á los demas sino de lo que les puede interesar. Este arte, que todos creen poseer, está todavia muy lejos de ser comun. Las sociedades se componen ordinariamente de impertinentes que de todo quieren hablar, y previenen contra sí por su vanidad necia, ó de pesados y fastidiosos que nos cansan hablándonos de objetos que no nos pueden interesar. Se imagina un necio que aquello que ha chocado á su limitado espíritu, necesariamente debe interesar á todo el mundo.

La esperiencia, la reflexion, el estudio y particularmente la benevolencia y la bondad del corazon, son las prendas únicas que pueden hacernos útiles y agradables en el comercio de la vida. La razon porque las conversaciones de la gente mundana son ordinariamente tan estériles, sus visitas tan fastidiosas, sus brillantes tertulias y sus banquetes mas suntuosos estan llenos de tedio, consiste en que la sociedad reune personas que se quieren y aprecian muy poco, y apenas se conocen, y que no teniendo nada bueno que decirse emplean el tiempo en proferir co-

sas insignificantes. Entre las que se llaman clases elevadas de la sociedad no se ve comunmente sino personas muy vanas, que nada se creen deber unas á otras, y que privadas de instruccion no traen á la sociedad mas que tiesura, sequedad y disgusto: es preciso que la conversacion sea estéril y lánguida cuando para nada pueden entrar en ella la razon ni el ingenio. Solamente la amistad franca y sincera, la ciencia y la virtud pueden dar calor y vida al comercio de los hombres. La vanidad los hace insociables: la ignorancia, la ociosidad, la costumbre de no pensar y la aridad del corazon son las causas principales que abortan el enjambre de fastidiosos, de importunos y fátuos que perpétuamente sirven de embarazo en las cortes, en las ciudades y en los campos. El hombre que tiene desierto su espíritu, necesariamente ha de incomodar á los demas por la necesidad que esperimenta de escitar su alma aletargada y de disimular su mal humor: atormentado sin intermision por este enemigo doméstico, no percibe siquiera que es un verdadero azote para los demas. Uno de los mayores inconvenientes que tiene el comercio del mundo es el esponer á las personas ocupadas á ser víctimas de una multitud de importunos, de haraganes y de fastidiados, que periódicamente vienen á comunicarlas que nada les tienen que decir. ¿No bastaria tener un poco de juicio para acostumbrarnos á respetar los momentos del hombre ocupado? Hay instantes en que hasta los amigos íntimos necesitan considerar si podrá ser incómoda su presencia; pero estas reflexiones tan naturales no entran en la cabeza de los estólidos que la urbanidad hace sufrir, al mismo tiempo que ellos violan todas sus reglas.

Mirando las cosas de cerca se verá que aun entre los que mas se pican de cultura, de saber vivir y de haber tenido mucho trato de gentes, hay muy pocos que merezcan justamente la calificacion de cultos. Si la verdadera urbanidad está en no chocar con nadie, todo hombre vano es descortés. El fátuo, el petimetre y la presumida de hermosa faltan groseramente á la decencia y la urbanidad, como el rústico peor criado. ¿Y cómo pueden tenerse por verdaderamente civilizados esos personages sublimes que con su arrogante ademan, sus miradas insolentes, y sus modales desatentos ó desdeñosos parece que estan insultando á todo el mundo? Un elegante, cautivo de sus perfecciones, únicamente ocupado de su fútil adorno, y que presentándose en una visita, de nadie hace caso, afecta la distraccion y no atiende jamas á lo que se le dice ni á la respuesta que se le da, es evidentemente un desvergonzado que se sobrepone á las consideraciones debidas á la sociedad. Las personas mas enamoradas de sí mismas hacen comunmente cuanto está de su parte para fastidiar á los demás. La impudencia consiste en un insolente menosprecio del concepto y de la opinion del público, que todo hombre, quien quiera que sea, debe siempre respetar.

Hay gentes que se muestran graves y arrogantes por temor de ser menos-

preciadas, ó de que se les falte á la dosis de consideracion que presumen merecer.

Es necesario darse á estimar, dicen algunos, y no consideran que el medio mas seguro es la posesion de prendas estimables. El orgulloso se hace aborrecer por miedo de no ser bastante apreciado.

Si el mérito real y efectivo desagrada cuando se muestra con ostentacion, ¿qué sentimientos ha de escitar aquel que no tiene otro que el de sus vestidos, el de sus carruages, y el de unos modales chocantes? Pero esta casta de impertinentes complace á sí misma, menosprecia el juicio del público, y se jacta de que obtendrá la admiracion de todos á fuerza de insolencia. Una alta opinion de sí constituye el orgullo, insoportable aun en las personas de mérito, porque usurpa los derechos de la sociedad, la cual quiere mantenerse en la posesion de apreciar á sus miembros. La vanidad es tambien una alta opinion de sí fundada en fruslerias, de donde procede que la presuncion, el fausto y el gran tono anuncian calidades que solamente pueden fascinar á los necios. La sencillez, la modestia y la desconfianza de sí mismo son medios de agradar mucho mas seguros que la altanería, las pretensiones, el aire de importancia y la gerigonza de muchos impertinentes que parece ignoran lo que se debe á la especie humana. La presuncion y la fatuidad son enfermedades casi incurables; porque ¿cómo puede sanar de ellas un hombre que está siempre contento de sí mismo, y que se imagina superior al juicio de los demas?

El espíritu de contradiccion, la terquedad, el demasiado calor que se toma en las disputas y el gusto de singularizarse, son defectos que engendra tambien la vanidad. Muchas personas se figuran que es glorioso no seguir la opinion de nadie, y de este modo creen dar pruebas de una sagacidad superior; pero lo que las mas veces prueban es su mal humor y su descortesía. Querrán decirnos que se sienten animados de un amor vehemente á la verdad; y les responderemos que no es amarla el presentarla de un semblante propio para apartarnos de ella. La razon no puede agradar cuando toma el tono de la descortesía y de la dureza, siendo muy dificil convencer á aquellos cuyo amor propio está herido.

La terquedad es el efecto de una necia presuncion y de una preocupacion pueril, las cuales nos sugieren que es muy vergonzoso el engañarse, y todavía mas el confesarlo, siendo muy agradable *quedarse siempre con la última baza*. ¿Pero no es mas vergonzoso y mas insensato resistirse á la fuerza de la verdad? ¿No es mas noble y mas grande ceder con dulzura, aun cuando está uno cierto de tener la razon de su parte, que disputar sin fin con personas faltas de juicio? El pueblo y los necios dan de ordinario la razon á aquellos que mas tiempo y mas alto gritan; pero las personas sensatas se la dan al que la tiene, y aprecian al que sabe retractarse cuando se ha equivocado, y no abusar de su victoria cuan-

do ha combatido por la verdad (1).

La singularidad no prueba mérito real: por el contrario, apartarse de las opiniones y de los usos admitidos en la sociedad, manifiesta comunmente mas orgullo que prudencia ó luces. Se debe resistir al torrente de la costumbre cuando con evidencia esta es contraria á la virtud, y dejarla reinar en las cosas indiferentes: una conducta opuesta á la de todo el mundo suele admirar por un instante, pero no puede proporcionar una consideracion permanente.

En general todo linage de afectacion desagrada y descubre la vanidad. Lo verdadero, lo sencillo y lo natural nos hacen amables á aquellos con quienes vivimos, queriendo vernos siempre tales como somos. Para representar bien cada uno su papel en la escena del mundo, es necesario que conserve su carácter y que no se esponga á verse desmascarado. La gravedad afectada anuncia un necio orgullo, que aspira á usurpar respetos: una pedanteria melindrosa es propia de espíritus livianos: estos defectos no deben confundirse con la severidad de las costumbres y la exactitud en el desempeño de sus deberes, que proceden de una atencion constante sobre las operaciones propias, y de un temor laudable de ofender á los demas por alguna inadvertencia ó ligereza.

No hay en la sociedad humana cosa mas incómoda que esos entes puntillosos, cuya sensible y delicada vanidad está siempre á punto de ofenderse. El que se sienta tan débil no debe esponerse al roce del trato familiar, en el cual solo puede introducir el embarazo y el tedio. Una vanidad muy pronta á alterarse supone la existencia de un espíritu chico y endeble, una inesperiencia pueril: el hombre fácil á picarse está contínuamente espuesto á sufrir en un mundo todavia mas atolondrado que malo. ¿Hay mayor desgracia que ser uno tan sentido que á cada instante se incomode de las inadvertencias ó del menor olvido de las personas con quienes tiene relacion? Sin embargo, estas bagatelas en que ningun hombre sensato deberia hacer alto, suelen tener las consecuencias mas sérias en un mundo tan vano y tan frívolo.

Generalmente la vanidad, como ya hemos dicho en otra parte, es el vicio que ocasiona mas estragos entre los hombres. Le parece á uno estar con niños de dos varas de estatura, al ver el aprecio que hacen de ciertas fruslerias personas de todas clases y edades; pues muchas de ellas, al paso que van creciendo no hacen mas que cambiar de juguetes: vestidos mas ricos, trenes mas brillantes, joyas mas costo-

(1) Racine y Boileau hallándose juntos en la academia de las incripciones, tuvo este último el descuido de sentar una proposicion que no era justa. Racine, en quien sus amigos mismos no encontraban perdon cuando soltaba alguna especie de que pudieran agarrarse, no se contuvo en los límites de una chanza sencilla, sino que cargó la mano cruelmente á su compañero y se propasó hasta insultarle. Boileau se contentó con decirle: «Reconozco que me he equivocado; pero mas quiero no haber tenido razon, que tenerla con el tono tan orgulloso é insolente que usted toma.»

sas, adornos mas variados, superfluidades mas esquisitas, reemplazan diariamente los objetos con que se entretenia su infancia. ¡Cuán chica y angosta debe ser el alma de aquellos fátuos que en el adorno de su persona consumen todo el tiempo y su fortuna! ¿Qué idea puede formarse de tantas mugeres presumidas y de tantos hombres degradados que emplean todo el dia en el tocador y los perendengues? El verdadero castigo de estos niños es no hacer alto en ellos.

Las naciones en que domina el lujo estan llenas de entes frívolos, sériamente ocupados de bagatelas que son para sus ojos objetós importantísimos, respecto á que por ellas pierden su tiempo y su dinero, y en competencia para alcanzarlas sacrifican su bienestar y su reposo. Por menudencias de una vanidad pueril se afanan, corren de una parte á otra, se encelan, disputan, se desafian, se hieren ó se matan. El que se sobrepone á semejantes bagatelas y las desprecia, es mucho mas grande y mas feliz que todos cuantos se esclavizan por su posesion y disfrute. La vanidad choca á todo el mundo: la moderacion y la modestia no pueden chocar á nadie.

La vida humana es como un camino estrecho en que una multitud inmensa de pasageros se apresura del modo que cada uno puede y entiende, por llegar al punto de la felicidad: allí se les ve moverse con mas ó menos velocidad, y tomar distintas direcciones que se cruzan, y muchas veces son enteramente opuestas. Enmedio de esta muchedumbre confusa, los malos son como ciegos, que con peligro de grangearse la indignacion general, maltratan y ofenden á cuantos encuentran al paso: viajantes imprudentes, distraidos é inconsiderados, que no llevan rumbo fijo, se precipitan por todas partes, tropiezan y sirven de tropiezo á otros, aprietan y son apretados, últimamente incomodan y afligen á todo el mundo. El sabio camina con precaucion, mira alrededor de sí, prevé los obstáculos, se aparta de los peligros, evita la multitud, y asistido del favor de sus compañeros adelanta con seguridad hácia el tèrmino del viage, donde otros mas veloces no pueden llegar. El aprecio, la consideracion, la benevolencia y la tranquilidad son el premio de la atencion que el hombre de bien emplea en su conducta.

Por falta de reflexionar bastante en el fin esencial de toda sociedad, parece que los hombres no se han juntado sino para chocarse recíprocamente con defectos cuyos inconvenientes advertimos todos en los demas, sin reconocer al mismo tiempo que teniéndolos tambien nosotros, necesariamente han de producir efectos semejantes. La ligereza es la incapacidad de fijar bien la atencion en los objetos que nos interesan. La inconstancia consiste en mudar perpétuamente de intereses ó de objetos. El atolondramiento dimana de no tomar el tiempo necesario para considerar los objetos, ó reflexionar con madurez las resultas de nuestras acciones. La frivolidad procede de poner uno toda su atencion en objetos incapaces de procurarnos ningun bien real y verdadero.

Tales son los enemigos contra quienes tiene que batallar á cada paso la razon en la sociedad. La imprudencia, las distracciones contínuas, la disipacion, la vanidad, la embriaguez de los placeres, las pasiones vehementes por fruslerías de ningun valor, son otras tantas barreras que se oponen á la reflexion y mantienen á la mayor parte de los hombres en una infancia perpétua.

La distraccion es una aplicacion de nuestros pensamientos á otros objetos diferentes de los que nos deberian ocupar: por ella se falta al miramiento debido á las personas con quienes vivimos. Este defecto que nos parece tan ridículo en ciertos casos, es sin embargo muy comun y casi universal. ¡Qué pocas personas se ocupan, como es menester, de los negocios que mas las interesan! Cada cual los echa á un lado para no pensar sino en asuntos, muchas veces fútiles, que han acalorado su imaginacion y absorven sus sentidos: en el periodo de su ilusion cada cual se olvida de que vive en sociedad, y de las atenciones y respetos que debe á sus semejantes. Es fácil de percibir á cuántos inconvenientes nos espone esta distraccion moral. El hombre sensato debe estar siempre atento á sí mismo y á los demas. *No habia pensado en eso*, es una malísima escusa de cualquier sugeto que vira en sociedad. Considerar su fin y hacer bien lo que se está haciendo, son las bases de toda moral: la vida social es un acto religioso en que todo hombre debe decirse á sí mismo: *está en lo que haces* (1).

Muchas gentes se figuran disculpadas de sus faltas achacándolas á olvido; pero la conducta de la vida supone una memoria bastante fiel para no olvidar deberes que son esenciales y deben siempre tenerse presentes en nuestro espíritu. Ciertos olvidos son criminalísimos, cuando nos hacen perder de vista importantes obligaciones de la justicia, de la humanidad y de la compasion. El ministro ó juez que se olvidáran de que un inocente consume sus bienes, su salud y su vida en la cárcel, ¿serian menos culpables que un asesino? Sin hacerse tan criminal, el olvidadizo es siempre desagradable en la vida social: manifiesta su ineptitud para el desempeño de sus negocios propios y dé los agenos. No nos cansaremos de repetir qúe la vida del hombre requiere atencion, memoria y presencia de ánimo.

La ignorancia, que suele alegarse como escusa verdadera, que se perdona á veces con harta facilidad, y que comunmente se castiga con el ridículo, puede en ciertos casos ser un crímen gravísimo. ¡Qué cargos no debe hacerse un juez falto de luces, que decide imprudentemente de la suerte de sus conciudadanos! ¡Qué remordimientos debe esperimentar un médico ignorante, que á costa de la vida de los hombres egerce una profesion en que no está bastante instruido! No es permitido ignorar los principios de un arte en cuyo buen egercicio se interesa el bienestar de nuestros se-

(1) Plutarco nos enseña que durante los sacrificios de los antiguos un ministro advertia en voz alta al sacerdote que recogiera su atencion, diciendole: *hoc age*: estad en lo que haceis.

mejantes: la presuncion es un crímen, cuando se burla de la salud de los hombres. Todo el que tiene descaro para practicar un oficio, ó egercer un empleo público para el cual se reconoce incapaz, falta evidentemente á los principios verdaderos de la probidad. La ignorancia es una fuente inagotable de los males sin número que los pueblos estan sujetos á sufrir. En todos los estados de la vida debe el hombre procurar instruirse por su propio interés y por el de los otros. Las luces contribuyen á desenvolver la razon, cuyo efecto es hacernos mejores, mas útiles y mas estimados entre nuestros semejantes.

La falta de esperiencia y de reflexion constituye la ignorancia que no puede menos de ser perjudicial á nosotros mismos y á los demas. El ignorante es menospreciado porque de nada sirve en la sociedad: el ignorante es un objeto de compasion, porque ordinariamente es incapaz de ayudarse á si propio. La ciencia que, como se dijo mas arriba, es producto de la esperiencia y de la costumbre de reflexionar, se estima mucho porque habilita á aquel que la posee para proporcionar auxilios, dar consejos y causar placeres que no pueden esperarse del ignorante. En todos los estados de la vida, desde el monarca hasta el artesano, el hombre de mas esperiencia, ó el mas instruido, es necesariamente mas apreciado y mas buscado que aquel que se halla privado de luces ó de todo género de habilidad.

Si la razon, como acabamos de ver, no es mas que la esperiencia y la reflexion aplicadas á la conducta de la vida, muy dificil parece que el ignorante llegue á ser un hombre sólido y razonablemente virtuoso. Conviene que cada uno conozca bien y medite sus deberes para saber de qué modo se ha de conducir en la vida. Conviene que cada uno conozca los usos del mundo para vivir en él con gusto, y evitar la risa que ocasiona la ignorancia de estos mismos usos. El ignorante es un ciego ó un atolondrado que anda indeciso por el camino de este mundo, con peligro de tropezar á cada paso ó de caerse chocando con los demas. En una palabra, no es posible que el hombre sea bueno sin esperiencia ó sin luces.

Se nos dirá tal vez que se encuentran personas sencillas, groseras, destituidas de ciencia ó de instruccion, y que sin embargo, como por instinto, son virtuosas y exactas en el cumplimiento de sus deberes, al paso que algunos hombres dotados de sublime ingenio y llenos de conocimientos, se conducen muy mal, y no suelen señalarse sino por sus estravíos ó sus maldades. Responderemos á esto que los hombres mas sencillos pueden percibir con facilidad las ventajas inherentes á la virtud y los perjuicios é incomodidades sin número que acompañan al vicio: que sin mostrar luces muy brillantes han hecho aquellos interiormente, para ordenar sus acciones, esperiencias y reflexiones fáciles, que muchas veces se escapan á la petulancia del hombre de talento, ó que las desdeña su vanidad. De lo que resulta que á pesar de su sencillez el hombre

de bien suele ser mas estimado y mas amable que el hombre de mucho ingenio: este se hace temer, aquel se hace amar. No es necio ni puede ser despreciable el que tiene talento para merecer el aprecio y cariño de sus semejantes. El hombre sencillo, virtuoso y modesto puede contar con una benevolencia mas durable que el que solo agrada por sus agudezas pasageras, y no pocas veces se hace aborrecible por su orgullo ó su malignidad. El hombre verdaderamente ilustrado es aquel que conoce y adopta los medios necesarios para ser amado constantemente. Todo hombre que cree darse à estimar por los medios que desagradan, es un ignorante, un atolondrado ó un necio.

Lo ridículo está en la falta de proporcion entre los medios y el fin que uno se propone. Volver la espalda al objeto que se quiere obtener, constituye evidentemente la ignorancia, la irrision y la necedad. ¿No es ser uno bien ignorante, no sabiendo que el temor es incapaz de inspirar la ternura, que la arrogancia indispone, que la fatuidad y la ignorancia se castigan con la risa? ¡Cuántas personas, proponiéndose el fin de hacerse admirar y ser tenidas en mucho, solo logran con su conducta insensata hacerse menospreciar y aborrecer! Hé aqui el producto de su altivez, de sus impertinentes modales, de sus pretensiones mal fundadas, de su fausto y ostentacion, de sus gastos locos, y de su tono decisivo sobre materias que no entienden.

Considerando de cerca las cosas, se verá siempre que el orgullo y la vanidad son pruebas indudables de tonteria, y manifiestan una profunda ignorancia del camino que se debe seguir para ganar la benevolencia y el aprecio de los hombres. Un espíritu romo y limitado que se ciñe humildemente á su esfera, es mucho menos ridículo ó vituperable que el hombre presumido que se burla de él. No hay enfermedad mas incurable en la ciencia moral que la de un necio ó un ignorante presuntuoso que tiene la desgracia de estar muy contento y pagado de sí mismo. El primer paso que hay que dar en la sociabilidad es conocer lo que nos falta, y corregirnos de nuestros defectos.

Un ser verdaderamente sociable nunca debe perder de vista sus asociados. Las distracciones, el atolondramiento, las locuras y faltas de cualquier especie son castigadas siempre, sea por la indignacion ó el odio, sea por el menosprecio y la risa. Se teme la risa burlona, porque supone el menosprecio; y el menosprecio es insoportable para el que está enamorado de sí propio. El hombre racional reforma en su conducta todo cuanto puede hacerle menospreciar justamente; porque si no obrára así, se veria obligado á confirmar el juicio de los demas; pero al mismo tiempo hace frente á la risa que en un mundo pervertido recae muchas veces sobre el mérito y la virtud.

En efecto, si la ridiculez dimana de chocar con la opinion y la moda, las cuales suelen servir de equivalente á la decencia y la razon, claro está que una conducta cuerda y arreglada podrá parecer algunas veces bizarra y

singular en una sociedad frívola ó corrompida. Por este motivo estan espuestas la virtud, la honradez, el pudor y la equidad misma á los sarcasmos del vicio, el cual presume disculparse burlándose de las buenas prendas que ocasionan su afrenta. En el mundo suele parecerse la virtud á la dama honesta de Horacio, que lleno su rostro de pudor baila enmedio de los sátiros impudentes.

Los hombres mas virtuosos y respetables estan al alcance de los tiros de la risa y de la murmuracion; pero los desprecian asistidos del sentimiento de su propia dignidad: no sacrifican, como las gentes mundanas, á semejantes respetos su conciencia, su fortuna y su vida. Un temor pueril que se tiene á la opinion de los demas presenta á veces obtáculos insuperables á la virtud, y hace que se siga el torrente del mundo contra la conciencia y las luces propias, hasta precipitarse en el abismo de la maldad. Los hombres mas ilustrados suelen esclavizarse á los usos recibidos y vivir en una lucha perpétua con su propia razon. *Lo que deshonra*, dice quejándose un moralista célebre, *ofende todavia menos que el ridiculo.*

La burla casi siempre armada por la envidia y la malignidad, hace titubear á la sabiduria y honradez; pero realmente no prende sino en el vicio, y al cabo se desacredita atacando á la virtud. No hay duda que se necesita un ánimo robusto para ser uno virtuoso en aquellas naciones donde el vicio, arrogante por la clase y el número de sus partidarios, lleva la impudencia hasta el punto de mofarse de aquellas prendas que causan su afrenta.

El hombre burlon es vano y malo; porque la burla supone siempre el intento de lastimar mas ó menos á aquel contra quien se egerce, y comprende la tacha de algun defecto que se presenta á los tiros de la irrision. Dice muy bien Mad. Lambert, que «las personas aficionadas á burlarse, y acostumbradas á murmurar, abrigan en su corazon una malignidad secreta. Desde la burla mas suave hasta la ofensa real hay un solo paso: y muchas veces un falso amigo, abusando de la facultad de chancearse, nos lastima inadvertidamente. La persona á quien se ataca es la única que tiene derecho de juzgar si tan solamente se han chanceado con ella: cuando la chanza lastima, degenera ya en ofensa.» *La burla*, decia un antiguo, *es como la sal que debe usarse con precaucion.*

Casi siempre la burla es un arma peligrosa, y á veces sus cortes son mas crueles é insufribles que los de una injuria. Burlarse de aquel á quien se da el titulo de amigo, es desacreditarse por una verdadera traicion, es manifestar que se le tiene en mucho menos que un dicho agudo. Burlarse de los indiferentes, es tontamente esponerse á su resentimiento, y provocar su enojo sin ninguna necesidad. Burlarse de sus superiores, es hacer una locura que espone á ser uno castigado. La burla, pues, no puede egercerse impunemente sino recayendo sobre los amigos, y entonces suele ser una perfidia; y sobre los inferiores y

desdichados, y entonces es una detestable ruindad.

Sin embargo, esta crueldad es muy comun: los hombres suelen gustar de burlarse de aquellos á quienes deberian consolar ó compadecer, y sueltan desmedidamente la risa y los sarcasmos contra sugetos que por sus desgracias ó imperfecciones deberian escitar la piedad. Si cierto hombre es contrahecho, si tiene poco talento, si ha incurrido en algun descuido, si por ser menesteroso está obligado á sufrirlo todo, al punto se hace el blanco de contínuas burlas y el entretenimiento de la sociedad, teniendo que sufrir las punzadas de una multitud de cobardes, que quieren lucirlo á costa de él, y hacerle sentir el peso de su superioridad. No hay nadie que no se crea autorizado para insultar à los miserables. Esta propension maligna que particularmente se observa en los muchachos, prontos siempre á agarrarse de las enfermedades, de los defectos esteriores y de las desgracias casuales de los demas para reirse, se encuentra tambien en muchos adultos á quienes no ha corregido de ella una buena educacion. La gente vulgar egerce ordinariamente la agudeza de su ingenio inculto en aquellos que manifiestan alguna desgracia natural; porque, como ya hemos observado en otra parte, la gente vulgar y los muchachos son generalmente crueles. No hay cosa mas comun que ver á los hombres reirse de los accidentes y azares que sobrevienen á los demás; y este sentimiento odioso parece que procede de la comparacion ventajosa que uno hace de su seguridad y de sus perfecciones propias, con la situacion molesta ó los defectos de los otros. El hombre sin cultura y guiado por un instinto ciego de su naturaleza, está tan distante de ser un ente dotado de compasion, que cuando su alma no la han reformado la reflexion ó una buena crianza, se inclina mas bien á alegrarse del mal de sus semejantes, porque este mal le complace de hallarse mejor que ellos; cuando la reflexion falta, no piensa uno en que está espuesto à los mismos accidentes de que ve afligidos á los otros, y en que es muy odioso reirse de sus faltas, de sus desgracias y flaquezas. Por esta razon el hombre de potencias limitadas suele ser el juguete del hombre que tiene mas ingenio, y que orgulloso con la idea de las ventajas que posee por un don arbitrario de la naturaleza, no advierte que es injusto y cruel para con aquel otro que deberia escitar sus sentimientos de piedad.

Conviene mucho que no olviden los hombres los miramientos que se deben recíprocamente. Las personas de talento necesitan atender mas que las otras á no abusar de esta prerogativa. La viveza de ingenio y el calor de la imaginacion producen á veces cierta petulancia que es necesario reprimir. Tal vez por el abuso que hacen de sus facultades y de la superioridad de su ingenio, son considerados los hombres de letras como poco convenientes para el trato familiar.

La ironia sangrienta y las chanzas ofensivas tan solo pueden ser agradables á los envidiosos y malvados, cuyo

voto no debe solicitar el hombre de verdadero mérito, y son ruindades porque atacan comunmente á personas incapaces de defenderse. No hay cosa tan bárbara ni tan vituperable como la burla ó la ironía que salen de la boca de un príncipe; porque á veces estampan manchas indelebles en la opinion, y bastan para destruir el bienestar de toda la vida.

El hombre que tuviere tanta vanidad ó inconsideracion que se atreva á lastimar con sus agudezas ó sus chanzas, no solamente á un amigo suyo, sino tambien á las personas mas indiferentes, será desechado con razon de las reuniones buenas, cuyos miembros deben respetarse unos á otros. Los burlones, los graciosos de profesion, los charlatanes y los bufones suelen ser personas de ingenio con quienes se divierte la malignidad; pero con dificultad se hallará alguno de ellos apreciable por las prendas de su índole, algo mas importantes en el comercio de la vida, que todas aquellas sales de que á veces en el mundo se hace tanto caso. *No os fieis*, dijo Horacio, *del que murmura de su amigo ausente, del que no le defiende cuando le acusan, del que quiere siempre hacer reir con sus agudezas: sin duda posee un alma depravada.*

A pesar de esto, la falta de atencion, de gravedad y de reflexion contribuyen tanto como el mal corazon á la burla, la cual no puede ser aprobada ó sufrida sino cuando, sin herir ni ofender al que es objeto de ella, reanima y hace agradable la conversacion. Una vida verdaderamente social exige que ninguno salga de la compañía de los otros dejándolos descontentos.

Las burlas, las chanzas y la sátira solo son útiles y laudables cuando se emplean en general contra los vicios reinantes en la sociedad, cuya insolencia y locura pueden á veces reprimir ó moderar. ¿Qué cosa mas ridícula y mas digna de la sátira, que la vanidad de tantos hombres y mugeres gravemente ocupados en sus necias bagatelas, en su ostentacion, en sus diges y cintas, en sus adornos y en sus estravagantes modas? ¿Son por ventura semejantes hombres mas que unos niños ó unos entes frívolos, llenos los cascos de la idea de diges y juguetes que les disgustan á cada instante? ¿Hay en el mundo un ente mas ridículo que un necio que solo se presenta en la sociedad para ostentar su tontería, su impertinencia, su tren y sus vestidos? ¿Pueden verse sin risa las pretensiones de una *coqueta* envegecida y añeja, la cual hasta el sepulcro afecta los ademanes evaporados, y el adorno y atolondramiento de la juventud? ¿Podrá verse sin compasion la vanidad de una multitud de gentes comunes, que tienen la manía de creer que copian el gusto y la magnificencia de los grandes con sus ridiculeces? ¿Qué cosa mas molesta que un charlatan insípido que se apodera de una conversacion, aturdiendo á todos con su garrulidad importuna? ¿Hay nada mas despreciable que la arrogancia de tantos hombres hechos de figura, que juzgan y hablan de todo sin entender cosa alguna? El hombre sensato ¿puede ver sin disgusto á esos ociosos, insoportables á sí

mismos, que van periódicamente de corrillo en corrillo haciendo sentir su inutilidad y su fastidio? ¿Con qué aspecto puede mirarse á esos hombres mal humorados, á esos misántropos amasados con hiel y vinagre, que no salen de sus cabernas sino es para incomodar á los otros con su atrabiliario carácter? ¿Hay cosa mas contraria al placer y la social armonía, que esos espíritus de contradiccion que llevan por sistema el no avenirse jamás con el dictamen de otro? ¿Hay un objeto mas merecedor de la sátira, que ese juego contínuo y perpétuo, recurso miserable para suplir lo estéril de las conversaciones de tantos que recíprocamente se fastidian, porque nada tienen que decirse?

Empero el sábio, cuyo corazon es sensible, mas bien se hace en la soledad un Heráclito que un Demócrito. Estas irregularidades y locuras dejan de ser ridículas á sus ojos, y las mira como dignas de llanto, al notar que semejantes pueriliidades son, en los hombres frívolos á quienes enteramente dominan, el origen y manantial de los delitos mas destructores, de las injusticias mas crueles, y de las disputas y controversias mas trágicas. Llanto y no risa causa el ver que vanos y fútiles títulos, precedencias, puestos, diges, cintajos y juguetes, esciten la ambicion y fomenten las intrigas, los ocultos enredos, las perfidias y los crímenes de tantos hombres niños, sin embargo de que parezcan solo ridiculeces. Llanto y no risa causa el ver que un necio orgullo, encubierto bajo el nombre de honor, haga que diariamente corra la sangre de tantos niños delincuentes, que cuando lo son no divierten. Profunda indignacion causa el ver que ese fausto impertinente, con el cual tantas gentes se distinguen, sea la causa de la ruina de una multitud de infelices artesanos y artistas que aun estan sin pagar de su trabajo y de su industria. Causa dolor reflexionar que ese juego, que recrea y entretiene á los ociosos, absorve á veces las mas grandes fortunas. En fin, no puede uno reirse sino compadecerse de esos galanteos torpes é indecentes, que turban para siempre la concordia, la confianza y la estimacion, tan necesarias al mantenimiento de la tranquilidad doméstica.

Las debilidades, los defectos y las estravagancias de los hombres los conducen frecuentemente al crímen y al infortunio. No hay vicio que no sea su mismo castigo (1) y que tarde ó temprano no produzca en la sociedad los daños y desastres que tan sensibles son para un alma virtuosa.

Compadezcámonos, pues, de los mortales por sus estravíos, consecuencias necesarias de su atolondramiento, de su inesperiencia, de las falsas ideas que se han formado de la felicidad, y de la errada senda que han emprendido para llegar á ella. Vivir con los hombres, es vivir con unos entes la mayor parte débiles, ciegos é imprudentes: aborrecerlos, sería añadir la injusticia á la inhumanidad, sería vivir atormentados sin provecho de los demás. Huir

(1) *Omnis stultitia laborat fastidio sui.* Séneca.

de los hombres sería privarse de las ventajas de la vida social, la cual á pesar de sus defectos, nos ofrece muchos bienes y placeres. Ningun hombre es gratuitamente malo: comete el mal porque espera algun bien: es malo porque es ignorante, falto de reflexion, y no prevé los efectos de sus acciones. Detestar y aborrecer á los hombres por sus flaquezas y sus vicios, sería detestarlos y aborrecerlos por lo mismo que son dignos de compasion.

Amemos, pues, á nuestros semejantes á fin de merecer su amor; no huyamos de ellos si no podemos socorrerlos; no los irritemos con un humor atrabiliario; convidémoslos á la virtud mostrándoles sus atractivos; desviémoslos del vicio descubriéndoles su deformidad; no hagamos con nuestros insultos mayores sus miserias, efectos de las preocupaciones que han bebido desde su infancia en la copa del error; no les privemos de la esperanza, diciéndoles que sus males no tienen remedio y que estan destinados á padecer para siempre; consolémoslos mas bien con la esperanza de que cesarán sus males y penalidades; mostrémosles en los progresos de la razon y en la verdad el antídoto contra el veneno de que sus almas estan infestadas; que esperen tiempos mas favorables, en que las naciones maduras y esperimentadas llegarán á renunciar al fin á sus crueles locuras, y colocarán la virtud en el templo que debe serle consagrado: entonces ella establecerá la armonía social, inspirando un espíritu de amor y de paz á todos los pueblos del mundo, reuniendo los intereses de las naciones y de sus gefes, confundiendo en una sola la felicidad del ciudadano y de la patria, y haciendo conocer á cada miembro de la sociedad que su bienestar se halla unido íntimamente con el de sus semejantes, y que jamás aquel debe separarse de este.

Si al hombre no le es permitido entregarse á esperanzas tan sublimes y lisongeras, séale al menos el creer que los principios fundados en la naturaleza humana serán adoptados por algunos hombres pensadores y reflexivos, que llegarán claramente á conocer que la virtud es la sola base de la felicidad pública y particular, al paso que el vicio va destruyendo cada dia el bienestar de las naciones, de las familias y los individuos. Estas son las verdades que procuraremos ampliar y mostrar mas y mas en la continuacion de esta obra, donde se hallará la aplicacion de nuestros principios á los hombres, considerados en sus diferentes estados.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

SECCION TERCERA.

DEL MAL MORAL, DE LOS CRÍMENES, VICIOS Y DEFECTOS DE LOS HOMBRES.

LA
MORAL UNIVERSAL
Ò
LOS DEBERES DEL HOMBRE

FUNDADOS EN SU NATURALEZA.

POR EL BARON DE HOLBACH.

Aumentada con el interesante discurso que publicó este célebre escritor sobre el origen y estado de las preocupaciones.

TRADUCIDO

POR EL LITERATO D. J. J. DE MORA.



TOMO II.

MADRID,
Oficina del Establecimiento Central.
1840.

LA MORAL UNIVERSAL.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS, DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS, ETC., O DEBERES DE LA VIDA PUBLICA, Y DE LOS DIFERENTES ESTADOS.

CAPITULO PRIMERO.

DEL DERECHO DE GENTES Ó DE LA MORAL DE LAS NACIONES, Y DE SUS DEBERES RECIPROCOS.

Hasta aquí hemos procurado establecer los principios de la moral sobre la naturaleza del hombre: analizando y definiendo las virtudes y los vicios, hemos dado á conocer las ventajas inapreciables de las unas, y las consecuencias deplorables de los otros; por medio de este exámen hemos manifestado los motivos naturales mas poderosos para escitar á los hombres al bien, y retraerlos del mal, motivos que se fundan sobre sus propios intereses. En fin, hemos indagado la naturaleza y el fin de la vida social, y los deberes que esta impone. Apliquemos ahora los hechos, ó las esperiencias morales que hemos recogido, á las diferentes sociedades de la tierra. Consideremos los deberes del hombre en sus varios estados, ó bajo las varias relaciones que puede tener con las criaturas de su especie, comenzando por el

exámen de los deberes recíprocos de las naciones, que han repartido entre sí las diferentes partes de nuestro globo.

El género humano entero forma una vasta sociedad, de la cual son miembros las diversas naciones que ocupan la superficie de la tierra, alumbrados y fomentados sus individuos por un mismo sol, rodeados de las aguas del mismo Océano, formados de una misma manera, y animados de un mismo deseo de conservarse, de conseguir su bienestar, y de alejar de sí el dolor. La naturaleza ha hecho semejantes en esto á todos los ciudadanos del mundo; de donde se infiere que la conformidad de su esencia los atrae y los reune, establece relaciones entre ellos, hace que todos obren del mismo modo, y que sus acciones tengan una influencia necesaria sobre su existencia, y sobre su felicidad ó infelicidad recíprocas.

De estos principios incontestables se concluye evidentemente, que los pueblos estan ligados entre sí por los mismos vínculos y con los mismos intereses, que cada hombre en una nacion ó sociedad particular está ligado á cada uno de sus conciudadanos: por consecuencia, cada nacion debe observar para con las otras naciones los mismos deberes y reglas que la vida social prescribe á cada individuo para con los miembros de una sociedad particular. Una nacion está obligada, por su propio interés, á practicar las mismas virtudes que todo hombre debe mostrar á su semejante, aunque sea estrangero ó desconocido. Un pueblo debe ser justo con los otros, es decir, está obligado á respetar sus derechos, sus posesiones, su libertad y su bienestar, por la misma razon que todo pueblo quiere que estas cosas que disfruta sean respetadas. Si, como suficientemente se ha probado, la justicia es el origen y manantial comun de todas las virtudes sociales, se sigue necesariamente que esta prescribe á cada pueblo que preste á los otros pueblos los socorros de la humanidad, y que les muestre benevolencia y compasion en sus calamidades, proteccion en su flaqueza y debilidad, y sinceridad, buena fé y fidelidad en las convenciones recíprocas ó tratados. Se sigue ademas de los mismos principios que, para mantener la union y la paz, tan útiles á la mútua felicidad de las naciones, un pueblo, en fuerza de estas ventajas, debe mostrarse generoso con los otros pueblos, debe sacrificar alguna parte de sus derechos en obsequio de la concordia y de la gloria, y debe, en fin, no faltar á los respetos y consideraciones que los ciudadanos del mundo tienen derecho á exigir los unos de los otros.

Los pueblos limítrofes se deben ciertamente la asistencia y los buenos oficios, que se deben recíprocamente los vecinos de una misma ciudad. Los pueblos aliados, esto es, unidos mas íntimamente por sus comunes intereses, son amigos, y deben por lo tanto observar los deberes siempre sagrados de la amistad. Las naciones distantes entre sí se deben, por lo menos, recíprocamente justicia y humanidad, las cuales no deben ser desconocidas de ningun habitante de la tierra. Las naciones que estan en guerra deben, por

su interés mismo, limitar su odio, su cólera y sus venganzas por la equidad, por la justa defensa propia, por la humanidad y por la piedad, tan poderosas para recobrar sus derechos de los hombres racionales, y para enternecerlos sobre la suerte de los desgraciados.

Estos son evidentemente los deberes que la naturaleza impone así á las naciones como á todos los hombres. Estos son los principios del *derecho de gentes*, el cual, en el fondo, no es mas que *la moral de los pueblos*. Por no prestar la debida atencion á unas verdades tan claras, se ha creido que la moral destinada á ser la regla de las acciones de los particulares, no hablaba con los pueblos, ó con los gefes que los representan. Se ha pretendido que los soberanos y los estados se hallaban siempre en el *estado de naturaleza*, opuesto constantemente al estado de sociedad. Mas semejante estado de naturaleza es visiblemente una quimera, una pura abstraccion. Siempre hubo una familia, la cual, multiplicándose, produjo muchas familias ó sociedades, de las que nacieron las naciones que eligieron sus soberanos. Jamás, como se ha probado, el hombre estuvo solo ó aislado en la tierra. Luego que hubo muchas familias, sociedades ó naciones, establecieron entre sí relaciones mas ó menos íntimas, en razon de su situacion y de sus necesidades recíprocas; y estas relaciones ó necesidades producen los deberes, cuya reunion ó suma es el objeto de la moral.

Ademas de esto, si la moral debe fundarse en la naturaleza del hombre debe convenir al hombre en su estado de naturaleza, y por consiguiente es la regla de la conducta de las naciones, aun en el estado mismo de naturaleza, en el que se supone que han quedado. Asi qué, por cualquier aspecto que se considere á los hombres, bien sea dispersos ó reunidos en grandes ó pequeñas masas, estan siempre bajo el imperio de la moral; las mismas reglas comprenden á todos; á los mismos deberes se hallan sujetos; y todos estan obligados á conformarse á estas reglas y deberes, so pena de incurrir tarde ó temprano en los castigos impuestos por la naturaleza misma de las cosas á la violacion de sus leyes.

Los hombres, separados ó en cuerpo, en todos tiempos y en todo lugar son unos mismos. Las naciones son capaces de las mismas pasiones, y atormentadas de los mismos vicios que los individuos, pues que ellas no son mas en efecto que las agregaciones de estos mismos. Las costumbres nacionales, los usos buenos ó malos, las opiniones verdaderas ó falsas, no son mas que los resultados de la ignorancia, ó de la razon mas ó menos cultivada del mayor número de los individuos que componen el cuerpo político. Un pueblo no es guerrero sino porque las pasiones del mayor número se han convertido hácia la guerra: un pueblo es altivo y orgulloso porque todos los ciudadanos se ensoberbecen con la prosperidad, la buena suerte, las riquezas, etc. Un pueblo es comerciante porque los deseos de todos, ó de un gran número de sus ciudadanos,

se dirigen á los metales y bienes que proporciona el comercio. Un pueblo, en fin, es injusto, inhumano y sanguinario porque los hombres que le componen están criados y nutridos con principios insociables.

Los legisladores y los gefes de los pueblos son los que regularmente fomentan en ellos las pasiones, los gustos, los vicios, las preocupaciones y las locuras que los atormentan. El bandido Rómulo reunió bandidos y asesinos de todas partes: estos formaron, para desgracia de la tierra, una raza de bandidos ó guerreros que no conocieron otra virtud, otro honor, ni otra gloria que el oprimir ó vencer á todos los pueblos del mundo. El ambicioso Mahoma formó una tropa de árabes, de furiosos y frenéticos, los cuales se tomaron por principio de religion el conquistar, y el difundir los delirios del Alcoran.

La gloria atribuida en casi todos los paises á las conquistas, á la guerra, al brio y al valor, es un resto visible de las costumbres salvages, que subsistian entre todas las naciones antes de su cultura: aun en el dia de hoy no hay pueblos que se hallen del todo desengañados de esta preocupacion tan fatal al reposo del universo. Las mismas sociedades, que deberian conocer mejor las ventajas de la paz, admiran las grandes hazañas, conciben la mas noble idea de la guerra, y no sienten todo el horror que se merecen las injusticias y los crímenes que lleva tras de sí.

¿Qué es, en verdad, la guerra (fuera del caso de una justa y necesaria defensa) sino la violacion mas cruel de los derechos sacrosantos de la justicia y de la humanidad? Si un asesino, un ladron, un salteador de caminos, son unos hombres detestables, ¿qué indignacion no debiera escitar en todos los corazones un pueblo conquistador que por satisfacer su ambicion, por aumentar sus dominios, por saciar su venganza y su rabia, y algunas veces por contentar los caprichos de su vanidad, condena á perecer á millares de hombres, inunda los campos de sangre, reduce los pueblos á cenizas, arruina en un momento las esperanzas del labrador, y elevado insolentemente sobre las ruinas de las naciones y de los tronos, hace alarde de sus crímenes, y se vanagloría de los males sin número que ha hecho sufrir al género humano? *En tiempo de guerra*, dice Thucydides, *despierta la avaricia, la justicia es hollada, reinan la fuerza y la violencia, la disolucion toma un libre vuelo, el poder pasa á manos de los mas perversos de los hombres, los buenos se ven oprimidos, la inocencia arruinada, ultrajadas las matronas y las vírgenes, las comarcas destruidas, los templos asolados, violados los sepulcros..... En fin, el hambre y la peste acompañan siempre á la guerra.*

Estos son los objetos que sirven de recreo y entretenimiento á los pueblos furiosos, guiados por unos gefes injustos y crueles. Si alguna cosa hace al hombre inferior á las fieras, es sin duda la guerra. Los leones y los tigres combaten solo para satisfacer el hambre que los agita: el hombre es el

único animal que, con intencion determinada, corre á la destruccion de sus semejantes, y hace alarde de su esterminio. Durante la dilatada permanencia de la república romana, será quizá muy dificil el hallar una sola guerra justa y legítima; si el romano bárbaro y feroz se vió atacado por otros pueblos, fue por lo comun para castigarle por alguna empresa injusta, ó por algun atentado á que el primero dió causa.

Mas la naturaleza cuida de castigar tarde ó temprano á los pueblos odiosos y aborrecibles, que se declaran enemigos del género humano: forzados á comprar sus conquistas y sus victorias á precio de su misma sangre, ellos mismos se debilitan; las riquezas acumuladas por la guerra los corrompen ó los dividen. Las guerras civiles vengan á las naciones oprimidas; el pueblo enemigo de todos los pueblos es acometido por todas partes; su imperio viene á ser la presa de cien naciones bárbaras, cuya cólera habian provocado sus victorias. Tal fué la suerte de Roma, la cual, despues de haber despojado, destruido, y desolado al mundo conocido, vino á ser por último la presa de los godos, visigodos, hérulos, lombardos, etc.

A mas de esto, un pueblo continuamente sobre las armas no puede gozar por largo tiempo, ni de un buen gobierno, ni de una felicidad verdadera y permanente. La guerra trae siempre consigo la licencia: las leyes callan durante el ruido de las armas; los soldados bárbaros é insolentes creen que estas no han sido hechas para ellos: los gefes se dividen, se combaten y se hacen dueños del estado enflaquecido con sus terribles convulsiones: el vencedor, creyendo asegurar su conquista, se convierte en un tirano: así el despotismo acaba arruinando hasta sus fundamentos la felicidad pública; así aniquila de un golpe la justicia, la libertad y las leyes. ¡Este es regularmente el escollo en que dan las naciones embriagadas con la vanidad de las conquistas! ¡De este modo, con sus injustas guerras, los grandes pueblos de la tierra no han tenido otra gloria que la fatal de arruinarse sucesivamente los unos á los otros!

Un pueblo siempre en guerra no puede ser libre, ni bien gobernado. *Marte*, dice el poeta Timoteo, *es el tirano, y la justicia la señora del mundo.* Un pueblo siempre armado es un furioso, que tarde ó temprano convierte su rabia contra sí mismo. No hay nacion que no tenga el mayor interés en el mantenimiento del órden, de la justicia y de la paz. Las guerras frecuentes son incompatibles con la poblacion, la agricultura, el tráfico, la industria y las artes útiles, las cuales pueden solamente hacer los estados afortunados y dichosos. La guerra, por los dispendios que exige, oprime y desalienta al ciudadano laborioso, entorpece su actividad, pone trabas al comercio, despuebla los campos, y arruina regularmente un reino, por conquistar una fortaleza ó una provincia, antes desoladas que poseidas. *Mas deseo*, decia Marco Aurelio, *conservar un solo ciudadano, que destruir mil enemigos.* La economía de la

sangre humana es la primera de las virtudes que debiera enseñarse á los soberanos, ó hacerse que la practicáran.

Si consultamos los anales del mundo, veremos que la guerra fue siempre el principio de la ruina de los imperios mas formidables, y que al parecer podian gloriarse de la mas larga duracion. Los vastos estados no producen á los que injustamente se han engrandecido, sino la funesta ventaja de tener contínuamente que combatir nuevos enemigos, siendo los primeros los vecinos alarmados por los proyectos de conquistadores ambiciosos. Ningun pais mejorará su suerte por las vastas conquistas; el mas grande estado es comunmente el peor gobernado. Con la estension de límites jamás los reyes han aumentado su poder verdadero, ni la felicidad de sus pueblos. *Las guerras largas*, dice Jenofonte, *se terminan siempre con la destruccion é infelicidad de ambos partidos*. Agesilao, en vista de la guerra del Peloponeso, tan fatal á los griegos, esclamó: *¡ó infeliz Grecia, que has hecho perecer tantos ciudadanos, como necesitabas para vencer á todos los bárbaros!*

Las naciones belicosas tienen el delirio de sacrificar lo que poseen á la esperanza incierta de dominar, de hacer un gran papel, y de engrandecerse. Las mas vastas monarquías que se han formado con las guerras y las victorias, se han abrumado con el peso mismo de su propia grandeza. En una palabra, bajo cualquier aspecto que la guerra sea considerada, es una calamidad aun para aquellos mismos que la hacen con los mas felices sucesos. El vencedor y el vencido entrambos quedan desolados. ¿Podrá un imperio gozar de verdadera prosperidad, cuando su ambicion es causa de que los ciudadanos giman en la miseria, ó arriesguen y pierdan sus vidas solo por estender sus límites?

Aunque los príncipes y los pueblos no han llegado todavía á detestar y proscribir enteramente la guerra, la humanidad sin embargo influye poderosamente hace algunos siglos en cuanto al modo de hacerla. Antiguamente los pueblos feroces mataban sin piedad á los vencidos que caian en sus manos, ó al menos les hacian sufrir el yugo de una esclavitud, á veces mas cruel que la misma muerte: mas hoy la voz santa de la humanidad se deja oir aun enmedio de los combates, y unas costumbres mas dulces y suaves han abolido la esclavitud, porque se ha conocido que un enemigo era un hombre, y que para adquirir el derecho de ser tratado con humanidad en los reveses de fortuna era necesario conservar y tratar humanamente á los vencidos. *Es una bestia feroz, y no un hombre*, dice Tito Livio, *el que se figura que la guerra no tiene sus reglas y medidas como la paz.*

Las injusticias de la guerra y las desgracias que la acompañan ¿no son harto terribles, para que los hombres reconozcan la necesidad de refrenar sus furores? Ellos en cierto modo oyen los gritos de la naturaleza que les dice, que es una infamia egercer su

crueldad contra un enemigo cuando ya no puede ofender y rinde las armas.

Mas humanos, en fin, justos y prudentes, los pueblos ponen término á sus guerras por medio de tratados que son unos verdaderos contratos ó unos convenios recíprocos. La equidad, la buena fé y la razon deberian concurrir para que fuesen respetables estas convenciones solemnes, en las cuales regularmente las partes contratantes ponen al cielo por testigo de sus promesas, mas los hombres sin equidad no respetan al cielo: estos tratados, por lo comun arrancados por la fuerza á la debilidad abatida, ó ganados con la astucia, son casi siempre rotos ó eludidos. Mas esto no debe sorprendernos: la violencia, el fraude y la mala fé presiden ordinariamente á los empeños y tratados entre los que desconocen la rectitud; y así la justicia se ve en la forzosa necesidad muchas veces de romper unos vínculos formados por la iniquidad. Los hombres justos, y que tratan de buena fé, son los únicos que pueden adquirir unos derechos que la justicia haga sagrados é inviolables (1).

Esta ambicion tan vana y orgullosa ¡no se avergüenza y se confunde de ocurrir cobarde y torpemente á la mentira y al fraude para llegar á sus fines! ¡El perjurio, la perfidia y la traicion les parecen unos medios lícitos y honrosos á las grandes almas de esos héroes que corren á la gloria! Lejos de nosotros semejantes ideas: los pueblos y los reyes se desacreditan y deshonran siempre que faltan á la buena fé. Los embusteros descubiertos ya no pueden engañar, y dejan sus nombres manchados á la posteridad. La mejor política para los príncipes y los pueblos, lo mismo que para los particulares, será siempre la de ser sinceros y verídicos. Mas para serlo, es necesario ser justo; la iniquidad se vió y se verá siempre obligada á seguir sendas oblícuas y tenebrosas, incompatibles con la rectitud y la sinceridad. El que forma proyectos injustos y torpes, se ve precisado á emplear el artificio, la simulacion y los recursos viles y bajos del fraude, de la mentira y de la supercheria,

Entre las pasiones que agitan á los pueblos y á los particulares, se deben contar la avaricia y la concupiscencia, causas muy frecuentes de sus pendencias y usurpaciones. Así vemos naciones arrastradas de esta vil pasion, concebir el proyecto ridículo, impracticable é injusto de estancar en sus manos el comercio esclusivo del mundo. Polibio observa con mucha razon que *en los estados marítimos y entregados al comercio, nada parece vergonzoso si es provechoso y útil*: principio destructor de las costumbres y de la probidad; principio que hace á todo ciudadano injusto ó avaro; principio,

(1) Plutarco en *la vida de Pirro*, hablando de los políticos injustos, dice: «La guerra y la paz, nombres tan respetables, son para ellos dos especies de moneda de que usan segun sus intereses, y nunca conforme á la justicia. Mas laudables son todavía cuando disfrazan y encubren con los nombres santos de justicia, de amistad y de paz, lo que en realidad no es mas que una tregua de injusticias y de crímenes.»

en fin, que hace venales todas las almas. Ademas la codicia de los pueblos siempre se castiga á sí misma, y frustra todos sus designios. Las guerras emprendidas de continuo para aumentar la masa de las riquezas nacionales, consumen las que se tienen adquiridas por obtener las que realmente son imaginarias; un pueblo avaro sacrifica incesantemente su bienestar, su reposo y su comodidad á la esperanza de enriquecerse, y se encuentra pobre y miserable cuando aspira á ser rico y opulento (1).

Por otra parte, esta misma opulencia no tarda en conducir una nacion á su ruina, porque es causa del lujo, que viene siempre acompañado de la molicie, de la disolucion y de toda clase de vicios. La codicia fué y será siempre el principio de la destruccion de los imperios. *Un estado es infeliz cuando contiene ciudadanos ó muy ricos ó muy codiciosos.* Platon se negó á dar leyes á los cireneos, porque eran demasiadamente ricos. Los arcadios y los tebanos pidieron tambien un cuerpo de leyes á este mismo filósofo, el cual quiso establecer entre ellos una mas perfecta igualdad; mas como los ricos se negasen á esto, Platon los abandonó á su mala suerte, á sus disensiones intestinas y á sus vicios. Un gobierno da las pruebas mas claras y seguras de imprudencia y de locura cuando inspira á sus súbditos una fuerte pasion á las riquezas, la cual por su naturaleza embebe prontamente en sí todas las demas pasiones, y hace que desaparezcan todas las virtudes necesarias á la sociedad.

Así que, las naciones, lo mismo que los particulares, sufren la pena de las pasiones de que se dejan arrastrar. Concluyamos, pues, que la moderacion y la templanza son tan necesarias á la conservacion y á la felicidad de los imperios como á la de los individuos: que la moral es la guia de los soberanos y de las naciones; en fin, que nunca la política puede impunemente separar sus intereses de los de la virtud, siempre útil á los hombres bajo cualquier aspecto que sean considerados.

Es preciso repetirlo: la moral es una misma para todos los habitantes del mundo; los pueblos todos están obligados á sus deberes recíprocos, y no pueden violarlos sin perjudicarse á sí mismos. La política esterior, para ser recta y sana, debe ser la moral aplicada á la conducta de las naciones; «la política, dice muy bien el sábio »traductor de Plutarco, solo es digna »de alabanza, cuando es empleada por »la justicia para obtener un fin ho»nesto y laudable.

(1) Hé aquí la pintura alegórica que un escritor moderno hace de la política del dia. «Un coloso sin proporciones algunas en su enorme estatura; su disforme cabeza se eleva orgullosa y soberbia sobre un cuerpo estenuado y enjuto... sus pies se apoyan sobre los dos mundos: en su mano derecha tiene una espada, y en la izquierda la pluma calculadora de los tributos y la balanza del comercio: impetuosa y sensible, un soplo la agita y la pone en convulsion: todas las partes de la tierra se estremecen á sus menores movimientos; sin embargo, fria en su furor, y metódica en sus violencias, calcula sobre la guerra, valúa los hombres con el dinero, y pesa la sangre con las mercadurías.» Discours sur les moeurs, par M. Servan.

Si los pueblos y sus gefes diesen oidos atentos á la razon, esta les ordena que sean justos, que gocen, y dejen gozar á los otros del suelo y de las ventajas que el destino les ha concedido, que renuncien para siempre á esas conquistas criminales, que atraen á los conquistadores el odio del género humano; que maldigan y detesten esas guerras, que reunen en sí á la vez todos los azotes y castigos con que los hombres se oprimen y se hacen infelices; que no recurran al menos á estos medios terribles, sino cuando son indispensable y forzosamente necesarios á su conservacion, á su seguridad y á su felicidad verdadera; que giman y lloren esas victorias sangrientas, compradas con las vidas, las riquezas y el bienestar de la patria; que reunan sus fuerzas para reprimir los proyectos insidiosos de los pueblos turbulentos ó de los soberanos ambiciosos, que fijan su gloria en turbar la tranquilidad de los otros; que amen la paz, sin la cual ningun estado puede llegar á verse floreciente y dichoso; que sacrifiquen de todo corazon en obsequio de este bien tan apetecible todos los frívolos intereses, indignos siempre de ser comparados con él; que obren con franqueza y respeten la buena fé, la cual sola puede producir y mantener la confianza; que renuncien á los efugios y rodeos de una política tortuosa, igualmente perjudicial y deshonrosa á los soberanos que á los pueblos, y que solo sirve comunmente para eternizar sus sangrientas contiendas; que sofoquen y estingan para siempre esos odios nacionales tan contrarios á los derechos santos de la humanidad, y á la benevolencia universal que deben mostrarse los de una misma especie; que contengan dentro de justos límites el amor de la patria, el cual se convierte en un atentado contra el género humano cuando es injusto y cruel; que cultive y fomente cada pueblo las costumbres, la agricultura y las artes útiles y agradables; que entre sí hagan florecer un comercio justo, equitativo y mútuamente ventajoso; que se abstengan de una codicia inquieta sin límites, y sobre todo que se preserven de los efectos destructores del lujo, el cual aniquila constantemente el amor del bien público y de la virtud, para ensalzar sobre sus ruinas los vicios, la venalidad, la injusticia, el robo, la disolucion, la indiferencia por la felicidad general; en una palabra, las disposiciones mas contrarias al bien de la sociedad.

Estas son, en pocas palabras, las verdades y preceptos que la moral enseña á todas las naciones de la tierra. Estos son los principios de la verdadera política, la cual no es otra cosa que el arte de hacer felices á los hombres. Estos principios son conocidos y adoptados por todos los príncipes instruidos, cuyos verdaderos intereses, gloria y seguridad estan inseparablemente unidos al bienestar y á las virtudes de los pueblos.

Se nos habla sin cesar *de la gloria de las naciones, del honor de las coronas*; esta gloria solo puede consistir en un gobierno que haga dichosos á los pueblos; consiste únicamente en la felicidad pública; este honor consiste

tambien solamente en merecer la estimacion de las otras naciones.

Los pueblos se deshonran y se hacen culpables á los ojos de los otros pueblos con los mismos crímenes y las mismas acciones que hacen odiosos y despreciables á los individuos. Los atentados, las perfidias y las iniquidades de los soberanos recaen siempre sobre las naciones, que son miradas como cómplices de los escesos que ni contradicen ni reclaman. Hé aquí cómo los pueblos enteros adquieren muchas veces la reputacion de turbulentos, inhumanos, engañadores y sin fé: y cómo pierden la confianza y se atraen la indignacion, el odio y el furor de las otras sociedades. Un gobierno que falta á sus empeños, y que viola sus promesas hácia sus súbditos ó con los estrangeros, en nada se diferencia de un fallido fraudulento que arruina á sus acreedores; él destruye su crédito, se priva de todo recurso, autoriza el fraude y la mala fé de sus súbditos, suscita sospechas entre ellos y los hace despreciables á los ojos de todos los pueblos del mundo. De los soberanos depende la buena ó mala reputacion de las naciones, las cuales debieran ser infinitamente celosas de su honra y de su verdadera gloria, como interesados fuertemente en ellas todos los ciudadanos. Los pueblos, como los particulares, hacen consistir su grandeza y su gloria en poder hacer daño, en dar la ley á los otros, en acumular una gran masa de riquezas, en ser injustos impunemente; en una palabra, el orgullo nacional consiste en una necia vanidad, cuando debiera consistir en la equidad, en la probidad y en un gobierno sabio que produgese la felicidad y la justa libertad, sin las cuales un pueblo no tiene razon alguna para ensoberbecerse ó para creerse superior á los otros (1).

Los hombres aprueban sin examen y por hábito, ó procuran imitar lo que desde su infancia han oido celebrar ó encarecer; este es el origen ordinario de las preocupaciones nacionales de que el vulgo está imbuido, y de que aun las personas mas ilustradas con dificultad se desprenden enteramente. Nada mas á propósito para corromper el entendimiento y el alma de los príncipes y de los pueblos que la veneracion mal reflexionada que se inpira comunmente á la juventud para con los grandes hombres, los guerreros, los conquistadores de la antigüedad, que las mas veces desconocieron todos los principios de la moral. Los ayos y preceptores imprudentes siempre hablan con énfasis de griegos y de romanos, presentándolos como modelos de sabiduría, de virtud y de política. Desde la mas tierna edad se aprende á reverenciar como virtudes el valor ardiente, la bárbara ferocidad, los atentados felices, así de los héroes fabulosos celebrados por los poetas, como de los grandes capitanes que sojuzgaron las naciones é hicieron á las suyas famosas. Se representa como hombres divinos y raros á los lacedemonios feroces,

(1) Habiendo oido Agesilao dar al rey de Persia el nombre de *gran rey*, esclamó diciendo: ¡ Ah! ¿cómo será él mas grande que yo, no siendo mas justo y mas virtuoso?
Plutarco, *Dichos notables de los lacedemonios.*

injustos y sanguinarios; à los atenienses, frecuentemente cubiertos de horrorosos crímenes; y sobre todo á los romanos, siempre prontos á violar los mas santos derechos de la humánidad, y á sacrificar todos los habitantes de la tierra á la insaciable patria, que les prescribia y ensalzaba los mas horrendos delitos.

Por estas instrucciones y documentos tan fatales, los hombres se acostumbran á respetar la violencia, la injusticia y el fraude, con tal que sean útiles á su pais; los soberanos se creen grandes cuando ellos son bastante fuertes para cometer grandes crímenes á la faz del universo; los pueblos se figuran cubiertos de gloria cuando han sido los instrumentos viles de las iniquidades de sus gefes, los cuales bien pronto se hacen sus tiranos. Segun estas ideas, apenas se halla quien no admire y justifique al furioso macedonio, cuya cruel temeridad trastornó el trono de los persas; son reverenciados los Emilios; se llena uno de admiracion al solo nombre del destructor de Cartago; son aplaudidos en un César el talento y los trabajos con que, despues de haber inundado de sangre las Gaulas, se puso en estado de encadenar á sus conciudadanos.

De este modo en los soberanos y en los súbditos se perpetúan la ambicion, la manía de hacer un gran papel, el furor de hacer temblar à sus vecinos, y la locura de las conquistas. Los ejemplos de tantos pretendidos héroes producen, de siglo en siglo, insensatos y perversos que comunican su delirio y frenesí á sus imprudentes pueblos, y que, seguros de los aplausos, se hacen famosos con los delitos que se llaman *hazañas*; alentados con los elogios de los poetas y de un vulgo imbécil, los príncipes se creen poderosos por haber hecho mucho mal al género humano; y los pueblos se imaginan apreciables cuando han tenido el honor de apoyar con valor sus infames proyectos. La grandeza, en la opinion de los mas de los hombres, consiste en la funesta ventaja de hacer un sin número de infelices y desgraciados.

Lejos de ofrecernos por modelos á los pueblos que han destruido y asolado la tierra, la historia deberia hacernos ver que las naciones injustas han trabajado en forjarse ellas mismas sus prisiones; que las conquistas hacen tiranos, y que jamás han hecho afortunado pueblo alguno. Las leyes sabias, apoyadas en la voluntad constante de las naciones, debieran atar las manos para siempre á los potentados fogosos y violentos que, incapaces de ocuparse en el bienestar de sus propios súbditos, solo tratan de hacer sentir sus golpes á los pueblos vecinos. Un pueblo para ser grande y respetable, debe ser feliz: ni sus ejércitos, ni sus riquezas, ni la estension de sus provincias le producirán una verdadera felicidad, efecto solamente de sus virtudes. Una nacion será poderosa y respetada si se compone de ciudadanos sometidos á gefes virtuosos. Una nacion guerrera, turbulenta, atrevidamente codiciosa del bien de las otras se hace objeto del odio universal, y tarde ó temprano viene á ser abatida y sojuzgada por los enemigos cuya venganza ha provocado.

CAPITULO II.

DEBERES DE LOS SOBERANOS.

Gobernar á los hombres, es tener derecho de usar y emplear las fuerzas que la sociedad ha puesto en las manos de una ó de muchas personas, para obligar á todos sus miembros á que se conformen con los deberes de la moral. Estos deberes, como hemos probado antes, estan contenidos en el pacto social, por el cual cada uno de los asociados se obliga á ser justo, á respetar los derechos de los otros, á prestarles los socorros que pueda, y á concurrir con todas sus fuerzas á la conservacion del cuerpo social, bajo la condicion de que, en cambio de su obediencia y fidelidad, la sociedad protegerá su persona y los bienes legítimamente adquiridos con su trabajo é industria.

Segun los principios establecidos en esta obra, es evidente que este pacto encierra todos los deberes de la moral; pues que obliga á todo ciudadano á conformarse con las reglas de la equidad, que es la base de todas las virtudes sociales, y á que se abstenga de todos los delitos ó vicios, que son, como hemos visto, violaciones mas ó menos patentes de este contrato, que comprende y liga á todos los miembros de la sociedad.

Mas como las pasiones de los hombres les hacen perder de vista sus obligaciones y promesas, ó como su ligereza les hace frecuentemente olvidar el que su propia felicidad está unida con la de sus demas asociados, fué menester en cada sociedad una fuerza siempre subsistente, que velase sobre los miembros del cuerpo político, y fuese capaz de hacerles cumplir de contínuo los deberes que pudiesen descuidar. Esta fuerza se llama *gobierno*, que podemos definir la fuerza ó poder de la sociedad, destinado á obligar á sus miembros á cumplir las promesas y obligaciones del pacto social. Por medio de las leyes el gobierno espresa la voluntad general, y prescribe á los ciudadanos las reglas que deben seguir para la conservacion, tranquilidad y armonía social.

La autoridad del gobierno es justa, puesto que tiene por objeto el procurar á todos los miembros de la sociedad las ventajas que sus deseos inconsiderados, sus intereses discordantes y mal entendidos, su inesperiencia y su debilidad les impedirian obtener por sí mismos. Si todos los hombres fuesen ilustrados ó racionales, no tendrian necesidad de ser gobernados; mas como ignoran ó desconocen al parecer, tanto el fin que deben proponerse como los medios de llegar á él, es menester que el gobierno, presentándoles la razon pública espresada en la ley, los ponga y conduzca en el camino, del que ellos podrian descarriarse por sí solos. *El magistrado*, dice Ciceron, *es una ley que habla*,

Con arreglo á sus diversas circunstancias y necesidades, las naciones han dado diferentes formas á sus gobiernos; las unas han puesto la autoridad pública en manos de un solo hombre, y este gobierno se llama *monárquico*; otras han depositado el poder de la sociedad en manos de un número mayor ó menor de ciudadanos distinguidos por sus virtudes, sus talentos, sus riquezas y su nacimiento, y este gobierno es *aristocrático*: otras han conservado la autoridad toda entera; entonces el pueblo se gobierna á sí mismo, ó por magistrados de su eleccion; este gobierno ha sido llamado *democrático*. Otras naciones han hecho una mezcla de estos diferentes modos de gobernar, creyendo ser mas ventajoso el combinar juntas las tres formas de gobierno de que acabamos de hallar; esta mezcla produce el que se llama gobierno *misto*. Gobierno *absoluto* es aquel en que la nacion no ha limitado los derechos por convenciones espresas; y *limitado*, aquel cuya autoridad está restringida por reglas espresas, impuestas por la nacion á los que gobiernan. Los depositarios de la autoridad social se llaman *soberanos*, cualquiera que sea la forma de gobierno adoptada por una sociedad.

Los políticos han disputado larga é inútilmente sobre cuál era la mejor forma de gobierno, es decir, la mas conforme al bien de las sociedades y á la felicidad de las naciones. Mas el fin ú objeto de todo gobierno es siempre uno mismo, la conservacion y el mayor bien de la sociedad gobernada: sus derechos son siempre los mismos, cualquiera que sea la forma que se le diere, puesto que la equidad sola puede conferir unos derechos reales y valederos. Su autoridad, háyanle sido ó no puestos límites, está siempre atemperada ó limitada igualmente por las ventajas que debe procurar á la sociedad sobre quien se egerce: una autoridad egercida sin provecho de la sociedad ó contraria á sus intereses ó á su voluntad, cambiaria de naturaleza, y solo sería una usurpacion manifiesta, una verdadera tiranía, á la cual la sociedad solamente podria estar sometida por la violencia, que nunca da ni constituye derecho alguno.

Todas las formas de gobierno son buenas, cuando son conformes á la equidad. Todo soberano egerce una autoridad legítima siempre que, conformándose con el objeto invariable de la sociedad, observa religiosamente y hace observar á todos los ciudadanos sin distincion, las promesas del pacto social, del cual es el guardian y depositario. El soberano absoluto puede hacer todo lo que quiera; mas no debe querer sino aquello que sea conforme al bien de la sociedad, cuya salud es la ley primitiva y fundamental que la naturaleza impone á todos los que gobiernan á los hombres. *Un buen gobierno*, dice Plutarco, *es aquel donde los buenos mandan, y los malvados no tienen autoridad alguna*.

Júpiter mismo, dice en otra parte este filósofo, *no puede gobernar bien sin justicia*. Sin embargo se ha disputado mucho, y se disputa aun, sobre si el soberano absoluto debe estar sujeto á las leyes; si está ligado por los empe-

ños y promesas del pacto social, que ligan y comprenden á todos los miembros del cuerpo político. ¿Mas cómo unos entes racionales han podido disputar con seriedad sobre si el soberano, cuyo único destino es mantener la justicia, conservar los derechos de todos y de cada uno, y velar incesantemente por el bien público, está obligado á ser justo y á cumplir unas condiciones que aun cuando no hayan sido espresadas, se encierran y contienen en el poder y la autoridad que él egerce en la sociedad? ¿Ha podido dudarse de buena fé que un soberano, el gefe de una nacion, ligado al cuerpo político, del cual es la cabeza, pudiera separarse del tronco y de sus miembros, y que no se resienta de los males que sufren estos? ¿Se puede reducir á problema si los hombres reunidos por sus mútuas necesidades para gozar con seguridad de las ventajas de la vida social, para ser defendidos contra las pasiones de sus semejantes, han podido jamás conceder á sus gefes el derecho de que destruyan y aniquilen por sí solos aquellos mismos bienes, por cuya conservacion viven en sociedad? En fin, las naciones ¿han podido, á no estar locas, conferir á los que han hecho depositarios de sus derechos, el de hacerlas constantemente desgraciadas? *La jurisdiccion*, dice Montagne, *no se da en favor del juez, sino en favor del juzgado* (1).

Bajo cualquier aspecto, pues, que la autoridad soberana sea considerada, está siempre sometida á las leyes inmutables de la equidad; y destinada á mantenerlas, no puede violarlas sin degenerar en tiranía: las leyes que prescriba, deben ser justas y conformes á la naturaleza del hombre en sociedad; las leyes positivas nunca pueden ser contrarias á las leyes de la naturaleza sino estas mismas leyes naturales aplicadas á los intereses particulares de los pueblos que han de regir; ellas, en suma, no pueden en ningun caso atentar contra la felici-

(1) *Essais de Montagne, lib.* 3. *cap.* 6. «Los que elevan la autoridad de los soberanos hasta decir que estos no tienen otro juez que á Dios, por mas que se empeñen, muéstrenme si ha habido nunca nacion alguna que, á sabiendas y no por el temor ó la fuerza, se haya olvidado de sí misma al estremo de someterse á la voluntad de algun soberano, sin la condicion espresa ó tácitamente entendida de ser gobernada con justicia y equidad..... Aun cuando un pueblo á sabiendas y de su entera voluntad consintiese en una cosa que de suyo es manifiestamente irreligiosa y contra el derecho natural, semejante obligacion nunca puede ser válida... Sería ciertamente una cosa la mas inicua el no conceder á una nacion entera lo que la equidad otorga á las personas particulares, como á los menores de edad, á las mugeres, á los dementes, á los que han sido engañados en mas de la mitad del justo precio, sobre todo si aparece la mala fé de la persona con quien estas han contratado..... Los pueblos ¿son acaso esclavos? y aun conforme el derecho romano, el esclavo á quien, hallándose enfermo, no se le proveia de lo necesario por su señor, se le tenia por manumitido..... Lo que alegan de que un rey no está sujeto á las leyes, no puede ni debe entenderse con la generalidad que vociferan los aduladores de los reyes y los enemigos de las naciones... Debe, pues, concluirse, que los reyes ó no son hombres, ó estan sujetos y obligados á las leyes divinas y humanas ó naturales.» Véase un libro intitulado *Du droit des Magistrats sur les sujets*, publicado en 1550.

dad pública que se proponen asegurar y defender. De aquí proceden con evidencia todos los deberes de los soberanos.

En el capítulo precedente hemos visto los deberes de los pueblos y de sus gefes para con los otros pueblos; ahora vamos á dar una rápida ojeada sobre los deberes de estos gefes para con las naciones que gobiernan; en cuyo exámen todo nos probará que la moral prescribe á los príncipes las mismas reglas y los mismos deberes que á los miembros mas oscuros de la sociedad, sin que la autoridad suprema haga mas que estender estos indispensables deberes á un mayor número de objetos. Si cada ciudadano dentro de su corta esfera está obligado por su propio interés, á ser virtuoso, el soberano está obligado en la dilatada esfera que le rodea, á desplegar con mayor energía las virtudes de su estado: sus acciones influyen no solamente sobre su nacion, sino tambien sobre los otros pueblos de la tierra; los delitos y vicios del particular tienen unas consecuencias limitadas, en vez de que los vicios y defectos de los principes producen la infelicidad de las generaciones presentes y futuras. Las malas leyes, las resoluciones imprudentes, los procedimientos precipitados, son comunmente causa de males y desgracias que se trasmiten á la posteridad mas remota.

La virtud, dice Confucio, *debe ser comun al labrador y al monarca.* La virtud primera y fundamental del soberano, como de todo ciudadano, debe ser la justicia; esta basta para mostrarle todos sus deberes, y para descubrirle el camino que debe seguir. La justicia de los reyes no se diferencia de la del ciudadano sino en su mayor estension. El soberano tiene relaciones no solo con su propio pueblo, sino tambien con los otros pueblos de la tierra. Su ambicion, regulada por la justicia, se ve satisfecha ejerciendo su poder sobre unos súbditos felices; no trabaja ni se afana por apoderarse de las provincias ó territorios de los otros porque halla que es bastante grande cuando reina sobre una nacion que le ama y le respeta. El monarca humano y justo se estremece al solo nombre de la guerra, porque aun acompañada de la victoria, ella siempre arruina y despuebla un estado. Es fiel á sus tratados, porque la equidad y la buena fé le harán superior á los políticos engañadores, enemigos constantes del universo entero. El buen príncipe es pacífico, porque en el seno de la paz puede trabajar libremente en la felicidad de sus ciudadanos.

En el seno de la tranquilidad, un soberano verdaderamente grande puede mostrar su sabiduría, sus talentos y su ingenio: semejante al astro del dia, cuyos rayos iluminan y fecundan todo el globo, el príncipe justo vivifica todos los cuerpos, las familias y los individuos de la sociedad, y mantiene con firmeza la justicia y la igualdad en todos los súbditos. La acepcion, el favor, la amistad, la piedad misma no le impiden en manera alguna sostener invariablemente las reglas de la equidad, que hace iguales al fuerte y al débil, al gran-

de y al pequeño, al rico y al pobre. La beneficencia y la sensibilidad del príncipe no se atienen á solos los individuos, sino que abrazan el estado y el pueblo todo entero; su piedad se enternece, no de las quejas y llantos de la codicia que le rodea, sino de la miseria mas cierta y segura de la multitud que no vé, y de las lágrimas de los infelices que comunmente se procura no lleguen á su noticia. Una justicia permanente è inmoble constituye la beneficencia y la piedad de un monarca, á cuyos ojos su pueblo está siempre presente. Él se halla muy seguro de que los ricos y los grandes se abrirán camino para llegar á los pies del trono; mas teme no lleguen á sus oidos los gritos del inocente y del pobre. Los derechos, la libertad, los bienes y los intereses de todos le son mas respetables que las pretensiones y súplicas de los cortesanos que le rodean. A ninguno concede el funesto derecho de oprimir, porque sabe que no podria sin injusticia atribuírsele á sí propio... Sabe que es el defensor, y no el dueño de los bienes de sus súbditos... Sabe que un impuesto ó tributo es un robo, cuando no tiene por objeto la conservacion del estado.... Sabe que una ley ó un edicto no harian nunca legítima una violacion manifesta de los derechos del ciudadano... Reconoce que los tesoros del estado son y pertenecen al estado, y que no pueden, sin prevaricacion, ser consagrados á sus propios placeres... Sabe que aun su tiempo mismo no es suyo, sino que pertenece á su pueblo, á quien debe todos sus afanes y desvelos; él condenaria en sí mismo como delitos, una vida muelle, indolente y disipada, y los recreos y diversiones ruinosos para su pais... Sabe que la vida de un soberano es molesta y laboriosa, y que no debe ser únicamente destinada á los placeres... Se abstiene sobre todo de aquellos que corromperian evidentemente las costumbres de su pueblo, porque sabe que un pueblo sin costumbres no puede ser bien gobernado... Sabe, en fin, que él es responsable de la conducta de aquellos sobre quienes descarga los pormenores ó partes de la administracion; que sus crímenes se harian suyos, y que él mismo padeceria por su negligencia. Destruye y aniquila esos privilegios injustos que hacen á los privados superiores á las leyes, y les permiten emplear su crédito y su fuerza en arruinar la inocencia. Él no cree que todo su pueblo es injusto y falto de razon, cuando se queja de las opresiones de un visir. Su favor desaparece luego que se trata de la justicia, ó antes bien su favor y sus beneficios son guiados por esta misma justicia, la cual le muestra á los ciudadanos mas útiles, mas virtuosos y mas aventajados en mérito, como los dignos únicamente de las recompensas, de los empleos y de las gracias. Cualquiera que osa turbar con sus crímenes la felicidad pública, sea de la clase que fuere, es abandonado á la severidad de las leyes: todo el que se deshonra con sus acciones, deja de merecer su gracia; todo el que es negligente en el cumplimiento de los deberes de su estado, es privado de su destino, el cual la equidad solo asig-

na á los que son capaces de desempeñar sus cargos dignamente. En fin un soberano inviolablemente atenido á la justicia, corrige sin dilacion el vicio, mostrándole un rostro severo y temible, y fortifica la virtud convidándola con los honores.

La moral será siempre inútil, en tanto que sus lecciones no esten apoyadas por el ejemplo y la voluntad de los soberanos. Los pueblos serán corrompidos mientras los gefes que arreglan sus destinos no conozcan el interés que tienen en ser virtuosos; con poco fruto la religion amenazará á los mortales con la cólera del cielo para retraerlos de sus vicios y de su perversidad; con poco fruto les prometerá las recompensas infalibles de la vida futura para estimularlos á la virtud; la voz poderosa de los reyes, las recompensas y los castigos de la vida presente serán siempre los medios mas eficaces para mover á los que ocupados de sus intereses actuales, solo ligera y débilmente piensan en su futura suerte. La demostrada moral puede mas bien sí convencer los espíritus de un pequeño número de gentes que piensan; mas no influirá sobre las acciones de todo un pueblo, sino cuando haya recibido la sancion de la autoridad superior.

Todo príncipe amigo de la justicia, puede fácilmente atraer á sus súbditos al cumplimiento de sus deberes, hacer que los practiquen con gusto, alentar el mérito y los talentos, y reformar las costumbres. Los hombres aprecian en tan alto grado el favor de sus señores, conciben tal temor de disgustarlos, y se afanan tanto por merecer su benevolencia, que la virtud del príncipe basta para hacer que reine en poco tiempo la virtud en su imperio, y para restablecer con ella la felicidad pública, como su inseparable compañera.

Si la conducta de un monarca sabio y justo desagrada á ciertos malvados cortesanos, á ciertos grandes orgullosos, á los hombres corrompidos que desean aprovecharse de los vicios y de las debilidades de sus amos, esta misma conducta escitará el entusiasmo de un pueblo entero, que no cesará de bendecir á un soberano cuyos beneficios esperimentará toda la sociedad. Semejante príncipe se hará el ídolo de los ciudadanos; su nombre será pronunciado con los mayores y mas dulces afectos de la ternura; cada uno de sus súbditos le mirará como á su protector y su padre, y él vivirá entre ellos como en el seno de su familia. Sus dias preciosos serán defendidos por su nacion, interesada en conservar en él la prenda de su felicidad. Agasicles, rey de Esparta, decia que *un rey no necesitaba de guardias cuando gobernaba á sus súbditos como un padre gobierna á sus hijos.* Plinio dice á Trajano que *nunca un príncipe está mas fielmente guardado que con su virtud y su inocencia.*

Un soberano bueno y bienhechor no es aquel que prodiga sin eleccion los tesoros del estado entre la tropa hambrienta de aduladores que le rodean; un príncipe clemente no es tampoco el que perdona los atentados cometidos contra su pueblo; ni un monarca be-

nigno el que derrama sus gracias entre cortesanos y privados sin mérito, sino aquel que recompensa el mérito con justicia. Un príncipe, cuando es justo, no concede gracias ó favores gratuitos; todos sus beneficios son actos de equidad, con los cuales paga los bienes y servicios hechos á su nacion, en cuyo nombre y á cuya costa distribuye las dignidades, las pensiones y los honores. Un soberano digno de amor no es un hombre fácil ni un bobo que se deja guiar ciegamente por sus privados ó ministros: un monarca respetable no es el que se distingue con una etiqueta orgullosa, con enormes dispendios, con un lujo desordenado, ó con edificios y obras suntuosas.

El soberano verdaderamente bueno es aquel que es bueno para todo su pueblo, que respeta sus derechos, y que se vale y sirve de sus tesoros con economía para escitar el mérito y los talentos necesarios á la felicidad del estado. Un príncipe clemente para con los culpados es cruel para la sociedad. Un antiguo decia que *es perder á los buenos el perdonar á los malos.* Un soberano que se deja gobernar por cortesanos aduladores, no sabe jamás la verdad y tolera el que se haga á sus súbditos desgraciados. Un monarca orgulloso, que pone la gloria solo en un vano aparato, en ruinosas prodigalidades, en una magnificencia sin límites, en costosos placeres, ó en crueles é inhumanas conquistas, es un soberano cuya pequeña alma no conoce la verdadera gloria que la virtud sola puede conceder. *Es mucho mas honroso para un príncipe*, dice Plinio á Trajano, *ser tenido en la posteridad por bueno que por dichoso.* ¿Puede tenerse por felíz y dichoso un príncipe cuando sus súbditos estan sumergidos en la miseria? Un soberano no puede ser poderoso y afortunado sino cuando funde su grandeza y su poder en la libertad y en el bien de su pueblo.

Al ver la conducta de la mayor parte de los príncipes, pudiera decirse que su estado á nada los obliga: ellos no parece que existen en el mundo sino para destruirle, esclavizarle, devorar á los pueblos, ó para vivir en contínuos placeres y recreos, sin hacer nada útil para las naciones. ¿Es por ventura reinar el abandonar las riendas del gobierno á sus favorecidos, mientras que el que debiera gobernar vive en una ociosidad ignominiosa, ó solo piensa en distraer su molesto fastidio con placeres muchas veces vergonzosos, con fiestas y funciones ruinosas, con edificios inútiles, todo á costa del sudor y las lágrimas de un pueblo afanado para saciar los vicios y la vanidad de un gefe que nada hace en su favor?

¿La necia vanidad podrá tener entrada en el corazon de un monarca? Una pasion tan vil y pequeña ¿no debiera ser desterrada de un alma verdaderamente noble? La verdadera grandeza de los reyes consiste en la felicidad de los pueblos: su verdadero poder en el cariño y aficion de estos: su verdadera riqueza en la riqueza y la actividad de sus súbditos: su verdadera magnificencia en la abundancia que ellos hagan reinar. En los corazones de las naciones es donde los príncipes deben erigir sus monumentos, mucho

mas lisongeros y dignos de admiracion que no esos soberbios edificios hechos á costa de la felicidad nacional: las pirámides de Egipto que todavia subsisten; los monumentos de Babilonia que han perecido; los palacios arruinados de los tiranos de Roma, solo traen á la memoria la locura de los que los erigieron. Montagne dice con mucha razon que "es una especie de pusila»nimidad en los monarcas, y una prue»ba de falta de atencion á los deberes »de su estado, el trabajar únicamente »en distinguirse por medio de dispen»dios enormes." *El mejor rey y mas grande*, dice Zoroastro, *es aquel que hace la tierra mas fértil.*

Los ayos y preceptores de los príncipes, en vez de mostrarles la gloria en la guerra, en las injustas conquistas, en un fausto brillante, en frívolos y escesivos dispendios, debieran habituarlos desde la infancia á combatir sus caprichos, proponiéndoles la conquista de los corazones de sus súbditos como el objeto á que deben dirigirse todos sus deseos. En lugar de hacer insensibles á los príncipes, en vez de enseñarles á menospreciar á los hombres, sus maestros debieran mover su imaginacion con la pintura poderosa de las miserias á que tantos millones de sus semejantes estan condenados para que ellos vivan en el lujo y la ostentacion. Los pueblos y sus soberanos serian mucho mas felices si en lugar de persuadir á estos á que son dioses ó criaturas de un orden superior, se les repities de contínuo que son hombres, y que sin este mismo pueblo despreciado, serian infelices y miserables. Carnéades decia que *los hijos de los príncipes nada aprendian con tanto cuidado como el arte de montar á caballo, porque en todo otro estudio cada cual les da la preferencia, en lugar de que el caballo no es tan atento y cortesano; pues lo mismo tira al suelo á un hijo de un rey como el de un villano.* El emperador Segismundo decia *que todo el mundo se abstenia de egercer un oficio que no habia aprendido, y que solo el oficio de rey, mas dificil de todos, se egercia sin saberse.* Sin embargo, el gran Ciro confesaba que á ningun hombre toca el mandar, si no es mejor que aquellos á quien manda (1). *No hagas ó presumas de príncipe*, dice Solon, *si no has aprendido á serlo. Aprende á gobernarte á tí mismo, antes de gobernar á los otros.*

La educacion de los hijos de los reyes, muy lejos de ilustrarlos y de darles un corazon sensible, solo parece que se propone sofocar en ellos las semillas de la justicia y de la humanidad: no se les habla sino de combates y conquistas: sus conversaciones no se refieren mas que á su grandeza y á la pequeñez y miseria de los demas: se les muestra á los pueblos como unos viles rebaños, de que pueden disponer á su antojo, quitarles el pellejo y devorarlos impunemente. Se les dice que ellos no deben dar oidos á sus quejas y lamentos, como importu-

(1) Plutarco, *dichos notables de los príncipes.* En otra parte dice: que *gobernar un estado y ser filósofo, es una misma cosa.* Pitaco decia que *es dificil mandar y ser hombre de bien.*

nas, molestas, y destituidas siempre de razon. Hé aquí por qué los príncipes son raras veces equitativos y sensibles. De este modo se los forma unos ídolos inaccesibles á sus súbditos, sobre quienes, sin saberlo ellos, se egercen las mas estrañas crueldades: así tambien se los hace ingratos, que niegan constantemente al mérito sus justas recompensas, prodigándolas á la bageza y la adulacion. En fin, de esta manera en el seno de los placeres, de la pompa y de las diversiones, los soberanos viven en una embriagues contínua, adormecidos en una fatal seguridad, que tarde ó temprano los pierde infaliblemente (1).

La naturaleza, siempre justa en sus castigos, no perdona á ninguno de cuantos desconocen sus leyes. Los malos príncipes hacen á sus súbditos infelices, y las infelicidades de los súbditos recaen necesariamente sobre sus injustos señores. Las provincias agotadas con guerras inútiles, solo presentan labradores desalentados con el rigor de los impuestos. El comercio desaparece á causa de las trabas que se le ponen á cada paso. Un gobierno negligente acude siempre á las violencias, y degenera en tiranía. Los caprichos del soberano se multiplican á lo infinito, porque, á falta de ocuparse en el cumplimiento de sus deberes, necesita forzosamente de placeres y diversiones contínuas: las necesidades y las demandas del príncipe crecen en la misma proporcion que su reino se agota y que sus medios se desminuyen: los impuestos se duplican á medida que los pueblos se empobrecen; en fin, es indispensable entonces recurrir á todo género de estorsiones, á la perfidia y al fraude, acabando de arruinar enteramente un estado oprimido por un gobierno delirante. Así el déspota, de cada dia mas codicioso y miserable, no conoce ya freno ni medida; y reina solamente sobre esclavos sin vigor y sin industria. La conciencia entonces atormenta al tirano sobre el trono mismo; él sabe que se ha grangeado un odio universal; de todo teme y se recela; no vé sino enemigos en cuantos le rodean; concibe el mayor temor de su pueblo, cuyo amor y ternura ha despreciado; inquieto y receloso, es cruel y feróz; en fin, la tiranía estrema produce levantamientos populares, rebeliones y motines, de quienes el tirano es la primera víctima. De la esclavitud á la desesperacion apenas hay un paso.

Un déspota es un soberano que prefiere su capricho á la justicia, y su interés personal al interés de la sociedad. Semejante soberano tiene la locura de creer que él solo compone el estado, que su nacion es nada, y que la sociedad toda entera está destinada únicamente por el cielo para servir á sus caprichos. El tirano es aquel príncipe que pone en rigorosa práctica los principios del déspota, y que, creyen-

(1) Cuando la guerra de Lúculo contra Mitridates, los generales de este monarca le ocultaron que el ejército, en que él mismo se hallaba en persona, padecia la mas cruel hambre.—El primero que anunció al rey Tigranes la aproximacion de este mismo Lúculo, fué degollado por mandato de este príncipe. *Plutarco, vida de Lúculo.*

do hacerse felíz á sí mismo, hace á todo su pueblo infeliz y desgraciado. ¿Mas se hace él por ventura feliz? No; que vive lleno de turbacion y de inquietudes. *Es inevitable*, dice un antiguo, *que aquel que se hace temible á muchas gentes, viva en un contínuo miedo. Los tiranos*, dice Plutarco, *temen á sus súbditos*; *mas los buenos príncipes temen por sus súbditos*. Ningun poder sobre la tierra puede por largo tiempo ser tiránico con impunidad y sosiego.

Apetecer el despotismo, es apetecer los medios de hacer mal á los otros, é infeliz á sí mismo. El tirano es desgraciado, puesto que gobierna á infelices con un cuchillo penetrante y agudo, con que se hiere á sí. No hay poder alguno firme y seguro, si no se somete à las leyes de la equidad. Mas una inclinacion natural en todos los hombres y que todo contribuye á fortificarla en los príncipes, los hace apetecer un poder ilimitado; estos detestan y aborrecen todos los obstáculos que su autoridad puede encontrar; los príncipes mas débiles y los mas incapaces son los mas celosos en esto; no hay cosa que mas los incite y los despierte, que el hablarles de la estension de su poder. Todos se creen desgraciados, cuando no pueden satisfacer sus caprichos: todos anhelan al despotismo, como el único medio de lograr la suprema felicidad, siendo así que este despotismo solo pone en sus manos los medios de arruinar á sus súbditos y de sepultarse con ellos bajo las ruinas del estado. El poder absoluto fué y será siempre la causa de la decadencia y de las desgracias de los pueblos, de que tarde ó temprano llegan á participar los mismos reyes.

Esta verdad confirmada por la esperiencia de tantos siglos, es ignorada de la mayor parte de los que gobiergan el mundo; y los ministros complacientes y aduladores, cuyo objeto es aprovecharse de la neligencia y depravacion de sus monarcas, la ocultan de ellos con cuidado: sus almas viles é interesadas son efectivamente las verdaderas causas de la ignorancia de los príncipes, y de las desgracias de las naciones. Estos aduladores son los que forman los tiranos; y estos tiranos son los que, corrompiendo las costumbres de los pueblos, hacen la virtud tan dificil y rara. Con razon dice Polibio: *la tiranía es culpable de todas las injusticias y de todos los delitos de los hombres*.

Seguramente la tiranía, siempre injusta, solo es servida á su gusto de hombres sin costumbres y sin probidad, de esclavos vilmente dominados del mas sórdido interés, quienes bajo príncipes codiciosos y corrompidos, se hacen los únicos repartidores de las gracias, de las dignidades, de los honores y de las recompensas. Estos no muestran su benevolencia sino á hombres como ellos: temen al mérito y la virtud, porque les causan confusion y vergüenza. Por el descuido ó la injusticia de un mal gobierno, una nacion entera forzosamente ha de llegar á pervertirse; escluida la virtud del favor y de los empleos, es menester renunciar á ella para lograr fortuna; es necesario irse con el torrente, que

siempre encamina al mal. La moral se inutiliza y pervierte bajo un gobierno despótico, en el cual todo ciudadano virtuoso debe necesariamente disgustar al príncipe y á los que gobiernan en su nombre. El tirano, para reinar, no necesita talentos ni virtudes, sino soldados, cadenas y calabozos. Un tirano es por lo comun un autómata, un ídolo de piedra, que se mueve al impulso que le comunican los esclavos hábiles y mañosos que se han apoderado del mando. Un déspota, que ha reducido su pais á la esclavitud, viene á ser un necio y miserable esclavo, que ni aun coge los frutos de su funesta tiranía.

La ciencia mas esencial al que desea gobernar con sabiduría *es*, segun Plutarco, *hacer á los hombres capaces de ser bien gobernados*. Las costumbres de los soberanos deciden necesariamente de las costumbres de los súbditos. Dispensadores de los bienes, de los honores y dignidades que los hombres desean, pueden á su voluntad inclinar los corazones al vicio ó la virtud, Las cortes sirven de norma á las ciudades; las ciudades corrompen los pueblos y los campos, y hé aquí como de unos en otros, los pueblos se imbuyen de las preocupaciones, de las vanidades, del lujo, de las fruslerías, de las locuras y de los vicios que infestan las cortes. Los soberanos dan en todo y por todo el primer impulso á las voluntades de los grandes, comunicando estos á las otras clases el impulso primero que han recibido: si este encamina al bien, las costumbres pronto se verán reformadas y buenas.

Todo el mundo conviene en que el lujo, esta emulacion fatal de la vanidad, es debido principalmente al fausto de los soberanos y de los grandes, á quien cada uno procura mas ó menos imitar: este mal tan peligroso parece ser inherente al gobierno monárquico, y sobre todo al despotismo, en que el príncipe transformado en una divinidad, quiere imponer respeto á sus esclavos con el fausto que los deslumbra: para contener los efectos de esta epidemia fatal, se han ideado repetidas leyes como capaces de reprimirla, mas estas leyes por lo comun han sido infructuosas. La mejor de todas las leyes suntuarias para un estado, será siempre un príncipe frugal, económico y enemigo del fausto y de la vanidad. Permitiendo el lujo á los grandes, y prohibiéndole á los pequeños, no se hace mas que irritar la vanidad de estos, que poco á poco triunfa de las leyes mas severas,

Nada sería mas importante para la felicidad de los pueblos, que el inspirar desde muy temprano á los que deben reinar en ellos, el amor á la virtud, sin la cual no hay prosperidad alguna en la tierra. Mas las máximas de una política injusta, cuyo objeto es egercer impunemente una libertad desenfrenada, ocupan en los soberanos el lugar de la sabiduría y de la moral: asi los intereses de los gefes jamás están de acuerdo con los del cuerpo social. ¡Estraña política, seguramente, por la cual los que están destinados á hacer observar los deberes de la moral se ocupan de contínuo en violarla, y romper los vínculos que deberian

unirlos mas íntimamente á sus conciudadanos.

Privar á la virtud de las recompensas y de los honores que le son debidos, es, dice Caton, *estirpar de la juventud las virtudes.* Mas alejar la virtud de los hombres para sojuzgarlos y dividirlos entre sí, á fin de avasallarlos á todos, es á lo que se reducen los principios de una política odiosa, inventada claramente, no para la conservacion, sino para la disolucion de un estado. Segun tales máximas, los soberanos se hacen necesariamente los enemigos de sus súbditos, debiendo declarar una guerra cruel á la razon que podria ilustrarlos, y á la virtud que pudiera unirlos con los otros: vale mas, pues, cegarlos y corromperlos, tenerlos en una infancia perpétua é inspirarles vicios capaces de fomentar las mayores discordias entre ellos, para impedir el que se reunan contra los que tan cruelmente los oprimen. La virtud necesariamente debe ser detestable á cuantos gobiernan sin justicia. La moral tampoco puede ser conveniente á los esclavos: el esclavo no debe conocer mas virtud que la de la obediencia (1).

Los cortesanos, siempre estremados en sus adulaciones, han intentado deificar á sus monarcas; pero es fácil de conocer que sus esfuerzos han sido defectuosos, si con ellos pretendieron justificar su servidumbre y ennoblecer su fama. Ademas de que ellos son los sacerdotes de los dioses que crea su ceguedad ó su codicia.

Una política mas sana y mas útil prescribe que los soberanos se consideren hombres y ciudadanos, y que nunca separen sus intereses de los de sus súbditos: de la reunion de estos intereses resulta la concordia social, y la felicidad de la cabeza y de los miembros. El príncipe solamente es verdaderamente grande y poderoso cuando está sostenido por el afecto y cariño de su pueblo; el pueblo es siempre desgraciado si el soberano rehusa ocuparse en su felicidad. Eleas, rey de Escicia, decia *que cuando estaba ocioso, no se diferenciaba de su mozo de caballos.* Una vida holgazana y disipada es siempre vergonzosa y criminal en un rey, cuyo tiempo pertenece á sus súbditos.

Para gobernar de un modo que haga felices á las naciones, no es menester ni un trabajo escesivo, ni unas luces estraordinarias, ni un talento maravilloso; bastan la rectitud, la vigilancia, la firmeza y los buenos y eficaces deseos. Un alma demasiado viva y exaltada puede algunas veces carecer de prudencia; un buen corazon es regularmente mejor y mas á propósito para gobernar á los hombres, que un talento ó un entendimiento muy elevado y penetrante. No exijan, pues, las naciones de sus gefes talentos su-

(1) «Consultando los soberanos solo á su propia seguridad, y no á la razon y á la justicia, debieran proponerse mandar y regir manadas de carneros, de bueyes y de caballos, mas no á hombres en sociedad... Un tirano que mas quiere mandar á esclavos que á verdaderos hombres, se asemeja á mi parecer al labrador que mejor quisiese coger langostas ò aves de rapiña que no buen trigo y cebada.»

Plutarco, banquete de los siete sábios.

blimes y raros, ni cualidades difíciles de encontrar. Cualquier hombre de bien tiene lo que se necesita para gobernar un estado; todo príncipe que desee sinceramente el bien de sus súbditos, hallará con facilidad cooperadores que le ayuden, él fomentará en su corte una noble emulacion entre los talentos y el mérito, no menos útil á sus intereses que á los de sus súbditos. Todo monarca que quiera conocer la verdad, hallará muy pronto las luces necesarias para gobernar con sabiduría; en fin, todo soberano que aprecie y se atenga fuertemente á la justicia, la hará reinar en sus dominios, y respetable á sus vasallos. La justicia y la fortaleza son las virtudes de los reyes.

La vana pompa que rodea á los soberanos, la facilidad y prontitud con que son egecutadas sus órdenes, las diversiones contíuuas que se les presentan, y los placeres en que se encuentran engolfados, hacen que el vulgo los tenga por los mas felices de los mortales; en una palabra, un error muy comun da por supuesto que el poder supremo trae siempre consigo la suprema felicidad. Mas la vida de un soberano que cumple con sus deberes, es activa, laboriosa, vigilante, incesantemente ocupada: la de un príncipe ocioso, disipado y enemigo del trabajo, es un fastidio perpétuo. Todo monarca justo y sensible vive sujeto á una ocupacion y cuidado contínuo. El soberano que no se digna atender á sus propios negocios, se espone á todos los males que resultan de la falta de conducta ó de la perversidad de sus ministros, que por su ignorancia no puede elegir bien. Los reyes tienen tanto y mas que temer de sus amigos que de sus enemigos; ó mas bien no tienen nunca amigos, sino aduladores y hombres viciosos, solo afectos á su persona por un sórdido interés ó por la vanidad; además, no teniendo iguales, ni teniendo necesidades algunas, los príncipes no gozan ni de las dulzuras de la amistad, ni de los encantos de la confianza, ni de los mas grandes placeres de la vida social; se ven privados de estos bienes por la enorme distancia que el trono pone entre ellos y sus súbditos, aun los mas distinguidos; estos se hallan siempre oprimidos y violentados en presencia de su señor, en la que á nada se pueden atrever. De donde se infiere claramente que la alegría, que siempre supone libertad, seguridad, confianza é igualdad, no puede habitar ni manifestarse en la corte de los reyes. Enmedio de un festin fue donde el grande Alejandro asesinó á Clito, á quien tenia por su mayor amigo.

En fin, la mayor infelicidad inseparable de la condicion de los reyes, es no poder saber casi nunca la verdad. Esta se les oculta sobre todo cuando es amarga, es decir, cuando es mas importante saberla. *Algunos príncipes,* dice Gordon, *se han visto destronados antes de saber que no eran amados de sus pueblos.* Esto es lo que sucede principalmente á los soberanos absolutos, á los déspotas, á los tiranos, á quienes sus pasiones indómitas no permiten jamás que se les hable con sinceridad; no acostumbrados á que se les contradiga, todo lo que se opone á sus

caprichos basta para provocar la cólera de estos niños imprudentes que desean poderlo todo impunemente. Los príncipes cuyo poder es ilimitado, son los que debieran tener el mayor interés en conocer las verdaderas disposiciones de sus súbditos; porque no pudiendo estos hacer que lleguen al trono sus quejas, se esplican con motines, revoluciones y asesinatos, en que el tirano suele ser la primer víctima.

¡Hé aquí, pues, la felicidad suprema, á la que conduce el poder sin límites que los príncipes desean con tanto ardor, y sin el cual se tienen por desgraciados! Este poder los priva de la confianza, de los consejos, de los auxilios y de los consuelos que proporciona la amistad. El monarca que pretende ser justo debe armarse doblemente contra las seducciones de sus privados, y temer que su afecto hácia ellos no le haga pecar contra la justicia universal que debe á todos. Del pueblo es de quien debe ambicionar la amistad; al pueblo es al que debe oir para saber la verdad; sobre el pueblo debe fundar su propia seguridad; y en el bienestar del pueblo debe establecer su propia grandeza, su gloria y su felicidad: á los que le proporcionan estos bienes y ventajas es á quien el príncipe debe mirar como á sus amigos. Teopompo decia que *un gran rey es aquel que permite á sus amigos decirle la verdad; que hace justicia á sus vasallos, y que observa las leyes.*

Cualquiera que sea la forma de gobierno que adopte una nacion, los deberes y los intereses de sus gefes serán siempre unos mismos. La política y la moral exigen que en un gobierno aristocrático, un necio orgullo, un vano espíritu de cuerpo, una terca y obstinada adhesion á prerogativas injustas, no le hagan jamás hollar los derechos de la patria. Nada mas incómodo y molesto en las aristocracias, ni mas insoportable á los pueblos que la vanidad pueril de los nobles y de los magistrados ó soberanos colectivos. Estos han de distinguirse en la decencia y gravedad de sus costumbres, en su probidad, su afabilidad, su modestia y su equidad, cualidades mucho mas capaces de hacerles queridos y respetados, que no una gravedad insociable que los hará odiosos y aborrecibles á sus conciudadanos, y que nunca debe tener lugar en los gobiernos republicanos.

Dejen, pues, los gefes de la aristocracia á los esclavos favorecidos del despotismo la vanagloria de distinguirse por su altanería y su insolencia, y distínganse ellos por su bondad, su moderacion y su integridad. La arrogancia y el orgullo deben ser desterrados de los paises donde se goza de alguna libertad. La aristocracia debe hacer mucho aprecio del pueblo, y no mirarle con los mismos ojos que la monarquía, que solo distingue á sus nobles; ó que el despotismo, que desprecia igualmente al vil rebaño que destruye y aniquila.

En una palabra, todo gobierno republicano supone una cierta igualdad entre los ciudadanos, igualmente sujetos á las leyes. Los magistrados en él son gefes sin dejar por esto de ser ciudadanos; de donde se sigue que sus

modales altaneros son mas chocantes y mas importunos al pueblo que bajo la monarquía, acostumbrada á sufrir y tolerar la insólencia y el desprecio de los grandes y de cuantos gozan de algun poder. En todo estado bien constituido, ningun ciudadano tiene derecho de ser insolente. Esos aristócratas tan celosos de su autoridad y tan desconfiados, se ahorrarian muchos dispendios, molestias y disgustos si se dignáran recordar que son ciudadanos y no déspotas ó tiranos; que la vanidad solo es buena para hacerse abominables, y que esta produce de contínuo enemigos y descontentos, cuya cólera revienta á veces en fatales y terribles revoluciones.

De esta verdad hallamos pruebas en la historia de la mayor parte de las aristocracias antiguas, las cuales por lo comun degeneráron en verdaderas tiranías. La historia romana nos ofrece un senado orgulloso, avaro, celoso de sus prerogativas usurpadas, perpétuamente quejoso de la plebe, á la cual se arrogaba el derecho de abatir, de vejar con usuras, de oprimir de mil modos, y de enviarla á morir en guerras estrangeras cuando le era molesta. Bien pronto la division entre los gefes de esta república siempre armada, produjo facciones crueles y se encendieron espantosas guerras civiles; los ciudadanos se arman los unos contra los otros, y por último, tras las sangrientas disputas y contiendas de Mário y de Syla, el ambicioso César, apoyado en la faccion del pueblo, se eleva sobre las ruinas del estado, establece el despotismo de uno solo en lugar del despotismo de los magistrados, y deja al gobierno abandonado á una larga série de mónstruos, que únicamente parece que se disputaron quién cometeria mayores crímenes y mas grandes infamias. La nobleza romana vino á ser sobre todo el objeto de la crueldad de los Calígulas y de los Nerones: mientras que estos mónstruos acariciaban al pueblo ó le divertian con espectáculos, hacian correr la noble sangre de senadores y patricios, cuyo linage causaba recelo á su tiránica ambicion. En una palabra, el orgullo de un senado discorde puso fin á la república mas poderosa que hubo jamas en el mundo. *Los grandes*, dice Solon, *destruyen las ciudades; y la imprudencia del pueblo las precipita en la esclavitud.*

Las democracias ó gobiernos populares no perecen comunmente tan pronto sino por la injusticia, el desenfreno, los celos y la envidia del pueblo, que con el poder se hace insolente. Un populacho arrogante, lisongeado por sus demagogos, es ordinariamente el mas cruel de los tiranos; así sacrifica la virtud misma á su envidia, á su capricho y al bárbaro placer de hacer sentir su poder á los ciudadanos que deberia querer y respetar; y comete el crímen sin remordimientos porque no reflexiona, y porque además la vergüenza desaparece entre la multitud de los culpados. La ingratitud de los atenienses con Arístides, Cimon y Focion, hace que ninguno se compadezca ni lamente de un pueblo vano y perverso en la pérdida entera y absoluta de su libertad, que ni apreció ni supo usar. Sócrates dice, segun Platon,

que la democracia *es el imperio de los malvados sobre los buenos. La multitud cuando egerce la autoridad es mas cruel aun que los tiranos.* A un déspota le contienen á veces el temor, la vergüenza y los remordimientos; mas un pueblo tirano, enfurecido y agitado de sus pasiones, no conoce ni miedo ni pudor.

CAPITULO III.

DEBERES DE LOS SUBDITOS.

Todo gobierno justo egerce, como se ha visto, una autoridad legítima, á la que un ciudadano virtuoso está obligado á obedecer; mas el gobierno injusto egerce un poder usurpado. Bajo el despotismo y la tiranía no hay autoridad, no hay mas que usurpacion y ladronicio público: la sociedad se vé forzada á sufrir el yugo que le imponen el crímen ó la violencia; su misma opresion le impide proporcionar á los ciudadanos los bienes y ventajas que se obligó á asegurarles en el pacto social: un mal gobierno aniquila este pacto, é impidiendo á la sociedad el cumplimiento de las obligaciones que ha contraido con sus miembros, los exonera á estos de las que han contraido con ella. Para que la sociedad tenga derecho de exigir el buen afecto de sus miembros, debe mostrar un grande y tierno interés por todos; ella no se obliga á que todos los ciudadanos sean igualmente felices y poderosos; pero sí á protegerlos con igualdad, á preservarlos de la injusticia, á darles la seguridad necesaria para sus empresas y trabajos, y á recompensarlos con proporcion á los servicios que la hagan. Con estas condiciones los ciudadanos pueden amar su patria, interesarse en su bien, y contribuir fielmente á su conservacion y felicidad. ¿Mas cual será el amor de la patria en un gobierno tiránico? Exigirle de un esclavo, sería evidentemente pretender que un preso amase su prision y sus cadenas. El amor de la patria, en un pais sujeto á la tiranía, solo consiste en una afeion servil á los tiranos, de quienes el esclavo espera recibir los despojos de sus conciudadanos: en una constitucion como esta, el hombre verdaderamente afecto á su pais es reputado por rebelde, por un mal ciudadano, por un enemigo de la autoridad (1).

Los hombres, gobernados casi de contínuo por vanas ideas y palabras, imaginan que todo lo que lleva la señal ó el sello del poder debe ser ciegamente obedecido; y no ven que la autoridad legítima (esto es, la que re-

(1) Aquella ciudad, dice Plutarco, está bien gobernada..... en que los que no son oprimidos ni ultrajados aborrecen y persiguen tan rigorosamente al que ha cometido una opresion ó ultrage, como la misma persona ofendida y ultrajada. *Banquete de los siete sabios.*

conocida legalmente por la sociedad contribuye al bien de ella) es la única que tiene derecho de hacerse obedecer ; no ven tampoco que la autoridad que es injusta pierde todo derecho de obligar á los hombres, reunidos para gozar de las ventajas de la equidad, y de la proteccion de las leyes. *Ninguno*, dice Ciceron, *debe obedecer á los que no tienen derecho de mandar*. La tiranía es detestada por todo buen ciudadano; sus órdenes solo pueden ser egecutadas por los esclavos corrompidos, que procuran aprovecharse de las desgracias de su patria. Un sórdido interés y un temor vil, mas no el cariño y el aprecio, pueden ser los móviles de la obediencia forzada del ciudadano que necesariamente ha de aborrecer en su interior una autoridad dañosa, bajo la cual está condenado á llorar su destino. Los griegos, segun Plutarco, miraban el gobierno despótico de los persas como indigno de mandar á los hombres.

En fuerza de estas reflexiones tan sencillas, no debemos admirarnos de que la mayor parte de las naciones estén llenas de ciudadanos indiferentes á la suerte de la patria, faltos de toda idea de bien público, y únicamente ocupados en sus intereses personales, que nunca se refieren á los de la sociedad en que viven; los intereses de esta nada efectivamente tienen de comun con los de la mayor parte de los miembros que la componen. No se encuentran leyes algunas que establezcan una justicia exacta entre los ciudadanos; y las naciones se dividen en opresores y oprimidos. Las preocupaciones injustas, las vanidades despreciables, los inicuos privilegios ponen en perpétua discordia las diferentes clases del estado; un fatal espíritu de cuerpo usurpa las veces del espíritu público y del patriotismo. Los ricos y los grandes se arrogan el derecho de vejar á los pobres y á los pequeños; el noble desprecia al plebeyo; el militar solo reconoce la fuerza, y únicamente obedece á la voz del déspota que le paga. El magistrado solo piensa en las prerogativas de su cargo, y cuida poco de los derechos de sus conciudadanos; el sacerdote solo se ocupa en las inmunidades de su estado. Así los intereses discordantes de los hombres se oponen de contínuo al interés general, y destruyen lastimosamente la armonía social. El despotismo se vale astutamente de estas divisiones contínuas para sojuzgar la justicia y las leyes; fomenta las discordias, hace que sus hechuras se aprovechen de las calamidades de la patria, y ofuscados con unos favores engañosos aquellos mismos que debieran mostrarse los mejores ciudadanos, solo aspiran á obtener el crédito y poder de oprimir y dañar; ellos trabajan y se afanan por aumentar y fortalecer la autoridad fatal bajo quien la nacion entera será tarde ó temprano opresa é inféliz. Los pobres y los débiles, abrumados perpétuamente de la injusticia de los poderosos y grandes, á los cuales ven únicamente prosperar, se hacen sus enemigos, y se vengan con crímenes de la parcialidad del gobierno, que se muestra solamente pródigo y bienhechor con los felices de la tierra, y olvida á los desdichados.

Es necesario repetirlo: todos los ciudadanos de un estado están igualmente interesados en que reine en él la equidad. No hay un solo hombre que, siendo racional, no deba temblar al ver oprimido por la violencia al mas ínfimo de sus conciudadanos. La opresion, despues de haber hecho sentir sus efectos á las ínfimas clases del pueblo, los hace tambien esperimentar por último á las clases mas elevadas. Los cuerpos mas poderosos, si la discordia los desune entre sí, solo pueden oponer una débil barrera á la tiranía, que corre sin detenerse al logro de sus fines. Todos los cuerpos, todas las familias, todos los ciudadanos tienen un solo interés, que es el de verse gobernados por leyes justas y equitativas; mas estas no son tales sino cuando protegen igualmente al grande y al pequeño, al rico y al pobre. El buen ciudadano es aquel que dentro de su esfera contribuye de buena fé al interés general, porque reconoce que su interés personal no puede separarse de aquel sin peligro y daño de sí propio: verdad que haremos conocer recorriendo los deberes de todas las clases en que se hallan divididos los ciudadanos de un estado.

Un gobierno merece el renombre de bueno cuando es justo para con todo el mundo; este es el que puede formar buenos ciudadanos; este solo tiene derecho de esperar de parte de sus súbditos la aficion, el cariño, la fidelidad, los sacrificios generosos; en una palabra, el puntual cumplimiento de los deberes de la vida social. La autoridad legítima es únicamente la que puede ser amada, obedecida y respetada; ella sola inspira á los hombres el dulce amor de la patria, el cual no es otra cosa que el amor de su seguridad, y de su prosperidad.

Todo el mundo tiene en la boca este adagio: *aquella es mi patria donde me vá bien*; de donde resulta claramente que no es patria donde se vive bajo la opresion, sin esperanza de ver uno terminar sus trabajos. El ciudadano debe soportar con paciencia los inconvenientes inevitables de la vida social, y participar con sus conciudadanos de las calamidades pasageras que estos esperimentan; mas tambien él puede renunciar su sociedad, luego que ve y siente que ésta le niega constantemente las ventajas que debia prometerse. No es patria aquella donde no hay justicia, buena fé, concordia ni virtud. Sacrificar sus intereses, sus bienes y su vida por los tiranos, es sacrificarse no por su patria, sino por sus mas crueles enemigos. *El buen ciudadano*, dice Ciceron, *es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretende hacerse superior á las leyes.*

El ciudadano solamente debe obedecer á las leyes; y estas leyes, como hemos visto, no pueden tener otro objeto que la conservacion, la seguridad, el bienestar, la union y el reposo de la sociedad. El que obedece ciegamente á los caprichos de un déspota, no es ciudadano, sino esclavo. No hay ciudadano bajo el despotismo, ni ciudad para los esclavos. La patria para estos no es mas que una dilatada prision guardada por satélites, bajo el rigor de un carcelero cruel é insensible. Estos satélites son

unos mercenarios, cuya obediencia es una verdadera traicion. *Nada*, dice Ciceron, *es mas contrario á la equidad, que los hombres armados y reunidos; nada mas opuesto á la justicia que la violencia.* La verdadera ciudad, la verdadera patria, la verdadera sociedad es aquella donde cada uno goza de sus derechos sostenidos por la ley. Donde el hombre es mas fuerte y poderoso que la ley, la justicia se vé obligada à callar, y la sociedad no tarda en disolverse. Pausanias, rey de Esparta, decia *que es necesario que las leyes sean reinas y señoras de los hombres, y no los hombres de las leyes.* Solon decia tambien *que para que dure un imperio, es menester que el magistrado obedezca á las leyes, y el pueblo á los magistrados.* En fin, Platon dice que *los mejores príncipes son aquellos que con mas fidelidad obedecen á las leyes. Donde quiera que*, añade, *la ley es la que manda, y los magistrados los que la obedecen, allí se ven prosperar las ciudades, y abundar todos los bienes que pueden conceder los dioses; en vez de que donde el magistrado manda y la ley calla y obedece, no puede esperarse sino ruina y desolacion.*

Mas para poder arreglar la conducta de los soberanos y de los súbditos, las leyes deben ser justas y conformes al bien público, al bien de la sociedad, á las necesidades, y á las circunstancias particulares. Las leyes que no tuviesen por objeto sino los intereses personales del soberano, ó de sus favoritos, serian injustas y contrarias al bienestar de todos. Las leyes tiránicas no pueden ser respetadas, como que son hechas por hombres que no tienen derecho de mandar. El bien público y la equidad natural son la medida invariable de la obediencia que el ciudadano debe á las leyes. Todo el que tiene ideas verdaderas de justicia puede facilmente distinguir las leyes que debe obedecer de aquellas à las cuales no podria sujetarse sin ofender su conciencia, y hacerse culpable con la sociedad. Ningun hombre que tenga alguna idea de la justicia ó algun sentimiento de honor, se valdrá de una ley forjada por la tiranía que autorice á ciertos ciudadanos para robar á otros. Ningun hombre, á no estar enteramente ofuscado de un vil y sórdido interés, creerá que el soberano pueda conferirle el derecho de enriquecerse á costa y con daño de su patria. Todo hombre de bien renunciará antes á la fortuna, á la grandeza y al crédito, que retener un empleo que no puede desempeñar á gusto del príncipe sino haciendo infelices á sus conciudadanos.

La justicia sería enteramente desterrada de la tierra, si las órdenes de los príncipes fueran leyes contra las cuales no fuese lícito y permitido resistir y reclamar. El cortesano que decia que *él no llegaba á comprender cómo era posible resistir á la voluntad de su señor*, hablaba como un esclavo criado con las máximas del despotismo oriental, segun las cuales el sultan es un dios, á cuyos caprichos es un delito oponerse, aun cuando sean los mas contrarios á la razon. Sin embargo, con oprobio de personas

que ocupan las clases mas distinguidas en muchas naciones ilustradas, estos principios odiosos y destructores son la regla de la conducta de muchos grandes, y de la mayor parte de los nobles y de los militares. Pero aun es mas, y es ¡que esta misma doctrina ha sido con frecuencia predicada por algunos ministros de un Dios origen y manantial de toda justicia y de toda moral!

¿Qué sería de las naciones, si desgraciadamente inficionadas de estas ideas funestas, los magistrados no tuviesen valor para esponerse á la cólera del soberano, rehusando suscribir á sus arbitrarias voluntades? ¿Qué llegarian á ser los pueblos, si la justicia dependiera de los caprichos variables de un sultan, de un visir, de una favorita, erigidos en leyes por un poder absoluto? ¿En qué se fundaria la autoridad del monarca mismo, si abusando de ella pudiese destruir la equidad que es la base de su trono, y la que constituye la seguridad de los reyes y de los súbditos?

Así que, los viles aduladores que pretenden que el príncipe nunca debe retroceder, ni encontrar resistencia alguna á sus voluntades supremas, no solamente son unos malos ciudadanos, sino tambien enemigos del príncipe. ¿No será ciertamente servir con fidelidad al soberano, el no obedecerle ciegamente cuando sus órdenes son contrarias á sus mismos intereses? Los insensatos son los únicos que pueden prestarse á las estravagancias de un imprudente que se empeña en destruir su heredad; resistir cuerdamente á este, es impedirle que se dañe á sí mismo; obedecerle, es hacerse cómplice de su locura y de su ruina.

Todo príncipe que se rebela contra las leyes justas, incita á sus súbditos á que se rebelen contra él. Todos los que le escitan ó le sostienen en sus empresas temerarias, son malos ciudadanos, aduladores infames, que á un mismo tiempo venden traidoramente á su patria y á su gefe. Los que adoptan las máximas de una obediencia ciega y pasiva á las leyes impuestas por el despotismo delirante, son ó estúpidos que desconocen sus verdaderos intereses, ó esclavos que merecen sufrir por toda su vida el peso y la dureza de sus yerros.

Si uno asintiese á las nociones vagas de algunos políticos, llegaria á creer que todos los súbditos de un estado, cambiados en autómatas, debian una obediencia ciega é implícita á todo lo que fuese ley, ó que tuviese la sancion de la autoridad soberana; mas esta autoridad ¿es siempre justa, infalible, exenta de pasiones, é incapaz de estraviarse? La tiranía, que no es mas que el gobierno de la injusticia sostenido por la fuerza ¿tiene acaso derecho de fabricar leyes contrarias á la equidad, y estará todo ciudadano obligado á someterse á ellas sin murmurar siquiera? Si estos principios fuesen verdaderos, la sociedad no sería mas que un monton de víctimas obligadas á dejarse robar, y á presentar su cuello al cuchillo de los ciudadanos obedientes que el tirano cuidadosamente elegiria para que fuesen sus verdugos.

Distingamos, pues, las leyes que deben ser respetadas y obedecidas por los ciudadanos virtuosos, de las leyes injustas y destructoras que la tiranía, la violencia, la sinrazon y la rutina, la cual nunca razona, ha podido establecer. *La justicia*, dice un doctor célebre, *tiene derecho para romper los injustos vínculos*. No es el ciudadano el que tiene derecho de juzgar de las leyes de su pais; es la justicia, de la que todo hombre sensato es capaz de formar y adquirir ideas firmes y seguras. Las leyes son respetables cuando son justas; ellas deben ser revocadas luego que son contrarias al bien público. *Las leyes*, dice Locke, *son hechas para los hombres, y no los hombres para las leyes*. Los mayores males de las naciones provienen de las leyes visiblemente injustas, ante las cuales la violencia hace prosternar á los pueblos, y que las obedezcan ciegamente. *Las leyes*, dice Montagne, *conservan su crédito, no porque sean justas, sino porque son leyes*.

El respeto debido á las leyes solo puede fundarse en la equidad de las mismas leyes, á las cuales, por su mismo interés, todo ciudadano debe obedecer y mantenerlas. *Las leyes*, decia Demonax, *son inútiles para los buenos, porque los hombres de bien no las necesitan; y tambien para los malos, porque estos no son mejores con ellas*. Sócrates, que llevó hasta el fanatismo la sumision á las leyes de un pueblo ingrato y vano, y que quiso ser mártir de ellas, fue injusto consigo mismo; si él hubiese salido de su prision, habria escusado á los atenienses un crímen que los ha cubierto de una infamia eterna.

La moral no tendria principios algunos constantes y seguros, si todas las leyes, muchas de ellas insensatas y criminales, debieran ser mas respetadas que la voz de la naturaleza ilustrada por la razon. Si se estiende la vista por todos los paises de la tierra, se sorprende uno al ver que los mayores delitos han sido no solo aprobados por las leyes, sino prescritos por ellas. En todos los estados despóticos no se vé por lo comun sino caprichos de tiranos consagrados con el nombre de leyes. ¡ Pueblos hay que han creido lícito el parricidio! (1) Los cartagineses estaban precisados á sacrificar sus hijos á su dios sanguinario. Los egipcios, que pasan por tan sabios y tan civilizados, aprobaron el hurto. Entre los escitas eran degollados millares de hombres y mugeres para honrar los funerales de los príncipes. ¿Cómo es que semejantes leyes no han sido desobedecidas ó abolidas? *Los hombres*, pregunta Ciceron, *¿pueden hacer bueno lo que es malo, y malo lo que es bueno?*

Se nos dirá, quizá, que estas leyes solo han tenido lugar entre los pueblos bárbaros que no tenian idea alguna de moral. Mas los pueblos modernos ¿nos ofrecen leyes mas justas y mas sabias? La equidad, la razon,

(1) Elien, lib. 3, cap. 1, nos dice que en Cerdeña los hijos se hallaban obligados á quitar la vida á sus padres, llegados que eran á la decrepitud. Los dervís ó dervikes mataban igualmente á todos los que pasaban de la edad de setenta años.

la humanidad ¿no se ven indignamente violadas por las leyes de sangre establecidas en muchos paises contra los que no profesan la religion del príncipe? ¿Se hallará una sombra siquiera de justicia en la mayor parte de las leyes fiscales, cuyo único objeto es fomentar las estravagancias de los soberanos, despojando á los pueblos de lo mas preciso? ¿Se hallará acaso en esas leyes feudales impuestas por los nobles armados á las naciones sobrecogidas del temor y del miedo?... Mas es forzoso detenerse, porque seria nunca acabar si se intentase hacer la enumeracion de las leyes inicuas, de las cuales los pueblos son forzadas ó voluntarias víctimas.

¿Qué ideas claras y verdaderas de equidad natural podrian sacar los pueblos de ese agregado confuso de costumbres y de leyes injustas, contrarias á la razon, caprichosas, oscuras é inconciliables, como son las que forman en casi todos los paises la jurisprudencia y la regla de los hombres? ¿Qué nociones puede uno formarse de la justicia, cuando la ve perpétuamente destruida y despedazada con formalidades engañosas? ¿Qué recursos pueden hallar los ciudadanos en una jurisprudencia capciosa, que solo parece favorecer la mala fé, los empréstitos y contratos fraudulentos, las mayores picardias y los artificios mas á propósito para desterrar la probidad de los tratos y de las obligaciones recíprocas de los ciudadanos? ¿Qué confianza puede tenerse, ni qué proteccion encontrarse en leyes que dan lugar á trampas y enredos interminables, que arruinan á los pleiteantes, engordan á los curiales y facilitan á los gobiernos el cargar impuestos y derechos sobre las disensiones y pleitos eternos de sus súbditos? En la mayor parte de las naciones el estudio de las leyes, las cuales debieran ser sencillas y al alcance de todos, es un estudio penoso que produce una ciencia mezquina, reservada únicamente á ciertos hombres que saben aprovecharse de su oscuridad para engañar y quitar el pellejo á los desgraciados que caen en sus manos. En una palabra, las leyes destinadas á guiar las naciones, solamente sirven para descarriarlas y hacer que ignoren y desconozcan los principios mas evidentes de la equidad (1).

Las leyes no deben ser otra cosa que las reglas de la moral promulgadas por la autoridad; han de ser claras, pre-

(1) Para convencerse de lo absurdo y aun de lo perverso de la jurisprudencia romana, y sobre todo de las leyes de Justiniano, las cuales sirven todavia de base á la legislacion europea, no hay mas que leer la obra intitulada *Traitè des loix civiles* par M. P. de T., publicada en el Haya en 1774; y se verá que propiamente hablando, las naciones no tienen aun una legislacion verdadera, esto es, verdaderamente conforme al bien de la sociedad. Por una negligencia ó una impericia muy funesta, los legisladores modernos han considerado mas fácil y breve el adoptar las leyes antiguas, malamente corregidas ó modificadas, que no el hacer unas nuevas mas justas, mas morales y mas análogas á la posicion actual de los pueblos. Los francos, los godos, los lombardos, los sajones, unos bandidos ignorantes y estúpidos, alimentados y nutridos con el carnage y la sangre ¿eran ellos capaces de dar unas leyes sensatas á los pueblos vencidos, ó de rectificar las que estos mismos pueblos tenian?

cisas y al alcance de todo el mundo. Mas por lo comun no son sino unos lazos ó redes tendidas á la sencillez, unas cadenas pesadas y molestas con que el poder y la fuerza han oprimido siempre la humana debilidad. Semejantes leyes corrompen visiblemente las costumbres, autorizan al pícaro hábil y astuto para vivir sin pudor en la sociedad; y, en suma, solo producen transgresores. Los hombres generalmente aborrecen las leyes, porque solamente encuentran en ellas contínuos obstáculos al egercicio de su libertad y de sus derechos naturales, que les impiden satisfacer sus necesidades y contentar sus mas legítimos deseos. Por confesion de los mismos jurisconsultos, nada es mas injusto, y de consiguiente mas contrario á la moral, que el derecho, si se observára al rigor de la letra. El hombre que solamente es justo segun las leyes, puede muy bien carecer de toda virtud social: auxiliado de estas leyes, un hijo osará contender contra su mismo padre; los esposos se difamarán recíprocamente; los parientes se robarán unos á otros; los deudores arruinarán á sus acreedores; los exactores de las rentas públicas se apropiarán la sustancia del pobre; los jueces sacrificarán sin remordimientos al inocente; y todos estos hombres tan malos y perversos se presentarán no obstante erguidos y soberbios enmedio de sus conciudadanos.

Ningun clima, ningun gobierno, ningun poder tiene el derecho de hacerse superior al imperio universal que la justicia debe egercer sobre los hombres; sin embargo, ninguna legislacion parece que ha consultado los intereses de los pueblos: pudiera decirse que el género humano entero no existe ni vive sobre la tierra sino para un pequeño número de individuos privilegiados, los cuales se ocupan muy poco ó nada en proporcionarle la felicidad que debe prometerse en cambio de su obediencia y sumision.

Una legislacion verdaderamente sagrada sería aquella que consultára los intereses de todos, y no los intereses de algunos gefes ó de los favorecidos de estos. Las leyes útiles y justas son aquellas que mantienen á cada ciudadano en el goce de sus derechos, y le preservan de la malignidad de los otros. Las naciones no tendrán una legislacion respetable y fielmente obedecida, sino cuando esta sea conforme á la naturaleza del hombre en sociedad, esto es, guiada por la moral, cuyos preceptos la legislacion debe hacer inviolables; entonces la ley debe ser religiosamente observada; entonces sus infractores deben ser castigados como enemigos de la patria, y como hijos rebeldes suyos.

La reforma de las leyes se ha mirado y mira como una empresa tan dificil que sobrepuja las fuerzas del entendimiento humano. Mas digamos con Quintiliano: *¿Por qué no se atreverá uno á decir que la posteridad llegará á descubrir cosas mejores y mas perfectas que las anteriores?* Esta dificultad, ó esta pretendida imposibilidad no proviene de la cosa en sí misma sino de las preocupaciones de los hombres, de la negligencia, ó de la mala voluntad de los que los gobier-

nan. Los soberanos justos se hacen superiores á la opinion de los pueblos; si estos se asustan de las novedades y reformas, es porque una esperiencia fatal los enseña que con ellas solo consiguen regularmente redoblar sus miserias. En todas partes los pueblos estan mal, pero temen siempre estar peor. El príncipe que con su virtud se gane la confianza de sus súbditos, disipará estos temores, y sustituirá cuando quiera leyes justas y claras á las oscuras y contrarias á la razon, á las cuales las naciones solo se atienen maquinalmente y por rutina. Un soberano ilustrado desenvuelve y egercita la razon del pueblo, y nada es mas fácil que el gobernar súbditos racionales; así como nada mas dificil que contener y refrenar á hombres ignorantes y embrutecidos. Una buena legislacion se logrará facilmente, si esta armáre á la moral de la suprema autoridad: y será facilmente obedecida cuando todos los ciudadanos vean y reconozcan el gran interés que tienen en conformarse á ella. La moral nada puede sin el socorro de las leyes, y las leyes nada pueden sin las buenas costumbres.

Así pues, no perdamos las esperanzas de que llegue un dia en el que los hombres sean gobernados por leyes mas sábias, mas conformes á su naturaleza, y mas capaces de hacerlos virtuosos y felices. Un buen rey, como otro Hércules, puede ahuyentar de sus estados los mónstruos, los vicios y las preocupaciones que se oponen igualmente á la felicidad de los soberanos y de los súbditos. Los pueblos serán felices cuando los reyes sean sábios. *Las naciones y los hombres*, dice Platon, *no se verán libres de sus males hasta que, por un favor del cielo, reunidos el soberano poder y la filosofia en un mismo hombre, logren que la virtud triunfe del vicio.*

CAPITULO IV.

DEBERES DE LOS GRANDES.

Se llaman *grandes* las personas elevadas sobre sus conciudadanos por su poder, sus empleos, su nacimiento y sus riquezas. En un estado bien constituido, esto es, donde la justicia fuese fielmente observada, los ciudadanos mas virtuosos, los mas útiles, los mas ilustrados, serian los mas grandes ó los mas distinguidos; el poder solo se hallaría en manos de los mas capaces de egercerle en beneficio de la sociedad; las dignidades, los empleos, los honores, las señales de consideracion pública solamente serian concedidas á los que las hubiesen merecido con sus talentos y su conducta; las riquezas y las recompensas serian únicamente para los que supiesen hacer de ellas un uso provechoso á sus conciudadanos. De donde se infiere claramente que la virtud sola da justos y legítimos derechos á la grandeza.

Si, como se ha hecho ver, toda autoridad que se egerce sobre los hombres, no puede fundarse sino sobre las ventajas que ella les proporciona; si toda superioridad, toda distincion, toda preeminencia sobre nuestros semejantes, para que sean reconocidas por ellos, suponen unas dotes y cualidades superiores, unos talentos apreciables, y un mérito poco comun, es forzoso convenir en que los que carecen de estas cualidades entran en el número de la multitud, y que el poder egercido por hombres indignos de él, y la autoridad de que se hallan revestidos, son unas verdaderas usurpaciones á las cuales la violencia solamente puede hacer que los hombres se sometan.

El amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo, le hace desear elevarse sobre sus iguales, y causa en él la envidia y los celos de todo lo que le hace sentir su propia inferioridad; mas si el hombre tiene sentimientos de equidad, estos celos desaparecen al ver que aquellos que le son preferidos, ó se distinguen de él, poseen talentos y cualidades apreciables de los cuales él mismo puede aprovecharse. Así el mérito y la virtud calman la envidia de los hombres, y les obligan á reconocer la superioridad de los que se aventajan á ellos en sus legítimos honores, y en una elevacion bien merecida; entonces los hombres consienten en manifestarles señales evidentes y ciertas de sumision y de respeto, superiores á las que manifiestan á sus demas conciudadanos.

Aunque la equidad natural prescribe que sean respetados y conservados los derechos de todos los ciudadanos fuertes ó débiles, ricos ó pobres, grandes ó pequeños, quiere sin embargo tambien, por la utilidad general, que aquellos que producen mayores bienes y ventajas, sean recompensados con señales particulares de estimacion y de aprecio, y y con las deferencias que merecen sus servicios á la sociedad. Este es el origen natural y legítimo de los diversos estados ó clases en que se hallan divididos los ciudadanos de un mismo pais: esta desigualdad es justa, porque se dirige al bienestar de todos; es laudable, porque se funda en el reconocimiento de la sociedad á los beneficios y servicios que recibe: y es útil, porque se vale del interés personal para escitar á los hombres á obrar el bien, como un medio de obtener la superioridad á que todo hombre anhela.

Con las pruebas de un verdadero mérito se adquiere justa y legítimamente el derecho de elevarse sobre los demás; todo otro camino sería inicuo, no consentido por la sociedad, contrario á sus verdaderos intereses, mirado por ella como una usurpacion manifiesta. Aun en los gobiernos mas despóticos, los empleos, el poder y las dignidades conferidas á los ciudadanos incapaces ó perversos, causan odios y resentimientos á los demás ciudadanos; el temor únicamente puede impidir que se manifieste su ira, y él solo arranca con la fuerza una sumision á que resiste el corazon; la virtud consigue sinceros homenages, recibiéndolos con un placer puro, mientras que el vicio, siempre inquieto y receloso,

sabe muy bien lo que valen los respetos que se le tributan.

La verdadera grandeza del hombre y su verdadera dignidad consisten en hacer bien á los hombres, en mostrarles afecto, en servirlos, en derramar sobre ellos favores y beneficios, por los cuales consienten y reconocen su poder y superioridad. De aquí se sigue que los grandes, si quieren hacerse dignos del cariño verdadero y de los respetos voluntarios de sus conciudadanos, deben evitar en su conducta el orgullo, los modales altaneros, un tono imperioso, y en una palabra, todo lo que pueda humillar á los hombres, haciéndoles sentir su flaqueza é inferioridad. La dulzura, la afabilidad, una tierna compasion, un profundo respeto á los desgraciados, un sincero deseo de servir, son las cualidades con que los grandes debieran siempre distinguirse. La grandeza que solo se muestra en su dureza, su arrogancia y su desden, irrita los corazones de todos; los beneficios que de ella arranca la importunidad, son mirados como insultos, que producen ingratos.

¿Hay nada mas pueril y mas bajo que la vanidad tiránica de algunos grandes, que únicamente parece que desean el poder para grangearse enemigos? Parece que dicen á todo el mundo, *respetadme, porque si no yo puedo esterminaros.*

El poder ¿tiene nada de halagüeño cuando solo sirve para aterrorizar y atraerse las maldiciones de los hombres? La grandeza inaccesible no es buena para nada; la grandeza sin piedad es una ferocidad verdadera; un ministro cruel hace que caiga sobre su señor una parte del odio con que es mirado de todos. ¡Cuantas sublevaciones no han producido los modales altaneros de algunos favoritos incapaces de reprimir su orgullo! ¡Cuántas sangrientas guerras han tenido por causa primera la insolencia de algun ministro altivo y soberbio, cuya temeridad ha hecho correr la sangre de las naciones! ¡Qué agitaciones de terror y de espanto no debieran sentir todos los ministros de los reyes, cuando se ven en la forzosa necesidad de aconsejarles la mas justa guerra, principalmente si reflexionan todos sus horrores! ¿No debieran temblar al preponer un impuesto desolador, ó un edicto cruel, cuyos efectos transcenderán por siglos á los confines mas remotos del imperio?

Mas el poder y la grandeza ordinariamente ensoberbecen el corazon del hombre, le embriagan y le causan una especie de delirio. Pudiera muy bien decirse que los grandes solo pretenden hacerse terribles, y cuidan muy poco de hacerse amables. En la clase elevada en que la fortuna los coloca, no creen que estan enlazados con sus conciudadanos, con su patria, ni con su nacion. Estas falsas ideas son las que hacen tan frecuentemente odiosa á la grandeza, y suscitan enemigos al poder. La educacion que se da comunmente á los que su nacimiento destina á los grandes empleos, es casi tan descuidada como la de los príncipes, á quienes deben representar algun dia: prescindiendo de las luces que estos empleos requieren, las personas llama-

das á tomar parte en los cuidados de la administracion, debieran principalmente aprender á conocer á los hombres y á descubrir lo que ellos son, á fin de saber lo que les deben y el modo de moverlos mas eficaz y poderosamente en beneficio de sus propios intereses. La educacion de los grandes debiera enseñarles sobre todo la moral, como el arte de hacerse amar de los hombres, de conocerlos, y de unir sus intereses á los nuestros.

Pero en casi todos los paises, no es el mérito ni la virtud quienes abren el camino á las dignidades, sino el favor, la cábala y la intriga. No parece sino que la voluntad del príncipe ó la proteccion de sus favoritos bastan para hacer que desciendan sobre un hombre todos los dones necesarios para bien administrar un estado. ¿Es acaso enmedio de los infinitos y complicados negocios y enmedio de las intrigas y asechanzas, donde un ministro aprenderá su egercicio? Para mantenerse en el goce de su empleo, forzosamente ha de olvidar y desatender sus negocios; se fiará del trabajo de otros; falto de luces y conocimientos, su confianza quedará frustrada á cada paso, y esta solo podrá concederla á hombres mal elegidos y á hechuras suyas, que habiéndose hecho lugar en su ánimo con adulaciones y bajezas, contribuirán con su impericia, sus necedades, sus vicios y sus traiciones mismas, á la ruina y caida de sus protectores.

Del mismo modo que las riquezas, todo el mundo desea el poder y la grandeza, sin sacar partido de estos bienes para su propia felicidad. ¿De qué sirve el poder, si con él no se consigue el cariño, la benevolencia y la sincera consideracion de los hombres sobre quien se egerce? ¿Cómo es que caidos en la desgracia un valido ó un ministro, se ven enteramente abandonados de todos? Esto consiste en que ellos no han usado de su poder para obligar á nadie, ó porque solo han servido y hecho bien á los ingratos, derramando sus beneficios y sus gracias en hombres sin mérito ni virtud.

El mérito ha de ser buscado, porque raras veces se presenta en la corte de los reyes: la virtud, por lo comun tímida, no se atreve en ella á darse á conocer; y además poca entrada ó lugar tendria. El mérito se aprecia á sí propio y no consiente deshonrarse con intrigas y bajezas. Por el contrario, el vicio atrevido y desvergonzado, se manifiesta con descaro en un pais donde conoce los medios de prosperar. Los ministros intrigantes y perversos necesitan instrumentos que se presten á todos sus pensamientos y deseos; la probidad perturba y molesta á los malvados; el mérito oscurece y arredra á la medianía; los grandes talentos alarman é intimidan á los incapaces, y no tienen la docilidad que se requiere para agradar á los hombres injustos; esclavos de la adulacion los hombres constituidos en dignidad, estan casi siempre rodeados de un sin número de bribones unidos contra la virtud, y de traidores prontos á sacrificar á sus mismos protectores á cualquiera que les prometa alguna ventaja porque vendan su confianza ó porque los abandonen. La serpiente, que camina arrastrando,

se eleva á unas alturas inaccesibles á los animales mas ligeros; mas su veneno se hace mas sutil y activo con los esfuerzos y fatigas que le cuesta la subida.

La moral, siendo la única ciencia que enseña á conocer á los hombres, á descubrir los móviles de sus acciones y á juzgar de ellos, es útil á los ministros, á las personas constituidas en dignidad y á los poderosos de la tierra. La virtud, aunque menospreciada, desatendida y vilipendiada comunmente por la grandeza ¿tiene sin embargo algo de real y verdadera? Sí, ciertamente: solo en el corazon del hombre de bien puede encontrarse una sincera aficion, una verdadera amistad, un verdadero reconocimiento: en vano sería buscar estas cualidades en las viles almas de esos sicofantas que acompañan de contínuo á los ministros y á los grandes; estos siembran casi siempre en una tierra ingrata que nunca producirá sino espinas y abrojos. Un ministro se ve de contínuo acometido por las intrigas de aquellos á quienes sus favores han puesto en estado de que puedan dañarle con mas seguridad.

Mas el poder ciega al hombre; el ministro, el valido, el cortesano, engañados de su amor propio, se vanaglorían de que su poder no se acabará jamás: los ejemplos de las frecuentes desgracias que ellos mismos han presenciado, no pueden desengañar á unos personages tan vanos que presumen que la fortuna hará escepcion de ellos, ó que su talento superior y sus ardides les sacarán libres de los escollos en que otros han perecido. Esta ilusion hace sin duda que tantos ministros en su privanza trabajen incesantemente en apoyar los esfuerzos de un despotismo destructor, en echar por tierra el poder de las leyes, en destruir la libertad pública, y en esclavizar á su misma patria: estos imprudentes no ven que estas leyes y esta libertad que ellos destruyen, y estas barreras que echan por tierra, no podrán protegerlos á ellos mismos en el dia de su afliccion.

Los ministros debieran vivir desconfiados de los favores siempre falaces de un déspota, el cual, regularmente falto de equidad, de luces y de reconocimiento, solo sigue sus caprichos, y es guiado en sus cariños y en su odio por los impulsos de los que momentáneamente se apoderan de su débil alma. Los servicios mas fieles y mas señalados son bien pronto dados al olvido por los tiranos estúpidos, incapaces de apreciarlos, porque ellos mismos no son realmente sino esclavos y viles instrumentos de los que halagan sus pasiones momentáneas. No hay ministros cuyo favor pueda contrapesar en el ánimo de su corrompido y vicioso amo, con el de una manceba, con el de un rufian, ó con el de un nuevo favorecido: los que sirven ó contribuyen á los placeres de un príncipe, le interesan mucho mas que no los que solo tienen el mérito de servir bien al estado. El buen ministro no está seguro del favor sino al lado de un soberano ilustrado y virtuoso.

Los ministros mismos tienen, pues, el mayor interés en que el príncipe sea virtuoso; así que, lejos de adular á los déspotas sometiendo á su arbitra-

riedad la patria, lejos de provocar contra los pueblos á estos leones desencadenados, deberian oponer la razon, la verdad, la justicia, y aun el terror á sus fruriosos enojos; deberian tener siempre muy presente que sin leyes no hay grandezas, dignidad ni privilegios algunos seguros; que un gobierno injusto, siempre guiado del capricho, destruye en un momento cuanto se opone á sus locas fantasías; que á sus ojos los hombres mas elevados, los mas hábiles, no son sino esclavos que un débil soplo los reduce al polvo y á la nada. Entre los tiranos del Asia, el visir que mas ha contribuido á sostener ó ampliar la tiranía de su señor, se ve frecuentemente obligado á ofrecer humildemente su garganta al cordon que el ingrato le envia con sus nudos asesinos.

Todo favorito de un soberano debiera tener presente de contínuo, que él es un ciudadano escogido para asistir con sus luces á otro ciudadano, encargado por la nacion de la administracion general del estado; todo ministro debiera conocer que servir á un déspota en sus designios, es hacerse él mismo esclavo con toda su posteridad, es degradarse á sí propio, es arriesgarse sin defensa á los golpes de la tiranía, es renunciar al título de ciudadano por el de traidor. Todo ministro virtuoso debe renunciar su destino, cuando la perversidad ó la tiranía le ponen en la imposibilidad de ser útil á su patria; el ministro complaciente á los caprichos y vicios de una corte estragada tan mal sirve á su amo como á su país. Un depositario de la autoridad, si es que no ha sofocado en su alma todo afecto de honor ó de vergüenza, no debe estar un momento indeciso en huir y renunciar de un poder que solo le atraeria el desprecio y el odio de sus contemporáneos, y la execracion, de la posteridad: el crédito de un ministro de la tiranía, ademas de ser poco durable, es seguido de un oprobio eterno. El egercicio de injusto, de cruel exactor y de verdugo de sus conciudadanos ¿puede acaso ser glorioso y digno de la ambicion de un hombre de honor?

Por los ministros juzgan siempre los súbditos de sus soberanos: los aman ó los aborrecen, los estiman ó los desprecian. Por esto los príncipes tienen el mayor interés en no confiar el poder sino á hombres justos, moderados y virtuosos, que son los que harán amable y respetada la autoridad. El soberano puede muy bien engañarse acerca de los talentos del espíritu, pepero con dificultad se engañará en las costumbres de la vida privada; él debe saber que un avaro, un sensual, un hombre entregado á las mugeres, un pródigo, un hombre duro y sin piedad, ó un ente ligero y vano, son incapaces de hacer amable y respetado el poder. La probidad, el amor del trabajo, la afabilidad, las buenas costumbres, son cualidades mucho mas importantes en un ministro, que no un talento superior, el cual es muy raro; ó que un entendimiento sublime, espuesto á estraviarse, y siempre temible y perjudicial cuando no está sujeto á la razon tranquila. Una preocupacion muy comun persuade á los

soberanos como al vulgo, que el talento basta por sí solo para llenar los grandes destinos; mas el talento se halla sujeto á fatales estravíos, cuando no está acompañado de la bondad de corazon. El talento y el entendimiento juntos con la justicia, la rectitud, la esperiencia y las buenas costumbres, constituyen un hombre de estado, un ministro querido y reverenciado; ellas forman un Sully, un Maurepas, un Turgot, un ministro verdaderamente ciudadano, que jamás separará los intereses del príncipe de los de sus vasallos.

No solo prestándose á la injusticia y á la tiranía un ministro se hace culpable con su patria, sino tambien descuidando sus deberes, y dando á la disipacion, á la intriga y á los placeres el precioso tiempo que debe á los negocios del estado. Todo hombre empleado pertenece al público y á sus conciudadanos; si es ligero, inaplicado é indolente, puede hacerse tan criminal como si fuera decididamente un perverso. ¿Qué de acriminaciones y remordimientos, si entra alguna vez en su interior, no sentirá al reflexionar que sus diversiones, su inadvertencia, su descuido hacen gemir á una multitud de ciudadanos pobres y miserables, los cuales, despues de haber servido bien al estado, se arruinan en solicitudes inútiles, viéndose reducidos al deplorable estado de hacer antesalas noche y dia como unos mendigos? ¿No es verdadera crueldad el tener suspensos entre la esperanza y el temor á unos desgraciados, à quienes una pronta decision hubiera podido salvar de su ruina? Mas en el seno de la abundancia y de los placeres, los grandes no tienen idea alguna de las congojas de los pobres. Ellos arruinan de paso, aun sin notarlo siquiera, á millares de infelices y desgraciados. El conocimiento y la sensacion de las penalidades mas comunes á los hombres ¿es posible que estén tan ignorados de los que pueden y deben consolarlos? ¿En qué agonias y martirio no debiera vivir un depositario de la autoridad, si pensase en que sus ligerezas y sus inadvertencias pueden causar la infelicidad de un sin número de familias virtuosas, y condenarlas á vivir eternamente en el llanto y la desesperacion?

No aconsejes á los príncipes, dice Solon, *lo que les agrade*, *sino lo que les sea útil.* Un ministro complaciente y adulador no hace mas que alimentar en el alma de su señor los vicios á que su señor, el estado y él mismo serán un dia sacrificados. La veracidad debiera ser la primera virtud de un ministro fiel; destinado á ver mas de cerca que el príncipe las necesidades, los deseos, y las desgracias de los pueblos, no puede menos de ser traidor á la patria y al príncipe si engaña á este y le oculta la verdad. El príncipe debe ser conmovido á piedad cuando sus súbditos padecen; debe temblar, cuando estos se hallan descontentos; él es quien debe por su estado conocer los males y las disposiciones de su pueblo; y á él le toca acallar sus lamentos y sus quejas. Todo ministro fiel debe ser el ojo de su soberano, y el órgano del pueblo. Esos cortesanos

aduladores, que temen disgustar á los reyes ó afligirlos, son prevaricadores y traidores, porque ¿cómo un rey debe estar tranquilo, cuando su nacion es miserable?

Mas en los gobiernos imprudentes, vanos y corrompidos, la verdadera grandeza es totalmente desconocida. Tanto el déspota como sus privados son unos niños, que contentos con gozar de algunas ventajas y de placeres vanos y pasageros, no fijan su vista en lo venidero. Cada uno procura sacar partido de su poder efímero, y cuidan poco ó nada en lo que serán algun dia él, el príncipe y el estado. Si es imposible que el poder absoluto forme buenos soberanos, no es menos dificil que este mismo poder forme ministros verdaderamente afectos á sus soberanos y fieles á sus deberes.

Los ciudadanos mas poderosos igualmente que los mas débiles, se hallan evidentemente interesados en que se observe la equidad; asi encontrarán en las leyes auxilios contra la perversidad y la intriga que pretendieren oprimirlos. La grandeza, para ser estable, debe apoyarse en la justicia; si esta virtud reina en la sociedad, ella sostiene á todos sus miembros é impide que ninguno sea castigado sin causa ó injustamente oprimido. Esta justicia universal y social es una muralla mucho mas segura contra la violencia que no los vanos privilegios, los inútiles títulos, y las frívolas distinciones, que el capricho da y quita á su antojo. La grandeza y el poder ¿pueden apreciarse en algo, cuando dependen únicamente [illegible] capricho de un déspota, de una manceba, ó de un visir? El ciudadano que vive en la oscuridad ¿no vive mas seguro en el goce de sus derechos bajo un gobierno libre, que un ministro el mas acreditado bajo el imperio del despotismo, el cual no es otra cosa que un mar borrascoso perpétuamente agitado de vientos encontrados? Todo déspota es un niño que se complace en romper y destruir los juguetes que le divierten.

Si los ministros, ó las personas revestidas del poder, hacen las veces de un soberano justo en las diferentes partes de la administracion, deben de consiguiente hacerle querido de los pueblos, ser justos como él, y hacer amable su autoridad. Uno de los principales deberes de un ministro, y de todo hombre constituido en dignidad, es ser accesible á todos, recibir bondadosa y benignamente las súplicas ó representaciones de los súbditos, y hacerles una justicia imparcial y pronta. Un ministro duro, seco é inaccesible ofende la reputacion de su soberano. El que es poco grave en sus modales, y entregado á sus placeres, descuida con gran perjuicio sus negocios y se hace inútil. Todo ministro público debe ser exacto y grave; no es decir que use altanería, sino atencion, gravedad en las costumbres, y el decoro que conviene á un puesto respetable. El ministro que solo atiende á los que le rodean, será siempre engañado, y pasará por un ignorante y á veces por injusto ó vicioso.

Una de las mayores desgracias que siguen á la grandeza y al poder, es la de verse obligados el grande y el po-

deroso á temer á su misma familia y á los mas queridos amigos, y tener que armarse contra los afectos de su mismo corazon. Sus relaciones con el estado deben siempre pesar y poder mas con él, que no sus conexiones particulares: el hombre público no es dueño de sus mismos afectos, ni debe recibir otras impresiones que las de la justicia y del interés del estado, del que dependen su honor y su gloria. Un ministro que solo es bueno para los suyos, es un hombre de un alma débil y pequeña. *Yo no puedo hacer lo que me pedís, porque sois muy amigo mio*, decia un sugeto digno de su empleo á un favorecido suyo que le pedia una cosa poco justa.

Un ministro pródigo ó que nada sabe negar, no es un hombre benéfico, sino un débil, un administrador infiel, un prevaricador. Derramar los tesoros del estado para formar hechuras suyas, es hacerse culpable; todo ministro que se conduce bien, no necesita ni de partidarios ni de cábalas; la inocencia de su conducta le basta mientras se halla empleado; y su conciencia debe ser su fortaleza y su apoyo cuando deje de estarlo. Arrojar las riquezas del estado á cortesanos hambrientos, ó á grandes siempre codiciosos, es privar de lo necesario al infeliz y desgraciado, cuyas verdaderas necesidades deben ser preferidas á las necesidades imaginarias de la vanidad.

¿Será posible que los hombres mas ricos hayan de absorverse enteramente las riquezas y las recompensas de las naciones? No, ciertamente; ellas están principalmente para pagar, reanimar y socorrer al mérito laborioso, la tímida pobreza, los talentos afligidos, los servicios hechos al estado. A la honradez desgraciada es á la que el hombre en dignidad debe alargar su benéfica mano. El rico y el grande tienen sobrados recursos para obtener lo que desean, que de ordinario es criminal é injusto. Solamente, por lo comun, para oprimir al inocente y para sofocar los clamores del infelíz, para despojar al ciudadano, para esclavizar al débil, los odiosos y aborrecibles cortesanos importunan á un ministro, pretendiendo de este modo hacerle cómplice en sus iniquidades. Bajo un gobierno injusto, los grandes se consideran degradados si no gozan del horroroso y terrible privilegio de dañar á los otros, haciendo por lo comun consistir en esto su preeminencia.

Por una fatalidad harto comun, los hombres que mas debieran distinguirse en la elevacion de sus almas, muestran una pequeñez incomprensible; y solo se muestran ocupados de vanidades, de fruslerías y de juguetes, á los que sacrifican locamente su reposo, su fortuna, su propia seguridad, y la libertad de sus descendientes y de sus conciudadanos. ¡No parece sino que la grandeza de alma y la razon no existen para los grandes, y que las personas elevadas sobre las demas no se distinguen realmente sino en su imprudencia y sus locuras!

Un estraño trastorno de ideas hace que los grandes, por la mayor parte, se figuren que no gozan del poder, si no pueden abusar de él: crédito, po-

der, privilegio, grandeza, se hacen sinónimos de licencia, corrupcion é impunidad. Los soberanos y sus subalternos anhelan únicamente hacerse temibles, y en nada procuran hacerse amables: solo desean el poder para destruir á cuantos les incomodan, sin cuidar de atraerse el afecto de nadie. En el concepto de la mayor parte de los grandes, ser poderoso es ser temible, y por consecuencia aborrecido; ser grande, es gozar del derecho de ser injusto, de dañar impunemente, de hacerse superior á las leyes, de oprimir al débil y al inocente, de menospreciar é insultar al ciudadano oscuro y desgraciado, y de hollar todo cuanto los hombres tienen de mas sagrado y respetable. Ser grande á los ojos del vulgo imbécil, es ser dueño de suntuosos palacios, de grandes posesiones, á veces mal adquiridas, de trenes magníficos, de soberbios caballos, de una comitiva de criados insolentes, de trages costosos, y de cintas, diges y collares, que indican el favor del príncipe ó de sus ministros; ser grande, es á veces, no teniendo verdaderas riquezas, hacer un gran papel á costa de una multitud de acreedores, indignamente sacrificados á su vanidad. En fin, ser grande, es tener por su nacimiento el derecho de aumentar la tropa de los esclavos *titulados*, que van vil y cobardemente á hacer la corte á un déspota, ó á recibir los desaires y menosprecios de un ídolo que apenas deja caer una mirada sobre la multitud envilecida que le rodea. ¡ En estas bajezas, ó en estos crímenes, es en lo que los pueblos hacen consistir la grandeza de los ciudadanos que los oprimen! Cuanto mas injusto es un gobierno, tanto mas insolentes y fastuosos son los grandes; ellos se vengan con el pobre de las afrentas é injurias que sufren con frecuencia; y encubren y disfrazan su esclavitud y su verdadera pequeñez con el vano aparato de la magnificencia. Una corte muy brillante anuncia siempre una nacion pobre y miserable, y unos grandes que se arruinan por no parecerlo.

A los ojos de la razon, el poder y la grandeza no son bienes apetecibles, sino cuando dan los medios de hacerse querido y apreciable. Ser verdaderamente grande, es mostrar una grandeza verdadera de alma; tener poder y crédito, es hallarse en estado de preservarse de toda injusticia, y de proteger á los otros; tener privilegios firmes y prerogativas seguras, es poseerlas en comun con los demas ciudadanos. Ser libre, es no temer á nadie, y no depender sino de las leyes sólidamente fundadas en la equidad. Tener valimiento, es poseer los medios de hacer bien á los hombres, y no el fatal poder de dañarlos; es gozar de la facultad de hacer felices, y no de la horrorosa licencia de insultar á los miserables; es ser el hombre dueño de sí mismo, y huir de ser esclavo; es encontrarse en disposicion de derramar beneficios sobre sus semejantes, y no de egercer el arte infame de arruinarlos con estafas criminales y punibles. Ser noble, es pensar noblemente, es tener unos pensamientos mas elevados que el vulgo; ser *titulado* es haber adquirido unos derechos in-

contestables á la estimacion de sus conciudadanos. Ser hombre de *calidad* es tener las buenas calidades que le distingan del comun de los mortales. ¿Qué serán, pues, los grandes que solo se distinguen de los demas hombres en vanos títulos y palabras, en sus vestidos, en sus diges, y en meras esterioridades?

CAPITULO V.

DEBERES DE LOS NOBLES Y DE LOS MILITARES.

Se llama *nobleza* entre nosotros la consideracion que se tiene en la opinion pública á los descendientes de aquellos que han servido bien á la patria. Reconociendo los servicios de sus antecesores, la sociedad los *distingue*, esto es, les muestra mas aprecio que á los demas. Esta consideracion y estas distinciones, concedidas en memoria de una utilidad pasada, fueron ideadas ciertamente para estimular á los descendientes á que sigan las huellas de sus predecesores, y á que, como ellos, se distingan por sus talentos y su celo. Todo ciudadano que contribuye á la felicidad pública, debe ser reputado *noble*; esto es, merece ser preferido á los que ningunas ventajas producen à sus asociados.

Segun este principio toda sociedad, por su propio interés, debe manifestar una consideracion particular á los militares valientes y generosos, que á costa de su vida y de su fortuna la defienden contra sus enemigos. Una consideracion igual de distincion es debida á los magistrados encargados de mantener la justicia entre sus miembros, y de reprimir las pasiones que turbarian su reposo. El derecho de hacer justicia á sus conciudadanos es la funcion mas útil y mas noble que un ciudadano puede egercer: si el soldado defiende su pais contra los enemigos de fuera, el magistrado le defiende contra los enemigos abrigados en su seno, no menos peligrosos y temibles que los primeros. Si el militar consagra su vida á la defensa de la patria, el magistrado ofrece la suya y sacrifica sus dias al mantenimiento de la justicia, sin la cual ninguna sociedad podria subsistir. *Debe destruirse*, dice Ciceron, *la opinion de los que se imaginan que las virtudes guerreras son mas apreciables que las que tienen por objeto el interior del estado.*

Por la misma razon las naciones deben conceder un lugar distinguido en su estimacion á todos los ciudadanos que con sus talentos y merecimientos les hacen servicios eminentes. La sociedad, so pena de ser injusta y desalentar á los miembros que podrian contribuir á su bienestar, debe proporcionar sábiamente su consideracion y sus recompensas á la estension de las ventajas que recibe. "Todos, dice Séneca, pueden aspirar á lo que constituye la verdadera nobleza del hom-

»bre, como son la recta razon, un al»ma justa, la sabiduria y la virtud.» Estas son las cualidades que una asociacion justa debe honrar y recompensar en sus miembros.

En toda nacion se halla establecida una suerte de *gerarquia* politica, de la que el soberano es el gefe, porque él dirige las voluntades y los movimientos de los diferentes cuerpos del estado. Por consecuencia, el príncipe es el distribuidor de las gracias á nombre de la sociedad, y el dispensador de sus recompensas; encargado del agradecimiento público, juzga del mérito de los ciudadanos y del grado de aprecio y de estimacion que debe asignárseles: si el príncipe es justo, la sociedad aplaude su juicio y la fidelidad que muestra en pagar los servicios que se le hacen; pero si es injusto, la sociedad contradice sus dictámenes, como capaces de intimidar al mérito y los talentos necesarios á su felicidad, y rehusa sus respetos al que ve injustamente recompensado.

Cuando un príncipe ennoblece á un ciudadano ó le da algun título honroso, declara á su nacion que este hombre, habiéndola servido, es digno de ocupar un puesto distinguido entre sus conciudadanos, y que tiene derechos fundados á su gratitud. Si el favor, la intriga ó la bajeza son las que le dan esta nueva distincion, la sociedad lejos de suscribir en tal caso á los honores concedidos y de tributar al hombre á quien se dan su estimacion y su agradecimiento, le castiga ridiculizándole, le desprecia, y reclama contra la decision del soberano, ó sorprendido ó parcial. Ningun soberano, por absoluto que sea, puede sojuzgar la opinion pública hasta el estremo de que considere y respete á un ciudadano que no es apreciable ni respetable por sí mismo.

Esta opinion respeta todavia menos una nobleza adquirida á costa de dinero, la cual solo supone en el que la logra riquezas, y no mérito ni talentos, que son únicamente los que merecen el reconocimiento público; este medio vil de obtener las distinciones, ha sido efecto de la avaricia de algunos príncipes que han sabido aprovecharse de la vanidad de sus súbditos opulentos, vendiéndoles bien caro el humo de que tanta estimacion han hecho; mas los soberanos se privaron así de un medio fácil de recompensar al verdadero mérito, dando á la riqueza una distincion, la cual sábiamente economizada, hubiera sido muy útil para fomentar al mérito y los talentos. Con este vergonsoso tráfico, la nobleza se vió prostituida á hombres nuevos, que sin haber hecho servicios algunos á la patria, lograron unos privilegios odiosos al resto de los ciudadanos.

Mas la opinion pública no puede nunca suscribir á este comercio vergonsoso y visiblemente contrario al bien de la sociedad, además de ser opuesto á las preocupaciones anteriores. Las naciones, poco dispuestas á reconocer las preeminencias de tantos nobles nuevos y sin mérito, reservaron su consideracion para una nobleza mas antigua, perpetuándola en la descendencia de los antiguos defensores de la patria. Todo lo que tiene

el carácter de la antigüedad, tenida siempre por muy sábia, impone veneracion á las naciones. De este modo, por una preocupacion confirmada hace muchos siglos, continúan respetando los pueblos á los descendientes de los antiguos guerreros, sin examinar los méritos de sus antepasados, y lo que es mas, sin atender á si estos descendientes han hecho servicios algunos efectivos á la patria. ¿Cómo un hombre puede honrarse á sí propio con lo que no es suyo? ¿Y cómo pondrá su grandeza en el mérito que esté en otro?

Así las preocupaciones antiguas se opusieron á las nuevas distinciones introducidas en la sociedad; los pueblos estúpidos admiraron la nobleza antigua, únicamente porque sus padres la habian temido y respetado por largo tiempo. Una ciega rutina decide de la opinion de los hombres, los cuales raras veces pueden dar razon de sus modos de pensar y de obrar: y por una especie de contagio heredan hasta las preocupaciones que mas los envilecen.

Si puesta la balanza de la razon y de la justicia en la mano, se pesan en ella las ideas que tiene la Europa de la nobleza antigua, reverenciada en sus últimos retoños, será forzoso reconocer que esta opinion nada tiene de sólido. Se hallará que esos antiguos guerreros, de que traen su origen los nobles del dia, turbaron mas bien á la patria que no la sirvieron; ellos contribuyeron mas bien á esclavizarla que á defenderla, libertarla y hacerla felíz; si la defendieron fielmente contra los enemigos de fuera, la entregaron regularmente á los enemigos de adentro, sometiéndola al poder de tiranos.

Aun dando por ciertas la grandeza y la realidad de los servicios hechos á la patria por los antiguos héroes de las naciones, el agradecimiento de estas nunca hubiera debido estenderse hasta su mas remota posteridad. Si la equidad prohibe castigar á los descendientes por los delitos de sus antecesores, esta misma equidad no puede exigir que se recompense sin fin ni término á los descendientes por las virtudes y talentos de sus abuelos. La virtud no se transmite con la sangre; el mérito es una cualidad personal: así que, la razon y el interés público exigen que los honores, las distinciones y la nobleza, en vez de ser hereditarias, queden en manos de un gobierno justo, como medios para estimular á servir útilmente al estado, y para recompensar á los que verdaderamente contribuyan á su felicidad presente. ¿Es justo por ventura que un hombre, cuyo incierto linage ha estado por lo comun ocioso siglos enteros enmedio de sus heredades, y sin hacer servicio alguno señalado á la patria, goce de consideracion y privilegios destinados á remunerar el valor guerrero? ¿Es justo que el hombre inútil sea honrado, distinguido, respetado y recompensado con inmensas prerogativas en perjuicio del ciudadano laborioso, porque hace siete ú ocho siglos que uno de sus antepasados tomó las armas en defensa de su pais? Posea en buen hora este hombre las heredades ó posesiones concedidas en lo antiguo á sus padres; mas la equidad parece que exige que si pretende gozar de las distin-

ciones y privilegios de la nobleza, trabaje él mismo por merecerlas, y no se ensoberbezca con las proezas de sus abuelos, que no ha procurado imitar. *La estimacion y el aprecio de un hombre*, dice Montagne, *han de ser cordiales y voluntarios.*

La vanidad es el vicio de la nobleza: fundado en opiniones tan frívolas como hemos visto, el noble se figura que es en realidad un ente de un órden superior al resto de los ciudadanos: no parece sino que, formado de un barro mucho mas puro, nada tiene de comun con sus compatriotas. *La ilusion de la mayor parte de los nobles*, dice Mr. Nicole, *les hace creer que su nobleza es en ellos un carácter natural é indeleble.* Otro moralista habia dicho antes que él: *á la verdad, la nobleza es un don casual, y una calidad de otro. ¿Qué cosa mas necia que gloriarse de lo que no es suyo?.... aquellos que por sí mismos no tienen mas que esta nobleza, la hacen valer altamente, y siempre están hablando de ella: toda su gloria está en los sepulcros de sus antepasados... ¿De qué le sirve á un ciego que sus padres hayan tenido buena vista?...... Ser descendiente de los que sirvieron bien al público, es estar obligado á imitarlos.* Podia añadir todavia, que el mérito real ó pretendido de sus padres ningun derecho le daba á la nobleza para despreciar á sus conciudadanos, y que una vanidad enfadosa haría olvidar este mérito aun cuando hubiese sido mas real y verdadero de lo que denota la historia.

Seguramente, los anales de todas las naciones nos muestran en los antiguos nobles un cuerpo de guerreros turbulentos, siempre divididos entre sí por contiendas tan injustas como fútiles, y únicamente ocupados en atormentarse los unos á los otros, ó en hacer sentir cruelmente el peso de su autoridad á sus vasallos y á sus siervos. Vemos á estos furiosos continuamente en guerra, despedazando á las naciones con sangrientas pendencias. Los vemos imponer á sus súbditos unas obligaciones por lo comun tan ridículas como tiránicas, y formar de ellas sus derechos. Vemos, en estos desgraciados tiempos de turbaciones y de miserias, á los reyes debilitados hasta el punto de no poder reprimir las violencias de estos frenéticos, ocupados incesantemente en destruirse los unos á los otros, y que con desprecio de la autoridad soberana se rebelaban contra ella siempre que intentaba contenerlos. Homicidios, robos, saqueos é infamias son los títulos respetables que la nobleza nos presenta en la historia. En fin, esta nobleza, siempre delirante y discorde, y siempre separada de los intereses del resto de la nacion, se vió rendida y agobiada al fin bajo la fuerza poderosa y reunida de los príncipes ambiciosos; los cuales sujetaron á estos guerreros tan feroces de tal modo y á tal punto, que los redugeron á pedir y solicitar la única preeminencia de representar el papel de sus esclavos en la corte, y de hacerse los satélites y apoyos de los mas injustos tiranos contra la patria y sus conciudadanos. ¿Una servidumbre voluntaria puede ser compatible con la verdadera nobleza? *Todo el que entra*

libre, dice Sófocles, *en el palacio de los reyes, se transforma prontamente en esclavo.*

Tal fué, y tal debió ser necesariamente el término de los escesos contínuos de una nobleza ignorante, turbulenta é imprudente, que jamás conoció sus verdaderos intereses. Una necia vanidad, y unos privilegios las mas veces injustos, obtenidos astutamente de los soberanos, hicieron siempre insociables á los nobles y á los grandes: ellos creyeron que no les convenia hacer causa comun con los *plebeyos*, ó las gentes del *estado llano*; despreciables y arruinadas estas por ellos, la nacion no tuvo ya fuerzas que oponer al despotismo; este, por último, logró ir oprimiendo y sojuzgando todos los órdenes del estado (1). El espíritu de faccion, siempre contrario al espíritu patriótico, causó la pérdida de los estados y el envilecimiento de la nobleza misma.

Por una preocupacion contraria á toda justicia, los hombres se figuran débiles y desgraciados cuando no tienen la libertad de hacer mal à los que están bajo de ellos. El crédito, el poder y las prerogativas no son ordinariamente sino la facultad de oprimir á los mas débiles, y de hacerles sentir el peso de su autoridad. *Aun aquellos mismos*, dice Juvenal, *que no quieren matar á ninguno, desean tener poder para ello.* Insensatos! ¡pues no ven que el poder mas apetecible es el de hacerse amar! ¡y no conocen que la fuerza injusta puede ser sojuzgada por una fuerza mayor! ¡En fin, esos nobles, que cuentan entre sus privilegios el derecho infame de atormentar, de robar, y de hacer perecer á sus desventurados súbditos, no llegan á persuadirse que la anarquía y los desórdenes abren un ancho y libre camino al despotismo! Los pueblos oprimidos prefieren mas el tener un solo tirano, que no el obedecer á cincuenta, cuyas discordias entre sí hacen contínua su infelicidad (1).

Tantos egemplos memorables que comprueban estas tristes verdades ¿no debieran abrir los ojos de la nobleza, y demostrarle con la mayor claridad que nada es mas contrario al bien de la sociedad, á la prosperidad nacional y á la buena política y sana moral, que ese orgullo imbécil que la separa del cuerpo de las naciones? Todos los ciudadanos de un mismo estado, grandes ó pequeños, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres, siendo miembros de un mismo cuerpo ¿no deben amarse, sostenerse, y trabajar de concierto en la felicidad pública? ¿Con qué razon ni derecho el noble puede despreciar al

(1) Federico I, rey de Dinamarca, con el designio de obtener auxilios y socorros de los nobles de su reino, se vié precisado á concederles el derecho de ser dueños de los pueblos; confiriéndoles la autoridad de vida y muerte sobre sus vasallos, y la de poder condenarlos à la pérdida de sus bienes inmuebles, sin apelacion alguna á los tribunales ordinarios.

Mallet, hist. de Danemarke, tom. 4, pág. 10.

(1) La tiranía de los nobles obligó á los daneses en 1660 á conferir al rey el poder absoluto. La mala administracion del senado de Suecia fué la causa en 1772 de la revolucion en este reino.

labrador que le alimenta y enriquece, al artesano que le viste, al comerciante que le proporciona sus recreos, al literato que le instruye y entretiene, y al sábio que trabaja en su beneficio?

Mas por un efecto de sus preocupaciones, ordinariamente la nobleza desdeña la instruccion, y parece que se vanagloria de su ignorancia (1). Destinado casi siempre á la guerra, la cual unas necias prevenciones le presentan como la sola ocupacion digna de la nobleza, el noble desprecia las ciencias, y raras veces procura la instruccion. Si el noble es de una familia ilustre y distinguida, ó favorecida del príncipe, está muy seguro de llegar á los grados mas elevados sin necesidad de tomarse el trabajo de cultivar sus talentos. Si el noble está ignorado de la corte, no se dedica al egercicio de la guerra, sino que vive totalmente inutil y desocupado en las heredades ó posesiones de sus padres, donde regularmente egerce una tiranía fatal á sus vasallos.

Los héroes y los grandes capitanes de la antigüedad, que en nada cedian á nuestros guerreros modernos por su valor y talentos militares, no desdeñaban instruirse en las escuelas de la filosofía. Los Epaminondas, los Pericles, los Alejandros no miraban la cultura del entendimiento como un ornato supérfluo en un gerrero. Escipion, el vencedor de Cartago, vivia en la mas íntima y estrecha amistad con Terencio el liberto: este grande hombre cultivaba las leyes y la filosofía; "y nunca estaba »mas ocupado, segun Ciceron, que »cuando parecia que se hallaba en el »mas profundo reposo."

No hay ciudadanos que mas necesiten del estudio y de las ciencias que los nobles y los militares, que por lo comun entre nosotros hacen tanto alarde de su ignorancia. Esta y la ociosidad fastidiosa en que por lo comun vive sepultada la nobleza moderna, son las causas de los vicios, de los escesos y de las vilezas que con frecuencia las deshonran. El militar no está en accion sino muy corto tiempo con respecto á la duracion de su vida: una vez cumplidas sus funciones, nada tiene que hacer; la paz le deja en una indolencia y pereza completas; asi es que entonces se le ve, á costa de sus bienes, entregarse desenfrenadamente al juego, á la disolucion, á la galantería y á desórdenes de toda especie, haciendo para esto los gastos mas ruinosos: en fin, disipada toda su fortuna, se ve obligado á contraer deudas, á ser un petardista y un bribon, á *vivir de industria*, y quizá, quizá, á cometer acciones que causarian la mayor vergüenza á los mas ínfimos ciudadanos.

La ociosidad de los nobles y de los militares, su pasion al juego, su libertinage, y sobre todo su impetuosa vanidad, son tambien las causas de sus frecuentes disputas y contiendas, que muchas veces terminan en sangrientos duelos. El honor, entre muchos de

(1) El tirano Licinio decía que la sabiduria era la peste de un estado. Habiendo dicho un rey de Castilla que *el estudio de las ciencias no convenia á un noble*, Alfonso, rey de Aragon, al contárselo, exclamó diciendo que *semejante dicho era propio de una bestia, y no de un hombre.*

nuestros militares modernos, no es la justa estimacion de sí mismo confirmada por los otros, la cual solamente puede fundarse en la conciencia de su propia dignidad, conciencia que la virtud inspira; sino que este fútil honor es el temor de verse despreciados porque saben que lo merecen. Un duelo no probará jamás que uno tenga razon ni honor; un duelo solamente prueba impaciencia, vanidad y atolondramiento, cualidades muy contrarias á la fortaleza, á la verdadera grandeza de alma, y á la humanidad. El hombre de honor es aquel que merece ser honrado. ¿Qué tiene de honrosa una accion obra de la flaqueza y crueldad? Los famosos capitanes de Grecia y de Roma, tan valientes y honrados como pueden serlo nuestros militares modernos, soportaban un insulto, y no pretendian lavarle con la sangre de sus conciudadanos.

Si las distinciones destinadas á la nobleza tienen el mérito y la virtud por fundamento real ó supuesto; si esta nobleza hace una verdadera profesion del honor, los nobles tienen unas obligaciones mas fuertes que los otros de acreditar en la sociedad sus talentos y sus virtudes. *La virtud es la verdadera nobleza*, dice Juvenal. Asi que, un noble ignorante, un noble sin mérito y sin talentos, un noble vil y bajo, un noble infamado por sus disoluciones, sus vicios, sus deudas y sus picardías, en una palabra, un noble sin virtud es una contradiccion en los términos. Ciertamente, un plebeyo el mas oscuro, si es virtuoso y trabajador, es un ciudadano incomparablemente mucho mas apreciable, que no el noble inútil ó malvado, que se figura autorizado á despreciarle: el que sirve bien á la patria nunca es villano ni plebeyo. *Muy pocos nobles hay sobre la tierra*, dice un árabe.

No se ensoberbezca, pues, la nobleza por los méritos y servicios de sus padres. Gima antes bien por su ceguedad y sus delitos, que tantas veces han destruido y hecho infeliz á la patria; espie con sus beneficios sus locuras tan dañosas á sí mismos como á sus conciudadanos; avergüéncese de haber contribuido tan cruelmente á poner á su patria bajo el yugo del despotismo que defiende, y de quien es esclava; renuncie á esa ignorancia y á esas preocupaciones que no le permiten otra profesion y egercicio en la sociedad que la de sacrificarse á los injustos caprichos de los conquistadores: estos no miran la nobleza entera sino como un monton de víctimas destinadas á servir á su propia ambicion. Siempre engañada por la opinion transmitida á ella por sus antecesores, y mantenida por una política engañosa, esta nobleza se sacrifica y se arruina por solo un vano humo: en fin, seducida por la vanidad, un lujo ruinoso que multiplica sus necesidades la obliga á renunciar á su libertad, y á postrarse vilmente á los pies de sus amos y señores, para que estos la den con qué satisfacerlas. Bajo un gobierno arbitario, el lujo es un medio muy poderoso para humillar y abatir á los nobles y obligarles á que reciban y sufren el yugo. El honor y el des-

potismo serán siempre incompatibles.

No hay ciudadanos á quienes la instruccion, la virtud y los talentos sean mas necesarios que á los nobles y á los militares: destinados por el estado para reglar la suerte de las naciones, llamados á los consejos de los reyes, encargados del mando de los ejércitos y de la existencia de los imperios ¡ cuántos conocimientos no deben reunir! Mas por una fatalidad harto comun, los hombres nacidos para dirigir á los otros, suelen burlarse de la virtud, despreciar las ciencias y aborrecer la instruccion. El militar se figura que su profesion no le impone otro deber que el ser valiente y menospreciar la vida. ¿Pero cómo no ve que la guerra es un arte que supone esperiencia, reflexion, y á veces el mayor talento? El ser tan raros los grandes generales ¿no prueba claramente la dificultad de su egercicio? No es en el seno de las ciudades corrompidas, no es à los pies de las beldades, no es enmedio de las intrigas de la corte, no es en las antesalas de los ministros donde un capitan aprende á defender á su patria, á formar los campamentos, á disciplinar á los soldados, á desplegar los batallones. ¿Hay nada mas funesto al estado, ni mas criminal que la presuncion de aquellos generales que, faltos de luces y esperiencia, tienen la audacia de ponerse al frente de los ejércitos, cuyas operaciones decidirán quizá para siempre jamás de la suerte y destino de un imperio? ¿Cómo un general se atreve á levantar los ojos à la presencia de un rey y de sus conciudadanos, cuando sabe que su incapacidad es la verdadera causa de los infortunios de su pais? ¿Su corazon no debiera despedazarse con los mas crueles remordimientos al oir los gritos lamentables de tantas familias á quienes su impericia ha sumergido para siempre en la pena y la afliccion? ¿Qué de baldones y acriminaciones no se herá á sí propio al representarse en su imaginacion las legiones enteras pasadas á cuchillo por su loca y cruel vanidad?

No se diga, pues, que la ciencia es inútil á los guerreros, y que el valor les basta. Sin luces, el valor es un atolondramiento ó una ferocidad. El estudio, la reflexion, la ciencia, son de la mayor importancia tanto para los militares como para el estado que defienden. La moral y la política cubren de una eterna ignominia esa vergonzosa ignorancia, que es por lo comun el atributo del guerrero. El oficial no es regularmente mas instruido que el simple soldado. Seguir sin reflexion la rutina del servicio, pelear ciegamente cuando los gefes lo mandan, vegetar en la ociosidad de una guarnicion, consumirse en un fastidio eterno que solo varía y alterna con el desorden y la disolucion, tal es la vida maquinal y molesta en que de ordinario se corrompe el militar hasta llegar á una vejez que, lejos de grangearle respeto y consideraciones, le hace al estremo despreciable; he aquí regularmente lo que se llama *servir*. Por el descuido de no haber adquirido en la juventud los conocimientos que el estudio y la meditacion pueden solamente producir, un oficial encanecido bajo el arnés, nunca es mas que un objeto molesto á sí

mismo y á sus conciudadanos. Un militar sin cultura, por valiente que él fuere, siempre será inútil y despreciable en la paz.

A pesar de las preocupaciones de la mayor parte de los pueblos, que les hacen mirar la profesion de las armas como la mas elevada y distinguida, no hay ciertamente una situacion mas deplorable que la de un viejo militar sin fortuna y sin conocimientos: engañado las mas veces por un gobierno ingrato en cuyo servicio locamente se ha destruido, se ve precisado por último á solicitar su retiro ó una moderada pension para subsistir; mas como los príncipes y sus ministros son por lo comun poco benéficos con los súbditos que ya se hallan inútiles, irritado nuestro héroe al ver su desgracia, lleva aburrido sus contínuas y molestas quejas de corro en corro, é incómodo para todo el mundo, sus enfermedades le acaban poniendo término, enmedio de la mayor miseria, á una vida que le hubiera sido mejor perderla en los combates. Las cualidades morales pueden solas merecer una consideracion que dure hasta el sepulcro.

Demas de esto, el militar por lo comun falto de instruccion y de buenas costumbres, no trae á la sociedad civil otra moral que la que ha sacado de las guarniciones, de los campamentos y de los ejércitos; esta moral, poco delicada en todo lo restante, funda el mérito en la ferocidad puntillosa y en la rudeza habitual ó fatuidad, que ni favorecen á los militares ni hacen su trato apreciable, sino temible y arriesgado.

Los deberes y las reglas que la moral, la razon y la sana política imponen á los nobles y á los militares, les obligan á grangearse la estimacion pública y á merecer los honores, los grados y las recompensas (siempre concedidas á nombre y á costa de la nacion) por sus servicios verdaderos, por sus ventajosos talentos, y por su aficion y cariño á su pais. Lejos por esto de tener el derecho de oprimir á sus conciudadanos, su alta clase, por el contrario, los pone en la necesidad de ser unos egemplos de equidad, de moderacion, de verdadera fortaleza, de magnanimidad, de generosidad y de amor al bien público. Los militares y los nobles son los ciudadanos que, por todas razones, mas adictos y mas íntimamente apegados debieran estar á la patria. El mérito militar consiste en defender valerosamente las personas y las posesiones de todos contra los que tratasen invadirlas. De aqui se infiere que el soldado es un traidor y además es cobarde, si vende su vida al despotismo y la tiranía, que fueron y serán siempre los mas implacables enemigos de toda sociedad (1). Un militar tan loco que se sacrifica á los caprichos de un tirano, no es mas que un gladiator mercenario. Un ciudadano que él mismo pone los hierros de la esclavitud á su patria, es un furioso que pega fuego á su propia casa, á riesgo de perecer él

(1) No son hombres valientes y esforzados, dice Firmico, los que venden su sangre arriesgándose á la muerte por los caprichos de otro. ¿No es ciertamente, dice Antífanes, arriesgarse á la muerte, el ganar su sustento con peligro de su vida?



mismo con toda su descendencia. ¡Qué horrible y abominable herencia es dejar á sus hijos y descendientes el oprobio de la servidumbre! (1)

En obedecer ciegamente consiste toda la moral del soldado. Pero si esta moral conviene ciertamente y es necesaria en los campos y en los ejércitos, no se debe enseñar en las ciudades ó en la sociedad; porque esto sería transformar á los militares en insensibles máquinas, en viles instrumentos que, en manos de los tiranos y déspotas, destruirian las leyes y la libertad. La obediencia ciega y maquinal á los gefes injustos, es una traicion contra la patria, á la cual el militar debe defender contra sus enemigos: si esta obediencia es laudable y precisa en el simple soldado, incapaz siempre de razonar y de formarse ideas de justicia, ella es culpable y deshonrosa en los que le mandan; la educacion debiera haberles inspirado unos pensamientos mas nobles y mas generosos que á los autómatas cuyos movimientos dirigen. Mas la política de los tiranos cuida mucho de levantar siempre una muralla de bronce entre los nobles, los militares y sus demás súbditos. La nobleza militar, que forma una clase distinguida, se consagra servilmente á la voluntad de los príncipes mas malos; y engañada y seducida con vanos privilegios, pensiones y títulos aéreos, nada tiene de comun con los diferentes órdenes del estado. Todo militar se cree siempre dependiente del príncipe y libre de todo vínculo con su nacion; y deja de ser ciudadano para ser un satélite, un mercenario, un esclavo. Las leyes, la libertad, la justicia, y con ellas la felicidad, son bien pronto desterradas de los estados cuyos soberanos tienen á sus órdenes muchas tropas veteranas.

Hablar de patria, de moral y de obligaciones á los que por lo comun han compuesto hasta aquí los ejércitos, era esponerse claramente á la risa y á la mofa. La vanidad, el atolondramiento, el libertinage, la pereza y el deseo de una licencia impune, estos eran los motivos ordinarios que llevaban comunmente á una juventud imprudente á la profesion de las armas: los militares de este modo de pensar se figuraban que la razon, la reflexion, la equidad y la virtud no hablaban ni se habian hecho para ellos. La moral debe ser menos poderosa necesariamente con la soldadesca grosera, elegida y compuesta regularmente de holgazanes, vagamundos, gente sin hogar ni domicilio, y muchas veces de malhechores que se han acogido á las armas para sustraerse de la miseria ó de los castigos que tienen merecidos (1).

Un gobierno militar influye del mo-

(1) Un lacedemonio respondió á Indarnes, oficial persa, que le persuadia á que se estableciese en Persia, « tu no conoces el precio de la libertad; porque el que la conoce, si es prudente, jamás la cambiaría por todo el reino de Persia.

Plutarco, dichos notables de los Lacedemonios.

(1) Jenofonte atribuye la decadencia de los persas despues de Ciro, al modo con que entonces se formaban los ejércitos, los cuales no se componian sino de una vil canalla recogida, poco mas ó menos, del modo mismo con el que hasta hoy se han formado regularmente nuestros ejércitos.

do mas sensible en las costumbres de las naciones; cada uno quiere parecerse á los que componen el cuerpo mas distinguido, y por consecuencia todos afectan los modos y maneras militares, siendo vanos, ligeros, sin atencion, y sin buenas costumbres.

No era así como se formaban los ejércitos valerosos de los griegos y de los romanos, cuyas hazañas y hechos memorables nos ha transmitido la historia. Sus generales eran hombres desinteresados, instruidos, guiados de la pasion de la gloria: los simples soldados no eran viles mercenarios, sino ciudadanos, labradores y propietarios, que tenian una patria á la que amaban, porque encerraba y protegía á sus mugeres, sus hijos y sus bienes; que peleaban valerosamente por la libertad, y no en favor del despotismo; y acabada la guerra volvian á sus hogares, donde gozaban de las alabanzas de sus conciudadanos por haberlos defendido con valentía y esfuerzo. La milicia romana, cuando fué mercenaria, decayó de su antiguo espíritu: los soldados ya no fueron sino los instrumentos aborrecibles de los ambiciosos que supieron comprarlos; ellos esclavizaron el estado á los tiranos, á los que tambien destruyeron á su antojo; á fuerza de mortaudades, de rapiñas y de indisciplina causaron la ruina del imperio, que hubieran debido defender mas bien contra sus indignos señores que contra los germanos, los parthas ó los dacios.

¡Tal es la suerte que las tropas mercenarias preparan á las naciones! ¡tales los destinos de los tiranos que se confian y entregan á una soldadesca inconstante y perversa! Esta, despues que ha echado por tierra la equidad, la libertad y las leyes, ensoberbecida con sus victorias, se abalanza como una fiera contra el dueño mismo que ha desencadenado su furor. Los emperadores mas justos y mas sábios, los Probos, los Alejandro-Severos, fueron víctimas de los furiosos soldados, que aborrecian de muerte la virtud de estos príncipes. En fin, tal es todavía en nuestros dias la suerte que los genízaros rebeldes hacen esperimentar á sus sultanes. Los déspotas mismos no pueden contar siempre con los esclavos que guardan su persona. Las fieras suelen despedazar con frecuencia á los mismos que las guardan. La licencia y la corrupcion de los soldados, que los mismos príncipes favorecen, llegan á ser tan funestas á sus amos como á las naciones esclavizadas por ellos. Los instrumentos de la tiranía contribuyen y se emplean tarde ó temprano en la destruccion y ruina de los mismos tiranos.

Bajo los gobiernos introducidos por los pueblos bárbaros que repartieron entre sí las provincias del imperio romano, los generales, los grandes, los nobles y los militares, únicamente obligados á seguir á los reyes en la guerra, se hicieron poco á poco independientes de su autoridad en la paz, y fueron despues representantes, magistrados, y jueces de las naciones reducidas á la esclavitud con sus armas. ¿Mas cual pudo ser la justicia que unos siervos infelices obtendrian de unos hombres brutales, ignorantes,

alimentados con la sangre y la rapiña? ¿Qué proteccion hallarian unos ciudadanos despreciados en unos nobles que no trataron jamás sino de sus intereses personales? Los reyes, muy débiles para reducir á la razon á sus indómitos vasallos, los dividieron entre sí, como se ha visto, y se aprovecharon de sus desavenencias y de su ignorancia para darles en los tribunales por asesores á los llamados *clérigos* (1), jueces mas instruidos que los grandes á quienes fueron sustituyendo lentamente para formar despues la magistratura que hoy existe en Europa.

Los representantes armados se hacen prontamente unos tiranos temibles al pueblo, y unos súbditos rebeldes al soberano. Esta nobleza militar, abusando de su poder, desprecía la justicia, y es incapaz de juzgar bien á los ciudadanos. Las naciones, para que las representen, necesitan hombres justos, íntegros, ilustrados, obedientes á las leyes, inaccesibles á las seducciones de las cortes, que obliguen al monarca á respetar los derechos de la sociedad, y sobre todo que los respeten ellos mismos. Los representantes venales ó fáciles de seducir, son traidores que presto caerán en los hierros del despotismo, una vez que neciamente hayan caido en sus lazos.

De este modo, por falta de equidad, de razon y de ciencia, la principal nobleza, que en los tiempos antiguos iba casi al par de los monarcas, fué no solo echada al suelo y despojada de su poder, sino tambien privada de la prerogativa tan noble de representar y juzgar á los pueblos. ¿Su caida no debiera enseñar á todos los grandes, que ningun poder, por fuerte que parezca, puede sostenerse sin justicia y sin talento? Ningun órden del estado, ningun cuerpo puede separar sin riesgo sus intereses, de los intereses generales de la nacion: en una palabra, la moral y los talentos son útiles y necesarios á la nobleza, y nada hay en ellos que merezca su desatencion y su desprecio. *El esclavo*, dice un poeta, *no tiene derecho á levantar la frente.*

La nobleza impone evidentemente á los que la poseen la obligacion de amar á la patria con mas ardor que todos los demas ciudadanos. Cuanto mas se recibe de la sociedad, tanta mayor gratitud y celo se la debe mostrar. Ninguno mas que el noble, se halla interesado en la prosperidad de la nacion, en que están sus bienes y propiedades, y de donde goza de la consideracion y de los honores que desea. Nana mas legítimo, ni mas bien fundado que el que los soberanos, en la distribucion de los empleos importantes elijan y prefieran á los sugetos mas distinguidos por su nacimiento.

Debe suponerse, ciertamente, que las personas bien nacidas han sido bien educadas; esto es, han recibido de sus padres principios de honor, pensamientos generosos, una noble ambicion, dotes y cualidades apreciables, y una razon y un alma cultivadas con el mayor esmero. Cuando semejantes disposiciones no se hallan en un noble,

(1) Se llamaba *clérigo*, en los siglos de ignorancia, á todo el que tenia alguna tintura de las letras, las cuales estaban entonces reservadas al *clero*.

este no es mas que un hombre comun capaz de dañar al señor á quien sirve, y á los súbditos sobre quienes egerce alguna autoridad.

Mas para ser justamente respetado no es siempre necesario que el noble prodigue su sangre en las batallas, ó que egerza empleos distinguidos; cuando, desnudo de ambicion, vive retirado en las posesiones y heredades de sus antepasados, sus bienes y opulencia le ponen en disposicion de hacer bien á los infelices que le rodean. Un señor benéfico y poderoso ¿no es ciertamente mas grande y mas feliz en sus estados, que no esos grandes que se esponen á las borrascas de las cortes? Cuando el noble goza solamente de una mediana fortuna, su vida retirada le liberta de los aguijones y estímulos de la ambicion; ella le sustrae del espectáculo molesto y vergonzoso de aquellos personages indignos que la injusticia eleva frecuentemente á los honores; sus necesidades son limitadas, porque no está infestado del contagio del lujo; él labra y fertiliza en paz sus campos; cultiva su entendimiento en los ratos ociosos; en fin, cria sus hijos de modo que puedan algun dia salir de su retiro, y merecer con sus talentos y virtudes la estimacion del mundo.

La desgracia no interesa ni conmueve cuando va acompañada de vanidad.—El vástago virtuoso de una antigua familia oscurecida, es un objeto que enternece y lastíma, recordándonos la instabilidad de la fortuna: un noble desdichado y modesto gana los corazones de un modo mas seguro que un hidalgo pobre y soberbio. Con demasiada frecuencia vemos que el orgullo y la altanería no se apartan de la nobleza aun en el seno mismo de la miseria. En cualquier posicion que el noble se halle, debe reconocerse; esto es, debe respetarse á si propio, nunca jamás envilecerse, y ser siempre celoso de la estimacion de los demás. Estos sentimientos laudables ¿deberán nunca confundirse con una vanidad pusilánime é inquieta, con una vergonzosa indolencia y con un fútil temor de degradarse con el egercicio de un trabajo honesto ó con el uso de las dotes del alma? Las preocupaciones bárbaras, que por desgracia subsisten todavía, hacen que en muchas naciones todo noble, por solo su nacimiento, tenga à menos egercer ciertos empleos y ocupaciones honrosas; que mire como vil la profesion del comerciante, y que menosprecie á cuantos el destino no ha dado el nacimiento que á él: ningun talento, ninguna virtud le parecen comparables á la ventaja de haber nacido de padres nobles; esta preocupacion lastimosa le hace muchas veces injusto, insociable y odioso á cuantos no han sido como él favorecidos por la casualidad. Es menester hallarse enteramente destituido de todo mérito personal, para dar tanto valor á un accidente fortuito.

Los hombres no son iguales por naturaleza, ni lo son tampoco por las leyes de la sociedad, que para ser justas no deben igualar jamás el hombre inútil ó malvado al ciudadano virtuoso. El noble es respetado, cuando obra noblemente: y no merece en mane-

ra alguna ser distinguido de la multitud, cuando sus cualidades y virtudes no acreditan y comprueban su orígen. Sus conciudadanos tienen derecho para decirle: "Si sois verdaderamente de la »sangre de aquellos generosos guerre»ros que en otro tiempo se sacrificaron »por la patria, probadnos vuestro orí»gen con acciones nobles, con un mo»do de pensar digno de tales predece»sores. Si descendeis de los bienhecho»res de nuestros padres, no trateis á »sus hijos con una altanería insultan»te. Si quereis ser honrado, mereced »nuestra estimacion con virtudes, y »con un apego y afecto inviolables á »las leyes sagradas del honor. Si sois »miembro del cuerpo mas distinguido »del estado, no os hagais cómplice de »los malvados, los cuales, despues de »haberlo todo destruido por vuestro »medio, aniquilarán vuestros privile»gios, y os reducirán algun dia á la »clase de esos plebeyos, que tan cruel »y locamente despreciais (1)."

(1) Un noble aleman no se trata con un comerciante. Los habitantes del Indostan se dividen en clases ó tribus, de las cuales las superiores no solo desprecian á las inferiores, sino que las maltratan cruelmente. Un *naire* ó noble del Malabar tiene derecho para matar á un *pouliet*, ó pobre, que le tocare por descuido. Los nobles *chingules* tratan del mismo modo á los plebeyos; siendo así que ellos no se acercan al rey sino en cuatro patas, y se califican de perros, cuando le hablan de sí mismos. Un noble polaco puede matar impunemente á un plebeyo. En Europa un grande es á lo mas castigado con prision ó destierro por los asesinatos y por los mas enormes delitos; escepto en Inglaterra, donde las leyes no hacen distincion de personas en órden á esto.

Ofuscados hace mucho tiempo con frívolas distinciones, prerogativas pueriles y precarias, vanos títulos y pretensos derechos, á veces infundados é injustos, los nobles se imaginaron unos entes de naturaleza distinta del resto de los hombres, y se avergonzaron de reunir sus intereses con los de los plebeyos, mirándolos como unos libertos de sus predecesores; por manera que autorizados de una jurisprudencia feudal y bárbara, egercieron en los pueblos millares de vejaciones jurídicas. El derecho tan respetado de la caza hizo las tierras estériles; las campiñas fueron devastadas, y los labradores arruinados con los recreos y diversiones de los señores; la vida de los gamos, ciervos y demas animales de los bosques fue tenida en mas precio que la del hombre mismo (1), y bajo el pretesto de mantener la integridad de sus derechos, los grandes hicieron sufrir á sus vasallos las mas crueles injusticias. ¡Es una bella diversion ciertamente y un placer muy noble y muy grande, trocar los campos estendidos y fértiles en selvas y desiertos, imposibilitando las cosechas, y haciendo derramar lágrimas á millares de familias desoladas!

La moral y la política claman á una contra estos abusos feroces é irritantes. Los grandes y los nobles ¿no pueden

(1) Las leyes inventadas para la conservacion de la caza son atroces en algunos paises. Dícese que en Alemania los príncipes hacian atar á los cazadores furtivos sobre los ciervos echando á estos despues libremente á los bosques, donde aquellos infelices eran despedazados por las fieras.

recrearse y divertirse sin aniquilar sus mismas posesiones, y sin afligir á los desgraciados, á quienes debieran proteger como padres? ¿Con qué buena voluntad el labrador indignado mirará á su señor que no se presenta en sus campos sino para traer á ellos la escases, el hambre y el desórden? Mas la humanidad enmudece con los orgullosos que no conocen la miseria: ellos se rien de las lágrimas de los infelices, y en ofensa de la debilidad hacen alarde de un poder que carece de límites y de castigo en sus escesos. ¡Mas qué digo! ellos castigarian al que tuviese la temeridad de quejarse humildemente del mal que se le hacia (1).

Si los príncipes, los nobles y los grandes, en el delirio á que sus placeres les reducen, son incapaces de escuchar la voz de la piedad, escuchen al menos la de su propio interés. Renuncien pues, á unos derechos que dejan baldíos, heriales y despoblados sus territorios; que acobardan y aburren á los labradores, de quienes necesitan para contentar y sostener su lujo y vanidad: y que hacen, en fin, á la grandeza y á la nobleza tan odiosas á los ciudadanos, cuyo cariño debieran codiciar, y cuyos trabajos debieran alentar y promover. ¿Es posible que solo haciendo mal crean los grandes que muestran su poder?

La equidad natural, cuyas leyes son mas santas que las convenciones locas de los hombres, rechaza y anula los privilegios concedidos por la injusticia, sostenidos por la violencia y confirmados por la ignorancia y la rutina de los siglos. El pacto social exige que ninguna clase de ciudadanos se arrogue el derecho de afligir á los otros; y pone al débil bajo la salvaguardia del poderoso, y al labrador bajo la proteccion de su señor: el castillo del noble, asi como su corazon, deben ser el asilo de sus súbditos oprimidos. Una nobleza virtuosa, ciudadana é ilustrada seria la protectora y el modelo de los pueblos; sus miembros bien unidos serian de derecho representantes de los pueblos, y formarian una fuerte muralla que jamás la tiranía podria romper y echar por tierra. Los nobles opresores, discordes, sin luces y sin costumbres, destruyendo á los pueblos se destruyen tambien á sí propios.

La verdadera moral, siempre de acuerdo con la equidad y sana política, está muy lejos de abatir á la nobleza, sino que la pone á la vista sus obligaciones para con la sociedad, recordándole su origen verdadero y su institucion natural. La justicia, siempre de acuerdo con los intereses del estado, no puede proponerse introducir en las naciones una igualdad democrática que presto degeneraria en confusion. Todos los imperios necesitan defensores animados del honor, ó á quienes la educacion haya inspirado unos elevados pensamientos; estos deben ser recompensados con honrosas distinciones, con respeto, y con los premios merecidos. Mas la justicia no puede aprobar el

(1) Yo he visto á un poderoso amenazar con que le daria de palos y le meteria en un calabozo á un aldeano, que sirviéndole de guia en el perseguimiento de un ciervo, le habia hecho dar un pequeño rodeo para no atravesar un sembrado.

que la nobleza, cuando vive en la ociosidad, goce de privilegios gravosos al resto de los ciudadanos, y no sufra las cargas del estado, que por consecuencia recaen sobre la parte mas pobre y la mas laboriosa de las naciones. El noble, que por este título es defensor de su pais; el grande, que aconseja á sus reyes; el magistrado, que consagra sus vigilias al mantenimiento de la justicia y del buen orden, son ciertamente unos ciudadanos distinguidos de los demás, y que no deben ser en manera alguna confundidos con el ciudadano oscuro que no hace los mismos servicios á la patria.

No demos, pues, oidos á las máximas de una filosofia mal contenta y envidiosa, que bajo el pretesto de restablecer la justicia y el reino de Astrea sobre la tierra, querria abolir distinciones y clases, para introducir en las naciones cultas una igualdad quimérica, que no existió jamás ni aun en las tribus de los mas remotos salvages. Aun en estas tribus vagabundas, cuya pasion habitual es la guerra (como por desgracia lo es aun todavia en la mayor parte de las naciones cultas) los hombres bravos y valientes ¿no son los mas distinguidos y los mejor recompensados? La razon no quiere que, en la cruel necesidad que pone tan frecuentemente en guerra á las naciones, se destruya y aniquile el espíritu militar y que se usurpe al valor la consideracion que justamente le es debida. La verdadera moral prescribe únicamente á los nobles, á los militares, á los grandes y á todos los hombres constituidos en dignidad, que se distingan en los talentos y buenas cualidades que convienen á su estado: ella les probibe rigorosamente que se degraden con una conducta servil, ó con vicios capaces de confundirlos con los esclavos ó con el mas vil populacho.

La palabra *nobleza* anuncia valor, grandeza de alma, y una voluntad firme y constante de mantener los derechos de la sociedad.

Una clase elevada indica una superioridad de virtudes, de talentos y de esperiencias, digna de respeto y de consideracion.

Los grandes empleos denotan el poder, la capacidad y el deseo de hacer bien, y la autoridad legítima á que los hombres deben sujetarse por su propio interés. *Nobleza*, *clase*, *grandeza*, son palabras vacías de significacion, si no producen ventajas algunas al público; y merecen ser despreciadas y aborrecidas cuando solo se emplean en hacer mal; por tanto sería una injusticia el exigir únicamente en razon de las dignidades, del nacimiento ó los empleos, aquel respeto y aquel amor que solamente son debidos á las calidades personales que estas palabras representan.

CONTINUACION DEL CAPITULO V.

DEBERES DE LOS NOBLES Y DE LOS MILITARES.

Hasta aquí hemos hablado de los deberes de los nobles y de los militares con relacion á sus conciudadanos y á la patria en que han nacido, en cuya felicidad, segun se les demuestra, son tan interesados á lo menos como las otras clases del estado. Nos falta ahora esponer en pocas palabras sus deberes con relacion á aquellos contra quien su profesion les obliga á tomar las armas. Sería seguramente desconocer los principios mas evidentes de la razon ó de la moral, creer que el hombre no está obligado á nada respecto á su enemigo. Sería degradar al guerrero y suponer que no es hombre y sí fiera, el pensar que, habiendo nacido enmedio de naciones cultas y civilizadas, pudiese ignorar las máximas humanas y justas que estas han establecido entre sí, y que subsisten en toda su fuerza aun en medio del tumulto de los combates. En fin, sería mirar al militar como á un vil autómata, como á un cruel verdugo, ó como á un salvage furioso, imaginar que no supiese hasta qué punto debe usar del valor contra los enemigos de su patria.

Los salvages, estúpidos y faltos de razon, de prevision y de virtud, son los que únicamente se persuaden que todo es lícito con los vencidos, y que no debe tener fin ni término su furor y su venganza. ¡Insensatos! ¿No conocen que la fortuna de las armas es inconstante, y que el que hoy vence y usa cruelmente de su victoria, puede ser vencido mañana y caer en manos de un enemigo á quien con su crueldad tenga irritado? Estos ciegos y furiosos ¿no ven que sus contínuas y bárbaras guerras han reducido casi enteramente sus naciones, antes numerosas, á unas miserables tribus incapaces de poder defenderse contra un puñado de europeos?

Hace ya mucho tiempo que la voz santa de la humanidad, la razon y el interés bien entendido, han abolido en nuestro continente la ferocidad primitiva de sus incultos moradores. A proporcion que los pueblos se han ido instruyendo, han usado de mas moderacion en la guerra. Si algunos hechos modernos nos ofrecen egemplos de atrocidad, estos son debidos á naciones que todavia no han sido curadas enteramente de la ignorancia y del frenesí de sus salvages progenitores (1).

Gracias á los dogmas de la razon que

(1) Los groatas y los panduros, pueblos estúpidos y bárbaros, cometieron crueldades inauditas durante la guerra que siguió á la muerte del emperador Cárlos VI. Los kalmukos y los tártaros que servían á la Rusia, no han obrado mejor en varias ocasiones. La destruccion del Palatinado, ordenada en el siglo pasado por Luis XIV, nos prueba que este príncipe, tan alabado por los poetas, era un salvage tan cruel como Atila. Este acto de barbárie le hizo execrable á la Europa entera.

han suavizado las costumbres de soberanos y guerreros, los hombres no se encarnizan ya tan cruelmente en su recíproca destruccion. El soldado oye la voz de la humanidad en el horror de la carniceria y de la mortandad, y en medio del ruido espantoso de las armas. Ya concede la vida al enemigo desarmado que le pide piedad; y quedaria sin honor si matase ó hiriese á un enemigo rendido á sus pies: hace prisioneros y no esclavos como aquellos á quienes los bárbaros romanos solo perdonaban la vida para hacérsela mucho mas insoportable que la muerte. Hoy en los ejércitos, los prisioneros hechos en la guerra son tratados con suavidad, preservados de todo insulto y devueltos á su pais por medio del cange ó del rescate. En fin, las armas, aunque tan estrepitosas, de nuestros guerreros modernos, son mucho menos destructivas y asoladoras que las de los antiguos.

Estos son los efectos que la moral ha producido poco á poco en el corazon de los príncipes y soldados. Debemos esperar que los dueños y señores del mundo, desengañados mas y mas de su sangrienta y mortífera ambicion, llegarán á conocer los males que las mas felices guerras acarrean siempre á sus estados. Atentos pues á la razon, á la humanidad, á la justicia y á su interés bien entendido, prodigarán mucho menos la sangre de sus súbditos; no decretarán con tanta ligereza la destruccion de los pueblos; amantes de la paz, minorarán sus ejércitos escesivamente numerosos, que absorven inútilmente todas las rentas del estado; cuidarán de su administracion interior, de su legislacion y de sus buenas costumbres; y á la sombra de las leyes serán ciudadanos, en fin, el militar y el noble.

Prescindiendo de los deberes generales que el derecho de gentes adoptado por las naciones cultas, impone al militar, hay otros que la moral prescribe, y que no puede omitir en la práctica sin hacerse infame y criminal. Su patria puede muy bien ordenarle que combata y destroce á los enemigos que se arman contra ella; mas no que egerza una venganza tan injusta como inútil contra el ciudadano desarmado, el pacífico labrador, y los habitantes de los pueblos. ¿No son acaso bastantes las desolaciones, las mortandades y las violencias de toda especie que trae consigo la guerra, sin estender todavía mas sus horrorosos efectos à los hombres que no han tomado las armas, y cuya desgracia y mala suerte es haber nacido en los dominios de otro soberano?

Si existe alguna idea de justicia y algun afecto de piedad en los generales de los ejércitos y en los oficiales subalternos, no se querrán mostrar crueles con los infelices ciudadanos, cuya total ruina no puede contribuir en nada al buen éxito de sus armas, y que nada tienen de comun en las contiendas de los reyes. Así que, una severa disciplina debe refrenar poderosamente la licencia, la codicia y la disolucion de una soldadesca casi siempre ignorante y bárbara. No se envilezcan, pues, con una sórdida avaricia los gefes verdaderamente nobles y

desinteresados, en quienes el único móvil debe ser el honor. ¡Qué cosa mas vergonzosa que la conducta vil y despreciable de aquellos generales de ejército, para quienes la guerra es un comercio, y que, humillándose al oficio cruel y bajo de tratantes y usureros, esprimen de las venas de los pueblos la poca sangre que la guerra los ha dejado!

Estos son los deberes que la moral y el honor prescriben á los militares; deberes que fueron generosamente observados por los Escipiones, los Turenne, los Catinat; y deberes que serán cumplidos igualmente por todos aquellos que prefieran una gloria sólida á la pasion del oro, propia solamente de almas bajas. La avaricia es un vicio indigno de un gran corason. El valor militar se aniquila muy pronto en las naciones enervadas por el lujo, donde el militar por lo comun prefiere su enriquecimiento á su gloria. Los romanos pobres, pero inflamados del amor de su patria, sojuzgaron al mundo; despues, enriquecidos con los despojos de las naciones, la avaricia fomentó discordias entre ellos; y debilitados con el lujo, estos guerreros tan temibles, vinieron á ser un rebaño de esclavos medrosos y oprimidos bajo el yugo de los mas cobardes y aborrecibles tiranos.

Una nacion esclavizada, en quien domina un sórdido interés, no sabe qué es honor: el honor no es cualidad de esclavos, que ni pueden estimarse á sí mismos, ni aspirar á la estimacion de sus conciudadanos: la grandeza de alma, la nobleza de ánimo, el valor, serian cualidades inútiles, impropias y aun dañosas para aquello que la opresion condena á la servilidad. ¿Cómo un hombre á quien el temor envilece, podrá tener una alta idea de sí mismo, cuando todo le demuestra su dependencia y su debilidad? Un cortesano, cuya dignidad, fortuna, libertad y vida están á la discrecion de un déspota débil ó malvado, de un ministro perverso, ó de una caprichosa favorita, ¿puede acaso tener la fuerza y la elevacion que inspira la seguridad? Un esclavo, únicamente cuidadoso de agradar á su señor ¿qué interés podrá tener en grangearse la estimacion de un público que, caso de que él mostrase algunas virtudes, solo le concederia una tácita y estéril aprobacion, ó condenaría en él estas mismas virtudes, como incompatibles con su estado?

El verdadero valor supone una energía y un vigor producido del amor de la patria; mas ¿donde está la patria en un pais sojuzgado por el despotismo? El guerrero no tiene en él otro empleo que el defender al carcelero que le tiene cautivo. Tampoco puede haber ni verdadera nobleza, ni distinciones efectivas, ni clases ni privilegios permanentes entre unos hombres igualmente sometidos todos á los caprichos del que manda. Algunos esclavos, distinguidos momentáneamente por el favor inconstante del dueño, se ensoberbecerán con esta autoridad no durable, y se tendrán por algo; pero la menor reflexion debe convencerlos de su nulidad y miseria, y hacerles conocer que la mano misma que

los levanta y los sostiene, puede à su antojo reducirlos al polvo y á la nada. La nobleza que funda su soberbia en vanos títulos, en prerogativas imaginarias, en privilegios injustos, en fútiles demostraciones esteriores, nada tiene de real ni de sólido. La verdadera nobleza solo puede encontrarse en un gobierno que inspire afectos generosos, y en una patria que cuide de la libertad, de la justicia y de la seguridad de sus miembros. El noble, mas que ninguno otro ciudadano, está interesado en la felicidad de su pais, y en el mantenimiento y observancia de las leyes, que ponen todas las clases del estado á cubierto de la tiranía.

El hombre verdaderamente generoso, segun la fuerza de la palabra, es aquel que ha recibido de sus progenitores un alma tan grande, tan noble y tan esforzada que sacrifica los intereses pueriles y despreciables, y las ventajas inciertas y precarias, á los intereses sólidos y permanentes que le unen y estrechan con su patria, al deseo de verse estimado de sus conciudadanos, y á la verdadera gloria, que consiste en el aprecio de los hombres de bien. *Del templo de la virtud*, dice Ciceron, *se pasa al templo de la gloria*.

¿Qué derechos pueden tener à la estimacion pública los nobles y los militares totalmente destituidos de grandeza de alma, de verdadero valor, y de principios generosos? ¿Puede una nacion demostrar algun sincero respeto á los cortesanos ocupados en adular á un déspota que la destruye, ó á los militares cuyo oficio es tener á sus conciudadanos bajo el yugo de la opresion? No: los hombres de este carácter no pueden aspirar de modo alguno á la estimacion que constituye el verdadero honor: pueden, es cierto, deslumbrar con su fausto y orgullo; pueden, amedrentando, forzar á sus conciudadanos á que les den señales de un respeto y deferencia esterior; pero nunca conseguirán una verdadera gloria, ni los sinceros homenages que codician, reservados únicamente á la generosidad, al patriotismo y á la virtud.

¿Cómo la facultad de ofender y dañar podria dar derechos algunos á la estimacion de los hombres? Seria formarse ideas muy falsas del honor creerle compatible con el vicio, con los abusos del poder y con la perversidad. Sin embargo, en los desórdenes es en lo que muchos que se llaman nobles y militares, no se avergüenzan de hacerle consentir. Se ven con mucha frecuencia hombres los mas culpables, los mas notados y los mas dignos del desprecio de los hombres de bien, tenerse por *personas de honor*, y presentarse imprudentemente en todas las concurrencias; á la sombra de un grado militar ó de un gran título los vemos despreciar la censura comun y conseguir á veces de sus censores mismos una favorable acogida. Las mas viles picardías, las deudas mas fraudulentas y vergonzosas no hacen que sean escluidos del trato de las gentes. Bajo los gobiernos injustos ó débiles, los grandes viven confiados en la impunidad; los crímenes mas públicos y notorios no los esponen al rigor de las leyes, porque se temeria que el

castigo deshonrase à sus familias. ¡Como si los crímenes no fuesen personales! ó ¡como si estos mismos crímenes no fuesen en sí mas deshonrosos que el cadalso! (1) En una palabra, la nobleza de nacimiento es un manto que cubre todas las iniquidades.

¿Cuando se observa esta desigualdad escandalosa entre súbditos que debieran gozar de un derecho igual á la justicia ¿no es claro que los príncipes injustos ó débiles abandonan al ciudadano oscuro y miserable á la discrecion de los grandes? Hé aquí como un mal gobierno, no satisfecho con oprimir á los pueblos, los sacrifica indignamente á los ultrages y atentados de una multitud de tiranos subalternos, los cuales, seguros de que nunca serán castigados, egercen cruelmente su licenciosa autoridad sobre los inferiores. Los grandes se distinguen del pueblo, en que por lo comun son mas viciosos é insolentes que él, y en que desdeñan el buen concepto de sus conciudadanos, á quienes desprecian porque no pueden estos resistirles.

Si los soberanos conceden la impunidad á los que se dignan favorecer, el militar se la procura con su espada, dispuesta siempre contra quien osáre manifestarle el desprecio que merecen sus vicios (1). En el trato del mundo resulta un gran mal de la preocupacion bárbara que llama honor á la temeridad ó locura con que un bribon, un petardista, ó un hombre despreciable logra que no se le pueda justamente corregir, ó echar de la sociedad de las gentes. Semejantes sugetos tienen la osadía de reñir á estocadas con cualquiera, porque nada es mas comun que el atolondramiento y la locura unidos á la perversidad y á la impudencia. Por otra parte, el hombre mas honrado y mas valiente puede muy bien ser víctima de la destreza de un atrevido, de un valenton, de un espadachin de profesion. Para evitar las disputas y los desafios, se hace preciso el sufrir en el trato de las gentes á muchos hombres necios, perversos é insolentes, que por amenazar al

(1) En 1763 el lord Ferrers, de una casa enlazada con la familia real, fue ajusticiado públicamente en Lóndres por haber matado á un criado suyo: esto no le sirvió de impedimento alguno á su hermano para ocupar su plaza en la cámara de los pares de Inglaterra. En los demás reinos de Europa, los potentados y grandes nunca son castigados egemplarmente sino por causa de rebelion contra el soberano ó sus ministros; mas los delitos contra la nacion les son facilmente perdonados.

(1) El uso de llevar espada en las capitales, en tiempo de paz y enmedio de sus conciudadanos, es un resto de la barbarie gótica, el cual, visto los acaecimientos y los crímenes que produce, debiera ser abolido en toda nacion civilizada. Semejante uso era desconocido de los griegos y de los romanos, los cuales, sin embargo, no les cedian de manera alguna en valor á los descendientes de los francos, de los vándalos ó de los visigodos. En algunos reinos de Europa, por un abuso muy peligroso, los lacayos ó cazadores, los cocineros, los artesanos, y todos indistintamente llevan espada, y por esto muchas veces se atreven á insultar á los ciudadanos desarmados y pacíficos, á quienes por mil razones debieran respetar. El lacayo ó cazador de un grande ó de un poderoso tiene la locura de creerse por esto superior á un vecino honrado.

instante con su estoque y tener esta fatal habilidad, no pueden ser escluidos de él, creyéndose estos por lo tanto unos hombres de honor y de respeto. Estas funestas preocupaciones hacen el trato de los militares tan desagradable como arriesgado.

Sin embargo, las luces de la razon, cundiendo poco á poco, han desterrado en parte estas ideas tan contrarias al placer y al reposo de la sociedad. Algunos cuerpos militares, mas sensatos ya, han llegado á conocer lo ridículos y perjudiciales que son estos pendencieros y gladiadores atrevidos, que antes eran mirados con una especie de admiracion y respeto. Un interés mejor entendido ha hecho conocer por último que, para mostrar valor contra los enemigos de la patria, no es menester insultar, ofender y matar á sus conciudadanos. Segun que los hombres se vayan ilustrando, las costumbres se harán mas humanas y sociables.

Hay sin embargo militares que parece como que sienten no haber nacido en aquellos antiguos tiempos, en que los guerreros se asesinaban unos á otros con la mayor facilidad, y creen que estos frecuentes desafios son útiles á la conservacion del espíritu militar. Estos fanáticos sin duda se imaginan que un militar, para ser buen soldado, debe ser una fiera, un salvage, un bruto incapaz de todo sentimiento de humanidad y de razon.

Efectivamente, al ver la conducta insensata de un gran número de los que siguen la profesion de las armas; el atolondramiento y el descuido que presiden á todas sus acciones, y el desprecio que hacen de todas las reglas de la equidad y de las buenas costumbres, pudiera creerse que la moral es enteramente incompatible con el egercicio de la guerra, y que el militar nunca debe por su estado ni reflexionar, ni hacer el menor uso de su razon.

Una política tan falsa como injusta ha inspirado estas máximas tan perniciosas; y creyendo los déspotas que sus soldados serian de este modo mas obedientes y sumisos, los han tenido siempre en una profunda ignorancia, permitiéndoles la rapiña, la injusticia y la licencia en sus costumbres. ¡Política muy perniciosa é imprudente, soltar la rienda á unos dementes, ciegamente arrastrados de todas sus pasiones! Los príncipes que siguen semejantes ideas, no advierten en verdad que estos satélites, á quienes consienten que sean injustos y feroces contra los ciudadanos desarmados, lo son despues contra su soberano mismo. ¿Cómo contener los furores de una milicia embrutecida, á quien en tolerar que se muestre culpable, han enseñado à que lo sea?

Así que, no dando nunca oidos á las màximas de una política ciega y bárbara, todo príncipe racional, por su propia seguridad, y por el bien de sus estados, debe reprimir la licencia del soldado; debe cuidar de las costumbres de sus gefes; debe estimularlos por medio de recompensas al estudio y la instruccion, y á que consagren á este fin una parte del mucho tiempo desocupado y fastidioso que en la paz les

dejan sus cargos militares. De este modo el soberano se verá servido por hombres mas hábiles, mas esperimentados y menos turbulentos; y las naciones tendrán en sus nobles y militares unos conciudadanos mas útiles, mas sociables, y mas dignos de ser queridos y respetados.

En general nada contribuye mas eficazmente á la corrupcion de las costumbres de una nacion que el gobierno militar: el desórden, la licencia y la disolucion que le acompañan en todas partes, se comunican por su medio á todas las clases de la sociedad, fijando principalmente su domicilio en los pueblos de guarnicion. Aqui es donde se ve ocupado de contínuo al militar en seducir á la inocencia, en tentar la virtud del sexo femenil, en vengarse de sus desprecios y repulsas con las mas horrorosas calumnias; en una palabra, en ultrajar con la mayor insolencia su reputacion y en turbar el reposo de las familias virtuosas. A estos desórdenes hay que añadir la vanidad, el carácter frívolo, el atolondramiento, la fatuidad y la arrogancia, que constituyen, por decirlo así, el distintivo de un gran número de militares, y que hacen su trato desagradable á las personas sensatas. En fin el militar, casi siempre desocupado, tan lejos està de amar el trabajo, que antes bien se vanagloría de su inepcia y de su ociosidad, como honrosas en su estado, y desprecia como á *pedantes* á sus camaradas que buscan en el estudio un medio de emplear útilmente su tiempo libre y desocupado.

Es preciso repetirlo; la ignorancia y la ociosidad serán siempre en los militares unos manantiales inagotables de desórdenes, de infelicidad y de fastidio. De estos males solo se preservarán cultivando y perfeccionando sus facultades intelectuales: por lo menos deben aprender en qué consiste ese honor de que tanto se glorían, y de que muchas veces no tienen ni aun la noticia mas remota: deben no confundirle con la vanidad, la arrogancia, ó los vicios, que tan odiosos y despreciables suelen hacerlos: por último, deben saber que la instruccion y buenas costumbres no les son menos útiles y necesarias que á los demas ciudadanos.

Por una necia vanidad, que muchas veces se sustituye á la grandeza de alma, á la nobleza de ánimo y al verdadero honor, un lujo ruinoso causa los mas espantosos males en los ejércitos y destruye las fortunas de los que se consagran á la defensa del estado. A este lujo destructor deben las familias nobles la indigencia y la oscuridad en que las vemos consumirse frecuentemente. A esta miseria ha de atribuirse la dependencia servil en que el despotismo mantiene á una nobleza arruinada con sus locos dispendios. En una palabra, el lujo y la vanidad de los nobles y de los militares sirven para consolidar y hacer mas fuertes las cadenas que los tienen aprisionados bajo el poder de los tiranos.

Para todo hombre que piensa, es un espectáculo digno de compasion el ver hasta qué punto la opinion ha llegado á ofuscar á la nobleza y á engañarla acerca de sus mas verdaderos intereses. Para lucir y ostentar en la guerra con

gastos que esceden á sus fuerzas, un noble ó un rico propietario, se adeuda, empeña sus haciendas, y se despoja de la fortuna que posee y que pudiera disfrutar; ¡todo con el designio de complacer á una corte ingrata, á cuyos caprichos se sujeta por todo el resto de su vida! En cambio y recompensa de los bienes sólidos de que su loca vanidad le ha privado, acaso obtendrá un grado, una pension precaria ó alguna distincion pueril, si es que tiene favor; pero si no, será desatendido y menospreciado por aquellos mismos en cuyo obsequio ha tenido la necedad de arruinarse. En suma, á esperanzas quiméricas, á preocupaciones engañosas, al acaso y á la fatalidad es á lo que muchos nobles y militares tienen la locura de sacrificar su fortuna, su reposo, su honor, su vida, y muchas veces la patria misma de quien se llaman defensores.

Una política menos astuta y mas bien entendida, deberia reprimir un lujo y una molicie incompatibles con el egercicio de la guerra. ¿Cómo es que unos hombres verdaderamente valerosos no tienen fortaleza para despreciar estos vicios? Los príncipes justos y prudentes los desterrarán de sus ejércitos, introduciendo en su lugar la sencillez, la templanza, la frugalidad y la disciplina convenientes para fortalecer los cuerpos y sustentar en los soldados el valor. ¡Qué espectáculo tan irritante para los infelices es el ver los convites suntuosos de los generales, que para sostener su lujo y su vanidad, esterilizan y destruyen los campos en que se hallan, y quieren que naden en la abundancia un sin número de criados ociosos, mientras que el soldado hambriento y estenuado carece ordinariamente aun de lo mas preciso!

¿Qué diremos de esos costosos placeres, de esos teatros, de esas frívolas diversiones, de esos juegos ruinosos, de esa multitud de prostitutas, y de las disoluciones continuas que el lujo y el hábito del vicio hacen indispensables á los militares corrompidos y enteramente afeminados? Pudiera decirse que una horrorosa política se propone en sus máximas enflaquecer y destruir los cuerpos, la fortuna y las costumbres de los que destina á la defensa del estado. ¡Esta es la recompensa que el despotismo reserva comunmente á los insensatos que han tenido la imprudencia de sostener su injusto poderío! Él los corrompe y arruina, y despues los abandona al arrepentimiento, á la miseria, á las enfermedades y al desprecio. Por una ley constante de la naturaleza, de la cual ni el noble ni el militar están exentos, no hay desórden que no halle tarde ó temprano su castigo sobre la tierra. Los militares causan á veces la desgracia de las naciones, sin ser por esto mas afortunados y dichosos.

¡Entrad, por fin, dentro de vosotros mismos, grandes, nobles y militares! Abrid los ojos sobre las vanas preocupaciones que os tienen ciegos hace tanto tiempo. Aprended á conocer mas bien el honor, á quien por vuestra clase y profesion estais mas intimamente unidos que las otros. Fundadle en el derecho incontestable á la estimacion de vuestros conciudadanos; no

en el nacimiento, efecto del acaso; no en prerogativas y privilegios contrarios á la equidad; no en la privanza y el favor que en un solo momento pueden dejar de ser; ni en una licencia que os deshonra. Sed ciudadanos en las naciones que tantas veces vuestros progenitores han esclavizado y destruido. No favorezcais al despotismo, no desprecieis las leyes ni os mostreis enemigos de los magistrados que las custodian y sostienen; antes bien de concierto con estos, sed defensores de la patria, la cual no puede subsistir sin justicia, sin libertad y sin reglas permanentes. Sed columnas del trono, pero cimentadle en el bien público, en quien todo os demuestra que vosotros propios estais interesados, y á quien el soberano es deudor de su seguridad. Este es el camino que conduce al honor. De este modo sereis verdaderamente estimados y distinguidos, y transmitireis á la posteridad unos nombres amados y respetables.

CAPITULO VI.

DEBERES DE LOS MAGISTRADOS Y DE LOS JURISTAS.

Cuanto hemos dicho de los grandes y de los nobles, puede muy bien aplicarse á los magistrados, á los jueces y á los órganos de la ley, á quienes las naciones han asignado en todo tiempo una honrosa precedencia entre los ciudadanos. Unos hombres destinados á dispensar justicia á los otros, á obligarlos á cumplir las convenciones sociales, á reprimir sus pasiones, á castigar los delitos á nombre de la sociedad, deben mostrarse dignos del respeto del público en su equidad firme y constante, en su probidad no desmentida nunca, en su integridad, en el conocimiento profundo de las leyes, confusas por lo comun y numerosas, que componen la jurisprudencia de todas las naciones. Destinada á censurar y contener los vicios, y á castigar los desarreglos de los otros, la magistratura prescribe á sus miembros una gran circunspeccion, una gravedad particular en las costumbres, y una conducta intacta y pura, enteramente exenta de los escesos que deben corregir.

Un magistrado inicuo, vendido al favor, y que se deja seducir de la importunidad, del crédito, de la riqueza ó de la autoridad, es un mónstruo en el orden social, es un verdugo. El juez sin estudio y sin aplicacion es capaz con su ignorancia de trastornar el estado de las familias, y de aplicar á la inocencia la pena que merece el delito. *No hay diferencia*, dice un célebre magistrado, *entre un juez malvado y un juez ignorante.* El magistrado que es dado á la disolucion, á la galantería, á la disipacion y á los placeres, es indigno de su empleo; es merecedor del desprecio de sus conciudadanos, y debiera ser vergonzosamente escluido de una clase que con sus

costumbres deshonra y envilece. Una censura muy severa debería, como entre los romanos, purificar los tribunales de los individuos que los degradan. La magistratura es un estado que debe distinguirse entre todos en su circunspeccion, en la inocencia de su conducta, en la sabiduría de sus juicios, y en la penetracion y multitud de sus conocimientos; un magistrado sin aplicacion, frívolo y disipador es una contradiccion, á la cual solo una depravacion general ha podido acostumbrar la vista. El ministro de las leyes es el que mejor debe conocerlas; el protector de las costumbres debe tener unas costumbres puras; el que juzga á los otros, debe temer los juicios del público, que solo concede su estimacion al mérito personal.

¿Cómo estimar á un magistrado que solamente mira su empleo como un título vano que no le impone obligaciones algunas? ¿Cómo apreciar á un juez cuyos decretos son comunmente dictados por el vicio y la corrupcion? ¿Qué idea ha de formarse de un senador ó consejero, tan necio y miserable que imita la vanidad, el lujo, el orgullo, la altivez y los desórdenes que se notan con indignacion en un atolondrado militar?

Muchas causas han contribuido al envilecimiento de la magistratura: la multiplicidad de las leyes, su continua contradiccion, y la oscuridad de ellas, han hecho fastidioso el estudio de la jurisprudencia, y aun imposible á la mayor parte de los que debieran darse á él. ¿Cuánta penetracion, cuántos trabajos, cuán continua aplicacion no son menester para recorrer y penetrar el laberinto que un enorme cúmulo de leyes ofrece á los que aspiran á instruirse en ellas? Así nada es mas raro que un juez que sepa, ó que pueda saber su profesion. La muchedumbre de los magistrados se deja llevar de la práctica y de la ciega rutina, que hace tiempo se hallan en posesion de juzgar y decidir de la suerte de los hombres. De la oscuridad de las leyes y de su multiplicidad resulta no solo la ignorancia de los jueces, sino tambien la impostura y la mala fé de una multitud de letrados, que prenden diestramente en sus redes y lazos á los infelices ciudadanos para devorar sus bienes, y que, sorprendiendo y engañando astutamente la justicia del magistrado, consiguen las mas veces que triunfen el fraude y la iniquidad. Una jurisprudencia tenebrosa y complicada, es un manantial de crímenes y de males en las naciones opulentas y civilizadas, mas infelices en esta parte que las naciones mas pobres y mas bárbaras.

La venalidad de los empleos de la magistratura, introducida por la codicia ó las falsas necesidades de algunos gobiernos, ha llenado los tribunales de sugetos en quienes la opulencia sustituye á la sabiduría, al mérito y á la virtud de que carecen. El derecho de juzgar á los pueblos fué vendido á una multitud de hombres faltos de los conocimientos y cualidades necesarias para cumplir dignamente con oficio tan noble. Estos transmitieron este derecho á su descendencia, quien, segura de heredar los empleos y dignida-

des de sus padres, no creyó por lo tanto que necesitaba merecerlas.

Cuando la eleccion de los jueces y magistrados fué obra de una corte comunmente viciosa, los pueblos no pudieron hallarse contentos con los magistrados que les dieron. El estudio y el concurso de oposicion deberian ser solos los que adjudicasen á los mas beneméritos los empleos de la magistratura.

Los magistrados, ensoberbecidos con su poder, abusaron de él frecuentemente é hicieron sentir de un modo incómodo el peso de su autoridad al resto de los ciudadanos; estos no tuvieron sino unos débiles recursos contra las injusticias ó violencias de aquellos que estaban destinados á protegerlos. De este modo la magistratura formó en algunos estados una clase separada, la cual, aprovenchándose del derecho de juzgar, se arrogó fácilmente el de dominar y oprimir: en vez de hacer amable y respetado su poder con su afablidad, su moderacion y su justicia; en vez de merecer el buen afecto de las diversas clases del estado con un celo sincero en favor del bien general; en vez de grangearse la veneracion pública con su ciencia y su mérito, el magistrado, embriagado con su poder precario, solo quiso hacerse temible á sus conciudadanos.

Hinchada y engreida la magistratura con sus prerogativas, las cuales procuró siempre hacer mayores y sin límites, se la vió algunas veces esforzarse en formar, sin consentimiento de las naciones, una especie de aristocracia que se hizo sospechosa á los monarcas: bajo el preteste de defender las leyes y los derechos de los pueblos, los magistrados pretendieron representar por sí á las naciones; mas estos designios, que una conducta equitativa, íntegra y mesurada hubiera tal vez hecho adoptar, desagradaron á la nobleza, celosa de sus derechos y prerogativas, la cual, como hemos visto, se ha resentido siempre de la pérdida de un derecho de que su imprudencia la ha privado: por otra parte, las miras ambiciosas de los magistrados no fueron apoyadas por las demas clases del estado, perpétuamente discordes y contrarias. El despotismo entonces combatió y sojuzgó facilmente á un cuerpo sin fuerza alguna, que con su arrogancia, su indiscrecion y su indiferencia al bien público, habia destruido y aniquilado el afecto y la consideracion del pueblo, sin los cuales ningun cuerpo puede sostenerse largo tiempo.

Para lograr la consistencia que solo presta la consideracion pública, son necesarios á los cuerpos, como á los individuos, la equidad, las luces, el mérito y la virtud. Un cuerpo cuyos miembros están corrompidos y separados, no puede gozar sino de un poder precario. Todo cuerpo que se forma unos intereses distintos de los de su nacion ó de los intereses de los otros cuerpos, no puede resistir por mucho tiempo á la fuerza, los artificios y los lazos del despotismo, el cual procura incesantemente dividir y arruinar todo cuanto puede servir de obstáculo á sus locas fantasías.

El despotismo fué y será siempre

enemigo de las formalidades y de las leyes, como que le incomodan y retardan en sus insensatos y precipitados designios. El déspota aborrece y desprecia al magistrado que, como defensor de las leyes de su pais, le recuerda de contínuo la importuna idea de la equidad. No nos admiremos al ver que la etiqueta de algunas cortes monárquicas y despóticas haya establecido una muy grande diferencia entre la nobleza militar y la magistratura aun la mas elevada: el militar en semejantes cortes es por su profesion un esclavo del rey, consagrado enteramente á sus antojos y caprichos, cuando el magistrado es un defensor de los derechos del pueblo y un ministro de la equidad, con quien un mal gobierno está en perpétua guerra.

Los déspotas, codiciosos de una autoridad ilimitada, tienen una antipatía natural con la verdad, con las formalidades, con las leyes y con sus intérpretes: la integridad de los magistrados desagrada á las cortes injustas; su noble resistencia es una rebelion á los ojos de un príncipe rodeado de cortesanos infames y serviles. Las mas humildes representaciones molestan y ofenden á los soberanos, á quienes la verdad no puede menos de arredrar y sorprender; las mas justas y legítimas quejas alarman á los ministros y privados, que por lo comun son los verdaderos autores de las calamidades nacionales, y tienen el mayor interés en que ningun clamor llegue á despertar al monarca adormecido con sus lisonjas. En una palabra, el príncipe y su corte solo ven en los magistrados fieles á sus deberes, unos censores incómodos, á quienes es preciso obligar al silencio, ó hacerlos cómplices en los desórdenes que intentan enmendar.

Las leyes son inútiles cuando hay en el estado una autoridad superior á la suya. Bajo un gobierno injusto, la justicia es solo una fantasma que sorprende é intimida á los débiles, pero que nada puede ni vale con los poderosos. La magistratura es un vano título que no da firmeza, poder, ni consideracion alguna real y verdadera. Los tribunales, precisados á prestarse á los caprichos del príncipe ó de sus validos, no pueden seguir principios algunos constantes, debiendo hacer que las leyes se humillen á los vicios y locuras de los grandes. El magistrado no es ya entonces sino un vil esclavo, forzado á cada paso á renunciar su fortuna ó á perder su libertad y aun su vida, si rehusa el sacrificar su honor y su conciencia á los caprichos variables del príncipe ó de sus agentes. Bajo tales gefes, el juez debe armarse de un corazon de bronce: debe declarar culpables y sacrificar las víctimas mas inocentes que le designa el despotismo. Este nunca se engaña ni obra mal; se arroga la facultad de crear y establecer lo justo é injusto; desagradarle es un crímen imperdonable; obedecerle es el único deber y la única virtud.

En suma, el magistrado envilecido con la servidumbre, se convierte en un autómata á quien da movimiento el favor, la solicitacion y el poder: además del menosprecio de sí mismo, se acarrea el odio y el desprecio de los

buenos, y vanamente busca en el fausto, la opulencia y la disipacion el medio de acallar los remordimientos que siente. Los ministros de justicia se transforman en los mas injustos, en los mas crueles y despreciables de los hombres bajo la tirania, cuya base es la injusticia, y su apoyo la crueldad.

Para un hombre de espíritu y probidad ¿hay una situacion mas horrorosa que la de un magistrado justo que violentado á prestar sus auxilios á la tirania y á sus agentes, se ve precisado de contínuo á inquietar las familias y á vivir en un perpétuo trato con delatores, con espías, con calumniadores, en una palabra, con hombres infames, los únicos dispuestos á prestartarse á los designios de un gobierno violento y suspicaz? ¡Que débil y miserable es un gobierno cuando se sirve de semejantes instrumentos! Un magistrado es un héroe cuando bajo el despotismo conserva su integridad y el amor de sus conciudadanos.

La magistratura solo es honrosa y respetable cuando fiel á sus deberes, cumple noblemente con sus augustas funciones: y solo puede ser respetada y querida bajo un gobierno justo que le deja la libertad de conformarse á la razon, á las leyes, á su conciencia y á su honor.

Simplificando la jurisprudencia, haciéndola mas clara, entresacando y perfeccionando con prudencia esa multitud de leyes y de costumbres oscuras, injustas y contradictorias, bajo las cuales tantos pueblos gimen oprimidos, los magistrados no tendrán ya tanto trabajo en adquirir los conocimientos necesarios á su profesion. Unas leyes mas precisas y mas claras no necesitarán á cada línea de comento, esplicacion é intérprete; las decisiones de los jueces serán mas constantes y menos arbitrarias, la razon y la equidad natural aniquilarán la hidra de esa capciosa sutileza en materia de pleitos que devora las naciones, que arruina las familias, y que tan frecuentemente triunfa de la justicia: en fin, una sabia reforma aliviaria á los pueblos de la carga insoportable de tantos jueces, de tantos tribunales, y de tantos curiales y ministros subalternos de justicia, como los oprimen y destruyen. Un buen gobierno ¿no debería apreciar mas el mandar y regir á unos súbditos pacíficos, virtuosos y justos, que no la despreciable ventaja de aprovecharse de sus pleitos y de sus contiendas? Un gobierno equitativo ¿deberia tolerar esas densas nubes de hambrientas langostas que devoran impunemente la mies del ciudadano? La cruel administracion de la justicia, y las iniquidades sin número á que cualquiera se vé espuesto luego que reclama sus derechos ante los tribunales, son una de las mayores calamidades que oprimen y asolan todas las naciones.

Entretanto que se consigue esta reforma saludable, la cual, como hemos visto, solo puede ser efectuada por un gobierno instruido en sus verdaderos intereses, todo magistrado, que aspire á su propia estimacion y à la del público, se atendrá fuertemente á la justicia, defenderá rigorosamente sus derechos, y sacrificará con generosi-

dad su fortuna, su crédito y un favor incierto, á la satisfaccion permanente que sigue siempre á una conducta irreprensible: él renunciará su destino en el momento mismo que vea le es imposible desempeñarle con honor y justicia: él llevará á su retiro aquel contento interior que el hombre virtuoso debe preferir á todo: y aun en este mismo retiro, no carecerá de los aplausos y la gloria que, enmedio de la mayor corrupcion de las costumbres, bajo los gobiernos mas perversos, y en las naciones mas frívolas é insconstantes, acompañan siempre à la virtud.

En la estimacion de sus conciudadanos, y no en el favor de una corte por lo comun injusta y tiránica, debe el magistrado constituir su gloria. La persecucion hizo siempre al hombre grande mas interesante y mas amado de los hombres de bien; á la admiracion que escita el valor, se junta entonces la ternura de la compasion. ¡Estos afectos escitaste en todos los corazones virtuosos y sensibles, ilustre *Malesherbes*, cuando el poder odioso de un ministro cruel te privó de tu dignidad, de tu fortuna, y de tu estado, obligándote á esconder en la soledad tus sublimes talentos, de los que te habias valido noblemente para lograr que llegase hasta el trono el clamor de la libertad moribunda de tu patria!

La Europa entera ¿no tomó parte en tus trabajos y aflicciones, generoso *La Chalotais*, cuando sin respetar tu edad, tus bárbaros enemigos tramaban tu ruina, y te preparaban el cadalso?

El amor público ¿no te acompañó en tu prision y en tus desgracias, jóven *De Paty*, tú que ostentaste noblemente la firmeza de un senador consumado en la edad todavía de los placeres y de la frivolidad?

Hay ciertamente consuelos, recomdensas, honores, y aun aplausos públicos para los magistrados generosos que son queridos y venerados aun en el seno mismo de las naciones sojuzgadas por el despotismo. Los esclavos mas débiles ó necios no pueden menos de admirar á sus defensores, y de verter al menos algunas lágrimas pasageras por las desgracias que se han acarreado en defender la causa de la patria. No: todas las violencias de la tirania no podrán jamás arrebatar á la verdadera grandeza de alma los homenages de los corazones sensibles y virtuosos. Todos los que con heróico valor sirvieren útilmente á los hombres, serán fielmente recompensados por ellos durante su vida misma.

Los magistrados verdaderamente nobles y grandes; los magistrados sinceramente abrasados del amor del bien público, y desprendidos de las pequeñeces del amor propio, del interés particular, del espíritu de cuerpo y de sus vanos privilegios, se grangearán el afecto de sus conciudadanos, cuyos intereses son unos mismos con los de los defensores de sus leyes. Una magistratura animada de este espiritu patriótico, y segundada por los conformes designios y deseos de todos los buenos ciudadanos, sería una fortísima barrera contra el despotismo y la tirania.

La justicia y la virtud son tan ne-

cesarias á las diferentes clases de un estado como á cada uno de sus individuos. El vicio, la arrogancia y el orgullo dividen las diferentes clases de la sociedad, destruyen la armonia social, y no dejan á cada una la suficiente fuerza para resistir á la opresion. Una necia vanidad, un pueril apego á las vanas prerogativas, pretensiones frecuentemente injustas, quimeras, en fin, y devaneos, bastan á introducir la division y la discordia entre los ciudadanos que deberian sostenerse mútuamente: de aquí resulta que todos caen sucesivamente en los lazos del despotismo, viniendo este mismo, por último, á ser víctima de su propia vanidad.

Desde el monarca hasta el último de sus ciudadanos no hay uno que no tenga el mayor interés en que se observe la equidad; todos deben ser justos y hacer todo el bien que puedan dentro de su esfera; cada uno debe ser querido y respetado cuando cumple exactamente con los deberes de su estado. Por el suyo, el magistrado es ministro de la equidad, órgano de la ley y no su intérprete, defensor del débil, refugio del pobre, consolador de la viuda y del huérfano, protector del inocente, y terror del culpado por grande y opulento que sea. Todos los ciudadanos necesitan ciertamente de la justicia; todos tienen un sagrado derecho à ella; mas la ley debe principalmente proteger y amparar al desgraciado, al pobre, al ciudadano sin auxilios; el corazon del juez debe con especialidad franquearse para el infeliz; este es el que mas necesita de la justicia; ¡y sin embargo, este es al que por lo comun se le niega impía y cruelmente!

En fin, los magistrados celosos á quienes sus funciones diarias dan á conocer los inconvenientes de las leyes injustas, y de los usos perjudiciales introducidos por la barbárie ó la tiranía, deberian representar al legislador sus perniciosos efectos. Semejantes jueces, animados del amor de la humanidad, debieran sobre todo reclamar la derogacion de esas torturas verdaderamente salvages, con las cuales, sin ventajas de la sociedad, se multiplican las penalidades y congojas de las desgraciadas víctimas de la justicia: debieran hacer ademas que se mitigasen las leyes sangrientas que hacen la pena de muerte demasiado frecuente, imponiéndola á delitos que no merecen en manera alguna un castigo tan terrible, y por la cual se ven privadas las naciones de un gran número de hombres que pudieran servirles con sus trabajos y tareas. En una palabra, el magistrado mismo cuando castiga los delitos, no debe mostrarse colérico y vengativo, ni olvidarse de que es hombre.

Enmedio de la oscuridad, de la sinrazon, de las contínuas contradicciones, y aun de la perversidad que reina en la jurisprudencia que sirve de regla á muchas naciones, es muy difícil que la sana moral, siempre conforme con la naturaleza, halle preceptos que pueda dar y que sean adoptados por la mayor parte de los hombres, cuya profesion es guiar, defender é ilustar á los ciudadanos en sus

contiendas jurídicas, y conducirlos por el terrible y espantoso laberinto de las fórmulas y procedimientos judiciales, que por lo comun solo sirven para hacer inaccesible á los ciudadanos la llegada al templo de Temis. Esta moral en vano hablaria á unos mercenarios siempre dispuestos á recibir y defender la causa del rico injusto, del opresor poderoso y del pleiteante de mala fé, contra el pobre, el inocente y débil. ¿Qué conciencia, ó qué desvergüenza no es menester que tengan esos directores engañosos y falaces, esos apoyos de la injusticia, que por medio de horrorosas connivencias y confabulaciones, de enredos criminales, de traiciones, de trampas, de efugios y de fórmulas insidiosas, se vanaglorían muchas veces de los infames triunfos que consiguen sobre la justicia? ¿Hay un atentado mas detestable y digno de castigo que el de esos impudentes malvados que hacen profesion de engañar á sabiendas á los jueces, haciéndoles pronunciar sentencias favorables á la iniquidad? A falta de leyes ¿no debieran el oprobio y la pública infamia cubrir á esos ladrones autorizados, que por mil medios sutiles y falaces hallan el secreto de arruinar con los procedimientos judiciales á las familias mas opulentas, y de absorber en gastos y dispendios mucho mas de lo que importan y valen los derechos ó reclamaciones de los demandantes en juicio? ¿Hay un ciudadano seguro en sus bienes y propiedades cuando cae en las garras de estas aves de rapiña insaciables? En fin, ¿qué proteccion puede esperar un hombre de bien de las leyes, no siendo estas regularmente sino unas redes y lazos tendidos á la inocencia, á la sencillez y á la buena fé de los hombres?

En muchas naciones es caminar un hombre á su ruina el defender su justa causa. Los modos de proceder ó enjuiciar en casi todos los paises, dan inestimables ventajas á los litigantes fraudulentos (1). La multiplicidad de las leyes, contradictorias las mas de ellas, hace que la jurisprudencia sea incierta, impenetrable y arbitraria aun para los que se dedican solamente á este estudio; ella hace que los jueces mas íntegros sean á veces sorprendidos y engañados por esos astutos practicones, que se jactan de triunfar y de salir bien en las causas mas desesperadas. Generalmente los letrados en casi todos los pueblos, son uno de los mayores azotes que los atormentan. Los ministros de la justicia son los que comunmente mas la desprecian y la ultrajan.

Sería, sin embargo, una injusticia el comprender en la misma condenacion á todos los que profesan la jurisprudencia. Entre ellos se encuentran muchos hombres de bien, nobles y virtuosos, que se compadecen con dolor de la iniquidad de las leyes, de lo absurdo de las fórmulas y procedimientos judiciales, y de los enredos, tram-

(1) Un célebre abogado decia que cuando una causa es evidentemente justa, lo mas acertado y prudente es avenirse y conformarse; mas cuando es dudosa es menester pleitear. Generalmente se observa que los buenos abogados y curiales son los que menos gustan de pleitos.

pas y ladronicios de sus indignos compañeros. La inocencia desamparada encuentra en ellos unos campeones generosos que la defienden contra el poder y la altivez. No pocas veces se ha libertado el pobre inocente de las asechanzas y atentados de la iniquidad y tiranía por el amparo de estos protectores valientes y desinteresados. No una vez sola los litigantes mas irritados y furiosos han depuesto sus odios enconosos con los pacíficos consejos de los jurisconsultos benéficos que los han preservado de la ruina. En una palabra, si entre los miembros subalternos de justicia se encuentran muchos entes despreciables por el tráfico vergonzoso que hacen de sus talentos, otros nos ofrecen ilustres egemplos de virtud, de justicia y de generosidad. Aun mas: una clase de hombres á quienes la orgullosa grandeza se cree con derecho de menospreciar, ha dado enmedio de los mayores peligros señales y pruebas de un patriotismo, de una nobleza, de un valor y de un honor sólido y verdadero, desconocidas de los vanos y orgullosos esclavos de que tanto abundan las cortes, y que sus flacos corazones no serian capaces de imitar. Estos leones feroces é indómitos en la guerra, se transforman en la corte en mansos y humildes corderos.

No confundamos, pues, los ciudadanos respetables de quienes hablamos, con la turba inmensa y despreciable de aquellos para quienes el estudio de las leyes es un medio seguro de egercer impunemente todo género de iniquidades. Enmedio de los riesgos á que nos esponen unas leyes confusas, y muchas de ellas injustas, es utilísimo el que unos ciudadanos honrados y celosos aclaren su caos oscuro, y nos indiquen los escollos en que de lo contrario daríamos á cada paso. ¿Quiénes mas apreciables que aquellos hombres moderados, cuya tranquilidad é ilustrada prudencia sosiegan y apaciguan las pasiones y las quejas de una multitud de insensatos siempre dispuestos á pleitos y contiendas! ¿Hay un cargo mas noble y mas honroso que el de un abogado que por sus luces y su probidad merece la confianza del público; cuyo gabinete es un santuario respetable; y que se constituye el árbitro, juez y oráculo de sus conciudadanos? Por unos medios los mas lícitos y honrosos, un jurisconsulto apreciable ¿no adquiere fácilmente y sin remordimientos una fortuna de que no tenga que avergonzarse?

Esta es, en general, la conducta que la moral prescribe á los que se dedican al estudio de las leyes, tan penoso por muchas causas y razones. A los gobiernos sábios, justos y virtuosos pertenece el formar una jurisprudencia mas clara que la actual, y mas conforme á la naturaleza y necesidad de las naciones. Este es el solo medio de hacer que huya y desaparezca esa raza famélica, que devora impunemente la sustancia de los ciudadanos, y que destruye y borra de sus corazones las ideas mas naturales y sencillas de lo justo y de lo injusto. Tácito mira con razon la multiplicidad de las leyes como la señal cierta è infalible de un mal gobierno y de un pueblo corrompido.

CAPITULO VII.

DEBERES DE LOS MINISTROS DE LA RELIGION.

No entra en el plan de esta obra, únicamente destinada á esplicar los principios de la moral natural, el examinar los fundamentos de las varias religiones que vemos establecidas en los diversos paises del mundo. Cualquiera que sean las ideas que los diferentes pueblos se formen de la Divininad, ó del motor invisible de la naturaleza, siempre fué á la bondad de este Ser á la que los hombres rindieron sus adoraciones y homenages; ellos han debido suponer que este supremo Ser los amaba, que escuchaba sus ruegos, y que tenia el poder y la voluntad de hacerlos felices; de donde han debido concluir, que el hombre estaba en obligacion de hacer bien á sus semejantes para conformarse con los designios de este Ser benéfico. Bajo este aspecto, la religion no puede ser otra cosa que la moral natural, ó los deberes del hombre confirmados por la autoridad conocida ó presumida del dueño y señor de la naturaleza y de los hombres, el cual no puede en manera alguna contrariar las leyes esenciales en que visiblemente estriban la conservacion y la felicidad del género humano.

Segun los principios de todas las religiones, las cualidades morales y las voluntades divinas deben servir de modelo y de regla á los hombres: todos los cultos, que suponen una divinidad mala, cruel, injusta, vengativa, enemiga de los hombres, en una palabra, inmoral, no pueden ser mirados sino como supersticiones y mentiras inventadas por impostores interesados en turbar el reposo del género humano. Toda moral sería inconciliable con un sistema religioso que supusiese un dios déspota ó caprichoso, á cuyos ojos fuesen las miserias de las naciones y los llantos de los mortales un espectáculo indiferente ó agradable. *El mismo Júpiter*, dice Plutarco, *no tiene derecho á ser injusto. Dios*, dice Ciceron, *dejaria de ser Dios, si desagradase ú ofendiese al hombre.* En otra parte este orador filósofo representa á Dios como *protector y amigo de la vida social*: esto mismo es lo que dice la sabiduria eterna cuando declara que *sus mas caras delicias son estar con los hijos de los hombres.*

Esto supuesto, toda opinion, toda doctrina, todo culto, que sean contrarios á la naturaleza del hombre racional y que vive en sociedad, deben ser desechados como opuestos á las intenciones del autor de la naturaleza humana; todo sistema religioso que indugere á violar la justicia, la beneficencia y la humanidad, ó á hollar las virtudes sociales, debe ser detestado como una blasfemia contra la divinidad: en fin, toda hipótesis, que á nombre suyo produgere y fomentare di-

sensiones, odios, persecuciones y guerras entre los hombres, debe ser mirada como una mentira abominable.

Nosotros, pues, tenemos medios naturales para juzgar si una religion es buena ó mala, esto es, conforme ó contraria á las ideas que formamos de la divinidad. Segun estos principios incontestables, la religion mas conforme á la moral, á la naturaleza del hombre, á la conservacion, á la armonía y á la paz de las naciones, debe ser preferida á las contrarias opiniones, y proscritas estas con la mayor indignacion. La conformidad á los preceptos de la moral es lo que puede constituir la escelencia de una religion, y hacer que esta prevalezca constantemente sobre las muchas supersticiones que infestan á los hombres.

Así que, la moral es relativamente al mundo en que vivimos la piedra de toque de la religion, y el objeto que mas interesa á la sociedad política. Si la teologia regula y ordena los pensamientos y opiniones del hombre acerca de las sustancias celestes y sobrenaturales, la moral se limita á regular sus acciones dirigiéndolas á su mayor bien sobre la tierra. Si la religion promete recompensas infalibles á la virtud, y amenaza al crímen con castigos rigorosos en otra vida, la moral promete en la vida presente recompensas sensibles á todo hombre virtuoso, y amenaza al perverso con castigos visibles y seguros: y sus sentencias, confirmadas por la sociedad, reciben una nueva fuerza de la autoridad de las leyes. La sociedad no puede ni debe ocuparse en los pensamientos secretos de sus individuos, á que no alcanza ni penetra; solo puede juzgarlos por sus acciones, segun su influjo en ella. Con tal que el ciudadano sea justo, pacífico, virtuoso, y cumpla fielmente sus deberes dentro de su esfera, ni la sociedad ni el gobierno pueden, sin una loca temeridad, escudriñar sus secretos pensamientos, ó arrogarse el derecho de arreglar sus opiniones verdaderas ó falsas, relativamente á las cosas que no son en manera alguna pertenecientes á la esperiencia ó la razon. Todo hombre con riesgo suyo propio puede errar en materias á que no alcanzan sus sentidos; mas la sociedad, ó la ley, puede justamente impedirle errar en su conducta, y castigarle cuando sus acciones perjudican á sus conciudadanos. En una palabra, es una tiranía tan cruel como insensata el castigar á un hombre porque no puede ver las cosas invisibles con los mismos ojos que sus tiranos, que solo le atormentan por su particular modo de pensar. Por otra parte, un Dios infinitamente justo, sábio y poderoso, que permite que los mortales yerren y se estravien en sus pensamientos y opiniones, no puede aprobar que se les atormente á causa de unos pensamientos y dictámenes que no peuden de su voluntad. De donde se sigue que la religion, de acuerdo con la moral, prohibe el maltratar á los hombres por sus opiniones religiosas.

Sin embargo, nada ha costado mas sangre y lágrimas á las naciones que el engaño que las persuade á que la sociedad está fuertemente interesada

en regular las opiniones particulares de los ciudadanos sobre los dogmas abstractos de la religion: esta idea, que no puede dimanar de una divinidad benéfica, ha dado causa á persecuciones, á castigos, á revoluciones, á mortandades horrorosas, á abominables regicidios, en una palabra, á crímenes espantosos y destructores. Ciertos sacerdotes ambiciosos han querido señorear al universo, sojuzgar á los soberanos, y establecer su imperio sobre los pensamientos mismos de los hombres. Los fanàticos é impostores que fomentaban y protegían su ambicion fueron osados á decir que un Dios de paz y de misericordias queria que su causa fuese defendida á sangre y fuego; ¡y creciendo mas su demencia, se atrevieron á creer y afirmar que Dios se complacia en ver humear la sangre humana, y que pedia que fuesen pasados á cuchillo todos cuantos no tuviesen ideas exactas y precisas de su esencia impenetrable!

Unas opiniones tan crueles y tan contrarias á las nociones de la divinidad, han irritado muchas veces á los filósofos ilustrados y á hombres de rectas costumbres, convirtiéndolos en enemigos de un Dios que se les ofrecia bajo apariencias tan odiosas y horribles: ofendidos de los escesos que veian cometer en nombre suyo, á veces han repugnado y contradicho toda religion como incompatible con los principios de la moral, y han mirado á sus ministros como á unos impostores, tiranos, y perturbadores de la tranquilidad, y como á unos perversos coligados para esclavizar al género humano.

Pero sea cual fuese en este caso la duda ó la incredulidad, sean cuales fueren las opiniones de los hombres acerca de la divinidad, de la religion y de sus ministros, estas opiniones no cambian ni alteran en nada las que deben formarse de la moral. Esta tiene la razon y la esperiencia por base, y se funda en el testimonio de nuestros sentidos; bien sea que esta moral haya recibido la sancion de la divinidad, ó bien que no esté revestida de esta autoridad sobrenatural, ella obliga igualmente á todas las criaturas sociables ó que viven en sociedad. El infiel, el que no creyere en una religion revelada ó en una moral espresamente confirmada por la voluntad divina, no podrá menos sin embargo de admitir una moral humana, cuya realidad está manifestada con las esperiencias innegables, y confirmada con el dictámen constante de todos los siglos y de todos los entes racionales: aun aquel que negase la existencia de un Dios remunerador de la virtud y vengador del crímen, no pudiendo negar la existencia de los hombres, forzosamente ha de conocer y confesar que estos hombres aman todo lo que es útil á ellos, y que aprecian la virtud, al paso que detestan el vicio y castigan el crímen. Aun cuando, como hemos dicho en otra parte, los designios y las miras de un hombre no se estiendan mas allá de su vida presente, siempre estará obligado á conocer que para vivir felís y tranquilo en este mundo, no puede menos de respetar y obedecer las leyes que la naturaleza le impone, así á él como á todos los entes necesarios á su

felicidad recíproca. Siempre que se conforma con estas leyes tan claras y evidentes, tiene un indubitable derecho á la estimacion y á los beneficios de la sociedad, sean cuales fueren por otra parte sus nociones verdaderas ó falsas acerca de la religion. Además, hombres muy piadosos han creido que todos aquellos que siguiesen la sabiduría ó la razon, podian ser mirados en cierto modo como muy religiosos, *aunque fuesen atéos*.

Estos principios nos facilitan el juicio que debemos formar de la doctrina y las acciones de los ministros de la religion. Nosotros los tendremos por órganos de la divinidad, por intérpretes del autor de la naturaleza, cuando nos hablan el lenguage de la naturaleza, el cual no puede jamás ser contrario al bien de la sociedad. Por el contrario, nosotros miraremos como á órganos de algun genio maléfico y perverso, como á unos embusteros, á todos aquellos cuyos preceptos nos incitasen al mal, ó cuyos designios fuesen visiblemente hacer á los hombres infelices ó malvados. En fin, aplaudiremos la conducta y las costumbres de los que fuesen virtuosos, sociables y útiles al estado; y nos compadeceremos de los errores y estravios de los que por sus acciones se hiciesen aborrecibles y despreciables á los ojos de los hombres sensatos.

El sacerdocio formó en todos los tiempos y naciones una clase muy distinguida: sus funciones sublimes le hicieron participar con los dioses de la veneracion de los mortales. Los sacerdotes fueron, como veremos luego, los primeros sábios, los primeros fundadores de las naciones; una larga prescripcion les dió y les conserva en todo pais el derecho de educar la juventud, de enseñar la moral á los hombres, y de dirigir sus conciencias y sus costumbres en esta vida para su felicidad en ella; en fin, estendiendo sus miras mas allà de la muerte, los ministros de la religion se proponen guiar al hombre á una felicidad mayor que la que gosa en la tierra.

Limitados en nuestras investigaciones á solo tratar de los estímulos humanos y naturales que deben mover al hombre á obrar bien en este mundo, no elevaremos nuestro pensamiento á una region que solamente puede ser conocida por la fé: así que, examinaremos únicamente los deberes que impone á los ministros de los altares la dignidad que ocupan en la sociedad.

El clero, igualmente respetado por los soberanos y los pueblos, ocupa el primer puesto, ó constituye el orden mas distinguido en todas las naciones: en razon de los servicios que hace ó debe hacer, está regularmente dotado con liberalidad; sus gefes, sus miembros mas ilustres gozan de propiedades que los ponen en estado de mostrarse con esplendor y magnificencia á los ojos de sus conciudadanos. Tantas señales de honor, tantas distinciones, y tan cuantiosos bienes imponen evidentemente, sobre todo á las primeras dignidades del clero, el deber indispensable de un eterno reconocimiento, y de su apego y amor á la patria que los colma de beneficios. So pena de incurrir en la mas odiosa ingratitud,

los obispos y prelados en las naciones europeas, deben distinguirse por su patriotismo y por su celo en contribuir al mayor bien y conservacion de las sociedades, que con tanta generosidad contribuyen á su felicidad particular. Es claro, pues, que el sacerdote debe, mucho mas que otro alguno, mostrarse ciudadano, amar su pais, defender su libertad, promover sus intereses, fomentar la pública felicidad, sostener los derechos de todos y, en fin, oponerse con nobleza y energia á los progresos del despotismo, quien despues de haber devorado las otras clases del estado, devorará tambien al clero cuando le convenga.

Ninguna clase en la sociedad es mas respetable que el clero á los ojos de los príncipes mismos; así que, á los ministros de la religion toca dar á conocer á los reyes la verdad, que los cortesanos aduladores le ocultan de contínuo. En vez de sosegar la conciencia de los tiranos con espiaciones fáciles y aparentes, el sacerdote deberia llenar de un terror santo y saludable las cobardes y crueles almas de estos mónstruos que causan todas las desgracias de los pueblos.

Colocados en un lugar eminente, los sacerdotes deben, aun mas con sus egemplos que con sus discursos, predicar á los ciudadanos la union, la concordia y la tolerancia con los estravios y defectos de los hombres. Un sacerdote intolerante y cruel no puede ser ministro de un Dios lleno de paciencia y de bondad. Un sacerdote que sacrifica hombres, es un sacerdote de Moloc y no de Jesucristo. Un sacerdote perseguidor, un fanático que predica la discordia, no son mas que embusteros y engañadores que hablan en nombre de ellos mismos, y cuya lengua mueve el interés, el delirio y el furor. El inquisidor que entrega un herege á las llamas es ciertamente un malvado, à quien el infame interés del tribunal que ocupa ha transformado en fiera.

Discípulos de un Dios de paz, cuyo reino no es de este mundo, los sacerdotes de nuestros paises no pueden, sin ofender á su divino Maestro, rehusar sus tributos al César, ó creerse dispensados de contribuir á las cargas del estado bajo el pretesto de inmunidades y *derechos divinos*: mucho mas probibido les está el resistir á las potestades, sublevar á los súbditos contra los soberanos, egercer imperio alguno sobre los príncipes, quitarles sus coronas y armar la mano parricida contra los reyes. Los sacerdotes reos de semejantes atentados, darian á entender al universo que no creian en el Dios que predican á los demas hombres.

Imitadores de un Dios que nació pobre; sucesores de los apóstoles que fueron indigentes, los sacerdotes del cristianismo nada poseen suyo propio. Depositarios de las limosnas que los fieles han puesto en sus manos, nunca deben cerrarlas cuando se trata de consolar y socorrer á la miseria. Un sacerdote avaro y cruel con los pobres, sería un administrador infiel, un ladron, un asesino. Un sacerdote apegado á las riquezas, un sacerdote soberbio y orgulloso, ni son ni pueden ser discípulos de Jesus.

Ocupados en estudios penosos ó entregados á la vida contemplativa, los sacerdotes tienen medios de amortiguar en sí mismos la ambicion, la avaricia y las aficiones al lujo y á los placeres sensuales, de cuyos vicios son víctimas los demás hombres. La vida del sacerdote debe ser irreprensible; su estado debe preservarle del contagio del vicio; su oficio es mostrarnos en su persona al verdadero sabio y filósofo, vanamente buscado en la antigüedad.

Abrasados, conmovidos con los egemplos poderosos de la primitiva iglesia, los sacerdotes cristianos deben hacer que renazcan aquellos afortunados tiempos en que los fieles estaban animados de un solo corazon y un solo espíritu. Las contiendas interminables y contínuas serian unas escenas escandalosas que resfriarian la confianza de los ciudadanos; estos en sus directores deben hallar unos ángeles de paz, unos modelos de caridad, unos egemplos vivos de todas las virtudes sociales.

Si, como no puede dudarse, las ciencias son de la mayor utilidad para los hombres ¿cuán inestimables ventajas no pudieran conseguir en ellas tantos cenobitas ricamente dotados? ¿Quién se atreveria á quejarse de su ociosidad, y á ofenderse de la abundancia y opulencia de unos sabios que empleasen el tiempo que les concede su retiro en hacer descubrimientos provechosos, esperiencias interesantes, é investigaciones que facilitasen en todo género los progresos del entendimiento humano y los trabajos útiles de la sociedad?

En fin, los ministros de la religion, estando en casi todas partes esclusivamente encargados de la educacion de la juventud ¡de cuánto no les serian deudoras las naciones, si cumpliesen exacta y cuidadosamente con la tarea importante y penosa de cultivar los talentos de los que un dia han de ser ciudadanos! El clero sería ciertamente el cuerpo mas útil y el mas digno de la confianza y del aprecio de los pueblos, si desempeñase los oficios que le estan encargados.

Estos son en pocas palabras los deberes que la vida social y el reconocimiento imponen á los ministros de la religion; si los cumplen fielmente, merecerán sin duda los bienes y la veneracion afectuosa de que gozan en el seno de la sociedad, y serán útiles y respetables aun à los ojos de los mismos que resisten á sus dogmas religiosos. La conducta de muchos sacerdotes y pastores, tan poco arreglada á su doctrina, es una de las principales causas del disgusto con que muchas personas ilustradas miran á la religion: en vista del espíritu despótico, de la ambicion, de la codicia, de la intolerancia y de la inhumanidad de que los doctores y maestros de los pueblos se hacen culpables con frecuencia, muchas gentes repugnan y menosprecian á la religion, como incompatible con los principios mas evidentes de la sana moral. Todo hombre ó todo cuerpo que se aleja del camino de la virtud, trabaja en su misma destruccion.

Un clero ignorante y vicioso predica altamente la irreligion y la incredulidad. Un cuerpo tan vano y orgulloso que se desdeña de hacer cau-

sa comun con los otros ciudadanos, no puede tener apoyo alguno sólido. Los sacerdotes ambiciosos y turbulentos desagradan y ofenden igualmente á los soberanos y á los súbditos. Los maestros y directores codiciosos y corrompidos pierden la confianza y el amor de los pueblos. Los doctores sin ciencia, y solo en el nombre, serán siempre despreciables á los ojos de las personas ilustradas. En fin, los sacerdotes favorecedores del despotismo y de la tiranía no dejarán algun dia de ser ellos mismos oprimidos y sojuzgados por los déspotas y tiranos: y como Ulises en la cueva del cíclope no tendrán mas ventaja que la de ser devorados los últimos (1).

CAPITULO VIII.

DEBERES DE LOS RICOS.

Las riquezas dan y deben dar á los que las poseen un lugar distinguido entre sus conciudadanos. El hombre rico es, por decirlo asi, mas ciudadana que otro; su opulencia le pone en estado de dar á sus semejantes los socorros que no puede prestar el pobre; y está unido á la sociedad con mayor número de vínculos que le obligan á interesarse mucho mas en la suerte de ella que no el pobre, el cual no teniendo nada, ó teniendo poco que perder, debe interesarse menos en las revoluciones que ocurrieren en su pais. El que solamente vive de su trabajo y sudor, no tiene, propiamente hablando, patria determinada, puesto que se halla bien donde quiera que encuentra medios de subsistir: en vez de que el hombre opulento puede ser útil á muchas personas, hallándose en disposicion de ayudar á su patria, á la cual se halla íntimamente unido en razon de sus haciendas y posesiones, cuya conservacion depende de la conservacion de la sociedad. Mientras que en el asedio de Corinto los habitantes rechazaban al enemigo por todos los medios posibles, Diógenes burlándose de su inquietud y miedo, se divertia en rodar su tonel.

No nos admiremos de ver que en casi todos los paises las leyes, los usos y las instituciones, por lo comun injustas y crueles para con los pobres, sean mas favorables á los ricos, y muestren una parcialidad visible con los que favorece la fortuna. Los grandes, los poderosos y los opulentos debieron

(1) Los jesuitas, que durante dos siglos formaron una sociedad temible á todo el universo por su poder, su crédito, sus intrigas y sus riquezas, fueron constantemente los trompetas de la intolerancia, los favorecedores de la ignorancia y los aduladores del despotismo. Un jesuita, confesor de Luis XIV, sosegó su conciencia acerca de un impuesto que el monarca mismo tenia por injusto y pesado, diciéndole *que era dueño y señor de los bienes de todos sus vasallos.* En castigo de una máxima tan odiosa hemos visto destruida la compañía de los jesuitas sin oposicion alguna en toda Europa, y ocupados sus bienes é inmensas riquezas por los príncipes.

comunmente ser preferidos á los pobres, los cuales son tenidos por menos útiles á la sociedad. Sin embargo, estas leyes y estos usos son evidentemente injustos en permitir á los felices de la tierra oprimir y arruinar á los débiles y miserables. La equidad, que suple y remedia la desigualdad de los hombres, ha debido enseñar á los ricos á que respeten la miseria del pobre por el interés que en ello tienen. Seguramente, sin el trabajo y los socorros comunes del pobre ¿el rico no sería miserable, y faltándole estos socorros no se veria mucho mas infeliz y desgraciado que el pobre mismo?

Así la justicia, de acuerdo con la humanidad, con la compasion y con todas las virtudes sociales, enseña al hombre rico á ver en el pobre uno de sus asociados, necesario á su propia felicidad y de cuyos socorros debe hacerse merecedor, facilitándole en cambio de sus trabajos los medios de subsistir, de conservarse y de ser feliz en su estado. De este modo la vida social tiene á los hombres en una mútua dependencia. Hé aquí como los grandes necesitan de los pequeños, sin los cuales serian ellos bien pequeños y miserables. El opulento, para gozar de la abundancia, de los placeres y de las comodidades de la vida, necesita de los brazos y de la industria del pobre, á quien su miseria le hace laborioso, activo é industrioso. En una palabra, la menor reflexion nos persuade á que en la sociedad todos los miembros están recíprocamente enlazados con nudos indisolubles que ninguno puede romper sin dañarse á sí propio; asimismo debemos conocer que ningun ciudadano tiene derecho de menospreciar á los otros, de abusar de su flaqueza ó de su indigencia, de tratarlos con altanería ó con dureza; la justicia, en fin, nos muestra que el rico está siempre y de contínuo interesado en hacer bien, só pena de ser despreciado y aborrecido si no cumple con su destino en la sociedad. El ciudadano, á quien la sociedad dispensa mas grande suma de felicidad, debe mucho mas á esta sociedad que no los desgraciados é infelices á quienes esta olvida ó desatiende.

Los ricos pueden ser comparados á los manantiales, rios y arroyos que distribuyen sus aguas á las tierras áridas, haciéndolas producir plantas y frutos. El rico avaro se asemeja á los rios cuyas aguas se sumen y pierden en la tierra. El rico pródigo obra como los rios que saliendo de madre, se derraman por los campos sin fertilizarlos. En fin, siguiendo la comparacion, las riquezas mal adquiridas y locamente prodigadas son como los torrentes y avenidas que destruyen los terrenos por donde pasan y al cabo dejan seca la madre que formaron con tanta violencia y estruendo.

Estas reflexiones nos sirven para determinar nuestro juicio y dictámen sobre lo que la mayor parte de los moralistas han dicho de las riquezas. Los mas de los sabios las han reprobado como unos obstáculos á la virtud, como unos medios de corrupcion, como el manantial inagotable de un sin número de necesidades imaginarias que nos sumergen en el lujo, en los delei-

tes y en la molicie: han dicho que endurecen el corazon, y nos hacen injustos; en suma, que nos alejan y distraen de la investigacion de las verdades necesarias á la sólida felicidad de un ser inteligente. Este es en general el juicio que los antiguos filósofos han formado de la opulencia, considerándola como el mas peligroso escollo de la virtud. Oigamos por un momento á Séneca, el cual, en el seno mismo de las riquezas, se atreve á satirizarlas.

"Desde que las riquezas, dice, han »sido apreciadas de los hombres, y se »han hecho en cierto modo la medida »de la consideracion pública, el gus»to de las cosas verdaderamente ho»nestas y laudables se ha perdido en»teramente. Todos nos hemos conver»tido en unos mercaderes de tal modo »corrompidos por el oro, que ya no »preguntamos de qué utilidad puede »sernos una cosa, sino de qué ganan»cia ó provecho; el amor de las rique»zas nos hace alternativamente hom»bres de bien, ó pícaros segun que lo »exige nuestro interés ó nuestra situa»cion... En fin, las costumbres han »llegado de tal suerte á depravarse, que »maldecimos la pobreza, y á nuestros »ojos es infame y deshonrosa; digna »del desprecio de los ricos y del abor»recimiento de los pobres.»

Platon decididamente asegura que *es imposible ser á un mismo tiempo rico y hombre de bien, y que no habiendo verdadera felicidad sin virtud, los ricos por lo tanto no pueden ser realmente felices.* Los moralistas nos pintan ademas las inquietudes que acompañan contínuamente á la opulencia, y que emponzoñan su posesion tan deseada de los hombres; demostrando ademas, que son el instrumento de todas las pasiones. Mas como dice Bacon, *las riquezas son el bagage de la virtud; el bagage es necesario en un ejército, aunque alguna vez suele retardar sus marchas, y hacer que se pierda la ocasion de alcanzar la victoria.*

Para reducir estas opiniones á su justo valor, nosotros diremos que en sí mismas las riquezas no son nada; ni tienen mas valor que el que las dén sus poseedores. Un lecho dorado no alivia al enfermo, ni los bienes cuantiosos hacen sábio á un necio. *La abundancia y la indigencia*, dice Montagne, *dependen de la opinion de cada uno, y lo mismo la riqueza, que la gloria y que la salud, no tienen mas precio ni valor que el que les atribuye quien las disfruta.* En manos de un hombre sábio, humano y liberal, la opulencia es evidentemente el manantial de los mayores bienes y de un contento que se renueva tantas veces como las ocasiones de egercitar las buenas disposiciones del corazon: y al hombre sensible, cuya alma se deleita en hacer felices, en ser útil á su patria, en esparcir sus beneficios sobre todo el género humano, no le causarian embarazo todas las riquezas del Perú ó Potosí, si todas fuesen suyas. Diremos que lo que ordinariamente hace molestas al hombre de bien y compasivo la pobreza y la medianía, es la imposibilidad en que le constituyen de satisfacer los deseos de su grande

alma, la cual querria aliviar á todos los infelices y desgraciados que la suerte le ofrece, animar y fomentar los talentos útiles á sus conciudadanos, y enjugar las lágrimas de los que están oprimidos del infortunio y la miseria; en poder del hombre virtuoso y benéfico, los tesoros de Creso nunca servirian de obstáculo á su felicidad. «Si »te aprovechares de las lecciones de la »sabiduría, dice Plutarco, vivirás en »todas partes sin disgusto, y serás fe»liz en tu estado; la riqueza te dará »placer, porque tendrás mayores me»dios de hacer bien á muchos; la po»breza, porque te hallarás con menos »inquietudes y sobresaltos; la gloria, »porque te verás honrado; la oscu»ridad, porque serás menos envidiado. »Con la virtud, dice en otra parte, »todo género de vida es agradable. Tú »estarás contento con tu suerte, cuan»do hayas conocido bien en qué con»siste la rectitud y la bondad.»

Es preciso convenir en que raras veces las riquezas se encuentran en manos de personas de esta naturaleza; la opulencia casi nunca está unida á los grandes ingenios ó á las grandes virtudes; por lo comun la fortuna ciega se complace en colmar de dones á sus favorecidos, que no saben usar de ellos ni para su propia felicidad ni para la de los demas; en fin, hay muy pocas gentes á quienes anime un alma fuerte, capáz de sostener el peso de una grande opulencia. *El oro*, decia Chilon, *es la piedra de toque del hombre*.

Mas esto no debe sorprendernos: las riquezas de la mayor parte de los hombres son ó el fruto de sus propios trabajos, de sus intrigas y de sus bajezas, ó bien las heredan de sus antepasados: en ambos casos es bastante dificil que las riquezas caigan en manos verdaderamente capaces de hacer de ellas un uso conforme á la razon. Los que trabajan y se labran su fortuna, no tienen ni tiempo ni deseo de cultivar su alma y su entendimiento; únicamente ocupados en cuidar de sus negocios, ni tienen ni pueden tener idea alguna de las ventajas que les resultarian de la cultura de sus facultades intelectuales. Por otra parte, los hombres cuando estan dominados del deseo de las riquezas, son regularmente poco delicados en cuanto á los medios de conseguirlas. *Toda ganancia*, dice Juvenal, *gusta y complace*, *sea cual fuere su origen*.

Para lograr fortuna se necesita una conducta tan baja y rastrera, que los hombres de bien resisten y dificilmente se prestan á los medios que no cuestan nada á los que aspiran á enriquecerse á cualquier precio. En fin, nada es mas dificil que adquirir grandes riquezas sin cometer grandes maldades. De aquí se deduce que la penosa ocupacion de labrarse uno á sí mismo su fortuna, es harto incompatible con la observancia escrupulosa de las reglas de la moral. La fortuna, si parece ciega en la distribucion de sus favores, es porque los hombres dignos de ellos no quieren comprarlos al precio que los vende. *Tan fácil le es al sabio enriquecerse*, decia Thales, *como dificil que desee ser rico*.

«Solas las almas justas y buenas,

»dice Homero, pueden ser fácilmente »curadas de sus enfermedades.» La moral, inseparable siempre de las reglas inmutables de la equidad, no tiene preceptos capaces de reprimir á los hombres codiciosos, sin honor y sin probidad, que solo tratan de enriquecerse; sus lecciones parecerian ridículas é importunas, si con noble osadía se dirigiesen á los impíos cortesanos, á los crueles exactores, á esos infames publicanos que se ceban con la sangre de los pueblos, y sacian su sed con las lágrimas de los infelices. La equidad natural no sería escuchada de aquellos que estan creidos que la voluntad de los príncipes hace justa la rapiña ó el robo, ni de esos hombres duros é inflexibles que fundan su interés en la desgracia de sus semejantes.

Tampoco prestarian oidos á los consejos y preceptos de la moral aquellos comerciantes cuyas ganancias, aun las mas lícitas y permitidas por el uso y las leyes, no todas son igualmente conformes á la justicia y probidad: el mercader es regularmente juez y parte en su propia causa, y esto le hace inclinar la balanza al lado de su interés particular; este interés le sugiere por lo comun mil sofismas que no tiene tiempo ni deseo de examinar con atencion. En suma, es menester mucha fortaleza y mucha virtud para que un comerciante no caiga en la tentacion de aprovecharse ya de las necesidades ya de la ignorancia y sencillez de sus conciudadanos. En general la moral, sea ó no atendida, dirá siempre á los hombres que sean justos, que repriman su codicia, que respeten la buena fé, que teman no llegue un dia en que se avergüencen de una fortuna adquirida á costa de la conciencia y de la probidad, porque en su posesion sufririan el torcedor contínuo de un remordimiento importuno, ó los efectos de la indignacion pública, la deshonra y la afrenta.

Cuando la opulencia es fruto del trabajo de los antepasados, es todavia mas dificil que un heredero haya aprendido el arte de usar bien de ella. ¿Cómo unos padres faltos de buenos principios y destituidos de virtudes podrán inspirárselas á sus hijos? La educacion de las personas opulentas no aspira comunmente á formar discípulos de corazon justo, sensible y benéfico: ademas, que con dificultad consigue aficionarlos al estudio y á la reflexion. Los padres ignorantes y poco afectos á la virtud, siempre dejarán sus bienes á hijos que se les parezcan. Los avaros, los usureros, los estafadores, los monopolistas, los cortesanos, los que manejan las rentas públicas ¿serán todos estos capaces de inspirar á sus descendientes pensamientos nobles y generosos, incompatibles con los medios de enriquecerse? Ademas, los padres codiciosos no saben ni aun enseñarles á conservar las riquezas que heredan; así vemos constantemente que la opulencia mas enorme llega raras veces á una tercera generacion: la locura de los hijos disipa en poco tiempo los tesoros acumulados por la injusticia de los padres. El hijo de un cortesano ó de un hombre de ánimo abatido ¿apreciará acaso la virtud? Un padre fastuoso y vano, sumergido en el lujo y

la disolucion ¿se dignará ocuparse en formar el alma de su hijo mostrándole el modo de usar bien de los bienes que algun dia heredará? Por último, el hijo de un hombre que nada en la abundancia ¿tendrá ni inclinacion ni deseo de adquirir por sí mismo la moderacion, la dulzura, las virtudes, los talentos y los conocimientos que le hagan un dia feliz? Los hijos que nacen en el seno de la opulencia, no son por lo comun otra cosa que unos delirantes que se les figura que todo les está permitido. *La hartura*, dice Teognides, *produce la ferocidad* (1).

Las fortunas enormes, las riquezas inmensas acumuladas en pocas manos, son indicios de un gobierno injusto que procura poco la subsistencia y la felicidad del mayor número de sus súbditos. Cien familias con comodidad y medianía son mas útiles al estado que nó un rico avaro y mezquino, cuyos tesoros escondidos fomentarian la actividad de una provincia entera. Las riquezas bien repartidas producen el bien y la felicidad de un estado; ellas aumentan la industria y conservan las costumbres, que la grande opulencia lo mismo que la gande miseria corrompen y destruyen. La inmensa fortuna embriaga al hombre y le entorpece enteramente. *Los magníficos vestidos*, dice Demófilo, *son embarazosos al cuerpo, y las grandes riquezas al alma.* Por otra parte, una gande pobreza, como veremos muy pronto, estimula frecuentemente al crímen. No hay pais en donde se hallen ni tantos particulares ricos, ni tantos malhechores como en las naciones opulentas. Thales decia que "la república mejor ordena»da es aquella en que ninguno es ni »muy pobre ni muy rico." El estado de medianía fue siempre el asilo de la probidad. El gobierno es muy imprudente y culpable cuando inspira á sus súbditos una pasion desenfrenada á las riquezas; y destruye en ellos de este modo todo pensamiento de honor y de virtud.

El filósofo Crates esclamaba: ¡*Oh hombres! ¡adónde os precipitais afanados por acumular riquezas, al mismo tiempo que descuidais la educacion de vuestros hijos á quienes debeis dejárselas*! Nada modifica mas poderosamente á los hombres que la educacion, el egemplo, la instruccion y las máximas de que los padres les dan los primeros impulsos. No es de admirar que se encuentren en las naciones infesta-

(1) Plutarco observa, hablando de Sila, que las riquezas produgeron en él un trastorno general, haciéndole feroz y cruel; y por esto dice este filósofo: "él dió motivo de con»denar los grandes honores y las grandes ri»quezas, y de imputarlas que no permiten á »los hombres el conservar sus primeras cos»tumbres, sino que engendran en sus cora»zones la vanidad, el orgullo, la inhumani»dad y la insolencia." (*Plutarco, vida de Sila.*) Los mas de los ricos se hacen aborrecer de los pobres, no solo por la envidia que escitan en ellos, sino aun mas por el mal que sin motivo alguno les causan, y por las incomodidades que les ocasionan. En las grandes ciudades sobre todo, el pueblo se ve de continuo impedido y embarazado en sus mas necesarios trabajos por los trenes y equipages de los grandes y ricos ociosos, que con la precipitacion que llevan siempre, huyendo del continuo fastidio que los ocupa, atropellan y echan por tierra impune y tranquilamente á cuantos infelices encuentran al paso.

das del lujo, de la disipacion y de la corrupcion de las costumbres, tantos ricos faltos enteramente de las dotes necesarias para hacerse felices por medio de las riquezas, y mucho menos dispuestos todavia á procurar el bien de los demas. El fausto, la ostentacion, la necesidad de *vivir segun su estado*, altamente ponderada por la vanidad, los enormes dispendios que cuestan los raros y esquisitos deleites, hacen que al hombre mas opulento no le quede nunca sobrante alguno: los mas cuantiosos bienes apenas le bastan para satisfacer todas las necesidades que su vanidad y el hastío de los placeres ordinarios crean en su imaginacion. No hay tesoros que sufraguen á los caprichos y estravagancias sin número que producen el lujo, la disipacion y el fastidio; las rentas de los reyes apenas podrán apagar la sed inestinguible de una fantasía caprichosa.

El fastidio, como ya hemos debido convencernos, es un verdugo que á nombre de la naturaleza castiga siempre y perpétuamente á los que no han aprendido á regular sus deseos, vivir útilmente ocupados, y usar con economía de sus placeres y recreos. ¿Por qué vemos siempre á los grandes y á los ricos inquietos y agitados? Porque en el seno mismo de los honores, de la fortuna y de los placeres, no gozan de nada; porque agotadas ya por ellos todas las diversiones y entretenimientos, sería menester que la naturaleza crease en su obsequio nuevos deleites y nuevos sentidos. Opípara mesa, placeres sensuales, espectáculos, gustos y placeres diferentes, nada los estimula ni interesa; nada los saca de su profundo sueño; en medio de las fiestas y diversiones mas bulliciosas el fastidio los asalta, y la imaginacion los atormenta persuadiéndoles que el placer se halla siempre donde ellos no se encuentran. De aquí esa agitacion, esa inquietud convulsiva que se advierte comunmente en los príncipes, los grandes y los ricos; parece que pasan su vida corriendo en busca de los placeres, sin gozar jamás de los que tienen á la vista: "el »uno, dice Lucrecio, deja su magní»fico palacio por distraerse del fasti»dio, mas pronto se arrepiente, porque »ni es mas dichoso ni está mas tran»quilo fuera de él: el otro huye preci»pitadamente á sus haciendas de cam»po, como quien corre á apagar un »incendio; mas apenas pone el pie en »ellas cuando ya siente y padece un »mortal fastidio..... y con la misma »precipitacion vuelve á tomar el ca»mino de la ciudad."

Vivir útilmente ocupados, y hacer bien á sus semejantes son los únicos medios de evitar el fastidio que atormenta á tantos ricos, para quienes no hay placeres en la tierra. Los placeres de los sentidos se agotan; la satisfaccion pueril que puede dar la vanidad, desaparece cuando es habitual; mas los placeres del alma se renuevan á cada momento, y el gusto inesplicable que resulta de la idea de la felicidad que por nuestra causa otros disfrutan, es un deleite libre de alteracion y fastidio. *Ocupaos en hacer felices para que lo seais*; hé aquí el mejor consejo que la moral puede dar á los ricos.

Aristóteles, hablando de las riquezas, dice que *unos no usan, y que otros abusan de ellas.* ¡Cuán felíz seria el hombre rico, si supiera aprovecharse de las ventajas que la fortuna le concede! ¿Cómo el fastidio le asaltaria nunca, si con un alma tierna y sensible poseyese un entendimiento ilustrado? todo se cambiaria en placeres para el rico piadoso y benéfico. Enjugar las lágrimas del infeliz, ocurrir con socorros y consuelos á una familia afligida, reparar las injusticias del destino cuando este oprime al mérito desgraciado, recompensar liberalmente los servicios recibidos, desenterrar y dar á la luz pública los talentos sumidos en el abismo de la miseria, estimular el ingenio á los útiles descubrimientos, saber gozar en secreto del placer de hacer felices sin descubrir al bienhechor, inspirar consuelo y alegria al corazon de un amigo angustiado, dar ocupacion y subsistencia á la pobreza laboriosa con trabajos útiles á la patria, animar al desalentado labrador, merecer el tierno afecto y las bendiciones de los que le rodean; hé aqui los medios seguros de disfrutar placeres durables y distintos, de calmar la envidia que causan siempre las riquezas, y aun de hacer perdonables los caminos y arbitrios con que las adquirieron tal vez los injustos predecesores. Los descendientes virtuosos pueden lograr que se dé al olvido el orígen impuro de su opulencia: la indignacion y la envidia enmudecen á vista del buen uso que el hombre de bien sabe hacer de sus riquezas; este se hace feliz en merecer la aprobacion y el aplauso de sus conciudadanos (1).

En los campos es donde principalmente los ricos, lejanos de la pestilente atmósfera de las ciudades, hallarán ocasiones de hacer un bueno y honroso uso de su opulencia, y de mostrarse ciudadanos. Mas acostumbrados regularmente al aire corrompido de las grandes poblaciones, al torbellino de los placeres frívolos y á los vicios que para ellos se han convertido en necesidades, los ricos miran las capitales

(1) La antigüedad nos presenta, en Plinio el jóven, un egemplo interesante de lo que puede la opulencia compasiva y benéfica. Este grande hombre se muestra en sus cartas ocupado de contínuo en favorecer á sus amigos y á cuantos le rodean: al uno le perdona sus deudas; á otro le paga las que tiene; aumenta la dote de la hija de un amigo difunto, para que de este modo encuentre un casamiento ventajoso; vende una posesion en menos de su valor para favorecer ocultamente á un sugeto á quien ama; á otro amigo suyo le pone en estado de vivir independiente y con reposo hasta el fin de sus dias; funda una biblioteca en Comos, su patria, y ademas una casa para asilo de huérfanos. En fin, él nos enseña con su egemplo que una sábia economía, aun mas que su riqueza, le facilitó el medio de cumplir con su benéfico natural. *Véanse las cartas de Plinio.*

Iguales disposiciones hallamos en Gilias, ciudadano de Agrigento, el cual, segun Valerio Máximo, no se ocupó en toda su vida sino en usar de sus inmensas riquezas en favor de sus conciudadanos. El dotaba á las doncellas pobres; acudia al socorro de todos los infelices; egercia la hospitalidad indistintamente con todos los estrangeros; traia toda especie de provisiones á su patria en tiempos de escasez; en una palabra, las riquezas de Gilias eran el patrimonio comun de todos los hombres. *Valerio Máximo, lib. 4, cap. 8.*

como á su verdadera patria y domicilio; y se imaginan que están desterrados en sus haciendas y posesiones, á menos de no llevar consigo los desórdenes, el bullicio y las funestas diversiones á que están habituados. Sin esto los rústicos placeres y la hermosura de la naturaleza les parecen insípidos; y es que los míseros ignoran el placer de hacer bien.

Sin embargo, estos placeres son mas sólidos y mas puros que no los que sacian su vanidad. ¿Puede ser comparada con ellos la fútil ventaja de llamar la atencion del vulgo con trages, trenes, libreas, muebles y adornos costosos, y con todo el vano y despreciable aparato que tanto aprecia el lujo? El rico injusto ¿puede gloriarse de merecer la estimacion pública ostentando con insolencia á los ojos de sus pobres conciudadanos una magnificencia insultante? Temerosos de escitar la indignacion general, estos hombres que se sacian y ceban con la sustancia de los pueblos, ¿no harían mejor en ocultar del público una opulencia comprada con iniquidades y delitos? El amor propio de estos favorecidos de Pluto ¿puede acaso cegarlos hasta el estremo de creer que una nacion oprimida porque ellos sean ricos, les perdonará la impudencia con que se atreven á ostentar el fruto de sus robos? No: los aplausos y rendimientos de los aduladores y de los gorristas que rodean su mesa, no les persuadirán jamás que tienen mérito, jamás acallarán las acriminaciones y remordimientos de una conciencia atribulada; su fausto y sus convites solo les darán envidiosos, mas no les grangearán amigos. Los convidados del que se ha enriquecido á costa del público, le ayudarán á consumir sus bienes; pero no le quedarán ni agradecidos ni obligados, porque miran los dispendios del rico como un deber, como una restitucion hecha á la sociedad, que á nombre de esta reciben los aduladores parásitos. El hombre vano y orgulloso no son amigos los que tiene; son lisonjeros mentirosos, dispuestos á volverle la espalda tan pronto como le falten las riquezas de que son partícipes (1).

Nos admiramos de que los grandes y los ricos se vean abandonados de todo el mundo luego que la fortuna los abandona á ellos; pero mas sería de admirar el que sus pretendidos amigos obrasen de otro modo. El rico ostentoso y pródigo lo es por su propia satisfaccion, no con relacion á los otros; á su vanidad es á quien sacrifica su fortuna; porque le aplaudan y celebren derrama su oro á manos llenas; y porque de este modo egerce una especie de dominio en hombres abatidos é infames, es por lo que él los convida á sus banquetes y festines; así que, estos con razon consideran satisfechas sus obligaciones con él, si le pagan su necedad con el humo de sus inciensos. Efectivamente, este mismo hombre que tiene la locura de gastar

(1) Los viageros dicen que hay mahometanos que tienen escrúpulo de comer con los que se sospecha que han adquirido mal su fortuna. Un califa de Bagdad se impuso á sí mismo la ley de no comer ni vestirse sino del producto de su trabajo.

en un convite sumas que bastarian para sacar de la miseria á una familia entera, es bien seguro que no tendria valor de hacer un gasto mucho menor que fuese oculto é ignorado. Tambien lo es que este mismo hombre tan generoso al parecer, y tan noble y franco con los aduladores que le cercan, no los daria secretamente en dinero el importe de su convite.

Ni la benevolencia ni el deseo de hacer bien son los verdaderos móviles de la ostentacion ni la causa de la ruina de los pródigos: una reconcentrada vanidad hace en ellos por lo comun las veces de bondad, de afecto, de amistad y aun de amor. Nada es mas frecuente que ver á un hombre rico arruinarse por una prostituta, á la cual en el fondo de su corazon no profesa amor alguno; él solo aspira á la gloria de desbancar á sus rivales, y de conseguir el triunfo de ellos á fuerza de dinero. Por otra parte ¿cómo un hombre semejante podria gloriarse de poseer el corazon de una muger que carece de sensibilidad con el uso contínuo del deleite, y que está dispuesta siempre á preferir al amante que mas la dé?

Los gustos comunmente ruinosos que los ricos codician, raras veces son verdaderos y sinceros; por lo comun están fundados en la vanidad, la cual les persuade que así serán tenidos por hombres de un gusto raro y esquisito, por hombres no comunes, por hombres muy opulentos y felices. Con solo este fin un hombre rico, que en realidad carece de todo gusto, reune á veces una inmensa coleccion de curiosidades que ignora, de libros que jamás leerá, de pinturas cuyos autores y mérito desconoce. Sin embargo, es preciso convenir en que el fastidio tiene comunmente tanta parte como la vanidad en los gastos inútiles que deshacen y arruinan las mayores fortunas: él es sin duda el que hace pagar muy caro los objetos que al instante disgustan, ó que al menos se miran como insípidos tan pronto como se poseen; al fastidio de los ricos se deben las producciones tan diferentes, tan variables y algunas veces tan ridículas de la moda, que hacen perdonables al parecer todos los males que el lujo causa á las naciones.

Mas los consuelos pasageros que da el lujo á las molestias y á la vanidad de algunos ricos ociosos, no deben ciertamente justificar los innumerables males que causa á los pobres, esto es, á la parte mas numerosa de toda sociedad. El lujo solamente es ventajoso á sus mismos artífices; pero en cambio es dañosísimo á la clase verdaderamente útil y laboriosa de los ciudadanos. Lo que á un rico caprichoso le cuesta una obra magistral de pintura ó escultura, una soberbia tapicería, la talla y adorno de su palacio, un vestido bordado, una joya relumbrante é inútil, bastaría á veces para vivificar á muchas familias de honrados labradores, mucho mas necesarios al estado que no tantos artistas que solo sirven para recrear vanamente los sentidos. En hora buena que el hombre de gusto admire las producciones sublimes de las artes y haga justicia á los diversos talentos que recrean sus sentidos; mas el verdadero sábio, siem-

pre sensible á las necesidades y aflicciones del mayor número, no podrá jamás preferir estas artes á las útiles y necesarias á la sociedad, que darían la subsistencia á millones de infelices. Desmontar y hacer fértil una provincia para bien de sus habitantes, secar pantanos y lagunas para dar salubridad al aire, cruzar canales que faciliten los transportes y riegos, son para un buen ciudadano objetos mas interesantes que los mas suntuosos palacios adornados con cuadros de *Rafael*, y con estátuas de *Miguel Angel* enmedio de los mas deliciosos jardines de *Le Nautre*.

Mas los ricos regularmente no estan acostumbrados á ocuparse en hacer el bien que podrian al pueblo que desprecian; ellos prefieren el hacerle sentir el peso de su poder de un modo odioso y aborrecible; y lejos de disminuir la envidia de los pobres, hacen por irritarla con su conducta arrogante y tiránica. No parece sino que los hombres, á quienes la fortuna ha dado todos los medios de hacerse amables, solo se sirven de ellos para hacerse odiosos y aborrecibles. En vez de consolar y socorrer la miseria del pobre, los ricos solo parece que existen en la tierra para aumentar esta miseria: en vez de fertilizar los terrenos áridos y estériles, la opulencia y el poder se empeñan únicamente en destruirlos y asolarlos. ¿Puede ser el hombre felis cuando no vé á su alrededor sino infelices y miserables? ¿Las riquezas pueden tener algo de lisongero y halagüeño, cuando solo acarrean el odio y las maldiciones de los mismos de quienes pudieran conciliarnos la buena voluntad?

CAPITULO IX.

DEBERES DE LOS POBRES.

¡Con cuanta indignacion un corazon sensible mirará el lujo, al ver que endurece el alma de los príncipes, de los grandes, y de los ricos, forjándoles necesidades infinitas y siempre insaciables que les impiden consolar y socorrer las miserias de los pueblos, porque no les dejan sobrante alguno para hacerlo! ¿Con qué ojos verá una sana política la aversion que el lujo inspira á los ricos hácia la vida campestre que sus riquezas debieran reanimar? ¿No es forzoso que gima al ver esas campiñas que en vez de ser auxiliadas con brazos que las cultiven, se hallan despobladas por solo aumentar el número inútil de criados de la indolente opulencia? En fin, todo hombre de bien ¿no ha de llenarse de dolor y sentimiento al ver que tantos sirvientes, corrompidos con el egemplo de sus amos, comunican á las últimas clases de la sociedad la corrupcion y los vicios que han adquirido en las ciudades?

En un estado corrompido, las in-

fluencias del lujo, funestas para los ricos de quienes trastorna el juicio, se dejan sentir de un modo mas cruel todavía á los pobres, y á los que solo tienen una fortuna limitada: todos estos quieren imitar á lo lejos los modales, los dispendios y el fausto de los opulentos y grandes; cada cual se avergüenza de su pobreza, y procura ocultarla con el adorno y compostura esterior: el pobre y el hombre de cortas facultades, llevados del torrente, se ven precisados á seguir el tono pomposo que los ricos, los grandes, y principalmente las mugeres, casi siempre frívolas y vanas, dan á la sociedad. Así todo el mundo se cree obligado á escederse en gastos, so pena de no poder alternar con los que, en vez de ostentar su opulencia é inhumanidad, debieran mas bien consolar y socorrer al menesteroso; este de consiguiente se ve en la precision de salir de su estado, pues que no le basta ser pobre para ser socorrido. De este modo el infeliz y miserable que se encuentra en la necesidad de recurrir á los grandes y poderosos, se halla en el duro aprieto, para no verse ultrajado y despedido por unos criados insolentes, de hacer gastos que no puede, siempre que ha de presentarse á sus protectores, porque temería incomodarlos y ofenderlos, si en su esterior les manifestase su infortunio; y en fin, se arruina por no verse menospreciado y desatendido, sin llegar nunca á conseguir socorro alguno, cuando en esta esperanza ha perdido lo poco que tenia.

¡Hé aquí como los ricos incapaces de hacerse felices á sí mismos, lejos de prestar consuelo alguno ó de contribuir al bienestar de los otros, les hacen contraer sus mismas enfermedades! La epidemia de la corte, estendiéndose á las ciudades, pronto trasciende á las aldeas y á los campos, llevando consigo la semilla de todos los vicios, de todos los desórdenes, y aun de todos los delitos. Así es como la vanidad se propaga; así el gusto de la ostentacion y del ornato, fatal á la inocencia, se apodera del corazon del pueblo; así la indolencia y la pereza reemplazan el amor del trabajo; así, en fin, las buenas costumbres se pierden en el ocio, y este llena la sociedad de ladrones, de foragidos, de malvados, de asesinos y de prostitutas, á quienes el terror de las leyes no puede reprimir en modo alguno. Un mal gobierno, que desanima al pobre y le envilece con indignas preocupaciones, le obliga á que se entregue al crimen, el cual no puede ser contenido sino á costa de muchas víctimas. Esta severidad sin embargo no corrige á nadie: el que envilece á los hombres, los incita á osarlo y á emprenderlo todo; el que los hace infelices y miserables, le quita á la muerte misma cuanto tiene de terrible para ellos. Haced feliz al pobre, libradle de la opresion, y le vereis como trabaja, como ama la vida, como teme perderla, y vive contento con su suerte.

El despotismo ha multiplicado siempre los perezosos y holgazanes. El egemplo y la opresion de los ricos y de los poderosos corrompen la inocencia del pobre; este á causa de su miseria se ve precisado á prestarse á los vicios

de aquellos de quienes necesita para subsistir. Con el dinero el hombre corrompido y disoluto facilmente consigue seducir á una jóven, la cual se prestará á sus designios estimulda del deseo del lujo: con el dinero hará á sus mismos padres cómplices de su deshonra: en fin, el oro, que de todo triunfa, hace que el necesitado se preste de continuo á los caprichos y á los delitos de los que se valen de él.

Por otra parte el pobre, abrumado de la idea de su propia debilidad y flaqueza, mira al hombre opulento como una criatura de una especie diferente de la suya, y esclusivamente felíz; así le imita en cuanto puede, se hace codicioso y vano como el rico; desea por consiguiente enriquecerse á fin de gozar de las preeminencias que juzga inseparables de las riquezas, pareciéndole mejores los mas prontos medios, sean cuales fueren. De este modo el pobre, disgustado del trabajo, se hace á los principios vicioso, y despues criminal, buscando en el robo y la rapiña los medios de subsistir que le daria una honesta ocupacion.

La codicia de un gobierno tiránico, las estorsiones de tantos hombres que quieren hacerse ricos de la noche á la mañana, y los funestos egemplos de los ricos libertinos pueblan las sociedades de un sin número de holgazanes, de vagamundos y de malhechores incorregibles á pesar de toda la severidad de las leyes. El rigor de tantos impuestos, de tantas cargas, y de tanta servidumbre aburre y distrae al labrador de su trabajo que se le hace insufrible; así es que no trabaja cuando ve que todas sus penalidades y sudores no le producen cosa alguna, ni le prestan medios de subsistir, y mas quiere ser ó mendigo ó ladron que cultivar una tierra ingrata que la tirania le obliga á detestar.

Nada manifiesta y acredita tanto la negligencia y la dureza de un gobierno como la mendicidad. En un estado bien constituido todo hombre sano y robusto debe estar útilmente ocupado; aquel cuya suerte infeliz y miserable ó cuyas enfermedades le impiden trabajar, tiene derecho á la humanidad de sus semejantes y debiera ser socorrido y cuidado de sus conciudadanos, sin que le fuese permitido buscar su subsistencia por medio de una vida vagamunda, las mas veces viciosa y criminal. Por poco que se reflexione se conocerá que esos suntuosos hospitales que una piedad mal entendida erige enmedio de las ciudades, no producen regularmente otro efecto, á pesar de sus enormes dispendios, sino el de aumentar las miserias y desgracias de los pobres, y no el de su alivio y socorro. Una humanidad mas reflexiva daria á los enfermos socorros mayores y mas eficaces en sus propias casas, y economizaria los enormes gastos de una ruinosa administracion.

Una compasion imprudente multiplica tambien en el seno de las naciones una clase de infelices que se llaman *pobres vergonzantes*: no hay un abuso mayor que la beneficencia egercitada con los pobres de esta naturaleza, los cuales regulanmente no son otra cosa que unos holgazanes orgullosos. El pobre no debe avergonzarse de su miseria, puesto que con ella enterne-

ce los corazones sensibles y merece los socorros señalados por la sociedad. El hombre que ha llegado á la indigencia debe renunciar enteramente á su antigua vanidad y conformarse con su estado humilde; el infelis no interesa ni compadece cuando es orgulloso. En fin, en ves de entregarse á las preocupaciones y quimeras de un perezoso orgullo, todo hombre pobre y desdichado debe buscar en un trabajo honesto el recurso contra su desgracia, cualquiera que haya sido su condicion ó clase anterior.

La humanidad, la justicia y el interés general de la sociedad claman á una á los soberanos que no reduzcan á la miseria y la medicidad á tantos ciudadanos, y que egerzan alguna compasion con los pueblos, cuyas tareas y felicidad perturban y trastornan tan cruelmente, reduciéndolos á la desesperacion. Lejos de la sana política esas máximas horribles que persuaden á muchos principes que los pueblos deben estar sumidos en la miseria para ser gobernados con mas facilidad. La opresion y la violencia no harán jamás sino viles y torpes esclavos, ó perversos, resueltos y arrojados que se burlan de las leyes y de los suplicios, con tal que puedan vengarse de las contínuas injusticias que sufren. A los príncipes toca de justicia el consolar eficazmente á los infelices y atraerlos á la virtud, la cual la moral les predicará en vano mientras que los mismos gobiernos les obliguen al crímen.

Acostumbrado desde su infancia el hombre del pueblo á trabajos penosos, no está su desgracia en que trabaje; lo está en que su trabajo es escesivo y no le suministra medios de subsistir. La pobreza, se dice comunmente, es madre de la industria; pero tambien es madre del delito si solo es recompensada con crueles y gravosos impuestos. Entonces, cambiándose en furor, es fatal y temible á la sociedad.

Una sábia administracion debe hacer de modo que el pobre esté ocupado; debe, por el bien de la sociedad, alentarle al trabajo, necesario á la conservacion de sus costumbres, á su propia subsistencia y á su felicidad. No hay en política una máxima mas falsa y peligrosa que la que ordena favorecer la ociosidad del pueblo. El verdadero origen de la corrupcion de los romanos provenia evidentemente de la pereza á que arrastraban al pueblo las distribuciones frecuentes de granos y los espectáculos contínuos que le daban los ambiciosos, que de este modo procuraban captarse su auxilio y favor, ó adormecerle en su esclavitud. Bajo los tiranos que asolaron este imperio, tan poderoso en lo antiguo, el pueblo ya depravado se mostraba indiferente á las crueldades que estos mónstruos egercian con los ciudadanos mas ilustres: su deseo y su ánsia eran *pan y espectáculos* (1). Por esta causa el mis-

(1) *Panem et circenses.* Juvenal, sátira 10, vers. 81. Plutarco dice que Jerges, queriendo castigar á los babilonios por una revolucion, les obligó á dejar las armas y á danzar, cantar y entregarse á todo género de disolucion. — "Numa repartió las tierras entre los ciudadanos pobres para que, sacados de la miseria, se viesen libres de la necesidad de obrar mal, y para que dados á la vida cam-

mo Neron fué un príncipe adorado en vida y sentido en muerte.

Una política ilustrada debiera procurar que el mayor número de los ciudadanos poseyesen alguna propiedad territorial, aunque fuese corta; la propiedad, fijando al hombre en su heredad, le hace amar su pais, estimarse á sí mismo y temer la pérdida de los bienes que disfruta. No hay patria para el desgraciado que nada tiene. Mas en casi todos los países los ricos y potentados todo lo han invadido; ellos se han apoderado de los campos para no cultivarlos, ó cultivarlos poco y malamente; bosques sin término, jardines dilatados, montes espesos y sin fin, ocupan terrenos que bastarian para emplear todos los brazos de cuantos ociosos y holgazanes llenan las ciudades y los pueblos. Si los ricos renunciasen en favor de los pobres necesitados las posesiones supérfluas que poseen y de las que no sacan provecho alguno, sus propias rentas se verian considerablemente aumentadas, la tierra sería mejor cultivada, las cosechas fueran mas abundantes, y los pobres, que tan incómodos y molestos son á la nacion, se harian unos ciudadanos tan útiles y felices cuanto su estado lo permite. Gelon llevaba consigo á los siracusanos á los campos, á fin de estimularlos así á la agricultura.

No nos engañemos: la pobreza no excluye la felicidad; antes bien puede gozarla con mas seguridad, por medio de un trabajo moderado, que no la opulencia perpétuamente entorpecida, ó incesantemente agitada con las necesidades contínuas de su loca vanidad. La pobreza ocupada tiene buenas costumbres; la pobreza teme disgustar y ofender; la pobreza es compasiva; el indigente es sensible á los males de sus semejantes, porque se considera espuesto á ellos: si el pobre carece de muchos deleites y placeres, tampoco siente el tedio y el fastidio propios del rico que, hastiado y sin fuerzas, con nada se deleita ni halla placeres seguros que le muevan. Los deseos del pobre son limitados como sus necesidades; contento con su subsistencia, no se afana por lo venidero; y como es poco lo que posee, se encuentra libre de los sobresaltos é inquietudes que turban de contínuo el reposo de la opulencia y de la grandeza, que tan envidiables sin embargo suelen parecerle: en fin, el que no recibe nada de la fortuna, nada puede temer de ella. «La pobreza, dice Epicuro, es una co»sa muy estimable, con tal que viva »tranquila y contenta con su suerte: »el hombre es rico luego que ha llega»do á familiarizarse con la escasez: no »es pobre el que tiene poco, sino aquel »que teniendo mucho desea todavia te»ner mas... ¿Quieres ser rico? añade »el mismo, pues no te afanes en au»mentar tus bienes, sino en disminuir »tu codicia.»

Del seno de la pobreza es de donde por lo comun salen la ciencia, el ingenio y los talentos. Homero, poeta inmortal de la Grecia, hizo inmortales á muchos héroes famosos cuyos nom-

pestre, se suavizasen sus costumbres y cultivasen su entendimiento cultivando los campos.» *Plutarco, vida de Numa.*



bres, á no ser por él, estarian sepultados en un eterno olvido. Virgilio, Horacio, Erasmo, nacieron en la oscuridad. A los grandes talentos de los hombres que la necesidad misma ha creado, son deudores de su gloria los reyes, los conquistadores y los grandes generales. Las sociedades deben sus mayores descubrimientos al estudio y á las luces de los sabios, que por lo comun han vivido en la pobreza y miseria; á tales hombres, tan despreciados por los grandes orgullosos y por los ricos soberbios, deben estos todos sus bienes y placeres.

¿Con qué derecho los ricos y los grandes pueden despreciar al pobre? Por el contrario; este debiera hallar en ellos unos bienhechores y unos apoyos contra la violencia y los rigores de la suerte: en vez de ultrajarle con crueles desprecios, debieran mirarle como un individuo interesante por su misma miseria, necesario á su felicidad, y muchas veces superior á ellos por sus respetables talentos. Reflexionen los ricos y los grandes que la indigencia ó la mediania gozan acaso en su cabaña de una felicidad pura y no conocida de los mortales que habitan suntuosos palacios erigidos por el crímen. El indigente, dominado de la envidia, debe convencerse de que la inocencia ocupada es infinitamente mas feliz y dichosa que no la grandeza y la opulencia, rara vez capaces de limitar sus deseos.

El pobre, pues, debe consolarse y vivir resignado con su humilde fortuna; y siempre que trabaja útilmente en obsequio del rico tiene derecho á su piedad y beneficencia. Si él necesita de los ricos y de los grandes, es muy justo que les muestre la sumision, la deferencia, los respetos y las consideraciones que estos pueden exigir en cambio de su asistencia y proteccion. El pobre debe esforzarse por grangear su benevolencia valiéndose de unos medios honestos y legítimos, de la dulzura, de la paciencia y de las demás virtudes necesarias á su clase; mas no con las bajezas é infamias que el vicio tiránico y despótico pretenda exigir de él. Cuando en los grandes halle unos protectores de su flaqueza, y en los ricos unos consoladores de su miseria, debe el pobre pagarlos con su agradecimiento; pero jamás un débil temor ó una indigna complacencia han de hacerle sacrificar su honor y su conciencia. El honor del pobre, lo mismo que el del ciudadano mas ilustre, consiste en atenerse firmemente á la virtud. La probidad, la buena fé, la rectitud y la fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, son prendas mas honrosas que la opulencia ó la grandeza, cuando en estas no se encuentran aquellas virtudes. ¿Hay cosa alguna mas noble y respetable que la virtud, que persiste firme y constante en medio de la miseria, y que rehusa salir de ella con aquellos medios injustos que los ricos y los grandes sin necesidades algunas urgentes, no se avergüenzan de emplear y seguir? La pobreza noble y esforzada de un Arístides, ó de un Curio ¿no fue mas honrosa que la opulencia de un Craso ó de un Trimalcion?

Si la virtud es amable en cualquier

estado que se encuentre, mucho mas venerable es todavia y mas interesante en la indigencia miserable. La probidad se halla mas comunmente en la medianía contenta con su suerte, que en la grandeza ambiciosa y siempre inquieta, que en la opulencia siempre codiciosa, y que en la profunda miseria tan fácil al delito ó al mal.

Seria casi imposible entrar en el pormenor de los deberes que la moral impone á las diversas clases en que estan distribuidas las naciones: así que, se contenta con hacer presente á todas ellas que la probidad, la virtud y la integridad no solo son necesarias para ser cada uno respetable en su esfera, sino que ademas pueden ser útiles á su fortuna. Un mercader arreglado y de buena fé, que se ha grangeado la reputacion de no engañar á nadie, será preferido á todos sus concurrentes; y las pequeñas ganancias que hará, acompañadas de una conducta prudente y económica, le producirán seguramente una riqueza que no le darian el fraude y el engaño: el que una vez ha sido evidentemente engañado, no se deja engañar la segunda. El artesano racional, atento y de buena conciencia es buscado con preferencia al que su negligencia, su disolucion y sus vicios hacen bribon y falto de palabra.

La moral es una misma para todos los hombres, grandes ó pequeños, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres: sus lecciones están al alcance del monarca y del labrador; á todos les son igualmente útiles y necesarias; y su práctica da iguales derechos á la estimacion pública. Un príncipe cuyas injusticias hacen infelices y miserables sus estados ¿es acaso mas apreciable que el labrador que los vivifica con su labranza y sus cosechas? (1) Un ciudadano laborioso ¿no es preferible á tantos grandes inútiles á la patria, que le devoran? Un honrado comerciante y un artesano industrioso ¿merecen ser comparados con un señor injusto que se niega á pagar lo que les debe? En fin, el literato indigente y miserable que consagra sus tareas y vigilias á la instruccion ó al inocente recreo de sus conciudadanos ¿no merece ser mas querido y respetado que no el imbécil opulento que afecta despreciar los talentos?

El hombre pobre, que vive de su trabajo y de su industria, no sea pues despreciado de esos hombres altivos y soberbios que le tienen por de una especie diferente á la suya. El ciudadano oscuro no gima ni se avergüence de su suerte, no se tenga por desgraciado, no se menosprecie á sí mismo cuando cumple honestamente con sus obligaciones en la sociedad. Contento con su estado, no envidie á los cortesanos inquietos, á los grandes atormentados de deseos y perturbados de continuas agitaciones, ni á los ricos con nada satisfechos. La medianía, como constituida en un buen medio, logra del movimiento equilibrado de

(1) Los antiguos deificaron á los inventores de la agricultura. Los escitas decian que el arado les habia venido del cielo. Entre los modernos, el labrador es un ente vil, escluido de todo privilegio, despreciado y de continuo maltratado de los ricos y nobles, y por lo comun destruido y aniquilado por los gobiernos.

este mundo, sin esperimentar sus vaivenes.

El labrador, tan respetable en si mismo como despreciado de los insensatos á quienes alimenta, viste y enriquece, dese la enhorabuena de ignorar el sin número de necesidades, de fruslerías y de tormentos que afligen noche y dia á los favorecidos de la fortuna. El morador de los campos, en su pacífico albergue, conozca la felicidad de verse libre de los cuidados y pesadumbres que en las ciudades se introducen y asaltan á los cortesanos bajo sus artesonados y relucientes techos. No envidie ni cambie su cama de paja, en la que descansa tranquila y profundamente, por el lecho de pluma donde el crímen agitado de contínuo, en vano busca el sueño y el descanso. Sepa apreciar la salud y el vigor que le prestan su frugal y sencilla comida, comparando su robustez y sus fuerzas con la flaqueza y las enfermedades de esos desarreglados, cuyo apetito ya no se irrita con los mas estimulantes manjares. Cuando, al ponerse el sol, entra en su morada y halla dispuesta su simple comida de manos de su laboriosa consorte, rodeándole sus amantes hijos, que gozosos de su vuelta le festejan y acarician, ¿no debe preferir su suerte á la de tantos ricos fugitivos siempre de su propia casa, donde solo hallan por lo comun mugeres insufribles é hijos desobedientes? Aprenda, pues, el labrador á vivir contento con su estado; viva íntimamente persuadido de que el que alimenta y hace felíz á su patria, es mas dichoso, mas libre y mas estimable que el grande envilecido, que el guerrero feroz, que el cortesano servil, y que el codicioso traficante, todos los cuales hambrean y desolan la patria, sin lograr hacerse felices á sí mismos á pesar de todos los daños y males que causan á sus conciudadanos.

No hay duda que la felicidad existe aun para aquellos hombres que la opulencia y la grandeza miran como la escoria de la naturaleza humana, á los cuales por lo tanto se interesan muy poco en consolar y socorrer. Para los pobres existe tambien una moral, mejor acogida en sus sencillas almas que no en los espíritus exaltados, incapaces de ser convencidos; ó que en los corazones empedernidos, á los cuales no hay cosa que pueda enternecer. Es mucho mas fácil dar á conocer las ventajas de la equidad al que su flaqueza espone á la opresion, que no á los príncipes, á los nobles y á los ricos, que fundan su felicidad y su gloria en la facultad de oprimir. Mas bien se consigue escitar afectos de humanidad y compasion en el que sufre y padece con frecuencia, que no en esos hombres á quienes su estado parece que les preserva de las miserias de la vida. En fin, cuesta mucho menos trabajo contener las pasiones tímidas del pobre, á quien sus miserias no han conducido al crímen todavía, que no las pasiones indómitas y furiosas de los tiranos, para quienes á su parecer nada hay que temer sobre la tierra. La felíz ignorancia en que el pobre vive de mil objetos distintos que atormentan el corazon del rico, le exime de un sin

número de necesidades y deseos; y acostumbrado á todo género de privaciones, se abstiene de las cosas dañosas, de que otras gentes no pueden privarse sin dolor.

Por esta razon los moralistas, que ordinariamente solo se proponen la instruccion de las clases mas florecientes y elevadas de la sociedad, no debieran desdeñar la de los hombres menos favorecidos del destino: proporcionando las lecciones de la moral al estado y á la capacidad del pobre, el sabio se haria merecedor de otra tanta gloria, y recogeria mayores frutos de este modo, que anunciando solamente á los poderosos de la tierra verdades ó infructuosas ó desagradables para ellos. Mas al pueblo se le mira por lo comun como á un vil rebaño, incapaz de reflexionar y de instruirse, y al cual se le debe mantener en el error y la ignorancia para mejor y mas impunemente oprimirle.

CAPITULO X.

DEBERES DE LOS SABIOS, DE LOS LITERATOS Y DE LOS ARTISTAS.

En todo tiempo, y en todos los paises, los talentos del alma han merecido á los que los poseian el aprecio y la consideracion de sus conciudadanos y han tenido entre ellos un lugar honroso y distinguido. En el origen de las naciones los hombres mas ilustrados, los mas instruidos, los mas esperimentados adquirian tanto crédito y tal ascendiente sobre los pueblos, que estos recibieron con reconocimiento las leyes que les dictaron, mirándolos como oráculos y como á unos seres sobrenaturales. Los *sacerdotes* en el Egipto, los *magos* en la Persia, los *bramanes* en el Indostan, los *caldeos* en la Asiria, los *filósofos* entre los griegos, fueron por sus luces unos personages respetados igualmente de los soberanos y de los pueblos, á quienes eran útiles por sus conocimientos, por su ciencia y por sus descubrimientos, fruto de sus trabajos y de sus meditaciones. La historia los califica de inventores de la mitología, de la religion, del culto y de la legislacion, que se establecieron en la mayor parte de las naciones del mundo. Los primeros sabios fueron los primeros soberanos. *Aquellos*, dice el grande autor del Espíritu de las leyes, *que habian inventado las artes, hecho la guerra en defensa de los pueblos, reunido los hombres dispersos y errantes, ó que les habian adquirido y dado terrenos, obtenian de ellos el reino, y le transmitian á sus descendientes. Ellos eran reyes, sacerdotes y jueces.*

Así la consideracion pública no fué estéril ni mezquina para con estos hombres divinos y raros: los sacerdotes ademas del respeto público de que gozaban, fueron ricamente dotados por la gratitud nacional; y aun obtuvieron inmunidades, gracias y privilegios que les facilitaron el aplicarse

tranquilamente á sus meditaciones, á sus cargos respetables, y á las investigaciones útiles y provechosas para la sociedad. Por consecuencia, estos personages reverenciados y dados á la contemplacion y á la esperiencia, pudieron hacer descubrimientos útiles ó curiosos, y los pueblos hubieron de tenerlos por entes de un órden superior, que tenian trato con el cielo. Las naciones debieron á estos primeros sabios la teología, la astronomía, la geometría, la medicina, la física, y un gran número de artes útiles ó agradables á la vida. Por informes é imperfectas que fuesen las primeras nociones de estos especuladores, ellas no obstante debieron parecer sublimes á unos salvages faltos de esperiencia; y para hacerlas mas respetables aun, se las cubrió con el velo de las alegorías, enigmas y misterios, los cuales, solamente entendidos de los sacerdotes, sirvieron para perpetuar el poder y ascendiente de estos sobre los pueblos.

De esta manera, la ciencia, los talentos, la industria y el artificio elevaron á los sabios sobre los demas hombres; así los sacerdotes, que poseian esclusivamente los conocimientos interesantes á las naciones, fueron mirados como sus guias y directores; así eran tenidos por intérpretes de los dioses y á su presencia se postraban los príncipes y los pueblos. Se ve, pues, que la utilidad social ha sido el orígen primitivo de la veneracion que los hombres han mostrado en todos los siglos al sacerdocio, como tambien de los honores, de las riquezas y de los privilegios con que tan ámpliamente ha sido recompensado.

Este es el verdadero orígen de las ciencias y de las artes, que de siglo en siglo se han ido perfeccionando mas ó menos, y que el transcurso del tiempo puede enriquecer aun con nuevos descubrimientos. Los pueblos ignorantes fueron siempre curiosos, inquietos y supersticiosos; embelesados con el espectáculo de los astros, sus débiles ojos no descubrieron en ellos sino objetos de admiracion; los sacerdotes observadores ostentaron el secreto de leer en ellos sus destinos: esta curiosidad produjo la astronomía, la cual en los principios no fué sino la *astrología judiciaria*, ciencia falsa y engañosa, que los posteriores conocimientos han hecho justamente despreciable á las personas sensatas. Para el hombre inesperto todo es milagro; por consecuencia la medicina, la física, la química, la botánica etc., en su cuna fueron ciencias *mágicas* fundadas en el supuesto trato de los sacerdotes con los dioses. El gusto de lo maravilloso, hijo de la ignorancia, produjo despues la poesía, la cual le adornó con sus gracias, contribuyó mas que todo á inflamar la imaginacion de los hombres respecto de los objetos á quienes quiso ella ofrecer su admiracion y respeto, y grabó, en fin, profundamente en los espíritus las nociones, los cuentos y las fábulas que les quiso inspirar.

La moral de los primeros maestros de los pueblos fué una ciencia tenebrosa; por no conocer suficientemente la naturaleza del hombre, y los mo-

tivos mas poderosos y eficaces para escitarle á la virtud y separarle del vicio, se recurrió á motivos sobrenaturales, y á ideas vagas de sus deberes: en vez de establecerlos sobre sus relaciones con los otros hombres, los fundaron sobre sus relaciones con las potencias ocultas, por quien se suponia gobernado el mundo, y cuya benevolencia ó cólera se atraian. Ademas se inventaron para los pueblos prácticas y ceremonias, que se consideraron capaces de conmover favorablemente á estas potencias sobrenaturales, ó de calmar sus venganzas.

No es de un mundo invisible y desconocido de donde han de sacarse los deberes de moral universal del hombre, sino de las necesidades de su naturaleza y de su propio corazon. No es menester buscar en el favor ó en la cólera de estas potestades invisibles los motivos que muevan al hombre á obrar bien, ó que le desvien del mal, sino en el afecto y el odio de sus semejantes, presentes siempre á sus ojos. Las ceremonias y los ritos gentílicos no purifican el corazon del hombre: lo que suelen hacer solamente es adormecer su conciencia.

Mas á pesar de esto se creyó necesario y preciso gobernar y regir á los pueblos groseros y salvages con la supersticion, ó porque así se les quiso engañar, ó porque se les miró como á incapaces de obedecer á la razon. Por consecuencia, la ciencia de las costumbres y la politica, entre los primeros sabios ó sacerdotes, fueron apoyadas en las fábulas. Es de creer seguramente que las mitologias religiosas que se encuentran establecidas en los diferentes paises de nuestro globo, no son otra cosa que la ciencia primitiva y grosera de la naturaleza y de los hombres, adornada por la poesía, consagrada por la religion, y envuelta en misterios, á fin de hacerla venerable á los ojos de los pueblos, amantes siempre mas de lo maravilloso que de principios simples y bien raciocinados. En todos tiempos se ha procurado sorprender, seducir y ofuscar á los hombres para empeñarlos al cumplimiento de sus deberes. Una doctrina sencilla y racional no se habia encontrado aun; y como por otra parte esta doctrina no hubiera sido conforme á las miras politicas de los primeros preceptores de las naciones, de aquí es que estos trataron á sus discípulos como á unos niños á quienes era menester engañar y persuadir con cuentos, con narraciones maravillosas, y con prodigios. La claridad y la sencillez son los últimos esfuerzos de la sabiduria, y solamente propias de los hombres en su madurez. "Los hombres, dice Tácito, »son siempre mas propensos á creer lo »que no entienden; y las cosas oscu»ras y misteriosas tienen mas atracti»vo á sus ojos, que las que son cla»ras y fáciles de comprender." Eurípides habia dicho antes que él, que *en las tinieblas hay una especie de magestad*. Lucrecio decia tambien que *las personas estúpidas solo admiran las cosas que se esconden bajo términos misteriosos.*

Así que, los primeros conocimientos dados á las naciones salieron por lo comun de las nubes de la impostura. Por

una fatalidad ordinaria, los hombres menos ignorantes que los otros engañan á estos primero, para esclavizarlos despues. Sobre esta política no sincera se fundó sin duda el espíritu misterioso de la antigüedad; espíritu que durante muchos siglos fue corrompiendo los escritos de los filósofos mas célebres, los cuales por su estado y profesion hubieran debido ilustrar al género humano, mostrándole la verdad necesaria á su felicidad.

En fuerza de estos principios, los doctores y maestros de las naciones hicieron que bajasen del cielo sus preceptos y doctrina: *Brama* presentó á los habitantes del Indostan unos dogmas, leyes y prácticas que aseguró habia recibido del dueño y señor invisible del mundo. *Osíris*, despues de recibir del cielo el arte de la agricultura, se hizo legislador, soberano y dios tutelar del Egipto. *Zoroastro*, en nombre de Oromases, ordenó el culto, las costumbres y los deberes de los persas. Segun estas mismas ideas, *Orfeo* instruyó á los griegos, y fundó los misterios de Eleusis; *Numa* dió sus leyes á los romanos; *Mahoma* á los árabes etc....

Todos estos legisladores, hallando á los pueblos groseros dominados de una fuerte pasion por lo maravilloso y de un grande respeto á los enigmas y misterios, se aprovecharon astutamente de tan favorables disposiciones para someterlos á su imperio. Un lenguage oscuro escita la curiosidad; y las nociones maravillosas admiran y agitan los espíritus. Semejante al trueno, una ciencia rodeada de nubes hace respetables á los que se jactan de poseerla; pero si es útil y ventajosa para estos, es inútil y dañosa á los progresos del entendimiento humano, puesto que le divierte sin provecho, y le mantiene en una perpétua infancia. Ya se ve que hablamos solamente de las ciencias naturales y de los conocimientos que no esceden el alcance de su comprension. Darnos sus ideas en nombre de la divinidad, es ó hacernos perder todo el resorte del ingenio de que ella nos dotára, ó comprometer los altos respetos que la debemos, cuando está en clara y manifiesta oposicion con las luces y los dictados de la razon que dimanan de ella misma.

Del Egipto y de la Fenicia fue, pues, de donde evidentemente recibieron los griegos su religion, sus primeras nociones sobre la naturaleza y sobre la moral, y, en una palabra, su *filosofia*. Pitágoras, como hemos dicho en otra parte, fue á buscar su ciencia mística á las escuelas de los sacerdotes egipcios y de los sabios caldeos. Platon, despues de él, sacó del mismo manantial la doctrina oculta y sublime que difundió en su patria. La Grecia poco á poco se llenó de filósofos y pensadores, que se hicieron célebres y respetables con sus sistemas y descubrimientos, adoptados en seguida por los romanos: estos conquistadores los comunicaron á los pueblos sujetos á su imperio: y de mano de estos, los modernos han recibido los conocimientos que disfrutan y que deben perfeccionar, simplificar, y hacer mas claros y mas útiles.

Tan respetables y honrosas, como

hemos visto, han sido siempre las ciencias y el ingenio en todos los pueblos. Este ascendiente de la sabiduria se ha observado en todos los paises de la tierra. Hace muchos siglos que Confucio por los preceptos morales que se le atribuyen, gobierna todavía la la China; su memoria es allí siempre grata, sus máximas han sido igualmente respetadas en aquel imperio como oráculos por los mismos tártaros feroces, que mas de una vez le han sojuzgado; para obtener los empleos y dignidades es preciso haber estudiado los libros de este sábio á quien se le tributa culto, y se le ha dado el sobrenombre de *rey de las letras*. Estos homenages, tributados por toda una nacion á la memoria de este hombre célebre, prueban al menos que los chinos, sin embargo de lo corrompidos que están, se consideran obligados á mostrar esteriormente su veneracion á los talentos y á la virtud, aun cuando ellos carezcan de estas dotes. A pesar de su respeto á los escritos atribuidos á Confucio, los chinos son miserables y viciosos, porque viven bajo un gobierno despótico y bárbaro, que pone obstáculos invencibles á los progresos de la verdadera sabiduria, y hace que sean inútiles las lecciones de una moral mas sensata.

Si durante algunos siglos la ciencia fué despreciada en Europa, y estuvo como sumida en el olvido, este estado de envilecimiento debe atribuirse á la confusion y á los desórdenes que produgeron las revoluciones y las guerras contínuas que agitaron las naciones. Entonces el entendimiento humano recayó en su primitiva ignorancia; los estúpidos y furiosos guerreros no conocieron otro mérito que el de saber pelear; los pueblos totalmente privados de luces y de razon, vegetaron en un funesto embrutecimiento acompañado de todos los males que traen consigo el error y las preocupaciones. Los hombres, llenos de vicios y torpezas, se corrompieron en el infortunio porque les faltaron los socorros, los consuelos, los placeres y las comodidades que las ciencias y las artes ofrecen. Los feroces soldados no conocieron de ningun modo las ventajas inestimables que los talentos, el ingenio y la industria podrian acarrear á la vida social. Las naciones estuvieron ciegas y mal morigeradas, porque sola la razon, fruto de la esperiencia ó de la sabiduría, puede hacer á los hombres humanos y sociables.

En fin, las tinieblas de esta larga noche comenzaron á disiparse; los soberanos, amigos de las letras, de las ciencias y de las artes, les alargaron una mano benéfica y protectora; el entendimiento humano, libre ya de su pesado letargo, recobró su actividad; los talentos fueron considerados, honrados y recompensados; desde entonces se escitaron en todas las almas una viva fermentacion y una emulacion dichosa; las costumbres se suavizaron, la reflexion sucedió á la impetuosidad y al atolondramiento; el estudio se hizo la ocupacion de muchos ciudadanos inflamados del deseo de la reputacion, de la gloria y aun de la fortuna que ya lograban los talentos. Las letras llegaron á ser por lo menos un agradable

recreo para muchas personas, que sin ellas vegetarian en una fatigosa ociosidad.

Aristóteles decia que los sabios tenian sobre los ignorantes las mismas ventajas que los vivos sobre los muertos. Que la sabiduria es un adorno en la prosperidad y un refugio en la adversidad. — La sabiduria, segun Diógenes, sirve de freno á la juventud, de consuelo á los viejos, de riqueza á los pobres y de ornato á los ricos. — Las ciencias y las letras, dice Ciceron, son el alimento de la juventud y el recreo de la vegez; ellas nos dan esplendor en la prosperidad, y son un recurso y un consuelo en la desgracia: ellas forman las delicias del gabinete, sin causar en parte alguna ningun estorbo ni embarazo; por la noche nos acompañan, y nos siguen en los campos, en los viages, etc.

Este es el juicio que formaba de la sabiduria un hombre de estado, al cual le fue confiado el gobierno del mas poderoso imperio del mundo: esto debiera causar rubor y vergüenza á tantos grandes y nobles que afectan despreciar á la sabiduria, que la miran como inútil y peligrosa, y que se vanaglorían al parecer de una ignorancia que fue siempre el manantial del error y del vicio. La sabiduría solo puede desagradar á los impostores y á los tiranos (1).

¿Habrá sido acaso por merecer los votos de semejantes hombres, por lo que algunos literatos han empleado sus talentos y sus luces en declamar contra la utilidad de las ciencias? Pero examinemos en pocas palabras las razones en que un célebre detractor de las letras funda sus imputaciones contra ellas. "Las ciencias, segun M. Rousseau de Ginebra, son defectuosas en »su origen, en su objeto y en sus efectos. En su origen, pues que la astronomía nació de la supersticion; la »elocuencia, de la ambicion, del odio, »de la adulacion y de la mentira; la »geometria de la avaricia; la física de »una vana curiosidad; y todas, hasta »la moral misma, del orgullo de los »hombres."

"En su objeto, porque no hay his»toria sin tiranos, sin guerras, sin »conspiradores; no hay artes sin lujo »no hay ciencias sin el olvido de los »deberes mas indispensables. ¡Qué de »peligros, qué de errores y estravíos »no encuentran en la carrera de las »ciencias los que buscan sinceramente »la verdad! Su mismo criterio es tam»bien incierto."

"En sus efectos, las ciencias son »hijas y madres de la ociosidad; son »inútiles á la felicidad; inventan y pro-

(1) Calígula quiso destruir las obras de Homero. Un emperador de la China hizo quemar todos los libros de sus estados. Los malos príncipes se han declarado siempre enemigos de la sabiduría. Valentiniano y Licinio la llamaban veneno y peste de un imperio. El impostor Mahoma proscribió astutamente toda ciencia, temeroso de que ella destruyese sus imposturas. El gran turco, dice *La Böete*, está bien convencido de que los libros y la doctrina dan mas que ninguna otra cosa á los hombres la proporcion de reconocer y odiar la tiranía. Véase su discurso *sur la servitude volontaire*, impreso á continuacion de los Ensayos de Montagne, de la edicion publicada por *Coste*.

»ponen mil paradojas que dan por el »pie á los fundamentos de la fé, y des»truyen la virtud. Ellas sofocan el sen»timiento de nuestra libertad original, »é introducen una falsa y engañosa »política, que aniquilando la confian»za y la amistad, abre la puerta á mil »vicios: ellas producen el lujo y el lo»co deseo de distinguirse, de donde »nacen la depravacion de las costum»bres, la corrupcion del gusto y la »molicie.»

Para responder una á una á todas estas acusaciones tan graves, nosotros diremos que la astronomía nació de un racional deseo de conocer los movimientos de los cuerpos celestes, de cuyo conocimiento necesitaban los hombres para ordenar los trabajos precisos á la vida, como la agricultura y la navegacion; y que si la astronomía nació ciertamente de la supersticion, esta no es una ciencia real ni apreciable. La elocuencia nació de la necesidad de escitar y mover las pasiones y los intereses de los hombres, para determinarlos por este medio á cosas útiles, ó persuadirlos la verdad, tan indispensable á su bienestar: si algunos impostores han abusado de ella para seducir y engañar, esto solamente prueba que las cosas mas útiles se convierten en las mas dañosas por el abuso que se hace de ellas. La física es efecto de una curiosidad laudable, que conduce al hombre á buscar en la naturaleza lo que puede contribuir á su propia felicidad; conocimiento sin el cual no podria conservarse ni vivir. La geometria no es fruto de la avaricia, sino de la necesidad de distinguir y poner límites á las posesiones de los hombres, sin cuya distincion todo sería desórden y confusion. La moral no es obra del orgullo, sino de la necesidad indispensable de saber cómo deben comportarse los hombres reunidos en sociedad.

La historia nos enseña hechos útiles á nuestra instruccion, y nos muestra tiranos, guerras, revoluciones, conspiraciones y tumúltos populares para inspirarnos horror y estimularnos á buscar los medios de preservarnos de los males que tan frecuentemente han afligido al género humano. Las artes, es verdad, florecen en el seno del lujo; mas aquellas artes que no tienen por objeto una real y verdadera útilidad, no deben confundirse con las otras, sin las cuales la sociedad no podria subsistir. La sabiduría no produce el olvido de nuestros deberes; por el contrario, la verdadera sabiduría nos conduce á ellos; ella nos hace cumplir un deber en el hecho mismo que nos constituye útiles á nuestros semejantes con las verdades ó las esperiencias que nos facilita comunicarles. No se pueden imputar como un crímen á las ciencias los peligros á que se arriesgan los que indagan la verdad; este es un crímen de la perversidad de los que hacen que la verdad sea dañosa á los que la predican, ó de los que se esfuerzan en privar de ella al género humano. Los errores y estravíos que se encuentran en la carrera de las ciencias, no prueban en manera alguna que las ciencias mismas son malas ó falsas; prueban sí que los hombres estan sugetos á estraviarse á veces por largo tiempo hasta encontrar la verdad, y á

engañarse siempre que no parten de esperiencias seguras: estos falsos caminos ó estravíos hacen ver al sabio que debe desconfiar de sí mismo, y que á fuerza de caidas es como se aprende á caminar. El criterio de la verdad es cierto cuando se emplea en objetos que pueden someterse á la esperiencia, dejando á un lado todos los que solo tienen por base á la imaginacion.

Las ciencias verdaderamente útiles no son madres ni hijas de la ociosidad; son hijas de las verdaderas necesidades del hombre, que le llevan en busca de lo que puede contribuir á su conservacion y hacer su existencia felíz y agradable; ni son inútiles á la felicidad sino cuando se ocupan en vagas especulaciones y en objetos inaccesibles á la razon y á la esperiencia. Las paradojas que destruyen la virtud son efecto del delirio; y tan malamente se llamarian estas ciencias, como la embriaguez ó la locura. Las ciencias no sofocan ni ahogan el sentimiento de nuestra libertad; todo al contrario, la verdadera sabiduria nos conduce á ella y nos hace amarla y desearla en vista de las desgracias é infelicidades que acompañan siempre á la esclavitud. Las ciencias suponen reflexion, y la reflexion nos hace civiles é ilustrados, porque nos hace sociables, instruyéndonos de las atenciones y respetos á que estan unos con otros obligados los hombres. La urbanidad en el trato de ningun modo escluye la sincera amistad y la confianza que principalmente debe establecer la ciencia de las costumbres. Las ciencias no abren la puerta á mil vicios; ocupando al hombre de una manera útil ó agradable, ellas le separan y distraen de mil desórdenes, que son los recursos ordinarios de la ignorancia y la pereza. Las ciencias no producen el lujo; antes bien le deprimen y condenan; ellas exhortan á los hombres á preservarse de él; ellas impiden á los estudiosos el que piensen en las vanidades de que se ven atormentados perpétuamente los ociosos y los ignorantes. El deseo de distinguirse no es un loco deseo, sino muy natural y muy laudable cuando el hombre logra distinguirse por medio de una conducta honesta y virtuosa, y unos talentos ventajosos al público: un loco deseo de distinguirse lo es sí, ciertamente, el aspirar á ser tenido y reputado por hombre célebre, impugnando y combatiendo las nociones mas evidentes y racionales, las cuales nos hacen ver que la ignorancia es un mal, y que la sabiduria es un bien muy apreciable bajo cualquier aspecto que sea considerada.

Toda ciencia, como hemos dicho al principio, es un resultado de la esperiencia y de los hechos; las esperiencias mal hechas constituyen la falsa ciencia ó el error, cuyas consecuencias son tan funestas para el hombre. Las esperiencias constantes, reiteradas y hechas con reflexion producen la verdadera ciencia, y nos dan á conocer la verdad, siempre útil y necesaria á los hombres. Pretender que la ciencia es inútil, es lo mismo que decir que los hombres, para conducirse en este mundo, no necesitan ni de la esperiencia, ni de la razon, ni de la verdad; esto no es reducir al hombre al

estado salvage ó al abstracto de la naturaleza, sino hacerle inferior á las bestias, las cuales tienen un cierto grado de esperiencia, de razon, de ciencia y de verdad, las suficientes para conservarse y satisfacer sus necesidades. Las necesidades del hombre, como que son mayores y mas multiplicadas que las de los brutos, requieren mayores esperiencias, conocimientos mas estensos, y un mayor número de verdades, sin las cuales sería mas desgraciado que las bestias. El hombre ignorante y estúpido carece de los recursos, que lo que se llama *instinto* concede á los *castores*.

El medio de que un hombre sea superior á los otros está en que cultive mas que ellos su razon, y adquiera otros conocimientos mas profundos y vastos. ¿Qué prodigiosa diferencia no establecen la ciencia y el ingenio entre unos y otros hombres? Los pueblos mas ilustrados son los mas florecientes. La Europa da la ley á las demas partes del mundo por la superioridad de fuerzas que la comunica la sabiduría; entre las naciones que contiene, las mas poderosas, las mas activas, las mas industriosas son aquellas que poseen mayores conocimientos. Un pais sumergido en la ignorancia es un reino de tinieblas, cuyos habitantes están en un profundo letargo.

El hombre nace en sociedad y continúa viviendo en ella, porque la sociedad le es agradable y necesaria; el hombre no ha sido destinado en manera alguna por su naturaleza para vivir en los bosques, privado de los socorros de sus semejantes: la vida social le forma, le modifica, le labra y le cultiva, porque disfruta en ella de sus propias esperiencias y de las de los demas; sus esperiencias desenvuelven su razon, y le enseñan á distinguir el bien del mal. Declamar contra la razon humana y la sabiduría es afirmar que el hombre no ha menester absolutamente distinguir lo que puede conservarle de lo que puede destruirle, lo que es agradable de lo que le es perjudicial y molesto. El hombre *natural*, fabricado por el sofista elocuente á quien refutamos, sería una desgraciada criatura sin recursos algunos contra los males que le amenazan á cada paso. ¿Y es en la ignorancia y la estupidez donde han de buscarse los remedios contra la corrupcion que producen de contínuo la inesperiencia y el delirio? (1)

Una insensata tradicion persuade á casi todos los pueblos, que sus groseros antepasados han debido gozar en aquellos tiempos de una felicidad desconocida de sus descendientes. De aqui la fábula de la *edad de oro*, que se refiere siempre al orígen y nacimiento de las naciones, esto es, á una época en la cual los hombres, privados de todo conocimiento y recurso, é ignorando hasta la agricultura, vivian como las bestias, y se alimentaban con raices y bellotas. Es bien dificil de

(1) Dacier en su comparacion entre Pirro y Mario dice con razon: "las musas no son »aborrecidas impunemente: Mario fué como »las tierras fuertes que estando ociosas y sin »cultivo, producen mas yerbas malas que »buenas." Véase su traduccion de las vidas de los varones ilustres de Plutarco tomo 4, página 205, edic. de Amst. de 1734.

creer que estos hombres, tan faltos de medios para satisfacer sus necesidades naturales, fuesen ó mas sabios á mas felices que nosotros: porque si desconocian el lujo, tambien carecian de todo; si no tenian pleitos ni tribunales, lidiaban y se mataban de continuo por cosas de poquísima monta.

La ignorancia de lo mejor, segun el dictámen de un antiguo, *es la causa de todos los errores y defectos*. La vida social, ilustrando al hombre, le facilita toda especie de socorros, y le descubre los motivos que le empeñan á reprimir sus pasiones: cuanto mayores conocimientos adquiere, tanto mas conoce sus verdaderos intereses, siempre enlazados con los de sus semejantes; él no es perverso y malvado sino porque ignora ó ha perdido de vista el modo de conducirse con sus asociados. Los príncipes, los grandes y los ricos, si hacen tanto mal sobre la tierra, es porque son ignorantes. Algunas naciones son infelices y viciosas, no porque sean muy sabias, sino porque los que debieran hacerlas prudentes y juiciosas, no quieren ilustrarlas por sus fines particulares,

Montagne, conforme en esto con los detractores de la sabiduría, dice, *que es menester embrutecernos para enseñarnos; y deslumbrarnos para dirigirnos*. Este autor nos hace observar en la antigua Roma la mas grande ignorancia, y las mas altas virtudes: ¿mas cuáles podian ser las virtudes de un pueblo injusto y bárbaro, cuyas crueles manos continuamente se bañaban en sangre? ¿de un pueblo que bajo el pretesto de amor á la patria, se entregaba impunemente á toda clase de delitos? La moderacion de un *Curio*, la continencia de un *Escipion*, y algunas otras virtudes particulares ¿pueden contrapesar los horrores con que una república de bandidos afligió al universo, y los delitos que en seguida causaron su misma destruccion? Se nos dirá que Roma cuando mas ilustrada fue mas perversa; mas á esto responderemos que las débiles armas de la filosofía romana no pudieron nunca reprimir con buen éxito los vicios introducidos por el lujo, ni auyentar la sombría ferocidad que siempre caracterizó al pueblo romano: esta filosofía, siempre feroz y repugnante, era incapaz de inspirarle otras costumbres mas suaves, mayormente bajo el imperio de los tiranos que acabaron de destruirlo todo (1).

No es, pues, de la ignorancia ó de la disolucion de la humana sociedad de donde debemos esperar la felicidad de los pueblos; sino por el contrario, del acrecentamiento de sus luces, de su razon mas cultivada, de su esperiencia y de su sabiduría podemos prometernos la perfeccion de la vida social y la reforma de tantas institucio-

(1) Es evidente que la filosofía entusiasta y fanática de los estóicos era la mejor y la mas conveniente á hombres que vivian bajo los Tiberios, los Nerones, los Domicianos etc. Allí era necesario aprender á pasarse sin nada y á sufrirlo todo (*abstine et sustine*). Era menester, á fuerza de imaginacion, contrastar y resistir á los peligros que á todos rodeaban. Era preciso separarse de los otros y recogerse dentro de sí mismo. Tal es la filosofía que conviene bajo todo mal gobierno.

nes dañosas, de tan insensatos usos y costumbres, de las preocupaciones pueriles y de las locas y necias vanidades que tanto se oponen á la felicidad de los hombres. Esta suspirada reforma solo puede ser obra del tiempo, el cual poco á poco cura á los hombres las locuras de su infancia, conduciéndolos á la madurez; los reiterados esfuerzos del entendimiento lograrán ir reprimiendo los errores y disipando las nubes que han impedido hasta aquí á los soberanos y á los pueblos prestar una séria atencion á los objetos que mas les interesan.

Algunos pensadores amilanados y melancólicos nos dirán quizá que es en vano prometerse ilustrar á todo un pueblo, y que la filosofia y los principios de la moral no están al alcance del vulgo. A esto diremos que para hacer á una nacion racional, no es necesario que todos los ciudadanos sean sabios ó profundos filósofos; basta que sea gobernada por hombres de bien. *Los pueblos*, segun Platon, *serán felices cuando sean gobernados por hombres prudentes y juiciosos.* Todas las ciencias son superiores á la capacidad del vulgo; mas sin embargo le son útiles, y los hombres mas groseros hacen diariamente uso de los principios y de las reglas, cuyo descubrimiento es debido á los mas grandes esfuerzos del ingenio. Demócrito fue, segun dicen, el inventor de la bóveda; y sin embargo vemos todos los dias bóvedas construidas segun reglas por simples peones de albañil. Para inventar y discurrir se necesita ingenio: mas para aprovecharse de los mas difíciles descubrimientos basta solo el sentido comun. Los principios de la sabiduría son penosos de descubrir, pero todo gobierno bien intencionado puede hacer de ellos las mas útiles aplicaciones.

La sabiduria no es inútil al vulgo: los sabios, los literatos, los doctos, pueden ser considerados como unos ciudadanos que recogen y abastecen de ideas á los otros, que facilitan los trabajos, que combaten contra el error. El ingenio mas asombroso puede ciertamente errar y estraviarse; mas á los conocimientos reunidos de todos los hombres que meditan, pertenece el apreciar, corregir y perfeccionar las ideas que cada uno ofrece al público. Las verdades mas interesantes á la felicidad general son difíciles de encontrar, y no pueden ser sino el fruto tardío de las investigaciones de los hombres. Todo escritor público debe ser claro, sincero y veraz; al público justo, imparcial é ilustrado corresponde juzgar de sus ideas: los autores frívolos y necios confunden por lo comun un vano aplauso con la gloria, y solo consiguen la aprobacion de los que se les asemejan. A los hombres que piensan, á las personas justas, racionales y virtuosas son á las que un verdadero autor reconoce por jueces competentes. *La filosofia*, dice Ciceron, *solo admite un corto número de jueces*, *y rehusa como sospechosos los juicios de la multitud á quien es preciso que disguste.*

Un filósofo debe escribir para los hombres de todos tiempos y de todas naciones: el que solo escribe para lo-

grar los votos pasageros del público, el favor de los grandes y los aplausos de los contemporáneos, se hace por lo regular esclavo de las opiniones reinantes, y á ellas sacrifica débilmente su razon, sus conocimientos y el interés del género humano. *Es menester denuedo*, dice Eveno, *para buscar la sabiduría*; y para anunciarla á los hombres es necesario tener nobleza, valor, y un carácter franco. La verdad es la que hace durables las producciones del entendimiento; para complacer y agradar á todos los siglos, se requiere un alma exenta de preocupaciones, cuya dominacion es variable y poco duradera. Aristóteles dice que la *mas necesaria de todas las ciencias es la de olvidar lo malo que una vez se aprendió*. En una palabra, para ilustrar á los hombres se necesita un alma fuerte y un corazon recto y penetrado del amor de la humanidad; son necesarios é indispensables libertad y virtud.

Ninguno, dice un antiguo, *ve lo que tu sabes, mas todos pueden ver lo que haces*. De aquí es que el literato debe regular sus costumbres antes de dar preceptos á los otros. El sabio, cuyas costumbres son desarregladas, es comparado muy bien á un ciego que tiene en su mano una grande hacha con la que alumbra á otros, sin ver él cosa alguna: sabio y justo debieran ser siempre sinónimos. ¿Puede uno en realidad, gloriarse de ser verdaderamente sabio, cuando ignora los deberes que nos ligan con los demas hombres? *La ciencia*, dice Thales, *es tan dañosa para los que no saben aprovecharse de ella, como útil á los otros*. No basta conocer sus deberes, si con las acciones no se acredita este conocimiento. Pocas personas pueden juzgar de los talentos del alma; mas todo el mundo puede juzgar de la conducta. El sabio en sus escritos debe proponerse la gloria que producen las verdades útiles que ofrece á sus conciudadanos; mas no es bastante el instruirlos, sino que ademas es necesario hacerles amables los preceptos con el egemplo, para de este modo hacer mas poderosas y convincentes las instrucciones que se le dieren.

El honor es un móvil necesario á los literatos. *Las musas*, dice Hesiodo, *son hijas de Júpiter*; ellas, pues, no deben olvidar jamás la nobleza de su origen. Así que, el literato debe respetarse á sí mismo en sus competidores. Nada es mas vil ni despreciable para las letras que esas contiendas deshonrosas, que esos mortales y envenenados odios, que esa envidia baja y mordaz que con tanta frecuencia vemos reinar entre los que las cultivan. ¿Acaso no tiene la gloria premios y galardones para todos sus adoradores? La envidia ¿no es una pública confesion de flaqueza é inferioridad? En buen hora que los sabios se emulen entre sí; pero no sean jamás envidiosos ni mordaces; reflexionen sobre todo, que es degradarse salir á la palestra para recrear con sus mordaces sátiras é invectivas á un vulgo siempre dispuesto á deprimir á los hombres, cuya superioridad teme.

Nada perjudica tanto á las letras y á las ciencias como la arrogancia y

el tono insultante y despreciador que toman á veces los que las profesan. La reflexion debe enseñarles que el desprecio y el orgullo son insoportables, y bastan por sí solos á destruir y aniquilar los afectos de gratitud y benevolencia que pueden escitar los grandes talentos.

El hombre verdaderamente ilustrado es justo, y da á cada uno lo que es suyo; muestra á la dignidad, al nacimiento y al poder los respetos y deferencias que la sociedad les tributa; honra á los grandes sin bajeza; se grangea su aprecio y estimacion por medio de una conducta prudente y juiciosa; no hace sentir á nadie su superioridad, y en fin, es indulgente con el ignorante y con el débil. La intolerancia y el orgullo son molestos é insufribles. Procurar hacerse amable, y temer llegar á ser aborrecible ó desagradable, es un deber que obliga igualmente á todos los miembros de la sociedad. No es gloria el ofender como, tampoco bajeza el consultar y deferir prudentemente al amor propio de los que pueden hacer mucho bien á las naciones.

Los hombres mas ilustrados debieran conocer mejor que nadie sus verdaderos intereses, y por consecuencia distinguirse en su sociabilidad, en su humanidad con todo el mundo, y en su estrecha union entre sí mismos. La discordia, comun entre los literatos, solo sirve para hacer despreciables á unos hombres, cuyo verdadero móvil ha de ser el deseo del aprecio, de la reputacion y de la gloria. El público, á veces injusto, imputa como un crímen á un cuerpo entero las faltas ó estravíos de algunos individuos; los vicios del filósofo hacen sospechosas sus lecciones, y no puede menos de ser tenido por charlatan ó hipócrita el que no practica los preceptos que da á los demás.

Los talentos son armas peligrosas en manos de un malvado, que se sirve de ellas para ofender á los otros y aun á sí mismo. Epicteto queria y con razon, que la filosofia estuviese reservada para los hombres de bien: al ver á un disoluto y corrompido que aspiraba á ella, *¿qué intentas?* le dijo este filósofo: *procura limpiar tu vasija antes de echar nada en ella.* Los mas grandes talentos se envilecen y se prostituyen cuando se hallan en hombres sin costumbres y sin conducta. Aristóteles decia que la ventaja que él habia sacado de la filosofia era el hacer, sin que se lo mandasen, lo que otros hacian por temor de las leyes. La conciencia del sabio es para él un freno mas poderoso que el terror. *Los hombres de bien*, dice Horacio, *se abstienen del mal por amor solo de la virtud*; es decir, por solo vivir contentos consigo mismos y no perder el derecho de amarse y ser amados de los otros.

Los que se dedican á la instruccion de los otros, deben distinguirse en unas costumbres mas honestas, mas sociables y mas puras. El hábito de reflexionar, de entrar en su interior, de prever las consecuencias de las cosas, debiera hacer á los hombres mas virtuosos á proporcion que adquieren mayores luces y conocimientos. Que un

fátuo ó un atoloudrado, faltos siempre de reflexion, se hagan molestos y ridículos con su vanidad y sus impertinencias, nada tiene de admirable; mas la vanidad y las pequeñeces deben estar muy distantes de un hombre que ha de acreditarse con la elevacion de su modo de pensar y la gravedad de sus costumbres. El estudio y la aplicacion deben enseñarnos á desconfiar de los impulsos de la imaginacion, y á resistir sus ímpetus fogosos; deben enseñarnos á raciocinar; deben inspirarnos otros afectos mas delicados, mas nobles y elevados que los de las almas vulgares. El hombre de talento, dotado de un tacto mas fino que los otros, debe conocer con mas prontitud sus deberes para con los hombres, ó lo que necesariamente ha de hacer para grangearse su estimacion y afecto. El verdadero sabio debe ser el mas sociable de los humanos.

Mas no creamos por eso que esta sociabilidad haya de arrastrar de contínuo al literato á que busque la confusion del mundo, que le disgustaria del trabajo y de la meditacion. Sin ser pedante ni misántropo, el hombre dedicado al estudio debe tener dignidad y circunspeccion en sus costumbres, y preferir el silencio del retiro á las concurrencias bulliciosas y frívolas. El espectáculo del mundo y su contínuo y vario movimiento deben ser para él una distraccion pasagera y no una ocupacion constante y seguida; el mundo le instruirá y enseñará útilmente, si de él sacáre las ideas, los hechos y las observaciones que sirvan de pasto y alimento á sus reflexiones. Es útil y aun necesario al filósofo, al moralista y al literato ver á los hombres muy de cerca y conocerlos bien, para dar à luz perfectas sus obras, asemejadas sus pinturas, y agradables sus preceptos á fin de que sean provechosos. El escritor que no conoce el mundo, no puede hablar del mundo oportunamente, y las pinturas que haga de él serán ridículas ó quiméricas. Mas el hombre de talento y esperiencia, á una mirada penetra los objetos y los pinta con energia: el contínuo trato y comunicacion con hombres enervados y sin seso, sería causa de que sus cuadros perdiesen los matices de la verdad que los anima. Las obras cuyos autores solo se proponen complacer á los poderosos, á las mugeres y á un vulgo novelero, raras veces son dignas de la inmortalidad.

En general los sabios y los literatos pierden mas que ganan en el trato demasiado frecuente con las gentes del mundo: porque si en él adquieren ciertas gracias de estilo y lo que se llama *buen tono*, pierden por otra parte fuerza y profundidad, y sobre todo la verdad, que es demasiado austera para unos niños superficiales y volubles que solo quieren que se les divierta y entretenga, pareciéndoles toda instruccion inútil y enfadosa. Para complacer á las gentes del mundo, el literato debe ser frívolo, chancero, superficial, y no hablar nunca con razon. Además, en el gran mundo es donde el literato que solo aspira á los vanos aplausos de una multitud indiscreta, contrae el hábito del fausto, de la pompa, de la soberbia, de la fatuidad, del liberti-

nage y de todas las demas irregularidades opuestas á su clase: y así se hace codicioso, intrigante, envidioso, adulador y pusilánime. Despues de haberle comunicado sus vicios y locuras, las gentes del mundo son las mismas que le acriminan con mayor acritud, y se burlan de él con toda la fuerza de la ridiculez.

De este modo los hombres destinados á instruir, se hacen despreciables por querer agradar y divertir, en vez de enseñar con utilidad. Así son las lecciones de la sabiduria infructuosas por falta de virtud en los que las proponen á los otros, cuando sus acciones no son conformes á ellas.

Por una preocupacion harto comun en el mundo, la mala conducta de los sabios recae sobre su doctrina; esta es desatendida y desechada cuando las costumbres del que la enseña no van acordes con ella. Hay mucha distancia, segun se dice comunmente, del corazon á los lábios, ó del decir al hacer; un hombre puede discurrir bien y obrar muy mal. "Las costumbres de los filósofos, dice Séneca, no son conformes con sus preceptos; pero si no viven como enseñan, enseñan como se ha de vivir.» Así que, no vivamos con el hombre de perverso y mal corazon: leamos sus obras cuando en ellas encontremos instrucciones útiles; mas detestemos del hombre y de sus obras siempre que él y ellas sean malas y peligrosas. *Un hombre de buenas costumbres*, dice Montagne, *puede tener opiniones falsas; y un malvado puede muy bien predicar las verdades mismas que no cree. La mas hermosa y bella armonía resulta de la conformidad entre los discursos y las acciones.*

El verdadero literato, cuya conducta es verdaderamente sábia y prudente, gozará de una felicidad mayor que los demás hombres; pues seguro siempre de hallar en sí mismo y en sus meditaciones los medios de ocuparse agradablemente, será poco sensible á las pasiones, á los caprichos y á las vanidades que atormentan á los entes frívolos de que está lleno el mundo: satisfecho con los tranquilos placeres de su retiro y con las riquezas adquiridas por su aplicacion, se encuentra en estado de disfrutar á su arbitrio de los deleites y recreos que no conocen ni la grandeza ignorante y soberbia, ni la opulencia embrutecida y grosera. La ambicion, la codicia, la sensualidad, la disolucion, nada pueden contra aquel que vive contento consigo, y que, como Bias, lleva consigo sus riquezas: *á la verdad*, dice Epicuro, *el sábio está sujeto á las pasiones, mas toda la impetuosidad de estas nada puede contra su virtud.*

Cultivar y adornar el espíritu, es adquirir con el estudio un gran fondo de ideas, las cuales el hombre puede contemplar á su voluntad cuando quisiere. El retiro, tan penoso para los hombres disipados, es delicioso al literato, el cual, semejante en esto al avaro, aumenta su tesoro á cada momento; el estruendo del mundo le fastidia y desagrada; el verdadero sabio pierde siempre en el trato con las personas que viven con él. Sus libros, sus reflexiones, la conversacion con sus iguales, bastan para hacer felíz al hom-

bre estudioso; su continuo deleite es la contemplacion de las riquezas que diariamente va depositando en su cerebro; sin salir de su interior considera el vário espectàculo de la naturaleza, el contraste de las pasiones y acciones de los hombres, el cuadro de las vicisitudes de este mundo, y las revoluciones contínuas á que estan espuestas las cosas humanas; y en fin posee bienes que ni la injusticia de la tirania ni los caprichos de la fortuna pueden nunca robarle. El estudio causa al hombre que piensa una dulce satisfaccion, comparable á la de una buena conciencia; satisfaccion que le mantiene siempre en estado de recogerse plácidamente á su interior, sin necesidad de otros vanos recreos y diversiones, tan indispensables á las personas que no pueden tratar consigo mismas.

No creamos, sin embargo, las máximas exageradas de una filosofia salvage que trata de prohibir al literato el aspirar al logro de su bienestar. No demos oidos á las declamaciones de los cínicos, que prescriben al sábio la renuncia de las riquezas, bajo el pretesto de que son engañosas y perecederas. La hacienda adquirida con el saber y los talentos no puede ser vituperada; el hombre sensato debe evitar la indigencia, que poniéndole en una gran dependencia, le espondria frecuentemente al peligro de envilecerse con bajezas. La verdadera sabiduría no consiste en un soberbio desprecio de todo lo que los hombres aprecian y desean; consiste en no apegarse fuertemente á ello, y en conservar una constancia inalterable enmedio de los rigores de la fortuna. La singularidad, el desaliño, la suciedad, la falta de atencion y de urbanidad, la indecencia, no anuncian un filósofo, sino un fanático, un insensato, un alma débil engañada por su vanidad, ó un hipócrita que quiere engañar á los hombres con una simulada grandeza de alma.

Si la utilidad social es el fundamento de la consideracion debida á los talentos, el sábio debe aspirar á ser digno de la aprobacion y del respeto de sus conciudadanos por medio de trabajos realmente útiles y ventajosos á la sociedad. Instruyendo ó deleitando es como el literato puede hacerse amable, y lograr la reputacion que desea.

«Nada es mas dulce y halagüeño, »dice Ciceron, que instruir y formar »los espíritus.» El hombre ilustrado y y el hombre de talento egercen en el mundo una autoridad que, como fundada en la verdad, es irresistible (1). Segun Plutarco, el filósofo Menedemo comparaba los literatos que se entregaban á estudios inútiles ó frívolos, á los amantes de Penélope, los cuales, no pudiendo lograr nada de ella, se envolvian con sus criadas. «Del mismo »modo: decia, él, los que no pueden »conseguir la filosofia, se afanan por »objetos fútiles é indignos de serle »comparados.» En las naciones corrompidas y dominadas por el despotismo, el talento forzosamente ha de emplearse en objetos frívolos, y el ingenio en

(1) El famoso Swift dice «que en un siglo á »lo mas suelen aparecer cinco ó seis hombres »de talento; pero que si reuniesen su poder, »el mundo no podria resistirlos.»

bagatelas. *La gloria*, dice Fedro, *es una verdadera locura, si creemos hallarla en las cosas inútiles.*

Las opiniones por lo comun perjudiciales y falsas, lo mismo que las malas costumbres introducidas en la sociedad, contribuyen á veces á pervertir á los literatos, inclinando sus talentos á objetos inútiles ó dañosos. Así que, la depravacion pública produce las obras obscenas y torpes que dan á sus autores una infeliz celebridad, que los degrada á los ojos de los hombres de bien. ¿No es un delito emplear los talentos en corromper á la juventud, y en propagar el vicio? ¿Qué acriminaciones y remordimientos no debiera sentir un escritor, cuyas obras seductoras producen y fomentan las pasiones funestas que cunden y trascienden á la posteridad mas remota? ¡Cuán odiosa y miserable es la inmortalidad que se adquiere con la perpétua corrupcion del corazon humano!

La moral y la equidad escluyen enteramente del número de los sábios y de los literatos á todos esos críticos insolentes, malvados y envidiosos, que declaran la guerra á los grandes talentos, que vituperan y denigran á los sábios distinguidos, y que los sacrifican á la mofa y la risa de un público envidioso y maligno, ofuscado y prevenido siempre contra el mérito. Los escritores de este horrible carácter deben ser mirados como unos declarados enemigos de las ciencias, de las letras y de los progresos del entendimiento humano. Ellos se hacen viles cómplices de la envidiosa ignorancia, de la inquieta impostura, y de la tiranía sospechosa, las cuales, para dominar impunemente en la tierra, querrian que reinase en ella una oscura y eterna noche. ¿Hay una ocupacion mas infame que la de divertir al público á costa de los ciudadanos que le ilustran, que le sirven útilmente, y que merecen todo su reconocimiento? Para que la crítica sea verdaderamente útil, debe ser justa, instructiva y urbana, sin que jamás le sea permitido el degenerar en sátira mordaz y ofensiva.

Las diversiones y entretenimientos que cause el literato, deben ser interesantes, y contribuir en todo y por todo à la felicidad pública: las que solo tienen por objeto distraer el molesto fastidio de algunos hombres frívolos, adular los vicios de las gentes del *buen tono*, promover la disolucion, patrocinar las malas costumbres, ofrecer incienso á la tiranía, no merecen mas que la indignacion y el desprecio. Para merecer una bien fundada estimacion, las diferentes clases de la república de las letras debieran, por diferentes caminos, dirigirse todas á la utilidad general: la consideracion y el aprecio de los literatos solamente pueden fundarse en la verdad y las ventajas que producen á los hombres.

La poesía, cuyo objeto es agradar con sus imágenes, en vez de pintarnos pasiones débiles y afeminadas, amores torpes y despreciables, debiera interesar la imaginacion de los hombres con la verdad, adornándola con atractivos y colores capaces de mover el corazon humano.

La tragedia, para ser útil, debe inspirar horror á los crímenes de los

reyes, cuyas desenfrenadas pasiones producen frecuentemente catástrofes crueles y terribles: debiera hacer temblar á los tiranos, y hacer á los ciudadanos amables la virtud y la libertad, sin las cuales ninguna sociedad puede ser feliz y floreciente.

La sátira, empleada tan frecuentemente para sacrificar á la malignidad pública los ciudadanos mas dignos de compasion, debiera respetar siempre las personas, y avergonzar al vicio con sus desórdenes y estravios. La sátira general es útil y laudable; mas la sátira personal es inhumana y punible.

La comedia, inventada para dar á conocer á los hombres lo ridículo de sus vicios, de sus defectos y de sus caprichos, jamás debiera excitar su risa á costa de la razon, de la decencia y de las costumbres, dignas siempre del mayor y mas santo respeto (1).

Los cuentos y novelas, que por lo comun solo sirven de criar y fomentar en la juventud de ambos sexos pasiones peligrosas, debieran por el contrario armarla contra las flaquezas que pueden influir en la felicidad ó desgracia de toda la vida.

La elocuencia, de la que frecuentemente se abusa para engañar y seducir, el hombre de bien debe usar de ella para persuadir la verdad, para inflamar los corazones de los hombres en celo del bien público y amor de las virtudes, para inspirarles horror al mal y enseñarles à que desprecien todo aquello que los separa del camino de la felicidad.

Mas por desgracia, en un mundo dado á frivolidades, la sabiduría, la moral, la filosofia y aun la virtud misma son frecuentemente ridículas á los ojos de muchos presumidos de sabios: acostumbrados á confirmar á las gentes en sus locuras habituales, temen acaso que se acerque el reino de la razon. La conducta de estos pudiera muy bien compararse á la de las mugeres de mala vida, que lloran y se affigen cuando los necios á quienes tenian entontecidos, comienzan á pensar y atender á sus negocios, renunciando á sus locuras, y usando de una conducta mas sensata. Las naciones están inundadas de producciones que raras veces tienen por objeto los intereses del hombre. Los grandes talentos, arrastrados comunmente de su imaginacion, miran con desden los estudios profundos, frutos lentos de la meditacion. Nada suele oponerse á los sólidos progresos del entendimiento como el ingenio desmedido y sin reglas; la razon está muchas veces reñida con los que pudieran mas bien patrocinar sus esfuerzos. Por otra parte, la república de las letras se envilece tambien á los ojos del mundo con la conducta poco racional y prudente de algunos de sus miembros, que solo parece que se empeñan en persuadir al público que la ciencia y los talentos son incompati-

(1) A los autores que abusan de sus talentos, pudiera aplicárseles la maldicion de Demócrito: ¡*Ay de vosotros! los que de las gracias recatadas y honestas, no habeis sabido hacer sino viles prostitutas!* ¿Cuántas piezas dramáticas vemos, que encierran lecciones las mas vivas de corrupcion, y sin embargo los gobiernos permiten que se representen á la juventud?

bles con la bondad de corazon y con la mesurada razon.

Del mismo modo que los estados libres, la república de las letras comunmente está dividida en facciones que la debilitan, y que la esponen al desprecio de aquellos mismos de quienes mas debiera hacerse respetar. ¿Qué pueden ni deben pensar los grandes y las gentes del mundo al ver á los sabios y literatos torpemente ocupados en arruinarse y deprimirse los unos á los otros, y en contrariar los esfuerzos de la razon, cuando esta trata de desengañar á los hombres de sus locuras? Al mismo tiempo que el filósofo propusiere unos principios evidentes, un ingenio declamará contra la verdad como demasiado triste, contra la moral como en estremo lúgubre, y contra la sabiduría como escesivamente severa: otro exagerará la incertidumbre de nuestros conocimientos, y consolará á los necios é ignorantes, asegurándoles que los mayores talentos no saben mas que los regulares y comunes: otros en fin, tratarán de ridículos los mas útiles descubrimientos, mirando las obras mas profundas como producciones de una metafísica oscura y de algunos cerebros evaporados y huecos. Por último, las mas interesantes verdades quedarán sepultadas en el olvido, si no las visten y hermosean las gracias del estilo, y carecen de este oropel tan apreciable para el vulgo.

Los adornos del estilo no deben, ciertamente, desatenderse; las gracias de la diccion son á propósito para hacer la verdad mas interesante: mas estos adornos son meros accidentes que no deben prevalecer sobre la esencia de las cosas. El sabio que ha meditado profundamente, no siempre tiene el talento de escribir bien; asi como el que posee este talento tan ponderado, no siempre se toma el trabajo penoso de reflexionar mucho. Sea como fuere, recibamos nosotros con gratitud y reconocimiento lo verdadero de cualquier modo que nos fuere presentado, y tengamos presente que el desprecio de la verdad es el carácter distintivo de los impostores, de los charlatanes, de los ignorantes y principalmente de los tiranos enemigos del género humano, con quienes los literatos no deben consentir jamás ser confundidos. Los que de estos aborreciesen y deprimieren la verdad, son unos insensatos que destruyen los fundamentos de su propia gloria; esta solo puede sólidamente cimentarse sobre la utilidad y la verdad, á la cual tantos ciegos tienen la locura de vilipendiar.

Lloremos semejantes desórdenes, y no cesemos de repetir que los literatos deben distinguirse por su concordia y union en obsequio de los designios de la moral y de la sana filosofía, que no son ni pueden ser otros que el hacer á los hombres mejores. Los conocimientos y las luces nada son si no contribuyen al bienestar de la sociedad; la gloria que producen es nada, cuando no proporcionan una felicidad duradera; las ciencias son despreciables si son infructuosas, y detestables si son contrarías á la verdadera moral, que es de todas las ciencias la mas interesante. *La sensibilidad del alma*, dice Quintiliano, *es la que ha-*

ce á los hombres discretos y elocuentes. Un tierno interés por la humanidad debe animar á los sabios y literatos; ellos deben ilustrar al hombre, interesarle viva y eficazmente en su propia suerte, é inflamar su corazon de la virtud; porque la virtud sola puede librarle de los males de que es víctima, y hacerle poseer la felicidad que incesantemente desea. *El estudio mas interesante al hombre*, segun Pope, *es el hombre mismo.*

El amor de la gloria y el deseo de agradar y ser estimado de los hombres de bien, son y deben ser los grandes móviles de los literatos y de los sabios; imputarles á crímen el amar la gloria y aspirar á la reputacion, es acusarlos de no obrar sin motivos. Nada es mas digno de alabanza que procurar hacerse respetable con aquellos talentos que son provechosos á todos; mas el literato falta á su instituto, si deja de ser útil, y él no puede ser útil si no presenta á los hombres verdades dignas de interesarlos. Las pomposas bagatelas, las producciones agradables, las obras efímeras é insustanciales pueden tener unos aplausos momentáneos; una reputacion facticia, conservada por medio de cábalas, de intrigas, de artificios, de complacencias y de bajezas, puede sostenerse por algun tiempo; mas la gloria sólida, la consideracion permanente, la inmortalidad, solo están reservadas á las obras de que el género humano en todos tiempos recoge frutos deliciosos. El hombre que en sus escritos solo se propone agradar á su siglo, ó que no piensa y consulta sino á su fortuna ó engrandecimiento personal, dificilmente transmitirá su nombre á la posteridad.

¡Hombres verdaderamente ilustres y respetables cuando trabajais para bien y felicidad de las naciones! ¡Sábios y literatos! que por caminos diferentes aspirais á la reputacion: reflexionad que ella no es otra cosa que el afecto y la estimacion pública, y que estos sentimientos solo son debidos á la verdad, á la utilidad y á la virtud. Enseñad á los hombres á que respeten el noble cargo que con vuestros talentos egerceis en la sociedad. Respetaos á vosotros mismos: tened siempre presente vuestra dignidad: desterrad de vosotros la bajeza y la adulacion que os envilecerian á los ojos de un público celoso de vuestras prerogativas. Abjurad esas querellas recíprocas y esas contiendas deshonrosas, que solo pueden recrear la malignidad de los que os envidian. Uníos estrechamente para combatir la ignorancia, los vicios y las locuras que asolan y afligen al mundo, y que tanto se oponen á la felicidad social. Mas cuando ataqueis los caprichos y los errores de los hombres, consultad con delicadeza su amor propio, para que vuestras lecciones sean eficaces: temed ofender y herir á los que deseais complacer y sanar.

¡Filósofos! vuestro sublime cargo es estudiar al hombre, descubrir los tortuosos senos de su corazon, y mostrarle la verdad, sin la cual no puede obtener la felicidad. ¡Oradores! arrancad al hombre y libradle con vuestra elocuencia, robustecida por la filosofía, de sus errores y de sus inclinacio-

nes viciosas; interesadle tiernamente en su bien y felicidad; é inspirad á su corazon la compasion, la humanidad y el amor que debe á sus semejantes. ¡Historiadores! emplead las investigaciones del sabio y los colores de la elocuencia en pintarnos con verdad y valentia el interesante cuadro de las vicisitudes humanas. ¡Poetas! valeos de las luces de la sabiduria, de la fuerza de la elocuencia y de las lecciones de la historia para adornar la verdad de las gracias y adornos con que la imaginacion puede hermosearla. Abandonad esos cánticos vanos y peligrosos, que no han tenido casi siempre otro fin que hacer amable el vicio é inspirar el menosprecio de la virtud. ¡Sabios y eruditos! dejáos de remover y escudriñar una antigüedad tenebrosa, para no hallar en ella sino cosas inútiles á las generaciones presentes. ¡Profundos metafísicos! no os embosqueis en el oscuro laberinto de una metafísica tortuosa, de que no puede resultar bien alguno á nuestra especie: emplead mas bien la sutileza de vuestro entendimiento en objetos conformes á nuestra naturaleza, y que esten á nuestro alcance. ¡Físicos! ¡naturalistas! ¡médicos! renunciad á vuestras vanas hipótesis; seguid solo la esperiencia, la cual os enriquecerá de hechos y observaciones cuya reunion podrá formar un sistema seguro y verdaderamente útil al género humano. ¡Jurisconsultos! abandonad ya los cenagozos senderos de la rutina; desembarazaos de los andadores y del imperio de la autoridad; buscad en la naturaleza misma del hombre leyes conformes á su ser; en ella encontrareis una jurisprudencia moral, justa, sencilla y fácil, de la que tanto necesitan los pueblos.

En fin, cualquiera que sea ¡oh sabios! el camino que vuestro talento emprendiere, proponeos todos y cada uno la utilidad del hombre, el bien público, los intereses de la sociedad y la felicidad del universo, á quien vuestras lecciones deben ser consagradas. Siendo uno mismo vuestro designio, ninguno desdeñe ó desprecie los trabajos de sus asociados. El campo de las letras ¿no es bastante fértil y vasto para que cada uno de vosotros pueda coger en él laureles abundantes? Cese pûes ¡oh útiles y respetables hombres! la discordia que tan perjudicial sería al logro de vuestros intentos: háganse vuestras nobles y generosas almas superiores á las bajezas de la envidia y á las pequeñeces de la vanidad; la jactancia y el charlatanismo son indignos de vosotros. Al público toca y pertenece el tributaros sus alabanzas. Recordaos que las ciencias y las letras deben hacer al hombre mas humano, mas apacible y mas sociable; y no olvideis jamás que vuestra modestia, circunspeccion, urbanidad y buenas costumbres son las únicas que pueden conseguir que el público reconozca y respete vuestros talentos, vuestros beneficios y vuestra superioridad. Observando estas máximas, merecereis el amor, la estimacion y los votos de vuestros contemporáneos; y la utilidad de los trabajos que emprendiéreis transmitirá vuestra gloria y alabanzas á la posteridad que gozará, como vosotros, de vuestras inmortales tareas.

La esperanza y el deseo de la inmortalidad, que muchos hombres han mirado como una vana quimera, como una locura, como un humo, son sin embargo unos motivos que en todo tiempo han estimulado poderosamente á los hombres de talento: estas pasiones se fundan en la idea que justamente se han formado de los derechos que sus trabajos les darán al aprecio y reconocimiento de las generaciones futuras. Así que, no llamemos una quimera lo que es un bien real para quien goza de él dentro de sí, en todos los momentos de su duracion. La buena conciencia produce al hombre de bien una felicidad muy verdadera y sólida, aunque él solo goce de ella en su imaginacion, mostrándole sus justos derechos al cariño y al aprecio de los demas hombres. La idea de la inmortalidad es una verdadera quimera para los que no tienen ni el valor ni el derecho de aspirar á ella.

El afecto y las alabanzas de la posteridad son unas deudas que ella satisface muchas veces á nombre de sus injustos padres: esta paga es segura é infalible para los que han producido grandes ventajas, grandes placeres y grandes verdades al género humano. Por un privilegio especial y esclusivo de los sabios y de los literatos, el escritor célebre y distinguido conserva sus derechos mas allá del sepulcro. Una obra verdaderamente útil ó agradable, es un beneficio perpétuo que obliga á las generaciones mas remotas. La muerte, que por lo comun sumerge en un total olvido á tantos personages soberbios, no destruye la memoria y las relaciones del hombre de talento con el género humano, ni minora y aniquila nuestros deberes para con aquel que se ha dignado instruirnos ó recrearnos. ¡Oh, cómo seríamos injustos, ingratos é insensibles si olvidàsemos en su muerte á los que cada dia nos procuran momentos felices y dichosos!

En el dia de hoy subsiste todavia un comercio de afecto y gratitud entre nosotros y los sabios de la antigüedad. Con el mayor reconocimiento leemos las obras inmortales de los Homeros, de los Cicerones, de los Virgilios, de los Sénecas: y les pagamos con fidelidad el tributo que con tanta justicia se prometieron obtener de nosotros. Además del provecho y placer que sacamos de los escritos de estos ilustres difuntos, el interés actual y permanente de las naciones exige que rindamos nuestros homenages á los bienhechores del género humano. Alabar á los muertos es alentar y estimular á los vivos: aunque sus yertas cenizas sean insensibles á nuestros elogios presentes, ellos los gozaron en vida, y estos elogios sirven de siglo en siglo para conservar la llama del ingenio y transmitirla á sus imitadores.

En fin, la idea de la inmortalidad ó del futuro reconocimiento, consuela al hombre grande de la ingratitud, de la injusticia y de la envidia de sus contemporáneos. La conciencia de haber practicado el bien, le indemniza de las alabanzas que le son negadas; espera y se refiere al tiempo venidero, porque sabe que los hombres son siempre justos con sus bienhechores, cuya superioridad no temen ya.

Una vez esplicados los deberes de los hombres destinados por sus talentos á instruir con su doctrina á sus conciudadanos, la moral no puede omitir los deberes de los que egercen las bellas artes, que afectando el sentido esterior se proponen por blanco en sus tareas recrear y divertir al hombre, é inspirar en su imaginacion ideas placenteras y halagüeñas. Entre las letras y las producciones de las artes hay una grande y conocida afinidad : *la pintura*, dice Horacio, *es como la poesia*. Cuando nos representa acciones ¿no hace el oficio de la historia ? Cuando las representa de un modo que nos interesan y mueven vivamente ¿no imita á la oratoria, cuyo objeto es mover y avivar las pasiones?

Lo mismo, pues, que los literatos, los artistas deben en sus diversos trabajos proponerse un fin moral; conocer su poder é influencia ; respetarse los unos á los otros ; considerarse como unos ciudadanos destinados no solo á recrear, sino á instruir; formar otro designio mas noble y grande que el de adular la vanidad ó la depravacion de la opulencia ; estar poseidos de la noble y laudable ambicion de ser útiles á los hombres, y de contribuir á su mejoria y perfeccion. ¿Por qué un artista hábil, cuyas obras inspiran en nuestras almas ideas y pasiones, é imprimen en los corazones imágenes profundas y durables, no se ha de proponer el instruir al tiempo mismo que deleitar?

Los grandes artistas entre los griegos fueron unos ciudadanos muy apreciados: no eran tenidos por viles mercenarios; y criados en las escuelas de la filosofia, admitidos al trato y conversacion con los sábios, reflexionaban acerca de sus artes, perfeccionaban sus talentos, y de este modo las elevaron á un grado de sublimidad, que es hoy la envidia y la emulacion de los artistas modernos: estos, privados por lo comun de las luces y conocimientos que dá de sí una cuidadosa enseñanza, faltos de toda instruccion sólida y fundamental, ó poco dedicados á la meditacion, muy raros de ellos son capaces de dar á sus obras aquella noble sencillez, aquella energia, aquella vida y duracion que admiramos en las de los antiguos.

Para producir obras bellas, el artista debe ser instruido, debe haber reflexionado mucho sobre su arte, debe conocer los objetos que se propone imitar; en suma, debe presentir los efectos que puede causar: sin estos conocimientos nunca será mas que un autómata que trabaje á salga lo que salga: y falto de principios, no podrá estar seguro de acertar ni de complacer.

El corazon del hombre es el blanco á quien el artista se dirige; pero no por eso ha de tratar de depravarlo. Así, en vez de sacar sus argumentos de una mitología lasciva y criminal, en vez de representarnos de contínuo los amores de una multitud de divinidades, de ninfas y de sátiros deshonestos, un pintor mas decente y moral nos traerá á la memoria aquellos rasgos de grandeza de alma, de bondad, de justicia, de amor á la patria, que en abundancia le ofrece la histo-

ria, presentándolos en el modo y situaciones mas interesantes. Las producciones de las artes serían unas vivas lecciones para nosotros, si solo nos presentasen objetos capaces de escitarnos á la virtud: estos darian ciertamente mas honor al pincel del pintor, al cincel del escultor, y al buril del grabador, que no los desórdenes y torpezas consagradas por la religion impura de los griegos y de los romanos, ó que las vergonzosas desnudeces que, sin respeto alguno de las buenas costumbres, vemos espuestas frecuentemente à la vista, lo mismo en los palacios que en las casas y en las calles. ¿Cuánto no debieran avergonzarse y confundirse los artistas que solo emplean sus talentos en corromper las almas con imágenes obscenas y en hacer brotar en los corazones pasiones peligrosas? ¿Cómo es que, en las naciones cultas y civilizadas donde las costumbres de la juventud debieran ser defendidas del vicio con la mayor vigilancia, se sufre y se permite que tantas causas concurran á corromperlas y envenenarlas?

Mas en las naciones corrompidas, las buenas costumbres no entran en cuenta para nada; los artistas, faltos por sí de educacion, de luces y de virtud, no pueden agradar á una multitud depravada sino presentándole objetos conformes á sus gustos malos y perversos.

En una sociedad que fuese sábiamente gobernada, todos los talentos se darían la mano para escitar y robustecer las cualidades ventajosas al público, y sofocar aquellas de que pudiesen resultar delitos y vicios. Entonces las artes serían verdaderamente apreciables, y se verian mas honradas trasmitiendo á la posteridad el reconocimiento público á los grandes hombres, y á los verdaderos bienhechores de la patria, que no perpetuando los hechos y la memoria de tantos odiosos tiranos, de tantos pretendidos héroes, de tantos conquistadores detestables, dignos solo del mas eterno olvido.

Aprendan, pues, los artistas á ser unos ciudadanos útiles; conozcan su dignidad; únanse con los filósofos, los oradores y los célebres escritores; mediten en la fuerza y los recursos del arte, y usen de él en beneficio del bien público. Acorde el músico con el poeta, en vez de corromper y afeminar las almas con los blandos acentos de una pasion enfadosamente repetida, haga resonar en los oidos de sus conciudadanos aquellos varoniles y enérgicos sonidos, aquella armonia que en lo antiguo fue tan poderosa entre los griegos. Escite la música con sus modulaciones unas veces la fortaleza, el valor, la grandeza de alma; inspire otras en los corazones el dulce consuelo, la piedad y la tranquilidad del ánimo: en fin, que unida con las palabras convenientes al caso, las dé una espresion mas animada, y las haga capaces de producir afectos agradables y conformes al bien de la sociedad.

El arte del músico tiene una muy grande analogía con el del orador y el del poeta. Para hacer las palabras mas espresivas y mas fuertes, el músico debe estar poseido de los mismos afectos que quiere inspirar á los otros.

De donde se infiere que la instruccion y la reflexion no le son á este menos esenciales que á los pintores y á los demas artistas de quienes hemos hablado. Componer una buena música es pintar al oido, y escitar en él las sensasiones que la esperiencia y la reflexion han mostrado capaces de producir afectos agradables y deseados del oyente. Un músico que no tiene conocimiento del hombre y de los medios de moverle, es una pura máquina, es un instrumento sonoro, no otra cosa.

No nos admirémos, pues, de que sean tan raros los grandes músicos. Muchos poseen las reglas de la música; pero ignoran los medios de aplicarla filosóficamente. Muchos artistas, á fuerza de trabajo, han llegado á vencer las mayores dificultades y á grangearse asi la admiracion del vulgo; mas esta música puramente mecánica solo manifiesta ciertas disposiciones naturales egercitadas con empeño y obstinacion; pero no ingenio ni reflexion; y por lo tanto es incapaz de producir en las almas los grandes efectos que podrian esperarse del músico que ha conocido y meditado el gran poderio de su arte.

La danza se cuenta tambien comunmente en el número de las artes liberales. Indicada por la naturaleza de los fluidos de nuestro cuerpo, cuyos movimientos son periódicos, la vemos adoptada y establecida en todos los pueblos de la tierra, tanto salvages como civilizados: algunos la han consagrado ó divinizado uniéndola al culto religioso, al paso que otras religiones la proscriben como un egercicio contrario á las buenas costumbres.

Si consideramos la danza ó baile como un egercicio corporal, es útil á la salud; hace al hombre mejor dispuesto, le enseña á moverse con mas agilidad y soltura, á sostenerse con mas firmeza, á andar con mas seguridad, á mostrar gallardía en sus movimientos y ademanes, de un modo que manifiesta una fina educacion, conforme á los usos y modales adoptados por la sociedad. Bajo este aspecto el baile no puede ser reprensible; útil para nosotros mismos, nos hace mas agradables á los otros.

Mas la sana moral no puede menos de condenar esos bailes que solo ofrecen á la vista actitudes indecentes, capaces de producir en el ánimo de ambos sexos pensamientos deshonestos y deseos desarreglados. Ya hemos visto en otra parte los peligros á que se espone frecuentemente la juventud en esas asambleas confusas, donde la inocencia, aturdida con el bullicio, naufraga muchas veces, y donde las pasiones criminales buscan y encuentran tantos medios de satisfacer sus deseos. Los bailes de este género son aventuras peligrosas, á las cuales los padres virtuosos temerán entregar una juventud inesperta; y por lo menos conocerán que la razon no puede aprobarlos. Conforme en esto à las reglas de la moral mas severa, la moral de la naturaleza exhortará siempre á los hombres á que huyan de semejantes peligros. Al ver la perversidad de costumbres que reina en muchas naciones, aun las gentes mas corrompidas

han de convenir forzosamente en que el baile es un escollo contra el que la virtud viene á estrellarse á menudo.

De todo lo dicho en este capítulo debemos concluir que la sabiduria es útil y necesaria á las naciones; que los que las instruyen son unos ciudadanos dignos de ser honrados, queridos y recompensados; que los detractores de los conocimientos humanos, los opresores del ingenio, los que menosprecian las letras, todos son unos insensatos que desconocen tanto los bienes que ellas acarrean á los hombres, como los peligros que trae consigo la ignorancia, la cual ha sido siempre el orígen y manantial de las desgracias del mundo. Todo nos está demostrando que la meditacion, el estudio y la reflexion son necesarias, no solamente en las ciencias y en las letras, sino tambien en las artes; y que los sabios, los literatos y los artistas no deben perder jamàs de vista la moral y la virtud, cuyas lecciones deben inculcar cada uno á su modo para ser verdaderamente útiles. Acreciendo así de dia en dia el cúmulo de luces, de conocimientos y verdades, ellos podrán justamente gloriarse de contribuir á la felicidad de la vida social.

CAPITULO XI.

DEBERES DE LOS COMERCIANTES, FABRICANTES, ARTESANOS Y LABRADORES.

Toda sociedad es una porcion de hombres unidos con el fin de concurrir cada uno segun sus fuerzas y estado, á la conservacion y felicidad del cuerpo político de que son miembros. Todo el que trabaja útilmente en beneficio de sus conciudadanos, se hace por este mismo hecho un hombre público á quien su patria debe proteger, honrar y favorecer con proporcion á las ventajas que el público saca de sus trabajos.

Esto supuesto, el comerciante es un miembro apreciable siempre que llena dignamente las obligaciones de su destino. Él es quien desahoga y desembaraza su pais de los géneros y producciones supérfluas del cultivo y de las manufacturas de la industria, y el que le proporciona en cambio las cosas bien sean necesarias bien agradables, que no tiene y de que necesita. De este modo el comerciante hace florecer la agricultura, que decaeria sin su auxilio: él es quien en los tiempos de escasez hace venir de paises estraños los comestibles de que han privado al suyo las malas estaciones. El comercio es quien da vida á todas las artes y oficios: él anima la industria, y de este modo ocupa y mantiene un número prodigioso de hombres, que sin él serian por su indigencia una carga gravosa para las naciones. ¡Cuántos brazos se ocupan de contínuo en la navegacion, destinada á llevar las órdenes del comerciante á las estremidades de la tierra! Estas órdenes son siempre

mas puntualmente egecutadas que las del mas absoluto déspota. En los paises mas lejanos, millares de brazos se afanan y apresuran á satisfacer sus deseos; el Océano gime bajo el peso de las naves que de los climas mas remotos traen á sus pies las riquezas y la abundancia para sus conciudadanos. El escritorio del comerciante puede ser comparado al gabinete de un príncipe poderoso, que pone á todo el universo en movimiento.

¡Este es, sin embargo, el ciudadano respetable á quien las preocupaciones góticas y bárbaras tienen el atrevimiento y la desvergüenza de infamar, en el seno mismo de las naciones que deben al comercio sus riquezas y esplendor! ¡El pacífico comerciante es despreciable á los ojos del estúpido guerrero, sin ver que este hombre á quien menosprecia le viste, le sustenta y mantiene su ejército! Una profesion tan útil ¿no es en sí misma mas honrosa que la punible y vergonzosa ociosidad en que se corrompen y consumen tantos nobles de aldea que no tienen mas ocupacion que la caza y el triste placer de vejar y oprimir á los humildes plebeyos? ¿Hasta cuándo la vanidad de los hombres les hará despreciar á los mismos de quienes reciben todos los dias los mas importantes servicios? ¿Será posible que el aprecio y el respeto se queden reservados para los destructores de los hombres? ¿No debieran en justicia estenderse á cuantos se ocupan en su bienestar, en sus comodidades y en su felicidad?

La preocupacion que degrada y envilece al comercio, lo mismo que á las artes, trae su orígen de los tiempos de barbarie y ferocidad, en que las sociedades en su infancia no conocian todavia las ventajas que podian sacarse de él. Aristóteles nos dice que en las antiguas repúblicas de Grecia los mercaderes estaban escluidos de los empleos de la magistratura. A causa de una ignorancia igual, los antiguos romanos, únicamente ocupados en la agricultura y en la guerra, menospreciaron á los mercaderes y artesanos; pero despues el tiempo y las necesidades desengañaron poco á poco á los griegos y á los romanos de esta ridícula opinion, y las personas mas distinguidas no se avergonzaron de egercer una profesion lucrosa en sí y ventajosa para la patria.

Cuando cien enjambres de naciones guerreras repartieron entre ellas el vasto imperio de los romanos, la preocupacion que siempre acompaña á la ignorancia, vino de nuevo á envilecer al comercio. La Europa estuvo sumergida por muchos siglos en espesas tinieblas y contínuas guerras. Los pueblos avasallados por guerreros estúpidos y disolutos, no tuvieron unos con otros comunicacion alguna. El comercio, el cual no puede florecer sin libertad, fue esclusivamente atribuido á los usureros, que sin cesar estaban espuestos á la avaricia de una multitud de tiranos: de esta suerte cayó el comercio en manos despreciables; y hombres infelices estimulados del atractivo de un logro desmedido, eran los únicos que podian emprenderle, á pesar de todos los peligros de que se veían rodeados. Este es, sin duda, el

origen del injusto desprecio que los nobles orgullosos muestran todavia á una profesion que ya hoy merece la consideracion pública.

Entre tanto algunas repúblicas usando de su libertad, hicieron el comercio con buen éxito, y llegaron por medio de él á un grado de poder y de riqueza que estimuló y dió envidia á los otros pueblos. Venecia, Génova, Florencia, enseñaron á toda la Europa los efectos que podia producir el comercio; los príncipes ya le favorecieron, un nuevo mundo fue descubierto, y sus riquezas irritaron la codicia de muchas naciones; la indiferencia con que hasta entonces habian mirado al comercio, se convirtió en un entusiasmo universal; y bien presto no tuvieron las guerras mas objeto que el de aumentar cada nacion el suyo con daño del comercio de otras.

Hé aquí como las pasiones y las locuras de los hombres los llevan siempre á estremos contrarios. Todo fue sacrificado despues al furor del comercio: por él la agricultura se vió descuidada, los reinos se despoblaron para formar colonias en los paises mas remotos, torrentes de riquezas inundaron la Europa, sin hacerla por esto mas dichosa; estas riquezas produgeron el lujo y todos los vicios que este trae consigo; y este mismo lujo trabajó sordamente en destruccion de los estados que una codicia sin límites habia escesivamente enriquecido.

El comercio para ser útil, debe conocer reglas y término, y no perjudicar á otros ramos de la administracion. Nada es mas contrario al bien general que la pasion de enriquecerse cuando se cambia en epidemia. A veces vemos naciones dominadas de este delirio descuidar por él los objetos mas importantes; recibir su primer impulso de algunos mercaderes insaciables; arrojarse, por complacerlos, á guerras ruinosas é interminables; contraer deudas inmensas para sostenerlas; y gemir despues por largo tiempo los males que siempre causan los mas brillantes sucesos. Tal es ¡oh bretones! la causa de vuestras desgracias y de la miseria que esperimentais á pesar de las riquezas que de ambos mundos arriban sin interrupcion á vuestros puertos; entre vosotros unos cuantos negociantes deciden la suerte del estado, y os hacen emprender contínuas y temerarias guerras, y mientras que ellos se enriquecen, los enormes impuestos abruman á los demás ciudadanos, y la nacion apurada se halla en la mayor angustia. La opulencia de un cierto número de individuos no prueba en manera alguna la opulencia y la riqueza del estado. Los dorados y preciosos adornos de un palacio no le preservarán de su ruina.

El comerciante debiera amar la paz, y sacrificar por ella su propia codicia: él es un ciudadano malo y perverso, si pospone la felicidad general á su propio interés. Un gobierno sábio, siempre guiado por la moral, debe refrenar la pasion de las riquezas, porque de lo contrario llega á ser ilimitada: ni debe permitir que esta pasion se egerza á costa del labrador y del propietario, cuyos trabajos debe promover y fomentar el comerciante. El in-

terés del labrador constituye el verdadero interés del estado; al labrador ha de consultar el legislador con preferencia á la avaricia de algunos mercaderes opulentos, ó á los caprichos de algunos inaccesibles poderosos, que nunca forman la porcion mas numerosa de la sociedad. En fin, todo nos persuade que la codicia del hombre debe ser reprimida, porque si se le suelta la rienda, destruye las buenas costumbres. Estas costumbres son mucho mas esenciales á la felicidad de una nacion que las riquezas, las cuales rara vez contribuyen á su fuerza real y verdadera y á su bienestar permanente. Roma, pobre aun, triunfó de la opulenta Cartago.

La pasion desordenada de enriquecerse, cuando se ha hecho general en un pueblo, destruye en él por lo comun el principio del honor, y le inspira un espíritu *mercantil*, y un amor sórdido del logro, directamente opuesto á todo pensamiento noble y generoso. Poseido de este espíritu, el mercader de nada que le sea provechoso se avergüenza; para él en este caso no hay patria, y si promete alguna ventaja hará el comercio mas contrario á los intereses de la nacion; en fin, acostumbrado á mirar el dinero como á su único ídolo, le sacrificará su misma vida. La venalidad no es otra cosa que el tráfico vergonzoso de vender el hombre su honor, su virtud y su libertad á cualquiera que les imponga precio.

Asi como todos los escesos, el comercio ilimitado es al fin castigo de sí mismo: aumentando en un pais la masa de las riquezas, aumenta necesariamente el precio de todos los géneros, y por consecuencia los jornales de los obreros y oficiales. Ya entonces las mercancias y manufacturas nacionales pierden en concurrencia con las de pueblos menos ricos que las dan mas baratas. Por otra parte, es propio de las riquezas reconcentrarse en manos de un corto número de hombres, que no sienten la carestía de los géneros y mercadurías; mas el oficial, el artesano, el trabajador, sufren y padecen por esta carestía, y por lo comun perecen de hambre á las puertas del rico avaro, que nunca se enternece ni apiada de las necesidades y miserias del infeliz. El efecto ordinario de la riqueza es endurecer los corazones.

Así la política, siempre de acuerdo con la moral, debe refrenar la pasion de enriquecerse para que no llegue á ser un contagio funesto y perjudicial al estado. De su propio suelo es de donde los pueblos han sacar principalmente sus riquezas; el comercio debe cambiar lo sobrante con lo que el terreno de su pais no produce. La tierra es el fundamento físico y moral de toda sociedad. El negociante es el agente y el proveedor del labrador y del propietario de la tierra; el fabricante labra y da un nuevo ser á las producciones del terreno. Todo el orden se trastorna, si los agentes se constituyen árbitros y señores de aquellos á quienes deben servir: las costumbres se estragan cuando estos agentes los distraen de su trabajo con el lujo, con vanas fruslerias, ó fomentando en ellos necesidades imaginarias

que no pueden satisfacer sino á costa de sus costumbres y de su reposo.

El comercio es útil sin la menor duda; la política debe favorecerle, la moral le aprueba; y los que se dedican á él son unos hombres útiles: mas el comercio debe tener sus límites, y no fundar su prosperidad en daño y ruina de otros ramos de la economía política. El comercio es verdaderamente útil cuando favorece la agricultura, hace florecer la industria, y aumenta la poblacion; pero si es contrario á estos objetos esenciales, su utilidad desaparece; y se transforma en una funesta locura, cuando es causa de guerras sangrientas y contínuas; en fin, es un mortal veneno cuando su único objeto es alimentar el lujo y la vanidad de los hombres. El comerciante que esporta los géneros sobrantes y supérfluos de su pais para traer á él trigo, vino, aceite, lanas ú otros artículos que le faltan, es un ciudadano muy útil, y merece el respeto y consideracion pública. El que solo trae á sus conciudadanos objetos capaces de fomentar sus pasiones, de irritar su vanidad, de escitar sus locuras y caprichos, es un hombre perjudicial. Casi todos los vanos objetos que la India suministra á la Europa, no tienen otro mérito que el que les da el capricho inconstante de las mugeres y la vanidad de algunos hombres necios siempre mal contentos de las manufacturas de su pais. ¡Será posible que los europeos no dejen nunca de sacrificar á estas vanidades inútiles tantos hombres y tantas sumas del oro en que idolatran! (1) Todas las fútiles riquezas que la Europa va á buscar á las estremidades del mundo ¿son acaso comparables con los tesoros que la agricultura podria sacar de su territorio si esta estuviese auxiliada y protegida?

¿Y qué diremos de ese comercio afrentoso que consiste en el tráfico de sangre humana? Comprar y vender hombres para condenarlos á la mas dura esclavitud, es una barbarie que estremece y horroriza á la humanidad y á la justicia. Mas la avaricia es cruel á sangre fria; reduce el crímen á sistema; procura cubrirle con el pretesto de un grande interés nacional, y las naciones sedientas de riquezas admiten sus escusas.

Si todos los comerciantes se hiciesen reos de semejantes escesos, no solo serian despreciables, sino que ademas serian odiados de todos los corazones justos y virtuosos. Mas distingamos los indignos y malos comerciantes de los que son útiles á sí mismos y á la patria por medio de un comercio mas legítimo y justo. Estos sin perjudicar á nadie hacen comunes los bienes, las cosas agradables y los descubrimientos de todo el universo. En efecto, la navegacion y el comercio forman una sociedad que se compone de todos los pueblos de nuestro globo; establecen correspondencias entre ellos, los hacen gozar recíprocamente de un

(1) Es bien seguro que el comercio de las dos Indias cuesta cada año cuarenta mil hombres á la Inglaterra. La sola mutacion del clima es causa de la muerte de la mayor parte de los europeos.

sin número de ventajas, y sirven principalmente para estender la esfera de los conocimientos humanos, Si algunas naciones han abusado cruelmente del comercio y para saciar su irritada avaricia han llevado la mortandad y los crímenes á los pueblos, cuya amistad debieran haberse grangeado, no imputemos estos horrores al comercio, sino á la ignorancia y á la feroz superstición, que en todos tiempos han cegado á los hombres, y los han hecho crueles sin remordimientos..,

El verdadero negociante, el comerciante apreciable es un hombre justo. La probidad, la buena fé, el amor del órden y la escrupulosa exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones y contratos, son sus cualidades distintivas, Una sábia y prudente economía arregla su conducta; conducta que no puede imputársele á crímen, pues con ella debe y puede preservar su riquesa y la de los otros de una infinidad de accidentes que no se pueden evitar ni prever. Si es un insensato el que arriesga locamente sus bienes, tambien es un bribon el que arriesga los bienes de los otros con empresas temerarias. Ademas el negociante que está ocupado en sus negocios, está por lo comun libre y exento de los caprichos, de las pasiones y de las vanidades que atormentan á los demas hombres. Todo comerciante instruido es un hombre de honor, racional y prudente: celoso de conservar la estimacion de sus conciudadanos, procura que su reputacion se mantenga intacta, porque necesita de la confianza; sencillo en su porte y grave en sus costumbres se abstiene de todo gasto frívolo, del fausto, y de los vicios que le ocasionarian su ruina. El negociante que se abandona á las estravagancias del lujo, pierde al fin sus negocios y los de aquellos imprudentes que han confiado en él. Las bancarrotas tan frecuentes, y por lo comun impunes, que se ven en las naciones mal regidas, anuncian una depravacion criminal y deshonrosa, y no son mas que ladronicios que egerce la traicion y la perfidia. El comerciante justo y esperimentado no arriesga loca y temerariamente sus propios bienes y mucho menos los de sus conciudadanos,

Así que, no confundamos el verdadero negociante, el comerciante apreciable y prudente con esos hombres viciosos ó ligeros que deshonran una profesion respetable: distingámosle igualmente de la multitud despreciable de engañadores y embusteros codiciosos que faltos de educacion, de conciencia y de honor, creen legítimos y permitidos todos los medios de ganar, abusan de la sencillez del público, y no forman escrúpulo de apreciar las cosas en mas de lo que valen, y de engañar tanto en la calidad como en la cantidad de las mercancías, Los mercaderes de este modo de pensar son culpables; ellos causan al comercio una mala nota y un desprecio, que solo deben recaer sobre ellos mismos.

La sana moral forma el mismo juicio de esos monopolistas siempre dispuestos y ansiosos de aprovecharse de las calamidades de sus conciudadanos, de las cuales, por lo comun, suelen ser ellos verdaderos autores.

¡Es necesario tener unos corazones muy endurecidos para gozar tranquilamente y sin pudor de una hacienda adquirida á costa de calamidades públicas! En vano la moral clama contra esos orgullosos exactores ó arrendatarios de las rentas públicas, que negocian con los déspotas para comprar la ciencia de oprimir á la sociedad, y de cebarse con la sangre de las naciones: semejantes hombres son verdugos privilegiados, que debieran confundirse y avergonzarse del origen impuro de una opulencia fundada en la ruina de la felicidad general. Sin embargo, hay paises en que este tráfico vergonzoso no es vil ni despreciable. Un administrador ó arrendatario de las rentas públicas, enriquecido con semejantes estorsiones, es tenido por un ciudadano mas útil al estado á quien oprime, que no el comerciante que le hace florecer y prosperar.

El verdadero negociante, lo mismo que el fabricante, son unos hombres benéficos, los cuales, enriqueciéndose á sí mismos, dan actividad y vida á toda la sociedad, y por lo tanto merecen su aprecio y proteccion: ellos dan que trabajar y con que vivir al pobre, á quien los dependientes de la real hacienda desnudan y reducen á la mendicidad. ¡Qué inumerable multitud de artesanos de toda especie no ponen en movimiento las fábricas y el comercio! De este modo se establece y estrecha una grande é íntima coherencia entre todos los miembros de la sociedad. El artesano, que subsiste de su trabajo, contribuye sin cesar al aumento de la riqueza de los que le emplean, así como al logro y satisfaccion de las necesidades, de la comodidad, de los placeres, y aun de la vanidad de los mismos ricos ingratos que le desprecian al tiempo mismo que se aprovechan de sus trabajos, sin los cuales no pueden en manera alguna subsistir.

Nada es mas injusto ni mas vil que el modo insultante con que la soberbia y altiva opulencia mira á los artesanos que de contínuo trabajan y contribuyen á satisfacer las necesidades ó placeres á que ella por su propia debilidad nunca podria subvenir. Este mismo artesano, mirado con orgullo y desden, es sin embargo un hombre verdaderamente útil, dotado á veces de unos raros talentos; y cuando es fiel y puntual en su trabajo, es incomparablemente mas apreciable que los holgazanes y viciosos que le desprecian. El soberano fastuoso, que quiere erigir monumentos á su vanidad ¿no necesita del albañil, del carpintero, del cerragero, y de una multitud de trabajadores, sin los cuales no lograría sus deseos? Estos diferentes artesanos ¿no son ciertamente dignos de aprecio, de cariño y de benevolencia, cuando acreditan su celo y puntualidad en sus oficios? El monarca y el noble ¿no se ven precisados á recurrir al fabricante y al mercader para adornar sus palacios? Estos ponen en movimiento y actividad una multitud de hombres que en el seno mismo de la indigencia contribuyen á la magnificencia de los monarcas.

Cuando la pobreza es activa y labo-

riosa, nunca debe ser despreciada ni envilecida. La pobreza industriosa y aplicada es regularmente honesta y virtuosa; y solo es digna del desprecio cuando se entrega á la ociosidad y á los vicios, cuyo egemplo recibe frecuentemente de la opulencia. Las injusticias y la soberbia de las clases elevadas son las que con frecuencia reducen al artesano á la desesperacion y al crímen. ¿De cuántos delitos, robos y asesinatos no se hacen cómplices muchos grandes, que tienen la crueldad de retener el precio y los jornales del fabricante laborioso, del mercader que los abastece, y del artesano que ha trabajado fiel y puntualmente para ellos, y que en recompensa se ven condenados por su injusticia á perecer de hambre? ¿Y es posible que estos hombres desprecien así á unos honestos y virtuosos ciudadanos que tan bien les han servido? El oprobio y la ignominia ¿no debieran recaer mejor y con mas justicia sobre los crueles ingratos que causan la ruina y desesperacion de un gran número de hombres, haciéndoles inútiles ó dañosos á la sociedad? Un salteador de caminos roba y mata de un golpe al infeliz que tiene la desgracia de caer en sus manos; mas el ladron que no paga el salario del pobre, causa una muerte lenta y cruel á él y á su familia entera.

Los injustos desprecios de los grandes se estienden, como hemos dicho en otra parte, hasta la primera de las artes, hasta la que es la base de la vida social: arrastrado de su locura el rico desprecia y desdeña al labrador, al cultivador, al que alimenta y mantiene á las naciones, á aquel sin cuyos trabajos no habria ni cosechas, ni ganados, ni manufacturas, ni comercio, ni artes algunas, aun las mas indispensables para la sociedad. ¿Y será posible que vosotros ¡ó ricos estúpidos, y vosotros grandes insensibles! nunca vengais en conocimiento de que á la agricultura es á quien debeis vuestras rentas, vuestras riquezas, vuestras comodidades, vuestros palacios y castillos, y ese lujo mismo cuya embriaguez os deslumbra y preocupa? Sí, ese mismo aldeano cuyos toscos vestidos y modales os cansan, ese mismo es el que cubre vuestras mesas de manjares sustanciosos y vinos delicados: de sus ovejas es la lana de vuestros vestidos: sus manos cultivan el lino de que necesitais: sin él no tendríais esos ricos encages tan preciosos y estimados de vuestra vanidad: ¡y sin embargo, teneis el atrevimiento y la injusticia de envilecerle y vituperarle!

La vida campestre y el trabajo preservan regularmente de los vicios y del contagio que infestan las ciudades: las injusticias, los duros modales y los desórdenes del rico son los que corrompen su corazon, y alteran la inocencia de sus costumbres. Los grandes se quejan frecuentemente de la malicia de los aldeanos; pero los grandes y los ricos deben buscar en sí mismos la causa. Perpétuamente desdeñado, oprimido, abrumado de todo género de vejaciones, forzosamente el aldeano ha de aborrecer á su señor, que es con él un tirano incómodo y cruel. El infeliz á quien un contínuo y penoso trabajo apenas dá para mal sustentarse, ¿podrá

ver sin dolor y sin envidia nadar á la opulencia en la abundancia y la superfluidad, y raras veces compadecerse de la miseria del pobre? En fin, la educacion tan descuidada de las gentes del campo ¿cómo ha de darles fortaleza para resistir á los impulsos, á las tentaciones, y aun á las necesidades que tan fuertemente los solicitan al mal? Los aldeanos son ladrones, cazadores furtivos y bribones, porque la opulencia los desprecia, los maltrata, y rara vez les alarga una mano benéfica.

De este modo la falta de reconocimiento, de bondad y justicia en los ricos y poderosos de la tierra, destruye y aniquila la virtud de los aldeanos y jornaleros. Estos regularmente solo conocen à sus dueños por las vejaciones que sufren en su nombre. Si los soberbios señores se dejan ver de sus vasallos, es únicamente para deprimirlos, para arruinarlos, para fatigarlos con su lujo y su vanidad, y para hacerles sufrir los ultrages de sus insolentes criados. ¿Será de admirar que con una conducta tan irritante, no hallen los ricos en las gentes del campo sino envidiosos, rebeldes, y enemigos siempre prontos á tomar venganza de los males que se les hacen?

Todo en la sociedad está unido y enlazado entre sí: si los grandes se corrigiesen, se corregirian los pequeños. Abolidas esas leyes góticas, esos privilegios injustos, esas onerosas costumbres; los unos y los otros obrarán con virtud. Una buena educacion, sobre todo, debe enseñar á los ricos, á los nobles y á los poderosos, que deben hacerse amables de sus inferiores, que deben mostrarse reconocidos á los bienes que reciben de estos, y que no pueden cumplir con sus obligaciones sino es mostrándose equitativos, humanos y benéficos.

Cuando los grandes del mundo esten imbuidos de estas máximas, dejarán entonces de menospreciar á unos ciudadanos cuya existencia es necesaría á su propia felicidad, y sin los cuales de nada gozarian. Ellos conocerán entonces lo que deben á los otros hombres. Conocerán que toda profesion de que la sociedad saca utilidades y ventajas, debe ser mas estimada que la que no produce bienes algunos apreciables. Todo les probrará que todos aquellos que de distintos modos trabajan por su comodidad y sus placeres, tienen derecho á su benevolencia y afabilidad. Todo les convencerá de que nada es mas contrario al fin de la sociedad que su orgullo y su vanidad. Por último, todo les hará ver que el vicio es solo el que deshonra y hace á los hombres despreciables, y que todo el que cumple fielmente con los deberes de su estado, es digno del respeto y consideracion de sus conciudadanos.

Cuando se conformen en sus obras á unos principios tan claramente demostrados, los nobles y opulentos encontrarán en sus inferiores prendas mas estimables, costumbres mas honestas, aficion mas sincera, y menos envidia y malignidad; en fin, lograrán de ellos el amor filial y la sumision voluntaria que no es obra del miedo. No hay hombres tan salvages que sean insensibles á la bondad. Por

una propension natural los hombres se inclinan á querer á los que estan acostumbrados á respetar. Los grandes tienen siempre la culpa de no ser amados de sus vasallos é inferiores. Si viviese cerca de estos un grande, se constituiria su padre, se haria respetar y obedecer y conseguiria su tierno amor; amor que nunca pueden conseguir ni la altaneria ni la fuerza.

Mas por desgracia hace mucho tiempo que las estravagancias y el lujo han arrastrado á las cortes y capitales á los que su estado y opulencia destinaban á ser los protectores de las gentes del campo y el apoyo de la agricultura: los vasallos llegan á ser estraños y desconocidos de sus señores; estos, deseando lucir su fausto en la corte y en las capitales, dejan vergonzosamente que perezcan los campos que su presencia haria fértiles y abundantes. La vida campestre y su pacífica uniformidad se hacen odiosas á unos hombres que viven en el elemento del vicio. El labrador carece de amigos poderosos y de consoladores en sus trabajos. El colono tiene que tratar con agentes ó administradores que, para satisfacer las necesidades y caprichos del propietario, usan de tirania y crueldad. El labrador descuida la cultura, ó la tierra se muestra escasa é infecunda al sudor que la riega: las aldeas despobladas y desiertas se transforman en tristes soledades; y por último, el señor mismo se encuentra adeudado, empobrecido y despreciado de los mismos que mas han contribuido á disipar sus bienes.

Tal es la suerte que por lo comun preparan el lujo y la vanidad á sus sectarios. En los campos es donde el noble sería verdaderamente respetable y poderoso: viviendo en sus posesiones conservaria su fortuna y sus buenas costumbres: se preservaria del aire contagioso que se respira en las cortes, y promoviendo el trabajo hallaria los únicos medios seguros de aumentar su comodidad y la de los otros; placer mas sólido y mas inocente que el del vicio, al que siguen siempre la ruina y el arrepentimiento (1). De este modo tantos ricos que solo saben destruir y disipar sin provecho suyo ni de la sociedad, serian unos ciudadanos útiles, amados de sus vasallos y dignos del mayor respeto.

Cuanto hemos dicho en esta seccion confirma claramente que la política no puede nunca sin peligro separar sus máximas y preceptos de los de la moral. Los diferentes estados de las personas no son mas que los medios diferentes de servir á la patria; la profesion mas noble es la que mas útilmente la sirve. Luego que la administracion pública se aparta de estos principios, todo cae en desorden y confusion. Un pueblo sin probidad se constituye el azote de los otros y el destructor de sí mismo. Un soberano sin justicia es la ruina de su imperio, y nunca egerce sino un poder precario. Los grandes, los nobles, los magistrados, los ministros de la religion, los ricos, etc., no pueden ser justamente

(1) La ley de Zoroastro enumera entre las mayores virtudes *sembrar con pureza las simientes y plantar árboles*. En efecto, practicar la virtud es ser útil al público; y dar al pobre trabajo es la mejor de las limosnas.

respetados sino en cuanto se manifiestan vivamente interesados en la felicidad pública. Las ciencias y las letras no merecen nuestro aprecio sino cuando ilustran la sociedad acerca de lo que la interesa. El comercio no puede florecer sin la buena fé. En fin, la agricultura, necesaria á la sociedad, exige la proteccion y el auxilio de los ricos y de los poderosos; y á la sombra de esta proteccion es el apoyo de las buenas costumbres.

¿Qué es, pues, lo que impide á los ciudadanos de las diferentes clases del estado que concurran fielmente al fin y objeto de la vida social? No otra cosa que la ignorancia, que impide que el hombre vea con claridad la estrecha union de su interés personal con el interés de todos los demás hombres. Una necia vanidad es quien, preocupando á los grandes con fútiles quimeras, les hace creer que para ser felices no necesitan de nadie: error fatal á que deben atribuirse esas disensiones, esos odios, esos desprecios recíprocos y esa separacion de intereses que vemos dolorosamente reinar en casi todas las sociedades. La vanidad, pues, de los hombres es la que la moral debe combatir para obligarlos á la union y concordia tan necesarias al poder, á la conservacion y á la felicidad de las naciones. Ningun hombre, ningun cuerpo, ningun orden del estado tiene derechó de apreciarse por sí mismo, ni puede ser apreciado sino en razon de las ventajas reales y verdaderas que proporcione á la patria.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS, DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS &c., Ó DEBERES DE LA VIDA PÚBLICA Y DE LOS DIFERENTES ESTADOS.

LA
MORAL UNIVERSAL
ó
LOS DEBERES DEL HOMBRE
FUNDADOS EN SU NATURALEZA.

POR EL BARON DE HOLBACH.

Aumentada con el interesante discurso que publicó este célebre escritor sobre el origen y estado de las preocupaciones;

SEGUIDO DEL

Código de la naturaleza.

TRADUCIDO

POR EL LITERATO D. J. J. DE MORA.

TOMO III.

MADRID,
Oficina del Establecimiento Central.
1840.

LA MORAL UNIVERSAL.

SECCION QUINTA.

DE LOS DEBERES DE LA VIDA PRIVADA.

CAPITULO PRIMERO.

DEBERES DE LOS ESPOSOS.

En la seccion precedente hemos examinado los deberes de las personas que tienen relaciones generales y directas con la sociedad, ó de aquellas cuyos cargos y facultades influyen de un modo mas ó menos sensible en todos los demas ciudadanos. En la presente vamos á examinar los deberes que resultan de las relaciones particulares ó de los vínculos mas íntimos que forman la vida privada. Principiemos por los deberes de los esposos.

Para descubrir los deberes del hombre en cada estado de la vida, basta examinar el fin que se propone en el estado que ha elegido. El matrimonio es una sociedad del hombre y la muger, en la cual los esposos tienen por fin y objeto gozar legítimamente de los placeres del amor, de los que deben resultar otras criaturas como ellos, que sean útiles á los padres de quien tienen el ser, y capaces de reemplazarlos en la sociedad algun dia,

Este es el fin que los hombres se proponen en la union conyugal, del cual nacen necesariamente los deberes propios de este estado. Los que se asocian

entre sí, se unen para proporcionarse mútuamente un bienestar, del que no gozarian si se hallasen separados; su contrato es recíprocamente obligatorio, sin que ninguno pueda obligar á otro en este caso á lo que él mismo no se obligue. Toda sociedad para ser feliz y permanente debe someterse á las reglas de la equidad; esta equidad, como hemos visto, remedia la desigualdad que la naturaleza ha establecido entre los asociados.

En todas las naciones ha sido siempre reconocido el hombre por cabeza de la sociedad conyugal, y le ha sido deferida la autoridad sobre la muger. Esta superioridad del hombre está fundada en la naturaleza, porque siendo mas robusto y fuerte, debe ser el protector y apoyo de su compañera, y estarle esta subordinada (1). La autoridad marital, lo mismo que toda autoridad en la tierra, se funda en las ventajas que el esposo puede procurar á su consorte. Si leyes injustas ó costumbres poco racionales adjudican en algunos pueblos al marido un poder ilimitado, y si este se arroga con frecuencia el derecho de egercer sobre su muger un dominio cruel, la equidad natural condena estas costumbres y estas leyes, anula estos derechos como evidentemente usurpados, y de acuerdo con la humanidad, les dice á los esposos que la autoridad deferida al hombre por la naturaleza, lejos de concederle la facultad de oprimir ó maltratar á su muger y de hacer de ella una esclava, le obliga á amarla, defenderla y custodiarla de los peligros á que la esponen su flaqueza y su debilidad (1).

Segun estos principios incontestables, vemos que la naturaleza misma ha fijado los límites de la autoridad del marido sobre su muger, y prescrito al uno y al otro las obligaciones que deben cumplir en la sociedad conyugal. La proteccion, la vigilancia, la prevision, los trabajos mas penosos son atribucion del marido, el cual debe

(1) Prescindiendo de la debilidad natural de las mugeres, estan demas de esto sujetas por la misma naturaleza á varios achaques, que pueden reputarse por verdaderas enfermedades, que las afligen á lo menos la cuarta parte del año.

(1) Los que tanto nos ensalzan la inocencia y la felicidad de la vida de los salvages, no tienen mas que leer las relaciones de los viageros, para convencerse de que sus costumbres, muy lejos de ser envidiables, son odiosas é irritantes para toda alma sensible. Los salvages, entre otras cosas, tratan á sus mugeres con una crueldad y tiranía que horroriza, condenando á estas infelices á los trabajos mas penosos, mientras que ellos viven entregados á la mayor indolencia. En la Guyana y en las orillas del Orinoco, el salvage se acuesta cuando su muger ha parido, y esta miserable tiene que asistirle y cuidarle como si él estuviese verdaderamente enfermo. Allí tambien las madres, escitadas del dolor y de la compasion, suelen dar la muerte á las hijas que dan á luz, con el fin de librarlas de las penalidades y aflicciones á que su sexo las condena. En todo el Oriente las mugeres viven en un encierro contínuo, y son tratadas como esclavas. En una palabra, en casi todos los paises las leyes, parciales siempre para el marido, le dan sobre la muger una potesdad de que comunmente abusa. Los vicios y los defectos que se reprenden en las mugeres, son debidos en gran parte á la escesiva desigualdad que las leyes establecen entre ellas y sus soberbios amos.



amar á su muger, protegerla y auxiliarla, sostener su debilidad, y no usar de ella para hacerla infeliz. Todo hombre prudente desea encontrar en su esposa una aficion habitual, fruto solo del cariño que él la muestre; en cambio de su proteccion, de su ternura y de sus desvelos, la muger debe mostrarle una justa deferencia, una tierna amistad y unas atenciones que cimienten mas y mas su union. De donde se infiere que los deberes de los esposos son recíprocos; esto es, ligan igualmente al marido y la muger, so pena de relajar ó romper los nudos de su mútua felicidad. Tal es la sancion de la ley natural, de la que ninguno puede sustraerse impunemente.

El hombre no cumple con haber dado el ser á sus hijos, sino que es preciso ademas el que, para su felicidad, los eduque de manera que lleguen á ser cooperadores de su dicha y apoyos de su vegez; el hombre necesita de la muger para criar á sus hijos, para darles su primer sustento, para enseñarlos á pronunciar con labio balbuciente el dulce nombre de padre; no conseguiria el fin que debe proponerse si, semejante á los brutos, solo tratase de satisfacer con una muger cualquiera las necesidades de la naturaleza. Todo le muestra que una muger con la que se uniese solamente por el vínculo del placer, no le tendria un firme apego, y podria igualmente entregarse á los deseos de los que la solicitasen para lo mismo que él la quiere, y que arrastrada del deleite y la sensualidad no se encargaria del penoso cuidado de criar á unos hijos cuya suerte la interesaria poco ó nada. Por otra parte, las mugeres abandonadas al primero que las solicita, ó en las cuales todos tienen iguales derechos, forzosamente han de causar quejas, contiendas, rivalidades y desafios funestos á la tranquilidad pública.

Un ser inteligente, cauto y racional no debe usar del amor como los brutos, los cuales en su propagacion no buscan mas que el satisfacer una necesidad momentánea; su union solo dura mientras sus hijuelos llegan á estado de vivir por sí mismos. Mas el hombre, además del placer que busca en el matrimonio, estiende mas allá sus miras; quiere gozar esclusivamente de las caricias de su muger, no solamente porque necesita del deleite, sino porque tambien necesita poseer una muger con quien viva una vida sosegada y dichosa, sin contar con la satisfaccion de sus deseos amorosos. Desea encontrar en su muger una amiga constante y fiel que, prescindiendo de los goces que cause á sus sentidos, sea capaz de hacerle gustar los placeres contínuos y durables de la amistad, del consuelo y de la complacencia; en una palabra, desea con ánsia estrecharse íntimamente con una criatura sensible, que despues de haber compartido con él los placeres y las penalidades de la vida, le cuide en su vegez y en sus enfermedades. El hombre no podria conseguir este fin apetecible si, cerrando los ojos á lo futuro, pensase únicamente en satisfacer sus necesidades momentáneas con una muger cualquiera. Por tanto debe desear una union estable y permanente, pro-

pia á que su espíritu descanse en la seguridad de las demas ventajas que se propone disfrutar durante todo el curso de su vida. Esta union no debe interrumpirse sino cuando los esposos se ven animados de una antipatía enteramente contraria al fin del matrimonio, el cual solo puede subsistir por toda la vida en unos esposos virtuosos y racionales, constantemente dispuestos á cumplir los deberes que su pacto les impone. La sociedad que no produce sino inquietudes y penalidades á los sócios, se suspende por la naturaleza misma de las cosas.

Segun estas reflexiones podemos juzgar sanamente de las costumbres, de las instituciones y de las leyes observadas entre las diferentes naciones relativamente al matrimonio: ellas nos prueban que la union conyugal es el mas respetable de todos los vínculos y el mas interesante tanto para los esposos como para la sociedad entera: asimismo nos hacen ver que los esposos no deben solamente proponerse el saciar sus necesidades y entregarse á la sensualidad, sino que deben ademas aspirar á otros placeres mas durables, como son los que producen la ternura, la confianza y la cordialidad. Diremos pues, que todo lo que es contrario á este fin es injusto, que las preocupaciones, que las costumbres y las leyes que se dirigen á relajar tan dulces nudos, son vituperables para todo hombre racional; diremos que los pueblos donde la corrupcion epidémica califica á la galantería, al adulterio y la desenvoltura de cosas indiferentes ó simples bagatelas, no tienen la menor idea de la santidad del matrimonio; diremos, en fin, que los legisladores y los mentidos sábios que han autorizado la poligamia, la prostitucion, la comunidad de las mugeres, han sido unos insensatos, que no han considerado que sus instituciones destruian la felicidad de los esposos, y perjudicaban á la sociedad.

Efectivamente, por mas que se ofenda el *divino* Platon, las mugeres comunes á todos no serian verdaderamente apreciadas ni queridas de nadie; ademas de que tampoco serian ni mugeres cariñosas y aficionadas, ni madres cuidadosas y tiernas; serian unas viles prostitutas y no mas. En fin, todo nos convence que un amor sin freno ni medida sería un desórden fatal que trastornaria las bases en que la sociedad se funda.

La poligamia, adoptada ó permitida en algunas naciones, es por su misma naturaleza un abuso tiránico introducido por una lujuria desenfrenada, y justamente proscrito por leyes mas sábias y naturales. Una sola muger debe bastar á las necesidades de un hombre que no sea un disoluto. ¿Puede acaso un marido compartir su corazon y sus caricias igualmente entre muchas mugeres? ¿No hará infelices y desventuradas á las que desdeñe ó desatienda? Su serrallo ó su *harem* ¿no están espuestos de contínuo á turbaciones y alborotos? Por otra parte, este tirano ¿puede ser sinceramente amado por unas cautivas, á quienes él mismo tiene aprisionadas, no mirándolas sino como unos instrumentos de su brutal placer? Los serrallos de Orien-

te solo estan llenos de esclavas sin amor, sin razon y sin virtud, cuya fidelidad consiste solamente en los cerrojos y candados que las guardan: la virtud, los sentimientos del corazon pueden únicamente hacer agradables y encantadores los nudos del matrimonio.

La sana moral no puede tampoco aprobar las máximas de aquella moral incontinente y corrompida que pretende justificar la infidelidad conyugal, ó al menos disminuir el horror que debiera inspirarnos. Si semejantes principios pueden convenir á las depravadas costumbres de algunas naciones, no por eso son menos contrarios á la naturaleza misma del matrimonio, cuya felicidad depende de la union, de la amistad y de la estimacion, mucho mas que de sus placeres pasageros. Todo nos convence que el adulterio destierra sin recurso los afectos del corazon, y que nada puede justificar un crímen que, por su esencia misma, desata y rompe lo mas sagrado del vínculo conyugal.

Bajo cualquier aspecto la infidelidad es siempre condenable. Porque un marido sea mas fuerte ¿adquiere por esto derecho para ser injusto con aquella á quien debe esclusivamente su amor y sus cuidados? Si la muger es deshonrada á los ojos del público por haber violado las leyes del pudor ¿por qué el marido, reo del mismo crímen, levanta erguida su cabeza enmedio de un público parcial é injusto, que no le mira con todo el oprobio que se merece? ¿Qué estraña jurisprudencia puede dar al marido la libertad de cometer impunemente las mismas injusticias que tiene derecho para castigar con rigor en su muger si las comete? La debilidad de una muger ¿dá á su tirano el poder esclusivo de poner su corazon en otra, y de violar la fé misma que la tiene jurada? No por cierto: las faltas de un marido, en quien ha de haber mayor fortaleza, razon y prudencia, son mas imperdonables que las de una muger, cuyo atributo es la debilidad. «Hay maridos tan injustos, »dice Plutarco, que exigen de sus mu»geres una fidelidad que ellos mismos »violan; se parecen á aquellos genera»les de ejército que huyendo cobarde»mente del enemigo, quieren que sin »embargo sus soldados sostengan su »puesto con valor.»

A la conducta injusta de los maridos, á su inconstancia, á su vida desarreglada, y á sus duros y malos modales, deben por lo comun imputarse las flaquezas de sus mugeres: sería preciso suponer en estas un valor y una grandeza de alma muy raras, para que viéndose de contínuo despreciadas, desatendidas y ultrajadas por unos feroces tiranos, no prestasen jamas oidos á los discursos de los seductores, tan rendidos, respetuosos y complacientes, como altaneros, insultantes y despegados son sus maridos. Un tirano no puede ser único dueño del corazon de una muger, porque si con las otras usa del buen humor, de las dulzuras, y del amor que solo debe á la suya propia ¿no incita y estimula á esta para que siga su egemplo? Seria menester al menos mucha mayor virtud de la que se encuentra en las naciones cor-

rompidas, para que una infeliz muger, colmada de pesadumbres y aflicciones, y anegada en lágrimas, rehusára los consuelos del que apura todos los medios para hacerla olvidar sus deberes.

En casi todos los paises vemos que la opinion pública imprime cierta vergüenza y desprecio á los maridos de las mugeres infieles. Aunque al primer aspecto este modo de pensar parezca injusto, y lo sea muy frecuentemente, y aun contrario á la humanidad, que nos prescribe el compadecernos de los desgraciados, se podria sin embargo hallar un motivo racional para escusarlo. La preocupacion que hace al marido responsable de la conducta de su muger ¿no provendrá acaso de que se ha creido que solo la negligencia, la falta de conducta, los defectos ó los vicios irritantes del marido pueden ser la causa de los disgustos y estravios de su muger, los que deberia contener con su vigilancia, con su egemplo y con su autoridad? La opinion que injustamente muchas veces deshonra al marido de una muger viciosa, procede y tiene los mismos fundamentos que la que hace á un padre responsable de los desórdenes ó delitos de su hijo: se ha creido que, á no tener un marido cualidades despreciables ó fastidiosas, una muger honesta y bien criada no se arrojaria nunca á cometer escesos que la deshonrasen.

Sea lo que fuere de esta opinion poco favorable al marido, la razon nos probará siempre que la infidelidad conyugal es un mal que la moral no puede tratar ligeramente. Lo que evidentemente hace que desaparezcan de entre los esposos la felicidad doméstica, la concordia y la ternura, es una cosa que solamente el delirio puede mirar con indiferencia. Aun suponiendo que los esposos se convengan entre sí en no inquietarse el uno al otro por sus desórdenes, siempre resultará que la confianza y la amistad serán estrañas y desconocidas á unos seres capaces de semejantes convenios. Ademas, el desarreglo de los padres y madres ¿no ha de influir del modo mas perjudicial en las costumbres de los hijos? Nacidos de padres viciosos que se desprecian ó detestan, estos hijos recibirán una educacion que los haga eternamente infelices. ¿Qué ciudadanos pueden formar para la sociedad unos esposos discordes, ó que solo están de acuerdo en sus vicios y desarreglos?

En lo general el hombre es celoso: él quiere poseer esclusivamente lo que le pertenece, y aun desea ser amado de aquellos mismos á quienes ama tibiamente. Los esposos que consienten en sus mútuas infidelidades, dan á entender bien claro que no existe en sus almas la mas pequeña chispa del cariño tan necesario á su estado, ó que una horrorosa antipatía ha destruido en ellos unos afectos tan naturales. Este odio ó indiferencia deben estenderse á sus hijos, cuando el marido teme que sean frutos de los amores impuros é ilegítimos de su muger. ¿Cómo mostraria en este caso cuidados y ternura de padre á hijos que sospecha no sean suyos?

La razon nos enseña que en la union

conyugal el marido pertenece á la muger, lo mismo que la muger al marido. Ni el uno ni el otro pueden, sin que se arriesgue su felicidad, renunciar los derechos de esta propiedad recíproca: ambos deben evitar cuidadosamente todo lo que puede alterar la armonía necesaria á su tranquilidad doméstica, la cual nada puede reemplazar en el mundo.

Segun estos principios, la galantería en una muger es una cualidad que la moral no puede disimular en manera alguna, porque es indicio de una vanidad despreciable, de un deseo de escitar las pasiones deshonestas, para de este modo egercer un despotismo, al que jamás debe aspirar una muger virtuosa. ¿No es un delito encender fuegos criminales en los corazones que no deben sentirlos? ¿No es una crueldad fomentar deseos con esperanza de unos favores, que ni se puede ni quiere concederlos? ¿No es una imprudencia y ligereza suscitar en el público, á quien se debe respetar, ó en los esposos, cuyos recelos es menester evitar, sospechas no conformes á la honestidad y al decoro?

De cualquier modo la galantería siempre es vituperable, porque se manifiesta en ella una voluntad permanente de turbar la felicidad de los otros, una ligereza reprensible en materia tan importante, una vanidad siempre condenable. Una muger que quiere agradar á todo el mundo, aun cuando su corazon se mantenga puro, tiene lastimado el juicio. Una muger verdaderamente honesta solo quiere agradar á su marido; y si es prudente evita todo lo que puede darle celos, porque sabe que su felicidad depende del buen afecto que él la tiene. La estimacion, la paz, la confianza son unas disposiciones permanentes, mucho mas necesarias á la felicidad de los esposos, que el solo amor, el cual una vez ya satisfecho, se exhala y evapora.

El amor en los dos sexos, como se ha dicho antes, es una pasion natural, escitada por el temperamento y robustecida por la imaginacion, la cual solicita mas ó menos vivamente á unirse los dos sexos, ansiosos de gozar de los placeres propios de esta union. La hermosura corporal ordinariamente produce de repente esta pasion ó este deseo. En la eleccion de esposa la belleza esterior es las mas veces la primera cualidad que fija la atencion: digna de aprecio es esta cualidad; mas como la esperiencia nos acredita que el amor es una pasion poco durable, y que el goce la hace desaparecer prontamente, la prudencia y la prevision deben dar á conocer á los que quieren unirse, que hay otras prendas mas sólidas que la hermosura, que deben buscarse con preferencia. La hermosura siempre ha sido comparada á una flor delicada, y el amor á una ligera mariposa. La muger mas bella á poco tiempo es mirada como una muger comun y regular por el marido que la adoraba. *La hermosura*, dice Sócrates, *es una tiranía de corta duracion.*

Nada es mas raro que el ver contentos y felices á los matrimonios que solo han tenido por móvil de su union la hermosura y un amor ciego. Las pasiones violentas duran poco: la impru-

dencia de los ciegos y ofuscados esposos luego les hace abusar de los placeres que hubieran debido prudentemente economizar. El matrimonio debe ser casto: *el pudor*, dice Madama Lanbert, *debe conservarse en los momentos mismos destinados á perderle*: los esposos deben respetar los sagrados vínculos que los unen, y no permitirse nunca la licencia, casi siempre seguida del rubor y del fastidio. Ademas, un marido prudente no debe fomentar en la imaginacion de su muger el ardor del deleite que seria menester apagar á costa de la virtud y del decoro. Plutarco nos enseña que los griegos tenian erigido un templo á Venus cubierta con un velo; sobre lo cual él observa que para encubrir á esta odiosa no hay sombra, no hay obscuridad y misterio que sean demasiados.

El efecto que produce la hermosura es avivar los deseos: así que, ella espone comunmente á las mugeres á seducciones y peligros. Antístenes, consultado por un jóven sobre la eleccion de esposa, le respondió: *Si la elegís muy hermosa, no la gozareis solo; si la elegís muy fea, bien pronto os fastidiareis de ella: os conviene, pues, elegirla ni muy fea ni muy hermosa.*

La bondad de corazon, las dotes y cualidades del entendimiento, la dulzura, la sensibilidad, son prendas que la razon hace preferibles tanto á la hermosura, fácil de marchitarse, como á las riquezas, incapaces de sustituir á la virtud y de causar una verdadera felicidad á los esposos, principalmente cuando ignoran el modo de usar de ellas.

La hermosura, dice un sabio antiguo, es un bien que pertenece á otro. En efecto, como dice Juvenal, es muy raro encontrar reunidas en una misma persona la honestidad y la hermosura. Las gracias esteriores y la belleza del otro, que por un efecto natural sorprenden y agradan á los ojos, impiden frecuentemente á una muger que cultive ó adquiera las dotes necesarias para la felicidad conyugal. Una muger hermosa no es la última que conoce el poder de sus hechizos: esta idea la envanece; y por lo comun está demasiado ocupada en sí misma, para que piense en la felicidad de otros: se ama esclusivamente á sí propia; toda su ambicion se dirige á egercitar su imperio: y para esto necesita del trato y obsequio de las gentes; idólatra de sí misma, quiere que todo el mundo la rinda sus adoraciones, y contínuamente se vé rodeada de enemigos, que ansiosos de complacerla, conspiran contra ella y en daño de su honor, sin que la virtud sea bastante á defenderla. Nada es mas raro que una muger hermosa que no se crea dispensada de mostrar á su marido el cariño y cuidado que su estado la prescribe: acostumbrada á dominar, raras veces se presta á la voluntad de aquel á quien debia obedecer y agradar; su imperio cesa á la presencia de su esposo; por consecuencia ella no tarda en huirle, en aborrecerle, y en preferir y entregarse á un adorador sumiso, que bien pronto la domina y esclaviza.

Así que, este imperio, que tan halagüeño y lisongero parece á la vanidad de las mugeres, no tiene solidez algu-

na, y por lo comun son despreciadas de los mismos á quienes sacrifican su honor y su quietud; mas la suerte de estas llega á ser aun mas deplorable cuando sus atractivos ajados y marchitos no las permiten ya hacer papel alguno en la sociedad; abandonadas de los que se ven libres, si antes fueron esclavos, las vemos ordinariamente entregadas á una sombría y cruel melancolía; una triste y cuitada devocion es el débil recurso de que suelen valerse para reemplazar los placeres á que estaban acostumbradas; viven olvidadas de todo el mundo, y pasan sus tristes dias llorando su imperio ya perdido. Tal es la suerte de estas imprudentes, degradadas por sus vicios. La virtud sola da derechos imprescriptibles y un poder firme é inalterable. *El reinado de la virtud es de toda la vida. Poco tiempo dura el ser bella y hermosa, y mucho el no serlo..... Las puras y sanas costumbres, un alma justa y delicada, un corazon recto y sensible, son bellezas que renacen y se conservan siempre nuevas.* Estas conquistan la ternura y amistad de todo marido sensato y prudente, y atraen en cualquiera edad la admiracion y los respetos de todos; sentimientos mas durables y lisongeros que no los requiebros y necedades con que irritan los hombres la vanidad de las mugeres.

A pesar de las opiniones reinantes en las naciones estragadas, la moral nunca dejará de repetir á los maridos que sean justos, que no abusen de su autoridad con sus esposas, ni sean opresores de un sexo, que por ser menos fuerte merece piedad y proteccion: ella les dirá de contínuo que amen á sus mugeres, y que no se avergüencen á la vista del público de manifestarlas un cariño que los hace apreciables á las personas sensatas: el voto de estas es sin duda alguna preferible al de una turba de libertinos, que no tienen idea alguna ni de la importancia ni de la santidad de los vínculos que unen á los esposos. El marido que se constituye el tirano de su muger, es un débil, un cobarde, un bárbaro, cuya ferocidad debieran castigar las leyes. Todo esposo infiel que roba á su muger el corazon á que su amor la dá derecho, es un injusto, que en el acto de no recompensar su virtud, como que en cierto modo la abre la puerta á los deseos de ser mala.

No hay vicio que no encuentre apologistas en una sociedad corrompida; no hay desorden que con la frecuencia del egemplo no intente ennoblecerse ó justificarse por lo menos. Sin embargo el egemplo del crímen nunca jamás puede autorizar el crímen. La razon nunca cesará, pues, de representar á una muger que su mayor interés consiste en consultar y merecer la ternura del que la naturaleza y las leyes hacen al árbitro de su suerte. La misma razon la aconsejará que le atraiga á sus deberes con afabilidad é indulgencia; que sufra con paciencia sus delirios, y que de este modo le obligue á sonrojarse y corregirse de sus injusticias y desprecios. La paciencia y la dulzura conservan siempre algun ascendiente y poderío sobre el vicio. ¡Qué superioridad no adquiere una muger virtuosa

sobre un hombre irracional ó malo! ¿Hay cosa mas noble, mas generosa, ni mas interesante que una muger hermosa, á quien los desarreglos de su marido no son capaces de separar del sendero de la virtud?

Una muger que con sus infidelidades se venga de los ultrages de su esposo, es ciertamente menos culpable que la que primeramente provoca su cólera y sus celos con una conducta desarreglada: sin embargo, siempre peca contra sus propios intereses, porque acrecienta la discordia, y se priva de la consideracion de un público que, á pesar de la depravacion general de las costumbres, quiere que el oro de la virtud no se desmienta en el crisol de la desdicha. La fortaleza, la grandeza de alma, son cualidades tan loables, que deseamos encontrarlas aun en el sexo mas débil. Aunque á primera vista este deseo parezca injusto, no lo es con todo eso, porque se supone que una muger bien educada debe tener firmeza cuando se trata del pudor, en el cual desde la infancia se le ha dicho que se funda su honor y buena fama, y se cree que cuando ya una vez se ha llegado á saltar esta barrera que la educacion habia fortificado cuidadosamente, no hay freno ya que baste á contener á la muger en ningun acontecimiento ni ocasion.

En efecto, si por un acaso poco comun algunas mugeres, á pesar de sus flaquezas y debilidades, conservan todavia las virtudes sociales, estas se destruyen y desaparecen en la mayor parte de las que han hollado los límites del honor. Las vemos por lo comun faltas de sencillez y franqueza, ocupadas de contínuo en seducir y engañar, haciendo un hábito de la mentira, de la traicion y de la falsedad. Nada es menos seguro que el trato de la mayor parte de las mugeres cortesanas, cuya vida es en las mas de ellas una intriga contínua y una perpétua impostura. La conducta reservada y oculta, exige una vigilancia, un manejo y unos cuidados increibles para sustraerse á la censura y á la murmuracion. Por otra parte, el gusto de la disolucion obliga á la muger que se entrega á ella á engañar á la multitud de sus necios amantes. En fin, toda muger corrompida, para tener cómplices, necesita corromper á otras personas.

A estas disposiciones peligrosas en el comercio de la vida hay que añadir la interminable série de estravagancias que arrastran de contínuo á una muger cortesana: toda ocupacion útil la parece odiosa; su casa llega á serla insoportable; ha menester del tumulto, del bullicio y de una perpétua disipacion para distraerse de los remordimientos de su conciencia y de las desazones domésticas. Sus locos dispendios se multiplican sin término ni regla; los hijos equívocos que da á su marido ni son queridos ni cuidados; estos no esperimentan jamás las caricias ó las tiernas solicitudes de una madre loca y disipada, que por otra parte es absolutamente incapaz, por sus vicios, de darles una buena y recta educacion.

Los esposos desunidos por el carácter ó por sus vicios, no pueden em-

plear en la educacion de sus hijos aquella conformidad y aquella felíz armonia de sentimientos y de preceptos, tan necesarios para que estos sean útiles y fructíferos. Si uno de los padres es virtuoso, la imprudencia, el mál humor y el egemplo del otro harán á cada paso inútiles sus lecciones. Un padre desarreglado frustra con su egemplo todos los cuidados de la madre mas tierna. Una muger vana, ligera y sin conducta, desordena y trastorna á cada instante todos los proyectos de un marido racional en beneficio de sus hijos.

Hé aquí como los desórdenes de los esposos, desterrando de entre sí la paz y la concordia, influyen ademas de un modo el mas terrible en sus hijos; estos, faltos de instrucciones y de buenos egemplos, no dejarán de imitar en otra edad los desarreglos que han visto practicar á sus padres. Tales son los efectos deplorables que producen en la sociedad los galanteos, la desenvoltura y las infidelidades, que algunos moralistas relajados han mirado con tanta indiferencia, cuando de semejantes desórdenes vemos frecuentemente resultar matrimonios infelices, fortunas disipadas, y unos desgraciados hijos, ya desde la edad mas tierna corrompidos.

Estos efectos deben atribuirse á la imprudencia con que regularmente se contraen los matrimonios. Si es un ciego amor el que los forma, este amor, embriagado y satisfecho con la hermosura, no atiende á las cualidades morales tan necesarias para hacer duraderos estos vínculos: cuando cesa la ilusion en los esposos con el goce recíproco y continuo, se muestran tales como son uno y otro, haciéndose mútuamente molestos con los defectos que á la larga llegan á serles insoportables.

Mas en las naciones entregadas al lujo y á las preocupaciones, es raras veces el amor quien preside al matrimonio; un sórdido interés, la vanidad del nacimiento y las falsas ideas de conveniencia, son las que únicamente se consultan en los enlaces. Los talentos, los buenos pensamientos, la conformidad de génios y de caractéres, la buena educacion, la dulzura, la complacencia, la prudencia y la razon no entran en los cálculos de esos hombres mercenarios, que solo se proponen combinar la opulencia con el ilustre nacimiento. ¿Qué felicidad puede resultar de este tráfico vergonzoso de la riqueza y de la vanidad? A la salida del convento, esto es, de una prision en que una jóven ha vegetado tristemente, sin consultar su inclinacion, sus inhumanos padres la trasladan á los brazos de un hombre á quien jamás ha visto, de quien ellos tampoco conocen otra cosa que el caudal y los títulos, y cuyas cualidades en manera alguna han sabido ni indagado. De este modo los esposos se hallan unidos sin conocerse; se desprecian luego que se han conocido, y acaban por lo comun odiándose y huyéndose cuanto pueden.

A estas causas, por sí solas muy poderosas para hacer del matrimonio un manantial de disgustos y de infelicidades, deben juntarse además la edad juvenil y la falta de esperiencia y de razon de los que le contraen. Una sabia legislacion ¿no debiera impedir los ma-

trimonios precoces, que unen por lo ordinario á dos niños inmaturos en el cuerpo y en el espíritu? De estos enlaces sin reflexion, ó dictados por intereses mal entendidos, no pueden esperarse sino uniones desgraciadas, desaciertos contínuos, frecuentes desórdenes, y una generacion sin vigor. Los grandes no se casan sino para perpetuar su linage; loca y neciamente ocupados en transmitir su nombre á la posteridad, ellos olvidan todo lo demás por tan vanas quimeras.

Segun esto ¿nos espantaremos de ver principalmente en las clases elevadas y ricas, tan pocos esposos felices, y tan gran número de imprudentes que pasan su vida en atormentarse sin cesar, ó en huirse de contínuo? Privados casi siempre de los consuelos y dulzuras que produce el matrimonio, vemos por lo comun á los grandes y á los ricos buscar en enormes dispendios, en costosos placeres, en disipaciones contínuas y en culpables deleites, los medios de reemplazar la paz y el bien que les niega la vida doméstica. ¡Cuántos gastos, inquietudes y agitaciones para suplir la falta de pacífica felicidad, y la serenidad contínua de que la razon y la virtud harian gozar incesantemente á los esposos unidos con los vínculos del cariño, del aprecio y de la confianza! Mas los entes inconsiderados no tienen ni aun idea de estas ventajas inapreciables; estas solamente se esperimentan por los racionales que conocen todo su precio y valor.

¿Puede darse un mayor trastorno de ideas como la opinion depravada que en las clases distinguidas hace que los esposos se avergüencen de manifestarse la ternura que por su estado se deben el uno al otro? ¿Hay cosa mas insensata que una corrupcion capaz de sofocar en los corazones los afectos mas esenciales, mas legítimos y mas dignos de manifestarse al público? Los que se comportan en el mundo con semejantes irregularidades y caprichos ¿no deberian ser colmados de ignominia y de oprobio?

La ignorancia y las preocupaciones son el origen de los males que turban de contínuo la felicidad pública y particular. ¿Qué diremos de la loca vanidad de esos hombres ricos de poco acá que tienen la mania de hacer contraer á sus hijos enlaces con los de familias ilustres, de quienes la suya y ellos mismos no reciben despues sino desprecios é insultos? Los nobles y los grandes no se consideran unidos con los vínculos de la sangre á los que son inferiores á ellos en nacimiento; orgullosos y vanos en el seno mismo de la miseria, se imaginan que la riqueza debe darse por muy dichosa con el honor de su alianza.

La esperiencia mas reiterada no puede curar á los hombres embriagados de sus preocupaciones: todo conspira á mantenerlos en ellas: todo contribuye á persuadirlos que el dinero y el poder son los únicos bienes apetecibles, no siendo mas que medios de lograr el bienestar con el buen uso que de ellos hace la virtud. La educacion de los ricos y de los grandes no los ilustra lo que han menester para ser felices; los hace comunmente avaros y orgullosos, mas no sensibles y racionales.

En adelante hablaremos con mas oportunidad de la educacion que se da al sexo que la naturaleza ha formado para la felicidad del nuestro. Veremos que lejos de cultivar y adornar su delicado entendimiento, su viva imaginacion, el corazon sensible que esta naturaleza concede á las mugeres; lejos de inspirarles ideas, pensamientos é inclinaciones que contribuirian á su verdadera felicidad y á la de los esposos que la suerte les destine, sólo parece que la educacion se propone hacer de ellas unos entes totalmente incapaces de pensar en su dicha y en la de su familia.

En las naciones depravadas por el lujo y la ociosidad, la muger de un cierto órden se halla siempre ociosa; ella se creeria envilecida y degradada, si se encargase del menor cuidado de su casa; para vivir ocupada, no tiene otro recurso que los divertimientos contínuos, dirigidos todos á distraerla de sus obligaciones: estos consisten en un juego habitual y ruinoso, en los bailes donde la vanidad desplega todos los recursos de la coquetería, y en espectáculos donde todo respira la sensualidad y escita á las mugeres á menospreciar las virtudes que las hacen amadas de sus esposos: en fin, estos pasatiempos consisten en la lectura de cuentos y novelas, cuyo objeto es avivar incesantemente la imaginacion, y fomentar los deseos que condena la virtud.

¿Cómo ha de formar una conducta semejante esposas virtuosas, atentas y ansiosas de agradar á sus maridos? Las mugeres, cuya cabeza está llena de fruslerías, de imágenes torpes, de diversiones perniciosas ¿serán nunca unas esposas recogidas, unas madres prudentes y económicas, unas amigas constantes y sinceras capaces de consolar y aconsejar á sus maridos cuando su sola presencia las espanta y las molesta? Unos seres consagrados noche y dia al juego, á la sensualidad, á la disipacion y á la coquetería ¿tendrán de sus hijos el cuidado y la vigilancia que su estado les impone? En fin, unos seres enemigos de toda reflexion ¿se tomarán el trabajo de atender á la obra séria y contínua de su propia felicidad, íntimamente enlazada con la de cuantos les rodean?

Gracias al poco cuidado que se pone en la instruccion de los ricos y de los grandes, en vez de ser unos maridos tiernos, humanos y sensibles, son ordinariamente unos indignos déspotas, despreciados y aborrecidos de sus mugeres, á las que bajo las mas aparentes y bellas esterioridades de decencia, tratan regularmente en secreto como á esclavas, sobre quienes, se figuran que tienen derecho de egercer impunemente su injusticia, sus genialidades y sus caprichos. Los padres, guiados de la avaricia ó de sus indignas preocupaciones, entregan á estos viles tiranos las víctimas á quienes la ley rigorosa obliga en casi todos los paises á gemir sin consuelo ni esperanza todo el curso de su vida. En los matrimonios, como se ha visto, no se consulta sino la ambicion, el orgullo y la codicia, condecoradas con el nombre de conveniencia. Asi los matrimonios desgraciados y mal avenidos se componen de dos enemigos

que se contradicen y fastidian; que suspiran tras el dia que rompa sus cadenas, ó que cuando no llegan á este esceso, viven en una completa indiferencia; sus intereses nada tienen de comunes, y de ningun modo procuran ni trabajan en su recíproca felicidad, como ni tampoco en la de unos hijos á quienes han dado la existencia para no pensar en ellos jamás.

Nada puede suplir en el matrimonio la union de los corazones y aquella feliz concordia tan necesaria al bienestar de los esposos. La mayor riqueza es siempre insuficiente para ocurrir á los gastos, á los pasatiempos y á los inumerables caprichos con que se procura reemplazar el contento sólido que debiera encontrarse en sus propios hogares. Un marido poco aficionado á su muger, y entregado á la disipacion, al juego y al libertinage, la rehusa por lo comun hasta lo mas preciso. Por su parte, una muger descabezada y gastadora, detesta y se irrita de contínuo contra la economía y el arreglo que su prudente marido opone á sus insaciables deseos, y le mira como el enemigo de su felicidad.

Por lo que hace al hombre nacido en la plebe, como que este, falto de cultura, conserva casi siempre unas costumbres salvages y no es capaz de refrenar sus pasiones, mira á su muger como á una víctima destinada á sufrir sus violencias.

Las leyes, en casi todos los paises guiadas por las bárbaras preocupaciones, no conceden á los esposos medios ningunos para disolver los matrimonios mal avenidos; estos se ven condenados á sufrir y arrastrar por toda su vida las cadenas que los oprimen; la muger sobre todo, no puede sustraerse en manera alguna de la tiranía doméstica de un marido que la hace padecer en secreto el horrible y formidable peso de su autoridad: por otra parte, este se ve precisado á vivir por fuerza con una muger que incesantemente le deshonra, y cuyo corrompido corazon arde en una llama adúltera. Si los esposos quieren apartar de sí los objetos que los afligen, les es necesario revelar sus desgracias al público, haciendo que resuenen sin pudor en los tribunales las quejas y los pormenores escandalosos de sus infortunios privados.

Se nos dirá quizá que las leyes no deben fomentar y patrocinar la inconstancia de los hombres; que los vínculos del matrimonio son respetables y sagrados; que no pueden romperse sin perjuicio de la sociedad; y en fin, se nos dirá que la suerte de los hijos quedaria incierta, si les fuese permitido á los padres separarse á su arbitrio. Mas nosotros responderemos á estas especiosas objeciones, que los hombres, á pesar de su inconstancia, están fuertemente contenidos por la fuerza y los vínculos del hábito, por la decencia pública, con el temor de los obstáculos y del vilipendio y con la complicacion de sus relaciones y negocios; de suerte que no es de creer ni de esperar que unos esposos de mucho tiempo hace unidos, se separen con ligereza. Roma, donde el divorcio era permitido, no nos ofrece en quinientos años mas que un solo egemplo de él. Los divorcios no se hicieron fre-

cuentes en ella hasta que el lujo hubo corrompido enteramente las costumbres. Los esposos racionales y prudentes se sobrellevarán recíprocamente, y no tratarán de separarse; pero es útil que dos entes destituidos de razon se alejen y separen; los hijos criados entre disensiones domésticas, no pueden menos de ser infelices y desatendidos; y deben forzosamente pervertirse, en vez de ser unos ciudadanos útiles á la patria. Los esposos pobres y miserables, ó de una mediana fortuna, no pensarán en separarse; y los divorcios solo tendrian lugar entre los ricos, á quienes su estado les permite proveer y asistir á los hijos nacidos de la union que quisiesen romper.

Nada es mas respetable y santo que la union conyugal, cuando los esposos llenan fielmente el objeto que en ella deben proponerse; entonces, de la observancia recíproca de las obligaciones que impone, resulta un bien real y verdadero á los esposos, á sus hijos y á la sociedad entera. Si el amor ha formado estos tan dulces nudos, el aprecio, la ternura y la concordia los estrechan y aprietan á cada momento, é impiden que jamás los rompa la inconstancia. Esta nace del vicio agitado y mal contento: la virtud, siempre tranquila y moderada, hace mas fuertes los vínculos de los esposos, y los enseña que deben mostrarse en todo caso una indulgencia recíproca; la razon les dicta que destinados á vivir juntos, la familiaridad entre ellos no debe de modo alguno escluir las atenciones, la urbanidad y los cuidados tan á propósito para escitar y cimentar su afecto; y asi ellos evitarán todo lo que puede disminuir ó ser contrario á su estimacion y cariño. El mundo está lleno de esposos que solo parece que reservan sus atenciones y complacencias para los estraños y desconocidos, y que miran á sus mugeres y á sus hijos como unos esclavos condenados á sufrir de contínuo su brutalidad y su mal genio: estos insensatos no ven que en su propia casa es donde se necesita establecer el reposo y la felicidad. El trato íntimo no dispensa en manera alguna á los esposos de que se muestren buenos procedimientos, complacencia y consideracion: por el contrario, la frecuentacion contínua hace mas necesaria esta delicadeza por lo mismo que se están viendo incesantemente. La razon prescribe al marido que temple su imperio con la ternura; y á la muger la recomienda sumision y paciencia; ceder para esta, es vencer y triunfar: la dulzura es el arma mas fuerte que se puede oponer á las pasiones de un marido, á quien la contradiccion solo irritaria mas y le haria intratable. ¿Qué corazon habrá tan cruel y feroz á quien no desarmen la paciencia y las lágrimas interesantes de una muger dulce, amable y virtuosa?

Por desatender estas reglas importantes, vemos á menudo suceder en los matrimonios los disgustos recíprocos al mas vivo amor. Una prudente y mesurada conducta es sobre todo necesaria en una asociacion que debe durar toda la vida; los respetos y la complacencia no son incómodos ni molestos, cuando es bien claro y evidente el interés que hay en agradarse

incesantemente; la atencion sobre sí mismo y el cuidado de evitar todo lo que puede alterar la armonía ó resfriar el buen afecto, llegan á ser fáciles siempre que nos habituamos á ello; por un abuso demasiado comun, la familiaridad de los esposos es causa de que no se respeten cuando sería necesario: la muger casquivana quiere agradar á todo el mundo menos á su marido.

No hay felicidad comparable á la de los esposos sincera y estrechamente unidos con los vínculos del amor, de la fidelidad y de la sencilla y pura amistad, en quienes estos afectos, sucediendose alternativamente, se varian sin agotarse nunca. ¡Qué espectáculo mas halagüeño y encantador que el de un esposo ocupado en la felicidad de una muger amada, de la que no se aparta sin sentimiento, y á la que vuelve à ver siempre con un nuevo placer! ¿Hay una felicidad mayor para estos dichosos esposos, que la de leer cada uno en los ojos del otro el deseo contínuo de su bien y su contento recíproco? Su propia casa tiene para ellos un hechizo que en vano buscarian fuera de ella, ó en el tumulto de los placeres. La soledad de un desierto nada tiene de penoso para dos personas que cifran en sí mismas cuanto pudieran desear, y que encuentran uno en otro las delicias de la conversacion, y las dulzuras de la amistad. ¿Hay una alegria mas pura' para ellos que la de verse rodeados de unos hijos que, formados á espensas de su comun cuidado, serán sabios y virtuosos, y servirán un dia de consuelo y de apoyo á su vegez?

De la union de los esposos dependen ciertamente las virtudes de su descendencia. Un padre vicioso y tirano no puede formar sino esclavos llenos de vicios. Una madre frívola, enamorada y gastadora no sabrá educar hijas prudentes, modestas y recatadas: una madre de familia incapaz de vivir ocupada, falta de prevision y de economía, no puede criar sino hijos que llevarán consigo desórdenes y vicios á las casas en que presidirán un dia. A la estravagancia y á la depravacion de tantos malos matrimonios deben atribuirse los males que afligen á las naciones enteras.

A esta misma corrupcion debe tambien atribuirse la multitud de solteros que se encuentran principalmente en los paises donde el lujo y la disolucion han fijado su domicilio. Los hombres corrompidos y dominados de la sensualidad, huyen de unos vínculos molestos para la inconstancia; porque encuentran en la corrupcion general medios de satisfacer las exigencias de su temperamento, sin necesidad de cargarse con las molestias de una casa; ademas de que ellos miran á las mugeres como un bien comun, ó al menos como una conquista tan fácil de conseguir como de emprender. Los desórdenes ó la facilidad de las mugeres deben necesariamente multiplicar el número de los cortejos y de los célibes.

Por otro lado, los hombres mas sensatos temen tambien unos vínculos capaces de hacerlos infelices por toda su vida. La mala educacion de las mugeres, su pasion desenfrenada al fausto y los placeres, y lo raros que son

los buenos matrimonios, son razones muy poderosas que hacen preferir el celibato á unos nudos en que es tan dificil encontrar felicidad y sosiego. La mayor opulencia apenas basta en un pais de lujo para satisfacer las necesidades creadas por este lujo caprichoso. El hombre teme empobrecerse luego que tiene hijos.

Sin embargo, ello es cierto que el célibe se priva de las muchas ventajas que la union conyugal puede producir. Un viejo solteron es un ente solitario que en su vegez y en sus enfermedades se halla por lo comun abandonado y entregado á la rapacidad de sus criados; no esperimenta en sus penalidades los cuidados y vigilancia de su muger y de sus hijos; pena y se consume en su vegez, rodeado de parientes colaterales que suspiran por su herencia.

Muchos moralistas han declamado contra el celibato, mirándole como un manantial de corrupcion: los legisladores han querido castigarle como contrario á la poblacion; pero ni unos ni otros han conocido que el celibato, cada vez mayor, era efecto de la corrupcion pública, autorizada ó tolerada por los malos gobiernos ó las instituciones viciosas. En vano Augusto publicó leyes contra los célibes, mirándolos como unos conjurados que maquinaban la pérdida del imperio. Arrancando de raiz el lujo, reformando las costumbres, y gobernando á las naciones segun las reglas de la equidad, es como se puede estimular á los hombres á multiplicarse. El despotismo, el lujo y el desprecio de las buenas costumbres, son calamidades que reunidas aceleran la ruina de un estado. Un mal gobierno destruye y aniquila hasta las generaciones futuras, y forma de los hombres unos esclavos infelices é inciertos de su suerte, que viven al acaso, y no pueden pensar en multiplicarse sin riesgos y temores; los hijos no harian mas que acrecentar sus necesidades presentes y sus inquietudes con relacion á lo futuro. La poblacion se aminora bajo un gobierno que solo hace infelices, y en las naciones donde el vicio levanta erguida la cabeza.

Reprimiendo el lujo, corrigiendo las costumbres, castigando el adulterio y la prostitucion pública, un legislador virtuoso logrará disminuir el número de los célibes, y hacer los matrimonios mas felices y capaces de formar ciudadanos para el estado. Sentimos y nos quejamos de los efectos, y no recurrimos á sus causas; bajo un mal gobierno y unos príncipes sin virtud y sin vigilancia, la masa entera de la sociedad necesariamente se corrompe y disuelve.

La política y la moral se interesan igualmente en deprimir y evitar el celibato. El matrimonio une al hombre mas íntimamente á su pais y á la sociedad, estimulándole al trabajo; el padre de familia es semejante á un árbol robusto, que se agarra y arraiga en la tierra con muchas y profundas raices. El efecto del celibato, por el contrario, es disolver y aniquilar el interés público, reconcentrar al hombre en sí mismo, hacerle un egoista é inspirarle una profunda indiferencia por los demás. El célibe vive el dia

presente, y piensa poco en el de mañana: en una palabra, el soltero por lo comun es duro é insociable, porque su corazon no llega á enternecerse y penetrarse de los multiplicados afectos que causan los tiernos nombres de esposo y padre.

CAPITULO II.

DEBERES DE LOS PADRES, DE LAS MADRES Y DE LOS HIJOS.

El principal objeto del matrimonio es procrear hijos que lleguen á ser algun dia miembros útiles á la sociedad y consoladores y apoyos de sus padres. El amor de los padres y las madres á sus hijos es un afecto que se halla aun en los brutos mas indómitos y fieros, á los cuales los vemos animados de la mas tierna solicitud por sus hijuelos: este afecto debe ser mas vivo todavia en el hombre, que ve en su descendencia á los cooperadores de sus trabajos, unos amigos unidos con él por la conformidad de intereses, y á los apoyos de su vegez. Un padre espera que los hijos de quienes cuida ahora, le recompensarán algun dia sus cuidados y afanes; en vez de que los brutos aman y cuidan á otros brutos incapaces de reconocimiento, que los abandonarán al punto que sus fuerzas les permitan vivir sin agenos socorros. De donde se infiere que los padres tienen menos afectos ó instinto que los brutos si, habiendo dado el ser á sus hijos, descuidan ocuparse en su bienestar.

La existencia no es un bien si no es feliz; la vida sería un don fatal si fuese de continuo miserable. No es, pues, por haber recibido la vida de los padres por lo que un hijo les debe su reconocimiento; esta vida puede ser solo efecto del placer sensual, ó de un ciego apetito que únicamente se proponga el ser saciado y satisfecho; la ternura, la piedad filial, la gratitud de un hijo, se fundan en el cuidado y desvelo de sus padres por su felicidad.

La autoridad paternal, fundada en la naturaleza y en las necesidades del hombre débil en su infancia, es muy justa porque tiene por objeto la conservacion y la felicidad de quien, sin los socorros contínuos de sus padres, se hallaria espuesto á perecer á cada instante, y que por sí solo no podria librarse de los peligros que le rodean. El hombre al nacer, siendo de todos los animales el mas incapaz de defenderse y de procurar su sustento, se halla pendiente y necesitado de aquellos que al darle la vida se obligaron á conservársela, y á suministrarle los medios de satisfacer sus necesidades.

El infante, viniendo al mundo, se encuentra en sociedad con su padre y con su madre, de quienes, sin saberlo, recibe por mucho tiempo socorros y servicios gratuitos. Mucho despues llega á conocer las obligaciones que ha contraido con ellos, el reconocimien-

to que les debe, y el modo con que ha de pagarlos: y su razon, cuanto con los años se aumenta, le muestra la necesidad de llenar sus deberes ó de satisfacer sus deudas. La opinion pública, el temor de la ignominia, las nociones de la virtud y el hábito de obedecer á sus padres, le indican y hacen fácil la conducta que está obligado á seguir, y confirman en él los afectos que debe á los que piadosos y benéficos se han ocupado constantemente en hacerle feliz. De este modo todo conspira á grabar en los corazones la *piedad filial*; esto es, aquella ternura obediente, tímida y respetuosa que los hijos bien educados se reconocen en obligacion de mostrar á sus padres, á cuyo amor nunca pueden mostrarse demasiadamente agradecidos. En fin, los hijos deben pensar que llegarán á ser padres algun dia, y que para adquirir derechos al cariño y reconocimiento de su descendencia, deben manifestar estos mismos afectos á los autores de su ser. *Espera de tu hijo*, dice Thales, *lo mismo que has hecho con tu padre*.

La ternura paternal ó el amor de los padres á sus hijos, está fundado ademas en motivos justos y racionales, y no, como se ha creido vulgarmente, en una pretendida *fuerza de la sangre*, ó en una simpatía oculta que la ignorancia ha inventado á su antojo: este amor tiene por base la esperanza de encontrar algun dia en los hijos, quienes conociendo los desvelos y socorros que han recibido de ellos, les acrediten en retorno una respetuosa aficion, un celo á toda prueba, y unos cuidados ardientes y contínuos. Por otra parte, el amor propio de un padre se gloría de haber producido, por decirlo así, otro *él mismo*, y de haber dado la existencia á una criatura que perpetuará su nombre, que renovará su memoría, y que le representará en la sociedad. Esta es evidentemente la causa de las pesadumbres que padecen los grandes de la tierra cuando no logran sucesion; porque temen que sin ella quedan sus nombres olvidados, así como se imaginan perpetuar su propia existencia é inmortalizarse dejando hijos á su muerte. De este modo la imaginacion de los hombres, anticipando lo futuro, les hace gozar de antemano y tener presente lo que pasará en el mundo cuando ellos no sean ya mas que polvo y nada.

En fuerza de esto, los padres forman frecuentemente proyectos para sus descendientes, establecen los fundamentos de su grandeza, tratan de su fortuna, arreglan su suerte y destino por medio de sus testamentos, y á veces hacen unos sacrificios reales y penosos á la idea de la felicidad de su generacion, sin embargo que saben que ellos no la presenciarán. Todo hombre se figura ver hoy lo que pasará despues de su muerte; la imaginacion llega á veces á crearnos quimeras, en las que nos fijamos aun mas que en las realidades; mas las que produce la ternura paternal son útiles á la sociedad, pues que por ellas un buen padre se priva de mil goces y placeres, con la idea de que los disfruten unos hijos que todavia no existen. ¿Qué vendrian á ser las familias si el espíritu de cada ciudadano se encerrase en los límites de su existencia pre-

sente, sin pensar nunca en lo futuro? Los padres sin prevision, ó que para satisfacer sus pasiones y placeres descuidan lo que deben á su descendencia, son justamente vituperados de sus contemporáneos. El hombre que solo piensa en sí y para sí, es mirado como un mal padre y un mal ciudadano.

Sin embargo, es preciso convenir en que el cuidado de lo futuro, cierto ó figurado, hace muchas veces á los padres injustos y crueles con sus híjos. Un padre avaro no quiere desprenderse de nada mientras vive; y bajo el pretesto del mayor bien de sus hijos á quienes dejará sus tesoros, les rehusa frecuentemente hasta lo mas preciso. El avaro solo es bueno despues de muerto, mas en vida es aborrecido. Un padre de talento, prudente y próbido se abstiene de entregar su fortuna á una juventud ardiente y fogosa, que desconoce casi siempre las reglas de una sábia economía; además de que sabe que sería imprudencia desprenderse enteramente de todo, y constituirse en dependencia de los que justamente deben depender de él; pero si ama verdaderamente á sus hijos, un padre en cuanto puede los pone en estado de ser felices durante su vida, porque él mismo goza entonces del placer que les causa.

La moral en todos tiempos ha sido oscurecida con ideas falsas y nociones vagas, confusas y destituidas de esperiencia: la ternura paternal y la piedad filial se han considerado como unos afectos *innatos* que los hombres sacaban al nacer, y que eran inherentes á la sangre. Pero la mas ligera reflexion hubiera debido desengañar à los hombres de esta preocupacion tan lisongera. Un padre se ama à sí propio en su hijo, y ama á un ser de quien espera contento, placer y socorros. Un hijo bien educado ama á su padre porque ve en él á su mayor y mas seguro amigo, al autor de su bienestar, y el origen de su felicidad. Estos afectos de parte de ambos se hacen habituales, y pasan entonces por efectos del *instinto* ó de la naturaleza. Mas sin embargo, estos afectos no se encuentran en las naciones corrompidas y en las familias mal reguladas.

En vano sería esperar de la naturaleza, del instinto ó de la fuerza de la sangre, unos afectos que los desvelos y la ternura de los padres no hubiesen sembrado y cultivado en los corazones de los hijos. No basta el ser padre para escitar en ellos el cariño y la recompensa que el derecho de padre debe prometerse y esperar. Para ser amado es menester hacerse amable; esta es una ley de la que no puede eximirse hombre alguno. La existencia como acabamos de decir, no es un bien por sí sola, sino por las ventajas que trae consigo. Los padres han recibido de la naturaleza una autoridad legítima sobre sus hijos; mas ninguna autoridad sobre la tierra da el derecho de dañar ó de hacer infelices y desgraciados: toda dependencia, toda sumision no puede tener otro motivo que el bien que resulta de la autoridad que manda: el título de padre no puede dispensar de esta ley natural y primitiva. Un padre que abusa de su poder, que no muestra ni amor ni cuidados á sus hijos, que por

el contrario egerce sobre ellos un imperio injusto, que se opone á su felicidad, que descuida y desatiende el proporcionarles todo el bienestar y la dicha posibles, se hace indigno del nombre de padre, y no debe prometerse encontrar en sus hijos afectos de un sincero amor, precio solo de la bondad y del cariño. La piedad filial no puede fundarse sino en la ternura paternal; estos sentimientos naturales desaparecen luego que carecen de apoyo porque la ley de la naturalera quiere que el hombre solamente ame y se incline á lo que contribuye á su felicidad, á la que su naturaleza la dirige incesantemente.

¿Cuántos padres vemos transformados en tiranos, que no miran á sus hijos sino como á unos esclavos destinados por la naturaleza á sujetarse en todo y por todo á sus despóticos caprichos? Estos insensatos se imaginan que por haber dado la vida á unos hijos á quienes deben amar, han adquirido el derecho de hacer de ellos unos juguetes de su mal humor y de sus ridículas arbitrariedades. El nombre de padre, que encierra la idea de cariño y del mas tierno interés ¿debe acaso ofrecer à los hijos la idea de un amo tiránico y cruel, de cuyos golpes y malos tratamientos no tengan derecho á defenderse? ¿Puédeseles dar el nombre de padres á esos ambiciosos, injustos con sus hijos, que los sacrifican cruelmente á la fortuna de un primogénito, so color de que se encarga de mantener en el mundo el esplendor de su familia? ¿Hay una barbaridad mas feroz que la de esos indignos padres que, para mejor dotar á una hija seducen y fuerzan á su hermana á que ella misma se condene á una prision perpétua, que dia y noche regará por toda la vida con sus lágrimas? Los hombres de este horrible y afrentoso carácter no pueden llamarse padres, ni merecen el título de hombres; las leyes debieran sustraer á sus desventurados hijos de una autoridad de que abusan tan detestablemente.

En el establecimiento de los hijos es en lo que ostentan toda su crueldad los padres injustos: guiados comunmente de una sórdida avaricia, ó de una loca vanidad, nunca los vemos consultar para nada las inclinaciones de sus hijos. En el capítulo anterior hemos observado las deplorables consecuencias de los matrimonios que solo forma el interés, del cual son víctimas lo mismos esposos; mas donde se ve sobresalir la dureza de los padres, es cuando sus hijos, casualmente seducidos del amor, tienen la desgracia de contraer un enlace contra su voluntad; entonces implacables estos padres, rara vez perdonan el menosprecio de su autoridad; en lugar de tranquilizarse con el tiempo, y de olvidar unas faltas ya irremediables, los vemos con frecuencia llevar su horrible venganza mas allá del sepulcro y por medio de inhumanas desheredaciones sacrificar su propia sangre á la desesperacion y á la miseria.

¿Deberá cerrarse para siempre á la piedad el corazon de un padre? Sólo el vicio incorregible, ó el crímen inveterado, pueden autorizar la parcialidad con sus hijos; si es el autor de

sus dias, debe hacerlos á todos felices. Como juez de su familia debe ser justo, recto é imparcial. La deformidad corporal ¿es acaso una razon para aborrecer á un hijo que por lo mismo es objeto digno de compasion? ¿Qué corazones tendrán algunos padres, que porque un hijo es desgraciado se complacen en hacerle sentir todavía mas el peso de su miseria? Un hijo contrahecho ó imperfecto merece lástima, y por lo mismo su talento debe ser cultivado con mas esmero y cuidado, para reparar la desgracia ó el capricho de su suerte.

Y ¿qué diremos de la debilidad de aquellos que solo ven en sus hijos unos herederos de sus bienes, cuya importuna presencia les recuerda de contínuo que han de morir? Mas estos hombres que tanto temen la muerte, ¿dejarian de morirse si no tuvieran hijos ó herederos? *Los hombres*, dice Homero, *se suceden unos á otros como las hojas en los árboles.*

La avaricia y la prodigalidad tanto una como otra ahogan en las almas los afectos del amor paternal. En las naciones corrompidas con el lujo, con la vanidad, con el deseo de lucir y ostentar, y sobre todo con el contagio del vicio ¿puede darse el nombre respetable de padre á hombres frívolos, disipados y corrompidos, que todo lo prodigan á sus vergonzosos placeres, y que ocupados en satisfacer sus estravagantes ó criminales caprichos, nada hacen por sus hijos, que miran como una pesada carga? Estos ciegos, à quienes desórdenes y locuras hacen enemigos de su propia sangre ¿se lisongean por ventura que malgastando sus riquezas con los estraños, los desconocidos, los parásitos y las malas mugeres, se grangearán en ellos unos amigos mas verdaderos y constantes que en sus propios hijos á quienes la naturaleza los une con unos vínculos tan sagrados? Unas personas estrañas y desconocidas ¿vendrán por fortuna en su vegez ó en sus enfermedades á consolar y asistir á estos padres, que no han procurado cultivar unos amigos tiernos y domésticos en sus hijos? Pero la vanidad y el lujo sofocan de tal modo en los corazones los afectos mas naturales con la muger propia, los hijos y los parientes de un libertino, que estos están á mayor distancia de su corazon que los desconocidos, los aduladores y las mugeres corrompidas, que jamás les servirán de nada.

En vista de una conducta tan cruel y tan contraria al cariño paternal, no debemos admirarnos de que el amor de los hijos á sus padres sea tan raro, ni de que en muchas naciones parezca un fenómeno. Los padres malos y crueles egercen una autoridad irritante sobre unos infelices y desventurados que por lo comun solo ven en los autores de sus dias unos tiranos á quienes el decoro les obliga á ocultar su odio; ó unos hombres despreciables que con su vida ponen largos obstáculos á los placeres y desórdenes que estos hijos querrian imitar. Los padres viciosos comunican sus vicios á los hijos, haciéndoles desear con ardor é impaciencia el tiempo en que pueden libremente entregarse á los mismos desar-

reglos que han visto practicar: los padres insensibles y crueles ¿podràn prometerse de sus hijos los afectos que ellos no les han inspirado ó que han sofocado en sus corazones?

Los malos padres no sufren el que sus hijos los imiten. *Los que reprenden á sus hijos*, dice Plutarco, *por las faltas que ellos mismos cometen, no ven sin duda que en las personas de sus hijos se condenan á sí propios.* En efecto, los hijos consideran como bueno todo lo que ven practicar á sus padres, y los quieren imitar á pesar de sus prohibiciones y mandatos. Jamás se les persuadirá que no se encuentra placer en las acciones que ven egecutar á sus padres ó á sus maestros; las prohibiciones y preceptos no hacen entonces sino irritar su curiosidad, y hacerles desear el tiempo en que puedan practicar sin estorvos los egemplos que han recibido en casa de sus padres. Por esto dice con mucha razon Juvenal, *que se debe mucho respeto á la infancia.* No egecutando delante de los hijos sino cosas laudables, es como se los hace virtuosos; y no alabando en su presencia sino las acciones verdaderamente apreciables, es como se les inspira el gusto de lo bueno y de lo bello.

El que quiere merecer el nombre de padre, y gozar de las prerogativas propias de este título respetable, debe llenar con esmero las obligaciones de su estado. Un buen pabre amá á sus hijos, y procura grangearse su cariño y amistad; desea complacerlos; teme perder su ternura y sofocar su reconocimiento con injustos y crueles rigores; se arma de paciencia, porque sabe que una edad privada de razon y de esperiencia es mas digna de piedad y de indulgencia que de ira y de castigo; no condena en su hijo los placeres y los juegos inocentes, que serian intempestivos y ridículos en la edad de un padre; y solo sí le reprende y condena aquellos placeres peligrosos que corromperian su corazon y su entendimiento. Los hijos, sin juicio todavia, miran quizá estos obstáculos como una tirania, y su falta de razon y esperiencia los indignará contra un yugo incómodo á sus ciegos deseos; mas llegados á la edad de la madurez y de la reflexion, algun dia sin duda agradecerán la justa inflexibilidad que se oponia con prudencia á sus antojos y locuras.

No es, pues, una ciega indulgencia, y por lo tanto cruel y peligrosa la que constituye la verdadera bondad de un padre, sino una indulgencia prudente y racional. Los padres demasiado faciles no son buenos, sino débiles; esta debilidad, que los ciega para no ver los vicios de sus hijos, hace de estos unos seres incómodos y dañosos tanto á los mismos padres como á la sociedad. Un buen padre es aquel que, siendo indulgente con las faltas inseparables de una edad sin juicio y sin prudencia, se arma de su autoridad, y emplea, si es menester, el rigor del castigo para reprimir las disposiciones criminales del corazon, para domar las pasiones insociables, y para contener y corregir las inclinaciones que, hechas habituales, harian algun dia á su hijo odioso en

el mundo, y por lo mismo mísero é infeliz.

Mas el rigor injusto y fuera de tiempo solo hace esclavos cobardes ó rebeldes. Todo padre, guiado de la razon, debe mostrársela á sus hijos, y obligarles á conocer que si se repugna y resiste á sus deseos es con justicia. Un gobierno arbitrario ó tiránico produce proporcionalmente en las familias los mismos inconvenientes y perjuicios que en las grandes sociedades: un padre de familia que quiere reinar despóticamente sobre los suyos, y gobernarlos con terror, jamás logrará el afecto de sus súbditos. Los padres tienen la locura de exigir que sus hijos, en una tierna edad, tengan las mismas ideas, las mismas inclinaciones y los mismos gustos que ellos. Mas debe ser bastante raro que los hijos tengan las inclinaciones de sus padres, porque estos regularmente, haciéndoles sufrir mucho y padecer para inspirarles sus mismas ideas, no hacen en realidad sino disgustarlos y hacérselas odiosas.

¡Qué cosa mas ridícula que el vano orgullo de aquellos padres que se hacen inaccesibles á sus hijos, que siempre les muestran un rostro airado y severo, y que jamás los estrechan en su seno! El buen padre vive enmedio de sus hijos, y se presta á sus juegos inocentes; les hace contraer la costumbre de vivir con él en justa confianza; recompensa con sus tiernas caricias los esfuerzos que hacen por complacerle; sabe que su ternura es el móvil mas poderoso para escitar al bien á unos espiritus flexibles, á quienes una severidad habitual haria duros y rebeldes; no teme que una familiaridad prudente y circunspecta le haga perder sus derechos ó su autoridad; conoce que esta nunca es mas segura y mas fielmente obedecida que cuando es justa y fundada en el amor y la ternura: en fin, se abstiene de aquellos modales rígidos y groseros que llegan á ser inhumanos cuando se egercen fuera de tiempo con aquellos á quienes es prohibida toda defensa. El padre que apoca y envilece el ánimo de sus hijos, no puede lisongearse de que formará de ellos unos hombres de bien; los hará sí falsos, disimulados y mentirosos, que tendrán todos los vicios de los mas bajos criados ó de los mas viles esclavos. Un buen padre debe tratar á sus hijos como amigos, consultar su delicadeza, y temer no se relage el vigor de sus almas: nada bueno puede esperarse de unos corazones envilecidos. El derecho de padre no da el derecho para contristar y afligir importuna é indebidamente á los que quiere corregir. ¡Cuántos padres hay tan injustos que fatigan y maltratan á sus hijos con ultrages, para castigarlos despues por su cólera y soberbia! En fin ¡cuántos padres vemos mas imprudentes y faltos de razon que sus mismos hijos, siendo así que ellos debieran enseñarlos á refrenar y contener sus pasiones!

Si la autoridad paternal, por respetable que sea, no da nunca derecho de ser injusto, tampoco debe ser obedecida cuando exige cosas contrarias á la virtud. El padre de Agesilas, rey de Esparta, solicitando de su hijo el que juzgase contra las leyes, ¡*oh padre*

mio! le respondió, *tú me has dicho en mi juventud que obedeciese á las leyes; quiero, pues, al presente obedecerte, no juzgando contra ellas.*

Una buena educacion es el mas importante de los deberes que la moral impone á los padres por su propia felicidad, por la de sus hijos y por el bien general de la sociedad. Por medio solamente de una buena educacion pueden prometerse los padres formar unos dóciles ciudadanos que sean algun dia útiles al estado. Si las ocupaciones indispensables ó una incapacidad absoluta impiden muchas veces á los padres y madres cultivar convenientemente el entendimiento de sus hijos, nada podrá dispensarles de que al menos velen sobre la educacion que les hagan dar, de que cuiden de sus costumbres y de que les inspiren el amor á la virtud. Si los talentos necesarios para enseñar las ciencias sublimes y difíciles estan reservados á muy pocas personas, todo hombre de bien y esperimentado está en disposicion de enseñar á su hijo los deberes de la honestidad, de la buena crianza, de la probidad, de la justicia y de la humanidad: los padres virtuosos pueden con su egemplo, mas que con sus lecciones, indicar á sus hijos el camino de la virtud, la sola que puede hacerlos apreciables, y enseñarlos á que sepan hacer un buen uso tanto de los talentos del alma como de los dones de la fortuna.

Por una convencion tácita de la sociedad, los padres son responsables de los vicios y delitos de sus hijos, lo mismo que los hijos sufren muchas veces la pena de las inquietudes de sus padres. La opinion pública que degrada y condena á una especie de ignominia al padre de un hijo culpable, parece que supone que este hijo no se hubiera entregado al crímen, ni se hubiera hecho merecedor del castigo impuesto por las leyes, si hubiese recibido de su padre una recta educacion y unos buenos egemplos. Castigando al hijo por los delitos de su padre, parece que con esto indica la sociedad la justa desconfianza que se debe tener en el hijo á quien su padre no ha podido inspirar dignos sentimientos. Hé aquí como las preocupaciones, por lo comun injustas en sus efectos, tienen sin embargo algunas veces fundamentos razonables. La esperiencia nos muestra á pesar de esto, que los padres mas virtuosos y justos suelen tener hijos monstruosos en los vicios; y que un hijo digno de aprecio y estimacion puede tener un padre despreciable; mas el público, que rara vez se toma el trabajo de profundizar las cosas, condena indistintamente á los padres y á los hijos que son conocidos por sus crímenes; bástale saber en lo general que los padres negligentes ó malvados crian por lo comun hijos perversos, y que estos ordinariamente han aprendido desde niños la doctrina de sus padres. El hijo de un juez avaro, de un usurero, de un hombre malvado, tiene que avergonzarse de haber nacido de semejante padre. Para los hijos virtuosos es una herencia fatal los delitos é infamia de sus padres.

Nada es, pues, mas interesante á los padres que ofrecer á sus hijos egemplos

virtuosos, y habituarlos desde muy temprano á seguirlos y practicarlos. Una buena educacion es la mejor herencia que uno puede dejar á sus hijos; ella repara à veces la ruina del caudal, y otras es poderosa á borrar de la memoria de los hombres las iniquidades de los padres.

Una educacion virtuosa es la que principalmente hace á los padres merecedores del reconocimiento, del amor, del cariño y de los ardientes desvelos de sus hijos. Formados estos por los preceptos de una buena moral, reconocerán lo que deben á unos padres que despues de haberles dado la existencia, se han ocupado amorosa y tiernamente en conservarlos la vida. Sabrán venerar á la que los ha llevado en su seno, los ha criado á sus pechos, ó al menos ha mostrado la mas tierna solicitud en librarlos de peligros y de enfermedades; que poco á poco los ha enseñado á espresar sus deseos; que ha soportado la debilidad y molestias de su edad imbécil; conocerán que estos cuidados contínuos, multiplicados y penosos no llegan nunca jamás á ser pagados y satisfechos aun con el mayor reconocimiento, con la mayor sumision, con el cariño mas íntimo y permanente, ni con el mas profundo respeto. En fin, todo les convencerá de que los justos sentimientos de un rendimiento y gratitud sin límites no deben borrarse jamás, ni por las molestas genialidades, ni por las enfermedades largas, ni por las debilidades ó flaquezas de la edad de los padres.

Esta moral les hará ver tambien el respeto y amor que ellos deben igualmente á un padre vigilante y benéfico. que ha trabajado con el mayor cuidado en grangearles ó conservarles su fortuna ó los talentos necesarios para subsistir con honor, y ocupar un estado y lugar apreciables en la sociedad. Se gloriarán de ser descendientes de un padre estimado de sus conciudadanos; se lisongearán de haber recibido de él la existencia y tambien la educacion y los talentos con que procuró cultivar y adornar su espíritu; el dulce nombre de un padre amable por su bondad, respetable por sus conocimientos y virtudes, y querido por sus beneficios, escitará siempre en sus almas justas y sensibles un enternecimiento que enfrene los deseos de un sórdido interés. Un hijo bien educado ¿puede ser tan estremadamente codicioso que desee la muerte de un padre á quien es imposible deje de mirar como á su mas grande bienhechor, y como á su mas sincero amigo? Sentimientos tan bajos y crueles solamente son propios de las almas depravadas de aquellos hijos corrompidos, cuyos vicios insaciables necesitan de la muerte de un padre para entregarse á ellos libremente. Tan indignos votos solo pueden formarlos unos esclavos irritados por la tiranía, ó unos hijos descuidados ó abandonados por unos padres viciosos y desarreglados. Nunca tendrán cabida semejantes deseos en el corazon de un hijo virtuoso, ó á lo menos se verán sofocados muy prontamente en él: la educacion, la moral y la opinion pública siempre favorable á los padres, unánimemente le harán conocer que un padre el mas in-

justo, el mas molesto, el mas enfadoso, es sin embargo padre, es el autor de sus dias, y siempre tiene momentos felices en que su ternura se manifiesta; si su alma ulcerada con los malos tratamientos no le permite esperimentar un cariño sincero y verdadero, le respetará por lo menos; temerá deshonrarse con procedimientos que le atraerian el vituperio de la sociedad; y su deber y su merecimiento consistirá en saber perdonar los duros tratamientos que recibe de una mano respetable; sufrirá en silencio los males que no puede remediar; se someterá con valor al destino rigoroso que le hace por un tiempo infeliz y desgraciado; en fin, se lisongeará de los triunfos reiterados que la virtud le hará conseguir contra los impulsos repentinos de que se sienta agitado, sacrificándolos à sus forzosos deberes. ¿Hay cosa mas noble ni mas grande que el perdonar las injurias de un padre? ¿Hay prenda que haga á un hijo bien educado mas digno de los aplausos de su propia conciencia, que el saber vencer los ímpetus de un corazon solicitado por todas partes á la venganza? Además ¿podria serle nunca agradable esta venganza, cuando siempre sería condenada por la sociedad entera? Un hijo infeliz y desgraciado por la injusticia de su padre, es como el ciudadano infeliz y desgra- por la tiranía de su rey; ni al uno ni al otro le es permitido hacerse justicia por sí mismo y violar con su cólera y venganza los derechos de la sociedad. *La sumision de los hijos á sus padres,* dice Adisson, *es la base de todo gobierno, y la medida de la que el ciudadano debe á sus superiores: ¿á quién obedecerá el que desobedece á su padre?* (1)

Así que la sana política, siempre de acuerdo con la sana moral, prescribe que los hijos esten sometidos á sus padres; esto exige el interés de las sociedades, lo mismo que el interés de las familias; cada padre de familia es un rey en la suya, mas jamás le es permitido hacerse en ella un tirano. El gobierno de los chinos ha tomado la autoridad paternal por modelo de la suya; pero, á egemplo de las leyes romanas, da con la mayor injusticia á los padres el derecho de vida y muerte sobre sus hijos: por los mismos principios el gobierno chino es arbitrario y despótico, y produce tiranos con frecuencia. Las leyes mas racionales, fundadas en una moral sábia, no consienten ni á los soberanos ni á los padres el egercer la tiranía; conceden á los pueblos el reclamar contra la tiranía del padre de los pueblos; y prohiben al padre de familia usar de su poder de un modo injusto y cruel; mas tambien ordenan á los hijos sufrir las injusticias de sus padres (2).

(1) *Mentor moderne.*

(2) Las leyes de la China, favoreciendo la autoridad paternal, y haciéndola en todo sagrada, han remediado de algun modo el despotismo del gobierno. A pesar de este despotismo, la China, segun dicen, se halla muy poblada, porque cada uno tiene el mayor interés en llegar á ser padre de familia ó rey en su casa. Por el contrario, en las naciones europeas no es tan grande la subordinacion de los hijos á los padres, cuando aquellos ya no dependen de estos por los vínculos del interés y de la fortuna. Entre los gran-

Estos son los principios y los deberes que la moral enseña á los padres; estos los preceptos que da á los hijos: preceptos que una educacion virtuosa debe inculcarles para hacérselos familiares. Si estos principios se ven á menudo olvidados ó desconocidos, es á causa de que los padres negligentes, disipados ó perversos son incapaces de inspirar á sus hijos unos sentimientos virtuosos; es porque frecuentemente los padres injustos solo tratan de imprimir el odio y el aborrecimiento en unas almas en las cuales debieran, por el contrario, establecer y consolidar el respeto y el amor.

Son muy comunes las quejas de que los hijos no profesan á sus padres un cariño igual al que los padres tienen á sus hijos: el amor parternal, se dice comunmente, es superior á la piedad filial. Nada mas fácil que conocer y dar la razon de este fenómeno moral. Es raro y casi imposible el que un padre, aun el mas cariñoso, no haga sentir á veces el peso de su autoridad; la juventud, casi siempre inconsiderada, á cada paso precisa á un padre á que se acuerde de que él es el amo y señor: un padre se vé en necesidad de oponerse á los gustos, caprichos é inclinaciones de sus hijos; ya entonces estos no ven regularmente en él sino un maestro ó un censor ocupado en torcer y mortificar sus voluntades, y que pone trabas á su libertad; y siendo el hombre tan amante de esta, la mas leve señal de dependencia ó subordinacion le irrita. La superioridad de un padre impone y disgusta casi siempre á su hijo; los beneficios mas grandes y mas reiterados apenas son capaces de contrabalancear en él su amor á la independencia, una de las pasiones mas fuertes del corazon humano. Por otro lado, un buen padre es un bienhechor, y los beneficios solo hacen ingratos, á causa de la superioridad que dan á los que los dispensan sobre quienes los reciben. Hé aquí el por qué los hijos son propensos á la ingratitud, y por lo que bien pronto la acreditan cuando la educacion no ha sabido en tiempo corregir los síntomas de este vicio odioso y criminal.

CAPITULO III.

DE LA EDUCACION.

Habiendo probado que la educacion de los hijos es el deber mas importante de los padres y madres, detengámonos algun tanto sobre este objeto esencial. Hemos visto que la felicidad de los padres en la mayor parte depende

des, sobre todo, los padres y los hijos se comportan como estraños que nada tienen de comun entre sí; los hijos pleitean indecorosamente contra los padres, tratándolos con todo rigor. Unos seres insensibles y desmoralizados no temen deshonrarse en las naciones donde el dinero todo lo hace perdonable, hasta la violacion de la ternura paternal y de la piedad filial. *Virtus post nummos* es la divisa de los paises donde el lujo ha erigido su trono sobre la ruina de las buenas costumbres.

necesariamente de los afectos que inspiran á sus hijos; por otro lado no hay duda en que nada es mas interesante á un ente sociable que poseer las cualidades y disposiciones que le hagan apreciable á los otros; en suma, toda sociedad exige que sus miembros contribuyan á su bienestar.

La *educacion* es el arte de modificar, de cultivar y de instruir á los hijos de modo que lleguen á ser hombres útiles y agradables á su familia y á su patria, y capaces de hacerse á sí mismos felices.

Es mucho mas facil, dice Theognis, *dar el ser á un hijo, que el darle una buena alma.* Esto es, pues, lo que la educacion debe proponerse. Todo ha debido convencernos que el hombre al nacer, trae consigo al mundo la facultad de sentir las necesidades que por sí no puede satisfacer y pasiones mas ó menos vivas segun la organizacion y el temperamento de que la naturaleza le ha dotado. Criar un niño, es servirse de sus disposiciones naturales, de su temperamento, de su sensibilidad, de sus necesidades y de sus pasiones para modificarle ó formarle como se desea; es mostrarle lo que debe amar ó temer, y enseñarle los medios de conseguirlo ó de evitarlo; es inclinar y fomentar sus deseos hácia unos objetos, y arredrarle ó retraerle de otros. Las pasiones dirigidas, esto es, arregladas de un modo ventajoso á sí y á los otros, conducen al niño á la virtud moral; mas abandonadas estas pasiones á su fogosidad y ardimiento, ó mal dirigidas, le hacen vicioso y perverso.

Un moralista célebre oponia que la educacion todo lo alcanza de los hombres, y que estos eran igualmente susceptibles de ser modificados como se quiera, con tal que se acierte à manejar su interés ó su amor propio; mas la esperiencia nos prueba que hay niños en cuyas almas ningun interés puede inspirarse: los que nada aman ni desean con viveza, de ellos unos son tímidos y los otros atrevidos: á unos es menester moverlos y empujarlos, y á otros cuesta trabajo el contenerlos: hay niños que por su genio estúpido, por su pesada organizacion, por su rebelde temperamento, son muy poco susceptibles de educacion; así que, vemos caractéres ligeros y volátiles, incapaces de fijar su atencion, mientras que otros son tan torpes y pesados que no se les puede animar por ningun medio. Es un error creer que la educacion lo pueda todo en el hombre; ella solo puede emplear los materiales que la naturaleza le presenta; solo puede sembrar con fruto en un terreno preparado por la naturaleza de modo que corresponda à los trabajos y desvelos del cultivador.

La primera educacion se ocupa principalmente en formar, robustecer y agilitar el cuerpo del niño, enseñándole á usar y manejar sus miembros, habituándole á regular sus necesidades, reprimiendo los movimientos de las pasiones contrarias á su propio bien: esta primera educacion modifica en un niño sus facultades de un modo que influye regularmente en el discurso de su vida. Los padres no suelen prestar la debida atencion á es-

ta primera edad de los niños; los abandonan á las nodrizas, y despues á las ayas, las cuales en una edad tan tierna imbuyen sus almas de los mismos temores, falsas ideas, vicios y locuras de que ellas estan imbuidas: en su poder contrae un niño el hábito de la mentira, de la falsedad, de la gula, de la pusilanimidad y de la glotoneria. Corrompido unas veces y echado á perder con caricias y adulaciones, y corregido otras malamente y fuera de tiempo, desde muy temprano él se encuentra lleno ya de obstinadas y tercas pasiones que no han sido combatidas, ó de una multitud de errores y preocupaciones que le atormentarán hasta la muerte, y que dificilmente ó nunca llegará á desarraigar la segunda educacion, aun cuando sea la mas racional de todas. Los primeros momentos de la vida, que tan comunmente se descuidan, debieran particularmente llamar nuestra atencion, puesto que deciden á veces para siempre del carácter de un niño. Platon atribuye la decadencia en que vino á parar el imperio de Ciro despues de su muerte, á la educacion de sus hijos confiada á mugeres que halagaban sus nacientes pasiones, y que solo les inspiraban virtudes propias y dignas de ellas.

Eres hombre, dice Menandro, *esto es, el viviente mas sujeto á los caprichos de la suerte*. Esto supuesto, una educacion blanda y afeminada no es conveniente ni aun á las mugeres, á las cuales debe fortificárselas en lugar de hacerlas mas débiles de lo que son por naturaleza. Las vicisitudes á que se halla espuesta la vida humana, imponen á los padres, por ricos que sean, el deber de no acostumbrar la infancia á la pereza, la indolencia, el lujo y la vanidad; es menester desde muy temprano endurecer el cuerpo con el egercicio y el trabajo, y prevenir y fortalecer el alma contra los golpes de la fortuna. Ningunos son mas desgraciados que los hijos á quienes sus padres han hecho vanos, sensuales, glotones y delicados; semejante educacion redoblará algun dia las penalidades que les sucedan; porque quita á los hombres aquella energía, actividad y fortaleza corporal propias de su sexo. La molicie, la ociosidad y los placeres sensuales hacen de ellos unos miembros inútiles á la sociedad, y molestos á sí mismos: los niños acostumbrados al fausto, á la delicadeza, á estar siempre servidos, serán sin duda desgraciados si se encuentran privados de las comodidades y socorros que les ha hecho necesarios el hábito. Las mugeres debieran recibir una educacion mas varonil; esta las haria fuertes, robustas y capaces de procrear hijos mejor constituidos, preservándolas al mismo tiempo de las muchas enfermedades, achaques y flaquezas que tan de contínuo las afligen.

Pero por desgracia, en la edad mas tierna, la educacion solo se propone al parecer debilitar el cuerpo de los niños y corromper su entendimiento y su espíritu con ideas falsas, con pasiones peligrosas, y principalmente con vanidades que todo contribuye á robustecer y perpetuar en ellos para siempre: la educacion que sigue á esta, en vez de

borrar las perniciosas impresiones que han recibido de sus amas, de sus ayos y de los criados á quienes han sido abandonados, las confirma por lo comun, y las hace habituales y permanentes. ¿Cómo han de rectificar los vicios de la primera educacion unos padres ó maestros llenos de errores, preocupaciones, pasiones y locas vanidades? ¿Cómo unos padres hinchados de su nacimiento, poseidos de la ambicion ó de la avaricia, infatuados de las estravagancias del lujo, de la ostentacion y de la moda han de aniquilar y borrar del alma de sus hijos las falsas ideas que les han dado de estas cosas desde la mas tierna edad? La educacion solo es, por lo comun, el arte de inspirar á la juventud las mismas pasiones y locuras que atormentan á los hombres ya hechos y formados; es menester que el hombre haya recibido una buena educacion para que pueda guiar á sus hijos por el camino de la virtud.

El egemplo de los padres, como hemos visto, contribuye principalmente á que sus hijos sean virtuosos ó viciosos. Este egemplo es una instruccion indirecta y contínua mas eficaz que las mas frecuentes lecciones. Un padre es á los ojos de su hijo un ser el mas grande, mas poderoso y libre, y á quien mas quisiera parecerse.

¿Qué sucederá si los padres son desarreglados y sin costumbres? *Los egemplos domésticos*, dice Juvenal, *cuando son viciosos, corrompen con tanta mas celeridad y eficacia, cuanto mas respetables son sus autores. Uno ú otro niño, á quien la naturaleza haya dotado de cualidades eminentes, podrán por fortuna resirtir á este egemplo; mas el mayor número obedece y sigue el fatal impulso que recibió al nacer. Sean pues irreprensibles nuestras acciones, para que nuestros hijos no se crean autorizados con nuestros crímenes; porque todos somos fáciles imitadores de lo malo.* Un niño desea desde luego imitar lo que ve hacer á las personas que le gobiernan, porque las supone mas instruidas en los medios de conseguir el bien y el placer: imitar es procurar uno hacerse feliz por los mismos medios que ve practicar á los otros. En vano dirá un padre licencioso á su hijo: *Haz lo que yo te digo y no hagas lo que yo hago.* El niño, en el fondo de su corazon, le replicará siempre: *siendo libre en vuestras acciones, de otro modo obrariais si de este no os resultase algun placer que procurais ocultarme; mas á pesar de vuestras lecciones, yo haré por imitaros.*

A la educacion particular y á los egemplos domésticos, por lo comun tan perniciosos, se junta despues la opinion pública ordinariamente corrompida; al salir del poder de sus padres y maestros, un jóven no recibe en el mundo sino egemplos malos y perjudiciales; no escucha sino unas máximas falsas; halla que la conducta de todos los que le rodean está en pérpetua contradiccion con los principios que se le han enseñado: desde entonces se considera en la precision de *obrar como los demas*; las ideas buenas y sanas, que la educacion por fortuna ha podido inspirarle, se borran bien pron-

to, y se deja llevar el torrente, renunciando á unas máximas que solo servirian para hacerle pasar por un hombre raro y ridículo y que le cerrarian el camino á la fortuna.

Licurgo miraba la educacion como el mas importante objeto de un legislador. A pesar de esto el gobierno, en todo pais, se ocupa muy poco en la de los ciudadanos: este negocio esencial á la felicidad pública, está descuidado comunmente en un todo. Pudiera muy bien decirse que los que gobiernan no procuran en manera alguna formar miembros útiles á la sociedad: la moral es mirada por ellos como una ciencia especulativa, cuya práctica es enteramente indiferente. Ademas los malos gobiernos no son capaces de hacer virtuosos á sus súbditos; la virtud desagrada á los tiranos y á los déspotas, como que no tiene la flexibilidad que ellos exigen; las ideas de justicia y de humanidad, impresas firmemente en los corazones, perjudicarian las intenciones de una política malvada, la cual solo quiere reinar sobre autómatas.

Si, como hemos dicho, la justicia es la virtud fundamental sobre la cual debe establecerse la moral, es claro y evidente que toda moral está desterrada de las naciones dominadas por el despotismo ó la tiranía, En vano clamará el interés general á los hombres que sean justos, mientras que la voz mas fuerte del interés personal, apoyada por los dueños y señores de la tierra, dispensadores de las dignidades, favores, riquezas y prerogativas, les grite de contínuo que con la moral y la virtud nada se consigue; que con ellas el hombre sufre y pena en la oscuridad, y aun está muy frecuentemente á riesgo de incurrir en la indignacion del poder, y sentir los efectos de su ira. En una palabra, todo manifiesta que siguiendo el camino de la justicia, ninguna felicidad se alcanza, y se arriesga el hombre á ser atropellado por la multitud que lleva un camino contrario.

Conforme á estos principios y á las observaciones constantes y evidentes en los paises mal gobernados, la verdadera moral no entra en cuenta para nada en la educacion de los ciudadanos, pues pondria obstáculos contínuos é invencibles á su felicidad, ó al menos los privaria de los vanos objetos, en los que el comun de los hombres falsamente la hacen consistir. Así que, las máximas que en cada estado se pueden inculcar á la juventud, serían contrarias á las que la moral les propondria. ¿Qué ventajas podria prometer en la corte á su hijo el artesano que le prescribiera que fuese justo, que no dañase á persona alguna, que se adhiriese fuertemente á la virtud, que fundase en ella su honor y prefiriera siempre este á su fortuna, á sus adelantamientos y al favor del príncipe y de sus ministros? Es evidente que bajo un mal gobierno le conducirian á la desgracia semejantes máximas, y parecerian dictadas por el delirio. El cortesano y el grande que desearen abrir á sus hijos el camino de la fortuna, les darán unas instrucciones diametralmente opuestas, y les dirán: *no conozcais, hijos mios, otras reglas que la*

sola voluntad de nuestro amo y señor: tened esta siempre por justa á vuestros ojos: sacrificadle un honor que solo es una vana quimera cuando no conduce al poder, al crédito y á las riquezas, á que segun vuestra clase debeis aspirar; el único honor para vosotros es haceros dignos de las distinciones del soberano: sabed que un buen cortesano no debe tener ni honor ni vergüenza (1); *el honor y la virtud no se han hecho para los esclavos destinados á obedecer y seguir la voluntad de su señor.*

La educacion de un jóven de ilustre nacimiento le enseñará que la nobleza transmitida á él por sus abuelos es suficiente para conseguirlo todo: que él no necesita ni de la sabiduria, ni de mérito personal, ni de virtud; que estas cosas, útiles solamente para los adelantamientos de algunos ciudadanos oscuros y despreciables, de ningun modo son necesarias para aquel á quien le basta ser noble para elevarse á las mas altas dignidades; que la moral es buena para entretener la ociosidad de algunos vanos contemplativos; y que la justicia, que solo habla con el vulgo y los débiles, no debe servir de regla en manera alguna á los grandes, los que ningun interés tienen en someterse á sus leyes demasiado molestas. Si el noble se dedica á las armas, tan lejos está de necesitar de las leyes de la razon, que antes bien debe guardarse mucho de llegar á conocer los principios de la equidad natural, que con frecuencia le obligarian á oponerse á las órdenes de sus gefes, cuando su oficio es obedecerlos ciegamente y sin titubear. A la voz del déspota, el militar debe desatender las leyes de la justicia, los gritos de la piedad y los gemidos de su nacion, embistiendo furiosa y ciegamente á sus amigos, á sus conciudadanos y á sus mismos parientes. Estos son los principios que la educacion debe inspirar desde la infancia á los esclavos destinados á retener á otros esclavos en sus prisiones.

¿Sufrirá acaso un gobierno perverso que se dé una educacion mas moral al jóven que es destinado á la magistratura? El que por su estado debe administrar justicia á sus conciudadanos ¿deberá manifestarse mas inviolablemente asido á ella? Mas ¡ah! el aconsejarle que se atenga y adhiera firmemente á las leyes de la equidad, sería ponerle en continua guerra con el déspota y sus ministros que querrian destruirlas y aniquilarlas; sería esponerle á destierros, afrentas, prisiones y calabozos; sería arriesgarle á quedar sepultado bajo las ruinas del templo de Temis, que no puede resistir á los furiosos asaltos del dios terrible de la guerra. Bajo un gobierno arbitrario la educacion no puede enseñar á los depositarios de las leyes sino que se entreguen á los caprichos de la tiranía, á las seducciones del favor, y á las

(1) Este dicho se le atribuye al duque de Orleans, regente de Francia, durante la menor edad de Luis XV. De un ministro moderno, famoso por sus maldades, se cuenta que enseñando á sus hijos el modo de conducirse en el mundo, se contentó con decirles, que solo habia dos clases de hombres; los pícaros y los hombres de bien; esto es, *los hombres de talento y los tontos*; y que así ellos eligiesen la clase que les pareciera.

violencias del poder. Para acertar y vivir tranquilo, el magistrado debe ser blando y flexible, á fin de que la justicia ceda y se humille á la voluntad inconstante y mudable del príncipe y de sus favoritos. El magistrado debe tener dos balanzas, la una para los ricos y poderosos, y la otra para los débiles y pobres.

En los paises donde la ilimitada codicia del príncipe y las necesidades de sus insaciables cortesanos han aumentado las imposiciones y multiplicado los dependientes de las rentas públicas, sus asentistas y arrendadores ¿qué educacion y qué principios darán á sus hijos unos hombres acostumbrados á enriquecerse con infames rapiñas? ¿Les dirán por ventura que sean justos, humanos, sensibles á la piedad y moderados en sus deseos? No, sin duda: un arrendatario ó un exactor de la real hacienda recomendará á su hijo al dedicarle á su cruel oficio, que sea duro, inhumano y negado á toda compasion; que tenga un corazon de bronce; que sacrifique todo sentimiento honesto y generoso al deseo de aumentar su fortuna; le incitará á que se cebe y enriquezca con la sangre de los infelices; y en suma, le hará ver que en las inmensas riquezas consisten el honor y la gloria de un verdadero arrendatario ó exactor de las rentas públicas.

Tampoco el rico enseñará á sus hijos el mejor modo de usar de sus riquezas. Sus descendientes, faltos de instruccion, de costumbres y de benevolencia, disiparán locamente los tesoros amontonados por la injusticia, en disoluciones, en festines, en adornos, y en todo género de estravagancias. Creerán que solo existen en el mundo para vivir en contínuas diversiones que ninguna obligacion tienen de favorecer á los demás; se verán dominados del fastidio que siempre sigue ó acompaña á la pereza y á los desarreglos; y por último, se arruinarán por librarse de este mortal fastidio, sin llegar nunca á esperimentar la felicidad pura que la virtud reserva á los que desde su juventud se aficionan á ella.

En fin, las gentes comunes, siempre embrutecidas y privadas de razon bajo gobiernos negligentes ó perversos, ninguna idea tendrán de la virtud ni de las costumbres. Depravado por el egemplo de sus superiores ó atormentado con vejaciones, el hombre de la plebe se hace malvado é incapaz de inspirar á sus hijos aquellos sentimientos honestos que no ha podido adquirir por sí mismo, y que sus infelices y desgraciados padres no pudieron comunicarle.

Se nos dirá quizá que en todas las naciones los ministros de la religion se hallan encargados de enseñar la moral, y de inculcar sus preceptos á la juventud; mas la esperiencia nos hace ver el poco fruto de sus lecciones contra el torrente impetuoso que arrastra de contínuo los hombres al mal. Los motivos que la religion les presenta son por lo comun muy realzados, muy espirituales, muy superiores á la inteligencia de los groseros mortales, para determinarlos al bien. Los moralistas religiosos se quejan ellos mismos del poco fruto y de la poca eficacia de sus pre-

ceptos repetidos de contínuo; si estos producen algun bien en las almas pacíficas, timoratas y capaces de meditarlos, poco ó nada pueden sobre la multitud impelida al vicio por un impulso mas fuerte. Prescindiendo del pecado original que la religion revelada reconoce en la naturaleza humana, se puede muy bien esplicar la inclinacion manifiesta que lleva los hombres al mal, por medio de las causas naturales y sensibles que obran á nuestra vista. Estas causas son la ignorancia profunda en que yacen sumidas las naciones; los egemplos funestos de los ricos y grandes, imitados por los pobres, y la negligencia de los legisladores, que tienen poco ó ningun cuidado en formar las costumbres de los pueblos, y en darles á conocer sus intereses, sus verdaderas relaciones y los deberes mas esenciales de la vida social. En fin, la mas poderosa de estas causas es la falsa política de tantos príncipes á quienes ciega el deseo tiránico de destruir toda idea de justicia y de virtud en sus estados, y que se figuran que no son grandes, temibles y poderosos si no reinan sobre sus súbditos necios, viciosos y opuestos entre sí por fútiles intereses. Los pueblos son unos pupilos en quienes sus tutores temen, al parecer, que la razon llegue á mostrarse. El arte de gobernar á los hombres no es para la mayor parte de los soberanos de la tierra sino el arte de engañarlos y mantenerlos ciegos é ignorantes, para despojarlos y sacrificarlos impunemente á todos sus caprichos. Las pasiones desenfrenadas de los tiranos y la corrupcion de las cortes, son las causas visibles y naturales de la ignorancia, de la depravacion y de las calamidades que affigen y destruyen á los habitantes de la tierra.

Con poco fruto se empeñarán los ministros de la religion en inculcar á la juventud los preceptos de una moral divina, apoyada en recompensas ó castigos de una vida futura. En vano la filosofia presentará á los hombres una moral humana, fundada en las ventajas sensibles de la virtud en la vida presente. Las promesas, las amenazas y los motivos de la religion carecen siempre de eficacia para hacer á los hombres mejores, lo mismo que los motivos humanos del filósofo y los bienes que él promete en este mundo se tendrán por vanas quimeras mientras que la moral tenga por enemigos à los príncipes, que tienen el poder en sus manos para dirigir las acciones de los mortales sobre la tierra.

No debe admirarnos el ver la educacion tan desalentada, desatendida, despreciada, y aun tan inútil en las naciones embrutecidas, corrompidas y mal gobernadas. Las máximas mas evidentes de la moral estan á cada paso en contradiccion con los egemplos, los usos, las instituciones, las leyes y los intereses particulares, que contrabalancean el interés comun. El mundo entero es solicitado al mal, y nadie tiene interés en obrar el bien. De aquí los infinitos obstáculos, dificultades y escollos en que han dado los que han propuesto aquellos planes que han considerado á propósito para formar buenos ciudadanos. No han visto sin duda que los mejores sistemas en este géne-

ro no pueden conciliarse de modo alguno con las preocupaciones del vulgo y los siniestros designios de los que arreglan la suerte de los pueblos; no han observado que los estados despóticos no quieren que se formen buenos ciudadanos; ni, al parecer, han conocido que la sana moral es incompatible con la falsa política, y que para educar á los hombres de una manera conforme á los intereses de la sociedad, era menester comenzar haciendo gustosa, útil é interesante la moral á los que gobiernan el mundo, á fin de empeñarlos de este modo á favorecerla por medio de las leyes, y de los premios y los castigos que tienen en sus manos. En una palabra, estos filósofos ignoraban sin duda que la reforma de la educacion depende necesariamente de la reforma de las costumbres públicas, obra solo de un gobierno ilustrado, vigilante, justo y bien intencionado.

Solamente el gobierno puede hacer que reinen en un estado virtudes generales y costumbres públicas. Del tiempo y del progreso de las luces y de los conocimientos puede esperarse esta reforma tan suspirada en los corazones de los reyes: hasta este dichoso y afortunado tiempo los hombres, para su felicidad particular, estarán reducidos á contentarse con la práctica de las virtudes convenientes á la vida privada, cuya utilidad les manifestará la moral aun en el seno mismo de las mas depravadas naciones, y las cuales la buena educacion inspirará desde la infancia á los que no podrán menos de conocer sus inapreciables ventajas. Cuanto mas corrompida está una sociedad, tanto mas cruel y rigoroso es el gobierno, y mas obligados estan los ciudadanos á recogerse dentro de sí mismos para buscar en su interior el bienestar que la patria les niega.

La educacion, propiamente hablando, no debiera ser otra cosa que la moral inculcada á la juventud, y hecha familiar desde la edad mas tierna. Educar á un jóven es enseñarle sus deberes para con aquellos que puedan tener relaciones con él; es instruirle en la conducta que debe observar con sus parientes; es darle á conocer el interés que tiene en merecer sus afectos; es mostrarle cómo debe comportarse con grandes y pequeños, con ricos y pobres, con amigos y enemigos. Los deberes de un estado no son otra cosa que las reglas indicadas por la moral en las diversas posiciones de la vida. La educacion de un príncipe debiera tratar de hacerle conocer sus deberes con su pueblo y las diferentes naciones que le rodean; debiera hacerle justo, humano, sóbrio y moderado, presentándole los intereses que le estimulan à practicar las mismas virtudes que otro hombre particular. Por no criar á los príncipes con estas máximas, atormentados ellos mismos toda su vida de pasiones y vicios, hacen miserables é infelices á las naciones en vez de afortunadas y dichosas.

La educacion de los ricos y de los grandes debiera tener por objeto ponerlos en estado de saber usar bien de las riquezas y de los empleos que un dia llegarán á poseer; debiera además mostrarles que los deberes que les

prescribe la moral respecto á sus conciudadanos, son los únicos medios de grangearse el aprecio, la consideracion y el respeto debidos únicamente à la beneficencia, á la equidad, al trato afable y á las acciones generosas y nobles.

Mas los niños destinados por su clase á los altos destinos de la sociedad son los que comunmente reciben una educacion mas mala ó menos cuidadosa: no se trabaja de ningun modo en reprimir el genio, domar el carácter, combatir los caprichos y enfrenar las pasiones de los niños de ilustre nacimiento: por el contrario, desde la cuna aprenden que han nacido para mandar; que son superiores á toda ley y regla; que todo debe ceder y humillarse á su presencia; que no necesitan ni ciencias ni talentos para obtener las distinciones á que los llama su nacimiento. ¡Estos serán sin embargo los que un dia decidirán de la suerte de los pueblos! Los niños nacidos en la opulencia no son menos corrompidos y mal criados: desde la edad mas tierna saben la distancia que las riquezas establecen entre los hombres; y así se hacen insolentes y atrevidos: la debilidad y negligencia de los padres, lo mismo que sus descuidos, les hacen contraer vicios y defectos que no se borrarán jamás. Nada es mas importante que enseñar al hombre desde temprano á ceder y sujetarse á la necesidad, y á conformarse con los designios de la sociedad de que un dia debe ser un miembro útil y agradable.

Seguramente, la educacion no puede tener otro objeto que el hacer conocer á los hombres el modo de obrar en todos los estados de la vida, como reyes, nobles, ministros, magistrados, padres, amigos y asociados. Así que, la educacion no es otra cosa que la moral presentada á los hombres en su infancia para enseñarles sus deberes en las diversas relaciones que tendrán un dia los unos con los otros.

Por diferentes y varias que parezcan estas relaciones ó circunstancias, una educacion verdaderamente social enseñará siempre la misma moral á todos los hombres en todos los estados de la vida, y les hará conocer que deben ser justos y benéficos para con todos los seres de la especie humana: á esto se refieren, como hemos visto, todos los deberes de hombre reducidos á la justicia considerada bajo todos sus aspectos. La educacion solo puede proponerse habituar á los hombres desde su infancia á reprimir las pasiones contrarias á su propia felicidad y á la de los otros, y á indicarles los motivos que los estimulen y conduzcan á ella. Los lacedemonios, mostrando á la presencia de sus hijos á los esclavos en la fuerza de su embriaguez, se proponian escitar en ellos desde niños el mayor horror á un vicio que degrada al hombre haciéndole inferior á los brutos. Castigando á un niño por una falta ó una impertinencia, se le dá á conocer que cometiendo ciertas acciones él desagrada, y por consiguiente es desgraciado: de este modo se opone el temor á sus deseos inconsiderados; y este temor, convertido en costumbre, es poderoso á contener su temeridad, á la cual, si no fuera por la correccion,

se entregaria libremente, y se haria insoportable un dia en la sociedad cuando hombre,

La educacion, para ser mas eficaz, debiera ser una série continuada de esperiencias, que hiciesen ver de contínuo á los niños que el mal que hacen á los otros viene siempre á recaer sobre ellos mismos. Apenas se mostrasen injustos con los de su edad, deberia hacérseles esperimentar una injusticia ó un mal semejante; no bien maltratasen á alguno, se les debiera maltratar á ellos de un modo igual ó parecido; luego que se manifestasen altaneros y orgullosos, era preciso humillarlos y hacerles conocer que un criado, siendo hombre, merece la consideracion de sus amos, y que nunca estos tienen derecho á despreciarle porque sea pobre y desgraciado. Esta educacion esperimental, observada con atencion y cuidado, seria mas importante que no los preceptos estériles que los padres se contentan comunmente con dar, ó que acaso no dan á los hijos que la fortuna mima y pierde á un mismo tiempo, Por no observar estas reglas tan naturales, la sociedad está poblada de hombres injustos, vanos, tercos y arrebatados, que la llenan de vicios y defectos que por no haber sido reprimidos con oportunidad, los hacen incómodos y desagradables á todo el mundo, causándoles á ellos mismos mil males y molestias que habrian evitado si hubiesen recibido una mejor y mas cuidadosa educacion.

Mas para inspirar á la infancia y á la juventud ideas de justicia, es importante que los padres y maestros se muestren justos con sus discípulos. Una educacion caprichosa, despótica, obra del tedio y mal humor, disgusta y exaspera á los discípulos, les hace odiosas sus lecciones, y solo sirve para confundir en sus almas las nociones de la equidad. Las personas coléricas, impacientes y de carácter voluble, no son buenas para formar la juventud y fijar sus ideas. La educacion requiere dulzura, un ánimo tranquilo, y sobre todo una conducta firme y sostenida. Es menester que el niño mismo reconozca la justicia tanto en los castigos que se le imponen, como en las recompensas que recibe: es necesario que sienta y conozca la equidad y conveniencia de los motivos que determinan á sus maestros á la severidad ó al cariño: un rigor injusto hace que miren á sus padres ó maestros como á unos tiranos, así como las caricias fuera de tiempo les muestran su debilidad y flaqueza. Es dificil que salgan bien educados los niños que sirven solo de juguete bien al mal genio, ó al ciego cariño de sus padres ó maestros: en estos casos no se consolida ni asienta el carácter del niño. Hé aquí por qué las mugeres dominadas comunmente del mal humor y la inconstancia, son poco capaces de educar bien á sus hijos, y de inspirarles unos principios firmes y seguros, que arreglen con método y uniformidad la conducta de la vida. A la educacion debe atribuirse la inconstancia, la flaqueza y la instabilidad de carácter y de ideas que se observa en la mayor parte de los hombres,

Una educacion descuidada deja en los

hombres impresiónes indelebles. En la edad tierna es cuando se ha de impedir que broten las pasiones, los vicios y defectos, ó es menester al menos obligar á los niños á reprimirlas, para por este medio habituarlos á dominarlas. Al orgullo, tan acariciado las mas veces en los hijos de los príncipes y grandes, es menester declarar la guerra: una educacion muy diferente de la que se les dá por lo comun, debiera borrar en ellos hasta las mas pequeñas señales de ese desprecio insultante que la infancia concibe desde luego contra la pobreza; esta educacion les haria conocer de contínuo la necesidad que la opulencia y la grandeza tienen de esos hombres, que con tanta ingratitud ultrajan y desprecian; así los enseñaria á no desdeñar al que trabaja, bien sea para satisfacer las necesidades de los grandes, ó bien para proporcionarles las comodidades y los placeres de la vida. Formado de este modo el discípulo seria justo, respetaria la utilidad, sería reconocido y sabria que el labrador y el artesano, bajo sus toscos y remendados vestidos, son unos hombres regularmente mas interesantes, mas necesarios à sus conciudadanos, y por consecuencia mas apreciables que no el cortesano inútil ó perverso, que se pavonea cargado de títulos, de pompa, diges, bordados y aparato.

Reprimiendo así el orgullo de un discípulo, y haciéndole conocer su flaqueza y la necesidad que tiene de aquellos mismos hombres que mas viles y despreciables le parecian, se logrará que nazca en él la sensibilidad, cualidad necesaria en la vida social; y de este modo se interesará en la suerte del infeliz y miserable, como en la de un ente tan necesario á su felicidad. Se debe, pues, poner el mayor cuidado en cultivar en él esta benevolencia humana y compasiva; se procurará conmover su corazon por medio de sacudimientos y sensasiones frecuentes, y del espectáculo de cuanto pueda afectar y enternecer su alma; se le conducirá á la cabaña del pobre y al lecho del enfermo; se le mostrará en toda su fuerza y estension la miseria del hombre útil, quien las mas veces, rodeado de una familia llorosa y angustiada, carece aun de lo mas preciso, para que el rico viva en el lujo y la abundancia; se le hará meditar acerca del sin número de infortunios y miserias, bajo las cuales gimen tantos mortales, sus semejantes y hermanos; se escitará principalmente su contemplacion sobre aquellos infelices á quienes los golpes de la suerte ha precipitado en la miseria; se le dirá que sus desgracias son efectos del acaso, de cuyos caprichos son inocentes víctimas, al paso que estos mismos caprichos colman á los grandes y á los ricos de abundancia y honores. Así el discípulo no se ensoberbecerá con esta ciega preferencia; será sensible á la piedad; participará de las penalidades y trabajos de los desgraciados, tomando en ellos un vivo interés; se tendrá por feliz de verse en disposicion de socorrerlos y consolarlos, gustará el dulce placer de la beneficencia, verá correr las tiernas lágrimas de la gratitud, se felicitará por haberlas me-

recido, y en fin, reconocerá que la verdadera preeminencia que un hombre puede tener sobre los otros, consiste únicamente en el poder y deseo de hacerlos felices y dichosos.

Asi es como la virtud se aprende: de este modo la educacion forma un corazon sensible; y así prenden sus semillas en las almas, nutren, crecen y fructifican, y forman unos ciudadanos virtuosos, modestos y compasivos. Con semejantes lecciones deberia instruirse la infancia y la juventud de los hombres destinados á ocupar un lugar distinguido en el mundo. Cualquiera que fuese la posicion en que la fortuna los colocase, no olvidarian nunca que eran hombres, y que necesitaban de los hombres para su felicidad. Mas por no haber aprendido á conocer los infortunios y desgracias de sus semejantes, ni esperimentado el dulce placer de aliviarlas y socorrerlas, los hombres, á cuya prosperidad nada debiera faltar, están por lo comun dominados y enorgullecidos de una vanidad insociable: llenos de un desmedido é injusto amor de sí mismos, apenas inclinan sus desdeñosos ojos á los seres que reputan por inútiles y de inferior especie. Semejantes hombres ni saben amar, ni enternecerse de las miserias; ni han esperimentado nunca cuán dulce es la beneficencia. Por todas partes no se ven mas que ricos orgullosos, injustos, insensibles é inhumanos, que faltos de todo sentimiento de piedad y ternura, transmiten á sus hijos la indiferencia, la apatía y vanidad, que tan duros y crueles los hacen contra los desgraciados é infelices.

Si hay pocos padres que conozcan la importancia de una buena educacion, todavía son muchos menos los que sean capaces de darla por sí mismos ó de velar sobre ella atenta y cuidadosamente. Un padre se halla muy ocupado en sus negocios, y muchas veces en sus placeres, para pensar en la educacion de sus hijos. Una madre disipada, solamente piensa en sus adornos y entretenimientos, y quizá en sus galanteos; y se creeria envilecida si atendiese y cuidase á sus hijos. Por esto los hijos de los grandes y ricos quedan abandonados comunmente á los criados que nada bueno los enseñan: en su trato y compañía es donde se hallan mas gustosos, porque en la antecámara ó en la cocina regentan una superioridad que halaga y fomenta su vanidad naciente; allí ni encuentran reprension ni resistencia, y egercen una especie de imperio sobre sus obedientes criados; no hay cosa que aprendan mas prontamente que las prerogativas que el nacimiento y la opulencia dan á los que las gozarán un dia; las primeras lecciones, en fin, que reciben son las de altanería, impertinencia y vicio; lecciones que no olvidarán nunca.

Al salir del poder de criados y ayas el hijo de un hombre rico pasa á manos de un preceptor, que no suele tener las cualidades necesarias para la educacion de su discípulo, ó que cuando por una feliz casualidad las tenga no puede emplearlas útilmente para corregir á un discípulo indócil y ya pervertido de antemano. La dulzura es inútil con un niño altanero; el rigor le subleva é irrita, y ademas desagra-

da por lo comun á unos padres ignorantes y vanos, que quieren que se respeten su sangre y su nacimiento hasta en las necedades y caprichos de sus hijos. Un preceptor reprimido y coartado de este modo, pronto se aburre y desalienta; tras esto viene la indiferencia y el descuido total en los adelantamientos del discípulo, abandonándole en fin á su mala suerte. Esta es la razon porque la educacion particular produce pocos sugetos distinguidos y apreciables.

Por otra parte ¿cómo los grandes y los ricos han de encontrar preceptores ilustrados y virtuosos, cuando ellos ó no conocen su mérito, ó le desdeñan y desprecian? El noble no hace caso sino del nacimiento, y el rico solo estima la opulencia; y así no pueden concebir que un sábio pobre pueda merecer la consideracion y los respetos de las personas de su clase. El sugeto á quien encargan la instruccion de sus hijos, es á sus ojos un hombre mercenario, un criado al fin á quien no suelen apreciar mas que á los otros. Solo un padre verdaderamente ilustrado puede conocer en realidad la importancia del depósito que confia á los cuidados y desvelos de otro; este reconoce en el ayo de su hijo á un amigo respetable que celosamente quiere encargarse de contribuir á su felicidad y á la de su descendencia. El insensato que menosprecia al preceptor de su hijo ¿cómo no vé que depende de él la felicidad y el honor de su familia? *Dais vuestro hijo á un esclavo para que le eduque*; decia un filósofo á un padre opulento y avaro, *¡muy bien! en vez de uno tendreis dos.*

Para que la educacion sea útil, es menester que el encargado de ella se respete á sí mismo, y ser respetado de los demas: un niño que ve que sus padres guardan pocas consideraciones con su maestro, no tarda en menospreciarle y ademas le aborrece como á un censor y contínuo enemigo. Los buenos preceptores son raros, porque son raros los padres que sepan descubrir el mérito oscurecido, apreciarle con justicia, y mostrarle el respeto y consideracion debida: esta equidad y reconocimiento suponen reflexiones y designios que con dificultad se encuentran en hombres soberbios y disipados que son los que por lo comun se ven favorecidos de la fortuna.

Entre los griegos y los romanos la sabiduria era muy respetada; los mismos soberanos, los generales de ejército, los magistrados y ministros la cultivaban, mostrando una profunda veneracion á los preceptores que se dedicaban al penoso cuidado de educar la juventud: mas por un efecto de las bárbaras preocupaciones, que todavía subsisten en la mayor parte de las naciones modernas, la nobleza desdeña la instruccion, vanagloriándose de su ignorancia, la cual no le impide llegar á los honores militares que ambiciona. Equitacion, esgrima, baile, un andar osado y atrevido, un porte y aire libres y afectados, una urbanidad verbal y comunmente poco sincera, y un lenguage seductor para agradar á las mugeres, hé aquí las perfecciones que la educacion de los grandes parece únicamente proponerse. La cultura del alma y la ciencia de las buenas cos-

tumbres para nada entran en los planes de la nobleza: el oficio de la guerra escusa el tener luces y virtudes; los grandes suplen la falta de conocimientos y de aplicacion con los vicios, las diversiones y los dispendios que arruinan su fortuna. Por lo que toca á la nobleza torpe y embrutecida que vegeta en sus posesiones y haciendas, esta solo se ocupa en la caza y el juego, sin tener mas estudio que el vano y fútil conocimiento de su genealogía y de la de sus vecinos.

El rico que con sus penosos trabajos ó con injusticias y bajezas ha llegado á enriquecerse, se fatiga muy poco en que su hijo adquiera conocimientos y virtudes; él mira el estudio como un tiempo perdido; las buenas costumbres como inútiles, y la severa probidad como un obstáculo á la fortuna. La educacion mas interesante para su hijo es en su concepto la que le enseñe la bajeza, la astucia y el arte de agradar á los grandes para adquirir el derecho de robar y despojar á los pobres.

Hay pocos padres y maestros que se hallen dotados de las cualidades que se requieren para educar la juventud; los que se encarguen de este importante cuidado, ademas de la ciencia y del talento, deben conocer al hombre, y estudiar el carácter, las facultades y las inclinaciones de sus discípulos. La esperiencia nos enseña que no todos los niños tienen las mismas disposiciones, y que no siempre son capaces de corresponder á los designios que se formen sobre ellos. ¿Para qué atormentar y castigar á un niño á quien la naturaleza ha negado la actividad, la penetracion, la memoria y aun el poder ó capacidad de prestar una atencion contínua y seguida á los objetos que se le presentan? La violencia, el rigor y los castigos reiterados ¿serán acaso medios oportunos para escitar el amor al estudio en unas almas como estas, afligidas y degradadas? La dulzura, la paciencia, la persuasion, la indulgencia y el agrado son medios mas seguros de ganar la juventud, que no la cólera, la crueldad y la dureza.

Muchos padres instruidos, pero llenos de un escesivo entusiasmo de la sabiduría, querrian que sus hijos fuesen unos prodigios; ¿mas ignoran acaso que la educacion no hace prodigios sino cuando la naturaleza le ofrece los materiales necesarios para efectuarlos? Los niños precoces ó prodigiosos, por lo regular llegan á ser despues unos hombres muy medianos: esto no debe admirarnos, porque para egercitarlos felizmente y con buen éxito, es menester que los órganos hayan adquirido consistencia y vigor: exigir que un niño muestre una aplicacion continuada é intensa, es querer que sea mas fuerte de lo que su edad le permite. Los discípulos que se desea que adelanten con demasiada prontitud en la carrera de las ciencias, ó se disgustan y desaniman, ó se consumen y enferman con los esfuerzos que se emplean: los niños de quienes se pretende hacer prodigios solo suelen tener mucha memoria, pero poco juicio; son máquinas frágiles y quebradizas, cuyos resortes se violentan y rompen: en cuanto á los niños que reflexionan antes de

haber llegado á la madurez, estos suelen tener una salud muy delicada y morirse temprano. *No comprimas con mucha fuerza y rigor*, dice Focílides, *la mano de un tierno niño.*

No se obstinen, pues, por una necia vanidad los padres sensatos ó los maestros en violentar la naturaleza, sino antes bien consúltenla auxiliando sus facultades, sin jamás ponerla obstáculos algunos. En la tierna edad el espíritu, ansioso de sensaciones, necesita estar en contínuo movimiento, y así no puede detenerse en las cosas ni trabajar con orden. Cuanto mas activa es la imaginacion, tanto menos sufre la violencia; en vez de amortiguarla, es necesario aprovecharse de esta misma curiosidad traviesa y revoltosa, la cual sábiamente dirigida es una disposicion muy favorable. Conviene por lo tanto no ocupar la juventud por mucho tiempo en unos mismos objetos; variando lós estudios se forma de ellos un entretenimiento, y los maestros pueden entonces descubrir las inclinaciones que anuncian sus discípulos, las cuales se guardarán mucho de contrariar.

Uno de los mayores defectos de la educacion comun es el ser despótica, humillante y capaz de destruir los resortes mas poderosos del alma. Los padres y los maestros hablan à sus discípulos como á esclavos; se valen y aprovechan de su credulidad; juzgan que es degradarse el raciocinar con ellos, esponerles los motivos de sus preceptos y darles á conocer la justicia de sus deseos y el interés que el discípulo tiene en prestarse á ellos. Esta educacion servil solo es buena para formar autómatas privados de razon, faltos de principios, siempre inciertos y vacilantes, incapaces de juzgar por sí propios, y que necesitan toda su vida de los andadores de la costumbre y de la autoridad. Cuando esto no, semejante educacion tan poco razonada, encuentra en los espíritus activos unos rebeldes, siempre armados contra las lecciones, que suponen no tienen otro fundamento que los caprichos de los tiranos á quienes detestan.

En compadecerse de la flaqueza y debilidad de la tierna y juvenil edad, en acomodarse á su capacidad y facultades, en hacerse niños como ellos para ganar su confianza, es en lo que consiste el gran arte de la educacion. De este modo el padre ó el maestro, separando de sus preceptos y doctrina lo que tiene de cruel y feroz, se conciliarán la confianza y el cariño de sus discípulos. Es menester razonar con ellos si es que se quiere hacerlos racionales: y no engañarlos nunca si se quiere merecer su confianza y respeto; una educacion despótica no puede formar sino tontos ó malvados.

Los padres racionales y prudentes ¿deberán entristecerse y afligirse porque sus hijos no tengan las inclinaciones, talento y gusto que ellos tienen? ¿Los aborrecerán porque la naturaleza no les haya dado la misma fisonomía y facultades intelectuales? ¡Lejos de todo padre justo y prudente tan inhumanos y crueles sentimientos! Si no puede formar de su hijo un sábio, puede al menos hacer de él un hombre de bien. Los grandes talentos están

reservados á muy pocos mortales; mas toda criatura racional puede aprender á querer y apreciar la virtud, á conocer sus ventajas, y á penetrar los motivos que inducen á practicarla. No hay discípulo en quien, acomodándose á su edad, no se pueda en su infancia sembrar y hacer que florezca y fructifique la sabiduria. Mas á un padre le es mucho mas importante que su hijo llegue á ser un dia justo, reconocido, sensible á sus beneficios y compasivo de su vegez, que no que sea hombre de gusto, erudito, geómetra, jurisconsulto ó metafísico. A la sociedad le interesa tambien mucho mas estar poblada de hombres de bien que no de literatos malvados, de sabios perversos, de poetas aduladores, ó de hombres de talento pero sin buenas costumbres. Las familias necesitan de hombres de bien, y las naciones de ciudadanos virtuosos.

Muy raras veces los ricos y los grandes esperimentan el dulce placer de ser padres. Solo dando à los hijos una buena educacion es como se adquiere el derecho de tales; la educacion pone los fundamentos de la felicidad futura de los padres, de los hijos, de las familias y de las sociedades. Para muchas personas la cualidad de padre no impone ninguna obligacion, y para otras es una carga pesada, de la que procuran librarse á toda costa.

Sin embargo, sería prudente el que un padre no perdiese nunca de vista á sus hijos: ninguno es mas interesado que él en dirigir su educacion de modo que contribuyan algun dia á su felicidad. A la vista de unos padres atentos y cariñosos, los hijos contraerán aquel cariño mesclado de temor y de respeto, que constituye la piedad filial. Alejando de sí á sus hijos, y abandonándolos á una autoridad estraña, los padres como que renuncian á sus mas preciosos derechos, haciéndose, digámoslo así, estraños y desconocidos para su descendencia. No se admiren en este caso los padres de encontrar en sus hijos un dia súbditos rebeldes al yugo que deben sufrir de contínuo, porque durante el destierro de la casa paternal habrán aprendido muchas cosas que debieran ignorar, y contraido pasiones, defectos y costumbres, que en vano sus padres intentarán combatir y desarraigar; ya entonces estos hijos indóciles no verán en sus nuevos maestros, á cuya autoridad no están acostumbrados, sino usurpadores, censores, tiranos y enemigos. Estos son los frutos que por lo comun recogen tantos padres, que no han cuidado de sembrar y cultivar la virtud en los corazones de sus hijos; estos causan á sus padres pesadumbres y aflicciones tan largas como su vida, las cuales muchas veces los precipitan al sepulcro (1).

Si la educacion doméstica ó particular es ordinariamente defectuosa y descuidada, la educacion pública ha sido hasta aquí incapaz de producir ventajas reales y verdaderas á la socie-

(1) Muchos padres negligentes pudieran apropiarse la sentencia de un árabe, que dice: «Cuanto plantares en tu jardin dará alguna utilidad; mas si plantas un hombre te esterminará á tí quizá algun dia.»
Sentent. Arab.

dad. Ella por lo comun ha sido confiada á unos hombres sin las luces y cualidades necesarias para formar esposos virtuosos, padres de familia, hombres de estado, y buenos ciudadanos. En casi todas las naciones, la educacion es un despotismo que egercitan ciertos pedantes sin conocimiento ni esperiencia del mundo sobre una juventud á quien atormentan sin fruto: su proyecto solo parece que es hacer perder el tiempo tristemente á los niños cuyos padres únicamente se proponen librarse de este cuidado. Estos preceptores regularmente hacen principiar á sus discípulos por el estudio abstracto de una gramática incomprensible que conduce al conocimiento de algunas lenguas muertas, que muy pocos de ellos al salir de sus estudios poseen medianamente. Mas la rutina, que nunca razona ni discurre, es la ley que gobierna á estos maestros que tendrian por delito el separarse de ella.

Las letras, la poesía, la elocuencia, los escritos sublimes de los antiguos son sin duda capaces de ocupar agradablemente el tiempo de los que, desde muy temprano, han conocido cuán deleitoso es el estudio; mas estos deleites son estériles si no van acompañados de la utilidad. De que un hombre haya aprendido à conocer las bellezas de Homero, Virgilio y Horacio ¿qué bienes resultan á la sociedad, si este hombre no sabe al mismo tiempo ser buen padre, buen amigo y buen ciudadano? El espíritu mas ilustrado es inútil á los demás si no está habituado á la virtud, siempre inseparable del amor del género humano. Una educacion que solo forme sábios ó eruditos, no puede ser comparada con la que haga hombres de bien, mucho mas necesarios á la vida social que no los eruditos, cuyas investigaciones conducen para poco, ó que los grandes talentos que á veces suelen desentenderse de cumplir con los deberes de la sociedad.

Por el corazon debiera comenzar siempre la educacion; la utilidad del hombre es el verdadero objeto de todos los conocimientos humanos; á ella como á un centro comun, debieran referirse las ciencias, las letras y las artes. Nada mas facil en nuestro siglo que procurar á la juventud una educacion que adorne é ilustre su espíritu con las obras maestras de los griegos y romanos, formando su gusto por estos modelos; pero nada al mismo tiempo mas dificil que inspirarla ideas y costumbres honestas.

El mayor defecto de la educacion pública es el ser comun ó general, esto es, no adaptada á los caractéres, disposiciones naturales, é inclinaciones de los niños que la reciben, y menos á las diversas profesiones á que sus padres los destinan. El noble y el plebeyo, el hijo del militar y del magistrado, los hijos de los grandes y los pobres, los discípulos penetrantes y estúpidos, todos reciben las mismas lecciones que los colegiales ó los novicios destinados á ser cenobitas, teólogos y sacerdotes. Estos últimos son los que están encargados en todos los paises de la enseñanza; por consiguiente no inspiran en su educacion à los jóvenes otros conocimientos que los que ellos necesi-

tan, y han recibido para su instituto y profesion.

Los que mayores progresos han hecho en esta educacion pública, saben el griego y latin, han recorrido la antigüedad tanto sagrada como profana, y han aprendido una multitud de palabras y sentencias; mas ignoran lo que es indispensable saber para llenar los deberes del estado que ocuparán en el mundo.

¿Qué diremos de esa ciencia abstracta y tenebrosa que usurpando atrevidamente el nombre de *filosofia*, termina ordinariamente la educacion pública? Diremos, que lejos de instruir la juventud esta pretendida filosofia, solo se propone aprisionar al entendimiento humano con lazos y redes de que no se puede libertar; por medio de ella todo se convierte en problema y oscuridad; el arte de raciocinar, envuelto en términos bárbaros, únicamente se propone al parecer el disgustar y aburrir á los buenos talentos de la razon y del examen de la verdad. Una vana lógica enmarañada de sutilezas, sirve de introduccion á una metafísica tortuosa y aérea, en la cual la imaginacion, perpétuamente descarriada, se abisma penosa y angustiadamente en profundidades impenetrables, enteramente estrañas é inútiles al bienestar de la sociedad.

La educacion nacional, siempre guiada por una rutina que mira como sagrada, no da á sus alumnos sino muy débiles nociones de la naturaleza. La física en sus manos raras veces sigue la marcha de la razon, que solo reconoce por su guia á la esperiencia, y la cual perfeccionada con el tiempo, se hace superior y preferible á las vanas hipótesis que la ignorancia y la preocupacion miran como una verdadera ciencia.

No hablaremos aquí de esa moral estóica, rigorosa y antisocial, que la educacion presenta á los hombres como el camino de la perfeccion. A poco que se examine, se hallará que esta moral feroz no se ha hecho para hombres en sociedad, y que si fuera posible reducirla á la práctica, disolveria la misma sociedad, separándose los hombres de ella para ir á poblar los desiertos. Sin embargo, esta moral es la que inspira á sus discípulos la educacion pública; ellos la admiran como maravillosa, pero sin tener nunca fuerza y valor para practicarla.

¿Y qué juicio formará un hombre de buen entendimiento de ese venerado escolasticismo que apoderado de la moral, la constituye problemática, oscura é imposible de entender y mucho mas de practicar?

Podemos decir, en general, que entregando sus hijos á la educacion pública los padres solo tratan de librarse y desembarazarse de ellos, mirando con indiferencia el que inviertan bien ó mal los años mas preciosos y mas importantes de su vida.

Dirémos ademas que, conforme á los designios políticos que hemos condenado en los antiguos sacerdotes del Egipto y la Asiria, los que estan al frente de la educacion moderna se proponen únicamente envolver y rodear todas las ciencias de tinieblas y obstáculos, con el designio de retardar

los progresos del entendiemiento humano. Todo hombre que desea aprender é ilustrarse, se halla á cada paso detenido y ofûscado con las densas y oscuras nubes de que los sofistas han rodeado artificiosamente la verdad; á cado instante halla que tiene que combatir ya con la autoridad de los filósofos antiguos, comunmente guiados de un vano entusiasmo; ya con las preocupaciones de los modernos, seducidos, y engañados de un ciego y profundo respeto á la antigüedad, la cual raras veces consultó la razon y la esperiencia, todavia hoy lastimosamente pospuestas á la autoridad.

Todo el que aspira á descubrir la verdad, que la educacion pública y las causas que concurren con ella se han empeñado en ocultar de sus ojos, se vé precisado á caminar solo y desamparado, antes bien que consultar unas guias que no harian sino seducirle y descaminarle. La moral, tan necesaria á los hombres, evidentemente fundada en su naturaleza, y cuyos principios son tan claros para los que se dignaren consultarla, se halla todavia para muchas personas sepultada en el profundo pozo de Demócrito, sin que en su concepto pueda ser encontrada y conocida sino de los que osaren bajar á él.

Por pequeña que sea la atencion que se haya prestado á los principios establecidos en esta obra, y á los deberes generales y particulares que deben arreglar la conducta de los ciudadanos en cada estado, se reconocerá fácilmente que una buena educacion no es ni puede ser en realidad otra cosa que la moral hecha familiar á la juventud, ó cuyos principios le son inculcados desde muy temprano, para servirle despues de guia en todo el curso de la vida.

¿Qué es, pues, educar á un príncipe? Es inspirarle desde sus primeros años las ideas, disposiciones, deseos, voluntades y pasiones que debe tener para bien gobernar un dia al pueblo, con cuya felicidad la suya propia estará unida con unos vínculos indisolubles: es mostrarle el interés que tiene en ser justo, á fin de ser amado, respetado y obedecido voluntaria y gozosamente por una nacion numerosa y floreciente, cuya prosperidad necesariamente influirá en la de su gefe; es hacer que nazcan en el que algun dia debe mandar á los hombres, unos sentimientos capaces de grangearle su aficion inviolable; es acostumbrar á este príncipe á que tiemble y se estremezca al ver en la historia las desgracias de las naciones y los tronos derrivados por las pasiones ó la negligencia y debilidad de tantos soberanos, que no conocieron el arte de gobernar. De donde se infiere que la educacion de un príncipe consiste en inculcarle de contínuo que sea justo, para que goce de un poder seguro; que trabaje en la felicidad de sus súbditos, para ser feliz; que tema oprimirlos ó abusar del poder supremo, para que no se atraiga desgracias inevitables. Equidad, firmeza, amor del orden, vigilancia, gusto al trabajo, pasion de la verdadera gloria, afectos profundos de humanidad, hé aquí las disposiciones que ha de inspirarse y promover-

se en el corazon de los que han de regular el destino de los imperios.

Educar á un jóven destinado á ocupar un dia grandes empleos y dignidades, es inspirarle desde niño la noble ambicion de agradar á sus conciudadanos, de merecer su reconocimiento y aplausos por el bien que les hiciere y los talentos que mostráre; es inflamar su corazon con la idea de la gloria, ó de la estimacion de todo un pueblo; es enseñarle á segundar los sabios designios de un soberano, de cuya autoridad participará algun dia; es hacerle conocer que para lograr que esta autoridad sea halagüeña y durable, debe ser benéfica, justa é ilustrada; es mostrarle en la historia y en las obras útiles, los recursos del hombre de talento en favor de la felicidad de los pueblos; es, en fin, hacerle ver con horror y con espanto las frecuentes caidas de tantos indignos favoritos, que por el abuso que hicieron del poder, se han visto precipitados de la cumbre de la grandeza al abismo del oprobio y de la miseria, terminando muchas veces su vida con una infame muerte.

La educacion del noble y del que es destinado á la carrera de las armas, debe proponerse darle una fortaleza y firmeza de alma que le acostumbren desde la edad mas tierna á mirar sin temor los peligros y la muerte. Para escitar en él este valor guerrero, es preciso inspirar en su corazon juvenil la idea del honor, el amor de la patria, el deseo de adquirir un derecho al aprecio y estimacion de sus conciudadanos, y el temor de perderlos con una conducta vil y cobarde. Esta educacion debe ocuparse en combatir, ó mas bien en prevenir el necio orgullo que les dá el nacimiento, y que persuade á muchos nobles que su sangre es mas pura que la de los ciudadanos á quienes deben defender para ser justamente respetados de ellos: esta educacion debe moderar un valor que degeneraria despues en ferocidad, por medio de los afectos de humanidad que deben acompañar al guerrero aun en el ardor de la batalla. Todo debiera inspirar al hombre verdaderamente noble una noble elacion, el horror á la esclavitud, el verdadero patriotismo, y el temor de ver sucumbir á su nacion bajo de la tiranía, que reduciria al guerrero mismo al infame y despreciable estado de un esclavo. En fin, la educacion militar debiera suministrar á sus alumnos la esperiencia y conocimientos necesarios para desempeñar con honor las funciones de de su estado, y minorar los peligros á que un valor mal dirigido los arriesga muchas veces. El estudio de la historia, de la geografia, de la táctica etc., es indispensable á todo militar que aspira á egercer y desempeñar dignamente su profesion, y no como un salvage feroz, ó como un autómata, que solo sabe matar y despreciar la muerte. ¡Qué reunion prodigiosa de conocimientos no se necesitan para formar un ingeniero, un marino, un general que no quiera entregar inútilmente los hombres á la muerte!

El que está destinado á ser un dia órgano de las leyes, protector del ciudadano y ministro de la equidad, debe

penetrarse desde sus primeros años de un santo respeto á la justicia y á la funcion augusta que desempeñará en la sociedad; sabrá que debe establecer su honor y su gloria en sus conocimientos é integridad; estudiará las leyes, y sobre todo meditará las reglas constantes y seguras de la equidad natural ó de la verdadera moral, que guiarán sus pasos en el tortuoso laberinto de una jurisprudencia oscura y tenebrosa, del que á veces cuesta tanto trabajo el poder salir.

El jóven á quien se le prepara una grande fortuna, debe ser escitado y conmovido fuertemente desde su infancia con afectos de humanidad, beneficencia y conmiseracion con aquellos á quien la suerte no ha favorecido como á él: y debe desde luego saber que las riquezas no dan preeminencias verdaderas á los que las poseen, sino en cuanto les proporcionan los medios de ser felices y dichosos en la felicidad que procuran á los demás. La educacion de los niños opulentos debiera precaverlos de los vicios y vanidades que tanto los atormentan y conducen à la ruina sin causarles placeres verdaderos algunos: ademas debieran cultivar su espíritu para sustraerlos del mortal fastidio que producen siempre la hartura y la ociosidad.

La educacion del que se consagra al sacerdocio, consiste en inspirarle los sentimientos y comunicarle los conocimientos convenientes á su estado. Hallándose los ministros de la religion encargados en casi todos los paises de la educacion de la juventud, deberian por lo tanto trabajar con el mayor empeño en estudiar y simplificar la moral y hacerla familiar, para que de este modo sembrasen las primeras semillas en el corazon de sus discípulos, y pudiesen predicarla con fruto á las naciones cuya instruccion les está confiada: reservando para entre sí las especulaciones difíciles y espinosas, impropias del comun de los mortales, el clero deberia anunciar á los pueblos solamente aquellas verdades relativas á las buenas costumbres, y verdaderamente necesarias á la felicidad de la vida. De sus meditaciones deben los hombres esperar un *catecismo moral y social*, del que resultarian los frutos que no producirán jamás las cuestiones inaccesibles á la razon. ¡Qué reconocimiento no tributaria el género humano entero á los sacerdotes que, como buenos ciudadanos, empleasen su tiempo y estudios en hacer la moral tan clara que igualmente fuese entendida de los grandes que de los pequeños, de los soberanos que de los súbditos!

Cuando la educacion se propone formar sabios y literatos, debiera aprovecharse de las disposiciones naturales de la juventud, aplicando sus talentos á objetos verdaderamente útiles y provechosos á la vida social. Si se consultára sábiamente la inclinacion de los discípulos y se cultivasen los talentos en aquello á que se les viese inclinados, las naciones tendrian filósofos, geómetras, físicos, astrólogos, químicos, botánicos, médicos, etc., los cuales, por diferentes caminos, contribuirian al progreso de los conocimientos útiles al género humano. Una educacion mas moral y social retraeria la

imaginacion ardiente de la juventud de las penosas sutilezas á que se aficiona con tanto perjuicio suyo. La poesia ¿ perderia acaso sus gracias si, abandonando sus fábulas y ficciones, se ocupase en mostrarnos una naturaleza mas verdadera, y si en lugar de corrompernos con las pinturas seductivas del vicio, nos hiciese amable la virtud? La elocuencia ¿seria menos fuerte ó menos animada si solo se empleára en comunicar á los entendimientos verdades interesantes, y á los corazones afectos nobles y virtuosos? Demóstenes y Ciceron ¿son nunca mas grandes y admirables que cuando hablan á sus conciudadanos de objetos verdaderamente dignos de ocupar su atencion? Estudie, pues, la juventud estos modelos; saque de los escritos inmortales de la antigüedad el amor de la patria, de la libertad y de la virtud, y no el arte fútil y vano de adornar y hacer interesantes las puras bagatelas, de embellecer el vicio con nuevos hechizos, y de inventar ficciones y artificios. Las naciones, hartas ya y fastidiadas de los juguetes de su infancia, piden y claman porque se las ilustre é instruya. La verdad ¿no posee las mayores y mas variadas riquezas para ocupar dignamente las investigaciones del entendimiento humano? El hombre social y la naturaleza ¿no son en sí mismos un fondo inagotable?

Todo prueba, pues, que la moral debiera ser la piedra angular de la educacion social; esta debe proponerse atraer todos los estados de la vida á la razon, á la virtud y á la utilidad general: ella dará á conocer al que ha de disfrutar de la grandeza, la opulencia ó la autoridad, que estas ventajas son inútiles y perdidas para los que no saben emplearlas en bien y provecho de la sociedad. Esta educacion consolará al pobre y le mostrará en mil labores y ocupaciones diversas, en la industria y en la probidad, los medios seguros de librarse de la miseria y los delitos, y de adquirir una honesta subsistencia y tambien una honrosa abundancia.

En vez de inspirar á los hijos de los grandes una necia vanidad; de preocupar al hijo del noble con su vana genealogia y con el mérito dudoso de sus antepasados; de engreir al pretendiente á la magistratura con las vanas prerogativas de este empleo; y de infatuar al sacerdote con el orgullo de su ministerio, una educacion verdaderamente social debe inspirar á todos modestia, justicia, humanidad, en una palabra, virtud, sin la cual ninguna sociedad puede existir unida y dichosa.

Nada hace á los hombres menos sociables que su vanidad. Sin ofender ni deprimir las diversas clases ó gerarquias, una educacion nacional deberia combatir incesantemente las vanidades y destruir esas indignas preocupaciones que á los hombres mas elevados hacen frecuentemente orgullosos, injustos y aborrecidos de sus conciudadanos: esta educacion deberia inculcar desde la juventud, no que todos los hombres son iguales, sino que todos los hombres deben ser justos y benéficos; ella no debe enseñar que el hijo de un soberano ó de un grande es enteramente igual al hijo de un arte-

sano, sino que el primero debe alargar su mano benéfica al menesteroso, y que jamás tiene derecho de maltratar ó despreciar al que se halla en miseria. Los hombres no son iguales sino en la obligacion que todos igualmente tienen de ser buenos y útiles á sus semejantes, y de estar estrechamente unidos entre sí.

La verdadera moral no confunde los órdenes del estado, sino que prescribe á los ciudadanos que cumplan fielmente los deberes propios de cada esfera; manda que sean justos, que reunan sus intereses, que se socorran mútuamente y que se amen como prójimos, puesto que los unos se hallan favorecidos y los otros desgraciados y perseguidos por la ciega fortuna: y les prohibe el aborrecerse ó despreciarse, porque el desprecio y el ódio destruyen la armonia social. Toda sociedad es un todo concertado, cuya hermosura y perfeccion penden de la union de las partes que le componen. La instruccion mas importante á los hombres, considerados bien como individuos, bien en masa ó en cuerpo, seria la que les hiciese conocer que si estan separados y divididos de intereses, no pueden trabajar eficazmente en la grande obra de su constante felicidad, que solo puede conseguirse con los trabajos reunidos de todos los miembros y cuerpos de la sociedad. En toda nacion la justicia impone á los hombres una cadena de obligaciones que une á todos desde el soberano hasta el último de los súbditos, y de la cual ninguno puede sustraerse sin peligro.

Por tanto la educacion pública deberia establecer los fundamentos de la social armonía, tan necesaria á la felicidad de la vida privada como á la de la vida pública. Los preceptores de la juventud no debieran omitir, como lo hacen, el enseñar á sus discípulos los deberes á que un dia les obligará la sociedad conyugal; cuál sea el estado de un padre ó de una madre de familia; cuáles las conexiones del parentesco; cuáles los vínculos de la amistad; y cuáles, en fin, los deberes de amos y criados: objetos que nos ocuparán en el resto de esta obra.

De este modo la educacion imbuiria poco á poco el entendimiento y el corazon de los ciudadanos de conocimientos mucho mas útiles sin duda, que no los que se sacan de los estudios, por lo comun estériles tanto para el entendimiento como para el alma. ¿Para qué sirve recargar la memoria con los sucesos de la historia antigua y moderna, si de ellos no se sabe sacar alguna instruccion útil á la generacion presente? ¿Qué fruto recoge uno de la lectura de los filósofos y sabios de la antigüedad, si no aplica sus máximas y lecciones á su propia conducta? En fin ¿de qué aprovechan los talentos del alma si no contribuyen ni á nuestra felicidad ni á la de los otros? La educacion pública, en las naciones mas ilustradas, forma un gran número de sabios, de literatos, de poetas frívolos, y de hombres eruditos y festivos; pero muy pocos ciudadanos buenos, ni hombres útiles para la patria ni para sus familias, ni aun individuos capaces de conservarse y hacerse felices á sí propios.

Si la educacion pública deja entre nosotros á la juventud en una completa ignorancia de lo que debiera saber, no la preserva tampoco del conocimiento de los vicios que eternamente debiera ignorar. Los colegios, estos santuarios destinados á conservar la inocencia y pureza de la edad juvenil, sirven por lo comun para hacerle contraer hábitos funestos y capaces de influir en la salud y bienestar de toda la vida: un solo jóven corrompido basta á veces para corromper á todos sus compañeros. Nada es mas comun que ver una juventud enervada y enferma por la disolucion, y acostumbrada á los mas feos vicios, en el centro mismo de los asilos erigidos para preservarla de estos peligros.

Sin una reforma fundamental, la cual los gobiernos solamente pueden hacer, la juventud, aun en los paises mas civilizados, estará por mucho tiempo privada de una educacion conforme á los verdaderos intereses de la sociedad. Los padres de familia que quieran conservar las buenas costumbres de sus hijos, y formarlos segun la sabiduria, la verdadera ciencia y la probidad, se verán reducidos á educarlos por sí mismos, si fuesen capaces de ello; ó si no tendrán que buscar preceptores dignos de su confianza, de su aprecio y de su reconocimiento.

Estos, para corresponder á sus designios, se guardarán mucho de usar con los niños que quieran formar en la sabiduria y virtud, del tono imperioso de la pedanteria. Sabrán muy bien que la tirania cria esclavos; que los castigos arbitrarios no sirven mas que para irritar á los discípulos; y que no conviene hacer molestos sino amables los preceptos. Verán que las faltas confesadas merecen indulgencia, para alentarlos de este modo y acostumbrarlos al candor y la franqueza. Reconocerán que la razon bien presentada y propuesta, se deja escuchar desde la edad mas tierna, y que así persuade y convence mas que no los preceptos no motivados, que hacen de los niños unas puras máquinas. *Un hombre bien nacido*, dice Ciceron, *solo obedece á los que le dan preceptos útiles, le instruyen en lo que debe aprender, y le mandan con una autoridad cuya utilidad en obedecerla él mismo reconoce.*

Los buenos preceptores sabrán que la infancia es sensible á la estimacion y á la vergüenza, y que estos móviles pueden ser empleados felizmente en la edad mas tierna. Observará fácilmente que una aplicacion intensa y continuada daña la salud, y hace odioso el trabajo. Todo, en fin, les hará moderar prudentemente su autoridad. ¿Hay cosa mas fea que esa pedanteria tan comun que se vanagloría del poder que impunemente egerce sobre una tierna criatura, cuyas faltas en su edad merecen mas piedad que castigo? Los castigos repetidos solo producen almas bajas y embusteros faltos de ideas de honor, y pierden todo su efecto si se hacen habituales; los castigos no deben ser rigorosos, sino cuando se trata de sofocar las semillas de aquellas cualidades que anunciasen un mal corazon. La negra malicia, la altaneria, la mentira, la injusticia, la ingratitud, la

crueldad, deben ser reprimidas con el mayor cuidado; mas las faltas y defectos que provienen de la viveza, ligereza y travesura de la edad deben ser fácilmente perdonadas.

Estos son los caminos que la razon propone á los preceptores de la juventud: esta es, en general la conducta que ellos deben observar para hacer eficaces sus instrucciones: semejantes maestros deben ser honrados, queridos y dignamente recompensados; y adquirirán derechos seguros y sagrados al eterno reconocimiento de los padres justos, y al de sus mismos hijos; estos tarde ó temprano llegarán á conocer lo que deben á unos hombres que sin desalentarse ni aburrirse por sus faltas, por su indolencia, por sus travesuras y por su pereza, han conseguido á fuerza de trabajos y desvelos formar de ellos unos ciudadanos apreciables, y hacerles amar el estudio y la aplicacion, en que hallarán toda su vida recursos seguros contra la ociosidad y el fastidio que atormentan á todos los hombres desocupados y perezosos: en suma, reconocerán que una buena educacion es el mas grande beneficio, y que nunca podrán suficientemente pagar los trabajos y fatigas de los que se la dieron.

Si la educacion de los hombres se halla por lo comun tan descuidada y desatendida tanto por los padres imprudentes, como por los gobiernos poco sabios, la educacion del sexo destinado á formar buenas esposas y madres, la vemos enteramente olvidada en casi todas las naciones. El baile, la música y la aguja, hé aquí ordinariamente toda la ciencia que se enseña á las jóvenes que un dia han de gobernar familias. ¡Hé aquí las perfecciones y talentos que se exigen de un sexo de quien depende la felicidad del nuestro! Una madre se tiene por vigilante y cuidadosa cuando atormenta cruelmente á su hija por menudencias y bagatelas, que ella misma debiera desatender y enseñarla á despreciar. Estas bagatelas parecen sin embargo tan graves á los ojos de la mayor parte de las madres, que causan en ellas su contínua rabia y mal humor, y en las hijas un manantial inagotable de pesadumbres y de lágrimas. En vez de formar sus corazones á la virtud, de hacerlas conocer las obligaciones que algun dia deberán cumplir, de adornar el entendimiento que han recibido de la naturaleza con conocimientos que las liberten del fastidio á que estarán espuestas mucho mas que los hombres por todo el curso de su vida, la educacion que se les dá no tiene al parecer mas objeto que enloquecerlas, inspirarlas en brazos todavia de sus amas el gusto del ornato y de la vanidad, hacerlas fijar su atencion en las gracias del cuerpo, y descuidar enteramente los adornos del alma. Pudiera muy bien decirse que esta educacion únicamente se propone formar ídolos que se alimenten de inciensos y adulacion, y que vivan en una total ignorancia de lo que deben á su patria. Lo mismo que los príncipes las mugeres son aduladas, y desconocen los deberes de la vida social: el modo comun de educarlas dá á entender que se teme que sean racionales. So-

lo se las ocupa en el adorno y las modas, no se las habla sino de diversiones, espectáculos, bailes y tertulias; se les dan egemplos y lecciones de desenvoltura, se las prepara de antemano al imperio que un dia han de egercer; y en fin, se las sugieren medios de irritar las pasiones, á que se les debiera inspirar el mayor horror.

Así no es de admirar que las mugeres, criadas con estos principios, carezcan de las cualidades necesarias para contribuir á la felicidad de los demas, y ser ellas felices. Tampoco debemos sorprendernos al verlas caer frecuentemente en los lazos de la galanteria, ni de que sean incapaces de fijar con sus cualidades morales la inconstancia de los aduladores momentáneamente seducidos por sus encantos. Una doncella, á quien su educacion nada le ofrece de mas importante que el arte de seducir, no tarda en poner en práctica estas lecciones, cuando se vé en libertad: de aquí las intrigas y desarreglos que, como hemos visto, introducen entre los esposos eterna desunion y discordia: de aquí la ociosidad de las mugeres, cuyo fastidio las conduce á diversiones ruinosas ó á placeres culpables: de aquí esa vaciedad de espíritu que, al marchitarse su belleza, las hace inútiles, odiosas, é incomodas en la sociedad, obligándolas á buscar ya en las intrigas y tercerias, ya en una melancólica devocion, remedios contra el aburrimiento que las consume y devora.

Prescindiendo de las lecciones y egemplos peligrosos de una madre sin pundonor ni seso, no hay situacion mas dolorosa que la de su hija, principalmente si la naturaleza la ha dotado de alguna belleza: esta infeliz entonces no tarda en disgustar y hacerse aborrecible á su madre; apesadumbrada de ver eclipsados sus hechizos por la hermosura naciente de su hija, la mira como á una rival y enemiga perjudicial á sus pretensiones personales; por consecuencia la hace sufrir incesantemente su continuo mal humor, y los efectos á veces bárbaros y crueles de su furiosa vanidad. Desgraciada por la dureza y el maltratamiento de su madre se vé la hija precisada á tomar el primer partido que la liberte de la tirania maternal, y lo menos malo es que, para sustraerse de ella, caiga bajo el despotismo de un marido, que acaba con la muerte.

La educacion que se dá á las jóvenes, no es capaz de preservarlas de estos inconvenientes. Para librarse de ellas, cuando ya incomodan á sus padres en sus placeres y estravios, las meten estos en colegios ó conventos al cuidado de monjas y maestras, las cuales enteramente separadas del mundo, ninguna idea tienen de él. Las personas consagradas al celibato ¿serán jamás capaces de instruir á una jóven en los deberes de la vida conyugal? Unas mugeres faltas de esperiencia ¿cómo han de saber instruirla y armarla contra las seducciones y peligros que no conocen sus mismas maestras? Si les dan algunas lecciones de moral, son comunmente desfiguradas con delirios y ridiculeces supersticiosas, haciendo consistir ordinariamente la virtud en prácticas aparen-

tes y esteriores, enteramente contrarias, ó poco interesantes al bien de la sociedad. Una educacion semejante solo es buena para llenar el alma de vanos escrúpulos, terrores pánicos, y pequeñeces capaces de inquietar el sosiego del alma sin servir de freno poderoso á las pasiones que inspira y produce el mundo.

Educada de esta manera una jóven sin talentos, sin ideas ni esperiencia, sale de repente de su carcel para pasar á los brazos de un marido á quien no conoce, cuya felicidad y la de sus hijos ella misma debe hacer. Mas esta jóven, destituida de principios y sin conocimiento de sus obligaciones, procede y obra por casualidad y á la ventura, y si no encuentra en su marido, por un feliz acaso, discrecion y luces que la sirvan de guia, presto cae en los lazos, y se vé dominada de los caprichos y locuras de una sociedad corrompida.

A la educacion funesta que se dá á las mugeres, deben atribuirse visiblemente sus debilidades, sus imprudencias, sus pequeñeces, los desórdenes que tan frecuentemente causan en el mundo, y en fin las aflicciones y fastidio que les acarrean y sirven un dia de castigo á sus locuras. Nada es mas triste que la suerte de una muger que, sobreviviendo á sus atractivos, y en el abandono en que el mundo la deja, no encuentra en sí misma mas que un horroroso vacío con que suplir las adoraciones, los entretenimientos ruidosos y los contínuos placeres á que se hallaba habituada. Sin embargo, esta es la suerte á que la educacion las condena. Padres ignorantes y sin prevision descuidan instruir á estos entes sensibles, fortalecerlos contra los peligros de su corazon mismo, é inspirarles valor y virtud: no parece sino que temen que las cualidades morales del alma perjudiquen á los adornos del cuerpo. ¿No es claro y evidente que un entendimiento ilustrado da á la hermosura mas realce é imperio, y que la virtud hará mas apreciable á esta hermosura, y la sustituirá cuando desaparezca? Como las flores delicadas y pasageras, las mugeres se creen destinadas á agradar por algunos instantes, y no mas. ¿No debieran antes bien proponerse que fuesen mas durables los homenages que las rinden? ¿Cuánto mas encantadora es la belleza cuando está acompañada de pudor, de talentos, de razon y de virtudes? Una jóven bella y virtuosa es el objeto mas hermoso que la naturaleza puede ofrecer á nuestra vista.

No tema, pues, este sexo agradable, destinado á las delicias y dulzuras de que disfruta el hombre, de cultivar su entendimiento: los conocimientos útiles nunca ofenderán á sus gracias. Cuide sobre todo de cultivar un corazon que la naturaleza ha hecho susceptible de virtudes sociales. De este modo agradarán constantemente, egercerán un imperio mas halagüeño y lisongero que ese poder efimero, debido solamente á los atractivos de la hermosura, tan fáciles y propensos á marchitarse; darán constancia á los afectos que legítimamente inspiraren; se grangearán homenages sinceros, mas permanentes y apetecibles

que los que las prodigan los engañosos seductores, que solo aspiran á abusar de su flaqueza y credulidad; serán honradas y deseadas durante su vida; hasta en la vegez y en la soledad encontrarán en sí mismas los conocimientos que las adornen; y por último, gozarán de la estimacion pública y de una serenidad preferible al tumulto de los placeres, y á esas vanas diversiones que ordinariamente ofrecen un entretenimiento momentáneo al mortal y contínuo fastidio.

No hay la menor duda en que la conducta de las mugeres influye del modo mas notable y poderoso sobre las costumbres de los hombres. Así que, todo debe convencernos que el mayor cuidado que se pusiese en la educacion de esta mitad la mas amable del género humano, produciria en la otra una feliz mudanza. Se dice, y con razon, que el trato de las mugeres contribuye á la sociabilidad de las costumbres; pero lo que en las naciones vanas y corrompidas se califica de sociabilidad en las costumbres, no suele ser sino molicie, ligereza, descuido y olvido de los propios deberes. Para complacer á las mugeres necias y atolondradas, los hombres únicamente piensan en adornos, trenes y bagatelas, y se afeminan de este modo. La fortaleza de alma, la firmeza y virtud varonil ceden y dejan el lugar que tenian á la indolencia, al lujo, la necedad y la galantería. En los paises donde las mugeres locas están en posesion de dar el tono y modelar los gustos, la sociedad se llena de ociosos amantes, necios requebradores y toda clase de viciosos; pero los hombres de razon y virtud son rarísimos en los dichos paises. La educacion que se dá á las mugeres hace que sus hijos salgan señoritos mimados y corrompidos, á quienes para tener contentos es menester tenerlos divertidos.

Sin embargo de estas perniciosas influencias de la conducta de las mugeres en las costumbres racionales, no demos oidos á las tristes declamaciones de algunos moralistas antiguos y modernos que se afanan en persuadirnos que la razon, solidez y prudencia no son propias de esta porcion preciosa de la sociedad. Una educacion muelle y en un todo defectuosa es la verdadera causa de que tantas mugeres tengan los cuerpos débiles y mucho mas las almas. Este carácter frívolo, esta especie de infancia perpétua, esta falta de hábito de reflexionar, las entregan irremediablemente á la adulacion, á las asechanzas del vicio, á las vanidades del lujo y á todas las estravagancias introducidas por la negligencia de los legisladores, y por el fausto y corrupcion de las cortes que hombres y mugeres sin seso hacen alarde de imitar.

No es la naturaleza la que da á tantas mugeres esa molicie, esa aversion al trabajo, esa debilidad de cuerpo y esas enfermedades habituales tan comunes en las grandes y opulentas: estos efectos son producidos de falta de egercicio y de una vida demasiado sensual, que impiden desde la edad mas tierna que adquieran los cuerpos el vigor que necesitan y contribuyen á que sea mayor su natural delicadeza. La

vida disipada y los desórdenes que produce el lujo, hacen que las mugeres de una cierta clase no puedan ni quieran criar á sus hijos, violando de este modo el primero y mas sagrado deber que la naturaleza impone á las madres. Sin embargo, esta debilidad y flaqueza no son inherentes al sexo: las aldeanas nos muestran que tienen no solamente fuerza para cumplir con los deberes de madres, sino tambien que el hábito las hace capaces de soportar los mas duros trabajos.

En cuanto á la fortaleza de alma los egemplos de las ciudadanas de Lacedemonia y de Roma bastan para convencernos de que las mugeres, dirigidas por una educacion mas esforzada y varonil, y una sabia legislacion, son susceptibles de grandeza de alma, de patriotismo, de ardor por la gloria, de firmeza, valor, y en una palabra, de todas las pasiones generosas; estos egemplos debieran confundir y avergonzar á tantos hombres cobardes como vemos en los paises enervados por el lujo y el despotismo, dos cosas que degradan las almas y las separan de los objetos verdaderamente útiles y nobles: la tiranía no quiere reinar sino sobre personas sin actividad, ni elevacion, ni fortaleza, ni virtudes.

Es preciso, pues, repetirlo: solo de un gobierno vigilante y benéfico pueden esperar las naciones una educacion legal, mas conforme á las buenas costumbres y mas ventajosa al bien de la sociedad. Sin recurrir á impuestos y gravámenes onerosos, los estados cultos y sabios hallarán medios abundantes de proporcionar á las diferentes clases de ciudadanos la educacion que necesitan, en las cuantiosas rentas de tantas casas y colegios erigidos á este intento, y que tan mal corresponden á su instituto y á las esperanzas del público. Honrando y recompensando la utilísima profesion de educar la juventud, los pueblos no carecerán ni de sabios ni de hombres justos y rectos que ayuden los designios y desvelos de los soberanos. Los conocimientos en todo género se simplifican, facilitan y perfeccionan de dia en dia; los principios de la moral, como hemos visto, son tan claros que con la mayor facilidad puede comprenderlos la parte mas sensible del pueblo; este no es bárbaro y grosero sino porque se descuida su instruccion, y se le condena á vegetar en una ignorancia imbécil y salvage. Los hijos de las gentes del pueblo están en casi todos los paises, abandonados á sus caprichos é irregularidades, viéndoseles en las calles y plazas contraer desde la edad mas tierna, hábitos y vicios que los conducirán algun dia al cadalso.

Aunque, como hemos dicho arriba, todos los hombres no sean susceptibles de una educacion misma, y sea casi imposible educar dos jóvenes precisamente de una misma manera, sin embargo es posible y fácil educar á los hombres en comun, dirigirlos hácia ciertos objetos, y uniformar las pasiones de un pueblo. No hay en una nacion dos hombres en todo semejantes ni en las facultades intelectuales; pero no obstante esto se halla una semejanza general en los rostros y en las ideas del mayor número de individuos. Aun-

que no haya dos españoles que se asemejen en un todo, sin embargo el carácter general de la nacion española es la gravedad, la honradez, la taciturnidad, y la pereza. Aunque dos franceses no sean enteramente semejantes, hallamos que la generalidad de la nacion es alegre, activa, urbana, sociable, voluble, vana y amante del lujo. El carácter y costumbres de las naciones dependen en primer lugar de la naturaleza del clima que influye en los cuerpos; y en segundo del gobierno, la educacion, las opiniones y los usos que influyen en el ánimo y forman las costumbres nacionales; estas costumbres nunca son mas que hábitos contraidos por el mayor número de hombres que componen las naciones.

Sin necesidad de las luces y conocimientos que la educacion proporciona á las personas de un órden elevado, el pueblo es susceptible de recibir aquella parte de instruccion y de moral, la necesaria para su conducta, ó para minorar al menos los vicios que ordinariamente le corrompen. Por una negligencia lastimosa de casi todos los gobiernos, la infancia del hombre del pueblo está enteramente abandonada; los primeros años de los pobres son del todo perdidos. Los soberanos, si fuesen vigilantes, lograrian facilmente inspirar costumbres mas racionales á los que la preocupacion considera menos susceptibles de ellas. Se dice que el gobierno de la China ha llegado á conseguir que la urbanidad y cortesia sean populares; sin corregir las costumbres ha corregido los modales, cuando á muy poco mas de trabajo hubiera podido hacer popular la virtud. Los viageros cuentan que desde la edad mas tierna se vé impresa la gravedad en el rostro de los niños árabes, y se les advierte tan compuestos y mesurados en su infancia, como en otros paises son los hombres atolondrados y petulantes.

Prescindiendo de la negligencia del gobierno, que por lo comun cierra los ojos sobre las costumbres populares, el estado de envilecimiento en que el mismo pueblo está, su dependencia escesiva, y la opresion y desprecio que sufre de sus superiores, contribuyen ademas á corromperle. Todo hombre que se menosprecia á sí, no teme ser despreciado de otros; el que ha perdido la esperanza de ser apreciado, se abandona al vicio, y de nada se avergüenza. Hé aquí, sin duda, el por qué se halla tanta bajeza y picardia, tantas rapiñas, tan poca probidad, tan poca decencia y buena fé en regatones y revendedores, en artesanos, en criados, y en una palabra, en las clases subalternas del pueblo. Las personas de esta clase adoptan y observan todo lo que no les conduce directamente al patíbulo.

Degradando y envileciendo á los hombres, se destruye en ellos todo pensamiento decoroso, y el honor y virtud son nulos para ellos. El despotismo, que forma esclavos opresores y esclavos oprimidos, forzosa y visiblemente debe destruir el honor en todas las almas. El cortesano, á quien envilece su señor, envilece despues á cuantos le rodean; y envilecidos todos progresiva-

mente, terminan entregándose á toda suerte de infamias. Solo una libertad justa y legítima puede inspirar sentimientos de honor. Un esclavo jamás tendrá una idea alta de sí mismo; será sí, fátuo, vano, atrevido y orgulloso; mas nunca tendrá la nobleza de ánimo que solamente dan la libertad y la seguridad.

En las naciones donde reina el lujo, todo contribuye, como frecuentemente hemos repetido, á pervertir las costumbres del pueblo: el lujo inventa diversiones y placeres análogos á los de sus superiores; él necesita de espectáculos, farsas, tabernas y ventorrillos, que no solo le hacen perder tiempo y dinero, sino que ademas corrompen las costumbres é inducen á delitos. Es grande imprudencia en el gobierno acostumbrar al pueblo á contínuas diversiones; los que por este medio se proponen tenerle tranquilo, y distraerle y divertirle en su miseria, se engañan mucho, pues solo consiguen con esto aumentar sus desgracias, é incitarle al desórden y á la rebelion. El pueblo debe trabajar; para que esté tranquilo y sea bueno, es preciso aliviarle y socorrerle.

Escuelas de buenas costumbres, adaptadas á la capacidad de los niños mas groseros, pondrian á una política atenta y vigilante en disposicion al menos de esperimentar si era posible hacer á las gentes del pueblo mejores y mas sociables de lo que son comunmente. Los establecimientos de esta especie, fomentados y protegidos, cambiarian quizá en poco tiempo las costumbres de un vasto imperio. Pero las tentativas mas fáciles le parecen á la pereza rodeadas de dificultades invencibles; ó disgustan y ofenden al despotismo. Los soberanos serán siempre dueños de las costumbres de los pueblos; ellos tienen en sus manos todo lo que puede mover las voluntades de los hombres, y pueden á su arbitro inclinarlos al vicio ó á la virtud. Si los soberanos concediesen á la reforma de la educacion pública la mitad de los socorros y cuidados que conceden al sostenimiento y proteccion de una multitud de instituciones inútiles, los pueblos tendrian bien pronto la instruccion que tanto necesitan. Si las lecciones de la moral fuesen favorecidas y patrocinadas con honores y recompensas, las naciones tendrian sugetos capaces y prontos á instruirlas. En fin, si las buenas costumbres condugesen al honor y á la fortuna, es bien cierto que se lograria prontamente en las naciones la suspirada reforma de las presentes. Si los príncipes amigos de las artes en poquísimo tiempo las han hecho florecer y prosperar en sus estados ¿qué duda tiene que los príncipes virtuosos criarian virtudes en sus pueblos con la misma facilidad?

¿No es bien estraño que en los grandes imperios no haya escuela ninguna para formar en ella economistas, políticos, comerciantes, ministros, hombres capaces de auxiliar á los soberanos en los diversos cuidados de la administracion pública? El favor que obtienen comunmente la intriga y la bajeza ¿basta acaso para infundir las cualidades que exigen los empleos importantes que moderan el destino de

los imperios? No nos admiremos de ver al despotismo perpétuamente víctima de sus errores y locuras, destruir los estados tanto con su torpeza é ignorancia, como con la incapacidad de los agentes de que se vale.

Tampoco debemos admirarnos de ver al vicio y al crímen reinar sobre las naciones, cuyos gobiernos tan infatuados y ciegos están que parece que ignoran que una buena educacion, una sana moral y buenas leyes, apoyadas en recompensas y castigos, sofocarian las semillas de vicios y delitos, y escusarian los suplicios crueles, que ademas son inútiles, mientras no se remedien los males en su origen. *Trabaja*, dice Confucio, *en impedir delitos para no necesitar de castigos.*

Por poco que se reflexione forzosamente se reconocerá que, hablando con propiedad, solo hay una ciencia interesante á los habitantes del mundo, en la cual terminan y á la que deben contribuir todos los conocimientos humanos: esta ciencia es la moral que abraza las acciones y deberes del hombre en sociedad. La moral, aplicada á los diferentes estados de la vida, es realmente la que la educacion debe enseñar á la juventud. ¿Qué es en efecto educar á un joven? Es comunicarle de antemano los conocimientos necesarios al estado que elija; es habituarle á observar la conducta mas conveniente para ser estimado y querido de aquellos con quienes tendrá relaciones; es indicarle los medios de ser feliz, contribuyendo de uno ó de otro modo á la utilidad, los placeres y la satisfaccion de los otros. La madre ó la nutriz que enseña al niño á esplicar sus primeras ideas con labio balbuciente, le hace contraer el hábito de hablar con los hombres, y le enseña las cosas que le serán apreciables un dia en razon de su utilidad ó deleite. Al aprender á leer, comienza el niño á recoger hechos, conocimientos, egemplos y esperiencias que el dia de mañana le servirán para su propia instruccion y la de los otros. La religion, que desde los primeros años se inspira á los niños, tiene por objeto hacerlos justos, humanos, sociables y benéficos, porque de lo contrario se ofenderia y desagradaria al autor de la naturaleza, lleno de amor y beneficencia con los hombres. La historia es útil en cuanto nos presenta pruebas multiplicadas de los efectos terribles que han producido en la tierra las pasiones y locuras de los mortales. La erudicion, la lectura de los antiguos, el estudio de las lenguas muertas serán ocupaciones bien inútiles, si no nos facilitan aprovecharnos de los antiguos sabios, y aplicar la razon de los siglos pasados á nuestra conducta presente. La jurisprudencia es el conocimiento de las reglas establecidas para la observancia y mantenimiento de la justicia y la paz entre los hombres. Lo que se llama *derecho natural de gentes*, no es otra cosa, como hemos visto, que la moral de las naciones entre sí. La política ¿es mas qué el conocimiento de los mútuos deberes que unen y ligan á súbditos y soberanos, esto es, la moral de los reyes?

La moral, pues, debiera ser el único objeto de todas las ciencias que se

enseñan á la juventud: todas á su modo deben contribuir á formar á los hombres mejores y mas útiles; todas deben por diversos medios concurrir al logro de la felicidad general con el bienestar de los individuos. Trabajando para todos, el sabio adquiere legítimos derechos á su propia subsistencia, al premio, á la gloria y al aprecio del público. El mérito de la física, de la mecánica, de la astronomía, etc., no puede fundarse sino en el bien que estas ciencias producen á los hombres. Las artes, las manufacturas, el comercio, la agricultura, y los diferentes oficios y ocupaciones proporcionan al pueblo mil medios de subsistir y de grangearse una honesta fortuna: contribuyendo al bien de la sociedad, el pueblo trabaja en su propia felicidad. La moral, tan vergonzosamente desatendida en la educacion, es evidentemente el vínculo de la sociedad; ella obliga, sin que lo sepan ni conozcan, á los mismos ingratos que la desdeñan. Aprender á ser útil, para vivir feliz en este mundo, hé aquí lo que la educacion, de acuerdo con la verdadera moral, debe repetir incesantemente á los hombres.

CAPITULO IV.

DEBERES DE LOS PARIENTES, Ó DE LOS MIEMBROS DE UNA MISMA FAMILIA.

Toda familia es una sociedad cuyos miembros pueden ser comparados á los ramos ó vástagos de un mismo tronco, los cuales deben, por su mismo interes, contribuir á mantener entre sí la union necesaria á la conservacion y felicidad del todo de que son partes. Los parientes son amigos que nos da la naturaleza, que nos recuerdan nuestro origen comun, que representan á nuestro espíritu unos ascendientes cuya memoria debe inspirarnos ternura y respeto, que nos advierten que es una misma sangre la que corre en nuestras venas, y en fin, que nos hacen conocer que nuestro bienestar exige que permanezcamos unidos con los que son capaces de contribuir á nuestra felicidad, que estan interesados en nuestro bien y dispuestos á tomar parte en nuestros placeres y penalidades, á socorrernos en la adversidad, y á soportar con nosotros los golpes de la fortuna. Estas consideraciones bastan para darnos á conocer lo que los miembros de una familia se deben recíprocamente.

Si la moral nos prescribe la práctica de la justicia, de la humanidad, la piedad, la beneficencia y de todas las virtudes sociales con respecto á los hombres en general, por las relaciones que nos unen con ellos, no se puede dudar que la misma moral nos constituye en la sagrada y rigorosa obligacion de usar de estas virtudes con las personas que nos estan mas estrechamente allegadas con los vínculos de la sangre: así que, todo nos recomienda y confirma los derechos del parentesco; todo prueba que debemos á nuestros

parientes el cariño, beneficios, compasion y socorros que exigiríamos de ellos si nos viésemos necesitados. Los parientes son unas personas á las cuales, prescindiendo de los nudos de la consanguinidad, estamos unidos con los vínculos del hábito, de la familiaridad y trato frecuente; ellos conocen nuestra situacion, son los depositarios de una parte de nuestros secretos, designios é intereses, y por lo tanto son mas capaces de auxiliarnos con sus consejos y favorecernos en nuestros proyectos. Una familia bien unida, esto es, compuesta de personas virtuosas, tiene una fuerza que no es posible hallar en esas familias mal acordes, cuyos miembros son estraños los unos á los otros.

Los parientes favorecidos de la fortuna se constituyen naturalmente bienhechores de los parientes desgraciados; los que gozan de crédito, poder, eminentes empleos y destinos, se atraen las consideraciones de los otros, y son protectores y apoyos de los que menos pueden; los que se distinguen en sus conocimientos y prudencia son consejeros á quienes se consulta y cuyo dictamen se sigue, y en razon de las ventajas que procuran à los otros, pueden egercer una suerte de autoridad agradable y reconocida. En las familias y en la sociedad los hombres que se hallan en estado y disposicion de hacer mas bien, deben por interés de todos gozar de una superioridad legítima.

A pesar de las grandes ventajas propias de la union de las familias, nada es mas raro que ver á los parientes bien unidos. Los hermanos mismos los vemos algunas veces en una discordia la mas cruel y deshonrosa. Los hombres, por defecto de reflexion, pierden de vista el fin que deberian proponerse; los intereses personales los dividen y separan del interés general, el cual no llama la atencion ni empeña de un modo sensible á las personas que raciocinan poco. El orgullo, la vanidad, la cólera y falta de juicio que la familiaridad produce facilmente, son las causas frecuentes de la division entre parientes, cuyos corazones están á veces mas distantes que lo están los de personas indiferentes entre sí y estrangeras.

Ciertamente esta grande familiaridad, que al primer aspecto parece deberia estrechar mas y mas los nudos de las familias, contribuye de ordinario á turbarlas y descomponerlas para siempre, y hace que los parientes se molesten mútuamente con sus defectos comunes, los cuales á la corta ó á la larga producen mortales desavenencias. De aquí provienen esos odios inveterados que destruyen la armonia necesaria á las familias, y que sin embargo se encienden entre hermanos y los parientes mas cercanos. *La familiaridad*, se dice vulgarmente, *engendra menosprecio*; á lo cual se puede añadir, «y el menosprecio engendra odio.» Que la familiaridad engendre menosprecio proviene de que acercándose y reuniéndose hombres poco racionales, esta misma familiaridad hace que la combinacion de sus vicios fermente y produzca un activo y mortal veneno.

Esto supuesto, los parientes debieran no solo usar de atencion unos con

otros, sino ademas armarse de una paciencia é indulgencia invencibles, para evitar los rompimientos que puede causar la familiaridad. Esta no dispensa á las personas que se tratan con frecuencia de las consideraciones que se deben mútuamente, antes bien las empeña mucho mas á huir cuidadosamente de las ocasiones de ofenderse. A muchas gentes les parece que el trato frecuente y la familiaridad les dan derecho de ofender á sus mas íntimos amigos. Los parientes, por lo mismo que deben amarse, deben temer agraviarse y romper de este modo la buena inteligencia que ha de reinar en ellos.

Por no hacer estas sencillas reflexiones, los parientes se creen por lo comun autorizados para incomodarse con sus diferentes pasiones y vicios. Los mas distinguidos por sus empleos ó riquezas oprimen á los otros bajo el peso de su orgullo y superioridad, tratando como esclavos á sus parientes desgraciados. Nada mas ordinario que el ver tios que á costa de largas esperanzas, venden á sus sobrinos beneficios mezclados de baldones y malos tratamientos; y con dejarles columbrar una opulénta herencia, creen que les es permitido tratarlos con una tiranía, cuyo efecto necesario es fomentar y disculpar la ingratitud. Nada mas duro, sobre todo, que el imperio de esos hombres de ayer acá, á quienes ofusca y embriaga una rápida fortuna y que se figuran que todo les es lícito con sus pobres y necesitados parientes. *No seas tio para mí*, fue en Roma un adagio que pudiera adaptarse á muchos paises. Parientes de esta especie poca esperanza deben tener de que sus cenizas sean regadas con lágrimas de gratitud: su muerte es para sus colaterales el fin de una odiosa esclavitud. La tiranía contínua destruye y aniquila el reconocimiento. Hablando con pureza y realidad ¿es ser liberal y benéfico dejar uno á otro los bienes que no puede llevarse consigo al sepulcro? El hombre benéfico disfruta y hace disfrutar á otros del bien que les dispensa: por esto es acreedor al agradecimiento, y puede lisongearse de que su memoria será deliciosa y eterna para sus herederos.

La vanidad cierra ordinariamente el corazon á las desgracias de los parientes. La opulencia, siempre soberbia y orgullosa, se avergüenza de tener por parientes á pobres é infelices; solo se vanagloría de tener algun pariente ilustre cuya celebridad se comunica, á su entender, con cuantos son de la misma sangre. Los parientes mas dignos de piedad son precisamente á los que el orgullo se la niega. ¿No es violar la ley mas sagrada que la naturaleza impone á los miembros de una familia, el rehusar auxilios y socorros á los que mas los necesitan?

En fin, el sórdido interés es la causa comun de las divisiones frecuentes que separan á los parientes. Los avaros y codiciosos nada conocen en el mundo que sea comparable con el dinero; por él vemos que se sacrifican á cada momento la union de las familias y las consideraciones que deben á su propia sangre. Bajo el pretesto de justicia y derechos, se muestran inflexibles, y niegan sus oidos á los clamores de la

humanidad. No es raro tampoco ver á un pariente opulento abusar de la ley para despojar y arruinar sin remordimientos á parientes que penan y se consumen en la miseria y dolor.

Sean cuales fueren los motivos ó pretestos de la discordia entre parientes, siempre son mas ó menos vituperables y deshonrosos. Una familia bien unida es indicio de unas almas sensibles, honestas, generosas y libres de todo vil interés: una familia rencillosa es indicio de unas almas interesadas, insociables, injustas y crueles. Una familia semejante no previene en su favor la opinion pública. Los tramposos de profesion, siempre en pleitos unos con otros, anuncian almas bajas, viles y despreciables. En fin, una familia cuyos miembros están perpétuamente en guerra, no pueden gozar de los frutos del parentesco; porque se privan de los mútuos socorros que deben prestarse las personas unidas con los vínculos de la sangre.

Reflexionando sobre la naturaleza del hombre, se hallará independientemente de las causas espuestas, el orígen de las divisiones y enemistades que reinan entre los parientes, por las cuales se niegan los socorros que suelen conceder voluntariamente á los estraños. El hombre quiere ser libre en sus acciones; sus parientes no son gentes de su eleccion; los beneficios que les hace son deudas en opinion de ellos y de él: y la paga de mala voluntad ya porque considera oprimida su libertad en esto, ó porque se imagina que sus beneficios no serán agradecidos. Mas la justicia y bondad de corazon hacen despreciables estas cavilaciones, puesto que la verdadera grandeza de alma nos estimula y prescribe hacer bien y favorecer aun á los ingratos.

CAPITULO V.

DEBERES DE LOS AMIGOS.

La amistad es una asociacion formada entre las personas que se profesan mútuamente un cariño mas particular que al resto de los hombres. Aunque la moral nos prescriba la benevolencia con todos los miembros de la sociedad, y la humanidad mande amar á todas las criaturas de nuestra especie, sin embargo, esperimentamos con algunas personas afectos de una prediliccion mas fuerte, fundada en la idea del bienestar que esperamos encontrar en el trato íntimo con ellas. El afecto que une á los amigos entre sí, debe tener por base una conformidad en las inclinaciones, gustos y caractéres, que los hace necesarios para su recíproca felicidad. Amar á uno, es necesitar de él, es considerarle capaz de contribuir á nuestra dicha.

La amistad sincera es uno de los mayores bienes que el hombre puede gozar en esta vida; ningunos mas desgraciados que esos corazones miserables

que reconcentrados en sí mismos, no aman á nadie. *No hay*, dice Bacon, *soledad mas triste y afligida que la de un hombre sin amigos, sin los cuales el mundo es un desierto: el que es incapaz de amistad, mas tiene de bestia que de hombre.*

Con la amistad el hombre duplica, digámoslo así, su ser y su existencia; porque supone un pacto en virtud del cual los amigos se obligan á una confianza recíproca, á consolarse mútuamente, socorrerse y aconsejarse, á poner en comun sus intereses, y á compartir sus placeres y sus penas. ¿Hay nada mas dulce que encontrar una persona, en cuyo seno pueda uno depositar sin temor sus mas secretos pensamientos, sus sentimientos mas ocultos, y en cuyo corazon esté siempre seguro de encontrar la voluntad permanente de interesarse por nosotros, aliviar nuestras penalidades, enjugar nuestras lágrimas, calmar nuestras inquietudes, hacer cesar nuestros trabajos, y ayudarnos à soportar las miserias de la vida? Por la amistad nuestra suerte, nuestra felicidad y nuestra existencia son las de nuestro amigo; nosotros nos identificamos en él y él en nosotros; su razon, su prudencia, su sabiduría, su fortuna y su misma persona son nuestras: nuestros afectos y alegrias se confunden; y fortificados el uno por el otro, caminamos mas seguros por los inciertos caminos de este mundo. *Un amigo*, dice Aristóteles, *es un alma en dos cuerpos.*

Estas son las obligaciones de la amistad, la cual no es otra cosa que el pacto formado entre dos corazones reunidos por las mismas necesidades é intereses. Se vé, pues, que la amistad no es desinteresada, puesto que tiene visiblemente por objeto el bienestar recíproco de los que forman estos dulces nudos. El interés que une entre sí á dos amigos es laudable, cuando se propone el goce y comunicacion de los bienes y gustos que puedan procurarse mútuamente con sus cualidades personales, las únicas que dan solidez y consistencia á las inclinaciones de los hombres. Sola una amistad fundada en las disposiciones habituales del corazon, es la que puede ser permanente; la que no tuviese otro designio que el partir con un amigo los bienes de fortuna, sería una pasion vil y mezquina, y un interés sórdido y vituperable. *¿Cuál es*, dice Plutarco, *la moneda de la amistad? Es la benevolencia y el placer, enlazados con la virtud.* La amistad perfecta y verdadera exige tres cosas: la virtud como honesta, el trato como agradable, y la utilidad como necesaria.

Basta haber indicado los empeños y obligaciones del pacto que liga á dos amigos, para conocer todos los deberes que la amistad impone, y los medios de mantener una union tan dulce y necesaria á su felicidad: estos deberes consisten evidentemente en una confianza mútua, en atenciones recíprocas, en una constancia inalterable, y una disposicion permanente de contribuir al bienestar del que es elegido por amigo.

La confianza solo puede fundarse en las cualidades que se consideran durables; con las disposiciones fortificadas

por el hábito es con las que únicamente puede contarse; estas disposiciones deben ser útiles á la union que se forma, y por consecuencia virtuosas; de donde se infiere que la virtud sola es la base inmoble de la amistad, y la que constituye dos amigos. El hombre de bien es quien solamente tiene derecho para contar con el corazon del hombre que se le asemeja. *Los malvados*, dice un moderno, *encuentran cómplices*; *las voluptuosos*, *compañeros en la disolucion*; *los interesados*, *sócios*; *los políticos*, *facciosos*; *los príncipes*, *cortesanos*; *los hombres virtuosos son los únicos que encuentran amigos.*

En todos tiempos el mundo se ha quejado de lo raros que son los amigos; y por la misma razon en todo tiempo se ha quejado de lo rara que ha sido y es la virtud. En las sociedades vanas y corrompidas, la amistad verdadera por fuerza ha de ser casi enteramente desconocida: esta no se ha hecho para malvados, siempre prontos á sacrificarla á los intereses de sus vicios ó pasiones: tampoco se ha hecho para príncipes cuyo corazon solitario no necesita querer ni amar á nadie: tampoco para grandes, siempre divididos y opuestos entre sí por su ambicion, ni para ricos y poderosos, que solo aprecian á los gorristas, aduladores y lisongeros; menos para entes ligeros é inconstantes, acostumbrados á no fijarse en objeto alguno: en fin, la verdadera amistad se halla desterrada enteramente del trato de las mugeres, para quienes la amistad no es, por lo regular, sino un capricho pasagero, que el mas pequeño y ligero interés hace desaparecer prontamente.

Nada es mas comun, ciertamente, que tener al capricho por amistad, porque tiene casi siempre los síntomas de esta; mas su vivacidad se descubre y anuncia su corta duracion. Plutarco, hablando de las nuevas conexiones, dice *que nos hacen comenzar muchas amistades y tratos familiares*, *que nunca llegan á consolidarse. Es menester*, dice en otra parte, *haber consumido media fanega de sal con uno antes de tenerle por amigo.* Seducidos por algunas cualidades del cuerpo ó del alma, muchos hombres al primer encuentro creen haber hallado un amigo; pero bien pronto cesa esta ilusion, y nada se observa en este pretendido amigo que pueda constituir verdadera amistad. Un amigo, para la mayor parte de los hombres, es un adulador que los complace, que se presta á sus gustos y caprichos, los hace participantes de sus placeres, los admira, y se propone ayudarlos á disipar su fortuna. ¿Y será de admirar el ver desaparecerse los amigos de esta naturaleza tan pronto como desapareciere la fortuna?

Todos buscan amigos, pero pocos tienen el discernimiento necesario para elegirlos bien, ó las cualidades precisas para conservarlos. ¡Oh hombres, que os quejais incesantemente de lo raros que son los amigos! ¿habeis por ventura reflexionado sobre la fuerza de este nombre que prodigais á cuantos halagan vuestra vanidad? ¿habeis examinado las disposiciones en que debe fundarse la amistad? ¿habeis pesado y

reconocido los empeños y obligaciones de este contrato entre almas justas? Si pretendeis inspirar á los hombres que os rodean afectos de amistad vivos y permanentes, mostradles dotes y cualidades que puedan inspirarlos. ¡Ricos y grandes! vosotros solo mostrais altaneria, fausto y vanidad: por consecuencia no tendreis alrededor vuestro sino almas bajas y rastreras, mas nunca sinceros y cordiales amigos. Si buscais *Pilades*, sed *Orestes*. ¿Quereis amigos que se sacrifiquen por vosotros en los peligros? pues sabed que el entusiasmo de la amistad es raro, y que millares de años ofrecen poquísimos egemplos de esta clase de amigos.

El entusiasmo, que siempre lleva las cosas al estremo, es visiblemente causa de que muchos moralistas hayan formado de la verdadera amistad una quimera, un ente de razon, una virtud tan sublime que su maravillosa perfeccion solo sirve para desalentar la debilidad de los mortales. Se figura uno que sueña ó lee fábulas cuando vé en Platon, Ciceron y Luciano, los efectos milagrosos que estos escritores atribuyen á la amistad. Nuestra imaginacion, lisongeada con estas agradables pinturas, las realiza en nuestro obsequio, y nos formamos de este modo una falsa medida y principios exagerados de amistad: para tener de ella verdaderas ideas, acordémonos siempre que somos hombres, es decir, entes llenos de imperfecciones y flaquezas, y que, como sujetos á variar en nuestros gustos é inclinaciones, nos cansamos á veces prontamente de las cualidades que al principio nos prometian placeres inalterables. Las amistades mas vivas son por lo comun las de mas corta duracion; porque nacen de un entusiasmo que se exhála con rapidez. Pocos hombres hay que tengan aquel calor de alma necesario para alimentar siempre un afecto tan fuerte. Pasado ya algun tiempo, se aumenta la dificultad de hacer á la amistad los sacrificios que sin dudar un solo instante se la hubiesen hecho en los primeros dias. Por otra parte, en un mundo corrompido, vano y disipado, hay pocas almas amantes, y muchos menos espíritus constantes y sólidos. Nada mas raro que el calor contínuo del alma combinado con la solidez, la sual siempre supone serenidad de ánimo. Entre los hombres virtuosos y serenos es en quienes se encuentra la amistad permanente.

La amistad verdadera tiene ciertamente derecho à exigir sacrificios, porque no sería amar á uno no querer sacrificar nada en su favor; mas como se ha dicho antes, sacrificar alguna cosa á un objeto, es preferir este objeto á la cosa sacrificada, ó de la que uno se priva por él. ¿Y hasta dónde deberán estenderse los sacrificios de la amistad? La amistad misma es quien puede fijar la medida de estos sacrificios. Varios egemplos tenemos de amigos que han llevado el heroismo hasta sacrificarse uno por otro; de lo que debemos inferir que la amistad en estos era tan fuerte, que era para ellos una necesidad tan grande, un interés tan poderoso, como el amor de la patria y de la gloria lo ha sido para algunos ilus-

tres ciudadanos, ó como el amor de una muger lo es para el frenesí de un amante. Toda pasion fuerte es causa de que aquel que la siente se olvide de sí mismo, y solo vea el objeto que ocupa y domina su alma. Sacrificar sus bienes por su amigo es preferir la indigencia á la pérdida de este.

La mayor parte de los hombres, siempre pagados y satisfechos de sí mismos, ni estan dispuestos ni son capaces de hacerse á sí mismos justicia, porque se creen tan dignos de interesar á todos que se imaginan que nada hay que no les deba ser sacrificado. Por amigos se quieren entusiastas, sin tener las cualidades capaces de suscitar este entusiasmo; se exige la mas sincera aficion de parte de una multitud de embusteros, aduladores y lisongeros, y se quiere que hombres como estos sean amigos fieles que se sacrifiquen á la amistad.

Por otro lado muchos moralistas, seducidos con los egemplos sublimes y raros de una amistad heróica, solo han hablado de ella con cierta especie de entusiasmo, suponiendo que este afecto, para ser verdadero, no debe jamás poner límites á sus sacrificios; pero no han notado que pocos hombres en la tierra son héroes, y que pocas almas llegan á exaltarse de tal modo que se sacrifiquen á la amistad, la cual regularmente es un afecto mas tranquilo y reflexivo que el amor, y por consecuencia permite que el hombre entre con mas facilidad y frecuencia en sí mismo: ni tampoco han notado que en la amistad habia grados, y que era posible amar á uno sin llevar el cariño á los últimos términos del entusiasmo. La moral para ser verdadera debe ver á los hombres como realmente son en sí; la moral entusiasta solo es propia de ciertos hombres estraordinarios, y forma por lo comun hipócritas que fingen afectos generosos de que se aplauden satisfechos. Cada cual quiere ser tenido por amigo inmutable; cada cual quiere que le amen con ardor, al paso mismo que todos convienen en que nada es mas raro que esta amistad sublime de la que tanto se habla, y que quisiéramos encontrar en los otros.

Seamos, pues, justos, y digamos que para tener amigos fieles es preciso ser fieles á los deberes de la amistad. ¿Hemos cumplido nosotros por ventura con estos deberes? ¿hemos compartido los placeres y penalidades del amigo? ¿le hemos consolado en sus aflicciones, dado en su infortunio los socorros que podia prometerse de nosotros? ¿defendido con calor y firmeza los intereses de su reputacion ofendida? ¿permanecido constantes á su lado en sus angustias y miserias? ¿consultado en nuestros beneficios la delicadeza de su corazon? Pues bien, si todo esto hemos practicado, habemos adquirido un sagrado derecho á su cariño; y con razon nos quejamos de él si ha tenido la vileza de abandonarnos.

Si se encuentran pocos amigos constantes, es porque hay pocos hombres que conozcan los empeños y obligaciones de la amistad: se cree que esta obliga á poco, y solo sí á consideraciones, lisonjas y procedimientos en que ninguna parte suele tener el corazon. En el idioma del mundo los

amigos son hombres asociados para los deleites, á quienes la conformidad de gustos ó intereses momentáneos, y á las veces de los vicios, reune y habitúa á verse con mas frecuencia, y á vivir en mayor intimidad que con los otros; los amigos de esta especie son útiles y necesarios á sus recíprocos placeres: tales son los amigos de la mesa, del juego, de la disolucion y del trato, cuyo objeto ordinariamente no es otro que reunirse para disfrutar en comun de los placeres que este último produce; y amigos, en fin, que se eclipsan luego que faltan los motivos de su frecuente comunicacion. En vano se esperan prodigios de cariño, constancia y fidelidad de semejantes hombres, que solo son constantes en su apego al deleite y á los que ven en estado de causarles un agradable pasatiempo; pero la indiferencia reemplaza á la amistad, luego que no encuentran medios de entretenerse y divertirse.

Así que, por un vergonzoso abuso de palabras se da vulgarmente nombre de amigos á las personas que nada tienen de lo que se necesita para merecer este título respetable. Por haber periódicamente frecuentado una casa, haber participado de las diversiones de ella, y haber asistido y disfrutado del trato y sociedad de las gentes que en ella se reunen, los hombres se califican de *amigos íntimos*, y exigen con rigor el cumplimiento de los deberes propios de esta cualidad augusta y rara. Un ilustre moderno ha dicho con razon que "con la entrada franca y li»bre en todas partes, el lujo y lo que »se llama trato de gentes dejan pocas »personas útiles y á propósito para las »necesidades de la amistad."

Enmedio del tumulto que reina en las sociedades donde el lujo y la vanidad han fijado su domicilio, es casi imposible conocer ni aun á los hombres mismos á quienes se ha tratado con la mayor frecuencia; estos se pierden y confunden á cada paso entre la multitud, y nunca tienen tiempo de conocerse unos á otros. El torbellino del mundo aleja y acerca de contínuo hombres que se unen y separan con la mayor facilidad. Los que se llaman *conocidos* son por lo comun desconocidos: las *conexiones* son aficiones ó cariños pasageros que no ligan ni estrechan; y los que se llaman amigos son gentes que se ven con frecuencia, pero de quien raras veces se examinan las cualidades y disposiciones verdaderas.

No nos admiremos de la singular ligereza con que se mira en el mundo la amistad. Contentos con usar de alguna consideracion unos con otros, los amigos vulgares de que el mundo está lleno, no solamente no se tienen ningun cariño verdadero, sino que por lo comun son los primeros á murmurár de sus amigos, descubrir sus defectos y burlarse y divertirse de ellos con los otros, y aun con personas indiferentes: para los hombres de este carácter la amistad es un vínculo tan débil, que no piensan que sea obligacion en ellos usar con sus amigos de la indulgencia y equidad á que todo hombre es acreedor. Puede muy bien decirse que la mayor parte de las gentes del mundo se reunen para sacrificarse los unos á los otros.

Para amarse es necesario conocerse; la amistad es un afecto sério, reflexivo, fundado en las necesidades del alma. Hombres á quienes inquietan la pasion y el deseo contínuo del deleite, no necesitan amigos, y solo aspiran á estar entretenidos siempre. La verdadera amistad, nacida de la estimacion, desea encontrar dotes y cualidades en que se apoye; exige virtudes á las cuales pueda aficionarse constantemente; no se compromete á la ligera, porque conoce toda la estension de sus empeños; huye de aquellas almas evaporadas que toman á juego los vínculos mas sagrados; teme la disipacion, y le incomoda y desagrada un carácter frívolo. Los verdaderos amigos se bastan á sí mismos; para ser completamente felices no necesitan mas que estar juntos; el torbellino del mundo les impediria gustar de las delicias y placeres de las emociones del corazon, de la confianza, de los consuelos y consejos en que se funda el bien de la amistad. El amigo sincero descansa en el seno de su amigo, y ambos gozan de una libertad y reposo que perturbaria el tumulto. La amistad, á egemplo del amor que es dichoso, es una pasion solitaria que para entregarse tranquilamente á sus placeres huye de la multitud y bullicio; es celosa como el amor, y como este apetece y busca las sombras del misterio. La indiscrecion, la ligereza y la imprudencia la molestan y disgustan, y solo aprecia y desea la constancia, la gravedad y solidez.

La amistad sincera, como que es una necesidad del alma que se reproduce con frecuencia, necesita que la alimente la presencia contínua de su objeto. Las aficiones y cariños mas vivos se debilitan con la ausencia, así como con las frecuentes distracciones. No es mucha la amistad del que sin molestia está privado por largo tiempo de su amigo. Es una máxima muy sabia la que dice «no dejes que crie yerba el camino de la casa de tu amigo.» ¿Qué amigo será por cierto el que no se apresure por ver al que le ama y consuela, y cuya sola vista regocija su corazon? *La vista de un amigo*, dice un árabe, *refresca como el rocío de la mañana.*

Una máxima antigua aconseja á los amigos que se amen como que un dia pueden ser enemigos. Esta máxima sería odiosa en la sincera amistad, la cual no puede dar cabida á la desconfianza, una vez conocido el objeto de su cariño; mas es buena para aquellas conexiones fútiles, que se califican falsamente con nombre de amistad; es tambien prudente en aquellas amistades que tienen por fundamento el vicio y la disolucion; y siempre debiera estar presente á los ojos de esos pretendidos amigos, que se unen para despreciables cábalas ó para criminales intrigas é intereses que introducen discordias entre los asociados: la indiscrecion, el deslumbramiento, la traicion y la malicia acompañan frecuentemente á semejantes conexiones, y nunca será demás aconsejar y prevenir á los que se entregan á ellas, que prevean las consecuencias de sus peligrosos comprometimientos.

No creer en la amistad sería tocar en un estremo mucho peor y mas culpable que el de entregarse á ella cie-

gamente, ó formarse de la amistad ideas novelescas ó demasiado sublimes. Si existen en el mundo almas áridas é incapaces de amar, y se encuentran una multitud de entes frívolos y ligeros con quienes sería mucha imprudencia el contar para nada, tambien en él hay corazones virtuosos, sensibles y sólidos, á los cuales el hombre de bien no puede menos de aficionarse y querer por simpatia, á causa de la conformidad que encuentra entre su corazon y estos. El mundo no sería para nosotros mas que una horrorosa soledad, si una desconfianza contínua nos impidiese amar á alguno. Por otra parte, toda nuestra vida la pasaríamos afanados en buscar infructuosamente á quien amar, si solamente quisiésemos amar á hombres perfectos.

Las máximas poco favorables á la amistad ó capaces de hacerla sospechosa, son debidas á ciertos escritores que vivian en córtes ó gobiernos despóticos, de donde es natural se hallen desterradas la confianza y amistad. Estos autores no han desacreditado la amistad, sino que han creido que no existia en los paises que habitaban; mas no es ciertamente en estos paises donde se hallan ni han de buscarse amigos verdaderos, ni por los cuales pueda retratarse la especie humana con los mas bellos coloridos.

La virtud sola es la que puede dar la confianza que necesita la amistad; solo el hombre de bien es seguro depositario de los secretos que se le confian; solo el hombre virtuoso es aquel cuyos intereses no mudan ni varian, y con cuya prudencia y discrecion se puede contar seguramente. El vicio es imprudente en confiarse al vicio, cuyas miras é intereses cambian y mudan á cada momento. Es una ceguedad y locura confiar un secreto importante á un hombre débil, vano y ligero, que no sabrá guardarle; y un hombre semejante no es bueno para amigo. Vender á su amigo por debilidad ó ligereza, puede y suele tener consecuencias tan perjudiciales y funestas, como venderle por efecto de perversidad y malicia.

«La primera ley de la amistad, di»ce Ciceron, es que los amigos no se »pidan cosas torpes ó injustas, y nun»ca hacerlas en tal caso. Porque si »fuera una obligacion, dice en otra »parte, hacer todo lo que los amigos »quisieran, esto no seria amistad, sino »conjuracion.» En fin este grande orador nos enseña que «la naturaleza »quiere que la amistad sea auxiliadora »de virtudes, mas no compañera de »vicios.» Si la virtud sola puede consolidar los vínculos de la sincera amistad, esta debe romperse y desaparecer luego que un amigo se hace criminal ó vicioso. Un amigo verdadero no puede exigir de su amigo condescendencias injustas y deshonrosas. Los viciosos únicamente, los falsos amigos, los envilecidos aduladores son los que pueden prestarse al crímen. El amigo virtuoso, cuando descubre criminal á su amigo, gime y llora su error. Habiéndose negado Rutilio á cometer una injusticia que exigia de él un amigo suyo, este sumamente resentido le dijo: *¿de qué, pues, me sirve tu amistad....?—¿Y de qué me servirá la tuya, si me hace injusto?* le replicó Rutilio. Focion de-

cia al rey Antipater, *yo no puedo ser á un tiempo mismo vuestro adulador y vuestro amigo.* Esta es la conducta que la moral prescribe á la amistad, la cual no puede ser constante y segura sino entre sugetos reflexivos, racionales y virtuosos: *el mejor amigo*, dice un sabio de Oriente, *es el que avisa á su amigo cuando se estravia, y le vuelve al buen camino.*

Segun que la corrupcion es mayor, necesitan mas los hombres de bien de los consuelos de la amistad; esta los indemniza de los rigores de la tiranía, de la injusticia de los hombres y de la depravacion de las costumbres; y en ella encuentran una felicidad particular y secreta, preferible à la que vanamente buscarian en el tumulto de los placeres ó los desórdenes de la sociedad. *La amistad*, dice Demófilo, *es el puerto de la vida.*

¿Y tendrá el hombre algunos deberes que cumplir con sus enemigos? Sí, ciertamente: sus deberes con ellos son la justicia y la humanidad. Nada acredita tanto la equidad, como reconocer el mérito de los mismos que nos ofenden. Nada muestra mas una verdadera grandeza de alma, que olvidar las injurias, y hacer bien á los que nos han hecho mal. Este es el medio mas seguro, como hemos dicho en otra parte de desarmar la cólera, la envidia y la enemistad. Diógenes decia que la mayor venganza contra los enemigos era ser uno hombre de bien y virtuoso. Debemos procurar, añade, tener buenos amigos, que nos enseñen lo bueno; y perversos y malos enemigos que nos impidan obrar mal. Jenofonte dice, que el hombre cuerdo y prudente sabe sacar provecho de sus mismos enemigos. Un enemigo sensato y entendido, dice un poeta de Oriente, es menos malo que un amigo necio é imprudente. Exhortando un adulador á Filipo de Macedonia á que tomase venganza de lo mal que Nicanor atrevida y osadamente habia hablado de él ¿no seria mejor, le respondió este príncipe, ver si yo he dado lugar á ello? Este mismo príncipe decia, que los oradores de Atenas, hablando mal de él, le ofrecian el medio de corregirse de sus faltas.

Podemos, pues, sacar grandes y provechosos frutos de nuestros enemigos, para con los cuales nada nos dispensa de ser humanos y justos. Así que, digamos con Theognides: yo no despreciaré á ninguno de mis enemigos si es bueno; ni ensalzaré á ninguno de mis amigos si es malo.

CAPITULO VI.

DEBERES DE LOS AMOS Y DE LOS CRIADOS.

Los ricos, como se ha visto, hacen dependientes suyos á los pobres, y por los bienes y ventajas que los dispensan, egercen sobre ellos una autoridad legítima, esto es, confesada y consentida por estos, cuando por ella gozan

de un bienestar que no podrian conseguir por sí solos. Este es el fundamento natural de la autoridad que los amos egercen sobre sus criados. Esta autoridad, como todas las demás, se convierte en tiránica usurpacion si se egercita de un modo injusto y cruel: ningun hombre, como asi debemos repetirlo, puede adquirir derecho de mandar á otros á fin de hacerlos infelices: ¡los malos tratamientos de un amo injusto é inhumano son violencias manifiestas que las leyes debieran reprimir.

Entre los romanos, cuyas leyes eran tan feroces como ellos, los esclavos no eran tenidos por hombres; á estos bandidos les parecia que el cautiverio los desnaturalizaba; sus amos ó señores pudieron por mucho tiempo disponer hasta de su misma vida, tratándolos como á unos cuadrúpedos destinados á servir de juguete á sus bárbaros caprichos. Mas despues, otras leyes mas humanas quitaron á los amos la facultad de egercer una tiranía tan odiosa y detestable, y establecieron que los esclavos fuesen tratados como hombres. Por último, la esclavitud fue abolida en la Europa; y los gefes de las familias se sirvieron de hombres libres, quienes bajo ciertas condiciones consintieron en servirlos del modo que ellos podian desear, y eximirlos asi de los trabajos que les eran penosos.

De este modo la razon humana desenvolviéndose con el tiempo, ha ido curando poco á poco á las naciones de su barbárie, y atrayéndolas á unos usos mas justos y conformes á la moral é interés del género humano. Esta moral grita á todos los habitantes del mundo, que ricos y pobres, poderosos y débiles, felices y desgraciados todos son de un misma especie, y todos tienen iguales derechos á la equidad, beneficencia y piedad de sus semejantes.

Mas á esta voz se hacen sordos los mismos europeos, cuando su insaciable codicia los ha trasplantado al nuevo mundo: en estos climas los vemos mandar como verdaderos tiranos á los desventurados negros, que un odioso comercio compra como viles animales, para venderlos despues á unos amos inhumanos, que los hacen sufrir las crueldades y caprichos de que son capaces la insolencia, la impunidad y la avaricia. Sin embargo, este abominable tráfico está autorizado por las leyes de naciones que se tienen por humanas y civilizadas, mientras que un sórdido interés las hace evidentemente desconocer los derechos mas santos de la humanidad: esta debiera convencerlas de que los negros son hombres, contra cuya libertad los blancos ningun derecho tienen, ó á los cuales al menos deberian tratar con bondad, ya que su destino los ha sujetado á su poder.

Los hombres no obedecen voluntaria y gustosamente à otros sino cuando su obediencia les es útil. Los amos forman con sus criados una sociedad en virtud de cuyos pactos y condiciones los amos se obligan á cuidar de sus criados, y á proporcionarles su bienestar, y los medios de subsistir que ellos no podrian conseguir por sí mismos: en cambio de esto los criados se obligan á servir á sus amos, esto

es, trabajar en beneficio de ellos, á recibir sus órdenes, á cumplirlas fielmente, y á velar sobre sus intereses; de donde se deduce con claridad que la justicia exige que las condiciones de este contrato sean cumplidas religiosamente por una y otra parte, puesto que ningun hombre puede obligar á otros al cumplimiento de las condiciones que él quebranta.

Mas, como una desgraciada esperiencia lo acredita, la grandeza, el el poder y las riquezas hacen por lo comun olvidar la equidad y justicia, las personas que disfrutan de estas preeminencias se persuaden ordinariamente que nada deben á los que carecen de ellas; estos infelices, lejos de escitar compasion y benevolencia en los corazones de los felices y afortunados, solo parece que les inspiran un orgullo insultante, y llegan á creer que el miserable que ven abatido á sus pies, es un ser de una especie muy diferente de la suya. Contentos con hacerse temibles, la mayor parte de los hombres se afanan poco en hacerse amables.

Una disposicion tan contraria á la humanidad debiera ser combatida y desarraigada con el mayor cuidado en la infancia. Nadie mas imperioso que un niño, á quien la mas pequeña resistencia y contradiccion le irritan y conmueven causándole convulsiones de cólera: si la educacion no trata de reprimir en tiempo estos primeros ímpetus, despues se cambian en costumbres indestructibles. La altivez, la dureza y cólera habitual de un amo con sus criados son siempre indicios de mala educacion. *Acostumbraos*, dice Madama de Lambert, *á usar bondad con los criados. Un antiguo* (Séneca) *dice que es menester mirarlos como á unos amigos desgraciados. Reflexionad que solo al acaso debeis la diferencia que hay de vosotros á ellos. No les hagais sentir su mala suerte*; *no aumenteis el peso de sus penalidades y trabajos*; *nada es tan vil y bajo como el ser altivo con el humilde.* — *Amad el órden, y templad la gravedad que como amo os conviene, con la dulzura y afabilidad*; *acordaos siempre que como hombres son vuestros iguales, y que no hay proporcion entre el mayor salario y la dura necesidad en que se halla el que tiene que servir á otro.*

Nada puede añadirse á estos consejos tan sábios, tan justos y tan humanos. Jamás con una conducta altiva y dura logrará uno estar bien servido; la cólera del amo turba al criado, le irrita interiormente, y le impide hacer bien y con prontitud lo que se le manda: si esta cólera es habitual, se acostumbra el criado á ella, la desprecia, y de contínuo abriga un odio oculto y reprimido, que puede reventar de un modo muy funesto. Muchos amos, con su conducta imprudente se asemejan á los guardafieras, los cuales escitan su ferocidad á riesgo de ser tarde ó temprano devorados por ellas: así que, deben mirar á sus criados como á enemigos, pues que de su parte hacen por sofocar en sus almas todo sentimiento de aficion y de honor. Casi siempre los malos amos hacen malos criados. *¿Debemos nosotros*, dice la

misma Madama de Lambert, *esperar que nuestros criados carezcan de defectos, nosotros que les mostramos los nuestros todos los dias? Es menester sufrirlos. Cuando os manifestais á ellos irritados y coléricos, ¿qué espectáculo ofreceis á su vista? No os priveis así del derecho de reprenderlos.*

Un amo prudente debe considerarse interesado en velar sobre la conducta y costumbres de sus criados; su seguridad y vida dependen de su fidelidad. ¿A cuántos peligros no se espone diariamente el amo de un criado borracho, jugador y disoluto? Estos vicios sobre todo en unos hombres sin razon ni principios, pueden tener las mas terribles consecuencias.

Si los amos han tenido la felicidad de haber recibido una educacion mas racional que sus desventurados criados, deben acreditarlo en su conducta. *Dad*, dice la misma Madama de Lambert, *buen egemplo á los criados, y pensad bien ¡ó hijo mio! que un amo se abate de un modo vergonzoso y se hace inferior á sus criados, cuando estos son testigos ó ministros de sus crímenes, y no encuentran en él las buenas cualidades que únicamente hacen á un amo digno del respeto y acendrado cariño de sus domésticos.*

Un amo disoluto, distraido, cargado de deudas, que por medio de engaños y estafas procura satisfacer sus vicios y locuras, ¿es acaso un hombre respetable á los ojos de su criado? Una ama, que hace á sus criadas confidentes de sus intrigas criminales, ¿tiene derecho á su estimacion y obediencia? ¿No deben con razon temer á cada instante que publiquen los vergonzosos secretos de que son depositarias?

Para ser amado, es menester que un amo sea bondadoso con sus criados; para ser temido, es necesario que observe una conducta grave y decente, de que no tenga que avergonzarse aun cuando fuese pública. La bondad del amo no consiste en una familiaridad que le haga despreciable; consiste en mostrar benevolencia á sus criados, asistirlos y socorrerlos en sus enfermedades, ayudarlos en sus lícitas y honestas empresas, agradecer su buena conducta, y recompensarlos de su cariño y vigilancia. Una familiaridad escesiva disminuye el respeto y puntualidad de los criados; nada es mas monstruoso que una casa en que los criados sean amos; los que deben mandar en ella son entonces esclavos, y un entero desórden es el efecto irremediable de esta escandalosa democrácia. ¿Cuántas familias vemos divididas y arruinadas por la facilidad de los amos en dar oidos á chismes y cuentos de sus criados? Las mugeres, principalmente, son las que padecen esta debilidad de la cual resultan frecuentes riñas y disensiones entre esposos, parientes, hijos y amigos. Aun cuando estos chismes no hiciesen mas que dividir á los criados entre sí, siempre perjudicarian al buen órden y armonia de una casa bien gobernada. Los criados están demasiado poseidos regularmente de sus vicios y pasiones, para que les den oidos los amos racionales y prudentes; sus quejas y contiendas cesan prontamente en no dándoles entrada ni apoyo; pero si los amos

las oyen y quieren remediarlas, entonces son interminables.

El estado feliz ó desgraciado de una casa anuncia el carácter de los que la gobiernan. Una casa bien regulada, una familia bien unida, y unos criados obedientes y pacíficos anuncian un amo justo y respetable: por el contrario, una casa desordenada, desunida y llena de criados alborotadores y chismosos, anuncia en su señor una conducta desarreglada, vicios, ó al menos indolencia. Nada es menos comun que una casa bien ordenada, á causa de que nada es mas raro que amos capaces de establecer y mantener en ella un buen arreglo. Un amo virtuoso y vigilante se sirve de criados virtuosos; él los hace tales con su propia conducta; los bribones, no encontrando cabida en una casa semejante, pronto se despiden y la dejan.

Criados insolentes anuncian por lo comun amos orgullosos y soberbios. Nada es mas molesto é irritante en la sociedad que la impertinencia frecuente de los criados de los ricos y grandes. El modo arrogante con que estos altivos esclavos reciben ordinariamente al mérito tímido, y al trémulo y medroso infortunio, es una de las infelicidades y desgracias mas crueles que sufre la virtud reducida al triste estado de suplicar y pretender. Un amo, si no es un inhumano, debe castigar con severidad à sus criados, cuando son descomedidos; el odio, que irremediablemente causa la insolencia, recae sobre él mismo. ¿Hay nada mas vil y bajo que la vanidad de esos hombres altivos, que tienen por interesada su grandeza en sostener la impertinencia y atrevimiento de sus mas ínfimos criados?

La impunidad de que gozan en muchas naciones los grandes y ricos, se comunica á sus criados; y es un manantial de males para el pobre falto de proteccion. En las grandes y populosas capitales, nada es mas frecuente que ver por las calles gentes atropelladas por el atrevimiento y perversidad de los cocheros, ó el descuido y vanidad de sus amos. ¡Qué necias ideas de gloria no es preciso que tengan los amos que, como sus criados, se complacen en inspirar un contínuo terror y sobresalto á cuantos van por su camino! ¡Qué corazones serán los de esos arrebatados y furiosos, que juegan con la vida de sus conciudadanos! Un artesano, un padre ó madre estropeados reducen una numerosa familia á la infelicidad y miseria; y semejantes escesos ¿es posible que sean indiferentes entretenimientos para la soberbia opulencia y sus insolentes criados? Leyes severas debieran reprimir la impetuosidad de esos ricos y grandes ociosos, cuya urgentísima ocupacion no es otra que la de correr de aquí para allí para entretener su fastidiosa ociosidad. Una policía exacta y rigorosa debiera castigar egemplarmente á esos criados, que protegidos de un poderoso amo, se atreven á insultar, herir y maltratar á las gentes honradas, que tan respetadas deberian ser por ellos. Las almas bajas son arrogantes é insolentes cuando tienen favor. Por otra parte, los soberanos y magistrados, que están libres de los

riesgos y peligros que rodean al pobre, no cuidan de evitarlos, y usan siempre de una funesta indulgencia con la grandeza y opulencia. Nada en la sociedad debiera ser mas sagrado que la vida del mas infeliz ciudadano, por lo comun mas útil al estado que no el rico, que le arruina. No hay negocios ni causas algunas urgentes que puedan disculpar á un temerario que con la precipitada carrera de su coche ó su caballo hiere ó mata á un hombre. ¡Pues qué! ¿la vida de los hombres se reputa por nada en los paises cultos?

En los estados donde reina el lujo, los grandes por una necia vanidad, incitan ellos mismos á sus criados á que olviden sus deberes. El vestir costosa y ricamente á estos hombres groseros, les hace creer que valen mas que los ciudadanos modestos, á quienes debieran respetar. El vulgo imbécil frecuentemente juzga de las personas por sus vestidos; el hombre de mérito se vé muchas veces espuesto á los menosprecios de un lacayo, que se figura superior á él porque tiene mejor vestido. El criado debe estar vestido de un modo conforme á su estado, y las leyes debieran reprimir un fausto que confunde las diversas clases de los ciudadanos. ¡A veces vemos los lacayos de un grande ó un cualquiera mas ricamente vestidos que un militar desgraciado, que por muchos años ha espuesto su vida en servicio de su patria! El pobre pretendiente se vé precisado con frecuencia á sufrir unos gastos que esceden á sus escasas facultades, solo por no ser despreciado ó groseramente despedido de los mas ínfimos é insolentes criados.

Un amo es responsable al público de la conducta de sus criados; á él es á quien pertenece reprimir en ellos los vicios perjudiciales á la sociedad: al ver á esta infestada de tantos criados soberbios, corrompidos y libertinos, debemos inferir que los egemplos de sus amos contribuyen á multiplicar sus desórdenes. Amos de malas costumbres hacen á sus criados confidentes y ministros de sus vicios y estravios; sus almas, envilecidas con este infame oficio, se hacen estrañas á todo lo que es virtud y honor; el criado quiere imitar, y para conseguirlo recurre al robo y á la estafa. Así los malos amos vician á sus criados, siendo sin embargo tan injustos que se quejan de sus bajezas y rapiñas, cuando son ellos la primer causa de ellas: de este modo, enseñándolos con su egemplo á despreciar las buenas costumbres, los conducen al crímen.

Por otra parte, el lujo, que multiplica los criados en las ciudades, llena la sociedad de holgazanes y viciosos, á quienes todo les incita y estimula á desórdenes, á fin de ocupar el vacío de un tiempo que no saben emplear. La ociosidad de los criados es para ellos mismos y para los demas, un manantial fecundo de escesos y vicios. Una política próbida y diligente debiera remediar los inconvenientes del lujo, el cual priva los campos de cultivadores, y atrae á las ciudades un sin número de perezosos sin principios y sin costumbres, cuya principal ocupacion es propagar la cor-

rupcion á las últimas clases del pueblo.

El hijo de un labrador, que en el campo es útil y necesario, se hace dañoso y perjudicial en el servicio de la ciudad. En esta regularmente se ocupa mal, aun cuando tenga buenas costumbres. Si se casa para conservarlas, llena la sociedad de hijos, á los que pocas veces puede educar y sostener sin recurrir á medios perjudiciales á su señor; por otra parte, sus hijos al llegar á ser hombres, se ven obligados por lo comun á buscar en la disolucion, y aun en los crímenes, medios y arbitrios de librarse de la indigencia en que han nacido (1). Los matrimonios de los criados son evidentemente uno de los manantiales y causas de tantas prostitutas, de tantos rateros, jugadores, holgazanes y malhechores de toda especie que inundan las naciones opulentas. Los pobres en el campo se dedican al trabajo; mas los pobres en la ciudad se entregan al delito ó la mendicidad, medios ambos casi igualmente perniciosos á la sociedad.

Si la multiplicidad de criados le es lisongera y agradable á la vanidad de algunos amos, no por eso es menos contraria á sus intereses que á los del público; porque se ven peor servidos, y llenan sus casas de una multitud de holgazanes, cuyos robustos brazos no pueden ser empleados útilmente. Una familia muy numerosa es una máquina muy complicada para dirigir sus movimientos bien y facilmente. La multiplicidad de criados produce en las casas opulentas abusos, rapiñas y robos de estilo, encubiertos bajo el nombre de *gages ó derechos*, que los amos débiles y fáciles tienen la flaqueza de tolerar. Mas esta facilidad cria ingratos, y esta pretendida generosidad bribones, que se juzgan autorizados para estafar y robar siempre que pueden hacerlo sin peligro.

Todo nos prueba que un número escesivo de criados, por los desórdenes que acarrea, es una de las principales causas de la ruina de las casas grandes, y de la poca ó ninguna riqueza que comunmente se halla entre los grandes; porque por no tener tiempo ó capacidad para ocuparse en sus propios negocios, se valen regularmente de hombres mercenarios, que aprovechándose de sus desórdenes y negligencia, aceleran su destruccion. *El ojo del amo...* es un proberbio que todos tienen en la boca, pero cuya práctica no observa la disipacion, la inconstancia y el vicio.

Solamente una vanidad pueril ha podido persuadir á los grandes que era impropio de ellos atender á sus negocios y desempeñarlos por sí mismos, y que la grandeza consiste en no entender de nada, en dejarse devorar por una gavilla de criados inútiles, en sufrir sus vicios y desórdenes, en dejarse arruinar con deudas y en verse de contínuo importunados y perseguidos de acreedores. Un modo de pensar tan estraño es una consecuencie de las preocupaciones góticas de la nobleza, que la persuadian á que, escepto el oficio de la guerra, le era honroso igno-

(1) Ningunos, segun Bayle, procrean hijos de mejor gana que los pobres, porque saben que no han de mantenerlos.

rar todo lo demás. A los ojos de la razon nada es mas deshonroso que la negligencia é impericia, que nos condenan á ser víctimas de la malicia de los pícaros. Nada es mas vil y despreciable que reducirse por su mismo descuido á cierta especie de miseria. ¿Qué diferencia hay entre un pobre y un rico cuya hacienda está embrollada con enredos y deudas? ¿Hay cosa mas injusta, vil y baja que constituirse por su culpa y sus locuras en estado de privar á los acreedores de lo que se les debe, y de aumentar las deudas sin intencion de pagarlas? Si la grandeza consiste en una conducta semejante, los grandes debieran ser mirados como los mas locos y despreciables de los hombres. *Justo es y conveniente*, dice Plutarco, *cuidar uno de sus propios bienes para abstenerse de los agenos* (1).

Todo cabeza de familia, por su propio bien y el de sus descendientes, debe atender y cuidar sus negocios; su vigilancia es obligacion, y su negligencia sería un vicio imperdonable. El amo sabio y prudente encuentra una ocupacion agradable en el cuidado y atencion de sus propios asuntos; establece una sábia economia como el único medio de que en su casa reine la abundancia; quiere ser por sí mismo dueño de su felicidad, sabe que el desórden y la indigencia sumergen á los grandes en la dependencia y desprecio, y que el imprudente que se arruina se ve precisado á recurrir á medios indignos de toda alma justa y noble. Las bajezas é infámias que frecuentemente deshonran á los grandes, son causadas por la falta de economía, y los enormes gastos á que los arrastran su vanidad, su pereza y desarreglos. Es preciso avillanarse cuando se quiere sostener ó reparar una fortuna destruida con caprichos y estravagancias.

¿Hay una posicion mas feliz que la de un gefe de familia virtuoso y sabiamente ocupado en el desempeño de sus deberes? Los cuidados que se toma tienen su recompensa en el amor y sumision que esperimenta de parte de cuantos le rodean: goza de sus bienes, de los cuales raras veces suelen gozar los grandes: hace abundantes los estériles terrenos; alienta y anima la industria de sus arrendatarios y colonos; tiene el placer de criar, de mandar á la naturaleza y obligarla á obedecer sus órdenes y corresponder á sus deseos. A sus ojos todo prospera; sus vasallos trabajan y se enriquecen; sus criados segundan sus designios y participan con su señor de su opulencia, y esta le facilita los medios de premiarlos y de hacerlos felices.

Este es, el objeto que, por su propio interés, deberian proponerse los señores, los grandes y hacendados: una vida semejante ¿no sería preferible á esa vida inquieta y fastidiosa que pasan en las córtes ó capitales, donde á fuerza de diversiones y placeres se arruinan y destruyen, y al fin de nada gozan? Solo causando bien y felicidad á un gran número de hombres es como se puede ostentar la grandeza y poder: ocupando á los hombres es como

(1) *Plutarco, vida de Filopómenes.* Jenofonte pone en boca de Sócrates, que conviene á todo hombre sensato y que es buen ciudadano acrecentar sus propios bienes.

se les puede enriquecer y enriquecerse legítimamente uno á sí mismo; ocupándose útilmente es como uno se sustrae del fastidio y desorden, y como se previene al mismo tiempo los desarreglos de criados y dependientes; en fin, haciendo á estos felices con beneficios reales y verdaderos es como se les inspira respeto, obediencia y amor á sus deberes.

El criado debe respetar en su amo á un hombre de quien depende su propia felicidad; su interés le empeña y estimula á manifestarle invariablemente la deferencia que su estado le prescribe: un criado debe temer desagradar á su amo con modales altivos y soberbios, ó con indiscretas murmuraciones y chismes: debe asimismo armarse de paciencia, porque la paciencia es la virtud de su estado, que le destina á sufrir las variaciones à que estan sujetos los hombres; con ella desarmará el criado la cólera del amo, y la esperiencia le demostrará seguramente que el furor mas exaltado se aquieta y desvanece con la sumision y dulzura: un buen criado, en fin, obedecerá sin réplica las órdenes de su señor. Si este es justo y prudente manda lo que es justo y hacedero; y si es injusto debe ser dejado. El criado cumplirá con el trabajo ó tarea que se le prescriba, y hará cuanto estuviese de su parte para llenar sus obligaciones y deberes. Evitará de consiguiente la torpeza é imperfeccion en sus obras y trabajos, que suelen ser efecto de la precipitacion ó falta de cuidado; y le tendrá aun en las cosas mas pequeñas para evitar reprensiones, siempre vergonzosas y sensibles; será exacto y puntual á fin de no acarrearse el enojo de aquel cuyo contento y benevolencia le son necesarios y provechosos.

Un buen criado debe observar sobre todo las reglas de la mas exacta y rigorosa fidelidad; tendrá presente de contínuo que al entrar al servicio de su amo se obligó, no solo á respetar su propiedad, sino tambien á defenderla contra cualquiera, y á confundir sus intereses con los suyos, mirando estos como propios. Por un abuso contrario á la justicia, los criados se acostumbran á exigir retribuciones de los que abastecen de comestibles ó mercaderias las casas de sus amos; mas un criado fiel reconocerá facilmente que estos pretendidos *provechos*, *gages y derechos*, aunque autorizados por el uso de los malos criados ó de los amos negligentes, atendidas las causas porque se dan y se reciben, no pueden reputarse legítimos, y son en realidad unos robos encubiertos.

En fin, un criado honrado y laborioso huirá de la ociosidad, mirándola como el camino de los vicios y delitos; procurará invertir en algun trabajo provechoso aquellos ratos de libertad y descanso que le permita el servicio de su amo; y de este modo empleará ventajosa y útilmente el tiempo, que los criados perezosos dan al juego, borracheras y disolucion. Con una conducta semejante, un criado debe prometerse el aprecio, reconocimiento y cariño de todo amo, en quien la vanidad no haya sofocado toda justicia y gratitud. Despreciar á un criado tal, seria estàr un amo falto de ra-

zon y equidad. Un criado fiel y leal es un amigo mucho mas seguro que la mayor parte de los que se encuentran en el mundo; un amo que no usase con él de consideracion y reconocimiento, sería enemigo de sí mismo, y se haria digno de desprecio. ¡Cuántos esclavos se han visto que á pesar del cruel oprobio con que la preocupacion los mira, han mostrado á sus señores un celo y generosidad sublimes, por los que merecian ser celebrados y encarecidos con mayor razon que tantos héroes que el universo admira! (1)

Cesen, pues, los hombres altivos y soberbios de ultrajar con duros tratamientos á unos criados necesarios á su felicidad, y sin los cuales se verian precisados á servirse ellos mismos: respete un amo en su criado la humanidad desgraciada; no le desprecie ni injurie jamás; vea siempre en él un semejante suyo, y un hombre útil á su propio bienestar; cuando haya esperimentado su apego, sus contínuos desvelos y fidelidad, ámele, trátele como á un sincero amigo, tenga presente que el salario que le da, no le dispensa del reconocimiento, y que siempre es mucho menos de lo que le debe. ¿Hay cosa mas vergonzosa que ver á tantos amos que califican por deudas los servicios mas penosos de un criado á quien no pagan, y corresponden comunmente con altivez é ingratitud? Salarios ó estipendios regularmente escasos ¿podrán ser suficiente paga para un criado atento y fiel, de contínuos y penosos desvelos que pueden causarle largas enfermedades, de trabajos que piden á veces fatigosos y molestos viages, y en fin, de la total y contínua renuncia á su voluntad propia, cosa que tan pesada hace la servidumbre? Los hombres que de este modo se consagran al servicio de sus amos, adquieren un derecho tan justo á su cariño, que solamente la dureza y el orgullo son capaces de negarlos y desconocerlos.

La injusticia y fiereza de tantos amos inhumanos son evidentemente la causa de que sus criados sean por lo comun sus enemigos; al ver su conducta, no parece sino que los miran como á bestias, ó mas bien como á unos autómatas faltos de sensibilidad, en quienes pueden egercitar libremente sus pasiones, caprichos y ridiculeces: esto no obstante se les acrimina á estos infelices, perpétuamente exasperados y oprimidos, el que se muestren indiferentes con sus amos, que los sirven maquinalmente, y sobre todo que solo el interés los anime. De esta manera se trabaja de contínuo en irritar y comprimir los corazones de los miserables criados; se les degrada con una insultante altivez, se les recompensa muy mal, y sin embargo ¡se quejan los amos de que son desapegados, viles é interesados! Aprendan, pues, los amos, y no

(1) Valerio Máximo refiere muchos egemplos de esclavos que sacrificaron su vida por salvar las de sus señores. Tácito cita al esclavo de Pison: hallándose este condenado á muerte su esclavo tomó su nombre y se dejó quitar la vida por él. Bajo el imperio de Calígula, una muger sufrió con el mayor valor la tortura mas cruel sin haberla podido hacer que confesase cosa alguna en perjuicio de su señor.

olviden jamás que la bondad sola gana los corazones; que el que trata á sus criados como á hombres, puede inspirarles pensamientos honrosos; que quien los recompensa convenientemente, los enseña á pensar con nobleza; y en fin, que los buenos amos son los que pueden solamente formar criados buenos y fieles, y que estos, á pesar de su destino y servidumbre, son muy dignos de estimacion y aprecio.

Si la servidumbre voluntaria fuese un justo motivo para despreciar á los hombres ¿cómo debiera mirarse la servidumbre de los cortesanos, tanto mas afrentosa cuanto los que se someten á ella no lo hacen precisados de la necesidad de subsistir, y cuando deberian tener por su clase un corazon mas elevado è incapaz de envilecerse y abatirse? Sin embargo, arrastrados del mas vil interés, los vemos avillanarse y rendirse servilmente á los pies del crédito y la autoridad, afanarse en consagrar al poderoso los mas bajos servicios, y sufrir con humilde resignacion injurias y baldones, que no sufriria quizá el mas ínfimo criado.

Compadezcámonos, en fin, de los hombres infelices y desventurados, mas no despreciamos sino á los que con su conducta envilecida se hiciesen despreciables.

CAPITULO VII.

DE LA CONDUCTA EN EL MUNDO. — DE LA URBANIDAD. — DEL DECORO. — DEL TALENTO. — DE LA ALEGRIA. — DEL BUEN GUSTO.

Considerados los deberes que cada estado impone á los hombres en las diferentes posiciones en que pueden encontrarse, nos resta todavía examinar lo que se deben los unos á los otros en la vida comun del mundo, esto es, la conducta que los hombres están obligados á seguir para hacer el trato ó comercio de la vida agradable y tranquilo, y las cualidades que deben adquirir ó poseer, para merecer y conservar la estimacion y afecto de aquellos con quienes pueden tener relaciones permanentes ó pasageras.

El comercio de la vida nos enseña con mas ó menos prontitud qué medios debemos emplear para merecer la benevolencia de las personas con quienes vivimos habitualmente, ó que el flujo ó reflujo de la sociedad nos presenta; reflexionando sobre lo que exigimos de los otros para estar contentos y satisfechos de ellos, pronta y fácilmente descubrimos lo que debemos hacer para que ellos lo estén de nosotros. Hé aqui el orígen natural de la *urbanidad*; la cual, como hemos visto, es el hábito de mostrar á las personas con quienes vivimos las atenciones y consideraciones que les son debidas.

El hombre no nace civilizado; pero lo es por medio de la educacion, de los preceptos, del egemplo, de su pro-

pia esperiencia, sus reflexiones sobre los caractéres de los hombres, y en una palabra, con el uso del mundo: todo le prueba que para ser feliz es menester agradar; y conoce bien pronto que para conseguirlo es preciso conformarse con las ideas y convenciones de los que viven en su compañía, consultar su amor propio ó su vanidad siempre activa, y manifestarles aprecio y estimacion, ó al menos consideracion. Todo hombre, como que se ama á sí mismo, quiere que los otros adopten estas mismas ideas; y por estos deseos, bien ó mal fundados, juzgan de aquellos con quienes tienen relaciones.

La urbanidad ha sido muy bien definida por un moralista moderno *la demostracion ó imitacion de las virtudes sociales. La urbanidad*, dice este autor, *es demostracion si es verdadera, é imitacion si es falsa. Las virtudes sociales son aquellas que nos hacen útiles y agradables á aquellos con quienes vivimos; un hombre que las poseyese todas, sería necesariamente urbano y cortés en sumo grado.*

Algunos moralistas melancólicos confunden la urbanidad verdadera con la falsa; ó bien, haciéndola consistir únicamente en formalidades incómodas y minuciosas, en señales de aficion y de aprecio equívocas y poco sinceras, en espresiones hiperbólicas introducidas por el uso, la proscriben injustamente, y anteponen á ella una rudeza grosera y salvage, que han calificado de *franqueza*: mas en la vida social la urbanidad es una cualidad necesaria, pues que sirve para advertir y recordar á los hombres la consideracion que unos á otros se deben, y las atenciones y cortesías con que, por sus mútuos intereses, estan obligados á tratarse entes que necesitan verse y hablarse de contínuo.

Guardémonos, pues, de vituperar imprudentemente los usos, convenciones, fórmulas y demostraciones siempre útiles, que nos recuerdan lo que debemos á nuestros semejantes, y pueden conciliarnos su benevolencia: conformémonos con estas costumbres cuando no son contrarias á la probidad: sometámonos á prácticas que no pueden ser violadas sin una falta de atencion y decoro, y cuya omision nos acarrearia la nota de vanos, rústicos y hombres singulares, haciéndonos desagradables ó ridículos.

El menosprecio de las reglas de la urbanidad y usos del mundo, anuncia ciertamente un necio orgullo, siempre insultante y ofensivo. No someterse á las costumbres adoptadas por la sociedad, es una resistencia impertinente y vituperable. Todo hombre puede pensar como quiera; mas no puede, sin faltar á sus asociados, eximirse de las reglas generales, y sustraerse á la autoridad pública, cuando esta no prescribe cosa contraria á las buenas costumbres. Respetemos al público, sigamos sus usos, y temamos desagradarle con la inobservancia de signos y demostraciones esteriores, que por una convencion general manifiestan la benevolencia, afecto, estimacion y respeto, ó si se quiere, la indulgencia y humanidad que *todos* debemos á las flaquezas y debilidades de nuestros semejantes.

Si debemos respeto y consideracion á las criaturas de nuestra especie, la urbanidad, de consiguiente, es un acto de justicia y humanidad. El desconocido y el estrangero tienen derecho á los indicios de la benevolencia universal, debida á todos los hombres, en razon de que si el acaso nos transportase á un pais desconocido, desearíamos encontrar en sus habitantes señales y demostraciones de hospitalidad, benevolencia y humanidad. Sin embargo de esto, muchos hombres que pasan por corteses y bien educados, parece que olvidan ó desatienden estos deberes, pareciéndoles que nada deben á las personas desconocidas. En espectáculos, en paseos, en funciones ó parages públicos se ven muchas gentes comportarse con tal descortesía, con una falta de crianza y grosería tan estrañas y chocantes, que les dan motivos de arrepentirse de ellas en fuerza de las reconvenciones y consecuencias muchas veces funestas que les ocasionan. No se deben, pues, ni desatender ni menospreciar las señales y demostraciones debidas á todo el mundo; si semejantes demostraciones no siempre son sinceras, al menos prueban que en todas las naciones civilizadas exîsten ideas de lo que los hombres se deben los unos á los otros, aun cuando no esten íntimamente unidos.

La urbanidad franca y sincera es la que proviene de los afectos de cariño, respeto y estimacion que escitan en nosotros las cualidades eminentes que notamos en las personas con quienes usamos de la demostracion de estos afectos. Es cierto que no podemos sentirlos con relacion á todo el mundo, pero tambien lo es que con todo el mundo estamos obligados á usar de bondad, benevolencia y humanidad. A veces nos vemos en precision de mostrar respeto y consideracion aun á la misma perversidad poderosa, porque nuestra conservacion exige que no ofendamos á los que podrian dañarnos; estas consideraciones que les testificamos, son efectos del temor, el cual escluye enteramente el amor.

La estimacion es un afecto favorable fundado en cualidades que consideramos útiles y agradables, que nos aficionan á los que las poseen; así que, es una disposicion á amarlos y á unirnos estrechamente con ellos. El desprecio es un efecto de aversion que suscitan las cualidades inútiles ó vituperables. El desprecio es insoportable á los que le causan, porque en cierto modo los escluye de la sociedad como inútiles. Uno puede muy bien ser estimado sin ser querido; mas ninguno puede ser sólida y sinceramente amado sin ser apreciado. Las aficiones y cariños que tienen por base la estimacion son los mas sinceros y permanentes.

La consideracion es un afecto de aprecio mezclado de respeto, y escitado por cualidades no comunes, acciones grandes y nobles, ó talentos raros y sublimes: tener consideracion á uno, es testificarle una atencion particular por las cualidades que le distinguen de los otros. Se vé, pues, que la consideracion solo es debida á la grandeza de alma, á los grandes talentos y á la virtud.

Comunmente se dice que es una

falsedad demostrar cortesía, aprecio y consideracion á hombres que no merecen nada de esto; mas nosotros debemos atencion y respeto á todos aquellos á quienes la sociedad respeta unánimemente; y ademas de que no somos sus jueces, seria imprudencia despreciar á la perversidad, cuando esta tiene poder para dañar; es menester huir cuanto se pueda de los perversos, y si el acaso ó la necesidad nos los presenta, es menester no provocarlos con nuestra conducta, sino temerlos: cuando en este acaso nos sometemos á ellos, nuestra conducta no es mas que la manifestacion de nuestro miedo. Solo el hombre de bien es quien tiene derecho á los homenages del corazon, al sincero afecto, al aprecio y á la verdadera consideracion; los perversos constituidos en poder y dignidad, deben contentarse con las señales esteriores. El desprecio es insoportable aun á los hombres que son mas dignos de él. Cuanto mas conocen los perversos el desprecio que se merecen, tanto mas se irritan con el que se le manifiesta.

Las señales de respeto son debidas al poder; la consideracion que el temor, ó las convenciones de la sociedad, ó nuestro deber nos obligan á tener á nuestros superiores, ó á las personas que egerzan sobre nosotros una autoridad bien ó mal fundada, se llama *respeto*. Un hijo debe respetar á su padre, aunque este sea injusto. Un ciudadano respeta á los príncipes, á los grandes y hombres en dignidad, aunque sean perversos, porque si no se espondria por una necia vanidad á las consecuencias de su resentimiento. El respeto, como que vá mezclado de temor, cuesta siempre mucho al amor propio de los hombres, ofendidos ó molestados comunmente con la superioridad de los otros. Si las señales de respeto son lisongeras y halagüeñas para el que las recibe porque le recuerdan é indican su poder y grandeza, tambien disgustan é incomodan al que las usa, porque le advierten de su flaqueza é inferioridad. Hé aquí por qué nada es mas raro que encontrar inferiores sinceramente apegados á sus superiores; estos por lo comun hacen sentir á sus favorecidos toda la distancia que establecen entre ellos la clase y el poder.

La consideracion que mostramos á nuestros iguales se llama *urbanidad*, *cortesía*, *buena crianza*, aunque no les profesemos verdadero cariño; esta es una moneda corriente, que cada uno da y recibe por lo que vale. La vida social pide que se use de buena crianza con las personas indiferentes, y como ademas nosotros la exigimos de ellas, es visto que semejante conducta está fundada en justicia.

Las demostraciones de consideracion son debidas al mérito, á los talentos raros y útiles y á las virtudes. Las de amor y ternura lo son á la amistad. La atencion que tenemos con nuestros inferiores se llama *bondad*, *afabilidad*. Debemos usar de estas demostraciones, porque este es el medio de conciliarnos su afecto, el cual nunca puede ser indiferente al hombre de bien; este se avergonzaria de deber al temor los respetos y homenages que desea obtener del corazon. Los indicios de benevolen-

cia universal son debidos á todos los hombres porque son nuestros semejantes. En fin, para un corazon sensible no hay cosa alguna mas digna de atencion y respeto que la miseria: á los desgraciados todos debemos al menos consolarlos.

Cuando los ricos y grandes señores saludan con afabilidad á un infeliz, le muestran de este modo que tienen humanidad, que no le desdeñan, que le aprecian y le quieren bien. Nada sería mas conforme á la sana moral que enseñar á los niños opulentos á no despreciar nunca à sus inferiores; así se harian dignos de su amor y evitarian el odio y envidia que la indigencia concibe naturalmente contra los afortunados y felices: pasion que el orgullo acrecienta é irrita. ¿No les basta á los hombres ser infelices y miserables, sin hacérselo sentir todavia mas cada momento?

La educacion deberia preservar á los grandes de esa vanidad altiva y desdeñosa, que lejos de inspirar amor y confianza á los que la sufren, los desvia, los ofende y anunciá la distancia en que el orgullo quiere mantenerlos. Semejante urbanidad suele ser mas irritante y molesta que un insulto manifiesto. «Los grandes, dice un moder»no, que aburren y fastidian á los »hombres á fuerza de cortesias sin bon»dad, merecen que se les aburra y fas»tidie á fuerza de respetos sin cariño... »La cortesia en los grandes debe ser »humanidad; en los inferiores grati»tud, si los grandes la merecen; en los »iguales aprecio y servicios recípro»cos."

Los habitantes de la corte son ordinariamente mas urbanos porque estan acostumbrados al temor de lastimar el amor propio de los que pueden servirles ó perjudicarles en sus proyectos: y saben ademas que algunas veces el hombre mas despreciable puede poner obstáculos á sus deseos. Por otra parte los grandes suelen ser corteses con el fin de ser así mas respetados, ó para advertir á sus inferiores de la sumision que esperan de ellos.

El deseo de servir y obligar debe ser contado en el número de las cualidades mas á propósito para conciliarnos el cariño en la vida social. Esta disposicion dimana visiblemente de la benevolencia y los socorros que debemos á los que son de nuestra especie. De este modo el hombre atento, cortés y oficioso adquiere derecho al aprecio y cariño de los demas. El hombre que emplea su crédito y poder en sacar del olvido al mérito ignorado, reparar las injusticias del destino, y prestar socorros á la humanidad, es un verdadero bienhechor, digno del reconocimiento de todo buen ciudadano. Aunque el deseo de servir no produzca semejantes efectos, siempre es agradable en el comercio de la vida; porque nace de la complacencia y urbanidad que nos inclinan y aficionan á los que pretenden complacernos. Mas el deseo de servir, lo mismo que la beneficencia, no debe jamás egercitarse á costa de la virtud. Servir y obligar á malvados es dañar á la sociedad, y aun á sí propio muchas veces. Servir á los viciosos en sus desarreglos es hacerles un mal verdadero. Prestar auxilios á la iniquidad

es hacerse cómplice de ella. La debilidad de servir ó complacer á personas inútiles ó perjudiciales, es como una cobarde adulacion. Una urbanidad escesiva, una complacencia imprudente y comun, una oficiosidad indistinta producen muchas veces tantos males en el comercio de la vida, como la descortesiá y brutalidad.

Por grande que sea la familiaridad en que los hombres vivan entre sí, la urbanidad debe siempre acompañarlos: es el amor propio tan fácil de ofenderse, y la vanidad tan propensa á irritarse, que siempre es necesario usar de precaucion con ellos. Nuestros amigos nos dispensan gustosos de las incomodidades y fórmulas comunes de la urbanidad y etiqueta; pero nuestros amigos no pueden consentir en que se les desprecie. Nada es mas cruel que el desprecio de parte de aquellos á quienes amamos, y de los que queremos ser amados. Así la amistad, aunque no guste de *cumplimientos* ó indicios esteriores de urbanidad y cortesia, exige siempre los afectos sinceros que anuncian estas demostraciones. Las chanzas y burlas picantes, los dichos y conversaciones indiscretas, que á la familiaridad parecen permitidas, son las causas comunes de los rompimientos, disensiones y riñas que se ven en sociedad.

El amor propio que siempre nos adula, y el atolondramiento que no ve las cosas como son en sí, hacen que muchas gentes presuman demasiado de la amistad de las personas que tratan con frecuencia, porque ignoran hasta qué punto podemos familiarizarnos con ellas sin riesgo de ofenderlas. Facilmente se supone que todo es licito con los que se llaman íntimos amigos, siendo así que estos pretendidos amigos no tienen con nosotros mas amistad que una benevolencia general, que nunca debemos confundir con la verdadera amistad. El mundo está lleno de necios presumidos que se hacen desagradables á los que aun no conocen lo que era menester. *No sabia yo que éramos tan amigos*, decia uno á un necio que presumia demasiado de su afecto y cariño: *no seais tan franco*, decia otro á uno que gastaba con él unos modales demasiado familiares. Un poco de reflexion ¿no debiera mostrarnos que hay ocasiones en que un amigo el mas querido puede incomodar á su amigo?

La misma union conyugal, para mantenerse en su fuerzá y vigor, no dispensa á los esposos de las atenciones que demuestran su aprecio y el deseo de complacerse. En público, los esposos que sean discretos respetarán mútuamente su amor propio, y cuidarán de no faltar uno con otro á estas consideraciones que acreditan su concordia y cariño. Hay gentes imprudentes é inconsideradas que se rehusan á manifestar su buen afecto á las personas cuyo amor tienen tanto interés en conservar. La sociedad está llena de esposos que no se distinguen sino por sus malos modales; de padres que tratan á sus hijos sin ningun apego ni atencion; de amigos que se persuaden que todo les es permitido con sus amigos; y de amos, en fin, que no pueden hablar bondadosamente y con ánimo sereno á sus criados. Así sucede que los hom-

bres que viven con la mayor familiaridad, llegan regularmente á detestarse.

Los miramientos y buenos modales nunca son importunos ni perdidos: los diferentes modos de espresarlos con la conducta y las palabras, sirven de mantener en los corazones de los hombres las disposiciones necesarias á su recíproca satisfaccion. Jamás estamos satisfechos y contentos con los que nos dan á entender que no nos miran y respetan como quisiéramos nosotros.

Aun á las personas enteramente desconocidas debemos ciertos miramientos y consideraciones. Un hombre verdaderamente sociable debe abstenerse de ofender á cuantos la casualidad le presente. Este desconocido puede ser un hombre de gran mérito ó clase distinguida, y tener que arrepentirse despues de no haberle mostrado la atencion que era justa. No hay quien no se avergüence de haber tratado con ligereza y poco respeto á una persona desconocida, cuando luego llega á saber que era personage respetable. Ademas, el hombre de bien, siempre animado de la pasion de la benevolencia universal, desea demostrarla aun á los que solamente habla de paso.

Así los miramientos debidos á la sociedad nos prescriben miramiento y urbanidad aun con aquellas personas con quienes no hemos tenido ni tendremos union particular. Nada es mas impolítico ni impertinente que las miradas de curiosidad é inatencion con que muchos hombres, que se tienen por bien criados, fijan sus ojos en las mugeres en calles, en paseos y parages públicos. La buena educacion y la decencia debieran ciertamente enseñarnos que no es justo ofender con ojos poco honestos la modestia de un sexo á quien el nuestro debe respetar, ó no sonrojar por lo menos.

En general, el hombre de bien debe contraer el hábito de no ofender á nadie. Por no observar una regla tan sencilla ¿á cuántos peligrosos inconvenientes no se esponen á cada paso una multitud de imprudentes? Al ver el modo con que muchos se comportan en público con los que la casualidad les presenta, no parece sino que un desconocido es para ellos un enemigo con el cual quisieran pelearse. De aquí nacen encuentros imprevistos, cuyos resultados son á veces muy sérios entre personas poco dispuestas á sufrir las miradas insultantes ó los modales poco comedidos de los que encuentran al paso. ¡Y qué! ¿serán vergonzosos los miramientos que entre sí se muestren unos mismos conciudadanos?

El medio mas seguro de vivir bien y felizmente con los hombres, es manifestarles en cuanto sea posible, que les tenemos el afecto que piensan merecer de nosotros; y nunca es vituperable que les sacrifiquemos una parte de nuestro amor propio; mas vale, en general, pecar por esceso que por defecto en estas cosas. Mas la vanidad del hombre es tan mezquina y pobre, que teme privarse á sí misma de lo que concede á los otros: so pretesto de evitar la bajeza y adulacion, se rehusa muchas veces á una inocente condescendencia con las debilidades humanas,

á las que una verdadera grandeza de alma se prestaria sin repugnancia. Nunca es bajeza demostrar indulgencia; por el contrario, es una señal de grandeza, cuando de su facilidad no resulta ningun mal. Siempre es razonable ceder á la fuerza (1); y generosidad, someter su amor propio al de un hombre que por otra parte puede tener algun mérito, ó al de un amigo que á vuelta de sus defectos puede tener muchas cualidades apreciables. Si en el comercio de las vida se obstinase el hombre en apreciar á los demas por lo que rigorosamente valen, á cada paso estaria en discordias con todos.

Muchas personas tienen por punto de honor usar en el comercio de la vida de una severidad que las hace molestas y desagradables. Dicen que son francos, que no son aduladores; al paso que en el fondo son realmente vanos, groseros, pequeños, malignos y envidiosos en el mas alto grado. *La virtud*, dice Horacio, *consiste en un medio entre dos vicios opuestos, igualmente distante de sus estremos.* En efecto, un alma verdaderamente noble y generosa no teme envilecerse con su fácil indulgencia, ni se avergüenza de dar á los otros mas de lo que pueden exigir. Solo una vanidad inquieta y orgullosa es capaz de pesar en una rigorosa balanza lo que ha de conceder ó negar á los otros. Todo sacrificio del amor propio cuesta infinito á las pequeñas almas; estas únicamente miran como importantes las puras bagatelas, y queriendo ser urbanas y corteses en estremo, se hacen odiosas, molestas ó impertinentes.

De aquí esa contínua lucha entre las vanidades del mundo. Los hombres vanos temen pasar del coto y degradarse con la indulgencia que muestran á los otros. Los grandes afectan un desprecio estudiado con el sábio literato, con quien desean recrearse, mas sin consentir que sus talentos los acerquen mucho ó los igualen á ellos: el hombre de calidad pretende que el hombre de mérito, mas no de ilustre sangre, *ocupe siempre su lugar.* El trato que por miras particulares se entabla entre la nobleza indigente y la clase opulenta, no es ordinariamente sino una guerra de dos vanidades igualmente ridículas. Las gentes de oficina y los literatos tienen á veces la vanidad de tratar con los grandes que desprecian á entrambos, y piensan engrandecerse con unas conexiones que antes bien los degradan, puesto que los grandes, de quienes locamente se figuran amigos, los miran como á hechuras suyas, como á unos inferiores á quienes se dignan honrar con su condescendencia. *Los grandes*, decia Diógenes, *son como el fuego que conviene no alejarse ni acercarse mucho á él.*

Nada es mas prudente ni ventajoso

(1) Los lacedemonios que no eran hombres bajos ni débiles, nos han dado un bello egemplo de la indulgencia que puede y debe tenerse con la locura de los grandes. Habiendo tenido Alejandro la pequeñez de pasar por hijo de Júpiter, y por dios, quiso ser reconocido por tal en todos los estados de Grecia; los lacedemonios sobre esto dieron este decreto verdaderamente lacónico: *Pues que Alejandro quiere ser dios, séalo enhorabuena.*

que no salir cada uno de su esfera. Un árabe ha dicho oportuna y sabiamente, *vale mas no vender, que perder*. El trato con los grandes nunca ó raras veces puede ser provechoso á los pequeños. Los talentos y la sabiduría no son nada á los ojos de un hombre de calidad que presume no hay nada comparable al nacimiento: la virtud misma le parece inútil al cortesano que solo aprecia lo que puede conducirle á la fortuna: el mérito pierde su valor con los que no le tienen; el hombre de ingenio y de talento se cambia en tonto y necio en la compañía de un necio titulado; el hombre científico forzosamente ha de ser vil y bajo si se propone agradar á los grandes. El trato frecuente con ellos priva por lo comun à los talentos de aquel noble orgullo, de aquella valentía y libertad que los harian capaces de emprender y realizar cosas útiles y grandes.

El hombre de mediana fortuna solo gana en el trato frecuente con la opulencia el deseo de enriquecerse, el gusto del lujo, el amor de la pompa y profusion, y la tentacion terrible de arruinarse por no ceder al otro, cuyo fausto le deslumbra: el hombre sabio y prudente no debe salir de su estado: este es el modo de evitar los disgustos que le causarian las altiveces, las sugestiones y vanidad de los otros. Las locuras del grande son los manantiales de la ruina del pobre ó del de una fortuna limitada. Siempre será mas prudente economizar que esceder sus propias facultades.

Generalmente hablando, es cierto y constante que no puede haber un recíproco y permanente deleite en las conexiones irregulares de la sociedad, ó en las amistades entre personas que se diferencian mucho en su nacimiento, estado y fortuna, ó en sus talentos, genios y carácter. Los que se reconocen superiores en cualquier género, se valen de esta superioridad contra sus inferiores: de aquí nacen las discordias y odios, frutos necesarios de las altiveces, menosprecios y burlas que comunmente se usan con el que es tenido por inferior. Los pequeños no pueden esperar de los grandes sino desprecios: y los hombres de un talento sublime desdeñan, á su egemplo, á los hombres mediocres.

Hay gentes que por ambicion quieren sobresalir en las sociedades que frecuentan; para conseguirlo prefieren el trato de sus inferiores al de sus iguales, como que de estos no lograrian las mismas ventajas y preferencias. Así qué, los hombres de talento tienen á veces la flaqueza de huir de sus semejantes, y gustan del trato de los necios á fin de dominarlos; ¡ poder poco glorioso, ciertamente, el que se egerce en hombres despreciables! Solo una vanidad pueril puede lisongearse con los homenages de aquellos que desprecia.

Sean cuales fueren los motivos, es debilidad, bajeza y necedad tratar con frecuencia é intimidad á personas á quienes no es posible querer ni apreciar. Nada mas vil que la conducta de aquellos grandes y poderosos, que solo para reirse y burlarse de ellos frecuentan los convites de los hombres de ayer acá. El hombre de carácter y probidad huye del trato frecuente y fa-

miliar de las personas poco amables. No visita al hombre vano, porque tendria que sufrir su vanidad; ninguno desconoce tanto sus deberes como un necio enriquecido; ninguno es mas insolente que él cuando está rodeado de pegotes y aduladores. El hombre de bien no frecuenta la compañía del pródigo, porque se avergonzaria de contribuir á su ruina y aprovecharse de sus locuras: tampoco se asocia íntimamente con personas sin honor y despreciables, porque se respeta á sí mismo y teme deshonrarse á los ojos de los demas hombres.

El mundo está lleno de gentes cuyo trato no puede frecuentarse sin necesidad de disculpa y apología, ó sin esplicar uno los motivos de sus conexiones con ellas. Conviene, pues, en cuanto sea posible, unirse con personas apreciables, cuyo trato no sea ruboroso, y que no necesite ni apología ni esplicacion. La casualidad, las circunstancias, ó la necesidad pueden ponernos en precision de encontrarnos algunas veces con personas no dignas de nuestro afecto verdadero y sincera estimacion; mas es bajeza y falsedad vivir íntima y familiarmente con personas á quienes es imposible profesar aprecio ni cariño. El adulador y el infame son los que pueden consentir en la contínua esclavitud de ocultar su rostro bajo la odiosa máscara de la disimulacion y la mentira.

Cualquier partido que se adopte, el que quiera vivir en el mundo debe prestarse, en cuanto le sea dado, al amor propio bien ó mal fundado de los que tratare con frecuencia; si para esto no tuviere valor, absténgase de un trato que no le conviene. El misántropo es siempre un soberbio ó envidioso, cuya vanidad y orgullo se irritan de todo. Vivir con los hombres es vivir con unos entes llenos de amor propio y preocupaciones, á que es necesario suscribir ó condenarse á vivir en la soledad. Nuestro amor propio debe enseñarnos que es menester cerrar los ojos al amor propio de los otros; el hombre prudente y sociable trabaja en reprimir el suyo. La fortaleza, la grandeza de alma y la verdadera nobleza se acreditan en vencer sus propias debilidades y soportar las agenas. El grande arte de vivir consiste en exigir poco y conceder mucho. Para estar contento y satisfecho de todo el mundo, es necesario hacer que las personas con quienes vivimos esten contentas y satisfechas de sí y de nosotros, objeto que merece seguramente algun sacrificio.

Por el bien de la paz conviene algunas veces pasar por muchas cosas, y no sacar partido de su propia superioridad. Los hombres están perpétuamente en guerra, no por grandeza de alma, sino porque no tienen el valor de ceder. Las corporaciones y los individuos se aborrecen y desprecian, porque no tienen ni las mismas pasiones, ni los mismos gustos, ni los mismos modos de ver y sentir, ni las mismas preocupaciones. Un cortesano ambicioso, un príncipe, un conquistador, miran con desprecio las teorías é investigaciones de un filósofo, como contrarias á sus gustos y preocupaciones: de su parte, un sábio compadece la

locura de estos, y observa que un alma grande y elevada nada vé de admirable y sublime sobre la tierra sino es la virtud: los altos cedros le parecen pequeños arbustos al águila que se libra en los aires, y mira desde sus alturas la tierra.

Mas para vivir con los hombres, es menester prestarse á sus opiniones, so pena si no de ser aborrecido de ellos; lleno cada cual de su amor propio y sus ideas, olvida el de los otros, y no se conforma con la opinion que tienen de sí mismos; y hé aquí el origen y manantial de todas las incomodidades y disgustos de la vida. El mundo es un espectáculo en que cada uno piensa ventajosamente en su favor; para bien representar uno su papel, conviene que deje á cada cual representar el suyo. El papel del hombre de bien es ser paciente, generoso, indulgente, y reprimir en el fondo de su corazon los ímpetus de cólera é indignacion, que sin corregir á nadie, le harian infeliz. El humor negro no haria mas que producirnos turbacion é inquietudes, y condenarnos á ser aborrecibles á todos aquellos con quienes debemos vivir en paz.

No por las locuras de los hombres ha de reñir el sábio, y ponerse en guerra contínua con el género humano. Bien es cierto que en su interior se rie de ellas, pero se presta sin embargo á los juegos pueriles de aquellos en quienes la razon no se ha manifestado todavia: sabe que una amarga censura no puede contener el torrente de la moda y las preocupaciónes. Sumisos á los usos honestos del mundo, de los cuales no somos ni árbitros ni reformadores, y esperando que el espíritu humano se desate y desprenda de los andadores de la preocupacion, dejemos á cada uno el lugar que la opinion le asigna; usemos de atencion y consideraciones con nuestros semejantes, no los aflijamos con una conducta altiva y arrogante, que haria inútiles las lecciones de la sabiduria. El filósofo sincero y veraz manifieste, sí, en sus escritos la verdad sin nubes, porque así es útil y necesario para la sociedad; mas, pues vive en el mundo, atienda y consulte la debilidad de los mortales; sea indulgente con sus conciudadanos, y no declare una sangrienta guerra á todos sus deseos; respetuoso con sus superiores, urbano y cortés con sus iguales, y afable con sus inferiores, no se arrogue jamás el derecho de chocar y combatir con cuantos la casualidad le presente; frecuente y estudie al mundo, y no tenga por mérito huir de él; no viva íntima y familiarmente sino con personas escogidas, cuyas ideas, disposiciones y costumbres confronten con las suyas; à estas solamente franquee su corazon, y con ellas laméntese de los caprichos y las tristes locuras que sacrifican á su patria, y de las insensatas opiniones en que tantas gentes cifran su bien y su felicidad; mas sepa al mismo tiempo que el cinismo, la misantropia, el mal humor y singularidad son enteramente incapaces de corregir y desengañar á los hombres.

No toques, dice Pitágoras, *indiferentemente tu mano con la de todo el mundo*. Este precepto tan sabio parece

que está ignorado de esas confusas asambleas que cunden por todas partes. Aunque el hombre sociable no se halle autorizado para hacer en la sociedad el papel de un rígido censor, debe no obstante evitar el trato de los perversos, entre quienes estaria fuera de su lugar. Uno de los inconvenientes mas molestos en las ciudades opulentas y populosas proviene de la confusa mezcla de tratos y comunicaciones: en estas sociedades se encuentran confundidas á menudo personas apreciables con hombres desacreditados y dignos de desprecio. ¡Mas qué digo! estos son á veces no solo tolerados sino queridos y buscados por sus cualidades festivas y genios decidores, que se aprecian y prefieren con mucha frecuencia á las dotes del alma. A falta de una censura pública que infamase á todos los malvados, los hombres de bien, estrechamente unidos entre sí, debieran escluir de sus concurrencias à estos hombres notados en su reputacion, que, porque las leyes los dejan impunes, se presentan descaradamente en todas partes.

Nada es mas estraño ni pernicioso que la facilidad con que las personas mas despreciables, jugadores, aventureros, pícaros, estafadores y petardistas logran introducirse en lo que se llama buena sociedad, la cual no puede menos de avergonzarse de los miembros que la componen, siendo estos muchas veces los hombres mas viles y desacreditados. Las gentes del mundo, fáciles en sus tratos y conexiones, y dominadas de un pesado y contínuo fastidio, proponiéndose solo pasar el tiempo, dicen en su interior de aquellos con quienes tratan y comunican: "ello es cierto que son pícaros y bri»bones, pero es menester divertirse y »no hacer caso de nada.»

En general se tolera y perdona con facilidad á los perversos el mal que hacen á los demas, porque con la confusion del mundo no se hacen tan temibles como debieran serlo los corrompidos y viciosos. Se escucha con placer al que murmura, infama y calumnia á nuestros semejantes, con tal que tenga gracia y talento para hacerlo. Así es que el hombre del mas dañado corazon pasa á menudo por *chistoso y divertido*. El amor propio de los que dan oidos á un malvado que los divierte, les persuade que este cambiará de estilo y de carácter en tratándose de ellos; y que no se les atreverá como se atreve con los otros. Mas sin embargo, esto es lo que sucede con frecuencia; y entonces el hombre *chistoso y decidor* es en dictámen de ellos un mónstruo abominable.

Todo el mundo reconoce en la teórica el peligro de los tratos y conexiones del mundo, mas le olvida en la práctica. Nada es menos agradable y seguro que las casas abiertas y francas á cuantos se presentan en ellas. Las gentes cuya vanidad se ofusca con la idea de tener una numerosa tertulia, debieran temer muchas veces encontrar con personas sospechosas y perjudiciales. Cuando á uno se le da entrada por su nombre, título, genio ó agradables talentos, y á veces por solo su vestido, hay gran riesgo de arrepentirse un dia de haberle admitido en su

casa. Las dotes y cualidades del sugeto son las que deben averiguarse con el mayor cuidado antes de reunirse á él. Mas las gentes del mundo hacen poco aprecio de los hombres de bien, que regularmente les fastidian y molestan: y á similitud de los niños, huyen de las personas sensatas porque las pueden incomodar en sus vanos y pueriles recreos.

Es un inconveniente harto comun en el mundo, la facilidad con que los hombres se presentan unos á otros en las tertulias y sociedades. Las personas sensatas no admiten indiferentemente á todo el mundo; y todo hombre racional y prudente se abstiene de presentar é introducir aun en casa de sus mas íntimos amigos, á las personas que conoce poco, ó nada tienen de conforme á los gustos, carácter y costumbres de aquellos á quienes las presenta. Son muchos los engaños en esta parte; cada uno se imagina que el hombre que á él le agrada tiene cualidades para agradar á todo el mundo, siendo así que las mismas propiedades con que un hombre nos agrada, le hacen desagradable á otros. El talento de hermanar á los hombres es raro, como lo veremos muy pronto; mas contribuye mucho al placer de la sociedad, y causaria muchos mas en el trato del mundo.

La vida social exige que, sin ofender la justicia, todo hombre prudente observe las leyes del decoro, el cual no es mas que la conformidad de la conducta con lo que la sociedad donde se vive ha juzgado conveniente. Por consecuencia, el decoro prescribe no combatir abiertamente las costumbres y modos de obrar generalmente adoptados, cuando nada tienen de contrario á la virtud, esto es, á la decencia natural, siempre superior á la decencia y decoro de convencion.

La razon, pues, condena la conducta insolente y chocante del cinismo antiguo, que hacia alarde de insultar toda decencia en las costumbres: tambien vitupera esa filosofía que solo se complace en contrariar àgria y severamente los usos inocentes, haciéndose notable por su singularidad. Se celebra en Pitágoras haberse sabiamente acomodado con todo el mundo; su máxima era *no salir del camino comun*. Todo hombre que afecta singularidad, anuncia un alma ocupada de pequeñeces, para él de la mayor importancia. Esta estravagancia del espíritu por su novedad parece al pronto que interesa, mas el público, vuelto en sí de su sorpresa, castiga comunmente con desprecio al hombre singular, descubriendo en él prontamente su necia vanidad. *Los modos de obrar singulares y fuera del orden comun, todos á mi parecer*, dice Montagne, *nacen mas bien de la locura, ó de una afectacion ambiciosa, que de la verdadera y sana razon.*

No es justo ni permitido separarse de los usos prescritos por las convenciones, sino cuando son evidentemente contrarios á la recta razon y equidad natural, y por lo tanto al bien de la sociedad. Caton obró cuerda y prudentemente en salirse de un espectáculo donde iba á presentarse una muger desnuda á la vista impúdica de un pueblo corrompido.

Se puede y debe ser decente aun en medio de una sociedad de costumbres criminales y viciosas; todo hombre de bien debe rehusar el tener parte en la depravacion general, porque sabe que es esencialmente mala y perjudicial, y no es él entonces singular sino para aquellos cuyos juicios desprecia.

La decencia natural se funda en las conveniencias necesarias de los que viven en sociedad; en el interés constante de los hombres en la virtud: esta decencia nos prohibe las acciones aprobadas por el público, cuando son evidentemente opuestas á las buenas costumbres; sus leyes deben ser en todo tiempo preferidas á las opiniones, las costumbres y convenciones arbitrarias, autorizadas por la sinrazon de los pueblos, los cuales muchas veces se forman ideas falsas del decoro. Se cuenta que hay naciones salvages donde las mugeres tienen la costumbre de prostituirse con los estrangeros, y se tienen por ultrajadas de los que rehusan y resisten á sus favores y caricias; el inglés que, acordándose de que habia dejado á su esposa en su patria, se negó á esta costumbre impúdica, pudo muy bien parecer ridículo á estas mugeres sin pudor, pero se hizo estimable á los ojos de todos los entes racionales.

Las mismas naciones corrompidas respetan regularmente la decencia, y se muestran indignadas contra su violacion. Esta especie de hipocresia nos prueba que los hombres mas viciosos se avergüenzan de sus desórdenes, y no pueden consentir en que se les tenga por lo que son en realidad. Una muger viciosa se sonroja y avergüenza al ver en público una cosa inmodesta, y oir dichos y palabras obscenas.

El decoro es la conformidad de nuestra conducta con el tiempo, lugares, costumbres, circunstancias y personas con quienes vivimos; consiste en dar á los hombres y à las cosas el lugar que les corresponde, y á cada cual lo que es suyo; de donde se infiere que se funda en la equidad, que nunca puede aprobar las cosas injustas y deshonestas. Faltar al decoro es faltar á la justicia. La educacion, el egemplo y uso del mundo nos dan ideas verdaderas ó falsas del decoro; á la razon ilustrada es á quien pertenece el juzgar de él sin apelacion.

El decoro nos prohibe chocar en nuestras acciones ó discursos con las personas con quienes vivimos; por consecuencia nos prescribe el huir de todo lo que puede escitar en los otros ideas poco favorables de nosotros, ó representar á su imaginacion objetos desagradables. ¿Hay nada mas contrario al decoro que las palabras deshonestas y las conversaciones opuestas al pudor, de que tanto abundan las tertulias y el trato familiar? Aunque el uso parezca que autorice, al menos entre hombres, las conversaciones de este género, siempre sin embargo serán indecorosas á los que tengan el respeto debido á la honestidad de las costumbres.

Si la personas bien educadas se habituan á la limpieza y aseo esterior para no descubrir á la vista objetos desagradables y sucios, deben tambien tener esta misma consideracion respecto

del oido. No se puede menos de vituperar y proscribir de toda conversacion esos pormenores asquerosos de achaques y enfermedades, que sin reserva alguna se hacen unas á otras, personas que por su educacion debieran ser mas reservadas. En este punto nos contentaremos con decirles que los razonamientos y conversaciones no deben dejar en el ánimo de los oyentes sino es imágenes en cuya contemplacion puedan detenerse con placer y sin peligro.

Los *buenos modales* son los modos de comportarse en el mundo, introducidos por el uso y las convenciones de la sociedad; estos consisten en el porte, en los movimientos y actitudes del cuerpo, en la manera de presentarse etc., cuyo hábito nos facilita la educacion y el egemplo: y aunque indiferentes en si mismos, debemos conformarnos con ellos so pena de ser tenidos por descorteses y mal criados. Mas en estos modales es menester tambien evitar la afectacion, que siempre hace ridículos á los hombres.

Para ser agradable en el mundo no basta poseer ciencia, talentos y virtudes, sino que es necesario ademas usar de ellas de un modo interesante y apacible. El hombre de bien no debe mirar con indiferencia el título y opinion de hombre amable. Es una negligencia, una necedad ó presuncion, y no mérito, despreciar los medios capaces de conciliarse la opinion pública; los ademanes ridículos, los modales inusitados, un esterior asqueroso y desaliñado, un tono bronco y grosero, una ingenuidad inoportuna, una ignorancia rústica de los usos recibidos, son cualidades que molestan ó escitan la risa. Es cosa necia é impertinente desatender ó ignorar los modos de comportarse consagrados por el consentimiento de los hombres. Los buenos modales son el colorido del mérito. La virtud se perjudicaria á sí misma si rehusase los adornos que la hacen mas interesante y atractiva. El hombre sabio no se afrenta de sacrificar á las gracias.

Por no reflexionar de este modo, muchas personas de mérito aparecen ridículas y sin cabimiento en el mundo. Este, aunque por lo comun perverso, tendrá justa razon para despreciar la sabiduría y virtud, cuando las halláre desnudas de las gracias que mira con aprecio. Por otra parte, el mundo no puede por lo comun juzgar sino del esterior; sus juicios son superficiales, y por tanto falibles; mas sin embargo no dejan de tener siempre algunos fundamentos. La ignorancia de los buenos modales anuncia una educacion descuidada, falta de reflexion y descuido vituperable. Un esterior desaliñado indica el desórden del ánimo. Así como una hermosa fisonomía previene favorablemente á su primer aspecto, así tambien los buenos modales, fáciles, naturales y agraciados, descubren unas laudables disposiciones, como son el deseo de ser amado, el temor de ofender, el trato de gentes, el conocimiento de las consideraciones debidas á la sociedad, y una constante atencion á no faltar ni mostrarse contrario á ellas.

El verdadero *saber vivir* no es mas

que el conocimiento y práctica de los modos de obrar para conciliarnos el aprecio y amistad de las personas con quienes vivimos. Estos modales son buenos cuando nada tienen de contrario á la virtud, y la hacen mas agradable é insinuante. Aunque nada sea mas engañoso que las demostraciones esteriores, á pesar de esto es cierto que un esterior agradable, sencillo y decoroso anuncia un interior justo y arreglado. Los buenos modales son la espresion de un alma noble y buena. La virtud misma se hace molesta y enfadosa bajo una forma agreste y salvage.

Cuando hablamos de los modales que la moral prescribe al hombre sabio y prudente, no decimos por esto que se conforme con esos modos de obrar impertinentes, esas modas ridículas y variables, ese lenguaje formulario y pasagero, y esos gestos y visages, en que tantos necios y tantas mugeres presumidas fundan lo que llaman *buen tono*. Semejantes modales son efectos de una necia vanidad, desagradable á las personas sensatas, cuyo solo voto y opinion debe consultar el hombre cuerdo. Así que, distingamos los que un mundo fútil llama *bellos modales*, de los que justamente son *buenos modales*: estos nacen del afecto y respeto que todos debemos á la sociedad. ¿Hay cosa mas insultante para esta que los ademanes francos y libres de un petimetre, los afectados atolondramientos de una coqueta, la desatencion estudiada de una multitud de entes hechos de figura, los cuales todos, creyendo hacerse estimables con sus impertinentes modales, se hacen odiosos y despreciables? Si los modales viles y groseros pueden ser dañosos al mérito, los afectados de la fatuidad no le son menos perjudiciales. El hombre de bien nunca debe confundirse en el número de los locos; debe aspirar á complacer á las personas racionales, y no á la multitud sin juicio ni razon, de quien antes bien debe huir. Una débil complacencia con los caprichos de la moda degradaria á un hombre prudente, y le haria despreciable: de los hombres escogidos y no de un mundo vano y frívolo, debe ambicionar el aprecio y amistad. Los modales desatinados, ligeros y evaporados no son propios de un hombre sociable, el cual ha de acreditar siempre con su porte, que cuida de complacer á sus asociados. Los modales soberbios, vanos y arrogantes son agenos del que desea merecer la benevolencia de los demás; el hacerse ridículos é insoportables es privativo de los tontos y necios. Un fátuo presumido solo consigue con sus *bellos modales* perder la consideracion de que se creia muy seguro.

Para hacernos amables es preciso que nuestros modales anuncien á los otros modestia, complacencia, dulzura, deseo de agradar, y temor de ofender. Los modales usados en el mundo no son por lo comun sino apariencias poco sinceras, porque los hombres fáciles en amistades no tratan á gentes merecedoras del afecto: la verdadera cortesía y los buenos modales solo se encuentran en los que se aman y estiman con sinceridad.

En una palabra, el trato de la vida exige que nos habituemos á hacer lo

que puede agradar, y á huir cuidadosamente de todo lo que puede incomodar á los que viven con nosotros. El hombre verdaderamente sociable debe observarse aun en las mas pequeñas cosas; las faltas reiteradas con frecuencia no dejan con el tiempo de chocar á nuestros asociados. La atencion y exactitud son cualidades laudables en la sociedad; ellas se hacen fáciles y agradables cuando el hábito las ha hecho familiares.

No obstante esto, á los ojos de muchas gentes *la exactitud es virtud de necios*: mas lo que contribuye á conciliarnos la benevolencia, no debe nunca ser tratado de necedad, ni debemos en manera alguna despreciar una cualidad sin la cual somos molestos y desagradables aun á nuestros mas íntimos amigos. La inexactitud anuncia por lo comun ligereza ó vanidad. La escrupulosa atencion y cuidado de no ofender á otros son disposiciones apreciables porque demuestran y acreditan el temor de disgustarlos. ¿No es cierto que toda la vida social debe tener por único fin hacerse amable? La exactitud por consecuencia es necesaria, á no ser en aquellas sociedades frívolas en que el hombre, perpétuamente distraido y arrebatado de placeres pasageros ó repentinos caprichos, no sigue jamás en su conducta ninguna direccion constante (1).

(1) Un hombre de talento aconsejaba á un amigo suyo que jamás permitiese que le esperasen, para evitar que en el entretanto el que le esperaba repasase sus defectos. *Aspettare e non venire*, segun los italianos, produce una mortal impaciencia.

Si el descuido, la inadvertencia, la ligereza, el atolondramiento y la indiferencia sobre lo que se debe á las personas con quien se vive, son disposiciones capaces de alterar á la larga, y aun de aniquilar la general benevolencia, conviene pues no descuidar en el trato de la vida las atenciones con que probamos á los otros que pensamos en ellos, y que no olvidamos, sino que tenemos siempre muy presente lo que les debemos. El hombre atento está seguro de agradar; sus cuidados le son agradecidos, y cada uno siente en su corazon que es digno de su gratitud. Las atenciones *delicadas* son aquellas que se anticipan al deseo; pues suponen que se procura acertar con nuestra inclinacion, sin que se manifieste esta; y son indicio de la agudeza y penetracion en adivinar los pensamientos de las personas á quienes se desea obligar, y de sagacidad y discrecion en dispensar los beneficios.

En general, la atencion es necesaria cuando se quiere caminar bien y seguramente por el sendero estrecho y escabroso de la vida. Ella es tan precisa en lo físico como en lo moral: la destreza ó finura es el fruto de la atencion; la torpeza desagrada y perjudica, porque nos hace inútiles á nosotros y á los demas. La *desmaña* ó rusticidad nos espone á la risa. El hombre que quiere agradar en el mundo debe atender á no dar ocasion á ser ridículo, porque esto siempre aminora el aprecio y la estimacion. Cuidadoso de sí, el hombre se corrige poco á poco, y el hábito hace facil lo que al principio parece dificil ó im-

posible. Un fátuo, un presumido, un tonto, son incapaces de corregirse.

Estos pormenores, que á muchos parecerán quizá minuciosos y pesados, no deben sin embargo mirarse con negligencia cuando se quiere vivir agradablemente en el mundo. Todo lo que contribuye á estrechar mas y mas los vínculos del cariño entre los hombres, no es ciertamente desatendible en manera alguna. Es arrogancia, es altivez y necedad creerse uno dispensado de practicar aquello que puede grangearle la benevolencia, la cual ningun hombre debe tener en menos, sea cual fuere la idea que se forme de sus propios talentos y superioridad.

Entre las cualidades que distinguen á los hombres en el comercio de la vida, y les hacen apreciables, se deben colocar el talento, el buen humor, la alegria, la ciencia, los conocimientos útiles ó agradables, el buen gusto etc.

El talento nos agrada por su actividad; los dichos agudos y repentinos nos sorprenden, ofreciéndonos nuevas ideas, y presentando á nuestra imaginacion pinturas que nos recrean; podemos definirle la facilidad de penetrar las relaciones de las cosas, y de esplicarlas con gracia. El talento asentado y profundo es el que comprende con exactitud y precision las cosas. El buen talento es el que entiende la correspondencia que tienen entre sí estas cosas, y en consecuencia obra como conviene: el que posee este talento puede con razon llamarse hombre de bien é ilustrado.

La mayor gloria del talento es conocer la verdad: él solamente es apreciable en cuanto es útil; mas en manos de un perverso es un arma cruel y terrible. El talento de un ente sociable debe ser sociable, esto es, contenido por la equidad, la humanidad, la modestia y el temor de ofender: el talento que se hace aborrecible, es una verdadera tonteria; el temor fué siempre incompatible con el amor; y la estimacion ha sido y será el amor de las cualidades del hombre.

El talento que brilla á costa de los otros, es un talento peligroso, capaz de turbar la tranquilidad y dulzura de la vida. Las mas de las tertulias se asemejan á aquellos sacrificios bárbaros en que eran sacrificadas víctimas humanas.

Por no prestar la debida atencion á estas verdades, los hombres de talento perturban y alarman muchas veces la sociedad. La vanidad que les inspira la idea de ser temidos, les persuade que todo les es lícito, que pueden abusar impunemente de sus talentos, y hacer que reconoscan los otros la superioridad; seguros de los aplausos de algunos admiradores poco delicados, no los contiene la enemistad de aquellos á quienes ofenden con sátiras mordaces: aplaudidos por los envidiosos y malvados de que tanto el mundo abunda, suelen preferir locamente su aprobacion á la de los hombres de bien. En fin, por un estraño trastorno de ideas, la palabra *talento* es ya comunmente sinónima de malicia, petulancia, malignidad y locura.

Nada produce mas daños y molestias que la maledicencia, la cruel sátira y el espíritu de censura; talentos funes-

tos, con los cuales muchos hombres pretenden distinguirse. La envidia, los celos, y sobre todo la vanidad son, como hemos visto, las verdaderas causas de semejante conducta. Se critica á los otros, y se manifiestan y ponderan sus defectos, solo por ostentar su penetracion y su buen gusto; y por conseguir un placer tan fútil, se arriesga uno á grangearse un sin número de enemigos. Los indiscretos discursos producen á cada momento odios inmortales, que tan temibles deben ser á todo hombre racional. Simónides decia que *muchas veces uno se arrepiente de hablar y nunca de callar*. Un hombre se hace mucho mas amable cerrando los ojos á los defectos de los otros, que no apreciable por su prontitud en penetrarlos. *Callad*, *ó decid algo que valga mas que el silencio*.

El talento para ser amable debe estar adornado de bondad; el hombre de bien, con un regular talento, es preferible en el comercio de la vida al mas sublime talento inficionado de la malignidad. Los grandes talentos son raros; la sociedad no necesita contínuamente de ellos, mas sí de las virtudes sociales. La dulce y apacible ingenuidad es preferible al talento é ingenio, y los hace mas apreciables cuando los acompaña. Leamos con placer las obras del hombre de talento, y del sabio que nos instruyen ó deleitan; mas vivamos con el hombre honrado y sensible, con cuya bondad podemos siempre contar. Elijamos por amigo al hombre de bien que teme desagradarnos y nos ama; prefirámosle á esos talentos temibles que ofenden y sacrifican á sus amigos con chismes y agudezas. Mas por una ceguedad comun se aprecia y desea mas pasar por hombre de talento que por hombre sensible y virtuoso: mas se quiere ser temible que ser amable en las sociedades en que todo el mundo está en guerra.

Ningun hombre, cuando no es bueno, es agradable por largo tiempo en el trato de la vida. El hombre de talento, si es vano ó perverso, borra y disipa el placer que causa con sus escritos y dispensa al público de su agradecimiento. Un talento dañino no hace bien sino á los envidiosos; mas en cambio aflige á los corazones que lastima, é indigna á las almas justas. No hay mónstruo mas temible que un hombre que reune un malvado corazon á un sublime talento.

En la utilidad sola pueden fundarse legítimamente, como hemos dicho antes, el mérito y la gloria asignados á los talentos diferentes del alma, á las letras, ciencias y artes, cuyo fin ha de ser sacar de los objetos diversos en que se ocupan, medios de aumentar la suma de la felicidad social, y merecer de este modo el aprecio, el reconocimiento y gratitud del público. La gloria no es mas que la estimacion universal, merecida con talentos que agradan y hacen bien: dañar á sus semejantes, cuyo cariño debe procurar todo hombre sea cual fuere su superioridad, es oscurecer esta gloria y hacerla dudosa.

A pesar de los preceptos rígidos y aflictivos de una moral austera y sal-

vage, que prescriben que una vida bien regulada debe ser triste y melancólica, nosotros diremos que el buen genio, la alegria y apacibilidad son cualidades lisongeras y laudables en el mundo, y que solamente pueden ofender á los misántropos envidiosos del contento de los otros. Mas esta alegria es vituperable cuando se egercita de un modo inhumano á costa del bienestar y tranquilidad de los ciudadanos. ¿No es rara y estraña la alegria que se complace en burlas picantes, en dichos ofensivos, y crueles y mordaces sátiras? ¿El ser sociable ó alegre es ir á un convite á sacrificar una parte de los convidados á la risa de los otros? La malignidad, siempre inquieta y recelosa ¿puede ser compatible con la verdadera alegria, la cual nace siempre de una imaginacion risueña, de la seguridad del alma y la bondad del carácter?

La virtud inspira al ánimo una serenidad constante; la verdadera alegria es propia y privativa del hombre de bien: para ser franca y pura debe estar apoyada en una buena conciencia, que es la que produce únicamente la paz, el contento interior y un gozo sereno é imperturbable. La alegria es siempre mas viva en la compañia de personas amigas y de confianza. La presencia de un desconocido ó de un hombre molesto bastan muchas veces para desconcertar el buen humor, y convertir en tristeza las concurrencias en que uno se prometia el mayor gozo y complacencia. El hombre no está alegre cuando se ve precisado á usar de mucha circunspeccion, ó tiene desconfianza; estas circunstancias impiden al espíritu abrirse y entregarse á una alegre satisfaccion y franqueza. Epicuro decia que no es tan necesario mirar lo que se come, como á las personas con quienes se come. Conocer á los hombres con quienes se vive y hermanar bien á las gentes que se reunen, es un arte dificil y desatendido (1).

El fastidio, la ociosidad y el hastío que comunmente atormentan á las gentes del mundo, hacen que para tener alguna actividad, necesiten de grandes movimientos y agitaciones, y de cambiar contínuamente de lugar y trato: fatigado el hombre de las personas que ve con frecuencia, espera encontrar en nuevas conexiones nuevos placeres; siempre engañado en sus esperanzas ve y trata á muchas gentes, y no se une ni estrecha con nadie; en medio de un torbellino contínuo y agitado ignora las dulzuras de la amistad, de la confianza é intimidad; por un abuso ridículo degeneran las tertulias en corrillos tumultuarios y confusos, y así puede muy bien decirse que las personas mas favorecidas de la fortuna se valen de su opulencia para infatuarse á sí mismas: así las vemos siempre en movimiento sin jamás gozar de nada: la inquietud las persigue en el seno de los placeres, pensando siempre

(1) Plutarco elogia al filósofo Chilon por no haber querido concurrir á un festin que daba Periandro, sin saber antes quienes eran los convidados: y añade que el mezclarse indiferentemente entre toda clase de gentes en un banquete, es proceder sin juicio ni cordura. *Plutarco, Banquete de los siete sabios.*

en otros nuevos. Hé aquí ciertamente el por qué la alegria franca y verdadera es tan rara en las mesas de los ricos y grandes: únicamente afanados en ostentar su fausto, reunen convidados cuyas costumbres, ideas y estados son poco compatibles entre sí. El hastío preside á los convites y festines brillantes y molestos, porque las sociedades mas ilustres y famosas se componen regularmente de combatientes armados, prontos siempre á contradecir y hacer guerra á los deseos y opiniones de los otros. El juego es el vínculo ordinario de las asambleas de esas gentes que nada tienen que decirse de útil ni de agradable.

Por otra parte, como los grandes y ricos por una falsa idea de grandeza tienen, por decirlo así, casa abierta, se facilitan al trato de las gentes, cuidando poco de conocer á los que componen su sociedad. Las personas que viven en una disipacion contínua no tienen tiempo para profundizar los caractéres; el apellido, los títulos, los modales esteriores, el arte de divertir, el lenguage insípido del gran mundo, son todas las cualidades que se requieren para ser recibido en las mejores sociedades: hé aquí por qué las vemos frecuentemente compuestas de gentes que ni se aman ni estiman cuando llegan á conocerse, ó por mejor decir, que no se conocen jamas en el fondo y en la realidad. Nada es menos agradable y entretenido que esas sociedades públicas, donde todo hombre prudente se ve precisado á vivir y conducirse con una reserva contínua.

La confianza, dice el duque de la Rochefoucault, *contribuye mas al buen trato que el talento.* La verdadera alegria supone cariño, amistad y entera exencion de temores y sospechas. En vano se buscaria todo esto en las concurrencias y banquetes en que cada uno representa lo que no es, ó donde ocupado de los intereses de su amor propio, espia el de los otros, los mide y observa, y está mas dispuesto á irritarse ó á ofender, que á dar gusto y placer ó á contribuir de buena fé á la complacencia y entretenimiento de todos. La vanidad no es alegre; siempre está inquieta, recelosa y reconcentrada en sí misma, y teme descubrirse. La alegria es propia de personas sencillas y buenas que estan en libertad, viven cordialmente entre sí y tienen un placer recíproco en estar unidas. No hay ni puede haber sociedad agradable entre los hombres sin la seguridad de encontrar en sus asociados consideraciones, urbanidad, benevolencia, sinceridad, indulgencia y amistad.

El verdadero contento no se ha hecho para las cortes de los príncipes; el orgullo de la etiqueta debe desterrarle de ellas enteramente, y dar lugar á la reserva y al magestuoso fastidio. El contento igualmente está escluido de las asambleas de los grandes, siempre afanados en sus intrigas y ocultos intereses. Tampoco se encuentra en los festines de la opulencia, que solo halla placer en su lujo y su fausto. Tampoco es conocido en la frecuentacion de ambos sexos, ni en las cábalas literarias. En fin, sería en vano buscarle en la mayor parte de las brillantes tertulias, teatros donde ciertos

fieros campeones se ofrecen á contínuos combates, y donde los actores están siempre enmascarados. Todo el que desea entretenerse y solazarse inocentemente debe, al entrar en una buena sociedad, olvidar, y hacer olvidar á los demas, su amor propio, sus pequeñeces, títulos y vanas pretensiones.

Nada es menos sociable y alegre que la sociedad desdeñosa, vana y arrogante, que se arroga esclusivamente el título de *buena sociedad*; las personas que la componen son cortesanos de profesion, enemigos unos de otros, que bajo la apariencia de una civilidad afectada, encubren unas almas dañadas y perversas: tales son los nobles infatuados de sus prerogativas, siempre prontos á humillar á los otros con sus altivas pretensiones y deseos; tales igualmente las mugeres entregadas á intrigas, maquinaciones, criminales galanterias, y siempre celosas las unas de las otras.

Unos protéos sin talento y sin carácter, que solo tienen el fatal arte de prestarse á los caprichos y al lenguage de la frívola vanidad, son los que pasan por personas de *buen tono*. A los ojos del hombre de bien la *buena sociedad* es la que se compone de gentes honestas, virtuosas y bien unidas. El *buen tono* es aquel que mantiene la armonía social.

Por una justa compensacion, los pobres, el pueblo, los jóvenes, las personas de una mediana fortuna; en una palabra, los que la desdeñosa grandeza y el bello espíritu llaman *gentes vulgares y de mal tono*, hallan el secreto de divertirse y de reir de mejor gana que no tantos entes soberbios, los cuales rara vez saben gozar de la vida. Todo placer es nuevo para la juventud y el hombre laborioso; la alegria se muestra sin disfraz y sin miedo; por otra parte el artesano ha adquirido con su trabajo el derecho de divertirse y alegrarse, y no el ocioso y desocupado, que tienen regularmente agotados todos los placeres. En fin, las gentes sencillas viven buenamente entre sí, y en la igualdad disfrutan del contento; en vez de que las personas de un órden elevado llevan consigo á sus partidas y concurrencias las pasiones tristes y ocultas de la [illegible], del temor y del fastidio. Lo que se llama el *gran mundo*, se compone por lo comun de gentes que se disgustan y molestan recíprocamente, que las mas veces se detestan, y que sin embargo no pueden vivir unas sin otras.

La verdadera alegria no puede resultar sino es de la bondad del corazon, de la mútua complacencia y contento interior que se causa á los demas: nunca debe confundirse la alegria con la bulliciosa algazara de la intemperancia, ni con la disipacion tumultuaria, ni las borracheras de la disolucion. El hombre de bien es un hombre de gusto que usa de sus placeres con eleccion, decencia y moderacion; y nada encuentra de agradable en los placeres no sazonados por la razon.

El buen gusto es el hábito de conocer prontamente las bellezas ó defectos de las producciones del entendimiento ó de las artes. El hombre de gusto es agradable en sociedad, porque

ofrece al espíritu de los otros ideas escogidas, capaces de lisongear su imaginacion. En la poesia nuestra imaginacion es conmovida y escitada por una feliz eleccion de imágenes, de símiles y circunstancias capaces de fijar agradablemente la atencion. En la pintura el gusto nos complace, porque reune las actitudes, situaciones y modos que nos causan una impresion viva y agradable.

El gusto moral, lo mismo que el que tiene las artes por objeto, es el hábito de penetrar y conocer sana y prontamente las bellezas y defectos, lo que conviene ó no en las acciones humanas; es decir, de conocer los grados de estimacion ó vituperio que merece la conducta del hombre. Este gusto es fruto de la razon, de la esperiencia y reflexion. En lo moral, un hombre de gusto es un hombre de un tacto fino y esperimentado, que juzga con facilidad lo que merece aprobacion ó desprecio: de donde se infiere que lo que muchos moralistas han llamado instinto moral, lejos de ser una facultad *innata*, es una disposicion adquirida y muy rara.

En consecuencia solo el hombre de bien, sociable y virtuoso es el que posee un buen talento, la ciencia verdaderamente útil, la verdadera alegria, y en fin, un gusto delicado y seguro en las cosas mas interesantes de la vida. Los perversos y viciosos son realmente hombres sin juicio, sin talento ni gusto, que pasan en la sociedad una vida inquieta y turbulenta, sin gozar en ella de los puros placeres, reservados á la sabiduría. En una palabra, todo nos prueba que si la felicidad puede ser atributo del hombre, toca esclusivamente al virtuoso, que siempre vive contento de sí mismo, y puede lisongearse de complacer y agradar á sus semejantes.

CAPITULO VIII.

DE LA FELICIDAD.

La moral, como hemos debido convencernos, es el arte de hacer al hombre feliz por medio del conocimiento y práctica de sus deberes. "No son, dice Marco Aurelio, ni la elocuencia, »ni las riquezas, ni los placeres, ni »la gloria las que hacen feliz al hom»bre, sino sus acciones. Para que estas »sean buenas, es menester conocer el »bien y el mal: es menester saber para »qué ha nacido el hombre, y cuales »son sus deberes..... Ser feliz es for»marse uno á sí mismo una suerte »agradable, la cual consiste en las »buenas disposiciones del alma, en la »práctica del bien, en el amor de la »virtud."

La felicidad es un estado constante é inalterable, que no se puede hallar ni en lo que se desea, ni en lo que nos falta, sino en lo que se posee. Los placeres son unas dichas momentáneas

que no producen la continuacion y permanencia necesarias á la felicidad: así los dones de la fortuna, la gloria, las ventajas que dá la preocupacion, como que dependen del capricho de la suerte, ó del arbitrio de los hombres, no pueden dar al espíritu aquella consistencia de que depende su felicidad, ni desterrar las inquietudes que pueden perturbarle. Los placeres de los sentidos son todavia menos capaces de suministrarnos el contento y la seguridad del alma; por multiplicados que sean, siempre se debilitan prontamente, dejándonos sumergidos en la molesta languidez del fastidio. En una palabra, los objetos esteriores no pueden dar al hombre una felicidad contínua, lo cual es imposible tanto por la naturaleza del hombre como por la de las cosas.

En sí mismo, pues, debe el hombre establecer una felicidad inalterable; y la virtud sola puede producir en él, no una insensibilidad melancólica y perjudicial, sino una actividad arreglada que ocupe agradablemente el espíritu sin fatigarle ó causarle disgusto. Siendo la virtud una disposicion habitual de contribuir al bienestar de nuestros semejantes, y el hombre virtuoso el que pone en práctica y egercita esta disposicion, se infiere que el hombre sociable no puede disfrutar una felicidad solitaria, y que su dicha depende del bien que hace á los otros.

Un poeta antiguo ha dicho con razon que el hombre de bien dobla los dias de su vida, porque es vivir dos veces gozar de la vida pasada. ¿Qué cosa mas satisfactoria que vivir sin remordimiento, poder á cada instante repasar en su memoria el bien que se ha hecho á sus semejantes, y no hallar en su conducta sino objetos agradables de que aplaudirse? Toda la vida del hombre virtuoso y benéfico es para él una série de imágenes deliciosas y risueñas pinturas. «Cuando se ha cultivado la razon, dice Ciceron, durante el curso de la vida, se encuentran maravillosos frutos en la vegez; y no solo esos frutos estan siempre presentes hasta el último momento de la existencia (lo cual es siempre mucho por sí solo) sino que van acompañados de una alegria perpétua que produce el testimonio de una buena conciencia, y la memoria de todos los bienes que hemos hecho.» Diógenes decia que para el hombre de bien todos los dias son de alegria y regocijo.

Procurar al hombre una felicidad durable que nada pueda alterar, y unir esta felicidad con la de aquellos con quienes vive, hé aquí el problema en que debe ocuparse la moral, y que se ha intentado resolver en esta obra. Nuestro designio ha sido probar que la verdadera felicidad consiste en el testimonio invariable de una buena conciencia, juez incorruptible establecido de contínuo dentro de nosotros, para aplaudirnos del bien que hacemos, y cuyos decretos son confirmados por aquellos sobre quienes influyen nuestras acciones. *No hay*, dice Ciceron, *un teatro mayor para la virtud que la conciencia.* Quintiliano ha dicho despues que *la conciencia vale por mil testigos.*

¿Qué poder sobre la tierra puede privar al hombre de bien del placer siempre nuevo de entrar satisfecho en su interior, de contemplar en él pacíficamente la armonía de su corazon, de sentir la reaccion de los corazones de sus semejantes y de ver el amor y el aprecio de sí mismo, confirmados por los otros? Tal es la felicidad que la moral propone á todos los hombres, y en todos los estados de la vida; y á este bienestar permanente les aconseja que sacrifiquen sus ciegas pasiones, indiscretos caprichos y momentáneos placeres.

La moral, para tener una base invariable, debe establecerse sobre un principio evidentemente comun á todas las criaturas de la especie humana, inherente á su naturaleza, y móvil único de todas sus acciones. Este principio, como se ha hecho ver en otra parte, es el deseo de conservarse, de tener una existencia feliz, de hallarse bien en todos los momentos de nuestra permanencia sobre la tierra: este deseo siempre presente, siempre activo y constante en el hombre, es el que se designa con el nombre de *amor de sí mismo*, *de interés*.

La moral, para ser persuasiva, en vez de destruir ó sofocar este amor ó interés, inseparable de nosotros y necesario á nuestra conservacion, debe guiarle, ilustrarle y robustecerle, porque faltaria á su objeto si intentase impedir al hombre que se amase, que buscase su felicidad y trabajase sobre sus intereses: antes bien ella debe mostrarle el modo con que debe amarse un ente racional y sociable, cómo conservarse, cómo merecer el aprecio y cariño de los otros: le enseñará cuáles son los intereses á que debe dar oidos, y le hará distinguirlos de aquellos que debe sacrificar á intereses mas preciosos y sólidos. La moral es el arte de amarse verdaderamente el hombre á sí, viviendo con los hombres; la razon es el conocimiento del camino que conduce á la felicidad.

Por falta de reflexion, tienen los hombres la mayor dificultad y trabajo en conocer la ligazon de su interés personal con el interés general de los que le rodean. Esta ignorancia de nuestras relaciones trae consigo la ignorancia de todos los deberes de la vida. En el seno de las sociedades no se ven sino hombres solitarios á quienes no se les puede hacer concebir que se hacen odiosos y miserables en separar sus intereses del de los otros hombres necesarios á su felicidad. En consecuencia de esta ignorancia, el tirano no tiene intereses algunos comunes con su pueblo, á quien teme, y para quien es un objeto de horror. Los grandes se avergüenzan de confundir sus intereses con los del sencillo ciudadano á quien desprecian. Los magistrados, envanecidos con su autoridad judiciaria, solo se ocupan en los fútiles intereses de su vanidad. Los ministros de la religion, contentos con los derechos que han recibido del cielo, desdeñan emplearse en los fútiles intereses del resto de los mortales. Los militares, pagados y favorecidos por el príncipe, nada tienen que los apegue y aficione á sus conciudadanos. Autorizado por la ley, el marido apenas se interesa en contribuir

á la felicidad de su muger; esta por su parte, cree que nada debe al déspota que la desatiende ó que la ultraja. El padre, dominado de su avaricia ó de sus placeres, olvida que es deudor de la educacion y bienestar á unos hijos que por su abandono ó sus rigores le desean la muerte. Los amos altivos y orgullosos tratan con dureza á sus criados, formando de ellos crueles enemigos. En fin, son muy raros los amigos sinceros y constantes, porque la sociedad está llena de hombres indiferentes que viven solitarios, ó que se hacen una contínua guerra. De esta infeliz division de intereses nacen los males públicos y particulares, las discordias, los robos, traiciones y perfidias, de que las sociedades civiles y domésticas son contínuos teatros.

Hé aquí sin duda el por qué tantos moralistas han mirado con mucha razon el amor ciego de sí mismo, y el interés personal como una disposicion odiosa y despreciable, sobre la cual sería imprudente y peligroso el fundar la moral. Hé aquí el por qué ciertos filósofos han pretendido que la virtud consistia en una lucha contínua con una naturaleza esencialmente depravada. Así han creido que decir al hombre que se amase á sí mismo era escitarle á un amor esclusivo sin consideracion alguna al de los otros. En una palabra, han presumido que establecer los deberes de la moral en el amor de sí mismo, era soltar la rienda á todas las pasiones sugeridas por una naturaleza ciega é irracional.

Los moralistas que estimulan á los hombres á seguir sus pasiones, se asemejan á los médicos que permiten á sus enfermos incurables satisfacer sus dañosos caprichos. Si algunos sofistas imprudentes han pretendido que el hombre, amándose á sí mismo siguiendo su naturaleza, y consultando su interés podia impunemente entregarse á sus pasiones, ellos se han engañado grosera y torpemente. La medicina, con la moral, bastaria á convencerlos que el que se ama verdaderamente, y procura una vida agradable, debe por su mismo interés resistir fuertemente á las inclinaciones claramente peligrosas. ¿Será amarse á sí mismo no oponer remedios contra la fiebre ardiente que producen los escesos de la intemperancia, los ardores impúdicos, los ímpetus de la cólera, las mordeduras de la envidia, los delirios de la ambicion, los furores del juego, y las congojas de la avaricia? ¿Será amarse verdaderamente á sí mismo, separar su corazon de los hombres con quienes nuestro interés y necesidades nos ligan, y sin cuya estimacion y cariño la vida sería desagradable? El egoista reconcentrado en sí mismo ¿podrá acaso lisongearse de que alguno se interese sinceramente en su suerte? El que solo se ama á sí mismo no es amado de nadie.

Yo no puedo, dice Marco Aurelio, *apreciar una felicidad que solo se ha hecho para mí.* Un ser sociable no puede hacerse feliz por sí solo; ha menester de los demás hombres, y tiene necesidad de comunicarles el bienestar de que su alma disfruta y comparte con ellos. Con mucha razon ha dicho uno: «Si quereis ser feliz enteramente

»solo, jamás lo conseguireis; todo el »mundo os disputará vuestra felicidad: »si quereis que el mundo sea feliz jun»tamente con vos, cada cual os ayu»dará á serlo: si quereis ser feliz con »seguridad, es menester serlo con ino»cencia, porque no hay felicidad cier»ta y constante sino la de la virtud.»

Aristóteles compara al hombre virtuoso con un buen músico que escucha con placer los sonidos armónicos del instrumento que toca, y que se complace y deleita aun cuando se halle enteramente solo. El hombre de bien es el único que sabe el modo de amarse á sí mismo, el que conoce su verdadero interés, y distingue los impulsos de la naturaleza que debe seguir ó refrenar; en fin, él solo tiene un amor propio legítimo, y un derecho fundado sobre su propia estimacion, porque le tiene á la estimacion de los otros. No condenemos, pues, este justo deseo: no le confundamos con el orgullo y vanidad. Ningun hombre puede ser estimado de los otros, si no se respeta á sí mismo. La renúncia de la estimacion pública es un manantial fecundo de vicios y de crímenes. La conciencia, ó el conocimiento de su propio valor, no es vituperable sino cuando es injusto, ó cuando desatiende el valor de los demas. «El amor á »la buena opinion es alma de la socie»dad, y une á los unos con los otros. »Yo necesito de vuestra aprobacion, »vosotros de la mia... Tan honesto es »ser uno orgulloso consigo, como ridí»culo el serlo con los otros.»

Privado por la injusticia del lugar que sabe que merece, el hombre de bien no se envilece por esto, ni deja de apreciarse à sí mismo, sino que conoce su propia dignidad, y le consuela la justicia de sus derechos. Su felicidad està en sí, y allí la encuentra siempre. El corazon del hombre de bien es un asilo en que goza de una felicidad inmutable y segura.

Esta felicidad no es ideal y quimérica; es verdadera, y su existencia está demostrada para todo hombre que se complazca en entrar algunas veces dentro de sí. ¿Hay un mortal sobre la tierra que no se lisongee siempre que ha hecho una accion virtuosa? ¿Quién no ha sentido dilatarse su corazon al consolar á un infeliz? ¿Quién no ha contemplado con satisfaccion la imágen de la felicidad impresa en el rostro de los que ha socorrido con sus beneficios? ¿Hay alguno que no se haya dado el parabien de su generosidad, aun cuando la ingratitud le haya rehusado el premio del agradecimiento? En fin, ¿hay algun hombre que no haya esperimentado un efecto de complacencia, un duplicado cariño de sí mismo cuando ha hecho algun sacrificio á la virtud? Al contemplar entonces la elacion de su alma ¿no es mucho mas dichoso que un héroe que repasa en su imaginacion sus victorias? *El sábio*, dice Horacio, *solo á Júpiter reconoce por superior*; *él es rico, libre, bello, colmado de honores, y en suma, superior á los reyes.* Mario ¿no se hallaba contento enmedio de sus desgracias, cuando un romano le vió sentado sobre las ruinas de Cartago?

No se diga, pues, que la virtud

exige dolorosos sacrificios. La justa estimacion de sí mismo, los aplausos legítimos de la conciencia y la idea de su grandeza y dignidad ¿no son por sí mismas recompensas bastante grandes para indemnizar al hombre de bien de las vanidades, fruslerías y fútiles ventajas que sacrifica al placer de ser constantemente estimado de sí mismo y de los otros?

Los motivos naturales del amor propio y del interés bien entendido ¿no son mas ciertos, poderosos y dignos del hombre de bien, que los motivos imaginarios de una moral entusiasta, siempre admirada y jamás puesta en práctica? ¿Se necesita mas para escitar á los hombres á la virtud, que hacerles conocer el aprecio, el cariño, la ternura y la felicidad interior que la acompañan? Para inspirarles el horror al vicio ¿qué motivos hay ni mas poderosos ni urgentes que los remordimientos, los enfermedades y las inumerables desgracias é infelicidades con que la naturaleza, á falta de leyes, castiga infaliblemente los estravíos de los pueblos y de los individuos?

Por grande que sea la depravacion de las costumbres ¿hay una sola virtud que no sea aplaudida y respetada por los mismos malvados? ¿Hay un vicio que en otros no les parezca incómodo y aborrecible? El dictámen conforme de todos los habitantes de la tierra, buenos ó malos, prudentes ó insensatos, justos ó injustos, clama á gritos que la virtud es el supremo bien, y el vicio un mal aborrecido de todos. Todos los vicios son enemigos entre sí: la sociedad de los malvados se compone de miembros que se incomodan unos á otros de contínuo.

¿Podrá decirse que los decretos con que la naturaleza premia la virtud y castiga á los transgresores de la moral, son suposiciones imaginarias? ¿no los vemos egecutados á nuestra vista del modo mas claro y evidente? Segun estos decretos irrevocables, vemos á los pueblos justos y pacíficos gozar en dulce tranquilidad una prosperidad envidiable, mientras los ambiciosos espían con largas miserias los males que se hacen á sí mismos y á otros. Vemos á los soberanos rectos y vigilantes gustar el dulce placer de ser amados de súbditos felices; al paso que miramos á los tiranos trémulos y agitados sobre las ruinas de las naciones desoladas. Vemos á los grandes y ricos benéficos disfrutar del respeto y amor de aquellos á quienes protege su poder ó consuelan sus beneficios; cuando el odioso cortesano no halla otro consuelo del aborrecimiento público que su insolente vanidad, ó cuando unos codiciosos herederos esperan con impaciencia la muerte del avaro que los retarda su posesion y goce. Vemos reinar la abundancia y concordia entre los esposos virtuosos, y en casa del padre de familia frugal y benéfico, siendo así que no hallamos mas que divisiones y desórdenes entre esos esposos mal avenidos, y gefes de familias que desconocen todo órden y economía. Vemos, en fin, las buenas costumbres, la templanza y la virtud recompensadas con la salud, el vigor y la estimacion pública; y la disolucion cruelmente castigada con largas enfermedades, y con

el universal desprecio. *Los malvados*, dice Plutarco, *no necesitan del castigo de Dios ni de los hombres, porque su vida corrompida y atormentada es para ellos un castigo contínuo.*

No se diga, pues, que la naturaleza no tiene recompensas suficientes para los observadores de sus leyes ni penas para los que las violan. No hay sobre la tierra virtud que no tenga su premio, ni vicios y locuras que no sean severamente castigadas. La moral es la ciencia de la felicidad para todos los hombres ya se les considere en su totalidad, ya divididos en sociedades particulares, en alianzas ó en familias, ó ya, en fin, con relacion al bienestar de los individuos.

La felicidad de los pueblos depende de una sàbia politica, la cual, como hemos probado, no es mas que la moral aplicada al gobierno de los imperios. Un gobierno justo hace felices á los pueblos; ninguno bajo él siente el azote de la opresion; allí cada uno trabaja en paz para su subsistencia y la de su familia; la tierra bien cultivada, produce la abundancia; la industria, desembarazada de las cadenas del cruel exactor, toma un libre vuelo; el comercio florece en el seno de la libertad, y la poblacion crece siempre á proporcion de la abundancia y la facilidad de subsistir. Una patria que hace á sus hijos felices, halla en ellos defensores valientes, prontos á sacrificar sus vidas y sus haciendas por la felicidad pública de que participa cada uno de los ciudadanos.

La felicidad de los reyes depende de su fidelidad en cumplir con los deberes de su estado. Un principe firmemente adicto á la justicia, la hace reinar sobre su pueblo; este mira á su gefe como á un dios tutelar, como al autor de todos los beneficios que disfruta; protegido por su beneficencia, el súbdito trabaja con ardor para sí y su señor, cuyos designios sabe que tienen siempre el bien general por objeto. ¿Qué falta, pues, á la gloria, al poder, á la seguridad y al contento de un soberano que ve en todos sus súbditos unos hijos reunidos en intereses con él, y prontos á emprenderlo todo para contribuir á la felicidad de una familia, cuyo gefe ha sabido ganarse todos los corazones? ¿Hay sobre la tierra felicidad mayor que la de un monarca á quien sus virtudes dan derecho al tierno y filial cariño de su pueblo, à la veneracion de sus vecinos, y á la admiracion de la mas remota posteridad? La felicidad de un buen rey es la mayor de las felicidades, porque puede hacer un gran número de felices.

La felicidad de los grandes y ricos consiste en la facultad de alargar una mano piadosa y benéfica á los que se ven afligidos; esta felicidad es nula para ellos cuando no hacen de su poder el uso que pudiera hacerlos felices. El crédito, el poder y las riquezas son nada, si en nada contribuyen á la felicidad de los que poseen estos bienes; y para que contribuyan á esta felicidad es menester que hagan á otros felices.

La felicidad de las familias pende de la puntualidad de sus gefes en el cumplimiento de sus obligaciones; los esposos bien unidos, observándolas con

exactitud, concurren á educar bien á sus hijos, los cuales serán un dia apoyos y consoladores de su vegez: sus egemplos y beneficios identifican con su familia á los criados fieles, que por este medio se transforman en amigos y cooperadores de sus empresas. *Pocos hombres*, dice Plutarco, *son llamados para gobernar ciudades é imperios*; *mas cada cual está obligado á gobernar sábia y prudentemente su familia y su casa.*

La felicidad del pobre, à quien à pesar de sus rigores la naturaleza no le ha privado de ella, consiste en los medios de subsistir con un moderado trabajo: este trabajo, el cual le parece un mal tan grande á la ociosa opulencia, es para él un bien real y verdadero; el hábito le acostumbra á él, la necesidad se le hace gustoso, y le exime de la multitud de enfermedades, deseos, necesidades é inquietudes que molestan y fatigan al rico. El pobre ¿no es ciertamente mas feliz que el déspota, ó que el tirano perseguido siempre del terror hasta en lo interior de su serrallo? Giges, rey de Lidia, embriagado de su poder y sus riquezas, consultó al oráculo para saber si existia en el mundo un mortal mas feliz; y el oráculo le dijo, que un labrador de Arcadía.

La felicidad del sabio y del literato consiste en el goce de los conocimientos útiles de que su alma se halla enriquecida: el estudio es para ellos un placer habitual que los preserva de las quimeras, que son objeto del amor del vulgo corrompido. Ademas una vida agradablemente ocupada los dispensa de recurrir á los vicios y locuras infinitas, que son los recursos ordinarios de los que no han cultivado su espíritu. Nada iguala á los placeres que el retiro produce al que ha contraido el hábito de conversar consigo; nada falta á su felicidad y á la consideracion merecida por sus talentos, si posee con ellos un alma virtuosa, sin la cual pierden los talentos su valor. Los estudios del sábio, y los frutos de sus meditaciones deben mostrarse en sus costumbres: los mas instruidos de los humanos, los mejores y mas honestos, de este modo gozarán del respeto y la gloria, en que colocan toda su felicidad. Menandro ha dicho que «las costumbres del que »nos habla nos persuaden mas que sus »razonamientos.»

En fin, la felicidad del hombre que vive en el mundo consiste en gozar de los placeres honestos que la sociedad le presenta; en merecer por su complacencia, atenciones y miramientos la benevolencia y respeto de las personas que el destino le acerca: en gustar, con un pequeño número de amigos escogidos, las dulzuras de la confianza; en practicar dentro de su esfera los deberes de su estado; en complacer á los otros á fin de lograr el contento, que fué y será siempre la recompensa de la virtud. La ignorancia y el menosprecio de las reglas de la moral son las causas de la mayor parte de las desgracias de la tierra. Por todas partes se ven hombres discordes y divididos entre sí por el interés personal mal combinado, y casi enteramente estrangeros unos para otros, formar asociaciones, no para hacer recíprocamente

dulce y agradable la vida, sino para dañarse de mas cerca, y atormentarse de contínuo. Estos ciegos mortales pueden ser comparados á unos viajantes que yendo por un camino frecuentado echasen á correr sin reparar en los que iban delante, detras y al lado de ellos. De semejantes disposiciones resulta un descontento general, porque ninguno entonces se halla contento con sus compañeros de viage ni consigo.

Las desgracias que produce el desprecio de la moral, las sienten igualmente las sociedades y los individuos. Las naciones para quienes una falsa política ha forjado un código fundado en ciegos intereses, pero contrario á la justicia y la virtud, fueron y serán perpétuamente víctimas de su perversidad. ¿Por qué vemos pueblos enriquecidos con el comercio, que disfrutan de un buen gobierno, de libertad, y poseen grandes dominios, y sin embargo se hallan siempre codiciosos, inquietos, descontentos y atormentados de movimientos convulsivos? Esto consiste en que de nada se goza sin virtud; en que todo se convierte en veneno para los hombres sin costumbres, que no pueden menos de abusar de los bienes mas preciosos. Bajo de una gordura engañosa, las naciones corrompidas ocultan muchas veces las mas crueles enfermedades.

¿Por qué los príncipes mas poderosos, á cuya felicidad nada debiera faltar, pasan sus tristes dias en sobresaltos ó en las penalidades del fastidio? Es porque imbuidos desde su infancia de las máximas de la adulacion, se imaginan que nada deben á los otros hombres; porque se figuran unas divinidades hechas solo para recibir inciensos y homenages de los envilecidos mortales. ¡Desgraciados! pues no conocen otro placer que el de ser temidos, é ignoran la dulce satisfaccion de ser amados! Ciegos y ofuscados, no conocen que un príncipe no es verdaderamente feliz sino á la cabeza de un feliz y dichoso pueblo. ¿Qué móvil puede obrar en el corazon de un monarca, que es insensible á la felicidad de ser amado de sus súbditos?

Ensoberbecidos desde la cuna, ó criados en la ignorancia de sus deberes, los grandes y ricos no saben que la facultad de hacer bien es el único y legitimo origen de las distinciones establecidas entre los hombres. Sumergidos en una fastidiosa molicie, embriagados con vanos entretenimientos, negados á los placeres del alma, é insensibles al amor de sus inferiores, gozan solo idealmente de una grandeza temible y odiosa á los demas por su orgullo y altivez. Raras veces se vé la serenidad ó la pura alegria reinar en los corazones de aquellos á quienes el vulgo tiene por felices y dichosos. Los aguijones de la vanidad y los lentos suplicios del fastidio vengan cruelmente al pobre de los que le desprecian y oprimen.

Perpétuamente ultrajado con las vejaciones y desprecios de los poderosos, el hombre vulgar ha de ser forzosamente áspero, brutal y corrompido; porque gime en la miseria, y á cada paso hace una triste comparacion de su estado afligido y penoso con el de tan-

tos holgazanes, á los que tiene por afortunados. Así qué, imita en cuanto puede sus vanidades y caprichos, y no consigue mas que aumentar sus desgracias. Por lo comun, negados á la razon y á la moral, el hombre del pueblo y el pobre siguen ciegamente los impulsos de su inculta naturaleza, y buscan muchas veces en el vicio ó el crímen la felicidad que les niegan sus superiores. Los ricos y grandes son, como hemos dicho antes, la causa originaria de todos los vicios y desórdenes de los pobres.

Por no llegar á conocer los verdaderos principios de la moral, ó los medios de conseguir el fin que todo hombre debe proponerse en esta vida, las familias se componen regularmente de infelices. No se ven en ellas mas que esposos que se aborrecen, empeñados únicamente en hacerse la vida insoportable; padres tiranos, madres locas y disipadas, hijos corrompidos con funestos egemplos, parientes en contínuas quejas y disputas, amos imperiosos y duros, y criados, en fin, sin apego ni probidad. Todos estos diferentes asociados se reunen al parecer para trabajar de contínuo en hacerse infelices.

En el comercio del mundo, cada uno, por inadvertencia ó locura, parece que renuncia al cariño, la estimacion y consideraciones, que sin embargo son el objeto de sus mas ardientes deseos. Una presuntuosa vanidad, unos modales ofensivos, un orgullo inflexible y una contínua envidia, destierran del trato de las gentes, destinado al júbilo y contento, la verdadera alegria, la sincera amistad y la cordial union, que son las únicas que pueden producir los placeres de la vida. Al ver la conducta de muchas gentes, pudiera decirse que se unen para darse motivos de odiarse y afligirse mútuamente.

Sería cerrar los ojos á la esperiencia no reconocer las influencias del vicio, ó mal moral, sobre lo físico de los hombres. ¡Cuántas naciones y paises florecientes han sido destruidos y asolados por la ignorancia, los vicios y la negligencia de los reyes! En vano la naturaleza ha hecho fértiles muchos vastos imperios, cuando los soberanos ignorantes y corrompidos se empeñan en convertirlos en desiertos; la ambicion siempre cruel, y la vanidad dispendiosa de los príncipes despojan y hacen perecer sin piedad á los pueblos, sacrificándolos á sus ciegos caprichos: estos déspotas fieros se sorprenden despues al no encontrar en sus estados mas que una soledad horrorosa, y súbditos incapaces de suministrarles los contínuos socorros que les pide. Mas las necesidades contínuas de una corte codiciosa y corrompida han aniquilado la agricultura, destruido el comercio, estancado y deprimido las manufacturas, y puesto mil estorvos é impedimentos al trabajo é industria de los ciudadanos, que han sido entregados á las vejaciones de los grandes, ó á las estorsiones ingeniosas de los exactores de las rentas públicas, sedientos siempre de la sangre de los pueblos. De este modo la negligencia, las pasiones y los vicios de los poderosos son una maldicion sobre la

tierra; ellos la hacen estéril condenando al infortunio, al hambre, al contagio y á la muerte á los que pudieran y debieran cultivarla con fruto.

A mas de estos efectos generales y evidentes que el vicio ó desprecio de la moral causa en una nacion ¿quién puede dudar de los que causa en los particulares? ¡Cuántas enfermedades se contraen por los fatales hábitos de la disolucion, la destemplanza, la ociosidad y el escesivo afan en ir tras los placeres! A estas causas, que destruyen diariamente la salud y existencia de una multitud de imprudentes, hay que añadir el cruel tedio, las penalidades del alma, los achaques, las pesadumbres, y los remordimientos y contínuos disgustos que consumen poco á poco los cuerpos y conducen insensiblemente los hombres al sepulcro. El suicidio, efecto horroroso y terrible de una larga y profunda melancolia ó de un delirio repentino, no es raro en pueblos corrompidos. Unos sibaritas debilitados por el lujo y el vicio, no tienen fortaleza para tolerar los golpes del destino.

Hé aquí como la moral influye sobre lo físico; hé aquí como por falta de razon y virtud tantos hombres viven, al parecer, sobre la tierra para sufrir y hacer infelices á otros. Por una ley constante de la naturaleza, ningun hombre en la vida social es tan fuerte y robusto como necesita sin la reunion de sus asociados; ninguno consigue aprecio y estimacion siendo inútil; ninguno puede ser amado sino es haciendo bien á los demás; ninguno ser feliz sino es haciendo á otros felices; en fin, ninguno puede gozar de la paz del corazon, del contento interior, de la tranquilidad constante, tan favorable á la conservacion de su existencia, sino dándose á sí propio testimonio de que ha cumplido fielmente los deberes de la moral en el puesto que ocupa entre los hombres. La moral, es preciso repetirlo, es el solo camino que conduce à la felicidad verdadera: y como influye en lo físico, el solo aspecto del hombre de bien anuncia el reposo que disfruta.

Vemos, pues, que la felicidad no es propia esclusivamente de estado alguno. La naturaleza convida igualmente á todos sus hijos á trabajar para obtenerla; mas en cualquiera situacion que se encuentren, la felicidad es inseparable de la virtud. Así que, nada es mas infundado que las vanas declamaciones de una melancólica filosofia que condena indistintamente los honores, las dignidades, las riquezas y el deseo de gloria, prohibiéndoselas á los que aspiran á la verdadera sabiduria. ¿Hay cosa alguna mas apetecible para los pueblos que ver la virtud sobre el trono trabajando igualmente en la felicidad comun de soberanos y de súbditos? ¡Cuán felices serian los hombres, si aquellos que cerca de los reyes gozan de poder y autoridad, quisiesen usar de ella en hacerse famosos por su vigilancia en cumplir con sus augustas funciones! El rico ¿no sería un ciudadano respetable si en vez de disipar sus tesoros sin provecho propio, los emplease en reanimar la desalentada y abatida indigencia, remediar las desgracias públicas y fomentar la indus-

tria? En fin, esta gloria que se llama un vano y fugaz humo ¿no es un objeto real y apetecible, puesto que es el aprecio y estimacion universal que estimulan al talento á contribuir al bienestar y á los deleites de la vida?

No demos nunca oidos á los consejos fanáticos de una moral feroz que se empeña vanamente en fundar la perfeccion y la felicidad suprema en una apatía insociable, y en una indiferencia absoluta con el género humano. Toda moral que se proponga separar de los otros al hombre, reconcentrarle en sí y aniquilar su union con aquellos entre quienes le puso la naturaleza, es una moral dictada por la misantropia, vana é ineficaz enteramente para las criaturas sociables. ¿Podrá ser virtuoso el que rompiere todos los vínculos que le unen á sus semejantes? ¿Qué son las virtudes que no tienen por objeto al género humano? ¿Qué estimacion ni amor deben los hombres á unos salvages espantosos que van á sepultarse en los desiertos para no ser útiles á nadie? ¿Es trabajar en beneficio de la felicidad del hombre en sociedad, aconsejarle que se vaya á los bosques y renuncie á las inumerables ventajas que la vida social produce? El salvage ¿es verdaderamente feliz? ¿En qué puede consistir la felicidad maravillosa de un hombre que vive con las bestias, ocupado perpétuamente en disputar con ellas su alimento, espuesto á la inclemencia de las estaciones y privado de los recursos, comodidades, luces y auxilios que la sociedad suministra á sus miembros? El salvage ¿es verdaderamente virtuoso? ¿Puede llamarse virtud no amar ni desear lo que no se conoce? En fin, ¿hallamos acaso que en las tribus salvages derramadas todavia en el nuevo mundo, unas virtudes verdaderas reemplacen los vicios que las naciones populosas y civilizadas comunican á sus ciudadanos? No, sin duda. Si estos salvages estan exentos de la sed del oro, de las necesidades inmoderadas del lujo, de las cadenas del despotismo, y de todos los demas inconvenientes del gran mundo, los vemos hacer un uso horrible de su libertad natural, ó mas bien de su locura, para matarse unos á otros; ellos por los mas leves y ligeros motivos se arman y encarnizan contra sus vecinos; egercen con los cautivos crueldades que horrorizan á la naturaleza; tratan á sus mugeres con una ferocidad irritante; sus mismos hijos no estan seguros de sus repentinos furores: en lugar de los vicios que agitan à las naciones civilisadas, hallaremos que las tribus salvages tienen una crueldad, una sed de venganza, y una injusticia que á ningun freno se sugeta. Hombres semejantes ¿pueden ser modelos de virtud? Su deplorable género de vida ¿anuncia felicidad alguna? Su franqueza misma manifiesta su indómito temperamento; sus virtudes son por lo comun crímenes, y su inocencia una grosera ignorancia de lo que constituye la felicidad de la vida (1).

(1) Aristóteles, en sus libros morales, lib. 8, cap. 1, dice que una vida solitaria y privada de asociados, es contraria á la felicidad del hombre, y repugnante á su naturaleza, puesto que el hombre por su naturaleza es un animal *sociable y político*.

Vivamos, pues, con los hombres; cerremos los ojos á sus defectos; procuremos hacerles bien y no los aborrezcamos nunca. Si las naciones civilizadas son infelices, es porque conservan todavia vestigios de su barbárie primitiva. A este espíritu salvage deben atribuirse la mayor parte de las guerras que la injusticia de los príncipes, auxiliada de las preocupaciones de los grandes y pueblos, hace todavia tan frecuentes en la tierra. Por la locura de los soberanos, los pueblos mas civilizados viven aun como las tribus salvages, ocupándose en destruirse mútuamente. Por un efecto de las falsas opiniones heredadas de nuestros bárbaros abuelos, el fatal egercicio de la guerra está reputado por la mas noble profesion; el arte de esterminar á los hombres es el que conduce con mas seguridad á los honores, á las recompensas y á la gloria en las naciones que mas necesitan de las artes de la paz para ser felices y florecientes. Mas el espíritu insociable y salvage, mantenido en casi todos los paises por la ambicion de los príncipes, se opone á la curacion de aquellas mismas preocupaciones, cuyas horribles consecuencias sentimos. Cortes salvages, ignorantes y corrompidas son las que dan el tono á las naciones, y mantienen en ellas el error, el desprecio de la sabiduria, los usos irracionales y las pueriles vanidades de que todavia se hallan infestadas. Ultimamente, en el examen que hemos hecho de los vicios de los hombres, todo nos prueba que provienen de su falta de esperiencia y de su ligereza, las cuales contribuyen á mantenerlos en perpétua niñez, y los hacen salvages é insociables.

A pesar de las poderosas fuerzas que se empeñan en un estado tan contrario á su verdadera naturaleza, no debemos desesperanzar de la curacion de los espíritus y de la reforma de las costumbres. La esperiencia y la desgracia son dos grandes maestros de los hombres; ellas les precisarán tarde ó temprano á renunciar á las preocupaciones que se oponen á su felicidad. Soberanos mas ilustrados llegarán por fin á conocer sus verdaderos intereses; un dia, pues, renunciarán à esa política injusta, tan contraria á su bien como al de sus vasallos: reconocerán que esas guerras interminables, esas conquistas ruinosas, esos triunfos sangrientos destruyen realmente los fundamentos de la felicidad nacional, y que la política no puede separarse impunemente de las reglas de la moral. A fuerza de calamidades, los príncipes se instruirán en sus deberes, y conocerán que el poder arbitrario no produce otra cosa que la triste ventaja de reinar temblando sobre esclavos abatidos y tristes.

Así qué, no aflijamos al hombre con una moral desesperada; no le enviemos á los bosques; no le separemos de los otros; digámosle que sea moderado y sociable; mostrémosle los motivos poderosos que le obligan á ello; guardémonos de decirle que la felicidad no se ha hecho para él; antes hagamos que conozca que en la virtud se halla este bien, esta felicidad de que le alejan de contínuo sus vicios y locuras.

Confesemos sin embargo que esta reforma tan suspirada de las costumbres de las naciones y de los soberanos no se muestra todavia muy cercana; y que solo puede ser fruto de las esperiencias y luces poco á poco esparcidas entre los hombres, y *de circunstancias que el destino únicamente puede ofrecer*; mas esto no desalienta al hombre sabio, porque conoce bien que la virtud se propaga lentamente, pero tarde ó temprano llega á producir sus efectos. Los estravios de los hombres, siempre castigados por la naturaleza, los precisarán á recurrir á la razon, la moral y la virtud, en cuyo seno encontrarán la felicidad, que tristes y fanáticos moralistas han supuesto falsamente que no se ha hecho para los mortales.

Continúen, pues, los amantes de la sabiduria sembrando, y difundiendo verdades, y esten muy seguros que ellas florecerán un dia: si sus lecciones pareciesen inútiles á sus contemporaneos, servirán á la posteridad, cuyo bienestar no debe ser indiferente á los hombres de bien que meditan y prevén. La verdad es un bien comun á los habitantes de este mundo; si es despreciada en un pais, fructifica en otro; si encuentra oposicion en un siglo, será bien acogida en edad mas feliz; si la desdeñan los padres, la admitirán sus descendientes, instruidos y escarmentados en las locuras de sus predecesores.

En fin, aun cuando una feliz mudanza en las costumbres de los pueblos fuese una lisongera quimera, los consejos de la sábia moral no por esto serian inútiles; ellos servirian al menos para fortificar al hombre de bien en la práctica de la virtud, hacérsela amable, y confirmar mas y mas los sentimientos de su corazon. La esperanza de un porvenir dichoso, y las pinturas agradables y lisongeras de la virtud contribuyen, digámoslo así, à refrigerar y fortalecer las almas justas y sensibles, ajadas y marchitas con el aflictivo espectáculo de las calamidades que desolan el mundo. En defecto de la felicidad pública que la sociedad le rehusa, el ciudadano virtuoso se ve reducido á buscar una felicidad particular: en el seno de su familia y en el de la amistad, hallará consuelos, dulzuras y felicidad sobre que no tiene jurisdicion la tiranía; si practica fielmente las virtudes sociales, gozará su corazon de una serenidad constante; en el rostro de su muger, sus hijos y criados, leerá el júbilo y el contento; se apludirá de contribuir á ellos; disfrutará de la confianza, del aprecio y del amor de todos aquellos con quienes tenga relaciones; en suma, vivirá contento consigo, con la certidumbre de ser amado de cuantos le rodean.

El malvado, por el contrario, siempre descontento de sí, encuentra por todas partes enemigos y acusadores que le acriminan su odiosa conducta y sus crueles tratamientos. Semejante á Calígula, él quisiera que los hombres tuviesen todos una sola cabeza, para de un solo golpe derribarla: en sociedad, en casa, dentro de sí mismo tiene un espectáculo horroroso, cuya idea

le persigue hasta en la soledad (1).

Cuando la moral promete al hombre una completa felicidad, no por esto le exime de las penalidades de este mundo; tampoco le preserva de las calamidades públicas, de los golpes de fortuna, de la perversidad de los hombres, de la indigencia que regularmente acompaña al mérito y á la virtud, de las crueles enfermedades, de los males físicos y de la muerte; pero al menos prepara su corason á los acontecimientos de la vida: ella le enseña á soportar con valor los imprevistos reveses, á no dejarse abatir, y à someterse á los decretos del destino; y en las mayores calamidades ofrece al hombre de bien un asilo en sí mismo, donde la paz de una buena conciencia le suministrará consuelos desconocidos de los malvados, quienes ademas de las desgracias que esperimentan, tienen que sufrir la ignominia y los remordimientos de sus vicios y criminales acciones. El mas cruel tormento de un malvado en el infortunio, es el conocimiento de su espantoso carácter, del odio que se ha merecido, y del justo castigo que esperimenta. *Vale mas*, dice Epicuro, *ser desgraciado y racional*, *que feliz y falto de razon.*

El verdadero sabio no es un hombre impasible: él no afecta la insensibilidad del estóico insensato, que enmedio de crueles tormentos decia del dolor, que *no era un mal*; no es insensible á la pérdida de la fortuna, de la salud, de sus parientes ó de sus amigos; ni cree que la virtud consista en contemplar tranquilamente la privacion y ausencia de los objetos mas caros á su corazon; siente como cualquiera otro los rigores de la suerte, pero encuentra en la virtud fuerzas y recursos; conoce que con ella no puede ser enteramente infeliz; y que sin ella el poder, la grandeza, la opulencia, y la mas robusta salud son insuficientes á la felicidad. En fin, en la vegez, y hasta en los bordes del sepulcro, el hombre virtuoso está sostenido y alentado con el recuerdo consolatorio de una vida pacífica, pura y arreglada.

CAPITULO IX.

DE LA MUERTE.

Una conducta regulada por la moral no solo nos produce una paz inalterable y una felicidad pura durante nuestra morada en este mundo; no solo nos hace gozar de una vegez dichosa y respetada, sino que además nos da firme-

(1) Todos los malvados querrian ser buenos, porque esperimentan de continuo los disgustos inseparables de la maldad ó del vicio. Platon (lib. 5. de leg.) dice que "todo »hombre injusto es injusto á pesar suyo.» Este mismo filósofo dice en el Timeo: "ninguno »es malvado por su eleccion ó gusto; lo es »sí por efecto de algun vicio de conforma»cion en su cuerpo, ó por una mala educa»cion."

za contra los temores de la muerte, tan terribles para los delincuentes. Si, como hemos dicho, la religion, sea natural ó revelada, no puede nunca contradecir los deberes que la naturaleza impone al hombre; si esta religion es verdadera por su conformidad con las leyes de la sana moral, ó la felicidad que causa á los hombres; en fin, si la religion no hace mas que añadir motivos sobrenaturales á los naturales, humanos y conocidos de que la moral se vale para escitar á la virtud; nada es capaz en consecuencia de turbar la seguridad del hombre de bien al salir de esta vida para comenzar la otra: persuadido de que el universo está bajo del imperio de un Dios lleno de benevolencia con los hombres, no puede al morir tener inquietud alguna de su suerte. ¿Qué motivo tendrá el hombre de bien para desconfiar ó temer la cólera de un Dios cuya bondad y justicia constituyen su carácter esencial é inmutable? La idea de una vida futura, que sirve de base á toda religion, está fundada èn las recompensas que la virtud debe esperar tarde ó temprano de un Dios lleno de equidad. Un Dios justo ¿puede no amar al hombre justo? Un Dios bueno ¿puede aborrecer al hombre que en este mundo ha hecho bien á sus semejantes? Un Dios lleno de misericordia ¿puede desechar al hombre que se muestra piadoso á las desgracias de sus hermanos? En fin, el que ha procurado ser útil á la sociedad ¿temerá encontrar al término de sus dias un juez inexorable en el soberano de la naturaleza, criador, conservador, padre de la especie humana, y legislador de cuya voluntad deriva la religion las reglas de la moral? No, ciertamente: sería contradecir todas las perfecciones morales de la divinidad creer por un solo instante que el hombre de bien puede desagradarle.

Es cierto que la religion exige además otras virtudes en el hombre para merecer el favor divino. Mas en el curso de esta obra nos hemos propuesto únicamente presentar á los habitantes de la tierra los motivos humanos, sensibles y naturales que le inducen á practicar el bien en el mundo actual, aun prescindiendo de sus ideas religiosas: solo hemos hablado de los medios de obtener una felicidad tan durable como la vida presente. A los teólogos es á quienes pertenece esclusivamente mostrar á los mortales los motivos divinos, invisibles y sobrenaturales que deben conducirlos un dia á la felicidad permanente que la religion promete para despues de esta vida. Aunque nada debiera ser mas eficaz para escitar á los hombres á la virtud y desviarlos del mal que la idea de una felicidad eterna, espiritual é infalible, ó que el temor de castigos rigorosos y eternos, sin embargo la esperiencia nos hace ver que estos motivos presentados todos los dias por los ministros de la religion, influyen débilmente sobre la multitud. Dominados de lo presente, los hombres, por la mayor parte, apenas piensan en lo futuro, pareciéndoles muy lejano. El mundo está llenò de viciosos que profesan sumision y respeto á la religion, y creen las recompensas y castigos que nos anuncia, sin

que por esto sus ideas produzcan bien alguno real y verdadero acerca de su enmienda.

Efectivamente, al ver los vicios, desórdenes y delitos á que se entregan tantos hombres que afectan estar muy convencidos de la realidad de las recompensas y castigos eternos que la religion anuncia, no sería estraño que alguno creyese que todas estas cosas eran vanas quimeras, ó mal ó no creidas de los hombres, ó que estas ideas ya deleitosas ya terribles, son un freno muy débil para contener las pasione. Tantos soberanos religiosos y devotos, con sus guerras crueles, inútiles y frecuentes, sus injustas conquistas, su tiranía y las estorsiones que hacen sufrir á los pueblos, y los desarreglos de su vida privada, dan á entender ciertamente que la religion que fingen creer, que protegen y afectan respetar, no se ha hecho para ellos, y que es un espectro para arredrar y contener á sus crédulos súbditos. Estos, sin embargo, por la mayor parte no son mas contenidos que sus soberanos. Las naciones mas religiosas ofrecen una multitud de hombres que unen frecuentemente la creencia y práctica esterior de la religion con la injusticia, la inhumanidad, el fraude, el robo y la disolucion. Se ven ladrones públicos, usureros, bribones y prostitutas; y entre el pueblo borrachos y glotones que jamás han dudado de la otra vida, y que sin embargo no obran conforme á su creencia: sus desórdenes son el objeto contínuo de los discursos de nuestros oradores sagrados.

Mas si la religion atemoriza con sus amenazas á los transgresores de la moral, algunos filósofos imputan á sus ministros que ellos mismos los confirman en sus desarreglos, y los alientan y tranquilizan con la facilidad de los medios que les prescriben para calmar sus conciencias, espiar sus iniquidades, y apaciguar la cólera divina. "¿De »qué sirven, dicen estos filósofos, los »terrores de la otra vida, si basta, »para inutilizar su efecto someterse á »prácticas estériles, confesiones ver»gonzosas por aquel momento, cere»monias, fórmulas, limosnas y re»zos? (1) ¿No es, dicen, destruir el »efecto de los temores que la religion »inspira, asegurar que un tardío ar»repentimiento en el artículo de la »muerte es capaz de borrar todas las »manchas de una vida criminal?» Estos filósofos hallan que sus ministros, regularmente muy indulgentes con los grandes del mundo, allanan y facilitan el camino del cielo á estos ilustres delincuentes, cuyos remordimientos debieran no apaciguar, y sí mas

(1) Nada es mas ridículo que las ceremonias estravagantes que la supersticion ha inventado en algunos pueblos para alentar á los hombres contra los temores de la muerte. Un baniano está seguro de que todos sus pecados le serán perdonados, si puede al espirar tenèr asida la cola de una vaca, y recibir su orina en la cara. Otros creen segura su salvacion, si pueden morir á orillas del Ganges. Los parsis no dudan de la espiacion de sus culpas, si un sacerdote hace por ellos ciertas oraciones y ceremonias cerca del fuego santo. Para asegurar la salud del mahometano se le pone en las manos al morir un pasage del Alcoran. El sacerdote ruso, en virtud de cierto dinero, espide al que está de muerte un pasaporte para el otro mundo.

bien acrecentar. Prescindiendo de estas imputaciones, lo cierto es que, por confesion de los mismos sacerdotes de la divinidad, nada es mas dificil y menos frecuente, á pesar de la religion, que ver en los corazones corrompidos una enmienda sincera, suficiente á merecer la futura felicidad.

Por otra parte vemos que los mismos teólogos están poco acordes entre sí sobre los medios de satisfacer á la justicia divina, y obtener la felicidad eterna. Unos exigen poco de los hombres prescribiéndoles espiaciones fáciles: otros, con rigor escesivo, los desaniman mostrándoles el camino de la virtud lleno de tantas dificultades, que les inspiran una desesperacion ó un fanatismo feroz é insociable, tan contrario á la verdadera moral como los mas funestos desórdenes. Ninguno es mas insociable que el supersticioso sombrio y melancólico, que enemigo de sí, se cree obligado á martirizarse de contínuo, á renunciar á los placeres inocentes, á separarse de los hombres, y á pensar en su fin enmedio de la lobreguez de los sepulcros. ¿Qué bien puede resultar á la especie humana de esta insociable conducta? Un hombre contínuamente anegado en sus lágrimas, dominado de la melancolía, agitado de vanos escrúpulos y terrores imaginarios, exasperado con la soledad y privaciones, ¿puede ser un miembro útil y agradable á la sociedad? ¿Es cumplir con los deberes de la moral hacerse mal á sí, sin hacer bien á nadie? Ciertamente que es formarse ideas muy siniestras y contradictorias de un Dios lleno de amor á los hombres, el creer que solo se le agrada afligiéndose sin cesar, ó viviendo separado de los humanos. Si los casuistas demasiado fáciles abren el cielo á los grandes é ilustres malvados, los rigoristas escesivos le cierran á todo el mundo: pocos hallan un justo medio entre estos dos estremos.

Unas inconsecuencias tan palpables han dado motivo á muchos para dudar de la utilidad ó poder que se atribuye á la religion. Por otra parte, como la historia antigua y moderna muestra á cada página los escesos, desolaciones, odios inmortales, atroces persecuciones, sangrientas y lamentables mortandades que frecuentemente han producido la ambicion del secerdocio, y el celo furioso de sus fanáticos partidarios, algunos filósofos han concluido de aquí, que esta religion, que tantas veces servia de pretesto á tales crímenes, era no solo inútil, sino tambien incompatible con la sana moral, la verdadera política, y la felicidad y el reposo de las sociedades: por consecuencia algunos de estos filósofos se han creido suficientemente autorizados para sacudir el yugo de una religion que les parecia incómoda y peligrosa. La existencia de otra vida, cuya idea veian que no reprimia las pasiones de aquellos que mas fuertemente convencidos debian estar de ella, les pareció quimérica ó dudosa. En una palabra, no puede negarse que la insociabilidad, intolerancia, ambicion y avaricia de muchos ministros de la religion les han suscitado en todos tiempos un gran número de enemigos aun entre los hombres mas ilustrados y virtuosos.

A los teólogos toca conciliar esta conducta con los principios, bien sea de la moral natural ó de la religion, ó al menos justificarse de unas acusaciones tan graves, debiendo al mismo tiempo atraer á los descarriados con razonamientos capaces de desengañarlos de sus ideas contrarias ó poco favorables á la certeza y utilidad del sistema de la otra vida. Como en esta obra nuestro intento no ha sido mas que dar á conocer los motivos humanos de una moral comun á todos los hombres (sean cuales fueren sus opiniones verdaderas ó falsas) solo diremos á los que se oponen á la religion revelada y sus dogmas sobre la otra vida, que no por esto se hallan menos obligados á conformarse durante la vida presente con los preceptos humanos y naturales de la moral universal, so pena de acarrearse el desprecio y el odio de la sociedad; castigos seguros, y de los cuales no puede dudar la mas impía incredulidad.

Ademas, si el interés de la sociedad y el bienestar de la vida social son los que han determinado al filósofo á divorciarse de la religion, este se halla obligado mas que ningun otro á manifestar al público costumbres mas sociables, mas dulces, mas honestas, y en una palabra, una conducta menos vituperable que la que imputa á los partidarios de la religion. No le es lícito al que se aparta de los principios religiosos, so pretesto del mal que producen en la tierra, entregarse á la intolerancia, la obstinacion y el odio contra los que no piensan como él: tampoco le es permitido abandonarse á vicios que la razon condena. La verdadera filosofia debe siempre anunciar unas costumbres inocentes y severas: y grave, sin ser triste ó feroz, no debe prestarse jamas á los desarreglos de los hombres.

Tambien les diremos á cuantos renuncian á la religion porque mortifica y reprime sus pasiones, que no por esto deben creerse filósofos ó amigos de la sabiduria. La verdadera sabiduría fue y será siempre incompatible con el vicio y desarreglo: sus preceptos no pueden jamás ser contrarios á los de la moral. Los filósofos sin buenas costumbres y virtudes son impostores y charlatanes despreciables: esos pretendidos amigos de la sabiduría, esos apóstoles de la razon serian insensatos, ignorantes y ciegos, si se hiciesen apologistas del vicio y despreciadores de la virtud, en la que solo estriba nuestra felicidad en este mundo: los filósofos de esta naturaleza serán mirados con muy justa razon como unos libertinos, corruptores y verdaderos enemigos del género humano. Estos, pues, son tan culpables como esos casuistas relajados que por una débil complacencia con los vicios y pasiones del hombre, atenúan sus escrúpulos ó remordimientos, y le hacen el camino del cielo mucho mas facil de lo que la religion les permite.

Todo hombre que medite la naturaleza humana y los verdaderos intereses de la sociedad, sean cuales fueren sus idéas religiosas, forzosamente reconocerá que la virtud es útil y necesaria en este mundo; que sin ella ninguna sociedad puede prosperar ni aun

subsistir, ni individuo alguno hacerse querer ni respetar; que el vicio es destructor de las naciones y de sus miembros; en una palabra, todo hombre que piensa, debe conocer que no hay desórden que no encuentre castigo aun en esta misma vida, ni virtud que no halle algun consuelo ó recompensa, y contribuya à la felicidad del que la practica. El filósofo que desconociese unas verdades tan claras, sería un estúpido, un ignorante, un hombre sin esperiencia y reflexion. ¡Estraña filosofia, por cierto, la que no viera los efectos patentes y claros del desorden, vicio y libertinage y su funesta influencia sobre las naciones é individuos; ó no conociese las ventajas inestimables que la virtud da á cuantos la practican, aun en las naciones corrompidas!

Por otra parte, basta conocer y practicar unas verdades tan sencillas para vivir felizmente en la tierra. Así, cualquiera que pueda ser su suerte en la otra vida, el incrédulo, si es hombre de bien ó verdaderamente filósofo, puede en esta vida pasagera observando fielmente los deberes de la moral humana, conseguir toda la felicidad que se ha propuesto. Si practica cuidadosamente las virtudes sociales, si evita los vicios, imperfecciones y defectos que pueden desagradar á otros y perjudicarle á él mismo; si contribuye con sus talentos y trabajos á la utilidad general, se hará amable con sus talentos y trabajos á la utilidad general, se hará amable con todos cuantos tengan relaciones con él, será buen padre, fiel esposo, amigo sincero, y apreciable ciudadano; y cualquiera que sea el lugar que la réligion le designe en el otro mundo, gozará en este del áfecto y la consideracion debida al mérito. Limitado en sus esperanzas, no se lisongeará de disfrutar los inefables deleites de la vida futura, y se contentará con los de esta. Cuando por sus servicios sea digno del amor y la celebridad de los hombres, á falta de la esperanza de una inmortalidad sobrenatural (objeto solo de la confianza del hombre religioso) se lisongeará de obtener una inmortalidad natural, ó de existir despues de muerto en la memoria de los hombres. Así, satisfecho con su suerte en este mundo, privado de esperanzas y temores respecto á lo futuro, y lleno de confianza en su derecho al cariño de la posteridad, el incrédulo honrado y virtuoso puede vivir feliz, y ver su fin con mas tranquilidad que tantos hombres que reconocen la religion, y no la practican fielmente.

Sean cuales fueren las opiniones verdaderas ó falsas de los hombres, las leyes inflexibles de su naturaleza á todos obligan igualmente; su moral debe ser la misma; y todo les demuestra que en el mundo que habitan la virtud conduce à la felicidad, y el vicio á la miseria. Si en la teoria los hombres se oponen y contradicen facilmente, no sucederá asi en la práctica de su conducta, si viven conforme á la naturaleza de un ser sociable, inteligente y racional, que conoce su verdadera felicidad y los medios de obtenerla. Siguiendo el camino indicado por la moral, el hombre de bien vivirá

contento, y morirá tranquilo. El momento de la muerte, tan cruel para tantos hombres inútiles ó dañosos, no inquieta ni horroriza al virtuoso; el cual, satisfecho de haber desempeñado bien su papel en el teatro del mundo, se retira de la escena con tranquilidad y dice con el poeta: *he vivido y terminado felizmente la carrera que me señaló el destino.*

Solo el hombre de bien, el racional, el útil á los demas hombres, es quien puede decir con verdad *yo he vivido.* No es vivir, sino vegetar, el no contribuir á la felicidad de sus semejantes: existir sobre la tierra solo para dañar, es existir como las plantas venenosas, ó los minerales ponzoñosos. Solo aquel cuyo entendimiento está ilustrado de la sabiduría, y el corazon fortalecido de la razon, es quien puede morir con valor, y ser superior á los terrores de la muerte, molestos y espantosos para tantos cobardes que ansian vivir sin saber aprovecharse de la vida.

En el momento de la muerte es cuando el pobre y el desgraciado tienen una ventaja señalada sobre esos hombres que el vulgo cree poseedores esclusivos de la felicidad. El pobre, el artesano, el labrador, el hombre del pueblo, no dejan la vida con aquellas agitaciones que ordinariamente se observan en los que mueren en un blando y mullido lecho. El desgraciado ve en la muerte el fin de sus penalidades y trabajos; el hombre de bien espuesto con frecuencia á los rigores de la fortuna en un mundo perverso donde no tiene otros auxilios que los de su virtud, mira su fin como el puerto de la seguridad.

Ademas, en todos tiempos ha habido hombres que, para sustraerse de las congojas de la vida, han acelerado voluntariamente el término de ella. La antigüedad admiró esta accion, y la consideró como indicio de un heróico valor. Los modernos, en esta parte han cambiado de dictámen: la religion condena el suicidio como una desobediencia formal á la voluntad divina, como una cobarde desercion del puesto en que Dios nos ha colocado, y en fin, como una pusilanimidad vergonzosa que no sabe soportar los reveses de la fortuna.

Seguramente el suicidio, como hemos dicho, es efecto de una enfermedad, de un lento ó repentino trastorno de nuestra máquina; para llegar el hombre á estar enteramente cansado de su vida, la cual á pesar de sus penalidades, ofrece placeres diferentes á todos los hombres; para que en estos cese el deseo de conservarse, inseparable de la naturaleza; para renunciar absolutamente á la esperanza que siempre queda en el fondo de los corazones aun en medio de las mayores desgracias, es menester una revolucion terrible y un trastorno general de las ideas, de lo que resulta una fuerte aversion á la existencia, que nuestra imaginacion considera como el mayor, mas penoso é irremediable de los males. Unos efectos tan crueles nacen sin duda de una verdadera enfermedad, tal como un acceso de locura ó rabia que nos ciegue; ó como una enfermedad de tedio, abatimiento y languidez

que nos vaya lentamente consumiendo, y por último nos conduzca á la muerte. Lo mismo que los insensatos ó dementes furiosos, los hombres que se matan llegan á preocuparse esclusivamente de un objeto, sin cuya posesion nada les es agradable en la vida. En Caton de Utica este objeto fue la libertad de su patria; en un avaro será la pérdida del oro; en un amante la perdida de la que ama; en un ambicioso la privacion de sus honores; y en un hombre orgulloso lo será la carencia de las cosas que lisongean su vanidad. La falta de estos objetos obra de un modo diferente en los hombres en razon de sus temperamentos ó caractéres. Los unos, mas coléricos, se abandonan repentinamente á la desesperacion; los otros de un temperamento menos ardiente ó mas melancólico, ocultan mucho tiempo el designio ó idea de morir. En estos diferentes modos de quitarse la vida no hay propiamente ni fuerza, ni debilidad, ni valor, ni cobardía; solo sí hay una enfermedad *crónica ó aguda*. Los hombres, acostumbrados á juzgar de las acciones por los motivos que las producen, han admirado el suicidio producido por el amor de la patria, de la libertad y la virtud; y le han condenado cuando ha tenido por móvil la avaricia, un loco amor, ó una vanidad pueril. El suicidio es una verdadera locura; á la religion, pues, le toca el decidir si esta locura es culpable á los ojos de la Divinidad.

Si el suicidio es efecto de una enfermedad, no sería prudente combatirle con discursos. Mas la moral puede á lo menos suministrar medios de preservarse de un mal tan estraño que ha llegado á ser epidémico en las naciones mal dirigidas y entregadas al lujo, la vanidad, la avaricia, la corrupcion de costumbres, y á los placeres ilícitos. Una conducta virtuosa, deseos moderados, economía en los placeres, aversion al lujo y á los objetos capaces de irritar las pasiones y la vanidad, y el trabajo, en fin, son los preservativos contra una enfermedad cuyos espantosos efectos son hacernos odiosa la vida, y armar nuestro brazo contra nosotros mismos. El verdadero valor consiste en combatir las pasiones peligrosas: reformando las costumbres logrará un buen gobierno que las hombres vivan contentos con su suerte, y que los suicidios no sean tan frecuentes.

El hombre de bien é ilustrado, es el que tiene solamente verdadero valor para contemplar tranquilamente la proximidad de la muerte. La ignorancia y corrupcion son siempre flacas, irresolutas y cobardes: los imprudentes y malvados nunca tienen tiempo para pensar en su fin. La resignacion del sabio en sus últimos momentos es fruto de la reflexion y de la calma que produce una buena conciencia. Una vida pura, y una conducta racional y reflexiva, hé aquí la mejor, la única preparacion para la muerte. En fin, el hombre justo, benéfico y apreciable ve en su postrer suspiro rodeado su lecho de amigos, y cuyas cenizas son regadas con sinceras y copiosas lágrimas. ¿Qué cosa es mas poderosa á consolar al hombre en la ne-

cesidad de morir, que la idea de subsistir en la memoria de los otros, y conservar muriendo la amistad y el amor de los que quedan para llorar su muerte?

¡Cuántas gentes mueren sin haber sabido aprovecharse de la vida! Vivir, es emplear la vida en activo trabajo; gozar, es gustar el dulce placer de ser querido y estimado de aquellos á quienes el hombre hace felices, es agradar y complacer á los otros para vivir contento de sí mismo. Mas estos placeres, reservados á las almas justas y sensibles, son desconocidos de los perversos endurecidos en el mal, los cuales, despues de haber vivido en la agitacion é inquietud, mueren en la desesperacion; tampoco se han hecho estos placeres para los hombres entregados á los vicios, la disipacion y los gustos criminales ó frívolos, á los cuales la muerte los toma de sorpresa, hallándolos desprevenidos y desarmados contra sus golpes. Por último, los placeres consolatorios de la virtud, tan poderosos para fortalecer los corazones, son ignorados de la mayor parte de los príncipes, los grandes y los ricos, los cuales, destinados á hacer felíz al mundo, duplican sus males y miserias. Todo nos muestra que los hombres mas capaces por su clase y fortuna de hacer mayor bien, son regularmente inútiles ó dañosos durante su vida; no saben gozar de nada, ni escitan al morir en persona alguna lágrimas ó dolor. Por no conocer el contento y placer propios de la virtud, siempre benéfica, los mortales que pudieran ser mas felices, viven en el entorpecimiento del tédio, ó en una agitacion fatigosa tanto para ellos mismos como para los otros; su muerte, deseada por cuantos les rodean, es para estos un momento de libertad y gozo. El que no ha hecho bien alguno en la tierra, que ha vivido para sí, y que antes bien ha procurado afligir á los desgraciados que ha tenido á su lado ¿con qué derecho podrá esperar que su muerte sea sentida y llorada? Las aflicciones y lágrimas de los vivos son homenages del corazon, debidos solamente al hombre de bien, tierno y sensible. Una vida feliz y una muerte tranquila son efectos solos y precisos de la beneficencia, de los talentos, de la bondad y la virtud.

Reconoced, pues, ¡oh mortales! que en la virtud sola consiste esa felicidad que tanto se desea, y que en vano se busca en otra parte. Solo mostrándoos útiles y buenos, obtendreis el amor de vuestros semejantes, y tendreis derecho al de vosotros mismos. Aprended, en fin, á conocer vuestro verdadero y legítimo interés propio: aprended el modo con que debeis amaros cada uno de vosotros. Este amor propio es necesario, natural, inseparable del hombre, y aprobado por la moral; mas él os impone la obligacion de amar á los otros, y de contribuir á su felicidad, si quereis merecer su afecto y sus socorros. Atended siempre á los que caminan con vosotros por el sendero dificil de la vida. Alargadles una mano caritativa y benéfica, para que os den la suya en vuestras adversidades y trabajos. Reconcentrarse en sí, y olvidar las consideraciones, la benevolencia y cuidados debidos á los otros, sería aborre-

cerse el hombre: la empresa de vivir feliz en sociedad sin el socorro de sus semejantes, sería tan loca como inútil. ¡Ah! ninguno de vosotros ¡oh mortales! está al abrigo de la suerte. Ninguno está seguro de que no beberá un dia en la copa del infortunio. Ninguno, en cualquier estado en que se halle, puede existir sin el auxilio y asistencia de los otros, ya sea para librarse del mal, ya para obtener algun placer. AMAD PARA SER AMADOS. Hé aquí el sencillo precepto al cual puede reducirse la moral universal.

¡Pueblos, que la naturaleza ha esparcido por los diferentes paises de la tierra! amaos, pues, unos á otros, y dad fin á esos crueles y eternos combates que destruyen vuestra felicidad.—¡Soberanos! amad á vuestros pueblos, y hallareis en su amor un apoyo firme é incontrastable. —¡Grandes, nobles, ricos, poderosos del mundo! haced bien á los hombres, y seréis verdadera y cordialmente amados y ditinguidos. —¡Sabios y literatos! ilustrad las naciones, sed verdaderamente útiles; de este modo seréis respetados, y vuestros ilustres nombres se transmitirán á la posteridad. —¡Esposos, padres, amigos! amad si deseais que os amen, pues que este es el dulce y estrecho vínculo de vuestras diversas asociaciones. ¡Ciudadanos! en vuestras conexiones y tratos jamás perdais de vista el deseo de amar y ser amados. Si observáseis unas reglas tan claras y sencillas, gozareis en el mundo de cuanta felicidad es capaz la humana naturaleza. Cada uno de vosotros ¡oh mortales! vivirá contento en la tierra, y al salir de ella, por una ley constante de la naturaleza, morirá tranquilo y sereno.





CAPITULO PRIMERO.

ORIGEN Y ESTADO DE LAS PREOCUPACIONES Y TRIUNFO DE LA VERDAD.

Reformar al género humano y desengañarle de sus preocupaciones, ha sido siempre á los ojos de los hombres una empresa tan vana como temeraria. Los hombres de mejores intenciones y de mas ilustracion, suelen ser de opinion que las locuras de los mortales son incurables y que sería inútil emprender su cura. Todo hombre que manifiesta el proyecto de mudar las ideas de sus semejantes pasa por un estravagante, cuyo menor castigo es ser objeto de la burla general. Sin embargo, si consideramos atentamente las cosas, tendremos razones muy poderosas para dudar de la opinion de los que creen que el espíritu humano es incurable; porque si el hombre es un ser susceptible de razon ¿cómo se podrá probar que la razon no es para él, ó que solo es para algunos individuos de su especie? ¡Y qué! ¿el espíritu humano solo podrá perfeccionarse cuando se trata de objetos frívolos? ¿Estará condenado á un atraso perpétuo en aquellos que le son mas interesantes? Las naciones, forzadas por las circunstancias ¿no se han desengañado poco á poco de una parte de sus preocupaciones? Las que se han civilizado ¿permanecen sujetas á los mismos errores que sus abuelos? Si las imposturas, si las disputas religiosas, si la intolerancia han tenido bastante fuerza para cambiar la faz del globo ¿por qué no podrá el entusiasmo de la verdad apoderarse algun dia de los pueblos y ponerles en la mano el hierro con que destruyan las peligrosas quimeras que los dividen y molestan? ¿No llegará jamás la época feliz en que el hombre cansado de males y de delirios se acoja á la verdad, implorando de ella los remedios que le son necesarios? La mayor injuria que se puede hacer al género humano es creer que solo pueden agradarle el error y el vicio, y que la verdad y la virtud, cuyas ventajas conoce, no le ilustrarán nunca ni servirán de guia á su conducta.

No nos formemos ideas tan bajas de nuestra especie. Si el hombre se enga-

ña, es porque cuanto le rodea conspira á engañarle; si ama la mentira es porque se imagina que es la verdad; si se apega á las preocupaciones es porque las cree necesarias á su reposo y á su bienestar presente y futuro. Si desconoce su naturaleza es porque no le es lícito ni pensar por sí mismo, ni entender la verdad, ni hacer esperiencias; si cierra los oidos á la voz de la razon es porque se halla rodeado de objetos que le ensordecen; porque los clamores del fanatismo y las amenazas de la tiranía le impiden oir sus lecciones; en fin, si su conducta es tan depravada, tan contraria á su propia felicidad y á la de los seres con quienes debe vivir, es porque todos los motivos que deberian combinarse para hacerle virtuoso, se reunen para mantenerle en la ignorancia y escitarle al crímen.

No desesperemos, sin embargo, del alivio del género humano. ¿Por qué no lo conseguirá usando de los mismos medios que le han hecho enfermar? Si el error es el que causó todos sus males, opóngasele la verdad; tranquilícese si son vanos los terrores que le asustan; si es la educacion la que eterniza sus preocupaciones, edúquese de un modo sensato y juicioso; si sus estravíos provienen de que no sabe dónde está el sendero que la naturaleza le indica, tenga un conductor seguro que se lo manifieste, haga esperiencias y dé toda la amplitud posible á su razon; si son los gobiernos los que corrompen sus costumbres y le hacen desgraciado, inspirémosle grandeza de alma, enseñémosle todos sus derechos, penetremos su corazon de amor á la libertad, probemos á los monarcas que sus verdaderos intereses son esencialmente los mismos que los de los súbditos que gobiernan, y deben ser mas fuertes que los intereses fútiles de los aduladores, cuyos consejos se reducen á proporcionarles una ventura facticia, que solo puede obtenerse sacrificando los pueblos.

La naturaleza, siempre activa, ¿no puede en sus eternas combinaciones promover ciertas circunstancias que desengañen á los hombres de sus locuras? ¿No puede la necesidad acarrear sucesos que les obliguen á renunciar á sus estravagancias? ¿Se obstinará la suerte en encadenarlos á las tinieblas de la opinion? ¿No serán gobernados jamás por príncipes que conozcan sus ventajas reales, su verdadero poder, su verdadera gloria? ¿No se cansarán jamás los pueblos de esas supersticiones que los empobrecen infructuosamente; de ese despotismo que los enerva, de esas guerras que los arruinan, de esas envidias nacionales que los exasperan unos contra otros, de esas conquistas y de esas victorias que cuestan tantos rios de sangre, de esos vanos esfuerzos cuya consecuencia necesaria es la estenuacion de los estados? ¿No veremos jamás las sociedades políticas exentas de las instituciones que las oprimen, de los usos que el buen sentido reprueba, de las preocupaciones que solo tienen en su favor la antigüedad, de las distinciones onerosas que convierten á los ciudadanos en opresores y oprimidos, en orgullosos y viles, en grandes altivos y esclavos prostituidos, en ricos insa-

ciables y en desgraciados hambrientos que carecen de lo necesario, y que echan mano del crímen para adquirirle? ¿Propenderán, en fin, todas las instituciones á poblar las ciudades de seres frívolos y vanos, de ociosos cansados de su existencia, de padres desarreglados y negligentes, de mugeres ligeras, disipadas y sin pudor, de hijos rebeldes é ingratos, de amigos falsos y traidores, de avaros afanados en pos de unas riquezas que no los harán jamás felices, de ambiciosos que nada omiten para adquirir los puestos que no bastan á satisfacer sus deseos, de ciudadanos discordes en sus intereses é indiferentes al bien de la patria?

Si no es lícito creer que la razon pueda alumbrar un dia toda la especie humana, ¿por qué hemos de renunciar á la esperanza de verla dominar en una parte de la tierra? Si las naciones y los individuos no pueden aspirar á una felicidad permanente é inalterable ¿por qué se les ha de negar alguna época feliz? Atrevámonos pues á entrever algunos felices instantes en el porvenir; regocíjese nuestro corazon al prever que un pueblo pueda en algunos intervalos favorables ser gobernado por la razon. ¿No preve con satisfaccion el enfermo habitual los momentos de reposo que sus enfermedades le dejan? ¿No se suspenden por algunos momentos los males mas arraigados? ¿Será el género humano el único frenético que no tenga intervalos lúcidos?

Así pues, el sabio que haya meditado no se exasperará al ver los obstáculos inumerables que se oponen á la verdad siempre que contradice las preocupaciones universalmente recibidas. Para agotar su impuro manantial es menester descubrirlo: para aniquilar los efectos es preciso estirpar las causas.

Sírvanse los hombres de la esperiencia y muy en breve descubrirán la verdad. Démosles una balanza en que puedan pesar con certeza sus opiniones, sus instituciones, sus leyes, sus usos, sus acciones, sus costumbres. Jamás se engañarán si toman por base de sus juicios la utilidad verdadera y permanente que resulta de su modo de pensar y de su conducta. Con esta regla eterna, invariable, necesaria, juzgarán sanamente de todo, y sus entendimientos tendrán un regulador constante que fije para siempre sus ideas.

Aplicando esta regla infalible á la superticion, verán que sus vanas quimeras solo han servido en todo tiempo para turbar la imaginacion del hombre, para consternar su corazon, para llenarlo de inquietudes, para ahogar en él la energía que le es necesaria si ha de trabajar eficazmente en su felicidad; verán que las nociones del fanatismo, siempre directamente opuestas á las de la evidencia y la razon, deben dar lugar á disputas interminables; que estas disputas, si se sigue el sistema de darles importancia, turbarán la tranquilidad pública; la historia de todos los siglos les probará que los impostores, lejos de proporcionar á los mortales los medios de ser felices, no han sido para ellos mas que unas furias que han esparcido por todas partes la discordia y se han hecho pagar

muy caro las mentiras y las destrucciones que han traido á la tierra. La esperiencia diaria les hará ver la inutilidad de ciertas prácticas pueriles que tantos ilusos miran como deberes sagrados, prefiriéndolas á las virtudes, á los servicios reales, á las acciones que contribuyen á hacer felices á los hombres.

Examinando las ventajas que resultan de las instituciones políticas, se verá que en la mayor parte de los paises, el capricho de un solo hombre, apoyado en la fuerza de los instrumentos de su poder, decide irrevocablemente la suerte de las naciones. Verán que las leyes dañosas al mayor número, no tienen otro objeto que la utilidad del gefe y de algunos satélites que han conseguido su favor á fuerza de bajezas y de intrigas. Conocerán que esos indignos visires, esos fieros cortesanos, que acumulan las riquezas y las recompensas de las sociedades, son por lo comun sus mas crueles enemigos, y que esos grandes que se atraen la consideracion, los respetos, la veneracion de un pueblo imbécil, no son mas que los causantes de las desgracias de la patria. Se convencerán de que las preocupaciones vulgares, tan favorables al poder ilimitado, convierten á los súbditos en cautivos destinados á gemir toda su vida entre cadenas, y á besar los pies de algunos mortales que tienen la sencillez de creerse en una esfera superior á la comun. Desengañadas de sus errores vergonzosos, las naciones verán que son libres, que tienen derecho á ser felices, que pueden destruir las absurdas instituciones de la antigüedad cuando se oponen á su utilidad presente, y que no es posible que permanezcan siendo eternamente víctimas de falsas opiniones, transmitidas sin exámen de generacion en generacion. Se convencerán de que sus gefes son hombres escogidos por ellas mismas para cuidar de su seguridad, y que merecen su sumision, su reconocimiento, su amor, cuando les son útiles y cuando cumplen con fidelidad los pactos á que se han comprometido. El ciudadano no se envilecerá, no se pondrá por sí mismo en la clase de los esclavos; confesará en alta voz que la naturaleza le ha hecho libre; que tiene derechos incontestables; que los mortales nacen iguales; que la virtud es la única diferencia real entre ellos; que no deben amar ni respetar sino es á los que por sus talentos y sus virtudes se han hecho necesarios á la patria, y le proporcionan reales beneficios.

Todos los sentimientos que abrigamos con respecto á los hombres y á las cosas, se fundan en la utilidad real ó aparente. Nos equivocamos visiblemente cuando concedemos nuestra estimacion, nuestra veneracion, nuestro amor, á hombres, acciones, usos, instituciones y opiniones inútiles. El último grado de la demencia es amar y estimar lo que nos es dañoso. El ciudadano mas útil debe ser en todos los estados el mas recompensado, el mas apreciado, el mas querido. El monarca virtuoso, en vista de estos principios es el mortal mas digno del aprecio y del respeto de todos los que esperimentan á cada instante los dichosos influjos de su esmero. Los que le

ayudan en tan dignas tareas merecen tambien en alto grado el reconocimiento de sus conciudadanos. Los homenages que tributamos á la grandeza, á las distinciones, á las dignidades no pueden tener otros motivos que las ventajas que recibimos ó que podemos esperar de los que las poseen: esos mismos homenages no serian mas que efectos de un hábito maquinal, de un temor servil, de una preocupacion infundada, si los concediésemos indistintamente á unos seres maléficos ó nulos. Toda especie de condecoracion representa los servicios reales que se han prestado á la sociedad, las luces, la facultad de ser útil: cuando en vez de estas cosas solo representan el favor, la intriga, la bajeza, la venalidad; cuando no sirven mas que á cubrir la estolidez, la ignorancia, el fraude, la maldad, favorecidas; cuándo no indican mas que el poder de dañar, llegamos á ser los cómplices de los males que esperimentamos, si les prostituimos un incienso que solo se debe al mérito y á la utilidad.

Por poco que reflexionemos nos convenceremos de que la utilidad, ó à lo menos su imágen y sus apariencias, muchas veces engañosas, son siempre los objetos que los hombres aman, admiran y honran. Sus sentimientos son racionales siempre que su afecto y su veneracion se dirigen á objetos ventajosos; pero son ciegos y estúpidos, cuando estos objetos son perniciosos ó inútiles.

La utilidad de los talentos fue en todo tiempo reconocida por los mortales; la superioridad intelectual ha subyugado al mundo. Los hombres mas instruidos han tomado en todo tiempo un ascendiente necesario sobre los que no tenian ni los mismos recursos, ni los mismos talentos. Los primeros legisladores de las naciones fueron personages mas ilustrados que el vulgo; ellos comunicaron la luz del saber y de la industria á unos salvages esparcidos, desnudos de socorro, espuestos al hambre y á la miseria, privados de esperiencia y de prevision, en fin, reducidos al estado de la infancia. Aquellos hombres que debieron parecer sin duda unos seres maravillosos á los que yacian en tan profunda miseria, los reunieron en sociedad, facilitaron sus trabajos, les enseñaron los medios de aprovechar sus fuerzas, desarrollaron sus facultades, les descubrieron algunos secretos de la naturaleza, y sometieron su conducta á la norma de las leyes. Las sociedades que salian de la barbarie y que debian la nueva ventura de que gozaban al esmero de sus legisladores, reconocidas á sus beneficios obedecieron de buena voluntad á unos hombres tan útiles, depositaron en ellos una entera confianza, recibieron con ánsia sus lecciones, adoptaron indistintamente las verdades y las fábulas que les querian comunicar, les mostraron la mayor condescendencia, los amaron, los respetaron, y por último los adoraron como á seres mas sabios y mas poderosos que el comun de los sabios.

Claro es, pues, que los primeros legisladores, los primeros sabios, los primeros sacerdotes, los primeros monarcas fueron los hombres útiles. Por to-

das partes vemos deificada la utilidad. Los pueblos ignorantes sumidos en la miseria, faltos de los medios de subsistir, espuestos contínuamente á los rigores de la naturaleza, y sin recurso alguno para preservarse de ellos, debieron mirar como seres de un órden superior, como criaturas sobrenaturales, como divinidades, á los que les enseñaron á someter la naturaleza á sus propias necesidades. Todo es prodigioso, todo es divino para el hombre sin esperiencia; asi vemos á todos los pueblos arrodillados ante los primeros que les enseñaron á labrar la tierra, á sembrar, á conservar los granos. Los Osiris, los Bacos, los Triptolemos, no fueron mas que hombres esperimentados que dieron conocimientos útiles á los salvages; los Hércules, los Odinos, los Martes fueron unos guerreros diestros que enseñaron á las naciones el arte de la defensa y del ataque. En una palabra, los que se dieron á conocer por sus talentos, por sus descubrimientos, por sus cualidades estraordinarias, llegaron á ser oráculos y dioses.

En esto se fundó el poder de esos personages celestes cuya memoria y cuya veneracion se han transmitido hasta nosotros. A esta clase pertenecieron Orfeo, Rómulo, Numa, los cuales llegaron á ser soberanos absolutos de las sociedades que habian fundado. Sus sucesores heredaron su poder; los pueblos acostumbrados á su yugo, ya por condescendencia á sus voluntades, ya por reconocimiento á su memoria, se prestaron dóciles á la voz de los que ocuparon sus puestos. Fueron honrados y favorecidos; tuvieron el honroso carcargo de velar por la seguridad pública, y se les revistió del poder ilimitado de arreglar la suerte de la sociedad, que los hizo depositarios de sus fuerzas, de sus riquezas y de su autoridad (1).

Pero el abuso es el compañero del poder; los hombres que en el orígen habian sido útiles llegaron á ser inútiles y peligrosos. El poder que la sociedad les habia confiado se volvió contra la misma sociedad; los gefes de las naciones separaron sus intereses de los intereses de sus súbditos; se ligaron con algunos de ellos para subyugar á los otros; depositarios de las riquezas públicas, dispensadores de las recompensas, dueños absolutos de las gracias, solo las distribuyeron entre aquellos que contribuyeron á llevar adelante sus miras y que por consiguiente eran perjudiciales á las de sus conciudadanos. Hubo ademas hombres mas instruídos que los otros que formaron una clase aparte, cuyo objeto fue engañarlos y mantenerlos en la ig-

(1) Es evidente que por un efecto de sus antiguas preocupaciones, las naciones miran à sus soberanos como á dioses. En efecto, serian necesarias fuerzas superiores á la humanidad y talentos divinos para que un solo hombre desempeñase dignamente las funciones y deberes inmensos de la soberanía, tan complicados desde que se han civilizado los pueblos. Los príncipes en verdad no gobiernan por sí mismos; á veces no tienen la menor idea de las obligaciones de su dignidad, ni de las necesidades del estado. Hay inumerables estados en que el gefe es un idolo cuyos oráculos se transmiten y son interpretados por sus ministros.

norancia á fin de someterlos y devorarlos. Prestaron su socorro á la tiranía cuando les fue favorable; y se declaron enemigos de la autoridad legítima cuando esta quiso comprimirlos; su imperio subsiste todavia porque los pueblos no han adquirido las luces suficientes para descubrir la futilidad y el peligro de su vana ciencia.

A pesar de los males contínuos que los pueblos esperimentaron en todo tiempo de parte de sus conductores, siempre han creido que estos los protegerian, los socorrerian y los harian felices. Suscribieron á sus caprichos, obedecieron sus decretos, adoptaron sin examen sus opiniones, sus preocupaciones y sus dogmas; continuaron respetando las instituciones antiguas, las reglas, los usos, las prácticas, los preceptos que creian ventajosos porque sus abuelos lo habian creido así. En una palabra, se imaginaron que la divinidad residia en los soberanos por mas implacables y malvados que estos fuesen; creyeron que la naturaleza habia dado luces superiores, una sabiduría consumada, una probidad suma á los impostores que hablaban en nombre de la divinidad; llamaron defensores de la patria á los guerreros que la esclavizaban; apellidaron hombres útiles y respetables á los que á fuerza de intriga y favor habian subido á las plazas, á los honores, á las distinciones que se suponian deber ser recompensas del verdadero mérito. Se imaginaron por último que habia un órden superior en que estaban colocados todos los que gozaban de grandeza, de poder, de alcurnia, honrando los signos de la utilidad en los hombres inútiles y reverenciando como á bienhechores de la especie humana á los que realmente eran sus verdugos.

Por una consecuencia de sus preocupaciones habituales, los pueblos continuaron respetando sin razon los objetos de la admiracion de sus antepasados, veneraron tradicionalmente á aquellos hombres que debian ocupar los últimos grados de la escala social (1). Ensoberbecidos con los aplausos estúpidos de una muchedumbre ignorante, estos les prodigan los ultrages, cubiertos con la máscara de la utilidad, recogen sin pudor los frutos del reconocimiento infundado de los pueblos para con aquellos que en la mas remota antigüedad les habian proporcionado algunas ventajas reales y muchas imaginarias. Tales son los débiles títulos que presentan á las naciones los que gozan esclusivamente del derecho de gobernarlas.

Las instituciones fanáticas y políticas y las preocupaciones de los pueblos vienen de los tiempos de ignorancia; es decir, de aquellas épocas en que la esperiencia y la debilidad de las naciones las entregaban sin reserva al poder de algunos hombres bastante artificiosos para seducirlas, ó bastante fuertes para dominarlas. La ignorancia y el temor han dado origen á todas las

(1) Por muy arraigado que esté el error, todo hombre de medianas luces conocerá que un labrador, un artesano, versados en sus respectivas profesiones, son unos ciudadanos mas útiles á la sociedad que un general cuya incapacidad la pierde, que un energúmeno que la turba etc. etc.

prácticas supersticiosas; por esto la ignorancia ha sido siempre la base del poder de los que han hecho aquel tráfico, que solo puede subsistir ínterin existan las tinieblas del entendimiento humano. La gratitud imprudente de los pueblos, su falta de prevision, las ideas supersticiosas y la violencia, han dado origen á la tirania, al poder ilimitado, á las leyes injustas, á las distinciones parciales, á los privilegios y á las dignidades concedidas á los apoyos del poder ilegítimo. Así, pues, el poder arbitrario no puede subsistir sino en tanto que permanezca la imprudencia y la estupidez de los pueblos que se dejan oprimir.

No estrañemos, pues, que los que fundan su poder en tan débiles cimientos, se opongan á los progresos de la verdad, cuya fuerza bastaria á destruir el prestigio que tiene aletargadas las naciones. La ignorancia y el error son favorables á los que tienen interés en hacer daño; la oscuridad es el asilo tenebroso de los que engañan; la verdad es la enemiga natural de los seres maléficos que solo pueden prosperar á espensas del bien comun; ella es la amiga de los corazones rectos y sinceros, y de todos los que se manifiestan propensos á retroceder del camino en que se han estraviado. El temor á la verdad es la infalible señal de la impostura, del fraude, de la perversidad; irritarse contra la verdad, perseguirla, atormentarla, manifiesta una conciencia asustada, que teme verse espuesta á la luz de la verdad, y que sabe que en este caso el menosprecio y la indignacion serán su recompensa. El que declara su odio á la verdad, proclama abiertamente que tiene motivo de temerla y que persiste en su iniquidad.

Estas reflexiones pueden esplicar la conducta que observan constantemente los que se oponen con furor á los progresos del espíritu humano y se esfuerzan en mantener á los pueblos en las tinieblas de la ignorancia. Así es como el celo, el espíritu perseguidor é intolerante, el odio á la ciencia y á la filosofia, estos sentimientos profundamente arraigados en el corazon de los tiranos y de los impostores, prueban el íntimo convencimiento que tienen de la debilidad de su causa, de la fatalidad de sus sistemas, del temor de que sus opiniones sean descubiertas y descubierta su maldad á los ojos del universo. La crueldad de los perseguidores es una prueba de la bajeza de sus almas; la impostura está siempre inquieta y temerosa; la bajeza fué siempre pérfida y cruel, porque jamás se creyó segura; los malvados no quieren ser vistos como son en sí; saben que el velo de la preocupacion es lo que únicamente puede ocultar la deformidad de sus facciones.

Guiados por los mismos principios, los tiranos declaran una guerra implacable á la verdad, y procuran esterminar al que tiene valor para publicarla. Cuando esta verdad les molesta, interponen diestramente los intereses de la religion; alientan á los pueblos para que se declaren en contra de la razon, haciéndoles creer que es un delirio, un atentado contra el cielo mismo, una blasfemia contra los repre-

sentantes de la divinidad. Cuando les falta este sagrado pretesto, echan mano del interés público y entregan á la venganza de las naciones á los que tienen valor para defenderlas, para revelarles sus derechos, para indicarles el camino de la felicidad, para desengañarlas de las funestas opiniones de que son víctimas. En una palabra, con la ayuda de la ley, que comunmente no es mas que la espresion de su capricho, el tirano se cubre con la máscara de amigo del género humano, de bienhechor de sus conciudadanos, siendo un rebelde, un infame, un perturbador, cuyos escesos deben ser rigorosamente castigados. ¿Qué prueba esa conducta inicua de los dueños de la tierra, sino una conciencia asustada, una desconfianza inquieta de la legitimidad de sus derechos, ó un designio permanente de continuar oprimiendo á los pueblos cuya estupidez é ignorancia son los únicos apoyos del poder odioso que se egerce en ellos?

La mayor parte de los hombres temen la verdad, porque temen ser conocidos y colocados en un grado inferior al que les da la preocupacion y al que ellos se dan á sí mismos. Todo hombre que pesa las cosas en la balanza de la equidad, es un juez incómodo para los impostores y los charlatanes, pues conocen que lo pierden todo si se descubre lo que son. La grandeza real acompañada de la virtud, de la equidad, de la beneficencia, no teme la cercanía del sabio; y mas le lisongea la aprobacion del hombre ilustrado que el imbécil respeto de una muchedumbre ignorante y servil. La grandeza facticia es falsa y suspicaz: conoce su pequeñez y su perversidad; evita con razon las miradas penetrantes que podrian descubrir al hombre despreciable al través de los títulos, de los honores y de las dignidades; necesita aduladores estúpidos, delatores parásitos, hombres capaces de sufrir ultrages para obtener favores. El hombre recto que conoce la verdad, tiene cierta altanería en el alma. La conciencia de su propia dignidad le estorba envilecerse; se respeta á sí mismo; no se degrada por medio de la intriga, porque sabe que esta solo puede servir á los que carecen de talentos y de virtudes; el brillo y la grandeza no le deslumbran; conoce sus derechos, sabe que es hombre y que ningun mortal puede, si él mismo no se humilla, egercer en él un poder inicuo; sabe, por fin, que el opresor injusto y el esclavo que le aplaude son los mas despreciables de los hombres. Jamás doblará servilmente su rodilla ante ellos; si la noble altivez de su corazon se opone á su bienestar, le consolará la estimacion de los hombres de bien. El sabio verdadero no tributa sus homenages sino al mérito, á los talentos, á la virtud; no prodiga su incienso al fausto, al crédito, al poder; y si paga libremente un tributo legítimo al poder es cuando ve que se emplea en bien de los hombres. Reconoce un orden gerárquico en la sociedad; sabe que el monarca que desempeña acertadamente sus obligaciones sublimes, es el primero de los hombres; que el ministro que trabaja con afan en la ventura de las naciones es el mayor de los ciuda-

danos; que el mérito y los talentos unidos á la grandeza, adquieren por esto mismo un nuevo brillo, y que se deben los mayores honores, las mayores recompensas al que sirve con utilidad á su patria. Sabe que el verdadero mérito es accesible al mérito, que la grandeza ilustrada protege al talento útil, y que sería inútil y peligroso al hombre de bien presentarse á los ojos de la orgullosa ignorancia, de la arrogancia altanera, de la suspicaz perversidad; sabe, en fin, que el hombre de genio, incapaz de manejos y de intrigas, no puede luchar con buen éxito con la mediocridad siempre baja, siempre dócil, siempre dispuesta á ceder.

La verdad, pues, y los que la han meditado no pueden incomodar sino es á los que, desprovistos de mérito real, se han acostumbrado á alimentarse de quimeras y á prevalerse de títulos fraudulentos. El hombre de bien no se acerca al poderoso sino cuando este le llama. Cuando el monarca se ocupe sinceramente en la utilidad general, el filósofo ambicionará las ocasiones de servir á su patria. Nada es mas importuno, nada mas inútil, nada mas odioso, que el hombre que piensa, colocado en una nacion entregada al lujo, á la impudencia, al libertinage. Las ideas mas sanas y mas evidentes parecen sistemas quiméricos á los entes frívolos que no oyeron jamás el idioma de la razon. La ineptitud cree que son impracticables los medios mas fáciles y mas sencillos. El déspota es un niño sin prevision; ignora el arte de preparar los sucesos, de sembrar para recoger, de plantar para tener frutos. Siempre guiado por el capricho del momento, jamás se ocupa de la felicidad del porvenir. Todos los que osan reclamar contra sus pueriles caprichos, le parecen censores incómodos, soñadores ridículos, regañones aborrecibles, súbditos sediciosos. Un gefe imprudente no repara nunca en el dia de mañana y no escucha sino á los que le suministran medios de satisfacer la petulancia de sus deseos. La reflexion madura el entendimiento; el sabio es un hombre formado, que en un pais frívolo se halla rodeado de una muchedumbre imprudente, escitando su odio ó su burla cuando quiere hablarle el idioma de la razon. Los hombres comunes creen que el hombre de genio delira; los hombres corrompidos odian al hombre de bien. El tono varonil de la verdad es demasiado fuerte para unos mortales afeminados que conocen ser demasiado débiles para detenerse enmedio del declive por el cual se precipitan. Las almas fuertes son las que únicamente pueden egecutar los proyectos del genio.

No estrañemos, pues, que sea tan general la crítica que se dirige á la filosofia y á los que tienen ánimo para hablar la verdad y para defender los derechos del género humano. La política es un verdadero monopolio, favorable á algunos hombres que creen ser los únicos autorizados para manejar los intereses de las naciones. Cualquiera que sin su consentimiento tiene la temeridad de pensar en el bien público, es tratado como el que comercia en géneros prohibidos. En un

pais mal gobernado, cuya moneda corriente es la mentira, la verdad no puede introducirse sino es ocultándose y corriendo grandes peligros. Para echar al suelo las formidables baterias con que el error combate á la verdad, es necesario trabajar debajo de tierra.

Los grandes y el pueblo son en todas las naciones los últimos que se ilustran, porque son los que menos conocen el interés que tienen en ilustrarse; y por otra parte los primeros creen que el fruto de los trabajos de toda la tierra es para ellos solos. El vulgo no conoce casi nunca el verdadero origen de sus males; cuando estos llegan al último esceso, cuando está próximo á desesperarse, busca remedios violentos que no hacen mas que agravar su situacion. Entonces es cuando los príncipes viendo comprometido su trono y espuesta su vida, conocen cuán peligroso es mandar hombres embrutecidos: entonces es cuando esos déspotas inconsiderados ven la estension de los peligros que acompañan siempre al abuso del poder. En el seno del infortunio en que los sumerge su propia imprudencia, los grandes echan de ver que son víctimas de la tirania que han alimentado.

No hay, pues, hombre alguno que se interese en la conservacion de las preocupaciones. La impostura y el error no proporcionaron mas que triunfos pasageros, recursos inciertos, un poder vacilante, y títulos aéreos y frágiles. La verdad, la razon, la justicia son las que únicamente pueden dar una fuerza, una seguridad completa. El monarca no puede ser poderoso sino á la cabeza de un pueblo numeroso y floreciente; no puede ser amado sino es por un pueblo sensible á sus beneficios y á su esmero; no puede ser valerosamente defendido sino por un pueblo magnánimo, que se crea interesado en la conservacion de su gefe; este no puede tener súbditos intrépidos, industriosos, virtuosos, adictos á la patria sino cuando gobierne hombres libres. Tampoco tienen los grandes una grandeza real, si no son libres, porque no hay grandeza para unos esclavos que á cada instante puede echar á tierra el soplo de un sultan. Patria, valor, grandeza... todo esto no puede existir sin libertad. El mismo tirano es esclavo de sus temores y de los satélites que le rodean: su vida y su corona estan á la disposicion del primer atrevido que quiera esponerse á morir. Un príncipe no puede vivir libre y contento sino es en medio de súbditos contentos. Un pueblo bien gobernado no desea mudar de gefe: por el contrario, un pueblo ciego y desgraciado es siempre peligroso. Tan facil es gobernar una nacion ilustrada, como dificil tiranizarla, porque no es muy factible que se convierta en juguete ó instrumento del fanatismo religioso y del capricho de los malos.

Las ventajas de la Europa con respecto á las otras partes del globo se fundan en la superioridad de sus luces. A esta solo debe su gloria y sus fuerzas. ¿Cuáles son las naciones mas ricas, mas activas, mas florecientes? Las mas ilustradas. En todo tiempo se ha visto que los pueblos mas libres y menos supersticiosos han tomado un

ascendiente imperioso sobre los que yacian bajo el peso del fanatismo y del poder absoluto. El bátavo, privado de los favores de la naturaleza, ha hecho temblar á uno de los monarcas mas poderosos de la tierra. Los príncipes, los ministros, los grandes á vista de las consecuencias funestas de sus delirios, de la estenuacion que sus caprichos han causado á los pueblos, del desaliento que ha acarreado su opresion, del desprecio que su impudencia les atrae, se ven obligados, demasiado tarde á veces, á implorar el socorro de la sabiduría que tanto han despreciado, de las luces que han perseguido, de la verdad que han visto con horror.

La necesidad conduce á los hombres tarde ó temprano á la verdad. Querer luchar contra ella es querer luchar contra la naturaleza universal que obliga al hombre á aspirar á la felicidad en todos los instantes de su vida. A pesar de todos los esfuerzos de la tiranía, de todas las violencias y artificios de los impostores; á pesar del vigilante esmero de todos los individuos del género humano, la especie humana se ilustrará, las naciones conocerán sus verdaderos intereses, una muchedumbre de rayos reunidos formará algun dia una masa inmensa de luz que animará todos los corazones, que alumbrará todos los espíritus, y que circundará á los mismos que quieren apagarla. Si la verdad concentrada en el espíritu de un pequeño número de hombres camina á pasos lentos, no por esto camina con menos seguridad. Su fuego se propaga poco á poco y producirá al fin un incendio general en que irán á consumirse todos los errores humanos.

No creamos que esta esperanza es vana y quimérica; se ha dado el impulso; despues de un largo entorpecimiento en las tinieblas de la ignorancia y de la supersticion, el hombre ha despertado por fin; ha vuelto á tomar el hilo de sus esperiencias, se ha deshecho de un monton de preocupaciones, ha adquirido cierta actividad; el comercio le ha puesto en comunicacion con los seres de su especie y los mortales han hecho un tráfico de ideas, de descubrimientos, de esperiencias y de opiniones. La propagacion de las verdades se ha facilitado por un sin número de inventos ingeniosos: la imprenta los hace circular con prontitud, y traslada á la posteridad los descubrimientos de que podrá hacer uso. Algunos escritos inmortales han dado los golpes mas seguros al error; este vacila en todas partes; los mortales de todos los paises llaman á gritos la razon y la buscan con ánsia; cansados de los escritos que solo pueden servir para su diversion, piden un alimento mas sólido: su curiosidad se dirije á los objetos útiles; las naciones impulsadas por la necesidad no piensan sino en reformar abusos, en abrir nuevos caminos, en perfeccionar su suerte. Los derechos del hombre han sido discutidos, las leyes han sido examinadas y simplificadas, la supersticion se ha debilitado, y los pueblos generalmente han llegado á ser mas racionales, mas libres, mas industriosos, mas felices,

á proporcion que han disminuido sus preocupaciones fanáticas y políticas.

En una palabra, el hombre se ocupa ahora en su felicidad; á pesar de la lentitud de los progresos del espíritu, siente vivamente el impulso que ha recibido; los obstáculos que se oponen á sus propensiones las hacen mas tenaces. Los esfuerzos que se han hecho para apagar las luces, han avivado su esplendor. El hombre grande, el hombre útil, el hombre de mérito puede contar con la aprobacion de todos los que saben dar á las cosas su verdadero valor. El que ha descubierto la verdad, animado por el fuego que ella esparce, desea comunicarla á los otros. Embriagado de un útil entusiasmo, cierra los ojos á los obstáculos y á los peligros. La cicuta que la tiranía le presenta, los golpes que de su mano recibe, lejos de romper el resorte de su alma, le dan mayor energía. Si no puede contar con el reconocimiento de sus contemporáneos, su imaginacion se inflama pensando en la posteridad, que mas ilustrada entenderá mejor su idioma, hará justicia á sus trabajos y reconocerá la utilidad de sus principios mirados ahora por los estúpidos y los malvados como el delirio de un cerebro enfermo, como sistemas impracticables, como insensatas paradojas.

Pero ¿qué es una paradoja sino una verdad opuesta á las preocupaciones del vulgo, ignorada por la mayor parte de los hombres y oscurecida por la falta de esperiencias? Una paradoja es ordinariamente el resultado de una larga serie de esperiencias y de reflexiones profundas de que pocos hombres son capaces: lo que hoy es una paradoja para nosotros, será para la posteridad una verdad demostrada. El hombre de genio piensa del tiempo presente como pensarán los hombres de las épocas futuras; no es de su siglo, y à veces habla un idioma que su siglo no puede entender. Los filósofos profundos son los verdaderos profetas del género humano. El sábio conoce que los senderos trillados conducen al error universal y que el único medio de descubrir la verdad es separarse de este camino en que se estravía la muchedumbre.

El filósofo que piensa con valor y cuyo espíritu resiste al torrente de la opinion, parece en su época un hombre estraño, ó un temerario digno de castigo, ó un loco ridículo. Sus ideas solo son aprobadas por los que piensan como él; pero esto le basta, puesto que los que le aplauden son precisamente sus jueces legítimos. Con esto goza de la única recompensa que desea; se consuela de los sinsabores que le molestan; apela á la razon de las generaciones futuras de la sentencia de esos jueces frívolos ó interesados que no conocen otra regla que sus pasiones ó una estúpida rutina. El porvenir le indemniza de todos los males de la época presente. Sabe que, semejante al grano de trigo, el filósofo no da su fruto sino cuando está sepultado en la tierra. Si el deseo de la gloria y la agradable ilusion de los aplausos de la posteridad no sostuvieran en algunas almas el amor de la verdad, la indignacion contra la iniquidad, y el en-

tusiasmo del bien público, muy en breve la tierra se veria privada de seres útiles y el género humano víctima de los impostores que le engañan, de los tiranos que le embrutecen, de los vicios que le destrozan; careceria de razon, de virtudes y de felicidad.

A pesar de la oscuridad en que yacen sumidas las naciones, algunos vislumbres frecuentes anuncian la proximidad de la aurora: la verdad es como el sol, no retrocede; las tinieblas desaparecen de un modo sensible. Los sábios de diferentes naciones están en contínuo comercio. Estos dichosos cosmopolistas, á pesar de las enemistades de la política permanecen estrechamente ligados. Las obras del genio se esparcen por todas partes. Un descubrimiento importante pasa en un momento desde los climas mas helados hasta las columnas de Hércules. Un libro útil no perece, ni la tiranía mas encarnizada puede ahogar las producciones de la ciencia; la tipografia eterniza las producciones del espíritu humano. Sería necesaria una revolucion total del globo que habitamos para que las naciones europeas volviesen à caer en la barbárie en que vivieron durante tantos siglos, y á la cual procuran condenarlas todavía la supersticion y el despotismo. Las circunstancias de las naciones, sus intereses mal entendidos, las pasiones de los que las gobiernan, y un sin número de sucesos que no es fácil prever, pueden retardar ó detener por algun tiempo los progresos de los conocimientos; pero la verdad, semejante al fuego sagrado, se conservará perpétuamente; y cuando los hombres quieran volver á tomar el hilo de las esperiencias, fácil les será adelantar en el camino de su instruccion. Los diques que se oponen á la ciencia y á la verdad solo sirven á darles mas fuerza: el espíritu humano se irrita de las trabas que se le oponen, y la razon, semejante á las aguas largo tiempo acumuladas, destruirá algun dia los vanos obstáculos del error.

Los hombres que piensan deben, pues, esparcir las luces que han adquirido; deben escribir, deben dejar á las generaciones futuras vestigios notables de su existencia; sedientos de gloria deben aspirar á la inmortalidad; deben, en fin, señalar en monumentos durables la utilidad que han producido. Si esta utilidad es verdadera é incontestable, ni la rabia impotente de la tiranía, ni los clamores interesados de la impostura, ni las censuras de la ignorancia, ni los furores de la envidia, podrán jamás destruir sus obras. Estas pasarán de una en otra generacion; no se manchará la gloria de sus autores, y la inmortalidad coronará sus trabajos.

¡Sabios, escritores, filósofos! vosotros sois los hombres del porvenir, los precursores de la razon futura. Ni los honores, ni los aplausos, ni las riquezas deben ser los objetos de vuestra ambicion, sino es la inmortalidad. Esparcid á manos llenas las verdades; ellas fructificarán en su dia. A veces, es cierto, sembrais en una tierra ingrata; el odio mas cruel suele ser la recompensa de vuestros servicios; la persecucion os amenaza; la preocupacion condena vuestros escritos; el poder los desprecia; la frivolidad los ridiculiza;

pero no sufrais que la injusticia y la locura rompan el resorte de vuestras almas. Dejad que ruja la tiranía, que truene la supersticion, que silven las serpientes de la envidia. El verdadero mérito es como el sol que puede á veces ocultarse detrás de las nubes, pero luego sale por enmedio de ellas mas puro y mas resplandeciente. Si la naturaleza humana es susceptible de perfeccion; si el espíritu humano no puede permanecer eternamente estraviado, es preciso que en el porvenir la sabiduría y la verdad sean las conductoras de los reyes, las legisladoras de los pueblos, y los objetos de su culto. Los nombres de los apóstoles de la razon están grabados en el templo de la memoria. Ved como los intérpretes de la naturaleza se hallan indemnizados por el respeto y la gratitud de los hombres, de los desprecios y de las injusticias que sufrieron en su vida. La razon es un asilo al cual tendrán que acudir todos los hombres: la verdad es una roca inalterable, contra la cual vendrán á estrellarse los errores que agitan al género humano.

Y á pesar de todo lo que hemos dicho ningun hombre de genio se ha visto privado totalmente de recompensa. En despecho de las amenazas del poder, de las calumnias, de la impostura, de las injusticias, de la envidia, de los sarcasmos, de la frivolidad, el hombre grande goza de los aplausos que debe desear su corazon. Jamás se ha perdido en el olvido ninguna obra interesante á la especie humana. Un buen libro resiste siempre al torrente del error, y la voz de la mentira, de la crítica y de la impostura suelen unirse á la de los mortales que aplauden la verdad.

¿No estamos gozando en el dia de las lecciones que nos han transmitido nuestros sabios maestros de la antigüedad? ¿No bendecimos la memoria de aquellos genios benéficos que muchas veces se han espuesto para instruirnos, al ostracismo, al destierro y á la muerte? Instruidos por sus descubrimientos, ayudados por sus consejos ¿no nos hemos puesto en el caso de ir mas adelante todavia? Ya el género humano ha adquirido un vasto fondo de luces, de esperiencias y de verdades. Un gran número de hombres se han ocupado en la noble tarea de hacer dichosos á sus semejantes. Se han pesado en una balanza exactísima la supersticion, la moral, la política y la jurisprudencia. La ciencia de la naturaleza en todos sus ramos se acerca cada dia mas á la perfeccion. Los sistemas quedan abandonados, y los hombres estudiosos consultan la esperiencia, reunen hechos, buscan la verdad. La encontrarán sin duda, y servirá de guia á las naciones estraviadas durante tantos siglos por la opinion. La verdad es el vínculo comun de los conocimientos humanos: todos ellos deben prestarse un apoyo recíproco, y no dudemos que con el tiempo formarán un rio caudaloso que arrastrará todos los errores y todas las barreras impotentes que se opongan á su curso.

CAPITULO II.

CÓDIGO DE LA NATURALEZA (1).

Todo lo que es falso no puede ser útil para el hombre, y lo que le daña debe ser desterrado de la sociedad. Luego es trabajar en favor del entendimiento humano el presentarle una mano piadosa para dirigirle en el laberinto en que su imaginacion vaga sin encontrar el límite de sus incertidumbres. La naturaleza sola es capaz de servirle de guia y de ayudarle á combatir las fantasmas y mónstruos que por tantos siglos han exigido un tributo á los mortales. Con su socorro nunca se perderán; pero por poco que la abandonen, volverán á caer en sus errores primitivos: en vano los hombres levantan los ojos al cielo para pedirle ciertos socorros que estan á sus pies; mientras que miren al cielo no andarán mas que como ciegos sobre la tierra; ni sus pasos inciertos podrán jamás procurarles el bienestar, la seguridad y el reposo necesario para su felicidad.

Pero los hombres, á quienes sus preocupaciones hacen que se obstinen en dañarse, desconfian de los mismos que no tienen otro objeto que su interés. Acostumbrados á ser engañados, estan siempre en contínuas sospechas, desconfiando de sí mismos, temiendo la razon, mirando la verdad como peligrosa, tratan de enemigos á todos aquellos que quieren tranquilizarlos; prevenidos desde un principio en favor de la impostura, se creen en la obligacion de defender con todas sus fuerzas la venda que cubre sus ojos; si estos, hechos á la oscuridad, se abren por un momento, la luz les daña y se echan furiosos sobre el que se la procura; por consiguiente es considerado como un ser malvado, como un hombre que trata de envenenar; y aquel que se atreve á despertar á los mortales de su sueño letárgico les parece un perturbador; el que querria calmar sus transportes funestos, pasa por un frenético; aquel que quiere persuadir á sus asociados que rompan sus cadenas, les parece un insensato ó un temerario, porque son unos cautivos que no son capaces mas que de estar encadenados y de temblar. La consecuencia de estas preocupaciones es que el discípulo de la naturaleza es regularmente recibido por sus conciudadanos del mismo modo con que el pájaro lúgubre de la noche lo es de los demás volátiles, que le persiguen con el mayor furor así que le ven salir de su retiro.

No, mortales cegados con el terror, no; el amigo de la naturaleza no es vuestro enemigo; su intérprete no es el ministro de la mentira; el destructor de vuestras fantasmas no lo es de las verdades necesarias para vuestra

(1) Se advierte que siempre que el autor habla de la divinidad ó de la religion, se refiere à las religiones idólatras y del fanatismo pagano.

felicidad; el discípulo de la razon no es un insensato que trata de envenenaros y de comunicaros un delirio dañoso; si derriba esos ídolos erigidos por el temor ó ensangrentados por el fanatismo y el furor, es solo para poner en su lugar la verdad consoladora; si arruina esos templos y altares que tan á menudo han sido bañados en sangre y lágrimas, testigos de los sacrificios mas crueles, ahumados por un incienso servil, es solo para adorar la paz, la razon y la virtud, las que en todos tiempos os servirán de asilo contra vuestros frenesíes, vuestras pasiones, y contra las de los poderosos que os oprimen. Si combate las pretensiones activas de estos tiranos que os oprimen con un cetro de hierro, es únicamente para que goceis de los derechos de vuestra naturaleza; es para que seais libres, y no esclavos encadenados, siempre en la miseria; es para que seais gobernados por hombres y ciudadanos que amen y protejan á sus semejantes, de quien han recibido su poder. Si atacan la impostura es para restablecer la verdad en sus derechos, que por tanto tiempo han sido usurpados por el error. Si destruye la base ideal de la moral incierta y fanática, que no ha hecho mas que alucinar vuestros entendimientos sin corregir vuestro corazon, es para dar á la ciencia de las costumbres una base en vuestra misma naturaleza. Atreveos, pues, á escuchar su voz, que es mucho mas inteligible que los oráculos ambiguos que la impostura os dá en nombre de los dioses: escuchad, pues, la naturaleza que no se contradice jamás.

"¡Oh vosotros, dice, que siguiendo »el impulso que os doy, os acercais á »la felicidad á cada momento de vues»tra duracion, no resistais á mi sobe»rana ley; trabajad en vuestra dicha »sin temor; sed dichosos; vuestro mis»mo corazon os dará los medios. En »vano, supersticioso, crees encontrar »tu bienestar en los límites del uni»verso en que te he colocado; en vano »lo preguntarás á las fantasmas ima»ginarias que tu imaginacion querria »colocar en mi trono eterno; en vano »crees encontrarla en las regiones ce»lestes que tu delirio ha creado; en »vano te fias en las deidades capricho»sas y te estasías en la contempla»cion de su bondad, mientras que te »llenan de calamidades, temores, ge»midos é ilusiones: mi imperio es el »de la libertad. La tiranía y la escla»vitud no pueden habitar en él. La »equidad sirve de proteccion á la se»guridad de mis vasallos; ella les man»tiene en sus derechos: la bondad y la »humanidad les ligan con las cadenas »mas dulces; la bondad les ilustra, y »la impostura no les engaña jamás."

Vuelve, pues, miserable tránsfugo, vuelve á la naturaleza; ella te consolará y sacará de tu corazon los temores que te oprimen, las inquietudes que te despedazan, los transportes que te agitan, y los aborrecimientos que te separan del hombre que debes amar. Vuelto á la naturaleza, á la humanidad y á tí mismo, cubre de flores el camino de tu vida; vive para tí y para tus semejantes; considera despues los seres sensibles que te rodean, goza y haz gozar á los demas de los bienes

que he puesto en comun para todos los hijos de mi seno; ayúdales tambien à sobrellevar los males á que el destino os ha sometido á todos. Apruebo tus placeres cuando sin dañarte á tí mismo no dañas á tus hermanos que he hecho necesarios á tu felicidad. Sé pues dichoso, la naturaleza te lo aconseja; pero acuérdate que no puedes serlo solo. Yo misma trato de hacer dichosos á todos los mortales; pero acuérdate, que tu felicidad depende de la suya; *tal es el orden del destino*. Si tratas de eximirte de su poder, su aborrecimiento, su venganza y los remordimientos te pereguirán contínuamente.

Sigue pues, en cualquier rango que ocupes, el plan que te fué trazado, para que puedas obtener la felicidad á que aspiras; haz que la humanidad sensible te interese, que tu corazon se enternezca con los infortunios de los demas; que tu mano generosa esté siempre pronta á socorrer al desgraciado; y en fin, reconoce que todo desgraciado tiene derecho á tus beneficios. Enjuga en tu seno las lágrimas de la virtud oprimida; haz que el amor de una compañera querida llene de dulzura tu vida; sé fiel á su ternura y que ella lo sea à la tuya; enseña á tus hijos á ser virtuosos y haz que despues de haber formado la ocupacion de tu edad madura, te sostengan en tu vejez.

Sé justo, porque la equidad es sola capaz de sostener al género humano. Sé bueno, porque así te harás amar de todos. Sé compasivo, porque tú mismo necesitas de la indulgencia de los demas. Sé reconocido, porque esta es la base de la bondad. Sé modesto, porque el orgullo es insoportable. Perdona las injurias porque la venganza eterniza las animosidades. Haz bien al que te últraja para ser mas grande que él y hacerte un amigo. Sé sóbrio y casto porque la lujuria arruinará tu temperamento y te hará despreciable.

Sé ciudadano porque la patria te sirve de seguridad. Sé fiel á la autoridad porque es necesaria para el sustento de la sociedad. Obedece á las leyes porque son la espresion de la voluntad general y que esta debe ser preferida á la particular. Defiende tu pais, porque encierra todos tus bienes. No sufras que esta madre comun caiga en los grillos de la tirania, porque si así fuese, tu felicidad se desvaneceria. Si tu injusta patria te rehusa la felicidad, y sometiéndose á un poder injusto sufre que te opriman, aléjate de ella en silencio y no la turbes jamás.

En una palabra, sé un hombre sensible y razonable, esposo fiel, padre tierno, y buen ciudadano; emplea en el servicio de tu patria tu fuerza, tu talento, tu industria, y tus virtudes; has que tus asociados participen de los dones que la naturaleza te ha hecho; haz que todo lo que te rodea sea dichoso para poderlo ser tú mismo; está seguro que el hombre que hace á los demas dichosos, no puede menos de serlo él mismo. Si te conduces así, sea cual fuese la injusticia de los seres que te rodean, nunca te podrán privar enteramente de la recompensa que te será debida. A lo menos no habrá fuerza humana que pueda privarte de la satisfaccion y aprobacion interior;

siempre tendrás la facilidad de entrar en tí mismo y de gozar de una perfecta felicidad; ademas que serás amado de todas las almas honradas y sensibles. Una vida pasada toda entera en contemplar la paz de tu alma y en sentir el amor y el respeto de cuanto te rodea te conducirá pacíficamente á su término; este es necesario; pero tú mismo te sobrevivirás en imajinacion: tus virtudes te habrán de antemano erijido un mausoleo. En fin, cuenta con que el cielo estará contento contigo, con tal que la tierra lo esté.

No te quejes pues de tu destino. Sé justo, bueno y virtuoso, y gozarás contínuamente. No envidies nunca la felicidad ilusoria del crímen poderoso, de la tiranía victoriosa, la impostura interesada, la iniquidad venal, y la mentira endurecida. No aumentes nunca el rebaño de esclavos que rodean las cortes. No trates de adquirir, á fuerza de vergüenza y de remordimientos, la ventaja fatal de oprimir á tus semejantes; no te hagas nunca el cómplice mercenario de los opresores de tu pais.

No te alucines; yo soy la sola que castiga los crímenes de la tierra; el malo puede algunas veces escapar à las leyes de los hombres, pero á las mias nunca. Yo soy quien he formado los corazones y los cuerpos de los mortales, como tambien las leyes que los gobiernan. Si te entregas á la lujuria infame, tus camaradas te aplaudirán; pero yo te castigaré con toda suerte de enfermedades, que terminarán vergonzosamente tu existencia. Si te dejas llevar de la intemperancia, las leyes de los hombres no te castigarán; pero las mias lo harán y acortarán el hilo de tus dias. Si eres vicioso, las consecuencias funestas de ello recaerán sobre tu cabeza. Los príncipes y las divinidades terrestres, que son superiores á las leyes de los hombres, tiemblan de las mias. Yo soy quien les castigo: yo soy quien les lleno de sospechas, de terrores y de inquietudes; yo les hago temblar al nombre solo de la augusta verdad; yo soy la que, aun en medio del tumulto de los grandes que les rodean, les hago esperimentar el aguijon del sentimiento y la vergüenza. Yo soy la verdadera justicia eterna; yo sola sin la ayuda de nadie proporciono los castigos á la enormidad de las culpas, y doy la desgracia á la depravacion. Las leyes del hombre no son justas mas que cuando se conforman con las mias, que son las únicas justas, invariables, y capaces de regular en todas partes la suerte de la raza humana.

Si dudas de mi autoridad, y del poder irresistible que tengo sobre los mortales, considera las venganzas que egerzo sobre todos aquellos que se resisten á mis decretos. Entra en el centro del corazon de los criminales, y verás que á pesar de la tranquilidad de su rostro, su alma está despedazada. ¿No ves al ambicioso atormentado dia y noche de un ardor que nada puede apagar? ¿No ves al conquistador triunfar con remordimiento, y reinar tristemente sobre las ruinas humeantes, y los desgraciados que le maldicen? ¿Crees tú que el tirano, rodeado de aduladores, no siente el

menosprecio que sus vicios, su inutilidad y su lujuria le han merecido? ¿Crees acaso, que el cortesano altivo, no se avergüenza de los insultos que devora y de las bajezas con que obtiene su favor?

Considera esos ricos indolentes, presa del fastidio, fruto del abuso de los placeres. Mira al avaro inaccesible á los gritos de la miseria, gemir sobre la inutilidad de su tesoro, que ha acumulado á costa de sí mismo. Repara como el libertino, tan alegre, gime secretamente sobre una salud prodigada. Repara como la division y la rabia reina entre esos esposos adúlteros. Considera el corazon inutilmente marchitado del envidioso, que se seca con el bienestar de los demas; el corazon helado del ingrato, que ningun beneficio puede enardecer; el alma de hierro de ese mónstruo que los suspiros del infortunio no pueden hablandar. Contempla ese vengativo que se nutre de hiel y de serpientes que le roen sus mismas entrañas; envidia si puedes al homicida, al juez inícuo, al opresor, cuyos lechos estan contínuamente guardados por las furias. Tiemblas, lo conozco, al ver la agitacion del hombre que se ha enriquecido con los despojos del huérfano, de la viuda y del pobre; tiemblas al ver los remordimientos de esos criminales augustos que el vulgo cree dichosos, en igual que su propio odio venga suficientemente á las naciones ultrajadas. En una palabra, ves la satisfaccion y la paz desterradas del corazon de los desgraciados á quien hago yo ver el desprecio, la infamia y los castigos que merecen. Pero no, tus ojos no pueden sostener los trágicos espectáculos de mis venganzas. La humanidad te hace compadecer sus merecidos tormentos: huyes de ellos sin aborrecerlos, y aun quisieras socorrerles. Si alguna vez te comparas con ellos tienes la mayor satisfaccion en hallar en tu corazon un consuelo infalible. En fin, ves los decretos del destino cumplidos en ellos y en tí, que quiere que el crímen se castigue á sí mismo, y que la virtud no se vea nunca privada de recompensa.

Esta es la suma de las verdades que encierra en sí el código de la naturaleza; tales son los dogmas que su discípulo puede anunciar, y no hay duda que son preferibles à los absurdos de la gentilidad que no hicieron nunca mas que dañar al género humano; tal es el culto que enseña esta razon sagrada, objeto de los desprecios y de los insultos del fanático, que no quiere estimar mas que lo que el hombre no puede ni concebir ni practicar; que hace consistir su moral en los deberes ficticios, su virtud en las acciones inútiles y algunas veces perniciosas á la sociedad; que por no haber conocido la naturaleza, cree que debe buscar en un mundo ideal unos motivos imaginarios, de que todo prueba la ineficacia. Los motivos que la moral de la naturaleza emplea, son el interés evidente de cada hombre, de cada sociedad, y de todas las circunstancias. Su culto es el sacrificio de nuestros vicios, de que nada puede privar al hombre virtuoso; sus castigos son el odio, el menosprecio, la indignacion que la sociedad reserva para los que la ultrajan, y á los que el

mayor poder terrestre no podria escapar.

Las naciones que quieran atenerse á esta moral, que la inculquen en la infancia, y la infundan en sus leyes, no tendrán necesidad ni de supersticion, ni de ilusiones; aquellas que se obstinen en preferir las fantasmas á sus verdaderos intereses, marcharán con paso acelerado hácia su ruina. Si se sostienen por algun tiempo, es porque la naturaleza les ha hecho algunas veces volver à la razon, á pesar de las preocupaciones que les conducian á una pérdida segura. La supersticion y la tiranía, unidas contra los hombres, se han visto algunas veces en la precision de implorar el socorro de la razon ó de la naturaleza que desdeñan. Esta política, que ha sido siempre tan nociva, se cubre con el velo de la utilidad pública siempre que la razon quiere atacarla; funda su importancia y sus derechos sobre la alianza indisoluble que dice subsistir entre ella y la moral, á quien no cesa de hacer la guerra. Este es el insidioso artificio que seduce tantos sábios que creen de buena fé la supersticion útil á la política y necesaria á las virtudes: su objeto es la conservacion, el bienestar y la paz de los hombres: su recompensa la estimacion y la gloria, ó bien la satisfaccion del alma y el aprecio que merece todo aquel que contiene sus pasiones; la supersticion hipócrita para ocultar sus facciones horribles, se supo siempre cubrir con el escudo de la virtud; de modo que nos creimos obligados á respetarla, porque se hacia una muralla con los altares de la verdad. Para convencerla á los ojos del género humano, de sus crímenes y locuras, para hacer ver sus manos homicidas cubiertas de la sangre de las naciones, es preciso sacarla de detrás de su parapeto.

La moral natural es la sola guia que el intérprete de la naturaleza ofrece á sus conciudadanos y á las razas futuras que quiere sacar de las preocupaciones que tan desgraciados hicieron á sus antepasados. El amigo de los hombres no puede serlo de esos ídolos que en todo tiempo fueron el azote del género humano; el apóstol de la naturaleza no puede aliarse con unas ilusiones que no hacen mas que engañar al mundo; el adorador de la verdad no puede sufrir la mentira, cuyas consecuencias siempre son fatales para los mortales: sabe que la felicidad de la humanidad requiere que se destruya el edificio vacilante de la supersticion para edificar el de la paz y la virtud: sabe que solo la destruccion total del árbol envenenado que ha oprimido al universo por tantos siglos, puede hacer que los habitantes del mundo perciban la luz que puede dirigirles y enardecer sus almas. Si sus esfuerzos son vanos y no puede infundir valor en unos seres demasiado acostumbrados á temblar, al menos se aplaudirá de haberlo intentado; sus esfuerzos no le parecerán inútiles con tal que haya podido hacer un solo dichoso, que haya podido restablecer la tranquilidad en una alma honrada, y sosegado algunos corazones virtuosos. A lo menos tendrá siempre la ventaja de haber desterrado de su corazon los terrores que atormentan á los supers-

ticiosos, de haber arrancado de su corazon la hiel que le corrompe, y de haber vencido las ilusiones que tanto atormentan al vulgo; enmedio de la tempestad contemplará desde la cima de una peña las borrascas que los dioses escitan sobre la tierra, y presentará su mano á aquellos que como él quieran huir de ellas; les animará con la voz, y con todo el fervor de su alma dirá:

"¡Oh naturaleza, soberana de todos los seres, y vosotras sus adorables hijas, virtud, razon y verdad! sed para siempre nuestras únicas guias; á vosotras son debidos los inciensos y homenages de la tierra. Hacednos ver, ¡oh naturaleza! lo que el hombre debe hacer para obtener la felicidad. ¡Virtud! comunícale tu alma. ¡Razon! conduce sus pasos. ¡Verdad! alúmbrale con tu fuego divino. Reunid el poder que teneis para someter los corazones; desterrad de nuestros entendimientos el error y la maldad, y haced reinar en su lugar la ciencia, la bondad y la serenidad; confundid la impostura; fijad, en fin, nuestros ojos alucinados sobre los objetos que deben buscar; apartad para siempre las fantasmas é ilusiones que no hacen mas que estraviarnos; sacadnos de los abismos en que nos ha echado la supersticion; derribad el imperio fatal del prestigio y de la mentira; arrancadles el poder que os han usurpado. Mandad absolutamente á los mortales; romped las cadenas que los oprimen y desgarrad el velo que los cubre; romped en las manos sangrientas de la tirania el cetro de hierro que les despedaza. Inspirad valor al ser inteligente, y que tenga, en fin, bastante energía para amarse y sentir su dignidad; que se atreva á libertarse, que sea libre y dichoso, que no sea esclavo mas que de vuestras leyes, y que perfeccione su existencia; que ame á sus semejantes; que goce y haga gozar á los demás. Consolad al hijo de la naturaleza de los males que el hado le hace sufrir, con los placeres que la sabiduria le permite gozar; que aprenda á someterse á la necesidad. Conducidle sin zozobra al término comun de todos los seres y enseñadle que no ha sido hecho ni para evitarle ni para temerle.

FIN DE LA OBRA.



ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

SECCION QUINTA.

DEBERES DE LA VIDA PRIVADA.

APÉNDICE.

